

MENSAJERO DE DIOS

San Juan Bosco

LUIS
VIVAR



MENSAJERO DE DIOS

LUIS VIVAR, S. D. B.

MENSAJERO DE DIOS
(SAN JUAN BOSCO)

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA
ALCALA, 164 - MADRID-28

I. S. B. N. 84-7043-175-7

Depósito Legal: M. 9.754-1979

Imprime: Escuela Gráfica Salesiana, Madrid-Atocha

INDICE

	<i>Página</i>
Presentaciones	13
Ambientación	15
Panorama histórico y sociopolítico.	

PRIMERA PARTE El hombre (1815...)

CAPITULO 1.—Ambiente local y familiar	21
Lugar de nacimiento de Juan Bosco.—La familia Bosco: Francisco Bosco, Margarita Occhiena; la abuela; Antonio, José y Juanito.	
CAPITULO 2.—Recuerdos de la primera infancia de Juanito (1817-24) ..	29
La muerte del padre (1817).—El juego de la tala.—¡Dame también a mí de beber!—«Merezco que me castigues».—Una historia de duendes.	
CAPITULO 3.—La formación religiosa y humana	35
El temor de Dios.—La obediencia.—Espíritu de sacrificio.—Oración y formación sacramental.—Frutos positivos.	
CAPITULO 4.—Luces de amanecer (1824)	43
Un sueño imborrable.	
CAPITULO 5.—Aventuras infantiles (1824-27)	48
Gran afición a los pájaros.—El nido de jilgueros.—El nido de herrerillos.—La muerte trágica de un mirlo.—Inquietud apostólica.—El saltimbanqui.	
CAPITULO 6.—Las primeras letras (1824)	55
Oposición irreductible de Antonio.—El P. Lacqua.—Exigencias de un ideal.—El P. Calosso.	
CAPITULO 7.—Abandona el hogar (febrero de 1828, diciembre de 1829)	64
La paz doméstica perturbada.—En la granja de los Moglia.—La vida en la alquería.—Un rasgo de carácter.—El retorno a casa.	

	<i>Página</i>
CAPITULO 8.—El año de Castelnuovo (1830-31)	72
Reencuentro con el amigo (1829).—Un rudo golpe a sus ilusiones.— Amor a la justicia.—En la escuela de Castelnuovo.—Las vacaciones.	
CAPITULO 9.—Cursa estudios en Chieri (1831)	80
En Chieri.—Un muchacho responsable.—¡Asombroso!—La Sociedad de la Alegría.—De nuevo, el sueño de Morialdo (1831).	
CAPITULO 10.—El segundo año en Chieri (1832-33)	87
Optimismo moderado.—Una victoria memorable.—Una grave impru- dencia.	
CAPITULO 11.—El tercer año de instituto (gimnasio) (1834-35)	93
Bosco, camarero.—Un muchacho ejemplar.—Humor a toneladas.—Em- pleo del tiempo.—Un amigo entrañable.	
CAPITULO 12.—Crisis vocacional (1835)	105
Buscando la voluntad de Dios.—Grandeza moral de la madre cristia- na.—Luz en el sendero.	
CAPITULO 13.—En el seminario conciliar (1835-36)	113
Ingreso en el seminario.—Normas de conducta en el seminario.—Acti- tud crítica.—Los compañeros del seminario.—Otras deficiencias se- ñaladas por Bosco en el seminario.—Seminarista y compañero mo- delo.—Ansias de apostolado.—Final de curso y vacaciones.	
CAPITULO 14.—El segundo año del seminario (1836-37)	125
Reencuentro con los amigos.—Las vacaciones estivales.—Recapitulación del sueño de Morialdo.	
CAPITULO 15.—Estudiante de sagrada Teología (1837)	131
Los tres primeros años de Teología (1837-40).—Panegirista de San Roque.—El segundo año de Teología (1838-39).—El tercer año (1839-40).—Casi fulminado por un rayo.—Dispensa de un año de seminario.	
CAPITULO 16.—La meta del sacerdocio (1841)	137
El 5.º curso de Teología (1840-41).—Plus quam optime.—El día grande de su ordenación sacerdotal.—En el lugar del sueño.—La madre cristiana.	

SEGUNDA PARTE

El apóstol (1841)

CAPITULO 17.—Tanteando el terreno (1841)	147
---	-----

El ministerio pastoral.—Rechazo de prebendas.—En el Convitto (Colegio Eclesiástico, 3 de noviembre de 1841).—Experiencias humanas.—Juventud descarriada.—Cárceles y correccionales.—Chabolismo.—El Cottolengo.

CAPITULO 18.—El Oratorio Festivo (1841) 157

El origen (8 de diciembre).—Finalidad del oratorio.—Un secreto.—Apóstol infatigable.—La visita a las cárceles y reformatorios.—Una aventura arriesgada.

CAPITULO 19.—Abandona el Colegio Eclesiástico (1843) 168

Desorientación.—Una habitación en el Refugio (1844).—Un sueño anunciador.—El Oratorio en el Refugio.

CAPITULO 20.—Vicisitudes del Oratorio (1844-46) 176

Las razones de la marquesa.—La primera estación del Oratorio (San Pedro in Vinculis, 25 de mayo de 1845).—Nueva luz del cielo.—El Oratorio en los Molinos del Dora (Molini Dora, 13 de julio de 1845).—Sin sede fija (1 de enero de 1846).—Casa Moretta.—Nuevos y extraños peligros para el Oratorio.

CAPITULO 21.—Nuevas vicisitudes del Oratorio (1846) 190

El Oratorio en un prado (marzo de 1846).—Una jornada del «oratorio romántico».—Un episodio trágico-cómico.—Arrojado del prado.—¡Aquel 5 de abril, Domingo de Ramos!—«No un laboratorio, sino un oratorio».—Nuevo amanecer (12 de abril).—Un carisma singular.

CAPITULO 22.—Nuevas pruebas del Oratorio (1846) 206

Protección regia.—Entre la espada y la pared.—El poder de la oración.

CAPITULO 23.—Funda su propio hogar (3 de noviembre de 1846) 214

Nuevo sacrificio de la madre.—Siempre en la brecha.—Un centro de irradiación espiritual.

CAPITULO 24.—Un nuevo enemigo en escena (1846) 220

Lo maravilloso en la vida del apóstol: infestaciones diabólicas.

CAPITULO 25.—Fundación del Internado (abril de 1847) 224

¡Alto, la bolsa o la vida!—Intentos fallidos.—Triunfa el proyecto del internado.—La vida de estos internos.

CAPITULO 26.—El panorama político de Italia (1847) 234

Il Risorgimento.—La Cuestión Romana.—El Papa Pío IX.

CAPITULO 27.—Sucesos en el Oratorio (1847-48)	240
Formación de una nueva colmena.—¿Testarudez o prudencia?—Motín en Porta Nuova.—Una comunión memorable (1848).—Castañas para todos.—Erección de una capilla en I Becchi.—Escuela nocturna de adultos.—Saneamiento de Casa Moretta (9 de marzo de 1848).—Muerte de Antonio Bosco (18 de enero de 1849).—El onomástico de Don Bosco (24 de junio).—El oratorio de Vanchiglia.	
CAPITULO 28.—Consolidación de la Institución (1851-53)	252
Dueño de casa Pinardi (1851).—La iglesia de San Francisco de Sales.—Cazador de almas.—Trabajador infatigable.—El nuevo internado (1852-53).—Su fe a prueba.—Fundación de los primeros talleres (1853).—Los estudiantes.	
CAPITULO 29.—Actividad multiforme (1852-53)	267
Audacia santa.—Elogios y riesgos.—Comportamiento heroico del Apóstol.—La libertad religiosa.—Los valdenses.—Escaramuzas y riesgos.	
CAPITULO 30.—Prosigue la lucha con los valdenses	276
Apóstol de la «buena prensa».—Amenazas de muerte.—De las amenazas a los hechos.—Nuevo peligro de muerte.—El gris.	

TERCERA PARTE

El fundador (9 de diciembre de 1858)

CAPITULO 31.—Una nueva congregación religiosa: primera fase (1847-55)	291
El designio.—Tanteos y consejos.—Primeros intentos de recluta de socios (1849).—Nueva leva de socios (1852).—Proceso lento y penoso.—Dificultades internas.—«Salesianos».	
CAPITULO 32.—Sociedad religiosa «abierta». Segunda fase (1858-59) ...	304
Don Bosco, a Roma.—Audencia con el Sumo Pontífice (9 de marzo).—Segunda audiencia pontificia (21 de marzo).—Un episodio cómico y simbólico a la vez.—Tercera audiencia papal (6 de abril).—La disciplina del Oratorio, alterada.—¡Siempre con Don Bosco!	
CAPITULO 33.—Vida íntima del Oratorio (1854-58)	319
El P. Alassonati (1854).—Un chico santo.—Héroes de la caridad cristiana.—Nuevas ampliaciones: el taller de encuadernación.—Ampliación del internado (1856).—Ruina de la nueva construcción.—La Compañía de la Inmaculada Concepción (1856).—Muerte de «mamá» Margarita (25 de noviembre) y de Domingo Savio (9 de marzo).—Reconocimiento de la labor del Apóstol (1857).	

CAPITULO 34.—El carisma profético del Padre (1854-55)	337
Profeta del Altísimo (1854).—Predicción de una muerte (1855).	
CAPITULO 35.—El oleaje de la política (1839)	345
Un horizonte tormentoso.—Don Bosco, sospechoso.—Registros en el Oratorio.—Adquisición de casa Filippi y ampliación de las clases.—Pesquisas insidiosas (1860).—Juego limpio.—Sellada la reconciliación.	
CAPITULO 36.—El panorama se dilata (1860-62)	361
La institución crece (1860).—Viva satisfacción.—La edad de oro del Oratorio (1860-64).—Confidencias de padre.—El pararrayos de la Virgen.—El aguinaldo de la Virgen.—La libertad de enseñanza (1852).—Muerte de José Bosco (12 de diciembre de 1862) y enfermedad del padre.	
CAPITULO 37.—La basilica de María Auxiliadora (1863-68)	378
El título.—Con el favor de María.—El banquero señor Cotta (1864).—«Cada piedra es un milagro».—Colocación de la última piedra (1867).—La consagración del templo (1868, 9 de junio).	
CAPITULO 38.—Otros sucesos del Oratorio (1867-69)	395
Entre el Vaticano y el Gobierno (1867).—Provisión de obispos (1869).—Agua milagrosa para los campos.—Cumplimiento de una profecía.—Sospechoso de heterodoxia.—Curación sorprendente de Don Rúa (1868).	
CAPITULO 39.—Aprobación de la Pía Sociedad Salesiana (1 de marzo de 1869)	411
Panorama poco halagüeño (1867).—El proceso en Roma (1867-69).—Los «dies Petri».—Monseñor Svegliati.—Actividad febril.—La bendición de María Auxiliadora.—Una nueva bendición de la Virgen.—Vencida la última resistencia.	
CAPITULO 40.—El Concilio Vaticano I (1869-70)	425
Convocatoria del Vaticano I (29 de junio de 1868).—Apertura del Concilio (8 de diciembre de 1869).—El dogma de la «infalibilidad pontificia» (18 de julio de 1870).—Don Bosco y el Concilio.	
CAPITULO 41.—La revolución victoriosa (1870, 20 de septiembre)	431
El poder temporal del Papado.—La actitud de Pío IX.—La actitud del Gobierno revolucionario.—El asalto a Roma.—La situación posterior.	
CAPITULO 42.—Las Hijas de María Auxiliadora (1868-1872)	440

Los orígenes (1852-57).—El contacto con Don Bosco (1862-71).—Las primeras religiosas salesianas (1871-72).	
CAPITULO 43.—Aprobación de las Reglas Salesianas (1874)	446
Síntesis de su gestación (1858-1874).—Actitud incomprensible.—La fuerza de la razón.—El triunfo de la fe y la constancia.—Apoteosis triunfal y rabia del Averno.	
CAPITULO 44.—Las misiones salesianas (1874)	457
El espíritu misionero del Fundador.—La primera expedición misionera salesiana (1874).	
 CUARTA PARTE El santo (1875-1888) 	
CAPITULO 45.—Los sueños se cumplen (1875-76)	465
En la plenitud del ser humano.—Un porvenir risueño.—Las vocaciones de adultos.—La Pia Unión de Cooperadores Salesianos (1876).—Concepción amplia.	
CAPITULO 46.—Acontecimientos históricos en Roma (1877)	472
La muerte de Pío IX (7 de febrero de 1878).—Intrigas en la Corte Romana.—La amistad con Crispi.—El nuevo Papa (20 de febrero de 1877).	
CAPITULO 47.—Don Bosco en Francia (1879-80)	479
«Todo para todos».—La bendición de María Auxiliadora.—Nueva visita a Marsella (1880).	
CAPITULO 48.—Nuevos acontecimientos en la vida del santo (1880)	486
El templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma (1880-87).—Nuevos atentados contra su vida (1880).—Una nueva visión de lo alto (1880).—Realidad consoladora.	
CAPITULO 49.—Nuevas jornadas triunfales en Francia (1881)	496
La finca de la Navarre.—Una curación asombrosa.—Una flor perfumada para el cielo.—El patrono de la ciudad de Brasilia.	
CAPITULO 50.—Corazón ancho como «las playas marinas» (1882)	502
Una paz costosa.—«No a mí, Señor, da la gloria» (1882).—Camino triunfal hacia París (1883).—En la capital de Francia.—El triunfo de la sinceridad y de la fe.—Las gracias de la Auxiliadora.—Remembranzas de I Becchi.	

CAPITULO 51.—Todo por la Institución (1883-84)	517
Satisfacciones íntimas de familia (1883).—Una visita memorable.—La preocupación por el porvenir.—Cambio de víctima (1884).—Una actitud temeraria.—Con la cruz a cuestas.—Concesión de los Privilegios (1884).—Como retoños de olivo.—De nuevo la rabia del Averno (1884).	
CAPITULO 52.—Otros sucesos (1884-85)	535
El primer obispo salesiano (7 de diciembre de 1884).—Separación dolorosa.—Rumores acerca de la muerte del Fundador (1885).—Otra vez en Francia (1886).—El foco de espiritualidad del Valdocco.	
CAPITULO 53.—El Fundador en España (1886)	544
Una visita misteriosa (1885).—Hacia la Ciudad Condal (1886).—Lluvia de gracias y prodigios.—Habla a los católicos de Barcelona.—La familia Martí-Codolar.—El templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo.	
CAPITULO 54.—Señales precursoras de un ocaso (1887)	557
Luz de atardecer (1886).—De nuevo en Roma (1887).—La consagración del templo del Sagrado Corazón de Jesús (14 de mayo de 1887).—Acogida triunfal.—Preparando la tumba.—La juventud, su obsesión hasta el fin.—El retorno del hijo querido.	
CAPITULO 55.—El final (31 de enero de 1888)	569
El bien vivir y el bien morir (1887).—El último combate.	
CAPITULO 56.—Don Bosco en el mundo	575
El porvenir de la Obra Salesiana.—Un momento crítico.—Continuando la singladura.—El desarrollo de la Congregación Salesiana.	

PRESENTACIONES

Empresa nada fácil la de presentar la figura y la obra de san Juan Bosco, el amigo de los muchachos, el padre y maestro de la juventud. Pero creemos que el P. Luis Vivar lo ha conseguido en el «Mensajero de Dios». Con orden y claridad va desvelándonos la sugestiva figura de Don Bosco desde que allá, en los inicios del siglo XIX, en las verdes colinas de los Alpes italianos, pastoreaba sus vacas, hasta que el 31 de enero de 1888 acababa su singladura terrena en olor de santidad.

A través de un lenguaje ágil y ameno vamos conociendo el temple humano de la potente personalidad del santo, la audacia de sus empresas apostólicas, el esfuerzo tenaz porque su obra se perpetuara en una Institución y, por último, la hondura de su santidad evangélica.

Tanto el experimentado y exigente como el sencillo e ingenuo lector disfrutarán leyendo esta vida de Don Bosco escrita por el P. Luis Vivar y descubrirán en ella las huellas del carpintero de Nazaret que «pasó» haciendo el bien» y escucharán, potente, el eco evangélico de las bienaventuranzas. Porque eso es la vida de Don Bosco: evangelio encarnado, hecho vida, en el agitado y convulso siglo XIX, respuesta generosa a los problemas de la juventud pobre y en peligro.

¡Ojalá que su lectura despierte en los lectores deseos de generosa entrega al servicio de los ideales que constituyeron la ilusión del hombre suscitado por Dios para dar solución adecuada a los problemas de la juventud de su tiempo, tan semejantes a los de la del nuestro propio!

P. José Arlegui, salesiano

* * *

La lectura de esta obra me ha dejado plenamente satisfecho desde el punto de vista estético y salesiano. Creo que no desmerece de las escritas anteriormente. Tiene unidad de trama sin que en ningún momento decaiga el interés. El estilo es fluido, abundante, ameno, por lo que la narración resulta agradable. Los juicios valorativos son valiosos. Contiene vistas muy completas de la personalidad de Don Bosco, convenientemente destacadas. Las hallo muy bien escogidas y muy significativas. Me satisface este aspecto que distingue esta obra de otras similares. El engranaje de lo histórico, lo anecdótico, lo humano y lo divino, me parece que está logrado. Todo se halla en buena proporción de manera que un aspecto no perjudica al otro. Por todo ello auguro un buen éxito a esta obra.

P. Emilio Alonso, salesiano

La biografía de san Juan Bosco escrita por el P. Luis Vivar es, sin duda, un libro ameno y útil. Dividida en partes, capítulos y cuadros y mediante una cronología bastante bien lograda, el autor nos va presentando el desarrollo progresivo de la gigantesca figura del apóstol de la juventud a la vez como el resultado de su propio esfuerzo y de la gracia divina con la que coopera.

Y es este equilibrio, no demasiado fácil de lograr en una vida en la que tanta importancia tuvo el influjo de lo sobrenatural, hecho realidad comprobable, lo que hace su lectura sugestiva, porque a pesar de presentar al santo como un hombre altamente favorecido de Dios y lleno de carismas, no nos lo aleja en absoluto de nuestra perspectiva inmediata humana, sino que nos lo presenta como inmerso en los problemas que la vida ofrece a diario.

Y es así como, del contacto con su figura, siempre protagonista inmediato de los episodios que se narran, se percibe un calor vital que atrae y seduce. Es como si aún continuara estando entre nosotros el hombre que con tanta facilidad supo ganarse la voluntad de los niños, los jóvenes y los adultos de toda edad con los que trató. Por eso, al término de la lectura de este libro, tenemos la sensación de hallarnos más cerca del hombre de Dios. Nos parece haber conseguido un nuevo amigo.

P. V.

* * *

La vida del «santo de la juventud», san Juan Bosco, que el P. Luis Vivar nos ofrece, está escrita en estilo agradable y ágil, lleno de bellas imágenes, de notas de carácter sociohistórico que hacen más comprensible el contexto en el que Don Bosco realizó su obra. Es un libro que presenta una cierta novedad y que se lee con fruición. Es de notar el equilibrio con que el autor trata lo natural y lo sobrenatural que de forma tan admirable se dio en el santo, según estas palabras del CGE XX:

«Don Bosco es un santo cuyo rasgo más estupendo, quizá, sea la unidad de la persona, la vida y la obra. Es una personalidad constituida armónica y progresivamente a partir de un núcleo dinámico en el que el Espíritu de Cristo resucitado se encuentra con un corazón rico y generoso» (N.º 88).

Es de agradecer, por tanto, al P. Luis Vivar que ponga en nuestras manos, y con tanto acierto, esta nueva biografía de san Juan Bosco. Creo que llega muy oportunamente en nuestro tiempo como acicate frente a las dificultades y perplejidades actuales; como una invitación a seguir los pasos de Don Bosco «en su caridad inagotablemente realista y en su confianza en los jóvenes».

Tirso Pinos, salesiano

AMBIENTACION

Panorama histórico y sociopolítico

Año 1815. Comienzos de la Epoca Moderna. Las viejas fórmulas políticas que han venido configurando desde siglos la sociedad cristiana europea han comenzado a hacer crisis con el estallido de la Revolución Francesa de 1789, mientras que otras nuevas, también contenidas virtualmente en el evangelio de Jesucristo, pero intencionalmente escamoteadas o torpemente ignoradas por los que tienen el deber de interpretarlo, llegan a sustituirlas.

Es el fin del adormecimiento de las conciencias, de la rutina, del inmovilismo ineficaz y pernicioso. En lugar de la actitud pasiva y sumisa, adoptada como norma de ética cristiana frente a toda autoridad civil o religiosa, surge ahora en la conciencia popular el deseo de reivindicación de los derechos esenciales del hombre, de conformidad con el espíritu de la Revolución: la igualdad de todos los seres humanos, la fraternidad de todos los individuos, la libertad de opciones que hasta el presente han venido siendo prohibitivas para los más por el despotismo y el capricho de los poderosos y los fuertes.

Se plantea así, en principio, una lucha entre las diversas clases sociales que dará por resultado un cambio profundo de la configuración de la sociedad misma. Lucha prolongada, con alternativas de avance y retroceso, pero en la que, al fin, acabará por imponerse la actitud más justa y razonable y «el pueblo» habrá dado un paso decisivo en orden a su liberación y la conquista del sentido de su dignidad. Tal es el destino de la historia humana, que no puede detenerse, que debe avanzar continuamente en pos de metas más audaces y más en consonancia con los

propios anhelos del hombre al que, cabalmente, se ha definido como «el ser que progresa».

Este año de 1815 el panorama histórico y sociopolítico que, naturalmente, conlleva siempre implicaciones de orden religioso, se presentaba así: Napoleón Bonaparte, el caudillo militar que había encarnado el espíritu de la Revolución, había sido derrotado en Waterloo (18 de julio) y definitivamente alejado de intervenir en la política internacional, mientras que la Santa Alianza, constituida en el Congreso de Viena por las fuerzas reaccionarias, iniciaba la restauración del «deterioro» causado por las ideas revolucionarias, ampliamente difundidas ya en todos los estados de la Europa occidental y central.

Restaurar significaba reinstaurar el orden convencional mantenido durante siglos, el único que, a juicio del elemento conservador, ofrecía garantías de estabilidad social y de respeto a la norma divina para el gobierno de los pueblos. Significaba «volver a lo de antes».

Pío VII, cautivo del depotismo napoleónico en Fontainebleau y ahora libre tras la derrota del genio corso (Napoleón, de Córcega), retornaba a su Sede Romana, a continuar manteniendo en la Iglesia la misma estructura multisecular, es decir, la misma inflexibilidad respecto de los principios doctrinales y de las normas morales, el mismo autoritarismo que han caracterizado el absolutismo eclesial, uniforme en todas las diócesis del mundo.

Y de la misma manera, el imperio austríaco, de signo claramente «conservador», bastión contra el que habían dirigido con preferencia sus ataques las fuerzas de la Revolución, volvía a rehacerse y a recuperar el dominio sobre buena parte de los territorios que le habían sido arrebatados por ella. Y, a su sombra, también las potencias menores del mismo signo, que habían experimentado igualmente los efectos del movimiento revolucionario, se aprestaban a restablecer «sus derechos».

Era cabalmente el caso del Piamonte italiano, cuyo rey Carlos Alberto, de la dinastía de Saboya, arrojado también él del trono por la ambición del emperador francés, entraba en Turín, corte a la sazón del reino sardo, fervorosamente aclamado por su pueblo como «salvador».

Sin embargo, el entusiasmo de sus súbditos no era ni incon-

dicional ni indiscriminado, pues, mientras que unos celebraban el restablecimiento de la antigua forma de gobierno en la que veían la garantía de continuidad de una situación preestablecida y la conservación de sus privilegios de clase, otros aplaudían al soberano en la esperanza de ganarle a su causa, que era la democratización del país y el reconocimiento de una mayor igualdad de derechos de todos los ciudadanos. Los primeros pertenecían, por lo general, a las clases sociales privilegiadas: la nobleza, el ejército, el clero, la burguesía. Los segundos constituían principalmente el elemento popular, deseoso de acabar con los convencionalismos y de salir de su situación de servidumbre mediante el triunfo de las nuevas corrientes ideológicas.

La actitud de éstos era, indiscutiblemente, digna de ser tenida en consideración y apoyada por cuantos sentían en su alma la urgencia del mensaje cristiano, que es ley de amor y de fraternidad universal. Pero los cambios sociales no resultan nunca fáciles porque suelen conllevar el riesgo de lo novedoso y lo incierto. Y porque, además, presuponen el abandono, por parte de muchos, de determinadas situaciones ventajosas. A esto se añadía ahora que la revolución que se pretendía hacer parecía hallarse dominada y dirigida por determinados elementos, liberales y sectarios, contrarios a los principios y normas tradicionalmente mantenidos por la Institución eclesial católica. Por eso despertaba en muchos una actitud de recelo o, incluso, de temor.

En efecto, la revolución italiana de mediados del siglo XIX se presenta como un hecho muy complejo, nada fácil de discernir por los implicados en ella, prácticamente, todo el pueblo, que la vivió con intensidad. Se trataba, en efecto, de un fenómeno, singularmente propio, que si, por una parte, propugnaba el establecimiento de la forma democrática y la sanción de leyes más justas; si afirmaba reivindicar plenamente los derechos fundamentales y sociales del hombre y pretendía crear en él un mejor sentido de su propia dignidad; si halagaba a los italianos con el designio de aunar sus esfuerzos para la formación de una patria común de todos ellos al estilo de las nacionalidades de los otros pueblos europeos, por otro lado, anunciaba el empleo, para lograr estos objetivos, de ciertos medios que repugnaban a la casi totalidad de los ciudadanos.

En efecto, el hecho de tener que proceder a despojar al Pontí-

fice Romano de unos territorios en los que el Vicario de Cristo venía ejerciendo el poder temporal desde hacía no menos de diez siglos, y de los que indudablemente desde el punto de vista jurídico, era indiscutible soberano, conferían a aquella empresa un sentido de tragedia, por cuanto casi la totalidad de los italianos eran católicos y consideraban como sagrado cuanto atañía al Reino Apostólico.

Y, no obstante, si de verdad se deseaba llegar a la formación de un Estado peninsular único, era preciso enfrentarse con este problema. ¿Cómo?... Eso atañía a los políticos. Pero éstos no dudaban en afirmar que, en el caso de no llegar a un acuerdo pacífico con el Papa, se hallaban dispuestos a llevarlo a efecto por la fuerza, solución ésta que no podía por menos de repugnar a cualquier hijo de la Iglesia, cuyos intereses habían sido siempre considerados «intangibles» para todo católico y sobre cuya violación pesaba la amenaza de los anatemas.

Y aparte de esta cuestión principal, se anunciaban también ciertas reformas de carácter social, estimadas necesarias tanto a nivel de gobierno como popular, por los prohombres de la Revolución y que igualmente afectaban a los intereses de la Institución Eclesial.

En estas circunstancias nace el protagonista de esta historia, al que corresponderá vivir en plenitud los acontecimientos contemporáneos. San Juan Bosco, en efecto, recibe de Dios la misión de forjar a la juventud moderna, es decir, de incorporarla a la marcha de la historia de tal modo que, sin renunciar a los valores esenciales del mensaje de Jesucristo —que es mensaje de vigencia permanente— acierte a marchar al ritmo que marca el progreso logrado en cada época.

Cuántas dificultades haya de experimentar para realizar una empresa de tal magnitud, en unos tiempos que él mismo calificará de «excepcionalmente difíciles», se comprende fácilmente. Y, por lo mismo, se le adivina implicado en la temática mencionada, viviendo muy de cerca los problemas como exigencia de su vocación que le lleva necesariamente a intervenir, a su modo, en la génesis del nuevo Estado que se está forjando. Y, no obstante, a pesar de tan serias dificultades, la historia le juzga y le valora de manera claramente positiva porque su labor fue buena no sólo en su tiempo, sino también para el futuro.

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE (1815)

AMBIENTE LOCAL Y FAMILIAR

Lugar de nacimiento de Juan Bosco

Juan Melchor Bosco vino al mundo en una pequeña agrupación de casas (borgata), en el lugar denominado I Becchi (Los Picos), perteneciente al pueblo de Morialdo (400 habitantes a la sazón), distante de él unos dos kilómetros. Morialdo, a su vez, era una pedanía de Castelnuovo de Asti (3.000 habitantes), a cinco kilómetros de I Becchi. Hoy a esta población se la denomina Castelnuovo Don Bosco en honor de su hijo más preclaro.

La población más importante de la comarca era Chieri, ciudad entonces de 10.000 habitantes, situada a 10 kilómetros de Morialdo. Chieri era un centro importante de estudios. Tenía un Instituto de Segunda Enseñanza, el seminario conciliar, algunos centros religiosos y privados de enseñanza elemental y escuelas públicas.

Por fin, a unos 15 kilómetros de Chieri, y a 30 de I Becchi, se halla Turín (Torino), de 130.000 habitantes entonces, capital a la sazón del reino sardo, uno de los Estados más importantes en que se hallaba dividida la península itálica.

La «borgata» de I Becchi se halla situada en una riente colina cubierta de prados, de viñedos, de campos de cereal y de amenos bosquedillos. La campiña se mantiene siempre verde por la frecuencia de las lluvias debidas a la proximidad de los Alpes y goza de un clima delicioso en las estaciones de primavera, verano y otoño, mientras que los inviernos suelen ser bastante rigurosos y la nieve y el hielo hacen con frecuencia acto de presencia. Pero la destemplanza le viene, sobre todo, de los vientos, recios y helados que se descuelgan desde la cordillera alpina.

Las gentes de esta comarca son sanas de cuerpo y de espíritu, con frecuencia, alcanzan edades muy provectas. Entre sus virtudes características sobresalen: la sobriedad, la integridad,

la laboriosidad, la tenacidad casi rayana en tozudez... Y, por encima de todo, la religiosidad, que ha sido la forjadora de su temple.

La familia de Juan Bosco

La familia de Juan Bosco en el año de su nacimiento (16 de agosto de 1815) estaba integrada por sus padres: Francisco Bosco y Margarita Occhiena, por Antonio Bosco, hijo de Francisco y de su primera mujer, pues había contraído matrimonio en segundas nupcias con Margarita; por José y Juan y por la abuela paterna de los niños, la cual no tardaría en morir.

El patrimonio era escaso. Consistía en la pobre casita en que habitaban, aportada por Francisco; algunas parcelas de tierra en derredor, una vaca, un asnillo, algunas gallinas y conejos. Todo ello apenas suficiente «para ir tirando» con bastantes apuros. El «nivel de vida» era, si no de miseria, sí de franca pobreza. Francisco solía ofrecer sus brazos en condición de jornalero para ayudar a la economía de la casa.

En cambio, desde el punto de vista moral y espiritual, era una familia realmente rica, que, además de estar adornada con las mencionadas virtudes propias de los hombres de su tierra, poseía también, muy destacadas, las cristianas: la fe, la esperanza, la caridad, la religiosidad. Virtudes que confieren al ser humano una perspectiva de sentido trascendente. He aquí los rasgos más característicos de cada uno de los miembros de esta familia:

Francisco, el jefe. Su retrato moral podría compendiarse en estos trazos, a tenor de la información transmitida por los biógrafos de su hijo menor:

«Era un sujeto de índole excelente. Cristiano cabal. Poseía un gran sentido de la realidad. Era laborioso, constante, honrado, intachable, amante de los suyos por los que se desvivía entregándoles todos los momentos de su vida y todos los afanes de su espíritu...»

Murió el último día de febrero de 1817, cuando aún no había cumplido los cuarenta y cuatro años de edad. La muerte se debió a una pulmonía cogida en el sótano de su casa al regresar del

campo, sudoroso y agobiado de fatiga. Los esfuerzos de la ciencia médica de entonces no supieron atajar el mal, que le mató en menos de una semana.

Murió resignado a la que entendía ser la voluntad de Dios, mas también lleno de pesadumbre por el desconsolador panorama familiar que se le ofrecía en aquel tiempo de posguerra. Tiempo de devastación general y de ruina, en el que el hambre en la comarca llegaba a extremos tales que no era raro ver en las cunetas de las carreteras y al borde de los caminos a personas muertas de inanición, con la boca llena de hierba en un intento de aplacarla.

En todo caso, aquella muerte prematura, tan a destiempo, venía, indudablemente, a agravar la penosa situación en que la familia Bosco había vivido hasta entonces. ¿Qué giros podía dar en el porvenir?

No obstante, desde la perspectiva cristiana, y a pesar de haber sido arrebatado de este mundo extemporáneamente, como una rosa lozana que es deshojada en plena primavera por el granizo, o como la flor del almendro abrasada por la helada tardía, su vida no fue infructuosa y de él puede decirse que «murió en plenitud de obras buenas». Y no es el mérito menor el haber traído al mundo a tres seres humanos entre los que se cuenta un «santo» de talla excepcional. Un hombre que llegaría a compenetrarse por completo en la sociedad de su tiempo, participando de sus inquietudes y sus problemas para tratar de darles la solución adecuada desde la perspectiva de la fe cristiana en la que había nacido.

Margarita. Nacida en el pueblecito de Capriglio (Caprillo), a un par de kilómetros de I Becchi. Fue una mujer de sobresalientes cualidades morales. Fue una viva copia de la «mujer fuerte» cuyos elogios se tejen en la Sagrada Escritura. Mujer prudente, hacendosa, amante de su casa y de los suyos, llena de caridad para con los demás, previsora, de un temple forjado de fe en el futuro y de un gran sentido realista del presente, de gran espíritu de trabajo.

Su característica más sobresaliente fue la «religiosidad» que dio sentido pleno a su vida y que acertó a transmitir a sus hijos hasta el punto de hacer de ellos cristianos auténticos. Y de Juan, también un «santo». Rasgos admirables de su identidad se irán

viendo en el transcurso de esta biografía, pues, dada la influencia importantísima que ejerció sobre su hijo menor, resultará imprescindible hablar con frecuencia de ella.

La abuela. De mucha edad ya a la sazón e impedida por achaques que suelen conllevar los años y las fatigas. Era incapaz de valerse por sí misma y se veía obligada a permanecer casi continuamente hundida en una poltrona. Mas desde allí no dejaba de influir en la formación de los nietecitos con oportunas recomendaciones, ora para estimularlos cuando obraban bien, ora para censurarlos si se desviaban del recto sendero. Fue mujer de mucho carácter y estuvo dotada de una clarividencia envidiable.

Antonio Bosco. Tenía entonces once años. Era un muchacho «bueno en el fondo». Mas, bien por haber perdido a sus padres en edad temprana, o por otras causas difíciles de precisar, vio alterado su carácter y se comportó de manera habitual como un sujeto supersensible, irritable y huraño, tanto con Margarita, «la madrastra», que decía él con frecuencia, como con sus hermanitos.

Ocurrió, en efecto, que el muchacho había mirado con malos ojos el segundo matrimonio de su padre. Y, en consecuencia, recibió con hostilidad a Margarita en su casa. Y no fue bastante la extrema delicadeza de la buena campesina para con él, especialmente después de la muerte de Francisco Bosco, para lograr que mudara de sentimientos acerca de ella. Antonio constituyó, en realidad, una cruz continua para Margarita. Con gran frecuencia, se irritaba contra ella, la insultaba, la amenazaba. Aunque nunca llegó a maltratarla de hecho.

Y en lo que atañe a las relaciones con sus hermanos, fueron igualmente tensas. Especialmente con Juanito al que llevaba once años de diferencia. El los había visto llegar al mundo con recelo, es decir, como a intrusos con los que algún día habría de compartir el menguado patrimonio familiar heredado de su padre. Y al continuar mirándolos desde esta perspectiva, constituyó un motivo de gran desasosiego para toda la familia. Y esta cruz la hubieron de tolerar hasta que él hubo cumplido sus veinticinco años, esto es, hasta que habiéndose llegado a extremos prácticamente intolerables, se hubo de proceder a la división de los bienes familiares y a él se le impuso una vida independien-

te. Pasados algunos años, se reconcilió con todos ellos y los visitaba con frecuencia. Fue padre de dos hijos.

José Bosco. Era dos años y medio mayor que Juanito. Fue un muchacho de índole afectuosa y dulce. En los primeros años, como suele ocurrir, por falta de reflexión, se mostraba con frecuencia tozudo y caprichoso y se resistía a obedecer a su madre. Entonces, y puesto que Margarita tampoco estaba dispuesta a ceder, abdicando de su misión de pedagoga y educadora de sus hijos, el niño pataleaba, se dejaba arrastrar por el suelo, llevado de la mano de su madre, y lloraba con rabia. La buena campesina intentaba, con inalterable calma, hacerle comprender lo irrazonable de su actitud. El, al cabo, agotado por el esfuerzo y convencido de que su resistencia era inútil, acababa por ceder. En todo caso, nunca recibió un solo golpe de su madre.

Con los años, y sin esperar mucho, se volvió un chico dócil y obediente. Y, más tarde, un joven reflexivo, responsable y un gran trabajador. Profesó siempre un amor acendrado a su madre y a su hermano Juan. Y, por lo que atañe a sus relaciones con Antonio, del contexto de las Memorias Biográficas de San Juan Bosco, se deja adivinar que entre ambos no existieron las tensiones que hubo entre el mayor y el menor; sino que entre ellos se mantuvo una relación de cortesía y respeto mutuo, pero guardando una cierta distancia en el aspecto afectivo. En todo caso, el hermano mayor no parece haber hecho gran cosa para acortarla.

Juan Bosco es un caso aparte. Fue un auténtico superdotado en todos los aspectos. En el físico, se podría trazar un retrato que respondería aproximadamente a estos rasgos, según la descripción de sus biógrafos, así como de los retratos y fotografías que de él nos han quedado:

«Fue de estatura corriente tirando a baja. Sus miembros los tenía muy proporcionados y regulares. Era de formas esbeltas y de figura grácil. Estrecho de hombros en su niñez y regular más tarde. Las manos eran pequeñas, delicadas, mórbidas. El rostro, ligeramente ovalado. La nariz, bien formada. Los ojos eran de color castaño, vivísimos y cambiantes según la disposición del ánimo. El cabello era abundante, lacio, de color igualmente castaño. La sonrisa amable y, en

ocasiones, tan encantadora, tan sugestiva, que confería a su rostro una belleza más que humana. Toda su persona transparentaba amabilidad e inspiraba confianza y, con frecuencia, ejercía un poder tal de seducción que atraía hacia sí, como lo experimentaron muchas personas, y principalmente los niños y jóvenes, los cuales se ponían en movimiento hacia él como por un impulso espontáneo al verle aparecer, o que los mantenía en su presencia como cautivos durante horas y horas...»

Poseyó una habilidad sorprendente para imitar toda clase de juegos, oficios y artes. Y de ella se valió para cumplir con más facilidad su misión entre la juventud. La fuerza de que estuvo dotado fue simplemente asombrosa y de su demostración nos han quedado innumerables pruebas en otras tantas anécdotas y testimonios presenciales. Citemos, por vía de ejemplo, un par de casos:

Estando en su primer año de filosofía en el seminario de Chieri, cierto día, a la hora de entrar a clase, no apareció por ninguna parte la llave de la puerta del aula. Durante bastante tiempo se intentaron todos los medios para abrirla sin conseguirlo. Y ya se hablaba de llamar al cerrajero. Entonces, Bosco, que se había mantenido aparte, se adelantó y dijo al profesor:

«—Si usted me lo permite y lo consiente el ecónomo, la abro yo.

—¿Tú? ¿Cómo?...

—¡Con la mano!

—De acuerdo. Prueba.

Juan lanzó su puño contra ella a la vez que empujaba. La puerta, realmente sólida, cedió tras haber saltado el cerrojo. Todos los presentes se quedaron "viendo visiones".»

Ya sacerdote recién ordenado, esperaba cierto día en Turín el momento de subir a la diligencia para hacer un viaje. Se hallaba situado frente a la puerta por donde debían salir los caballos que habían de ser uncidos al carruaje, apoyado contra la pared. Entonces fue advertido por el mozo de mulas de que había un caballo de mala condición que se echaba a morder.

«—¡No se preocupe! —dijo él—. No me morderá.»

El mozo creyó oportuno insistir, recalcando la agresividad de aquel animal. Don Bosco volvió a dar la misma contestación mientras seguía en idéntica actitud y sin moverse de aquel lugar. Entonces apareció el caballo que, en efecto, se avalanzó contra él arrugando el morro y abriendo disformemente sus fauces. El sacerdote, rápido, le echó las manos al morro y le apretó con tanta fuerza que el animal se levantaba de manos, se agitaba furioso y trataba de golpearle, aunque en vano.

Así lo tuvo por algún tiempo. Luego, pidió al cochero que le atara las patas delanteras para que no pudiera golpearle con ellas. A continuación, lo soltó y se retiró rápidamente. Al subir a la diligencia todos los pasajeros comentaban llenos de admiración:

«—¿Quién es ese sacerdote, que tiene tanta fuerza...?»

Romper las barras de hierro de las verjas de las ventanas hasta reducirlas a trozos menudos con los dedos; partir las nueces, las avellanas, los huesos de melocotón, albaricoque o ciruela, etc., era cosa fácil para él. Y estas demostraciones las hacía aún en sus últimos años cuando era convidado a la mesa de alguno de los bienhechores de su obra. E, incluso en su última enfermedad. Después de muchos días de cama, el médico que le asistía quiso probar hasta qué punto se había debilitado. Y, a este fin, le ofreció la muñeca para que apretara. Don Bosco le advirtió:

«—¡Mire, doctor, que le voy a hacer daño!

—¡Bah! ¡Apriete sin compasión!»

Y apretó. Y fue de tal manera, que al doctor se le saltaban las lágrimas del dolor. Y tuvo que decir al enfermo:

—«¡Basta!»

Por lo que atañe a sus dotes de inteligencia y de memoria, hay que decir que fueron igualmente destacadísimas. La memoria fue sencillamente sorprendente y habrá ocasión de hacer referencia a ella en relación con algunos episodios de su vida.

Baste, por ahora, con decir, y es afirmación suya propia, que en sus buenos tiempos de estudiante y joven sacerdote, leer un libro equivalía a retenerlo en la memoria. Y que aun en los años de su ancianidad deleitaba algunas veces a sus hijos del Oratorio con la recitación de cantos enteros de las obras de los clásicos italianos, latinos y griegos.

Y por lo que hace a la inteligencia, de él se ha dicho que pudo haber destacado con facilidad en cualquier carrera o rama del saber a que se hubiera aplicado. Mas esta posibilidad la sacrificó él al ideal de su vida: la formación integral de la juventud desvalida.

¿Y qué decir de su elevación en el orden moral? Es cierto que en sus primeros años, los de la infancia y la juventud, no careció de defectos naturales y de impulsos instintivos que, de no haber sido dominados y convenientemente encauzados, habrían hecho de él, tal vez, uno más de entre tantos hombres corrientes. De los que acostumbran a dar una de cal y otra de arena, como suele decirse, pues los habría poseído al lado de otras inclinaciones y excelentes disposiciones de que igualmente le había dotado la naturaleza.

Pero aquí reside precisamente su mérito y el fundamento de su santidad: en haber sabido colaborar con la gracia divina, según enseña la doctrina de Cristo, para ayudar a la naturaleza a superar la debilidad ingénita de que se halla afectada. Para aprovechar lo bueno que hay en ella y triunfar sobre lo defectuoso y enfermo. Y lo logró de tal modo que llegó a alcanzar una santidad de vértigo. Hasta el punto de figurar hoy entre los grandes ejemplares que la Iglesia propone para su imitación y la admiración del poder divino sobre las almas. Su virtud, en efecto, ha quedado refrendada mediante la «canonización», es decir, mediante la sanción definitiva de la autoridad eclesial recibida del Cielo. Este fue el resultado de haberlo mirado todo desde la perspectiva de la fe cristiana. Una fe que fue para él el verdadero faro que orientó su vida en el sentido de la trascendencia.

RECUERDOS DE LA PRIMERA INFANCIA DE JUANITO (1817-24)

La muerte del padre (1817)

Las primeras vivencias de Juanito se remontan a una edad muy temprana de su vida. Afirmó él haber guardado durante toda ella un vivo recuerdo de la muerte de su padre, acaecida cuando aún no había cumplido los dos años de edad. Solía hacer referencia a este acontecimiento en estos términos:

«Aún no había cumplido yo los dos años cuando perdí a mi padre. No recuerdo, por tanto, su fisonomía ni sé qué es lo que pasó conmigo en tan lamentable acontecimiento. Sólo recuerdo —y es el primer episodio de mi vida del que guardo memoria— que mi madre me dijo: “¡Te has quedado sin padre!”»

La escena ocurrió así: Mientras que todos los presentes salían de la habitación en que yacía mi difunto padre, yo me obstinaba en permanecer allí contra el intento de mi madre que trataba de alejarme de aquel lugar. Entonces, le dije:

—¡No quieroirme de aquí si papá no viene conmigo!

—¡Pobre hijo mío —exclamó ella—. ¡Vente conmigo! ¡Tú ya no tienes padre!»

Otros recuerdos de esta su primerísima edad hacen referencia a escenas vividas por el niño en el seno de la familia o en compañía de sus amiguitos. Escenas que, naturalmente, causaron en él un especial impacto en tan temprana edad. He aquí algunas de las mencionadas por él en sus Memorias:

El juego de la «tala»

La «tala» es un juego practicado aún hoy por los niños en algunos pueblecitos castellanos, igual a como lo practicaba Juanito Bosco en su «borgata» de I Becchi hace un siglo y medio. Consiste en golpear con un bastón o palo, desde un círculo trazado en tierra, un trocito de madera aguzada en sus dos extremos («tala»). En primer lugar, se la golpea suavemente en uno de ellos con el fin de levantarlo como un metro. Entonces, se le vuelve a golpear para lanzarla lo más lejos que resulta posible, pues el contrincante debe tratar de introducirlo en el círculo desde el lugar en que lo haya recogido.

El riesgo que este juego entraña se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que tanto el de fuera del círculo como el de dentro pueden tratar de detener la «tala». Y era cabalmente lo que algunas veces le ocurría a Juanito, el cual, en estos casos, acudía lloriqueando a su mamá con la que, en cierta ocasión sostuvo este diálogo:

—¿Por qué te juntas con esos chicos? ¿No ves que son malos?

—Sí, mamá. Pero me junto cabalmente con ellos porque deseo que sean mejores. Y es que cuando yo estoy en su compañía se portan mejor. No dicen ciertas palabrotas...

—De acuerdo; pero entre tanto, tú me vienes a casa con la cabeza descalabrada!

—¡Qué se le va a hacer, mamá! ¡Es cosa del juego!

—Bueno, pues ya lo sabes. No vuelvas a ir con ellos.

—De acuerdo, mamá. No iré si es por darle gusto a usted. Pero tenga presente que así se harán peores cada día.

Este razonamiento acababa por desarmar a la madre, la cual, pensándoselo mejor, acababa por ceder a los deseos del niño, juzgando preferible que el pequeño vertiera unas lagrimillas o que, incluso, derramara alguna gotita de sangre, a que aquellos niños, flores que empezaban a abrirse a la vida, crecieran en las malas costumbres que ya habían comenzado a asimilar de los mayores. Que continuaran diciendo palabras cuyo significado

aún no comprendían; pero de las que, más tarde, serían incapaces de desprenderse.

¡Dame también a mí de beber!

En un mediodía del ardiente estío regresaban del campo la mamá y los dos hijitos, José y Juanito. Llegaban ellos enrojecidos los rostros, sudorosos, sedientos. La madre, al llegar a la cocina, toma el cántaro de agua fresca, la vierte en un vaso y se la ofrece primero a José. Juanito hace una mueca de disgusto. Frunce el ceño y se encierra dentro de sí mismo en virtud de su propia decisión. Puesto que la madre le ha pospuesto a su hermanito, piensa, ahora él no aceptará el agua que le ofrece. Y la rechaza ofendido.

Margarita aparenta no haber comprendido el alcance de aquella actitud. Con naturalidad, deja el cántaro y comienza a preparar la comida. Así transcurren unos minutos. No demasiados, porque el niño no tarda en reflexionar sobre su modo de comportamiento y reacciona rechazándolo.

«—¡Mamá, dice al cabo, dame también a mí de beber!

—¡Hola, creí que tú no tenías sed!

—¡Perdón, mamá! ¡No volveré a hacerlo!»

Y el episodio queda cerrado sin más. Y la lección bien aprendida.

Merezco que me castigues

En otra ocasión, en ausencia de la madre, trasteando por la cocina, al pretender alcanzar algo del vasar, Juanito tuvo la desgracia de empujar una botella de aceite que se estrelló contra el suelo, derramando todo su contenido. Y es fácil imaginar la confusión y el pesar que experimentó el niño, tan cuidadoso y ordenado, por lo general.

Su primer pensamiento fue el de acudir a tratar de evitar la reprensión materna que adivinaba. Con este fin, comenzó a fregotear el pavimento para hacer desaparecer la mancha. Mas

viendo que no lo lograba, sino que ésta se extendía cada vez más, resolvió elegir otro camino: ¡pagar, como bueno, el precio de su imprudencia!

Como la madre, ausente en el mercado de Castelnuovo, había de tardar en regresar algunas horas, salió a un seto cercano y cortó una vara de fresno, la adornó recortando la corteza en derredor a manera de cadena, y luego salió al camino a esperarla.

«—¿Qué tal, Juanito? ¿Te has portado bien durante mi ausencia?

—Esta vez, no, mamá. ¡De verdad que merezco que me castigue! He roto la botella del aceite.»

Y, entre tanto, alargaba a su madre la vara.

Una vez más, el niño mereció el perdón de aquella gran madre y gran educadora, la cual pudo gloriarse al cabo de los años de no haber tenido jamás necesidad de golpear a sus hijos o de castigarlos, pues le bastó siempre, para hacerse obedecer de ellos, una palabra o una actitud justa y ponderada. E igual comportamiento tuvo para con el hijastro Antonio, a pesar de sus desprecios y su insolencia.

Una historia de duendes

Aún otro episodio de esta su primerísima edad que nos ayuda a comprender mejor el maravilloso temple de que estaba dotado aquel niño predestinado por Dios para una alta misión en la tierra.

Era el tiempo de la vendimia. Margarita se había trasladado a Capriglio con sus dos hijos con el fin de ayudar a recoger la cosecha de uva a sus parientes. Al término de la dura jornada, mientras se esperaba que llegara la cena, los vendimiadores, sentados en torno a la mesa, hacían tiempo contando las «historias» más divertidas y extrañas. Hablaban de los lobos que bajaban de las montañas nevadas, acosados por el hambre; de los bandidos, que infestaban la comarca; de los desertores de los ejércitos imperiales, que robaban, y algunas veces, también mataban; de los duendes y las brujas... Eran historias y remembranzas de episodios, no todos ficticios, capaces de poner los pelos de punta al más pintado y hacer temblar las piernas al más audaz.



*La casita donde nació Don Bosco, en Becchi (hoy Colina Don Bosco). Foto-
montaje del actual edificio del Instituto para la enseñanza de las Artes
Gráficas, que Don Bosco profetizó.*



"Hacia los nueve años tuve un sueño que me quedó profundamente impreso para toda la vida..." "No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarlos y hacerlos tuyos".



Don Bosco entrevé en sueños el vasto campo de trabajo abierto para sus hijos en el mundo.

«Pues, hablando de brujas y duendes, dijo uno, yo aseguro a ustedes que muchas de esas historias son verídicas. Y que no se necesita ir muy lejos para constatarlo, porque aquí mismo, en esta casa, se producen ciertos ruidos que sólo pueden ser atribuidos a esos seres misteriosos y malignos.»

Y como para corroborar lo que aquel acababa de decir, en aquel mismo instante, un ruido sordo y prolongado recorrió de parte a parte la habitación del granero, que estaba exactamente sobre sus cabezas. Todos contuvieron el aliento mientras se preguntaban qué podría ser.

«—¡Voy a verlo! —dijo entonces la voz valiente de un niño; de Juanito.

—¡No, por Dios, Juanito! —exclamó la madre aterrorizada. ¡Ni pensarlo! ¡Tú te quedas aquí, a mi lado!

—¡No lo intentes! —dijo una voz grave de hombre—. ¡Es el diablo o algún duende, tenlo por cierto!

—¡Qué diablo ni qué duende! Apuesto a que es un animalejo cualquiera que se está divirtiendo a costa nuestra! ¡Dadme una vela!»

Y no hubo manera de disuadirle. Allá se fue acompañado de algunos hombres que, aunque no las tenían todas consigo, les parecía feo dejarse vencer por un niño de tan pocos años.

La causa del extraño ruido era una gallina que, tratando de conseguir algunos granos de trigo que se habían quedado en los agujeros de una criba apoyada en la pared, la había hecho caer, quedando ella atrapada sin posibilidad de escapar. Y en el intento de conseguirlo, arrastraba aquel objeto de una parte a otra de la habitación.

¡Excusado es decir los comentarios que se sucedieron! Cada cual procuraba ahora dar a entender que miedo... lo que se dice miedo, no había tenido. Pero ¡a ver!... Hay que ser prudentes porque ¡vaya usted a saber qué cosas son capaces de ocurrir en este pícaro mundo!

En fin, la que peor lo pasó fue la pobre gallina, la cual, en menos de lo que se cuenta, fue a reforzar la ya abundante cena

con que la dueña de la casa obsequiaba a los fatigados y hambrientos vendimiadores.

Juanito, por su parte, debió de recibir elogios muy singulares por su probada valentía. Y, como quiera que sea, resulta cierto que el hijo de Margarita se perfilaba ya, desde estos primeros años, como un hombre de carácter audaz y sereno, valiente, tenaz, dueño de sí mismo..., cualidades excelentes que le llevarán a salir con éxito en todas sus empresas.

Juanito no era, según se echa de ver por estos episodios, un niño «caído del cielo» en la condición de un ángel. Era, sencillamente, un hombre, un ser humano normal cuya identidad se componía de virtudes y defectos. Un chico que, sin la ayuda de una formación cristiana sólida y auténtica, pudo haber resultado lo mismo un «capitán de bandoleros», como de él pronosticaría Antonio, un «líder político», un revolucionario o cualquier otro ejemplar sobresaliente. Con ella, en cambio, eligió ser sacerdote y apóstol de la doctrina de Jesucristo. Y, desde la mirada puesta en este ideal, se aplicó, con toda seriedad, a prepararse para la misión que él comporta. Y lo consiguió por su tenacidad, el auxilio de la gracia sobrenatural y el trabajo de sus educadores. Fue así, con estos medios, como llegó a ser «un hombre».

LA FORMACION RELIGIOSA Y HUMANA

El temor de Dios.

Margarita Occhiena, mujer auténticamente cristiana, concibió su vocación de madre, ante todo, como exigencia insoslayable de dedicación a la formación religiosa de sus hijos. Y, en consecuencia, apenas éstos comenzaron a dar señales de saberse regir por la luz de la razón, se esforzó por inculcarles el sentido de la presencia de Dios e infundir en ellos los principios del «temor reverencial al Señor de todas las cosas». Ese temor del que afirma la Sagrada Escritura que es «el principio de la verdadera sabiduría».

Los niños, en efecto, aprendieron desde muy pequeños a tener constantemente en sus labios el nombre de Dios para venerarlo de múltiples maneras: para ensalzar el poder del Autor de la creación, desde la consideración de toda suerte de fenómenos que se hacían patentes ante ellos, pues la buena madre, aunque analfabeta; pero sagaz intérprete de la sabiduría derramada con profusión por el Hacedor del universo, les había enseñado a deducir las oportunas consecuencias. Sobre todo, de los acontecimientos más relevantes: las noches estrelladas, apacibles, rutilantes; los días de tormenta, con el terrorífico despliegue de la asombrosa fuerza del rayo y la voz estremecedora del trueno; la belleza de la campiña cuando en primavera los prados se cuajaban de florecillas y los campos de cultivo del verde esmeralda de los sembrados y prometían al labrador la recompensa de una cosecha abundante, fruto de sus desvelos y sudores; el pedrisco que, en ocasiones, asolaba las cosechas...; todo servía a la buena mujer para inculcar en sus hijos el sentimiento vivo de la presencia divina y de su acción providencial. «Dios te ve», era su máxima preferida.

Pero este temor no los llevaba preferentemente a concebir de la Divinidad un sentimiento servil e inhibitorio del ánimo, porque la buena campesina hablaba con preferencia de la «bondad del Padre que está en los cielos» y del Creador que ha puesto todas las cosas al servicio del hombre porque le ama. Lo que ella deseaba inculcar en sus hijos era el «respeto filial», evitando que se formaran la idea absurda de una «bondad divina» capaz de llevarlos a un exceso de confianza, como si Dios hubiera de permanecer indiferente al modo de comportamiento humano. De esta manera acertaba a combinar el temor con el amor.

«¡Qué grande es el poder del Señor! —les decía—. ¿Quién podría oponerse a El...? En consecuencia, evitemos el pecado, que es un desafío a este mismo poder. Pero, ¡cuánta gratitud le debemos por habernos provisto de todo lo necesario para nuestras vidas y por continuar suministrándonos con generosidad las cosas necesarias y hasta las superfluas! ¡Dios es verdaderamente Padre! El Padre del cielo que nos provee del pan de cada día.»

Y estas enseñanzas las completaba con la narración de muchos pasajes y episodios de la Sagrada Escritura que había oído desde niña y que conservaba fielmente en la memoria.

La obediencia

Pero, mujer de gran sentido de la realidad, no se contentaba con sólo enseñarles los principios doctrinales, por excelentes que fueran. Exigía también de sus hijos la práctica de aquella doctrina. Y, en primer lugar, les exigía una obediencia perfecta, aunque no «ciega».

Se trataba, en efecto, de conseguir de ellos una sumisión sin resistencias, lamentos ni murmuraciones a las órdenes que les daba. Era una obediencia «razonable», porque, además de no exigir de ellos cosas absurdas, tampoco era contraria a que ellos desearan saber los motivos en que ella misma se apoyaba para proceder así.

Y fue de este modo como llegó a hacer de ellos un dechado de hijos, hasta el punto de que las otras madres de los contornos no

disimulaban su admiración ante el éxito logrado por Margarita. Y tampoco, su tantico de envidia. Algunas lo atribuían al hecho de «haberle cabido en suerte» poseer unos hijos dotados por la naturaleza de un carácter privilegiado. Pero probablemente no era así. Ni ellos eran «ángeles caídos del cielo», ni, por otra parte, ella era menos exigente con ellos que las demás madres con sus propios hijos. Por el contrario, Margarita exigía de los suyos mayores sacrificios de los que las otras madres solían pedir a los suyos propios. El secreto estaba en haber sabido persuadirlos de los motivos en virtud de los que debían obrar y en el modo de exigirselos.

Espíritu de sacrificio

Otra de las exigencias fundamentales para la formación auténticamente cristiana de un niño o un joven consiste en templar su espíritu en la fragua del trabajo y del sacrificio, pues la vida humana es toda ella un compromiso frente a Dios y en medio de los hombres. Y no es posible vivirla en plenitud, ni con dignidad, sin hacer frente a estos compromisos. Mas una actitud semejante no es posible improvisarla, sino que es siempre el resultado de un largo y costoso aprendizaje.

Y fue cabalmente lo que hizo Margarita con sus hijos desde muy pequeños, atenta a cumplir ella misma con su propio deber de madre, mientras que, por otra parte, era, asimismo, una exigencia de la situación económica en que la familia se veía obligada a vivir en aquellos años de tanta escasez de todo.

La buena madre, en efecto, los acostumbró bien pronto a aportar el esfuerzo que cada cual era capaz de dar para llevar adelante la casa entre todos. Los niños, desde muy temprana edad, debieron habituarse a llevar agua de la fuente, cortar leña y recogerla en el bosque, buscar hierba para los conejos, dar de comer a la vaca y sacarla al prado, mondar las patatas, limpiar las lentejas, encender el fuego y limpiar el hogar, deshojar las mazorcas de maíz, majar el cáñamo y el lino, recoger hojas de morera con que alimentar los gusanos de seda, cuidar los pavos... Y no les permitía abandonar aquellas ocupaciones para entregarse a sus pasatiempos, antes de haberlas concluido por completo.

Pero, sobre todo, para la forja de su carácter, les exigía otra suerte de sacrificios directamente conectados con las disposiciones del ánimo. Tales eran, entre otros: madrugar mucho, dormir poco y en un incómodo jergón de paja de maíz; recoger las mantas y las sábanas al levantarse; salir diligentemente del lecho, aun en los días de intensísimo frío del invierno piamontés; velar de noche cuando era preciso... Y este último caso no era infrecuente en determinadas épocas del año, es decir, en las de la recolección del maíz, las patatas, la uva o la fruta. Porque ocurría que algunos desertores de los ejércitos imperiales, que vagaban por la comarca tratando de evitar el encuentro con las patrullas de carabineros a su caza, se aprovechaban de la oscuridad de la noche para proveerse de comida saqueando los campos en sazón. Y el mismo proceder tenían algunas personas de mala condición, faltas de escrúpulos para apoderarse de lo ajeno.

En estos casos, Margarita, que siempre se halló dispuesta a compartir su propia pobre mesa con los verdaderamente necesitados, y de cuya casa ninguno de éstos se alejó nunca sin haberse visto refocilado con un pedazo de pan y un plato de polenta cuando se le pidió por el amor de Dios, hubo de recurrir a ingeniosas estratagemas para ahuyentar a aquellos vagabundos y delicuentes.

A este fin armaba a sus hijos de cacerolas, sartenes y silbatos, y los ocultaba estratégicamente en las proximidades de los patatares, los maizales y los viñedos para que, al oír algún ruido o detectar algún movimiento sospechoso, armaran gran estrépito con el fin de hacer creer a los intrusos que se trataba de un batallón dispuesto a echárseles encima.

Y la valiente mujer hacía estas cosas sin temor. Con intrepidez. De ella misma se contaba que, en su propia infancia, cuando no contaba más allá de los doce o trece años, se la había visto arremeter, armada de una horca, contra los caballos de algunos soldados austríacos, en presencia de sus dueños, para impedir que continuaran devorando el maíz depositado en la era.

Oración y formación sacramental

Elementos principalísimos, y mejor, insustituibles, de la formación cristiana, son la oración y los sacramentos, los cuales, aparte de su carácter pedagógico, son instrumentos y cauces por

donde discurre la gracia divina, sin la cual, a tenor de la doctrina de la Iglesia, el hombre nada puede prácticamente, en orden a su auténtica realización.

Margarita Occhiena, bien compenetrada de esta doctrina, no se descuidó de proporcionar a sus hijos estos subsidios de índole sobrenatural. Y por lo que a la oración atañe, los acostumbró a hacerla en común y en privado.

En común, la familia tenía ciertas prácticas y devociones que cumplía con escrupulosa regularidad. Tales, por ejemplo, el rezo del «ángelus» tres veces al día. «Yo soy aquella a la que tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día», se le dice a Juanito en su primera visión (sueño). El rosario de la Santísima Virgen; la bendición de la mesa.

En privado, la madre cristiana había enseñado a sus hijos a hacer determinadas oraciones —las llamadas «del cristiano»— al Señor, para agradecerle los beneficios de El recibidos: la vida, la salud, la alegría... O para pedirle perdón de las ofensas que se le hubieran podido inferir más o menos advertidamente a lo largo de la jornada; para alabarle, etc. Juanito nunca omitió ninguno de estos actos en esta época.

La formación sacramental se redujo, por entonces, a la recepción del sacramento de la Penitencia (reconciliación), mientras que la «eucaristía» la recibiría sólo al acercarse a los once años de edad, esto es, en la Pascua del 1826 (26 de marzo). Y eso, por haberse hecho con él una excepción a causa de las excelentes cualidades de inteligencia y madurez humana que ostentaba.

Eran exigencias de los tiempos. Una pedagogía sacramental harto distinta de la que luego llegaría a entrar en vigor, y a la que, en modo alguno, sería ajeno el mismo santo, había sancionado la costumbre de no admitir a los niños a la sagrada mesa, como regla general, hasta la edad de los trece o catorce años. De esta manera, se decía, «se hallaban en mejores condiciones de discernir el don divino».

Y es innegable que era así, si bien, por otra parte, no se tenían en cuenta las ventajas que luego llegaron a pesar de tal modo en la valoración de este hecho, que determinarían un cambio de actitud. Ventajas que, el protagonista de esta biografía, resumiría en su «Sistema Preventivo» (método de formación) en estos términos:

«Procúrese que los niños no retrasen el momento de su primera comunión hasta una edad avanzada, cuando, por lo general, ya el diablo ha tomado posesión de ellos, con incalculable daño para sus almas. Al contrario, procúrese el encuentro amoroso con Jesús apenas sea posible. Basta que el niño sepa distinguir entre “pan” y “Pan”, para que se le deba conceder, con todos los derechos, el acceso a este sacramento.»

¿Visión pesimista de un mundo que la Biblia juzga «puesto todo él en la maldad»? En todo caso, constatación de una diferencia de criterios en la interpretación de determinados pasajes escriturísticos entre el hombre actual y el de generaciones pasadas, incluida la del santo apóstol de la juventud.

Hoy la Iglesia, sin hacer hincapié precisamente en este sentido pesimista, sino en otras razones igualmente propiciadas de manera expresa por San Juan Bosco, «razones de carácter positivo», tales como la «participación en el sentido de solidaridad de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo», la amistad con El, etc., continúa manteniendo la doctrina y la praxis propugnadas por él. «Los niños deben acceder a la sagrada mesa, fuente exuberante de gracia santificadora, cuanto antes.» Y, en todo caso, antes de haber alcanzado la edad crítica de la adolescencia. Porque la «comunión» puede ser una ayuda eficacísima para superarla sin detrimento. La actitud contraria la consideró siempre el santo como una «verdadera desgracia».

Este día tan señalado en la vida de todo niño católico tuvo para Juanito un significado pleno. Comulgó al lado de su hermano José, que lo hacía también él por primera vez a sus trece años. La preparación de ambos fue muy esmerada. Margarita condujo previamente a sus dos hijos a confesarse por tres veces, inculcándoles siempre el sentido de responsabilidad personal ante estos actos, así como que guardaran un grato recuerdo de aquella efemérides. De ella se expresa así el hombre de Dios:

«Yo procuré retener en mi mente los consejos de mi madre e hice el propósito de cumplirlos con exactitud. Creo que, a partir de aquel día, se obró en mí un cambio notable.»

Frutos positivos

Con este sistema de formación del carácter, «fuerte y suave» a la vez, no se tardó en palpar el progreso realizado por el niño cristiano. Dejemos que hablen, una vez más, los hechos que en esta edad resultan especialmente elocuentes y son, prácticamente, el testimonio de toda credibilidad frente a las afirmaciones más o menos vagas y generales. He aquí un par de anécdotas claramente significativas. Juanito andaría entonces por los siete u ocho años de edad.

En los días de primavera solía sacar la vaca a pastar en un prado próximo a su casa. Allí se juntaba con otro niño de su edad que acudía con igual fin. Ambos llevaban para la merienda un pedazo de pan. Mas con la diferencia de que el pan de Juanito era blanco y sabroso, mientras que el de su amiguito era moreno y poco apetitoso.

Pues, bien, cierto día, Bosco, con el afán de mortificarse, propuso a su compañero el cambio. Le dijo sencillamente que «él prefería el pan moreno al blanco».

El amiguito aceptó, ¡cómo no! Y, a partir de aquel día, el trueque se realizó a diario durante dos primaveras sin que el compañero sospechara siquiera los verdaderos móviles de Juanito; sino aceptando, con la ingenuidad de sus pocos años, la razón aducida por Bosco. Sólo más tarde, cuando se halló en condiciones de pensar más, comprendió los motivos que habían inducido al hijo de Margarita a obrar de aquella manera.

La segunda anécdota hace referencia a su intrepidez. Al temple de su carácter. Y, a través de ella, se adivina ya al hombre sereno y completamente seguro de sí mismo, capaz de afrontar los mayores riesgos, como de hecho, le ocurrirá no raramente en su vida frente a sus adversarios, los enemigos de la formación religiosa cristiana de sus jóvenes.

Otra de las ocupaciones eventuales en que solía ocuparse Juanito con su hermano José era la de sacar al prado, y a las lindes de los campos, un corto número de pavos que la madre solía comprar con el fin de engordarlos para venderlos en el mercado de Castelnuovo.

Pues bien, ocurrió que cierto día los hermanitos vieron a un hombre desconocido para ellos, merodeando por allí cerca. Y, al

poco tiempo, notaron que les faltaba uno de los pavos. Deliberaron brevemente y sacaron la conclusión de que el ladrón no podía ser otro que aquel sujeto. Los niños pensaron en recuperar su pavo. Y fue Juanito, el más pequeño, el que de cuatro saltos se plantó delante del ladrón estorbándole el paso.

«—¡Alto!, le dijo. ¡Usted no se alejará de aquí si antes no me devuelve el pavo que me acaba de robar!

—¡Qué pavo ni qué ocho cuartos! ¡Yo no he robado nada! ¡Y mira bien lo que dices, porque tu acusación es muy grave! ¡Me estás tratando de ladrón y eso no te lo voy a consentir!

—Tómeselo como quiera, pero usted me devolverá el pavo! Sepa que yo no me apartaré del camino mientras no lo haga. Y que estoy dispuesto a seguirle adonde vaya y a levantar mi voz para denunciar su mala acción.»

La porfía se prolongó así durante algunos momentos. Al fin, el forajido, viendo la tenacidad de aquel niño y su total resolución de llevar adelante el asunto sin darse por vencido, fingió que «todo había sido sólo una broma», se dirigió a un seto y de entre los arbustos recogió un saco con la boca atada. Dentro de él se hallaba el pavo, aun vivo, que él se apresuró a devolver a sus propietarios.

Enterada la madre del episodio, pretendió «hacer entrar en razón» a su hijo menor mostrándole las consecuencias que podrían haberse producido en el caso de no haber sido aquel sujeto el culpable. Mas Juanito sólo tenía una respuesta, que era la conclusión a la que le había llevado su «lógica».

«—No podía ser otro que él, puesto que por aquellos contornos no había otra persona.»

LUCES DE AMANECER (1824)

Un sueño imborrable

Así discurría la vida de Juanito Bosco durante sus primeros años de edad. Como la de cualquier otro niño en la infancia, aunque con más garra, porque este niño, excepcionalmente despierto, ponderaba con mucha mayor diligencia y atención los sucesos de su entorno. Era ya un hombrecito que estudiaba a las personas y trataba de comprender los motivos que las determinaban a obrar de una manera precisa y concreta.

Entonces, próximo ya a los nueve años, tuvo lugar un acontecimiento de suma transcendencia en su vida. Fue de tal importancia que él señalaría el rumbo a seguir por el niño en adelante. La meta hacia la que orientaría todos sus esfuerzos y todas sus ilusiones. Se trataba de... ¡un sueño! (ensueño).

Pero —se dirá— ¿qué son los sueños? ¿Son algo más que la presencia en el cerebro de imágenes vagorosas y, con frecuencia, incoherentes, de origen fantástico, cuyo paso se disipa rápidamente sin dejar otra huella que un recuerdo impreciso de su presencia?

Pues, sí. Algunas veces sí son algo más que eso. La historia nos certifica que el porvenir de algunos personajes, los hechos más relevantes de su vida, se vieron preanunciados en los sueños. Y la Biblia atribuye a este fenómeno un carácter con frecuencia más que humano o puramente natural. Para ella, a veces, «por medio de las visiones o los sueños habla Dios mismo». Y éste parece haber sido el caso del ensueño de Juanito en esta edad de sus nueve años. He aquí como lo narra él:

«Cuando estaba para cumplir los nueve años de edad tuve un sueño que se me quedó profundamente grabado para toda la vida. Parecióme estar en un

extenso prado, junto a mi casa. Allí vi una gran multitud de niños de edad varia entregados a diversas maneras de diversión: Unos reían, otros bromeaban, los había ocupados en diversas maneras de juegos. Algunos reñían con sus compañeros y se peleaban. Y había también quien blasfemaba contra Dios, la Virgen y los santos.

Yo, al oír aquellas blasfemias, me lancé resueltamente en medio de ellos tratando de imponer respeto al nombre de Dios por medio de los puños. Mas, en aquel punto apareció en escena un personaje de aspecto venerable y lleno de majestad, y de rostro tan luminoso que no se le podía mirar fijamente. El me llamó por mi nombre y me ordenó ponerme al frente de aquella turba. Luego, añadió:

—A estos “amigos tuyos” has de ganártelos, mas no a fuerza de puñetazos o golpes, sino con la mansedumbre y la dulzura. Comienza, pues, ahora mismo a dirigirles una plática acerca de la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Yo, tremendamente asustado, le objeté que no era más que un niño, incapaz por completo de hacer lo que me pedía.

Entre tanto, las peleas habían cesado. Y tampoco se escuchaban las blasfemias de antes. Los niños se iban reuniendo todos en torno al personaje que me hablaba. Yo, casi sin darme cuenta de lo que decía, exclamé:

—¿Quién sois vos, que me pedís cosas imposibles?

—¿Conque juzgas imposible lo que se te acaba de indicar? Pues tú lo has de hacer posible por medio de la docilidad y la ciencia!

—¿Cómo podré yo alcanzar la ciencia? ¿Con qué medios?

—Yo te daré la Maestra bajo cuya guía podrás llegar a ser sabio y sin la cual toda sabiduría no es más que necedad.

—Pero... ¿quién sois vos, que me habláis así?... Mi madre suele advertirme que no me junte con quien no

conozca. Por eso os ruego me digáis cuál es vuestro nombre.

—Mi nombre lo sabrás por mi madre.»

En aquel punto, Juanito había visto a una señora llena de majestad, revestida de un manto tan brillante como si cada punto de él fuera una estrella. Ella, al advertir la confusión del niño, le había tomado por la mano con cariño, dispuesta a continuar instruyéndole acerca de la extraña visión.

«—¡Mira! —le había dicho.»

Juanito había advertido entonces que todos aquellos muchachos habían desaparecido para dar paso a una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otras especies de animales más o menos feroces. El personaje, había añadido:

«—He aquí el campo en donde tú debes trabajar. Esta habrá de ser tu misión de por vida. Pero previamente has de hacerte "fuerte, humilde y robusto". Entonces deberás hacer de los niños lo que ahora ves que hago yo con estos animales.»

Juanito había vuelto de nuevo a mirar el prado. En lugar de todos aquellos animales, había en él otros tantos corderillos que triscaban alegremente y acudían a situarse en torno de ambos personajes, festejándolos con sus retozos, cabriolas y balidos y lamiéndoles mansamente las manos.

El, cada vez más desconcertado, había acabado por romper a llorar y había rogado a la señora quisiera hablarle de tal modo que él comprendiera. Ella le había puesto dulcemente la mano sobre la cabeza y le había dicho:

«—¡No te aflijas, Juanito! ¡Lo comprenderás todo a su tiempo!»

Un ruido le había despertado. La escena había desaparecido y él se había hallado en una situación de ánimo de total desconcierto. Tenía, además, la impresión de que le dolían las manos a causa de los puñetazos que había proporcionado a aquellos gol-fillos. Y que igualmente, sentía dolor en el rostro por las bofetadas de ellos recibidas. Como consecuencia de la impresión que le

habían causado aquellas escenas, ya no había podido pegar el ojo en el resto de la noche. A la mañana siguiente, durante el desayuno, se lo había referido a los de casa. Y cada uno había emitido su «sentencia».

«—Está claro —había dicho José— que tú serás pastor de ovejas y de cabras.

—¡Qué va! —había sentenciado maliciosamente Antonio—. ¡Tú serás capitán de bandoleros!

—¡Quién sabe si algún día llegues a ser sacerdote! —había dicho la madre.

—¡Bah! —había exclamado la abuela—. ¡No hay que dar importancia a los sueños!»

Por su parte, el mismo Juanito dejó escrito: «Yo era del parecer de la abuela.»

Sin embargo, el impacto de este «sueño» fue de tal magnitud que se le grabó profundamente en el recuerdo y causó en su ánimo tal sensación, que ya no pudo dejar de tenerlo en cuenta en el momento de tener que adoptar cualquier decisión importante en su vida. Fue para él un auténtico «motivo-guía» desde cuya consideración orientó toda su existencia. En primer lugar, tratando de acomodar su comportamiento a las consignas que allí se le habían dado. Y, luego, teniéndolo como punto de referencia a la hora de las grandes decisiones adoptadas en orden a determinar el camino a seguir, según lo que entendía ser voluntad de Dios respecto de él. Dejó escrito a este respecto:

«Me apliqué a tratar de conseguir la “humildad” de la que estaba especialmente necesitado. Porque hasta entonces difícilmente me había sometido sin oponer resistencia a quien pretendiera mandarme o aconsejarme.»

Y, de igual manera, en términos generales, se tornó «más religioso», entendiendo por tal la actitud de mayor compromiso y mayor responsabilidad en todos sus actos desde el enfoque específico de la fe religiosa (sobrenatural). Una fe que es siempre «empeñativa».

Por lo demás, cuando en el año 1858 visitó en Roma al Papa por primera vez con el intento de recibir de él consejo y autori-

zación para fundar una congregación religiosa, a la pregunta que el Vicario de Cristo le hizo acerca de «cualquier forma de intervención de orden sobrenatural» en el germen de su específica vocación de «apóstol de la juventud desvalida», el santo hizo expresa referencia a este sueño.

Y también el Sumo Pontífice parece haber opinado de igual manera a este respecto, puesto que le aconsejó en aquella ocasión «dejar constancia de él por escrito» con el fin de sus hijos futuros, los salesianos, que ya él adivinaba en lontananza, «no se vieran privados de un documento que podía considerarse de origen divino» y que demostraba cómo la sociedad cuyos fundamentos trataba de poner entonces, era «el resultado de una inspiración de lo alto».

AVENTURAS INFANTILES (1824-27)

Gran afición a los pájaros

Con la acentuación de una, al parecer, sobredosis de influjo de orden religioso en la vida de este niño, podría llegar a pensarse que Juanito Bosco vivía una existencia impropia de sus años. Una vida taciturna y sombría, preocupada y, tal vez, obsesiva; extraña al mundo que le rodeaba; atenta sólo a los grandes problemas que tiene planteados el hombre, el cual se enfrenta con las tremendas realidades de su destino presente y ultraterreno. Pero no era así. El era un chico normal. Lo que ocurría era que se había tomado muy en serio el sentido de la existencia porque había comenzado desde muy pequeño a mirarla desde la perspectiva religiosa, trascendente.

Pero no era en absoluto ajeno al modo de comportamiento de sus compañeros, los otros niños de aproximadamente su edad, de las alquerías del entorno y de la aldea de Morialdo. Con ellos participaba en las diversiones y tenía idénticas aficiones que vivía, incluso, con mayor intensidad, dada la peculiaridad de su carácter, más impulsivo, más extremado. Juanito era, ya a esta edad, un jefe de pandilla nato.

Una de sus aficiones más vehementes en esta época, entre sus nueve y doce o trece años, era la de los pájaros. Y se comprende. Cualquier muchacho, que se hubiera hallado en iguales circunstancias a las suyas, habría reaccionado lo mismo. ¿Cómo habitar en medio de los bosques y las praderas poblados deavecillas de matizados colores y armoniosos cantos sin experimentar el hechizo que en tal edad ejercen estos sencillos seres alados? El, cierto, no se mostró ajeno a esta especie de seducción, sino que la vivió con verdadero apasionamiento. Amó los pajarillos y buscó con grandísima afición sus nidos.

En la primavera y parte del verano, especialmente, tenía casi



Juanito Bosco entreteniend^o a sus paisanos con sus malabarismos y juegos, para a continuaci^on, aprovechar a catequizarles.



Margarita Occhiena, la santa madre de Don Bosco, cariñosamente llamada "mamá" por todos los niños que acudían al Oratorio de Turín, a recibir sus cuidados maternos.

continuamente el pensamiento ocupado en este tema. Cuando se hallaba en el campo solo y desocupado, los seguía con la vista durante horas enteras, espiando sus inquietos movimientos y sus vuelos, hasta localizar el agujero en el árbol o el escondite en la yedra, arbusto o matorral en que habían puesto sus nidos. Sabía, además, colocar los cepos, la liga y los lazos con tal habilidad que raramente conseguían eludir el riesgo y evitar caer en su poder. Y, una vez encerrados en las jaulas, que él mismo construía por la escasez de medios económicos, los alimentaba, los amansaba y acababa por amaestrarlos de tal modo que llegaban a asimilar notas y a silbar canciones cuando la especie a que pertenecían era capaz de aquel aprendizaje.

Esto le producía gran contento y satisfacción. Y le distraía durante las largas horas en que no podía contar con la compañía de los amigos ni aun, en ocasiones, de su propio hermano José. Pero también hubo de recibir lecciones muy útiles para su propia vida práctica, aunque costosas, pues llegó a correr riesgos muy serios a causa de los peligros a que se exponía cuando se trataba de coger los nidos de los árboles. Y experimentó, asimismo, muy hondamente los inconvenientes de poner un exceso de ilusión y afecto en objetos tan frágiles y caducos. Veamos algunas anécdotas.

El nido de jilgueros

En cierta ocasión, yendo en compañía de unos pocos compañeros, descubrieron un nido de jilgueros puesto en el extremo saliente de una rama a considerable altura. Resultaba una verdadera temeridad arriesgarse en el intento de apoderarse de él. Pero Juanito no quiso dejar de probarlo animado por sus amiguitos.

En efecto, trepó con la agilidad de una ardilla tronco arriba. Luego avanzó hacia el nido, abrazado a la rama que se alargaba en sentido casi horizontal. El irrefrenable deseo de apoderarse de aquellasavecillas, que ya comenzaban a mostrar en sus incipientes plumas los bellos colores de que los ha dotado la naturaleza, le impulsó a cometer aquella temeridad.

Llegó con un supremo esfuerzo de agilidad gatuna hasta tener el nido al alcance de la mano. Y lo atrapó, efectivamente.

Pero al intentar volver atrás por el mismo único camino perdió el equilibrio y sólo a causa de la extraordinaria flexibilidad y el asombroso vigor de sus músculos consiguió evitar dar con su cuerpo en tierra. No cayó, pero quedó balanceándose en el aire, pues la posición de la rama, combada a causa del peso del niño, colgado casi en el extremo de ella, le imposibilitaba volver a abrazarla con las piernas, mientras que a saltar no se atrevía porque la altura era grande.

Resistió allí cuanto pudo, intentando siempre volver a la parte superior de la rama sin lograrlo. Finalmente, vencido por la fatiga, se desplomó hasta el suelo. El golpe, aunque cayó de pie, fue muy violento. Sus compañeros, que habían presenciado la escena llenos de espanto, acudieron a ayudarle.

—¿Te has hecho daño, Juanito?

—¡Espero que no!

—Y los jilgueros, ¿están muertos?

—¡No, no! Aquí los tengo. En el seno. ¡Y bien vivos! Pero... ¡me cuestan demasiado caros!

Entonces intentó dirigirse hacia casa ayudado por sus amigos. En un cierto punto ellos se apartaron para encaminarse cada cual a la suya propia y le dejaron solo. El pudo aún dar algunos pasos. Luego se vio obligado a sentarse en una piedra. Le dolía el estómago. Y las entrañas, fuertemente conmocionadas, le dolían también. Allí permaneció durante mucho tiempo. Al cabo, con gran fatiga, consiguió llegar a casa y se metió en cama.

A su madre, por temor a la reprensión, le dio una explicación falsa de los hechos. A su hermano José se limitó a decirle:

—Creo que no me encuentro bien. Siento un dolor tremendo en el estómago.

Al cabo de algunas horas, un sudor frío bañaba todo su cuerpo y era presa de violentos escalofríos.

Ante estos síntomas, nada tranquilizadores, la madre se apresuró a llamar al médico. Mas tampoco a él se atrevió el niño a decirle la verdad por hallarse presente la madre durante la visita. Cuanto volvió por segunda vez, estando a solas, se lo contó todo. El recetó, en consecuencia, los oportunos remedios. No obstante, fue necesario que transcurrieran no menos de tres

meses para que volviera a recobrar totalmente la salud. Y con ella, el ritmo alegre de su vida normal.

El nido de herrerillos

En otra ocasión fue el intento de coger un nido de herrerillos lo que le expuso a un nuevo riesgo. El niño introdujo la mano en el estrecho agujero de un tronco de árbol haciendo violencia para conseguirlo. Pero al intentar retirarla no le fue posible. No sólo resultaron vanos todos los esfuerzos, sino que cada vez era más difícil a causa de la hinchazón debida al forcejeo. Allí quedó aprisionado como en un cepo hasta que se decidió a requerir la ayuda de un vecino, el cual lo liberó agrandando el agujero con un hacha, no sin riesgo de provocar una desgracia irreparable.

La muerte trágica de un mirlo

De otra naturaleza fue el disgusto que le acarreó un mirlo. Háblale él domesticado de tal manera que no solamente se le ponía confiadamente en los hombros y en las manos, sino que había aprendido a silbar algunas canciones.

Aquel pájaro robó el corazón del niño, el cual en la escuela, en el trabajo, en la comida..., durante el día entero, pensaba continuamente en su mirlo. Pero esta vez había de recibir una lección bien dolorosa. Y, como él mismo hubo de reconocer, imposible de olvidar durante mucho tiempo. Cierta día, al regresar de la escuela, corrió, como de costumbre, a visitar su pájaro. Pero ¡oh, dolor! halló la jaula salpicada de sangre y el pobre mirlo medio devorado por un gato.

Fue tal la pena y la angustia que se apoderó de él, que durante algunos días se sintió desganado para todo. Hasta para comer. Al fin, se impuso su fuerza de voluntad y tomó la decisión de moderar en adelante, y de encauzar mejor, la corriente intensa de sus afectos sensibles.

Inquietud apostólica

«El bien es difusivo de sí», dice una sentencia. Y «el bien» es, ante todo, la virtud. Bien moral, superior esencialmente al bien

material, por ser de naturaleza trascendente por disposición divina.

Ahora bien, desde la perspectiva cristiana, no se concibe a una persona verdaderamente virtuosa, es decir, «buena», sin la inquietud por la comunicación a los demás de su propia riqueza. Actitud ésta que tiene su fundamento en el hecho mismo de la Redención de Cristo, de cuyos méritos ha hecho partícipes, por cuanto de El depende, a todos los seres humanos.

Y era ésta la actitud de Juanito ya en aquel tiempo, avivada y estimulada a partir del episodio del famoso sueño de los nueve años. Fue, sobre todo a partir de entonces, cuando comenzó a poner en práctica la serie de sobresalientes cualidades de que se hallaba profusamente dotado, con el fin de ayudar a sus compañeros «a ser mejores».

Su preocupación constante «desde la edad de los cinco años», como dejó escrito él mismo, era la de proporcionar educación religiosa a los niños con el fin de formarlos sólidamente cristianos. Y para conseguirlo se valió de una serie de recursos audaces y verdaderamente ingeniosos, algunos de los cuales sólo él habría podido ejercer, pues exigían las mencionadas sobresalientes cualidades naturales.

Y, en primer lugar, comenzó por servirse de su prodigiosa memoria, la cual le permitía retener íntegramente el contenido de los sermones que escuchaba en la iglesia y que luego repetía a sus compañeros. Y lo mismo hacía con cuantos relatos edificantes le era dado escuchar.

El saltimbanqui

Mas viendo que para retenerlos a su lado, más deseosos ellos de participar en juegos y pasatiempos que de oír sermones, necesitaba de algún aliciente capaz de cautivar su interés, pensó nada menos que en ofrecerles los ejercicios acrobáticos y los juegos de prestigio de los charlatanes y saltimbanquis que concurrían a las ferias pueblerinas y que constituían el número fuerte de las diversiones propias de tales ocasiones. En consecuencia, pidió autorización a su madre para acudir a aquellos espectáculos y tratar de sorprender los secretos de aquellos profesionales.

Margarita, dado el carácter formal y juicioso de su hijo menor, no halló inconveniente en otorgárselo. Sólo le puso una dificultad: para asistir a aquellos espectáculos era necesario contar con algún dinero. Y eso ella no podía dárselo porque ... ¡no lo tenía!

Juanito no se desalentó por ello, pues estaba seguro de poder conseguir los pocos cuartos que iba a necesitar mediante la utilización de una serie de pequeñas habilidades que poseía, tales como: construir jaulas, cazar y vender pájaros, fabricar sombreros de paja que luego vendía a los campesinos en los mercados, recoger setas y hierbas de uso en tintorería o como remedio casero de ligeras dolencias... Y contaba, asimismo, con las pequeñas propinas que, de vez en cuando, le daban su madre y sus parientes de Morialdo cuando el niño iba a visitarlos. Todo esto, destinado normalmente a la adquisición de golosinas, el pequeño apóstol lo reservaba para estos menesteres.

Y comenzó a acudir a las ferias de Castelnuovo y de otras localidades próximas y a observar desde las primeras filas. Y no tardó en descubrir los secretos de aquellos hombres, los cuales, después de los primeros días de haber notado su presencia en el espectáculo y la excepcional atención que ponía para descubrir sus artimañas, se lo reprochaban malhumorados. Mas él, sin perder nunca la serenidad ni atemorizarse o sentirse cohibido, les replicaba:

—¿Qué le pasa, señor? ¿Es que no pago yo mi entrada a este espectáculo...?

Luego, de vuelta en su casa, comenzaba sus ensayos.

Pero el aprendizaje de cualquier arte u oficio exige no sólo aplicación seria y constante hasta llegar a dominar las reglas en que se basa; sino que, por lo general, hay que pasar por una serie de fracasos más o menos prolongados, los cuales pueden llegar a inducir al abandono de lo que se había propuesto.

Y también Juanito hubo de pagar su noviciado. ¡Cuántas veces, al pretender mantenerse de pie y recorrer así la cuerda que tiraba de árbol a árbol en el prado que se extendía delante de su casa, perdía el equilibrio y daba con sus huesos en el suelo! Pero volvía a intentarlo una y otra vez, a pesar de los cardenales y magulladuras. Y no cejaba hasta haberlo conseguido.

Y ya en posesión de aquellas habilidades, comenzó a atraer

hacia sí a un número cada día mayor de niños de los pueblos y aldeas comarcanos. Y algo más tarde comenzaron a llegar los que ya no eran tan niños. Y acabó por atraer a personas de toda edad, pues su fama se iba dilatando sobre un área cada vez más vasta. Todos acudían a contemplar el espectáculo.

Y en verdad que resultaba encantador ver a aquel niño de diez u once años, bello como un ángel, recorrer con absoluta seguridad la cuerda tensa, efectuar el «salto mortal», manejar con insuperable maestría la varita mágica y realizar los más sorprendentes juegos de manos.

Pero él iba a lo suyo. En un momento dado interrumpía el ejercicio de aquellas habilidades e invitaba a su entusiasmado público a rezar con él el rosario o a escuchar el sermón. Algunos intentaban protestar, en desacuerdo con aquella exigencia. Otros, incluso, iniciaban la marcha. Mas el pequeño apóstol les recordaba que aquel era el precio del espectáculo. Y los amenazaba con no dejarles volver a presenciar sus juegos, puesto que —decía— el prado era suyo y podía impedirles el acceso a él. Con esto acababan por sosegar-se. El, por su parte, hacía estas cosas en la persuasión de que tal era la misión que Dios le había asignado como incumbencia de su vida.

«Reunir a mis compañeros para enseñarles el catecismo era una idea que se me había fijado en el pensamiento desde la edad de los cinco años. Y era, a mi parecer, la única cosa que yo debía hacer en este mundo», dejó escrito.

LAS PRIMERAS LETRAS (1824)

Oposición irreductible de Antonio

Juanito había cumplido ya los ocho años de edad. Y Margarita, viendo que su hijo menor no parecía hecho para los trabajos del campo, pensó en dedicarle al estudio. Por de prònto, según sus cálculos, el niño acudiría a Castelnuovo, a la escuela pública, para iniciar los cursos elementales, con ánimo de estudiar posteriormente una carrera.

Este plan se apresuró a consultárselo a Antonio, que andaba ya por los veinte años y sin cuyo consentimiento nada se hacía de verdadera importancia en la casa. Y menos en esta ocasión en que concurría una circunstancia que afectaba profundamente a aquel diseño. Era ésta el hecho de hallarse Castelnuovo a la distancia de cinco kilómetros de I Becchi, por lo que era de todo punto necesario poner al niño a pensión. Por lo menos, durante la época más dura del año: los meses del invierno y la primavera. La reacción del hijastro fue instantánea y violenta. De total oposición.

«—¡Cómo! —exclamó—. ¿Mandar a Juanito a estudiar?... ¡Qué disparate! ¡El lo que debe hacer es tomar la azada, como lo he hecho yo!»

Margarita intentó razonar con él, tratando de hacerle ver que aquella decisión era completamente normal en los tiempos en que se estaba, en los que «todo el mundo» demostraba empeño en aprender. Y que, a la sazón, estudiaban hasta los hijos de los zapateros y afiladores.

«—Y, en todo caso —continúo diciendo— José y tú mismo, por decisión de tu padre, habéis frecuentado la escuela hasta aprender a leer y escribir. ¿Ha de ser

menos Juanito?... Y por lo que atañe a la parte del patrimonio que a ti te corresponde, puedes estar tranquilo, que nadie va a tocarte un céntimo.

—¡Pero usted habla de colegio!...

—Sí. Por las razones que te indico. Y porque creo adivinar que Juanito no ha nacido para pasarse toda su vida trabajando en el campo. Tú conoces, igual que yo, su portentosa memoria, su gran inteligencia y el afán que siente por el estudio...»

Mas no hubo manera de convencerle. El debate quedó aplazado para otra ocasión porque, por su parte, tampoco la madre estaba dispuesta, en absoluto, a renunciar a hacer lo que estimaba un deber en favor del hijo superdotado.

El P. Lacqua

Entre tanto, al llegar el otoño, Margarita gestionó el ingreso de su hijo en la escuela elementalísima de Capriglio, regentada por el anciano sacerdote P. Lacqua. Mas la gestión no tuvo, por el momento, éxito. El niño no fue admitido por estimar el buen cura que, siendo Juanito de Morialdo, él no estaba en la obligación de aceptarle.

No obstante, algunos meses más tarde, las circunstancias cambiaron. Al P. Lacqua se le murió el «ama» y en su lugar entró a servirle Mariana, hermana soltera de Margarita. El sacerdote, en atención a la nueva sirvienta, aceptó en su escuela al chico. El curso duraba desde el 3 de noviembre hasta el 25 de marzo. Juanito lo aprovechó de tal manera que, al concluirse las clases, sabía leer y escribir correctamente, que era, prácticamente, todo lo que allí se enseñaba.

Mas no aprovechó sólo en el estudio de estas cosas tan elementales, sino que lo hizo también en su formación humana y religiosa, porque el P. Lacqua no tardó en descubrir la excepcional condición de aquel niño, le tomó un gran afecto y se interesó por su progreso espiritual en gran medida.

«El P. Lacqua se ocupaba con gusto de la instrucción del niño. Y más aún, de su educación cristiana. Admirado de sus disposiciones para la piedad y el

estudio, completaba la enseñanza dada en la clase con más amplias explicaciones. Y lo mismo hacía con las verdades religiosas aprendidas de la madre, e instruyéndole acerca de los medios para preservarse del pecado.»

Por su parte, Juanito, al cabo de aquellos meses, le había tomado tal afición al estudio, que sentía una verdadera pasión por aprender. Leía, leía sin cesar durante todo el tiempo que podía. Pero no lo hacía en detrimento de las ocupaciones que se le encargaban, pues por otra parte, el empeño de cumplir bien con sus deberes, ya para satisfacción de su conciencia, ya por un sentimiento de gratitud a su madre era aún mayor.

Llegado el curso siguiente (1825-26) volvió a plantearse en casa el problema de los estudios del niño. Y otra vez se puso de manifiesto que cada cual seguía manteniendo sus posiciones. Antonio había acentuado su oposición, puesto que, según él decía, «Juanito ya tenía suficiente con lo aprendido, que era lo que él mismo sabía y más de lo que sabían la mayor parte de los campesinos».

«Lo que ahora debe hacer, afirmaba, es aplicarse al trabajo del campo, que para eso ha nacido campesino.»

Margarita hubo de transigir de nuevo por amor a la paz del hogar, aunque sin renunciar tampoco ahora a su propósito. Esperaría mejor ocasión. En consecuencia, el niño debió quedarse en casa hasta la primavera de aquel año. Y sólo ocasionalmente acudió al P. Lacqua, es decir, cuando Margarita le enviaba a Capriglio con algún recado o con el pretexto de visitar a los parientes, cosa que la buena mujer procuraba hacer con cierta frecuencia.

Exigencias de un ideal

Entre tanto, Juanito ponía en evidencia que los aludidos progresos en su vida ejemplarmente cristiana no se reducían a simple conocimiento de la doctrina enseñada por la Iglesia y contenida en el catecismo, que, por cierto, sabía él recitar de

memoria y sin titubeos. El niño procuraba, ante todo, ponerla por obra, ya en el cumplimiento de cuanto se le ordenaba, ya mediante otras obras igualmente costosas libremente elegidas por él, ya aceptando los contratiempos de la fortuna o las injurias e insolencias de los hombres. Veamos una anécdota de este tiempo:

Ocurrió, de nuevo, en relación con su incumbencia de vaquerito. Es decir, con ocasión de llevar su vaca al prado adonde también concurrían algunos otros niños de aproximadamente su edad conduciendo sus propias vacas. Pero la actitud del uno y de los otros era muy distinta. Mientras que aquéllos, con frecuencia, descuidaban su propio ganado, absortos en sus juegos o alejándose en busca de nidos, Bosco andaba siempre muy cerca de las vacas, impidiendo que se metieran en los campos de cultivo y causaran destrozos. Sentado a la sombra de algún árbol cercano o, incluso, a la que proyectaba su propia vaca, se entregaba a la lectura de algún libro de los que le había regalado Don Lacqua.

Este comportamiento llegó a irritar a sus compañeros, los cuales, a menudo, se llegaban a él para invitarle a tomar parte en sus pasatiempos y a comportarse como cualquiera de ellos. Mas, visto que Juan no accedía, un día, despechados, se pusieron de acuerdo para darle una buena zurra por lo que ellos calificaban de «desprecio». Juanito, aunque más fuerte que cualquiera de ellos, se dejó maltratar sin oponer resistencia. Luego, con calma, y casi con humildad, les dijo:

«Habéis obrado mal no respetando mi actitud. Deberíais estarme agradecidos por el cuidado que tengo de que vuestras vacas no se metan en los campos de cultivo y causen daño, pues con ello os evito reprimendas de vuestros padres y, acaso, multas de los propietarios. Y si no tomo parte en vuestros juegos, no lo hago por desprecio, sino porque deseo estudiar con el fin de llegar algún día a ser sacerdote.»

Estas palabras hicieron deponer la actitud hostil de aquellos muchachos hacia él, los cuales comenzaron a mirarle con respeto y simpatía. Y ya no volvieron a molestarle. Ellos continuaron divirtiéndose y él aceptó cuidarse de sus vacas, mientras que seguía con su afición a la lectura.

El P. Calasso (1826)

Así iba transcurriendo aquel año de 1826. Margarita sufría lo indecible por la actitud, cada día más intransigente, de Antonio y el aumento de la tensión en las relaciones del hijastro con sus hermanos menores. Y, entre tanto, ya Juanito había perdido por completo un nuevo año escolar (1825-26) sin que, por otra parte, se viera brillar esperanza alguna de que aquella situación hubiera de mejorar.

La buena campesina comenzaba ya a pensar que iba a serle necesario afrontar la situación a costa de cualquier consecuencia, pues ya Juanito se hallaba próximo a cumplir sus once años, demasiados para iniciar propiamente los estudios. Porque ella, eso sí, estaba cada día más convencida de que «cursar estudios» era la vocación de su hijo menor.

Con José, en efecto, de índole muy distinta, no había hecho problema en este punto. Le había mandado a la escuela de Capriglio a que aprendiera las cosas más elementales para sacarle del analfabetismo. Y viendo que tenía una verdadera inclinación hacia el cultivo de la tierra, se había dado por satisfecha y se había sentido contenta de verle también a él feliz. Mas respecto de Juan no era lo mismo.

En estas circunstancias se presentó una oportunidad inesperada. Ocurrió, en efecto, que, en el mes de abril, Juanito tuvo un encuentro con el sacerdote Don José Calosso, destinado recientemente a la iglesia de Morialdo. La ocasión se la brindó la asistencia a unas conferencias o sermones penitenciales predicados en Castelnuovo con ocasión de la celebración de un jubileo promulgado por el Papa León XII. En el camino de vuelta a casa, al atardecer, la presencia del niño entre los concurrentes a los actos religiosos llamó la atención de aquel sacerdote, el cual entabló con él esta conversación:

«—¿De manera que también tú acudes a la misión? ¿No te parece un poco excesivo para ti? ¿Qué puedes entender tú, a tu edad, de lo que dicen en estas ocasiones predicadores como éstos?... Estoy seguro de que aprovecharías más si tu madre te dijera cuatro palabras acerca de estos asuntos.

—Mi madre, en efecto, no deja pasar oportunidad

para instruirnos a mí y a mis hermanos en los asuntos de la religión, porque tiene gran empeño en que seamos buenos cristianos. Pero yo encuentro gran satisfacción en acudir a esta misión y en escuchar a estos grandes predicadores. Y creo que comprendo el contenido de sus sermones.

—Te felicito si es así. Pero a mí me parece que eres demasiado pequeño para eso. Y tendría gusto en que me dijeras dos pensamientos de los que ellos han expuesto esta tarde.

—Desde luego que lo hago ahora mismo. Y si usted lo desea, puedo, incluso, recitarle de memoria, desde el principio al fin, ambas conferencias.

—¿Es posible?...¡Veamos, veamos!»

Bosco, en efecto, recitó casi al pie de la letra la primera de las dos pláticas y buena parte de la segunda. El P. Calosso estaba maravillado ante aquel portento de memoria. Y también de inteligencia, porque el niño demostraba comprender muy bien el contenido de ellas.

El camino que habían de hacer juntos se acababa, por lo que el sacerdote, antes de separarse de Juanito, quiso conocer algunos detalles acerca de su situación familiar. Y se enteró de que aquel niño deseaba, por encima de todo, estudiar para ministro del altar; pero que, por entonces, le estaba resultando imposible ya, a causa de la pobreza de su madre, ya por la oposición irreductible de su hermano mayor.

«—Hagamos una cosa —dijo entonces el P. Calosso—. El domingo te vienes a Morialdo con tu madre a oír misa y luego pasáis a hablar conmigo. Yo creo que vamos a poder hacer algo por que tú estudies. Entretanto, procura ser humilde y bendice al Señor que te ha dado una memoria tan feliz y una inteligencia tan despierta.»

Juanito llegó a su casa rebosante de alegría a dar la noticia a su madre, porque de aquel encuentro esperaba él mucho. Ya le parecía que habían acabado las dificultades y que la puerta de un futuro con el que él soñaba continuamente se había abierto

definitivamente. El P. Calosso era un sacerdote de mucho prestigio y Antonio no se atrevería a oponerse a sus planes, como lo hacía con su madre.

Margarita acudió puntualmente a la cita. Y también el sacerdote hizo honor a su palabra. Allí obtuvo más amplia información acerca de aquel muchacho de once años, de las circunstancias familiares en que vivía y del ardiente deseo de consagrarse al apostolado en el ministerio sacerdotal, por lo que también él se reafirmó en el propósito de ayudarle cuanto estuviera en su poder.

Sin embargo, al llegar aquel otoño, Bosco no aparecía por su casa en Morialdo. Y comenzaron a discurrir las semanas sin que el buen sacerdote tuviera noticia de él. Así, hasta Navidad. Entonces se encontró con él por casualidad y le preguntó qué era lo que estaba ocurriendo. Por qué obraba así. La contestación fue la de siempre: el hermano mayor continuaba oponiéndose resueltamente y armando una escena cada vez que en casa se tocaba aquel tema.

«—Pues bien —acabó por decir el P. Calosso—, quiera o no quiera ese testarudo hermano tuyo, tú estudiarás porque lo quiero yo. Mañana mismo te tomas tus libros y te vienes a mi casa. Yo mismo te daré clase.»

Luego llamó de nuevo a Margarita y le dijo:

«Mire, buena mujer, lo que le digo: su hijo es un portento de memoria, de inteligencia y de buena voluntad. Tiene unas disposiciones óptimas para el estudio y desea, además, ser sacerdote. Por ello, ni usted ni yo mismo debemos economizar esfuerzos para que su deseo se cumpla. Estoy seguro de que si así no lo hiciéramos, ambos resultaríamos culpables ante Dios de haber privado a su Iglesia de una vocación que, andando el tiempo, espero ha de resultar de decoro y ornamento de ella y de instrumento mediante el cual se han de salvar muchas almas. El chico, por tanto, se viene a mi casa desde mañana mismo a recibir las primeras lecciones de gramática italiana, que yo mis-

mo tendré la satisfacción de darle. Y, para más adelante, ya proveeremos.»

Juanito, pues, comenzó a acudir todos los días a Morialdo y a realizar grandes progresos, una vez más, no sólo en el estudio, sino en su formación humana integral. Y es de ésta, sobre todo, de la que él mismo nos ha dejado constancia, como un homenaje a la bondad y a la virtud de su gran amigo el P. Calosso.

«Conocí entonces, dice en sus Memorias, lo que significa tener por guía del alma a un fiel amigo del que yo había estado privado hasta entonces. Entre otras cosas, se apresuró a prohibirme una penitencia que yo solía hacer, no adaptada a mi edad y condición; me alentó a la práctica frecuente de los sacramentos y me enseñó a hacer cada día una breve meditación. O, por hablar con más propiedad, un poco de lectura espiritual. Desde aquella época comencé a gustar lo que es la vida espiritual, pues hasta entonces había obrado maquinalmente y como por rutina.»

Sin embargo, aún no habían acabado las dificultades. Por el contrario, no habían hecho más que comenzar. Al llegar la primavera, y con ella el aumento del trabajo en el campo, Antonio, que a duras penas había tolerado la ausencia de Juanito durante aquellos aproximadamente tres meses, renovó sus críticas contra aquella resolución y logró, de momento, si no que su hermanito interrumpiera por completo las lecciones del P. Calosso, sí que las redujera notablemente. Le impuso que acudiera muy temprano a Morialdo a recibir las clases y que el resto de la jornada lo empleara en las labores campestres. Margarita volvió a ceder «pro bono pacis».

«—¿Se puede tolerar —andaba lamentándose el hermanastro— que ese señorito permanezca cómodamente sentado durante todo el día hojeando las páginas de los libros, mientras yo me deslomo trabajando de sol a sol? ¡Eso no puede ser, y de un modo o de otro yo acabaré con esta situación!»

Y así fue como, efectivamente, al llegar el otoño siguiente (1827), el hermano menor debió interrumpir de nuevo por com-

pleto sus estudios y dedicarse a una ocupación que no le agradaba y para cuya realización sobaban en la casa sus brazos.

Mas, entre tanto, durante aquel período de permanencia al lado de su amigo había dejado, una vez más, clara constancia de su inmejorable disposición para el estudio. Había superado, incluso, todas las previsiones, pues había logrado pasar al estudio de la gramática latina y había comenzado a hacer las primeras traducciones del latín al italiano. Progreso tanto más meritorio si se tiene en cuenta que su idioma nativo y habitual era el dialecto piamontés.

ABANDONA EL HOGAR (febrero de 1828, diciembre de 1829)

La paz doméstica, perturbada

La decisión que se había visto obligado a tomar Juanito por exigencias de su hermano mayor creaba un clima poco favorable para el buen entendimiento y la concordia del hogar de los Bosco. O, por mejor decir, venía a agravar, de manera muy considerable, el ambiente enrarecido que allí se respiraba desde hacía mucho tiempo. Juanito iba ya dejando de ser un «chaval», pues había cumplido ampliamente sus doce años y se había convertido en un hombrecito que medía, cada vez mejor, el alcance de cuanto guardaba relación con su propio porvenir. Y se estaba dando perfecta cuenta de que su tiempo pasaba y que las oportunidades de estudiar se le iban frustrando por la irracional actitud de aquel hermano del que, por otra parte, nunca había recibido una migaja de afecto fraterno. En consecuencia, iba dejando de lado aquella actitud de sumisión, pasiva más bien, que había sido la norma durante los años anteriores, y cada vez le resistía más abiertamente y con mayor audacia. A este propósito dejó él constancia de esta anécdota:

En cierta ocasión, Antonio, haciendo gala de su desprecio de los estudios, como era habitual en él, y creyendo mostrarse ingenioso, dijo en presencia de los de casa:

«—¡Qué libros ni qué zarandajas! ¿Para qué sirve eso? ¡Ya lo estáis viendo: Yo me he hecho un hombre fuerte y robusto sin necesidad de libros!

—De acuerdo —le replicó al vuelo Juan—, pero parece que no tienes en cuenta que el borrico que tenemos en la cuadra —que tampoco ha estudiado— es más fuerte y más robusto que tú!»

El mismo escribe que, sólo debido a la agilidad de sus piernas, consiguió en esta ocasión librarse de una granizada de pescozones y de golpes.

Escenas como ésta se repetían ahora casi a diario en casa. En consecuencia, Margarita optó por ceder, una vez más, mientras tomaba una decisión radical que pusiera fin, de una vez para siempre, a aquella situación: la de proceder a la partición de bienes patrimoniales y alejar del hogar a Antonio, el cual había cumplido ya los veinticuatro años. En tanto que llegaba este momento, resolvió enviar a Juanito a servir en alguna granja de los contornos.

«Espero, dijo la buena madre, que esta ausencia tuya del hogar no se prolongue por mucho tiempo.»

En la granja de los Moglia

Y llegó el día de la separación. Juan, obediente y resignado una vez más, con un hatillo al hombro en el que se llevaba la ropa indispensable, y otro mal liado bajo el brazo, se despidió, con los ojos llenos de lágrimas, de su madre y su buen hermano José, y comenzó a bajar la colina en que se asentaba la pobre casita. Antes de perderla de vista definitivamente se volvió muchas veces a contemplarla con el corazón lleno de angustia. Luego dirigió con decisión los pasos hacia el nuevo destino.

Margarita le había indicado tres granjas en las que «posiblemente» se le admitiera como criado. Pero no estaba segura de ninguna, porque la época del año en que se estaba no era precisamente la más favorable para tomar gente alquilada. Mas ella confiaba en que alguno de aquellos ricos propietarios lo haría por compasión después de conocer la penosa situación de aquel muchacho. Y fue esto lo que sucedió exactamente.

En las dos primeras alquerías que visitó fue rechazado, aunque con muy buenas palabras. Los propietarios se limitaron a recomendarle diligencia en el trabajo y a desearle «buena suerte».

Después de esto, las esperanzas de ser aceptado por el último, el señor Luis Moglia, de Moncucco, apenas eran suficientes para sostener la moral del jovencito que se hallaba ya casi al borde del desaliento total. Pero se decidió a probar fortuna. Aquí llama-

ría, insistiría, suplicaría, haría todo lo que estuviera de su parte para no verse en la necesidad de tener que regresar a casa con el consiguiente disgusto de su madre y las sospechas de Antonio.

Llegado a la granja, situada a un par de kilómetros de la población, parecieron confirmarse los temores de ser rechazado. Fue recibido por José Moglia, tío de Luis, con la misma indiferencia de los anteriores granjeros. José se limitó a repetirle, poco más o menos, lo de los otros. Y ya pensaba dar por concluido el coloquio. Pero Juan dijo que no se iría de allí sin haber hablado con el propietario.

«—Bien. El propietario soy yo —dijo Luis, que llegaba en aquel momento— ¿Qué se te ofrece?

—¡Deseo trabajar en su granja!

—Lo siento, muchacho, pero estamos en una época en la que las faenas campestres quedan reducidas a lo mínimo. El que tiene criados, los despide. Y a nadie le da la tontería de aceptar nuevos.

—¡Y, sin embargo, yo deseo, tengo necesidad de quedarme con usted! ¡No tengo más remedio que hacerlo porque no sé adónde ir! He salido esta mañana temprano de casa, llevo andadas muchas horas para llegar hasta aquí y no puedo volverme en este punto. Mi madre me dio la seguridad de que usted me recibiría y...

—Así, pues, ¿tu madre te ha echado de casa?...

—No quiero que diga que me ha echado, señor. Se ha visto en la necesidad de que yo me busque un patrono porque le resulta imposible, por ahora, tenerme a su lado. Le aseguro que su corazón sufre terriblemente en estos momentos a causa de mi ausencia y sólo se consolará, en parte, cuando sepa que usted me ha aceptado.

—¿Quién es tu madre, jovencito?

—Es Margarita Occhiena. De I Becchi. Mi hermano Antonio no me deja vivir en paz en casa y ella se ha visto obligada a mandarme en busca de trabajo. Le suplico, señor, que no me deje abandonado. Que no me rechace. Basta con que me dé de comer y me

permita dormir en un rincón del pajar. Yo trabajaré, a cambio, en lo que usted me mande.»

Y dando rienda suelta a las emociones de aquel día, ya por demasiado tiempo reprimidas, Juan rompió a llorar.

«—¡Me siendo aquí —dijo al cabo, cuando la emoción le permitió hablar de nuevo— y no me levanto! ¡No puede usted despedirme!»

La señora Dorotea, esposa de Luis, dijo entonces a su marido:

«—Luis, que se quede. Este jovencito debe de saber hacer algo útil en la casa.»

Hallábase también presente a la escena una hija del matrimonio, una jovencita como de unos quince años, que se ocupaba en sacar al pasto las vacas. Hacíalo desde algún tiempo, de mala gana, porque aquella ocupación le parecía despreciable para su edad. Esta, ahora, al ver entreabierta la puerta para librarse de aquel empleo, propuso cedérselo a Juan para dedicarse ella a otras faenas. Y su proposición fue aceptada.

La vida en la alquería

No tuvieron, ciertamente, que arrepentirse los Moglia de haber acogido al jovencito Bosco en su casa. Pronto constataron qué clase de muchacho se les había entrado por las puertas, pues desde la destreza para ejecutar cuanto se le ordenaba, hasta la observancia de un comportamiento auténticamente ejemplar, pasando por una obediencia y docilidad perfectas, reunía todas las cualidades apetecibles. Por ello convinieron con Margarita en señalarle una soldada de 15 liras al año. Aparte, naturalmente, de la manutención.

Por su parte, el muchacho no descuidaba, en la nueva situación, sus deberes religiosos ni echaba en olvido el ideal que se había fijado como meta de su vida.

La granja de los Moglia se hallaba a media hora de Moncocco. Y aquí acudía Juan los domingos y días festivos hasta tres veces al día. Primeramente, madrugaba con el sol, y aun antes, para oír la santa misa y recibir la sagrada comunión. Regresaba

a la granja a atender a las faenas, siempre inaplazables, del cuidado del ganado, y volvía de nuevo al pueblo, a reunirse con los niños y jovencitos de la localidad, a los que entretenía durante toda la mañana. Regresaba a la granja para la comida y la atención de sus deberes. Y, finalmente, volvía por tercera vez al pueblo para pasar la tarde con sus amiguitos.

Así, con este modo de comportamiento, todos estaban contentos con el «Boschetto», como cariñosamente le llamaban. Y, más que nadie, el señor cura, el cual veía cómo por medio de aquel «ángel» tan providencialmente caído entre sus feligreses, florecía la piedad y las buenas costumbres entre la porción predilecta de su grey, los niños y los jovencitos. Y hasta muchas personas mayores se volvían mejores a la vista del espectáculo que estaban viendo.

Un rasgo de carácter

Una anécdota de este tiempo sirve, una vez más, para señalar la entereza de su carácter. Cierta día, al regresar a casa después de un trabajo agotador en la viña, Juan se adelantó un poco a sus amos y penetró en ella al tiempo que la campana de la iglesia del pueblo daba la señal del rezo del «ángelus». Se arrodilló en un rellano de la escalera que daba al henil y comenzó a recitar las oraciones del saludo a María. Tras él entró el viejo José Moglia, el cual, al verle en aquella actitud, dijo:

«—¡Lo que faltaba por ver! ¡Nosotros, que somos los amos, quebrándonos el espinazo en un trabajo agotador y él, ahí le tenéis, rezando tranquilamente!»

Bosco no interrumpió su oración. Mas cuando la hubo acabado, con valiente franqueza, se acercó al viejo y le dijo:

«—¡Bien sabe usted que yo no me echo atrás en ninguna clase de trabajos! Pero voy a decirle una cosa y tome buena cuenta de ella: Si usted reza, por cada dos granos que siembre le nacerán cuatro espigas. Pero si no reza, de cada cuatro granos le nacerán sólo dos espigas. Además, ¿por qué no ha podido usted arrodillarse sólo un momento, como lo he hecho yo?

La oración es siempre de gran eficacia ante Dios para conseguir el remedio de nuestras necesidades!

—¡Por todos los diablos! —exclamó el viejo campesino—. ¡Que tenga yo a mi edad que recibir esta clase de lecciones de un chicuelo como éste!... ¡Y es el caso que tiene razón!»

Y el bueno de José no tuvo valor para sentarse a la mesa sin haber recitado el saludo de María también aquel día.

Completamos la anécdota, en la que puede parecer extraña la idea expresada por Juan Bosco en esta edad; pero que, por lo demás, debió de mantenerla durante toda su vida, acerca de la eficacia de la oración, con esta aclaración, de carácter histórico.

Por entonces fue llevado a ayudar a los hombres de la granja a injertar un viñedo joven. En cierto punto de aquel trabajo incomodísimo, el chico comenzó a quejarse del dolor de la espina dorsal a causa de la posición en que debía permanecerse durante él. El dueño le animó a seguir en la tarea diciéndole que, de no acostumbrarse en la niñez, ciertos trabajos le resultarían intolerables en la edad adulta. Juan continuó injertando los esquejes a la par que decía al señor Luis Moglia:

«—Bien. Si es así, continuaré mi trabajo. Pero ponga atención a lo que le digo: Estas cepas que injerto ahora serán mucho más vigorosas que todas las otras, vivirán mucho más tiempo y rendirán una cosecha doblada.»

Y dice la historia que aquella profecía resultó verídica, pues mientras que las demás cepas debieron ser renovadas por tres veces, aquéllas se conservaron durante todo aquel tiempo llenas de vigor y produciendo abundantes racimos.

El retorno a casa

Juan Bosco había hallado comprensión y cariño en casa de los Moglia. Sin embargo, no estaba contento. No podía estarlo porque veía cómo transcurría el tiempo y él no podía hacer nada por estudiar, objetivo que continuaba siendo el fundamental en su vida. Los pocos libros que había sacado de su casa ya se los

había leído y releído hasta sabérselos de memoria. Además, se trataba de libros muy elementales y toda la ciencia que eran capaces de proporcionarle se reducía a bien poca cosa. El, sin embargo, no acababa de dejarlos de las manos cuando sus ocupaciones le permitían repasarlos. Y esta circunstancia no pasó inobservada para los de la granja. En consecuencia, el señor Luis le preguntó cierto día la causa de tanto empeño por aprender.

«—¡Es que deseo hacerme sacerdote!— le contestó Juan.

—¿Tú sacerdote? ¿No sabes que para cursar esa carrera se necesitan nueve o diez mil liras? ¿De dónde las vas a sacar tú?

—Pues... ¡no lo sé! Y, sin embargo, tengo la convicción de que mi deseo se ha de hacer realidad algún día y que ustedes lo han de ver con sus propios ojos.»

Y aquellos buenos campesinos le miraban entre compasivos e incrédulos, pensando que también de ilusiones se vive.

Mas, entre tanto, habían trascurrido ya casi los dos años, es decir, desde el mes de febrero del 1828 a noviembre del 1829 sin que se viera señal alguna de que la situación del jovencito fuera a cambiar. Margarita, a pesar del empeño puesto en ello, no había conseguido que Antonio accediera a la partición del patrimonio familiar y, por consiguiente, la situación en el hogar de I. Becchi continuaba igual. Entonces, una vez más, inesperadamente, la vida del joven Bosco dio un nuevo giro, buscando siempre, como la aguja de la brújula, la orientación precisa: el norte de su vida y la realización de sus ensueños.

Ocurrió que, cierta mañana del mes de noviembre, alrededor de la festividad de Todos los Santos, una circunstancia, al parecer insignificante, vino a quebrar la línea uniforme de su empleo de «mozo de granja». Acababa de sacar las vacas del establo para conducir las al prado cuando se tropezó con su tío Miguel, hermano de su madre, de paso para la feria de Chieri.

«—¿Cómo va eso, Juanito? —le preguntó cordial—. ¿Estás contento en esta casa?

—Lo estoy del trato que aquí recibo. Pero no puedo resignarme porque veo que el tiempo transcurre y

yo no puedo dedicarme al estudio, que es toda mi ilusión.

—Vamos a hacer una cosa: Vuelve a meter las vacas en el establo y regresa a tu casa. Yo, ahora voy a Chieri, a la feria. A mi regreso pasaré por Morialdo para hablar con tu madre y lo arreglaremos todo. Ten confianza en tu tío. Tú estudiarás porque yo estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que puedas hacerlo sin preocupaciones.»

Juan obedeció. Pensó que su madre se sorprendería con su inesperada aparición por casa; que Antonio se mostraría, de nuevo, contrariado y malhumorado al conocer la determinación que acababa de tomar y el propósito que le había inducido a ello. Pero pensó también que esta vez había adquirido un apoyo excepcional, pues su tío, cuya personalidad era muy conocida en la comarca y muy apreciada, acabaría por imponerse. Además, si desaprovechaba aquella oportunidad, ¿qué esperanza podía quedarle ya? Y regresó contento dejando vagar, una vez más, su fantasía por la región dorada de los ensueños.

El tío Miguel cumplió su palabra. Hubo un breve consejo de familia en el que tomaron parte todos menos Juan, que, por consejo de su madre, se mantuvo oculto en un paraje próximo a la casa, a fin de no dar a Antonio ocasión de creerla a ella misma cómplice en el retorno de su hijo. Allí esperó impaciente el momento de saber de su tío cómo habían ido las cosas.

Antonio intentó mantener su actitud. Pero ante la enérgica resolución del tío Miguel se vio obligado a ceder y optó prudentemente por transigir, pues se habló, una vez más, de la división de bienes y su alejamiento inmediato del seno de aquella familia.

En virtud de aquella resolución, Juan volvió a entrar en su casa con el ánimo más decidido, si cabe, a dedicarse al estudio de la carrera sacerdotal.

EL AÑO DE CASTELNUOVO (1830-31)

Reencuentro con el amigo (1829)

De vuelta Juan en el hogar familiar, Margarita pensó, ante todo, en buscarle un profesor particular, pues ya no le era posible inscribirle en la escuela de Castelnuovo por haberse cerrado la matrícula. Y en este punto no deja de sorprendernos el hecho de que no se dirigiera, en primer lugar, al P. Calosso, que tanto interés había puesto por ayudar a Juan y en tanta estima tenía al joven. Debió de obrar así, muy probablemente, por haber hallado al anciano sacerdote con poca salud, excesivamente maltratado por los años.

La buena madre recurrió, ante todo, al señor cura de Castelnuovo. Y, rechazada su demanda en razón de las ocupaciones del párroco, se dirigió al coadjutor de la misma parroquia. El, empero, lo rehusó también aduciendo igual motivo. Y lo mismo hizo el cura de Buttigliera. Entonces, finalmente, decidió acudir al P. Calosso.

La propuesta fue aceptada por aquel anciano venerable con una alegría inmensa. Le placía el reencuentro con su joven amigo, tan servicial y cariñoso; tan diligente y aplicado a sus deberes de toda índole; tan piadoso y tan adornado de excelentes cualidades, que prometían un resultado seguro en el futuro.

Por su parte, la alegría de Bosco no fue menor. Dice así en sus Memorias:

«¡Nadie puede imaginarse mi alegría! El P. Calosso era para mí como el ángel del Señor, mientras que, por mi parte, le amaba más que a un padre, rezaba por él todos los días y le servía con gusto en todo, cifrando mi mayor satisfacción en tenerle siempre contento. Por él habría dado con gusto la vida. Y por lo que se refiere al aprovechamiento en los estudios,

debo decir que con él adelantaba más en un solo día que en una semana en mi casa por mi propia cuenta. El, por su parte, gran hombre de Dios, me demostraba un afecto cordial y sincero y con frecuencia me decía: "Juan, no te preocupes por tu porvenir, que yo te ayudaré mientras esté vivo. Y si el Señor dispone llevarme a la eternidad, dejaré provisto que nada te falte para que veas cumplidas tus ilusiones de hacerte sacerdote".»

Un rudo golpe a sus ilusiones

Así transcurrieron aquellos últimos meses del curso de 1829-30. Juan, para evitar en casa los conflictos de siempre, se había ido a vivir con su amigo a Morialdo y allí se aplicaba con el mayor empeño al estudio y a conseguir una formación cada día más sólida y más completa bajo su dirección. El chico era realmente feliz hasta el punto de creerse ya tocar el cielo con las manos. Porque el P. Calosso le había asegurado que también el curso siguiente continuaría teniéndole en su casa hasta que se hallara en disposición de iniciar los estudios oficiales con éxito.

Y, en efecto, el curso siguiente (1830-31) comenzó bajo los mismos auspicios. Y a esta situación había que añadir ahora que Margarita, ¡por fin!, había conseguido llevar a cabo el designio de proceder a la partición de los bienes familiares a pesar de la tenaz resistencia de Antonio, el cual, aunque continuaba viviendo bajo el mismo techo, en algunas habitaciones que le habían correspondido, ya no se mezclaría más en los asuntos de sus hermanos; sino que haría vida independiente.

El hogar, con esto, era ahora un idilio de paz como nunca lo había sido. Juan y José se habían profesado siempre un cariño entrañable y nunca entre ellos había surgido la menor desavenencia, mientras que Margarita no había demostrado jamás preferencias irritantes. Una nueva aurora de esperanza parecía ahora amanecer para Juan.

Sin embargo, causa extrañeza ver cómo se suceden y entreveran las dificultades y cómo salen al paso los obstáculos en el camino de este joven predilecto de Dios, al que reserva para una misión singular. No parece sino que un ser oculto y misterioso los vaya haciendo surgir uno tras otro para impedir, o al menos,

retardar, la realización del sublime ideal al que aspira. Una mañana de noviembre, el día 21 de este mes, Juan acababa de llegar a I Becchi para recoger la muda de ropa que su madre le preparaba cada semana, cuando jadeante llega tras él un mensajero para decirle que, víctima de un ataque apoplético, el P. Calosso se moría.

Bosco voló más que corrió hasta su lecho con el alma traspasada de dolor. Pero llegó demasiado tarde. El sacerdote había perdido el uso de la palabra a causa de la parálisis que había afectado los órganos de la fonación. Y allí estaba, debatiéndose en una dura lucha con la muerte.

El espectáculo puso fuera de sí al joven, el cual, instintivamente, se precipitó sobre el lecho de su amigo. El, que no había sentido el natural dolor en la muerte de su propio padre porque, a causa de la edad, era totalmente incapaz de valorar el alcance de aquella desgracia; que no había derramado lágrimas más que por haber visto el llanto amarguísimo de la madre viuda, experimentó ahora el más agudo dolor y vertió las lágrimas más amargas por la muerte de este otro padre adoptivo.

El P. Calosso le reconoció aún, fijó en él una mirada llena de ternura y de gratitud y quiso articular algunas palabras sin conseguirlo. ¡Y, sin embargo, tenía algo muy importante que decirle! Como pudo, hizo que la atención de todos los que se hallaban presentes se dirigiera hacia la almohada sobre la que se hundía pesadamente su cabeza. Quería indicar que debajo de ella ocultaba algo que deseaba fuera para Juan.

Alguien adivinó la intención y le ayudó a sacar una cajita que él entregó a su amigo, indicándole claramente que no se la diera a nadie. Aquella cajita encerraba la llave del cofre en el que guardaba unos miles de liras, fruto de sus economías. Juan se la echó al bolsillo y continuó prodigando toda suerte de cuidados al querido enfermo. El sacerdote, después de una penosa agonía de dos días, entregó el alma al Señor a la edad de setenta y cinco años.

Amor a la justicia

La conducta de Juan en esta ocasión resulta sorprendentemente extraña y ejemplarmente generosa. Abierto el cofre, se

halló que contenía 6.000 liras. Eran, aproximadamente, las que él necesitaba para cursar la carrera del sacerdocio. Los que habían presenciado la referida escena de la entrega de la llave le decían claramente que aquel dinero era suyo.

«—Te lo ha dado él. Nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. Puedes quedarte con ese dinero con la conciencia tranquila. El te indicó que a nadie entregaras la llave.»

El heredero mismo del anciano sacerdote, un sobrino que acababa de llegar al tener conocimiento de la muerte de su tío, le dijo:

«—Yo respeto la voluntad de mi tío. Puedes quedarte con lo que quieras.»

Juan se mostró indeciso por unos momentos. Luego, dijo con resolución:

«—¡No quiero nada! No tengo la certeza absoluta de que su tío me haya hecho entrega de ese dinero.

—¡Pero si te lo había dicho un sinfín de veces antes de ahora! No puedes abrigar la menor duda acerca de su voluntad —observaron algunos.

—Es cierto que me lo había dicho. Pero yo no lo considero causa suficiente. Prefiero quedarme con mi pobreza y mi desesperanza a tomar nada abrigando alguna duda acerca de la legitimidad de mi proceder. ¡No tomo nada!»

Y se lo entregó todo al sobrino heredero. El se quedó únicamente con una casi insoportable angustia en el corazón a causa de la muerte de aquel amigo entrañable, protector y director espiritual de su alma. Y, de nuevo, con un camino incierto por delante.

En la escuela de Castelnuovo

Como consecuencia de la situación en que quedaba Juan por la muerte del P. Calosso, Margarita, con el apoyo de su hermano Miguel, gestionó —esta vez con éxito— el ingreso de su hijo

en la escuela pública de Castelnuovo. Es cierto que hubo que superar cierta resistencia opuesta por la dirección de aquel centro, fundada en el hecho de haber dado comienzo ya el curso desde hacía algunas semanas y en la edad del candidato, que rebasaba ya ampliamente los quince años. Pero todo se allanó gracias a la influencia del tío Miguel. El muchacho pudo comenzar a asistir a las clases, pasada la Navidad de 1830.

Y, de nuevo, tocó al animoso joven hacer frente a numerosos sacrificios y humillaciones. Y, en primer lugar, porque debía andar el camino entre su casa y el pueblo, cuatro veces al día, lo que daba una suma de 20 kilómetros diarios. Aunque, a decir verdad, muy pronto aquella distancia quedó reducida a la mitad, pues luego comenzó a llevarse la comida en un zurrón de tela. Y, más tarde, Margarita le buscó una casa de confianza en la que se alojase, con lo que este inconveniente quedó superado por completo. Pero aun así, las idas y venidas no dejaban de ser frecuentes, por lo que tuvo que sufrir mucho a causa de la inclemencia del tiempo. Y tanto más cuanto que él se quitaba con frecuencia los zapatos y se los echaba al hombro, por no desgastarlos con el uso. El hospedaje fue en casa de un tal Juan Roberto, sastre de profesión, pariente suyo.

Mas peor fue lo que le tocó sufrir de parte de los compañeros de escuela e, incluso, de la de algunos de sus profesores.

La escuela de Castelnuovo no era precisamente una universidad ni, por supuesto, la antesala de ella. Era, más bien, un centro hartó modesto de enseñanza elemental en la que se cursaban algunos grados. No obstante, los alumnos que la frecuentaban —un reducido número de los que constituían la población infantil de aquella villa de 3.000 habitantes— no dejaban de darse cierta importancia por la que ellos estimaban «situación de privilegio», ya que eran los hijos de las familias mejor situadas desde el punto de vista económico.

Por ello, al hacer acto de presencia entre ellos Bosco, con su ostensible aire de aldeano, mal vestido y peor calzado; exhibiendo una bondad que, en apariencia, se acercaba a la estupidez, puesto que consentía las burlas de los más pequeños sin irritarse ni devolverles, de algún modo, su merecido, muchos comenzaron a estimarle en poco.

Y algo semejante ocurrió con algunos de los profesores de

aquel centro. Y, singularmente, con Don José Moglia, hermano de Luis, el cual, en una actitud bien distinta a la de ahora, se le había ofrecido espontáneamente para darle clase el año anterior en la finca de Moncucco. Ahora, en cambio, incomprensiblemente, es decir, sin motivo aparente que lo justificara, se le había vuelto totalmente contrario y le zahería constantemente en clase:

«—¿Qué pretendes tú —le decía—. ¡Tú, de I Becchi! ¿Aspiras a cursar una carrera? Pues has de saber que eso no es para aldeanos como tú. Obrarías con más cordura si te volvieras a tu casa y... ¡duro!, a darle a los terrones. ¡Sí, sí! ¡Dedícate a cazar pájaros y a buscar setas! ¡Pero quítate la pretensión de estudiar!»

Y no se limitaba a sólo palabras. Ocurrió cierto día que Bosco presentó el ejercicio asignado a la clase en un tiempo récord. El profesor se resistía a leerlo, dando por supuesto que sería un cúmulo de disparates. Juan, de pie ante él, insistía en que lo leyera. El P. Moglia, sin embargo, volvió a repetir lo de siempre: Uno de I Becchi no era, ni sería jamás, apto para nada relacionado con el estudio. Resultaba tiempo perdido cualquier empeño a este respecto.

Al fin, los compañeros de clase se sumaron al deseo de Juan e insistieron en que el profesor leyera aquel trabajo. El P. Moglia accedió, diciendo:

«—De acuerdo. Os voy a complacer y todos vamos a tener el gusto de reírnos a mandíbula batiente de los dislates contenidos en esta página.»

Sin embargo, allí no había dislate alguno. Lo que sí había era una traducción completamente fiel al original y expresada en un estilo impecable. Por eso, el profesor, a medida que sus ojos iban recorriéndola, fruncía el entrecejo como señal de admiración y, a la vez, de indignación. Al cabo, exclamó:

«—Esto está copiado!

—Bien, si es como usted dice, señor profesor, díganos de quién lo ha copiado Juan, y que se lean en voz alta ambas traducciones, porque yo he visto cómo

Bosco realizaba su trabajo sin la ayuda de nadie—dijo el compañero que se sentaba junto a él.

—¡Te digo y te repito que esto está copiado! ¡Y no acepto observaciones de nadie!...»

Y fue preciso dejarle con su opinión. Pero, entre tanto, Bosco iba ganando siempre en prestigio entre sus compañeros y entre sus mismos profesores. Y este prestigio se vio grandemente aumentado cuando llegó a conocerse su reacción ante una indigna proposición de algunos de sus coalumnos. A la invitación que le hicieron a robar a su patrono, el sastre Roberto, y a su propia madre para no verse habitualmente sin blanca en el bolsillo, contestó él:

«El que roba falta al séptimo mandamiento de la ley de Dios y se hace merecedor de una calificación que a nadie gusta. Y, por lo que atañe a mi madre, debo decir que de ella no he recibido más que beneficios. Y yo sería un mal hijo si la correspondiera con agravios e ingratitud. De modo que oídme bien lo que os digo: Si entre vosotros hay alguien que hace esas cosas, es un ingrato y un mal nacido. Y si no las hace, pero las aconseja a los demás, es un bribón y un desalmado.»

Las vacaciones

Entre tanto, en la situación de su casa se había producido una importante novedad. Margarita, contando con los infatigables brazos de José, y con los suyos propios, que no tenían un momento de reposo, había tomado en arriendo, a medias con el propietario, una finca situada a mitad de camino entre Castelnuovo e I Becchi. Y en ella había comenzado a residir habitualmente José, mientras que ella misma repartía su tiempo entre ésta y la casita de I Becchi. Juan, al término del curso escolar, se fue a vivir con su hermano, ya para hacerle compañía, ya porque era aquel un lugar envidiable para disfrutar de un reposo que se tenía bien merecido. Y no menos, por hallarse más próximo a Castelnuovo, en donde había comenzado a ejercer un cierto apostolado entre los niños.

La finca en cuestión se denominaba «El Susambrino» y se hallaba situada en la falda de una pequeña colina coronada de un soto de árboles. Desde aquella altura era dado contemplar un panorama realmente encantador. Y se respiraba un aire siempre fresco y de extremada pureza. Juan, que poco a poco se había ido formando una pequeña biblioteca o, por lo menos, una coleccioncita de libros de regalo, encontraba aquel sitio delicioso y, desde el primer momento, le cobró gran afición. El sería en adelante el lugar preferido para sus vacaciones estivales al término de cada curso en la larga carrera que estaba para comenzar hacia la realización de su ideal.

Mas tampoco él permanecía inactivo al lado de su hermano, sino que se aplicaba a un sinfín de menesteres, pues igual le ayudaba a segar, a acarrear las mieses, a trillarlas, a aventar, etc., que llevaba las vacas a pastar por los vallecitos y las vaguadas circundantes o repasaba una pared deteriorada por las lluvias, o remendaba su propio calzado y el de José. ¡Ciertamente que no era una carga para él, sino que se ganaba muy bien el pan que comía!

Y, por lo demás, aún le quedaba tiempo para acudir, sobre todo los domingos y días festivos, a Castelnuvo o Morialdo para reunir a los niños y entretenerlos en la forma que ya nos resulta conocida.

CURSA ESTUDIOS EN CHIERI (1831)

En Chieri

El año de Castelnuovo había resultado menos que mediano para Juan, a pesar de sus inmejorables disposiciones para aprovecharlo. Y lo había sido, principalmente, por causa de algunos de sus profesores, menos aptos para comunicar la ciencia que poseían o para mantener la disciplina entre sus alumnos. En consecuencia, Bosco, de acuerdo con su madre, decidió no volver allá para el curso siguiente, sino trasladarse a Chieri, en donde estaba el Instituto de Segunda Enseñanza y el Seminario Conciliar.

El sacrificio que comportaba esta decisión fue, como siempre, compartido un poco por todos los de la familia. Pero de manera especial por el mismo Juan, el cual, en esta ocasión, comenzó por pasar por la humillación de ir de puerta en puerta con un saco al hombro a recoger las pequeñas cantidades de grano que tuvieran a bien darle sus paisanos de Morialdo. Y acudió también, por consejo de su madre, a solicitar de algunos sacerdotes de la comarca que le ayudaran a pagar parte de la pensión, pues la familia, a causa de la partición de bienes, estaba pasando por un momento aún más agudo de crisis económica.

La primera preocupación de Margarita en esta ocasión fue la de buscar a su hijo una casa de confianza en donde se alojara. Y estuvo de suerte. La patrona preferida fue una tal Lucía Mata, de Castelnuovo, la cual se había trasladado provisionalmente a Chieri a causa de los estudios de un hijo único que tenía, siendo ella ya viuda. Esta mujer convino en aceptar a Juan en su casa por la cantidad de 21 liras mensuales. Mas como Margarita no se hallaba en condiciones de desembolsar aquella suma, se estipuló entre ellas una rebaja a cambio de que Bosco cumpliera en la casa determinadas faenas.

La llegada a Chieri de Juan sufrió también este año un pequeño retraso en relación con la apertura del curso escolar por causa de las mismas dificultades de siempre: las económicas. Mas, a pesar de ello, y del inconveniente de la edad, esta vez el muchacho fue admitido sin dificultad y acogido por los profesores de aquel centro con mucha mayor simpatía de la que le habían dispensado, en general, en Castelnuovo.

La ciudad de Chieri tenía a la sazón unos 10.000 habitantes. Era ciudad de aspecto señorial, con hermosos palacios y edificios antiguos y modernos notables por su excelente arquitectura y buen gusto. Poseía, además, calles anchas y bien cuidadas, jardines, paseos y plazas públicas. Se hallaba situada en una fertilísima campiña rodeada de hermosas colinas cubiertas de bosquecillos frondosos. En ella abundaban las huertas bien regadas, ricas de toda clase de verduras. Bosco resultó impresionado por el cambio y gratamente sorprendido.

Un muchacho responsable

Juan, con todo, sufrió un nuevo desengaño al llegar a Chieri. Fue el de constatar el poco aprecio que los profesores de aquel centro docente hacían de su «ciencia», tan costosamente y entre tantos avatares adquirida. E igualmente por el hecho de que, a pesar de sus años y de su estatura, pues había cumplido generosamente los dieciséis y sacaba un palmo a sus condicípulos, se le pusiera en la sexta «ginnasiale», equivalente al año de ingreso en el Bachillerato. Sus condiscípulos tenían «diez» años. De este paso en su vida estudiantil dejó él constancia de su propia impresión con estas palabras:

«Mi edad y mi corpulencia me hacían aparecer como una alta pilastra en medio de mis compañeros. En consecuencia, deseoso de liberarme de aquella situación que me avergonzaba, decidí aplicarme con todo el interés y pasar a los grados siguientes en el menor tiempo posible.»

Y la fortuna le acompañó en este propósito, pues igual que él pensaba su profesor, P. Pugnetti, el cual se mostró siempre dispuesto a ayudarle para lograrlo. Por consiguiente, aunada así

la voluntad del alumno con la del profesor, resultó que Juan pudo saltar de curso al cabo de sólo dos meses, tras haber figurado siempre, con gran ventaja, al frente de la clase. Y lo mismo ocurrió al cabo de otros dos meses en el curso siguiente (quinta ginnasiale), pues también aquí encontró la misma comprensión en su profesor y gran amigo, P. Valimberti.

La «cuarta ginnasiale» estaba regida por el profesor José Cima, el cual gozaba fama de riguroso y muy exigente. No obstante, Juan le cayó bien desde el principio, tras esta anécdota en su presentación en aquel curso. El P. Cima, al ver entrar en el aula, mientras él explicaba la lección a sus alumnos, a un muchachote casi tan alto como él y de una edad notoriamente superior a la del resto de los alumnos, dijo en voz alta:

«—Este, o es un gran talento o es un zoquete. ¿Qué dices tú? —añadió dirigiéndose a él mismo.

—Ni lo uno ni lo otro, señor profesor —contestó Juan con naturalidad—. Soy simplemente un alumno con grandes deseos de aprender.

—Pues si es así, estate tranquilo, que, por mi parte, no va a quedar —replicó el P. Cima.»

Y desde aquel mismo punto quedó establecida una corriente de simpatía mutua entre alumno y profesor, que el tiempo no hizo más que acentuar. El P. Cima, a pesar de su aparente severidad, era un hombre afable y cordial. Y, además, un gran maestro.

Juan Bosco, por su parte, observando siempre un comportamiento ejemplar, se fue ganando, de día en día, las simpatías tanto de alumnos como de profesores, como ya le había ocurrido en Castelnuovo, a medida que se iban conociendo las grandes dotes de que estaba adornado.

¡Asombroso!

Bosco, en efecto, no sólo comenzó a hacer exhibición de sus portentosas facultades en el terreno que hoy llamaríamos «deportivo», sino que puso de relieve también en algunas ocasiones su asombrosa memoria y su inteligencia nada común. Ocurrió este año, con el profesor Cima:

La clase era de lengua latina. Bosco había olvidado en casa el

texto de traducción, «Capitanes ilustres», de Cornelio Nepote. El profesor leyó un capítulo, lo «ordenó» y empleó un tiempo notable en hacer una serie de observaciones relativas al estilo literario, a problemas de concordancia, de sintaxis, de orden histórico, etc.

Bosco, entre tanto, trataba de ocultar al profesor su olvido, teniendo entre las manos la gramática abierta y procurando tapar las cubiertas del libro con el fin de hacerle creer que se trataba del «Nepote». Y, desde luego, fingía poner una gran atención a la explicación del profesor, aunque, por otra parte, era verdad que la ponía.

Pero los compañeros, que habían advertido el fallo de su camarada, comenzaron a esbozar algunas sonrisas inoportunas y comprometedoras para Juan. Ellos fueron los que, al cabo, terminaron por llamar la atención del profesor y despertar sus sospechas de que algo raro estaba ocurriendo delante de sus narices. Entonces se dirigió a Bosco y le ordenó ponerse de pie. Luego le mandó repetir literalmente y con toda fidelidad la «exégesis» que él mismo había hecho del texto, incluida, naturalmente, la lectura. Juan, continuando con la gramática entre las manos, repitió «de pe a pa» la explicación completa del profesor. Los compañeros de clase estaban asombrados durante aquella escena. Y al acabar no pudieron por menos de prorrumpir en un aplauso cerrado a la maravillosa memoria de su camarada.

El profesor, por su parte, ignorando aún la causa de aquel alboroto, y hecho una furia porque, según él, era aquella la primera vez que se le iba de las manos la disciplina en clase, quiso saber qué era lo que allí estaba ocurriendo. Al conocer la realidad, dijo a Juan:

«—Te perdono el olvido que has tenido y el haber sido la causa de este alboroto. ¡Ojalá sepas servirte siempre en tu vida de esos dones de Dios para gloria suya y bien de los hombres!»

La Sociedad de la Alegría

Como resumen del aprecio en que se le llegó a tener al cabo de este primer año de Chieri, Juan Bosco dejó escrita esta declaración:

«Todos, superiores y alumnos, tenían confianza en mí y me amaban.» ¡Toda una revelación y una perfecta apología!

Y en la misma estimación continuó durante los años siguientes. Y de esta situación envidiable se valió él para ejercer entre los compañeros una verdadera influencia de sentido cristiano. Y comenzó —como ya lo había hecho en todas partes por donde había pasado— a cumplir un auténtico «apostolado», que era siempre la meta de sus ilusiones y el deseo más vehemente que nutría en su pecho.

Ocurría, en efecto, que, en este tiempo, solía tener continuamente en derredor de sí, apenas aparecía en el patio, un buen número de alumnos de aquel centro. Y no sólo de los cursos inferiores, sino también de los cursos superiores al suyo. Y con algunos de entre ellos se propuso formar una asociación que él designó con el nombre de «Sociedad de la Alegría». Dice a este propósito uno de sus biógrafos:

«Por entonces dio un paso adelante en aquel su empeño catequizador que constituía la obsesión de su vida. Puso en práctica un proyecto que venía acariciando en su mente desde hacía mucho tiempo y que era como el esbozo anticipado de la gigantesca organización que más tarde habría de extender por el mundo entero para ayudar a la formación cristiana de la juventud. Con los mejores de aquellos jóvenes formó una agrupación que llamó «La Sociedad de la Alegría».

El fin pretendido por Bosco a través de esta organización era el de relacionar íntimamente entre sí a estos muchachos de buena voluntad y comprometerlos para dar mayor fuerza al propósito inicial que los había inducido a buscar su compañía y que no debía ser otro, en el fondo, que el de procurar imitarle en el exacto cumplimiento de sus deberes religiosos, escolares y de sentido social, ora en casa, ora entre los compañeros.

Estos «asociados» tenían por consigna la de «estar siempre alegres», de dónde el título de la asociación. Pero la alegría, tal como ellos la entendían, de acuerdo con las explicaciones dadas por su jefe, había de tener por fundamento una vida establecida sobre la posesión de la gracia de Dios, ya que el pecado es siempre causa de tristeza. Y para conseguir este objetivo les

sería preciso cumplir con los deberes propios de su actual condición. Todo ello como exigencia de la fe cristiana que así lo impone al que la abraza sinceramente.

Entre todos redactaron algunos artículos a modo de reglamento, que señalaba la norma de conducta de los socios. Mas haciendo constar de manera expresa que su incumplimiento no entrañaba, de suyo, ninguna suerte de responsabilidad moral, salvo, naturalmente, aquella que venía de la omisión voluntaria de alguna ley o precepto divino o natural. Aquí se comenzaba ya a perfilar el «legislador» o diseñador de una congregación religiosa dentro del seno de la Iglesia de Jesucristo.

Se destacaba, de manera especial, el compromiso de prestarse ayuda mutua entre todos los socios. Sobre todo señalándose las faltas en que pudieran incurrir por inadvertencia. E igualmente, el de animarse a la frecuencia de los sacramentos y al ejercicio de la oración y de la caridad. Para los más generosos se establecía, como meta ideal, la práctica anual de los ejercicios espirituales.

Decididamente comenzaban a aflorar en Juan Bosco las grandes ambiciones de orden espiritual que habían de llevarle, en el orden personal, a la conquista de la más alta perfección cristiana y, en el orden colectivo o social, a la fundación de múltiples y extensas asociaciones, igualmente comprometidas en la consecución del ideal señalado por el mismo Jesucristo a los seguidores de su mensaje salvífico y santificador.

De nuevo el sueño de Morialdo (1831)

Durante las vacaciones veraniegas de este año (1831) volvió a ser confortado con la misma visión (sueño) de Morialdo. Y decimos «confortado» porque, cualquiera que sea el origen que se le quiera atribuir, resulta evidente que en el ánimo del joven Bosco estos «acontecimientos» obraban como verdaderos estímulos para alentarle en las dificultades que continuaban saliéndole al paso. Como verdaderas inyecciones de vida y de optimismo.

El episodio tuvo lugar en la finca del Susambrino. Testigo del entusiasmo y de la incontenible alegría que este hecho produjo en él fue, en primer lugar, José Turco, el cual era dueño de la Renenta, finca contigua a la que llevaba en alquiler José Bosco.

Aquél, estando en compañía de un hijo suyo, vio cierto día acercarse a Juan con el rostro iluminado por la alegría. El joven estudiante les dijo al llegar:

«—¡Buenas noticias, amigos! ¡Se acabaron las incertidumbres respecto de mi porvenir! Ahora puedo asegurarles, con toda certeza, que continuaré mis estudios, me haré sacerdote y me pondré al frente de muchos niños y jóvenes para formarlos cristianamente.

—¿Y cómo puedes tú saber eso con tanta seguridad? —le objetaron ellos.

—Lo sé porque lo he soñado esta noche.

—Bien, pero... ¡un sueño no es más que un sueño!...

—¡No, no! Para mí es mucho más. Se trata del mismo sueño de la otra vez. De cuando yo tenía nueve años. Algo distinto en algún aspecto. Pero, incluso, mucho más claro. ¡Ya no tengo miedo de nada! Lo que afirmo es totalmente cierto. Una gran señora, la misma de la otra vez, se me ha aparecido durante él y me ha nombrado por mi propio nombre. Y señalándome un gran rebaño, a cuyo frente estaba ella misma, me ha dicho:

—Mira, Juanito. Todo este rebaño lo confío a tus cuidados.

—Pero... ¡cómo podré yo guardar tantas ovejas y tantos corderos? —le objeté.

—No te apures. Yo misma estaré a tu lado y te daré muchos compañeros que te ayuden —me contestó. Y desapareció.»

Por lo demás, aquellas vacaciones fueron, prácticamente, una repetición de las anteriores, y Juan se entregó a las mismas ocupaciones que solía en esta época. Si algo de especial hay que notar fue la mayor frecuencia de visitas que recibía, ya que el número de sus «amiguitos» iba en continuo aumento y hasta allí acudían a verle desde Castelnuovo y otros pueblos comarcanos.

EL SEGUNDO AÑO DE CHIERI (1832-33)

Optimismo moderado

Bosco había aprovechado muy bien el tiempo aquel primer año académico de Chieri, pues había recorrido los tres cursos de la enseñanza correspondientes a la primera etapa de «Básica». Y ahora, al iniciarse el nuevo curso, quedaba inscrito en el llamado de «Gramática latina».

Con todo, el optimismo con que miraba el porvenir era sólo moderado, pues, aunque estaba seguro del resultado en los estudios, no conseguía alejar de su ánimo la constante preocupación que suponía para él la gran estrechez económica en que continuaban viviendo los suyos y que constituía para él mismo una amenaza para la continuidad de su carrera. Era ésta una especie de tortura moral que le tocaba soportar constantemente.

El alojamiento no constituyó problema esta vez. Lucía continuaba en Chieri, puesto que a su hijo le faltaba aún un año para terminar. Y, como había quedado tan contenta de Juan el año anterior, no sólo no opuso inconveniente alguno a que el muchacho continuara conviviendo con ellos, sino que lo deseaba grandemente.

Había ocurrido, en efecto, que aquel hijo suyo, más que medianamente indolente en los estudios hasta llegar Bosco a su casa, y que había comenzado mirando a éste con un cierto aire de superioridad y de desprecio, había acabado por intimar con él y por convertirse en uno de los más entusiastas miembros de la Sociedad de la Alegría. Ello comportaba, a tenor de lo que era exigencia fundamental de aquella organización juvenil, un cambio radical de conducta en la aplicación y, en general, en todo lo que guardaba relación con los deberes de su condición. Y Lucía, completamente satisfecha, condonaba al hijo de Margarita toda la pensión a partir del inicio del nuevo curso como, por lo

demás, ya lo había hecho los últimos meses del precedente. Así Bosco entraba a ser como de la familia.

La conducta de Juan continuó en la misma línea de siempre. Era un muchacho estudioso que alternaba la aplicación a los libros de texto con la lectura de otros complementarios de su formación humanística y para aumento del bagaje de su cultura que, por este medio, llegó a ser muy notable. Y por lo que hace referencia a su vida moral y religiosa, se mantuvo siempre con entera fidelidad adicto al programa que se había trazado y que respondía al ideal que se había propuesto alcanzar.

No es que fuera precisamente un «santo». Al menos según el concepto vulgar de este término, es decir, un «santurrón» o un «beato», retraído y gazmoño. No. Juan Bosco era un joven completamente normal y corriente, no exento, en este tiempo, de defectos y con las mismas tendencias «viciosas» que cualquiera otro joven de su edad, aunque provisto de una mayor fuerza de voluntad de lo corriente, llegado el caso. Y así, por ejemplo, fue este año cuando resolvió romper con la costumbre de jugarse a las cartas con los compañeros el poco dinero de que podía disponer. Y lo hizo porque, como ganaba casi siempre, «le dada pena verlos a ellos, con frecuencia, apenados por haber perdido».

Una victoria memorable

Por lo que atañe a los acontecimientos más destacados de este año, cabe señalar dos principalmente: el triunfo de sus habilidades frente a un prestidigitador de profesión y una «travesura» en clase.

Ocurrió que apareció por Chieri un profesional de la varita mágica y de toda suerte de ejercicios acrobáticos. Se trataba de un tipo muy seguro de sí mismo, jactancioso y provocador, el cual, además, hacía alarde de su impiedad y se complacía en reservar los mejores números de su programa para el tiempo dedicado a las funciones religiosas en la parroquia, con lo que muchos jóvenes y niños dejaban de asistir por no saber resistir aquella tentación.

El asunto fue tratado entre los miembros de la Sociedad de la Alegría. Y se convino en que había que hacer algo para impedir aquel escándalo. Entonces se pensó que Bosco podría, tal vez,

competir con él e imponerle condiciones en el caso de resultar vencedor. Juan aceptó.

La noticia de este desafío corrió como el fuego por un reguero de pólvora por toda la población de Chieri: «¡Un estudiante desafía a un prestidigitador de profesión!», se oía por doquier. Y un gran número de personas de toda edad acudió a presenciar el duelo.

«—¡Te desafío a correr! —dijo el saltimbanqui—. ¡Veinte liras se lleva el que gane!»

Bosco metió sus manos en los bolsillos del pantalón. Pero no para extraer de ellos aquella bonita suma. ¡Veinte liras eran cabalmente las que él necesitaba para subsistir un mes entero!

Mas, antes de que tuviera tiempo de oponer este reparo, ya los estudiantes, sus amigos de la Sociedad de la Alegría, habían aportado aquella cantidad.

Los contendientes se alinean. A una señal se arrancan ambos a dos con la velocidad de una flecha. Juan se ha signado previamente con la señal de la cruz como un acto habitual y rutinario.

El saltimbanqui parece empezar a sacarle alguna ventaja inicial. Bosco, empero, hace un supremo esfuerzo, se le pone a la par y acaba por rebasarle holgadamente, de tal modo que aquel, jadeante y con la voz entrecortada por el cansancio y el despecho, exclama:

«—¡Me rindo! ¡Has ganado la apuesta!»

Una cerrada salva de aplausos saluda la victoria del estudiante.

«—¡Deseo una segunda prueba —dice entonces el saltimbanqui—. Te desafío a saltar aquel canal y espero tener la satisfacción de ver cómo te hundes en él hasta las orejas! Esta vez la apuesta es de 40 liras.»

Aceptado. Veinte liras que aportan los estudiantes, las mismas de la otra vez, y otras tantas que han pasado del bolsillo del charlatán al de Bosco son cuarenta. ¡Adelante, pues!

El foso en cuestión era realmente ancho y profundo. A la otra parte se levantaba un muro de piedra de más de un metro de altura. Entre el agua y la pared apenas quedaba sitio para poner los pies.

El saltimbanqui salta el primero. Y, aunque con dificultad, consigue llegar hasta el pie mismo del parapeto, al que se agarra para no caer de espaldas al agua.

En realidad no era posible ir más allá. Juan podía, como mucho, igualarle, pero no superarle. Sin embargo, él era un joven de grandes recursos y tuvo una idea afortunada. Saltaría igual que su rival. Pero en lugar de afirmar los pies en el suelo y servirse de las manos para agarrarse al muro, las apoyaría en la pared y daría una vuelta de campana, quedando de pie al otro lado de la pared. Nuevamente los aplausos premian su victoria.

«—¡No me doy por vencido! —ruge el titiritero—. ¿Ves esta varita mágica? La he hecho saltar miles de veces haciendo el camino desde la punta de los dedos hasta la frente, pasando por el antebrazo, brazo, hombro, barbilla, labios y nariz para regresar a los dedos por el mismo camino. ¡Hazlo tú!»

Bosco no se inmuta. Sabe que si aquel ejercicio es el preferido de su rival, es, asimismo, una de habilidades en que más destaca él mismo. La varita, en efecto, hace aquel camino sin mayor dificultad.

«—¡Bien! —dice el mago—. ¡Has tenido suerte! Con todo, espero no perder.»

Y lo intenta. Todo marcha perfectamente hasta llegar al paso de los labios a la nariz. Pero era el caso que nuestro hombre tenía este decorativo apéndice algo más largo de lo normal. Y la varita tropezó y perdió el equilibrio. Y fue hasta tal punto, que el mago se vio en la necesidad de ayudarse de las manos para impedir que cayera al suelo.

Una carcajada implacable, despiadada, estalla en el círculo de curiosos que presencia la escena. El saltimbanqui enrojece de cólera y de vergüenza. Esta vez ha perdido, además, 80 liras. ¡Una fortuna!

«—¡Es imposible! —grita furioso—. ¡No puedo consentir ser vencido por un estudiante! ¡Cualquier cosa menos eso! Me quedan aún 100 francos y serán del que alcance mayor altura trepando a aquel árbol.»

Y así diciendo señalaba un olmo recto y altísimo.

El mismo volvió a ser el primero en intentar alcanzar la cima. Y llegó hasta donde prudentemente podía llegarse. Cualquier intento ulterior de ascensión podía hacer quebrar el árbol, que se afilaba más cada vez.

Bajado él le tocó el turno a Juan. Y de nuevo, el ingenio y la astucia le dieron la victoria. Llegado al punto en que su rival se había visto obligado a detenerse, Bosco aprisionó fuertemente con las manos el tronco del árbol y, con un esfuerzo de incomprensible elasticidad, elevó los pies de tal forma que sobrepasaron en más de un palmo la altura total del olmo.

El charlatán quedó, con esto, derrotado en toda la línea. Arruinado económicamente y, lo que era peor, seriamente dañado en aquel hasta entonces indiscutible prestigio. Por ello no es fácil comprender hasta qué estado de postración y abatimiento se vio hundido.

Pero Juan era bueno. Era cierto que había ganado en buena lid cuanto bastaba a cubrir holgadamente los gastos de la pensión de todo un año y que él tenía buena necesidad de aquel dinero. Pero los generosos sentimientos de su corazón no le permitían dejar en la ruina y la desesperación a aquel hombre. Por consiguiente, de acuerdo con sus amigos, hizo una propuesta al titiritero:

«—Mire, buen hombre. Usted nos paga una buena merienda en la fonda a mí y a mis amigos, empeña su palabra de no dar sus representaciones durante las funciones parroquiales ni aquí ni en ninguna parte, y yo le devuelvo ahora mismo todo el dinero que ha perdido!»

El hombre aceptó, ¡cómo no!, con evidentes muestras de reconocimiento, pues aquella solución le permitía embolsarse 216 libras después de haber gastado otras 25 que costó la merienda de los 22 comensales, incluido él mismo. Todos ellos, miembros de la Sociedad de la Alegría.

Una grave imprudencia

Sucedió también este año. Para los exámenes finales llegó de

Turín el profesor José Gozzani, considerado por los estudiantes como el «coco», a causa de su rigor e inflexibilidad.

Conociendo él mismo de la actitud efervescente y casi levantisca de los alumnos por su designación, los reunió a su llegada al Centro y les dirigió la palabra en términos conciliatorios y alentadores. Luego dictó el tema del examen, recogió las hojas después del tiempo señalado para realizarlo y partió para Turín a corregir con calma los ejercicios.

Cuando, al cabo de pocos días, envió el resultado, el chasco de los estudiantes fue morrocotudo. Las calificaciones eran desastrosas. Pero los cuarenta y cinco alumnos del curso de Juan habían resultado todos aprobados. ¿Qué había ocurrido? El lector puede fácilmente adivinarlo estando entre ellos el fenómeno Bosco.

Pero él estuvo a punto de pagar muy cara esta fechoría. Se le amenazó con suspenderle el curso, si ya no con algo peor. Y sólo merced a la intercesión de su profesor de este año, P. Domingo Giusana, dominico exclaustro por motivos de salud, con el que Bosco había establecido una sólida amistad desde su llegada a aquel Centro, no vio cumplida la amenaza. Este Padre, de gran prestigio en Turín, consiguió del Ministerio de Educación Nacional que la sanción se limitara, por «aquella vez», a obligar a Juan a repetir el examen y a apercibirle para que no repitiera la «hazaña». Por lo demás, él mismo no halló mayor dificultad en este segundo examen de la que había encontrado en el primero.

Y que su comportamiento continuaba siendo ejemplar, a pesar de alguna que otra incidencia de menor monta, lo prueba el hecho de que también este año se le asignó el premio extraordinario que el Municipio de Chieri solía otorgar al alumno que hubiera tenido mejor aplicación y conducta. Premio que le eximía del pago de la matrícula del curso.

**EL TERCER AÑO DEL INSTITUTO
(GIMNASIO: 1834-35)**

Bosco, camarero

El tercer curso del Instituto («prima ginnasiale») se señaló también por algunas circunstancias dignas de mención. Y en primer lugar, por las condiciones en que se debió alojar en Chieri, pues ahora sí que se vio en la necesidad de buscarse nueva pensión por haber el hijo de Lucía Mata concluido sus estudios y haberse vuelto a Castelnuovo junto con su madre. Bosco fue aceptado en casa de un pariente suyo, José Pianta, de Morialdo, el cual había decidido abrir un café en Chieri. Allí cedió a Juan un rinconcito para dormir y se comprometió a proveerle de un plato de comida a condición de que él prestara sus servicios en el establecimiento durante las horas libres de clase.

Hemos dicho «un rinconcito». Y no hay la menor exageración en tomar este término en su sentido más estricto, pues se trataba del hueco que quedaba entre el techo de un horno y una escalera sobre él. Era tan reducido que Juan no podía ponerse de pie ni estirar las piernas sin sacarlas de aquel lugar.

Pero no era éste el único inconveniente de aquel alojamiento. Por la índole misma de aquel lugar y del trabajo específico asignado a Bosco, éste no podía disponer de ninguna comodidad para estudiar, ya que debía permanecer constantemente «en danza», ora ayudando en la cocina, ora sirviendo a los clientes, ora anotando los puntos del billar...

Y en cuanto a la comida, la que recibía de Pianta era muy insuficiente. Juan pasó durante este año, según el testimonio de muchos de sus compañeros, «hambre de manera habitual». Su madre iba de vez en cuando a Chieri y le llevaba algo de pan y algunos frutos secos. Y le dejaba, asimismo, algún dinerillo. Pero

todo ello resultaba muy insuficiente para satisfacer la necesidad de nutrirse que tenía en aquella edad. Algunos compañeros, compadecidos de él, le ayudaban también ocasionalmente, dándole parte de su propia merienda o tomando de sus casas alguna cosa para él.

A este propósito referiremos aquí una anécdota que pone bien de manifiesto el sentimiento de gratitud que él conservó durante toda su vida hacia estos tempranos bienhechores suyos. La refiere uno de ellos. Un tal José Blanchard:

«Don Bosco no se olvidó nunca de mí, dice. Ni se avergonzó de reconocer el poco de bien que yo le había hecho cuando él era joven y pasaba por tantas estrecheces. Yo ya le había perdido de vista. Y de haberme tropezado con él en la calle, probablemente ni siquiera me habría atrevido a saludarle, dando por descontado que él no me habría reconocido. Pero ¡cuánto me engañaba! Cierta día me encontré con él inesperadamente en Chieri mientras se hallaba rodeado de un buen número de sacerdotes que habían acudido allá para saludarle. Yo llevaba en la mano una botella de vino y un poco de comida. Y mi atuendo no era precisamente de gala. No me hallaba, a mi ver, en condiciones de presentarme a él y traté de escabullirme. Pero él me divisó y dejando aquella compañía vino a mi encuentro para saludarme.

—¡Oh, Blanchard! ¿Cómo estás? —me preguntó.

—Muy bien, señor abate —le contesté.

—¿Qué es eso de “señor abate”?... ¡Yo para ti soy, y seré siempre, “Bosco” a secas. Sin títulos de ninguna clase.

—Perdón. Yo creía que ahora...

Y entre tanto, yo trataba de zafarme, porque me sentía incómodo en su presencia y en la de aquellos señores por el modo de vestir y por las cosas que llevaba en la mano. Tenía la sensación de hallarme ante un gran personaje. El lo advirtió y me preguntó con su característico buen humor:

—¿Qué te ocurre? ¿Es que no quieres a los curas?...

—¡Oh, sí que los quiero! ¡Y mucho! Pero... en esta ocasión... Así, como me ve...

—Querido amigo —continuó él—, me acuerdo muy bien de cuando yo era estudiante, de las veces que me quitaste el hambre. Tú fuiste, en las manos de la divina Providencia, uno de los primeros bienhechores del pobre Don Bosco.

Y así diciendo se volvió a los sacerdotes que le acompañaban y les dijo:

—Señores. ¡Aquí les presento a uno de mis primeros bienhechores!

Luego, volviéndose a mí de nuevo, continuó:

—Quiero que sepas que yo recuerdo siempre el bien que me hiciste. Y deseo que siempre que vengas a Turín te llegues al Oratorio a comer conmigo.»

Un muchacho ejemplar

Un «café» no es necesariamente un establecimiento que deba ser mirado con recelo desde el punto de vista moral cristiano. Probablemente, en relación con este tema, todo dependa, una vez más, de la moralidad misma de las personas que lo regentan. Y José Pianta era un «buen cristiano». Pero también es verdad que, por su misma naturaleza, y a causa de la calidad de las personas que lo frecuentan —de toda clase— tampoco puede ser comparado a un convento. En todo caso, Juan afirma haber hallado ciertas dificultades para «ser bueno», esto es, para no dejarse arrastrar, al menos, de la tónica de vida, frívola, de muchos de los clientes. Dejó escrito:

«Aquella pensión resultaba bastante peligrosa por la condición de los clientes. Mas yo, estando como estaba con buenos cristianos, y continuando mis relaciones con compañeros ejemplares, pude echar adelante sin daño moral.»

Este juicio suyo propio está expresado en los términos de una modestia que resulta habitual en los auténticos siervos de Dios y que queda corroborada y potenciada en el testimonio que de él

dieron más tarde los que convivían con él y le conocían bien. He aquí uno de ellos:

«Yo le admiraba por su modestia y mansedumbre. Nunca oí de sus labios una palabra incorrecta o que revelara impaciencia. Era afable y caritativo con todos. Y su compañía era buscada con afán, especialmente por los alumnos de las clases inferiores. Nadie hubiera sido capaz de darle una negativa. Corregía con caridad a los compañeros sin que nadie se diera por ofendido o respondiera malhumorado. Y hasta entre los mismos profesores se iba a porfía por demostrarle afecto y cordialidad. En una palabra: no podía ser mejor de lo que era.»

Y en relación con sus habilidades en el terreno deportivo, continuaba haciendo de ellas un empleo preferentemente «servicial», es decir, de entretenimiento de sus compañeros. Pero él mismo experimentaba asimismo un gran placer en aquellas exhibiciones porque era un deportista nato. He aquí cómo se expresa en este punto:

«Yo, en medio de mis estudios, ejercitaba entretenimientos diversos, tales como: tocar algún instrumento, cantar, declamar, representar en el teatro... Y en ellos tomaba parte siempre con gusto. Había aprendido también muchos otros juegos, tales como el manejo de las cartas y naipes y de todos los juegos que se acostumbra entre los niños y jóvenes. Tomar parte en saltos, carreras y acrobacias constituía para mí un placer sumo. Y en todos ellos, si no era una eminencia, tampoco pasaba por una medianía. Muchos de estos entretenimientos los había aprendido en Morialdo. Otros, en Chieri. Y si en los prados de Morialdo era un aprendiz, ya, para los años de estudiante en Chieri, me había puesto a la altura de un verdadero maestro.»

Pero no eran sólo los deportes, los estudios y la piedad las cosas a que se aplicaba Juan en aquel tiempo. Continuando una costumbre que ya había venido manteniendo desde hacía años,

se aplicó ahora también a aprender lo que aquella oportunidad le brindaba. Y de su paso por el café se aprovechó para capacitarse en la fabricación de licores y confituras; en preparar el café, el chocolate, los pasteles, helados, refrescos, etc. Y adquirió igualmente nociones del arte culinario. Arte que más tarde tendría ocasión de ejercitar en provecho de sus primeros huerfanitos, condimentando, además, los guisos, a falta de algo más sustancioso, con la sal de su buena gracia.

Y, naturalmente, no descuidó tampoco este año lo que constituía para él el objetivo supremo: el apostolado. Por el contrario, lo ejercitó de forma múltiple. Con los clientes del café, especialmente con los jóvenes, se solía mostrar audaz, aunque siempre correcto, al corregir sus expresiones malsonantes, las conversaciones inconvenientes y, sobre todo, las blasfemias e injurias a Dios. Y supo llevar a la fe cristiana a un hebreo de su misma edad.

Era éste un tal Jonás, muchacho de grandes dotes naturales, que llegó a intimar con Bosco. Esta confianza mutua indujo a Juan a ayudarle en las tareas escolares, liberándole del compromiso de conciencia que para el judío suponía la exigencia de tener que tratar en clase ciertos temas religiosos desde una perspectiva cristiana. Luego, habiendo incurrido el mismo Jonás en una grave imprudencia, capaz de acarrearle disgustos muy serios, le aconsejó oportunamente y le ayudó a salir de aquel trance. Y, en fin, el ejemplo de su comportamiento, junto con el esplendor de sus virtudes cristianas y la serena alegría de que constantemente hacía gala Bosco a pesar de la situación por que estaba pasando, de tantos apuros, condujeron al hebreo al aprecio de una religión que era capaz de obrar aquellos prodigios.

Humor a toneladas

Bosco, por cuanto hasta ahora nos consta de él, de su carácter, era un muchacho alegre, humorista, un tanto excesivamente bromista. En ocasiones, su «jovialidad» llegaba hasta unos límites que rayaban en lo prohibitivo y que resultaban desconcertantes para los que no le conocían en su auténtica identidad.

Ocurrió este año. José Pianta había debido liquidar su incipiente negocio por falta de rentabilidad y Bosco se había visto en la necesidad de buscarse una nueva pensión. Y la había hallado

en casa de un tal Tomás Cumino, sastre también de oficio como lo había sido Juan Roberto, el que le había acogido en Castelnuovo.

Era Tomás una excelente persona, noble, abierta, alegre, amigo también él de bromas; pero un tanto ingenuo. Juan no tardó en ganarse por completo su confianza y gozar de su familiaridad, por lo que comenzó a pasarse muy buenos ratos con él y a gastarle algunas bromas que le dejaban desconcertado.

Hacer saltar vivo y alborotador un gallo de la fuente en que el bueno del patrono había dejado preparado el rico pollo con el que pensaba obsequiar a sus invitados el día de su santo; volcar en ella una buena cantidad de salvado en lugar de los ricos macarrones; cambiar el vino en agua, las confituras en pan... eran cosas que sucedían a menudo en aquella casa.

Y como quiera que nuestro buen Tomás no acababa de ver la «razón» de tales maravillas, pensó para su caletre que allí debía haber «gato encerrado». Aquello exigía la intervención de algún ser oculto. Pero, puesto que Dios no pierde el tiempo en semejantes bagatelas, todo aquello tenía que ser obra del mismísimo demonio. Y él, a fuer de buen cristiano, y aunque sentía una gran simpatía por su pupilo, se creyó en el deber de poner en conocimiento de la competente autoridad eclesiástica aquellos hechos.

En virtud de esta decisión, Bosco se vio sorprendentemente citado a comparecer ante el canónigo Burzio, doctor en sagrada teología, hombre, según las crónicas, «respetabilísimo, culto, piadoso, prudente»..., como, por lo demás, puso en evidencia esta vez.

Estando Juan frente al «inquisidor» eclesiástico, comenzó éste por interrogarle en torno a las verdades de la fe cristiana. Bosco, naturalmente, contestó a plena satisfacción.

«—¡Bien! —dijo Burzio—. Me satisface tu manera de contestar a mis preguntas. Pero vamos a lo que hace al caso. Hasta el presente, todo el mundo te ha tenido por un joven excelente. Sin embargo, desde hace algún tiempo se vienen divulgando de ti ciertas cosas que traen inquietos a muchos. Dicen que conoces los pensamientos ocultos de los demás, que adivinas el dinero que llevan en el bolsillo, que haces ver

como blanco lo negro y como negro lo blanco, que conoces lo que ocurre a distancia, que transformas el vino en agua y haces desaparecer los objetos o aparecer otros nuevos en donde antes no existían... Y también hay quien sospecha que para todos estos fenómenos te sirves de la magia. Y que, por lo mismo, el espíritu de Satanás anda de por medio en todo ello. Dime, por tanto, quién te ha enseñado estas artes ocultas o de quién las has aprendido. Yo te aseguro que de todo lo que me digas no me serviré sino para tu bien. Háblame, pues, con toda confianza.»

Bosco había escuchado este largo alegato conservando su habitual serenidad y esbozando una sonrisa un tanto irónica y guasona. Al acabar de hablar Burzio le pidió cinco minutos para contestarle. Y le rogó le dijera exactamente la hora que señalaba su reloj.

El sacerdote metió la mano en el bolsillo y no lo encontró.

«—¡Es igual! —dijo Juan—. Si no tiene el reloj, deme una moneda.»

El señor Burzio buscó y rebuscó de nuevo en los bolsillos de su sotana y pantalón. Pero no dio con el portamonedas. Bosco, entre tanto, le miraba entre compasivo y burlón. Y esta actitud puso en guardia al ingenuo inquisidor, le soliviantó y llenó de recelos. Y pensando ser él mismo víctima de las malas artes que se atribuían al estudiante, exclamó lleno de ira:

«—¡Bribón! ¡O tú sirves al diablo o el diablo te sirve a ti! ¡Me has robado el reloj y el portamonedas en menos que canta un gallo! ¡No puedo callar! ¡Estoy obligado a denunciarte y lo voy a hacer ahora mismo! ¡Y aún me admiro cómo no te propino una lluvia de palos aquí mismo!...»

Juan seguía manteniendo su actitud tranquila e imperturbable durante aquella explosión de furia de su interlocutor. Ello desarmó, en parte, al reverendo Burzio y contribuyó a serenarle un tanto. El hombre, al fin, se aquietó y recobró la calma.

«—¡Bueno! —dijo—. No tomemos las cosas por lo

trágico y explícame estos misterios. Yo estoy seguro de que así el reloj como el portamonedas se hallaban en mis bolsillos al llegar tú aquí. ¿Qué ha sucedido? ¿A dónde han ido a parar?

—Señor arcipreste. Se lo explico en dos palabras. Todo es cuestión de destreza, de haberse puesto de acuerdo con otra persona, o de haber preparado de antemano el truco.

—¿Qué acuerdo ni qué preparación puede haber existido entre mi reloj y mi portamonedas?...

—Verá lo que ha ocurrido en este caso, señor canónigo. Cuando yo llegué a su casa acababa usted de socorrer a un pobre y se dejó el portamonedas en el reclinatorio. Luego, al trasladarse de una habitación a otra, dejó su reloj encima de esta mesa. Yo tomé ambos objetos, porque sospechaba adónde iba usted a ir a parar con su interrogatorio. Mire. Están aquí. Debajo de esta pantalla.»

Rióse de buena gana el eclesiástico, invitó a Juan a que hiciera en su presencia algunas demostraciones de tan singular destreza y le despidió con un pequeño obsequio, a la vez que le decía:

«—Ve y di a tus amigos que la ignorancia es la madre de la admiración.»

Y Bosco continuó haciendo gala de su ingenio y su habilidad, cualidades de las que se servía para hallar ocasión de decir alguna buena palabra a quien la necesitara o, simplemente, para hacer pasar un buen rato a sus amigos. Por eso, éstos, al sobrenombre de «soñador» con que ya le conocían, añadieron ahora el de «mago».

Empleo del tiempo

A estas alturas resultaría superfluo insistir en el aspecto de la aplicación al estudio del estudiante Bosco, que resultaba siempre ejemplar, como era de esperar de un joven juicioso, precisamente por saber, bien a su costa, cuánto sacrificio costaba seguir en

Chieri. Y, lo mismo, a causa del amor que sentía por el ideal en que tenía puestas todas sus ilusiones. El mismo escribe al respecto:

«No niego que hubiera podido estudiar bastante más. Pero puedo asegurar que la atención puesta en clase me bastaba para aprender cuanto era necesario al cumplimiento de mi deber. Tanto más que, por entonces, yo no hacía distinción entre leer y estudiar, pues podía con facilidad repetir el contenido de cualquier libro que hubiera leído u oído leer. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir poco, podía estarme los dos tercios de la noche a placer sobre los libros alumbrado por la luz de una vela.»

¡Y tanto como se los pasaba! Pero si bien es cierto que el provecho de aquellas prolongadas vigiliass nocturnas no fue ciertamente escaso, también lo es, como él mismo debió reconocer más tarde, que resultaron en detrimento de su salud, la cual sufrió serios quebrantos. Por ello aconseja «que no se cometan tales abusos que, a la larga, se pagan caros».

«La noche, dirá, está hecha para descansar. Exceptuando los casos de verdadera necesidad, nadie debe aplicarse al estudio después de la cena. Un hombre robusto resistirá durante más o menos tiempo, pero siempre sufrirá quebranto.»

El provecho conseguido en este año, llamado de «Humanidades», quedó patentizado al llegar los exámenes de fin de curso.

A presidir el tribunal de Letras había llegado desde Turín el profesor Lanteri. Juan acudió solícito a presentarle sus saludos y sus respetos y a encomendarse a él. Pero no lo hizo por ninguna suerte de servilismo o adulación. No intentaba comprar su indulgencia «haciéndole la rosca», como suele decirse en la jerga estudiantil. La verdad era que no necesitaba en absoluto recurrir a tales procedimientos ni a ninguna clase de recomendaciones porque estaba perfectamente preparado para afrontar todas las pruebas. Lo hizo, simplemente, porque así se lo exigía la buena educación y crianza.

El primer examen fue el de lengua griega. Bosco no sólo

contestó admirablemente, sino que dejó sorprendido al profesor mismo. Luego, al presentarse nuevamente ante él para realizar el examen de latín, Lanteri, en acto de benévola condescendencia, le puso en las manos el libro de traducción y le dijo:

«—Elija usted mismo el capítulo que desea traducir.

—Me resulta indiferente, señor profesor. Y si usted lo desea, puedo recitar de memoria cualquier pasaje del libro.

—¿Es posible? —exclamó Lanteri, asombrado.»

Bosco comenzó a recitar a partir del punto en que el profesor le indicó. El señor Lanteri le estuvo escuchando durante un buen rato, cada vez más asombrado. Luego, le alargó la mano en señal de amistad.

«—¡Basta! —le dijo—. Quiero que seamos amigos.»

Y dio por finalizado el examen.

Un amigo entrañable

Juan Bosco tenía en el Instituto muchos amigos. O, por hablar con más exactitud, lo eran todos los alumnos de aquel Centro, ganados por sus óptimas cualidades y la simpatía que inspiraba su trato. Pero algunos lo eran de manera particular, entre los que se hallaban los pertenecientes a la Sociedad de la Alegría, seleccionados por su conducta antes de ingresar en aquella institución. No obstante, hemos de hacer ahora mención de uno que conquistó, de manera especial, el afecto de su corazón y su admiración más sincera. Se llamaba Luis Comollo y era sobrino del arcipreste de Cinzano.

Bosco oyó hablar de Luis por primera vez en la pensión de un tal Marchisio Giacomo. Y debió de ser antes de hallar hospedaje en casa del sastre Tomás Cumino, después de haber tenido que dejar el de su pariente José Pianta.

Allí, en aquel establecimiento, se comentó entre los estudiantes hospedados, con gran admiración, la llegada inminente de un nuevo estudiante a quien había precedido la fama de «sus virtudes y su santidad». No obstante, Juan confiesa no haber dado de momento, demasiada importancia a aquellos elogios.

Pero no tardaría en cambiar de opinión y tomarse muy en serio los mencionados juicios ponderativos. Y fue cuando él mismo tuvo ocasión de observar el comportamiento de aquel estudiante. Refiere, en efecto, «haber quedado profundamente impresionado al ver a un joven de aproximadamente su edad, recogido y modesto, transparentando de sí un algo extraño que cautivaba agradablemente e invitaba a ser mejores». Y esta impresión quedó para él corroborada cuando, poco después, presenciaba una escena que, a su entender, daba, en cierto modo, la medida de la santidad de su admirado condiscípulo.

Ocurrió, en efecto, que, cierto día, mientras los alumnos de su clase esperaban la llegada del profesor, la mayor parte de ellos comenzó a alborotar y a armar jaleo, como suele ser habitual en estos casos. Aquel estudiante, empero, se mantenía en su pupitre apartado de la juerga y repasando las lecciones.

Entonces se le acercó uno de los compañeros más insolentes y pretendió a toda costa hacerle participar también a él en el jaleo. El comenzó por excusarse de buenas maneras, alegando que no era su costumbre obrar así, para acabar diciendo terminantemente que «no aprobaba aquella manera de comportamiento». Dos restallantes bofetadas fueron la respuesta de aquel mal sujeto. Comollo, no obstante, aunque se le enrojeció el rostro y se le tornó lívido por la indignación, se hizo violencia a sí mismo y se limitó a decir:

«—¿Qué? ¿Estás satisfecho? Pues si eso te basta, vete, que yo te perdono.»

Bosco quedó profundamente impresionado por este modo de comportamiento y valoró el hecho desde la perspectiva cristiana, viendo en él la puesta en práctica de la sugerencia de Cristo: «Si os golpean en una mejilla, poned la otra».

Y atribuyó tanto más valor moral a este comportamiento cuanto que Luis era más fuerte que el ofensor, pues bien sabía él, por su temperamento impulsivo y colérico, cuánto más fácil resulta en estos casos dar curso libre a los impulsos ciegos de la pasión y responder con la misma medida. Y a partir de entonces procuró tomar contacto con aquel joven que podía servirle a él mismo como paradigma de su propia conducta. Supo entonces que Luis tenía las mismas aspiraciones que él de hacerse sacer-

dote. Y se inició una amistad muy estrecha entre ambos, a pesar de la acentuada desigualdad de temperamentos. Por el contrario, esta desemejanza les sirvió, de una manera consciente y calculada, de gran provecho, pues cada uno de ellos se procuraba reflejar en el otro para copiar de él lo que en sí mismo echaba de menos y así servía para completarse.

Luis era pacífico y sosegado y rehuía instintivamente todo lo que significara alboroto o simple alteración del ritmo en un modo de vida metódica y planificada. Tenía, asimismo, un admirable dominio de sí mismo y una energía de voluntad nada común. La prudencia resplandecía en todos sus actos y se comportaba siempre con gran ponderación y medida.

Juan, en cambio, era naturalmente impetuoso, audaz, colérico, hasta el punto de necesitar una vigilancia continua sobre sí mismo y de hacerse gran violencia para no dejarse arrastrar por estos impulsos. El esfuerzo continuado que venía ejerciendo sobre sí desde la más tierna infancia habíale llevado a conseguir un notable dominio, pero aún ahora, en ocasiones, la violencia que debía hacerse para conservar aquel equilibrio era evidente. Y no siempre lograba impedir los desbordamientos de su prodigiosa energía moral y física. Refiere él mismo que, este año, en cierta ocasión en que vio maltratar injustamente a dos de sus amigos por algunos compañeros de los más insolentes, no supo contenerse y propinó una buena tunda a aquellos desalmados.

La amistad con Comollo llegó a ser realmente profunda. Hasta el punto, dice Bosco en sus Memorias, de «no tener secretos el uno para el otro». Y esto los llevó a concertar un pacto que pudo haber tenido muy malas consecuencias para Juan después de la muerte de su amigo, ocurrida pocos años más tarde, como se verá más adelante.

CRISIS VOCACIONAL (1835)

Buscando la voluntad de Dios

Vaya por delante la aclaración de que con el epígrafe que encabeza este capítulo no se pretende hacer referencia a esa situación anímica que se da con gran frecuencia en los llamados al estado sacerdotal o religioso. Situación en la que entran en trance de quiebra los valores religiosos que, en alguna época de su vida, habían llegado a constituir el ideal de tales jóvenes.

Juan Bosco no llegó jamás a dudar del valor real del sacerdocio, que él se había fijado como meta suprema de su vida. Ni su voluntad flaqueó ante las dificultades que para conseguirlo había hallado continuamente en su camino. Entre las buenas cualidades que poseía se contaba la firmeza de carácter, la tenacidad y constancia, junto a una fe inamovible en las realidades ultraterrenas. La crisis fue esta vez, ante todo, la consecuencia de la meditación profunda en la grandeza misma del ideal y, en segundo lugar, de las circunstancias adversas que parecían constituir un obstáculo insalvable en el camino de acceso a él.

Si en esta actitud hay algo chocante por el contraste que nos ofrece esta disposición de su ánimo con la que presenta habitualmente, de total seguridad de alcanzar aquel objetivo, bien ponderadas las cosas, se verá fácilmente que nada tiene de particular, sino que ambas pueden compaginarse perfectamente.

Juan Bosco, en efecto, solía expresarse con una gran seguridad respecto al éxito final de sus aspiraciones. Para él, la consecución de la meta del sacerdocio era cosa hecha. Y fundaba esta seguridad precisamente en la credibilidad de sus ensueños o visiones, es decir, porque él daba por descontado que «aquello venía del cielo». Que era, exactamente, la manifestación clara e indudable de la voluntad divina.

Pero ocurre, cabalmente, que es, sobre todo, esta especie de conocimiento el que, al lado de la mayor seguridad, ofrece, asimismo, la mayor incertidumbre, ya que si, por una parte, se cuenta con la «intuición de lo divino», por otra, el hombre no puede echar mano, en absoluto, de ninguna de las seguridades en las que se apoya, de manera habitual, de conformidad con su naturaleza racional. Si es verdad que hay momentos de una seguridad más que humana respecto de cuál es la voluntad de Dios, es también cierto que existen otros en los que la «noche», una noche oscura, le deja a uno privado casi por completo del conocimiento del camino a seguir. Tales son las «seguridades de la fe» infalibles, por una parte, e inciertas por otra. Y eran éstas cabalmente en las que se apoyaba Juan Bosco.

Ocurrió, pues, que hacia mediados de este año, tras un maduro examen de su actual situación, y considerando los muchos años de carrera que aún le restaban, vio la casi imposibilidad de poder hacer frente a los problemas de diverso orden hasta el fin. Su madre continuaba sin poder ayudarle eficazmente y, sin embargo, él estaba siendo la causa de que tanto ella como su buen hermano José se vieran en la necesidad de imponerse notables sacrificios por él. ¿Era ésta una actitud justa? —se preguntaba.

Sin embargo, no era esta la razón principal en fuerza de la cual se inclinaba por dar un viraje, un simple viraje, a su vida. Entraban en la cuenta también otros motivos de orden más profundo. Un temor reverencial se había apoderado de él y, en su virtud, miraba ahora el sacerdocio como una cima excesivamente elevada y desproporcionada a la pequeñez en la que él mismo se veía. Y ¿qué decir de la responsabilidad moral que su ejercicio comportaba?

Entonces decidió optar por seguir un camino medio. Sin abandonar el ideal del sacerdocio, por estar en la creencia de que era Dios mismo quien le llamaba a él, pensó que le resultaría mucho más fácil eludir las más serias responsabilidades si se hacía «religioso» en alguna orden o congregación. Y de paso, esta solución le resolvía de plano el asunto de lo económico, pues ya los Padres Franciscanos le habían prometido dispensarle de todos los gastos a partir del noviciado. Escribió, por entonces, en su libreta de notas:

«Si yo permanezco como clérigo en el siglo, mi vocación corre gran peligro de naufragar. Por consiguiente, abrazaré el estado religioso, renunciaré al mundo y me iré al claustro para entregarme al estudio y la meditación. Así, en la soledad, podré combatir las pasiones. Especialmente la soberbia, que ha echado en mí profundas raíces.»

Y también:

«Mi manera de vivir. Ciertos hábitos afectivos y la falta absoluta de las virtudes necesarias para el estado eclesiástico hacían bastante dudosa mi vocación de sacerdote seglar. En consecuencia, me resolví a entrar en la Orden Franciscana.»

Guiado por estas ideas, se inscribió para el examen de admisión al noviciado de esta venerable Orden y comenzó a preparar la documentación requerida para su ingreso en ella: los certificados de bautismo, confirmación, estudios, conducta... Esta gestión le llevó necesariamente a tener que declararse al párroco de Caltelnuovo, P. Dassano, el cual quiso, naturalmente, conocer los motivos. Juan se los declaró noblemente. En cambio, a su propia madre, temeroso de darle un gran disgusto, no estimó oportuno hacerlo por entonces, pues, por otra parte, sabía que contaba con su aprobación virtual, ya que siempre que se había hecho alguna referencia al tema de la vocación, ella había contestado invariablemente:

«Yo de ti nada espero en este mundo. Lo único que deseo es que salves tu alma.»

Grandeza moral de la madre cristiana.

Sin embargo, Margarita tenía que ser informada acerca de la resolución de su hijo. Y de hacerlo se cuidó el cura de Castelnuovo. Entonces fue a Chieri a hablar con Juan para conocer de él toda la verdad.

«Procure, había terminado aconsejándole el párroco, procure disuadir a su hijo de dar el paso que medita. Usted no es rica —hablaba sirviéndose de un

eufemismo— y ya va teniendo sus años. Si su hijo se hace religioso, ¿cómo podrá el día de mañana hacer frente a sus necesidades...? He venido a advertírselo por su propio bien, había concluido el buen cura».

La campesina nada había contestado al párroco. Ni había dejado adivinar su pensamiento en relación con aquel asunto. Pensamiento que no era otro que el de dejar en completa libertad de elección al hijo para que siguiera su propia inspiración. Porque ella jamás había mirado en sus hijos «un seguro de vida para la vejez», ya en el orden económico como en el afectivo. Por el contrario, su única perspectiva para mirar todas las cosas había sido siempre la de la fe sobrenatural cristiana que promete una recompensa eterna a los que «hayan abandonado todo en este mundo por el amor del Reino de los cielos». Por consiguiente, llamó a su hijo y tuvo con él este diálogo:

«—Juan, el señor cura me ha dicho que piensas hacerte franciscano. ¿Es cierto?...

—Sí, madre. Y espero que usted no ponga reparos a mi decisión. Lo hago con el fin de poner mi alma al resguardo de los peligros que la acechan en medio del mundo. Yo le agradezco sinceramente su generosidad y cuantos sacrificios se ha venido imponiendo por mí desde siempre para procurarme una formación verdaderamente cristiana.

—No, hijo. Yo no tengo ningún reparo que poner a tu decisión. Lo único que te pido es que medites bien el paso que vas a dar. Después, sigue tu vocación sin preocuparte de nada ni de nadie. Yo, en este punto, no quiero intervenir para nada. Deseo dejarte en la más completa libertad. Dios ante todo y sobre todo. Por mí no te preocupes. No quiero nada de ti ni nada espero. Conserva bien en la memoria lo que ahora te digo: he nacido pobre, he vivido en la pobreza y en ella quiero morir. Más aún, si te resolvieras a hacerte sacerdote secular y, para tu desgracia, llegaras a ser rico, tu madre no pondría los pies en tu casa. ¡Recuérdalo bien!.

¡Buena lección para el egoísmo de ciertos padres que manipulan a sus hijos y los dirigen no según la vocación que manifiestan, sino según el rendimiento que de ellos esperan deducir en un futuro más o menos cercano!

Margarita hablaba transfigurada. Hay momentos en la vida de las personas que descubren la grandeza o la vileza que en el fondo del ser prevalece en cada uno. Grandeza o vileza que emerge con espontaneidad en el momento de las grandes decisiones, a saber: cuando hay que abrazarse con la cruz del sacrificio, acaso, por toda la vida. Esa cruz simbólica, que es uno de los postulados de la doctrina cristiana, base y fundamento de toda ascética. Una resolución, en todo caso, que no es fruto de la improvisación, sino el resultado de una vida templada en la fragua de la constante fidelidad cristiana.

El problema de la vocación ha sido siempre considerado como algo de la mayor importancia por su trascendencia. Un problema que excede el ámbito de lo personal para alcanzar dimensiones sociales, puesto que Dios ha querido, en su economía de la salvación eterna del hombre, que los seres humanos seamos instrumentos de decisiva importancia los unos para los otros. El hijo de Margarita Occhiena, como su propia madre, miraba la vida desde esta perspectiva de su trascendencia y deseaba, por encima de todo, acertar con la solución conveniente, la querida por Dios, aun cuando la resolución que ahora se proponía comportara la renuncia a cualquier suerte de ventajas de orden natural.

Y, en realidad, la decisión del hijo conllevaba el sacrificio de la madre entrañablemente querida, la cual había de verse, en virtud de ella, privada hasta del consuelo de tenerle a su lado en la venerable ancianidad. De ella, «cuidaría la Providencia».

Luz en el sendero

Entre tanto, se había llegado a mediados de abril y Bosco fue avisado para que se presentara al examen de admisión en el noviciado que los PP. Franciscanos tenían en Chieri. Y fue admitido. ¿Por qué no llegó a entrar?

Resultaría muy sencillo decir que «porque aquel no era el camino por el que Dios le llamaba». Y es cierto que tampoco esta

vez parece haberle faltado la consabida «luz de lo alto» que venía a iluminar su sendero. Dice él:

«Todo estaba preparado para mi ingreso en el convento de La Paz, en Chieri. Mas algunos días antes del señalado para hacerlo tuve un sueño muy extraño. Me pareció ver a una multitud de religiosos franciscanos con las vestiduras desgarradas y marchando apresuradamente en direcciones opuestas. Sin concierto. Uno de ellos se llegó hasta mí y me dijo: "Tú buscas aquí la paz, pero no la encontrarás. Mira la actitud de tus hermanos. Otro es el lugar; otra la mies que Dios te prepara".»

«Quise pedirle alguna explicación, continúa diciendo, pero un ruido me despertó y ya no vi a nadie. La escena había desaparecido. Expuse este sueño a mi director espiritual; pero él no quiso saber nada de sueños ni tampoco de religiosos. Por el contrario, me solía decir: "En lo tocante al problema de la vocación, cada cual debe seguir su propia inspiración".»

Mas, a pesar de todo, ya hemos visto cómo esta suerte de «iluminación divina», aun en el caso de resultar auténtica, no dispensa en absoluto al sujeto en cuestión de dar los pasos necesarios para tratar de esclarecer las situaciones oscuras y de tratar de conocer con seguridad la voluntad de Dios, el cual, en esta especie de empresas humanas, desea ir siempre a medias con el hombre. El toma la iniciativa, es cierto, mediante la inspiración, pero deja siempre al ser humano en libertad para que la siga o renuncie a hacerlo. Lo que sí constituye una medida de prudencia en tales casos es acudir a oír el consejo de algunas personas prudentes y expertas en los caminos del Señor. Y fue cabalmente lo que hizo Bosco en esta ocasión.

Juan, en realidad, había sido tomado un poco de improviso por la decisión de los PP. Franciscanos, los cuales le habían comunicado, antes de lo que él había calculado, la aprobación de su ingreso en el noviciado de la Orden. El había hecho cálculo sobre algo más de margen para completar la consulta a determinadas personas de las que esperaba alguna luz en aquel asunto. Por ello, aunque se resolvió a ingresar en el convento de La Paz,

le seguía quedando un resto de preocupación acerca de si «realmente era aquella la voluntad de Dios respecto de él». Entonces ocurrió lo inesperado. Lo «providencial». Un encuentro, que más bien se hubiera estimado trivial e intrascendente, resultó ser la clave para la adecuada resolución del arduo problema.

Cierto día de aquel verano, Bosco había ido a Castelnuovo para despedirse del cura. Y ya lo había hecho cuando se encontró con Evasio Savio, el herrero de aquella población en cuya fragua el mismo Juan había manejado el macho para enderezar hierros y dado al fuelle para avivar el fuego. Entre ellos mantuvieron este diálogo:

«—¡Hola, Juan! ¿Qué haces por Castelnuovo?»

—He venido a pedir el certificado de «buena conducta» y a despedirme del señor cura. Me hago franciscano.

—¿Cómo así?...

—Mi madre no puede costearme los estudios para sacerdote y los PP. Franciscanos me dispensan de toda suerte de gastos. Es el único camino que me queda para ver coronadas mis ilusiones.

—Pero... ¡Yo tengo entendido que eso no es precisamente lo que tú has deseado siempre! Lo tuyo es divertir a los chavales y enseñarles el catecismo, ¿no?...

—Pues sí. Eso es lo que yo me había figurado. Pero, ya ves, parece que los caminos del Señor sean distintos. Al menos, de momento.

—Sin embargo —continuó Savio— creo que el paso que vas a dar no es acertado. A mi entender, deberías pensártelo mejor. Tomar consejo de alguna persona competente... ¡Qué sé yo!...

—¿Y dónde encuentro yo a esa persona? Porque es el caso que ya he hablado con algunas de este asunto. Precisamente con aquellas que yo estimaba las más a propósito para darme una respuesta concreta; pero ellas no han sido muy explícitas conmigo. Me han dejado la impresión de que no desean comprometerse...

—Mira, Juan. Vamos a hacer una cosa. Ahora ven-

te conmigo a comer. Y ya veremos si después de habernos echado unos buenos tragos al colete se nos ocurre alguna solución.»

Y surgió, en efecto, la idea salvadora. El buen herrero aconsejó a Bosco que no dejara de hablar con el joven sacerdote José Cafasso.

«Es un hombre —le dijo— auténticamente de Dios. Un verdadero santo. Un iluminado que ve con claridad en los misterios del Señor. Exponle tu caso y sigue sin titubear el consejo que él te dé.»

Luego, Evasio acompañó a su amigo a casa del preboste P. Cinzano, y consiguió que el buen cura se comprometiera a destinar siete liras mensuales para contribuir a pagar la pensión de Bosco en el seminario de Chieri durante el próximo año escolar. Y lo mismo hizo con el señor Pescarmona, alcalde de la población. Y en una tercera visita al rico propietario señor Sartoris, logró el resto hasta las 21 liras necesarias.

En cuanto al P. Cafasso, residente en Turín, fue visitado por Bosco apenas éste halló ocasión: Y él, conocida la verdadera situación de aquel estudiante, la serie de incidencias y vicisitudes por las que había pasado hasta entonces y el vehemente deseo de hacerse sacerdote y emplearse en el apostolado de la juventud, todo ello expuesto por Juan con su habitual sinceridad, le dio este consejo:

«Abandone, por ahora, el pensamiento de hacerse religioso y continúe tranquilo sus estudios. Entre en el seminario y recuerde los designios que la Providencia tiene acerca de usted.»

Bosco vio en este consejo la expresión misma de la voluntad de Dios y se decidió a seguirlo, con toda resolución. Salió de la presencia de aquel hombre radiante de gozo y aligerado de una sorda preocupación que, desde hacía muchos meses, había constituido una verdadera pesadilla para él.

EN EL SEMINARIO CONCILIAR (1835-36)

Ingreso en el seminario

Juan Bosco, pues, en virtud del consejo del P. Cafasso, renunció a ingresar en el noviciado de los PP. Franciscanos de Chieri y, terminados los estudios en el Instituto de Enseñanza Media, se dispuso a entrar en el seminario conciliar para continuar su carrera sacerdotal. En aquel centro debería permanecer siete años: dos en el estudio de la Filosofía y cinco en el de la Sagrada Teología. No obstante, como veremos oportunamente, para él se redujeron a seis por habersele concedido ganar uno en el estudio de la teología a causa de la edad.

Si hemos de dar crédito a sus propias palabras, tomándolas en un sentido literal, la conclusión de los estudios de Bachillerato habría significado para él una nueva «conversión». Pero más exacto sería entender la disposición de su ánimo entonces, como un nuevo motivo de generosidad en la entrega que la vocación al estado eclesiástico debe significar en el servicio del Señor, porque no había lugar a una verdadera «conversión». Su marcha hacía la consecución de la perfección cristiana era uniforme y en un solo sentido: siempre hacia adelante. Dejó escrito a este respecto:

«Al volver a casa para pasar las vacaciones veraniegas, dejé de hacer el charlatán y me di a las buenas costumbres que, para vergüenza mía, había descuidado hasta entonces.»

Ocurre siempre así con el lenguaje de los auténticos «hombres de Dios» cuando de enjuiciarse a sí mismo se trata en orden a valorar sus méritos y sus deficiencias. Ellos, por sentirse impulsados por la presencia viva del Espíritu, que pone en su alma

ansias vehementes de perfección cristiana, nunca se dan por satisfechos con lo conseguido. Y sin tener en cuenta los logros alcanzados, fijan toda su atención en lo que les falta. Por eso son ellos principalmente los sujetos de referencia a los que Cristo, el Maestro, atribuye el sentido de esta «bienaventuranza»:

«Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos se verán saciados.»

Al término de aquel verano tuvo lugar el examen de admisión en el seminario y con él la concesión al candidato del derecho a vestir el hábito talar o sotana. Juan Bosco debió recurrir nuevamente a solicitar ayuda para proveerse de las prendas, relativamente costosas, indispensables: una sotana, un sobretodo, un sombrero, un bonete, unos zapatos... por lo menos.

Y ya el nuevo curso se echaba encima a grandes pasos. Todo estaba a punto y el gozo que inundaba el alma del joven seminarista era inenarrable. ¡Se le iban a franquear, por fin, las puertas de aquel recinto de doctrina eclesiástica y de santidad con el que tantas veces había soñado!

Previamente tuvo lugar la ceremonia de la vestición clerical. La función se celebró el 30 de octubre (1835) en la iglesia parroquial de Castelnuovo, su parroquia. La emotiva ceremonia fue presidida por Don Miguel Cinzano, y a ella concurrieron muchos jóvenes y niños de aquella población y de los contornos, amigos y admiradores del nuevo seminarista. Juan había cumplido los veinte años.

Fruto inmediato y directo de aquel acto que tan profundamente impresionó al protagonista fueron una serie de propósitos que, a manera de «reglamento para toda la vida», escribió él y que, en sustancia, venían a ser la expresión del estado de ánimo, tan generosamente dispuesto, en que a la sazón se hallaba. El compendio de estos propósitos puede cifrarse en esta confesión suya y en la intención que entraña:

«Yo, ciertamente, en los años anteriores no había sido un malvado; pero sí un disipado y un vanidoso, ocupado en juegos y pasatiempos...»

La entrada en el seminario se había fijado aquel año para el

30 de octubre. Bosco describe así aquellos últimos momentos:

«Todo estaba a punto. En torno a mí reinaba la alegría y yo era el más feliz de todos. Sólo mi madre parecía estar preocupada y no acertaba a apartar la mirada de mí, como si quisiera decirme algo importante. Y era así. El día anterior a mi partida me llamó aparte para hacerme algunas recomendaciones que yo he tenido siempre en gran estima. Me dijo:

Querido Juan. Ya viste el hábito talar y yo experimento toda la dicha de que pueda ser capaz una madre que ve a su hijo querido rebotante de felicidad. Pero recuerda que no es el hábito lo que confiere honor al estado, sino la virtud. Si por acaso algún día llegaras a dudar de tu vocación, tu madre te suplica desde este mismo instante que no deshonres este hábito. Quítatelo. Yo prefiero tener un hijo que no sea más que un pobre campesino a tener en él un sacerdote descuidado de sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen. Al comienzo de tus estudios te recomendé su devoción. Ahora te exhorto a que seas suyo por entero. Ama a los compañeros que sean devotos de María. Y si algún día llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a esta buena Madre nuestra.

Mi madre lloraba y estaba visiblemente conmovida.

—Madre —le dije—. Le agradezco cuanto ha hecho por mí. En especial la formación cristiana que me ha dado. Esté segura de que estas palabras no las ha pronunciado en vano. Le prometo que sabré hacer de ellas un tesoro para toda la vida.»

Por la tarde, Juan partió para Chieri. La emoción que experimentó en el punto de traspasar el umbral del suspirado recinto resultó inenarrable. Atento, correcto, cuidadoso como siempre lo había sido, su primer acto fue el de saludar al Director de aquel centro y a los demás superiores para presentarles sus respetos y ofrecerles su total y sumisa obediencia.

Normas de conducta en el seminario

Bosco llegaba al seminario ilusionado y con las mejores disposiciones, deseoso de aprovechar al máximo la formación que allí se impartía. La entrega que de sí mismo pensaba hacer era generosa y sin reservas. Y esta actitud era la mejor garantía de que lo lograría. Además, en su favor estaba la línea inquebrantable de una conducta recta y uniforme, mantenida durante los años más difíciles de la vida: los de las crisis de la pubertud y la adolescencia, fruto todo ello, a su vez, de su fe religiosa, profunda y convencida. El resultado que de él cabía esperar era, por consiguiente, francamente lisonjero.

Ocurre, con frecuencia, en estos centros de formación eclesial, que muchos de los «llamados», después del entusiasmo de los primeros años, se «enfían», se desalientan, se abandonan a una vida fácil y acaban por dejar también el ideal que los había seducido. Otros hay que obran aún peor, porque, tras haber sufrido las mismas desastrosas consecuencias que los anteriores, no tienen el coraje suficiente para tomar aquella resolución extrema y continúan su carrera en una actitud de «términos medios» en la que no caben sino posiciones enérgicas y empeñativas. Estos acaban por imprimir a su vida una tónica de vulgaridad y de indiferencia que anula por completo todo mérito anterior y es causa de desedificación para los que los contemplan.

Y fue esto principalmente lo que se propuso evitar Juan Bosco, manteniendo vivo el ideal y tratando de ser todo lo fiel que le resultara posible a su «vocación». El secreto estaba en dar con los medios. Y él supo hacerlo, porque no pensó que se tratara de ninguna suerte de ciencia secreta, sino de algo muy sencillo que la Sabiduría de Dios descubre a los «rectos de corazón». Dejó escrito:

«Pedí al profesor de filosofía un consejo, una norma de conducta, para vivir como un buen clérigo, y él me respondió: “Basta una sola cosa: cumplir los deberes con exactitud”.

Yo tomé sus palabras como base de mi comportamiento y me propuse observar diligentemente todas las reglas del seminario. No hacía distinción de si la campana llamaba al estudio, a la capilla, al comedor

al dormitorio. Y esta actitud llamó la atención de mis superiores y mis compañeros y me ganó la estima de los unos y de los otros. Por eso, los seis años que pasé en aquel centro me resultaron gratísimos. Tanto más cuanto que allí los estudios se cursaban con provecho.»

El estudio fue una de las preocupaciones de Bosco durante su permanencia en el seminario, convencido como estaba de su absoluta necesidad para el eficaz ejercicio de la función pastoral del sacerdote. «La ciencia —se ha dicho— es una de las alas con que debe volar el sacerdote en su ministerio apostólico.» Pero no valoraba menos la exigencia de la perfección moral, en ningún caso, menos esencial y necesaria para el que aspira al estado clerical.

Actitud crítica

Sin embargo, los términos «obediencia» y «sumisión» no son sinónimos de «pasividad» e «indiferencia» o inhibición del sentido crítico de las situaciones. Y Bosco no dejó de señalar algunos aspectos del seminario que no le satisfacían, tales como un cierto sabor jansenista de que estaba impregnada la doctrina relativa a los sacramentos que allí se enseñaba y que implicaba los conceptos de la «gracia», la «justificación», el «rigor de los juicios divinos» sin concesiones a la misericordia; la falta de garra de la enseñanza misma, impersonal, abstracta, las relaciones entre superiores y alumnos...

En relación con este último punto, estimado por él de importancia suma por relacionarlo directamente con la forma de apostolado que debía ejercer entre los niños y jóvenes, advirtió que se exigía y se guardaba la corrección de las formas, de manera que la disciplina quedaba garantizada mediante una estrecha vigilancia y que el rendimiento en los estudios era francamente positivo. Pero echaba de menos un clima de confianza. Aquellos buenos educadores no parecían comprender la necesidad que los clérigos tenían de ayuda en los momentos de las fuertes crisis por las que, un día u otro, habían de pasar como exigencia natural del crecimiento psicológico y moral. Y, por lo mismo,

tampoco se les ocurría ponerse a su disposición para ayudarlos. Las relaciones entre superiores y alumnos estaban reguladas más bien por el temor reverencial que por el amor.

«Esta realidad —dejó escrito— encendió más en mi corazón el deseo de llegar a ser sacerdote cuanto antes para entregarme por entero a los jóvenes con el fin de llegar al contacto íntimo de sus necesidades espirituales; para vigilarlos con afecto, ponerlos en la necesidad moral de evitar el mal y atender a todas sus necesidades.»

Son éstos los principios básicos del Sistema Preventivo que más tarde implantaría en sus centros de educación y que tan maravillosos resultados ha venido dando desde entonces. Los mismos que también en la actualidad pueden conducir a la solución pacífica de los conflictos estudiantiles. Y ¿cómo no?, también del mundo laboral, pues el diálogo, bien llevado, esto es, con sinceridad por ambas partes, debe conducir necesariamente a una mutua inteligencia.

Los compañeros del seminario

Otro motivo de desilusión que halló en el seminario hace referencia a los propios seminaristas. Su buena madre le había prevenido siempre respecto de los «malos compañeros», conocedora de la nefasta influencia que un mal amigo puede ejercer en el alma inexperta y confiada de un niño o un joven moralmente sano. «Busca siempre —le había dicho— la compañía de los verdaderos devotos de María», convencida, como estaba, de que la devoción a la inmaculada Reina del cielo, es decir, el empeño en la práctica de las virtudes que caracterizan y configuran el más alto ideal humano, debe ser necesariamente garantía de una vida limpia y sublimada. Juan, en consecuencia, aunque ya lo había venido haciendo desde siempre, estableció, para su norma, una catalogación entre sus compañeros.

«En cuanto a mis compañeros, dice, me atuve al consejo de mi querida madre. Me junté con los devotos de María y los amantes del estudio y la piedad. Y

debo decir, para norma de los que acuden al seminario, que en él hay muchos clérigos que son espejos de virtud, pero que también los hay peligrosos. No pocos jóvenes, no prestando atención a la vocación, van al seminario sin verdadero espíritu eclesiástico ni vocación de sacerdotes. Más aún, yo recuerdo haber oído conversaciones pésimas a los seminaristas. Y en una ocasión, practicado un registro a algunos, se les hallaron libros impíos y obscenos de todo género.

Es verdad que los tales dejan voluntariamente el traje talar o son expulsados cuando se los llega a conocer por lo que son, pero mientras permanecen en el seminario resultan una verdadera ruina para los buenos. Para evitar el peligro de tales compañeros, yo escogí algunos que eran considerados modelos de virtud.»

Aparte del cambio radical experimentado en estos últimos tiempos en relación con este tema, tal vez resulte útil conocer, para el mejor enjuiciamiento de este punto, el diverso «clima vocacional» de la época de Juan Bosco y el de ahora. Y para ello acaso sea suficiente este dato: de los veinticinco alumnos que terminaron el curso de «retórica» («prima ginnasiale») con él, veintiuno pasaron al seminario, mientras que tres eligieron la carrera de médico y uno abandonó los estudios. No obstante, la advertencia acerca del influjo que un mal compañero puede ejercer sigue siendo de actualidad.

Otras deficiencias señaladas por Bosco en el seminario

Bosco dice haber encontrado aún otras deficiencias en el sistema que regía en el seminario de Chieri. La confesión era obligatoria cada quince días, mientras que la comunión sólo podía recibirse los domingos y días festivos por razones de horario. La misa no figuraba como práctica religiosa diaria.

Los seminaristas que deseaban acercarse a la sagrada mesa con más frecuencia debían hacerlo contraviniendo las normas reglamentarias, si bien hay que decir en honor a la verdad que los superiores, por lo general, se mostraban comprensivos en este punto.

Ocurría, en efecto, que si un alumno deseaba comulgar un día de entre semana, debía deslizarse de las filas en el momento de ir al refectorio para el desayuno y pasar por una puerta secreta a la contigua iglesia de San Felipe Neri. Pero para ello debía renunciar a desayunar, volviendo a incorporarse a su sitio de la fila con la misma cautela con la que había «desertado», para entrar en clase. Juan Bosco fue de los asiduos infractores de esta pequeña norma disciplinaria. Dejó escrito:

«Por este medio pude frecuentar bastante la comunión a la que puedo atribuir, con justa razón, la perseverancia en mi vocación.»

En esta praxis del seminario de Chieri, relativa a la recepción de los sacramentos y a la asistencia a la misa, se vuelve a observar la aludida influencia jansenista que había clavado poderosamente su odiosa garra en la entraña misma del cuerpo de la Iglesia, tratando de desengrarla y tornarla estéril para la santidad secando el manantial de donde brota. O, al menos, tornarla ineficaz, impidiendo el acceso frecuente a las almas sedientas de ella.

El futuro «apóstol de la comunión frecuente»; el que experimentaría un agudo contratiempo viendo despoblada la barandilla del comulgatorio; el que multiplicaría en varias ocasiones las sagradas formas para que las almas de los niños pudieran ser confortadas por el alimento del Pan supersustancial, había llegado a descubrir por sí mismo los ocultos tesoros que se encierran en la recepción frecuente, y aun diaria, de este manjar divino.

Seminarista y compañero modelo

Juan Bosco llegó a ser, en virtud de su voluntad, de su propósito inquebrantable, el seminarista modelo de Chieri. Ninguno le aventajaba en los aspectos positivos exigidos por la vocación que aspiraba a realizar. Y eso que él mismo pone de relieve, con íntima satisfacción, el ambiente de noble emulación que reinaba en aquel centro en donde la mayor parte de los seminaristas rivalizaban en un laudable forcejeo por destacarse en la piedad y el estudio.

A este fin, existían círculos formados entre ellos para lograr un mayor estímulo. Bosco estuvo siempre a la cabeza de aquellas reuniones. El, en su humildad, lo atribuye a la deferencia de sus compañeros. Pero es indudable que no era sino la consecuencia del grado de formación humana a que había llegado después de tan continuo trabajo de vencimiento de su índole natural y de la correspondencia a la gracia mediante la que había refrendado sus excelentes cualidades naturales.

Capítulo aparte merece la consideración de su actitud de servicio, pues jamás le dolió prodigarse en actos de auténtica caridad cristiana, aun cuando se tratara de servicios humillantes o repugnantes. Barrer los locales, trasladar objetos de una parte a otra, remendar prendas de ropa y zapatos, hacer bonetes, afeitar y cortar el pelo, atender a la enfermería como ayudante del médico o el cirujano y mil otras habilidades por el estilo, se le daban bien y las ejercitaba con gusto, sin exigir compensación precuniaria alguna a pesar de continuar en las mismas estrecheces de siempre. Es más, no mostraba afán alguno por el dinero. Y si en alguna ocasión obtenía alguna recompensa se desprendía con facilidad de ella con tal de poder hacer algún favor a sus compañeros. A este propósito, referiremos la siguiente anécdota.

En cierta ocasión, jugando con un compañero a las cartas, le ganó una cierta cantidad que, si no importante en sí misma, sí lo era relativamente, es decir, en comparación con las posibilidades económicas de aquel pobrecillo. Entonces, el perdedor se puso tan triste que estaba a punto de romper a llorar. Juan experimentó tal compasión por esta actitud, que allí mismo le devolvió lo ganado e hizo el firme propósito de no volver a tomar los naipes en sus manos.

Otras razones para que los compañeros buscaran su compañía y su amistad radicaban en lo atrayente de su conversación, amena, chispeante, sembrada de ingeniosas y ocurrentes salidas y de anécdotas y conocimientos históricos, fruto de su empedernida afición a la lectura, la cual le había proporcionado un bagaje de conocimientos nada despreciable.

Por todo ello, no puede resultar extraño que fuera el más querido de todos: superiores y compañeros. Y que él mismo se encontrara feliz en aquel centro.

Anslas de apostolado

Pero cuando más a gusto se sentía era cuando los superiores le designaban para ir a la catedral a enseñar el catecismo a los niños. Entonces se hallaba «en lo suyo», pues continuaba con la misma convicción de siempre: de ser aquello lo que «debería hacer durante toda su vida». Y esta persuasión la vio refrendada, una vez más, en sus famosos «sueños». Escribe, en efecto:

«Me vi ya sacerdote, revestido de sobrepelliz y estola, trabajando en un taller de sastrería. Pero mi ocupación consistía en reparar las prendas ya usadas y deterioradas. Por entonces, no pude comprender el significado de aquel detalle. Hablé de un modo un tanto vago con alguien, mas claramente sólo cuando era ya sacerdote. Y, entonces, solamente con Don Caffasso, mi confesor y director espiritual.»

La historia ha arrojado plena luz acerca de la interpretación de este sueño. Era un anuncio de que el campo de su misión futura no se circunscribiría únicamente a los niños y jovencitos no maleados; sino que debería extenderse también a aquellos «malheridos» a causa de la nefasta influencia del mundo contaminado y contaminador. El, mediante el cuidado inspirado por la caridad cristiana, los regeneraría y sanaría hasta ponerlos en condiciones de volver a vivir con dignidad en medio de la sociedad. También el primer sueño, el de los «nueve años», había tenido el mismo sentido.

Y ya que de nuevo volvemos a hacer referencia al tema de los sueños en la vida de este hombre maravilloso, permítasenos observar que su interpretación puede ser mirada desde diversos aspectos, esto es, desde el sobrenatural, aceptado por el hombre de fe religiosa; desde el de la parapsicología, que incluye elementos de carácter científico aún no aclarados suficientemente por el hombre, y desde el que los considera como un mero producto de la actividad cerebral y, por tanto, carentes de todo significado. Pero lo que resulta indudable es que el protagonista de esta historia se inclinó, con preferencia, a considerar estos acontecimientos de su vida, desde la perspectiva primera: la sobrenatural. He aquí su propio testimonio:

«El sueño de Morialdo permanecía fijo en mí. Mejor aún, se me había renovado en varias ocasiones con una notable mayor claridad, de tal manera que, de querer tenerlo en consideración, yo debería elegir el estado eclesiástico al que, cabalmente, me sentía inclinado. Pero me resistía a creer en los sueños.»

Mas esta «duda» que al parecer le seguía quedando acerca de su verdadero origen, acabaría por desvanecerse con el tiempo, pues el «fenómeno» continuará durante toda su existencia, hasta el punto de que, de pretender pasarlo por alto sistemáticamente, ella misma, y su misión, carecerían de una buena parte de sentido. El habrá de ser en ella como un «medio habitual» de señalar una serie de acontecimientos futuros que, al decir de sus biógrafos, tuvieron siempre cabal cumplimiento. Por eso, llega él a decir:

«Llamadlos “sueños” o parábolas o dadles el nombre que más os guste. Pero os aseguro que el que los tenga en consideración sacará mucho provecho.»

Final de curso y vacaciones

Bosco terminó aquel curso con la misma satisfacción con que lo había comenzado. De nuevo, leemos en sus Memorias:

«Fui muy afortunado este primer año de seminario, pues gocé siempre del cariño de mis superiores y compañeros. En el examen semestral se acostumbraba a conceder un premio de 60 liras en cada curso al que se hubiera distinguido por su aplicación y su conducta moral. Dios me bendijo durante los seis años que pasé en aquel centro y fui siempre favorecido con esta distinción.»

Durante aquellas vacaciones se halló muy ocupado, hasta el punto de decir que, al regresar en el otoño para el nuevo curso, no había hallado tiempo para repasar las materias dadas en clase. Mas debió de ser simplemente porque, en realidad, no lo necesitaba, mientras que, por otra parte, aprovechó aquellos meses para perfeccionarse en el conocimiento de la lengua griega por haber hallado una ocasión estupenda para ello.

Ocurrió, en efecto, que, por causa del cólera morbo, que venía

haciendo estragos en algunas comarcas italianas y que había llegado también a Turín, los PP. Jesuitas habían cerrado el colegio que allí tenían y habían abierto una residencia en el pueblecito de Montaldo, ofreciendo a los alumnos que lo desearan ocasión para completar los estudios del accidentado curso. Y Juan Bosco fue invitado a colaborar con ellos en plan de «profesor» y de educador. Y, mientras él mismo daba clase de repaso a los jóvenes estudiantes, aprovechó la presencia de uno de aquellos Padres, gran conocedor de la lengua de Homero, para profundizar en ella.

Los alumnos de los Jesuitas pertenecían a familias de la nobleza piamontesa o que disfrutaban de una posición económica holgada. Y Juan puso gran interés por conocer a fondo las características de estos niños y jóvenes, pues jamás desaprovechaba la ocasión de adelantar en sus conocimientos de toda índole. Eran estas oportunidades, desde una consideración providencialista, una disposición del Cielo que le iba haciendo pasar por una gran variedad de circunstancias y de experiencias muy útiles para el futuro desenvolvimiento de su misión específica. Y él las miró siempre así.

También nos ha dejado memoria de una visita que hizo a los Moglia, de quienes conservó durante toda la vida un recuerdo muy vivo de gratitud por haberle acogido en su casa en un momento crítico de su vida y haberle tratado con interés y cariño.

Se hallaban los buenos campesinos aventando el grano en la era, cuando vieron dirigirse hacia ellos a un sacerdote a campo través. Al tenerle cerca, intrigados aún por no haberle reconocido, suspendieron su trabajo y trataban de saber quién fuese. El se llegó hasta ello y les dijo:

«—¡Ya lo ven! ¡Me hago sacerdote!»

Ellos, sin acabar de ver lo que estaban viendo, se quedaron como paralizados, sin atreverse a dirigirle la palabra, pues ya les parecía que era otro muy distinto del muchachito que habían tratado con tanta familiaridad. Juan, a instancias de ellos, permaneció en su compañía durante algunos días y se alejó luego dejando en sus corazones un sentimiento de profunda nostalgia. Pero las excelentes relaciones con aquella familia no quedarían interrumpidas ya hasta la muerte del santo.

EL SEGUNDO AÑO DEL SEMINARIO (1836-37)

Reencuentro con los amigos

Con la vuelta al seminario para el nuevo curso escolar (1836-1837), se renovaba la amistad de Bosco con sus compañeros, los cuales se habían despedido de él deseándole unas buenas vacaciones y expresándole el deseo, muy sincero, de volver a disfrutar de su compañía, pasadas las vacaciones. Y también él, puesto que, según se ha visto, se había sentido muy feliz en aquel centro, regresaba contento y más animado cada vez. Este año, en vista de su aprovechamiento en todo sentido, se le condonaba la mitad de la pensión.

Pero de entre todos los moradores del seminario en este año, el más esperado por Juan era Comollo, el cual iniciaba sus estudios de filosofía. Con él había mantenido frecuentes relaciones el año anterior. Pero no era lo mismo, hallándose ambos viviendo bajo un techo distinto y sujetos a un estrecho reglamento que limitaba al máximo las salidas de casa. Ambos, pues, se alegraron del reencuentro y se dispusieron a continuar siendo de mutua edificación para el progreso en la vida cristiana.

Bosco, en particular, desde una actitud de profunda humildad, dice haberse hallado en una especie de necesidad de copiar de su amigo los ejemplos continuos de heroico comportamiento y de estímulo en el bien obrar. Pero es lo cierto que él mismo era espejo en donde se miraban muchos de sus compañeros para orientar su propia conducta. Y también lo es que, puestos a elegir, nadie se habría quedado con Luis y todos lo hubieran hecho con Juan, ya que éste, por su temperamento y su modo de ser abierto, franco, audaz, comunicativo, alegre... atraía. Y también por el modo de expresión de su piedad. En cambio, Como- llo carecía de estas hermosas cualidades complementarias y exhibía una manera de piedad que resultaba más bien antipática por

lo extremosa. Y, en todo caso, se le podía admirar a él por su ejemplaridad de vida; pero no invitaba ciertamente a su imitación.

Por lo demás, de la marcha de este curso poco hay que decir que no se haya dicho ya, pues, más consciente él cada día de haber elegido bien, se mantenía constantemente en la actitud de siempre.

Las vacaciones estivales

Durante las vacaciones, en cambio, ya en su condición de «clérigo», si bien aún no lo era en el sentido canónico del término, fue protagonista de algunos episodios dignos de mención, no por sí mismos, sino por las consecuencias que para él tuvieron, a tenor de la interpretación que él quiso darles. Dice a este propósito:

«Fui invitado a asistir a una fiesta en casa de unos parientes en un pueblo cercano al mío. Y, aunque pretendí excusarme, no me fue posible, aduciendo ellos mi condición de clérigo y el realce que esta circunstancia daría a las funciones religiosas de la parroquia.

Llegada la hora del banquete, hasta cierto punto, las cosas procedieron con normalidad. Pero, a partir de allí, a causa del vino y los licores que muchos habían ingerido con exceso, la conversación derivó hacia temas francamente escabrosos y de mal gusto.

Yo intenté hacer alguna observación, pero no se me quiso escuchar. Hice entonces ademán de levantarme de la mesa. Hasta llegué a tomar de la percha el sombrero, pero mi tío, que era el anfitrión, no me lo permitió.

En fin, ¿para qué seguir? Baste con decir que la fiesta terminó como el rosario de la aurora: en un espectáculo realmente degradante e indigno de cristianos. Altercados, palabras gruesas, insultos, amenazas... Faltó poco para que algunos llegaran a las manos. Yo, aprovechando, al fin, un momento oportuno, me llegué a la puerta y me marché, dispuesto a no volver a asistir a tales reuniones.»

Pero volvió a reincidir por la misma razón de no saber acertar a excusarse, puesto que el pretexto era siempre el mismo: el realce del culto al que podía contribuir de una manera eficaz por su condición de eclesiástico y por las demás cualidades que poseía. Entre ellas, una voz nada común y la destreza en el manejo de algunos instrumentos musicales, entre ellos, el violín en el que era muy hábil.

La comida esta vez estaba presidida por el señor cura, y Bosco pensó que esta circunstancia sería una garantía para evitar los excesos de la otra vez. Y así fue hasta cierto punto. Mas ya en la sobremesa, él mismo fue invitado a que hiciera alguna demostración de su habilidad en el manejo de aquel instrumento. Juan se resistió cuanto pudo. Al fin, alguien dijo:

«—Al menos, que toque para acompañarme a mí en el canto.»

Y su mano comenzó a arrancar notas admirables de las cuerdas del mágico instrumento. Todos estaban absortos escuchándolo. Pero, en un cierto punto, Bosco percibe un bisbiseo y un ruido como de quien arrastra los pies. Y comprueba... ¡comprueba con indescriptible disgusto que varias parejas, estrechamente abrazadas, bailan alegremente siguiendo los acordes de su música!...

Este episodio le llevó a adoptar una decisión que hoy juzgaríamos, indudablemente, exagerada, pero que se consideraba menos extremosa en el ambiente socio-religioso de su época. Fue la de deshacerse del violín y no volver a tomar en sus manos este instrumento. Entregó, por tanto, aquel, que era prestado. Y, al llegar a su casa, tomó el suyo, lo miró entre conmovido e indignado, lo depositó en el suelo y saltó resueltamente sobre él haciéndolo trizas. Y cumplió siempre la promesa que había hecho.

«Más adelante, dice en sus escritos, enseñé a muchos a tocarlo; pero sin que yo lo tomara en mis propias manos.»

¿Era tan extremoso Don Bosco? —cabe preguntarse, después de la lectura de hechos como éstos. A lo que parece, en aquella época de fervores religiosos y de esfuerzos por conseguir la plasmación de un carácter íntegro y sin claudicaciones, sí. Más

tarde, empero, al constatar la debilidad de la voluntad humana, aún en los «buenos», se volvió más transigente y comprensivo con las flaquezas humanas y sólo condenaría lo que era de verdad «pecado», es decir, «ofensa de Dios». En estos casos sí continuó durante toda su vida siendo realmente «intransigente». Diría él:

«Yo soy así. Cuando vislumbro la posibilidad del pecado, pongo en acción todas mis capacidades para tratar de evitarlo.»

Refiere él aún otro episodio del mismo estilo. En cierta ocasión se echó al hombro la escopeta y salió de caza. Y no tardó en levantar una liebre a la que persiguió durante horas a través de sembrados y viñedos. Finalmente, pudo tenerla a tiro y disparó sobre ella. El pobre animal recibió el impacto de lleno y se derrumbó agonizante con varias costillas rotas. Algunos amigos y conocidos suyos llegaron al oír el disparo, a felicitarle por haber cobrado la pieza. Pero él confiesa haberse sentido avergonzado, ya por hallarse en un atuendo impropio de su condición de clérigo, ya lleno de lástima y pesar por haber dejado sin vida a aquel inocente animal. Y de nuevo, allí mismo hizo el propósito de renunciar para siempre a la caza.

«Estos hechos, comenta, fueron para mí una terrible lección y me persuadí de que el que desea firmemente dedicarse al servicio de Dios es preciso que deje resueltamente las diversiones mundanas. Es verdad que éstas, frecuentemente, no son pecaminosas por sí mismas, pero también resulta claro que, a causa de las conversaciones que se tienen, por el modo de vestir, de hablar y de obrar, encierran casi siempre algún peligro para la virtud. Y, singularmente, para la castidad.»

Habla él, naturalmente, de los candidatos al estado eclesiástico cuya vocación específica comporta una exigencia de austeridad singular. Y una parte de esta exigencia estimaba que residía en la necesidad de limitar la integración en los ambientes mundanos. El ministro de Dios, o quien aspire a serlo —pensaba él— no debe evitar convivir con toda suerte de personas, pues su

misión es la de estar en medio del «mundo» para constituirse en «sal de la tierra», según enseña el mismo Cristo. Pero advertía que una excesiva integración, como es la que lleva a tales personas a «experimentar personalmente» todas las situaciones que puedan darse en la vida, no puede tener, por consecuencia, en la mayoría de los casos, otra que el abandono de la vocación.

Y, de nuevo contrasta aquí su actitud con la forma de comportamiento adoptada en la actualidad por muchos religiosos y eclesiásticos. Mas, para enjuiciarla de manera conveniente, es preciso tener en cuenta el cambio de mentalidad y de estructuras que se ha operado en la sociedad durante el siglo largo que nos separa de estos acontecimientos vividos por el santo. Por consiguiente, no se trata de proponerle como ejemplo a imitar en todo y de adoptar los mismos criterios, sino de comprender cuál fue el espíritu que le guió y la medida en que respondió a su invitación.

Recapitulación del sueño de Morialdo

Dicen sus Memorias que, durante estas vacaciones, volvió a soñar con la temática de siempre. Y también, una vez más, con algunos datos complementarios a base de los cuales se iban perfilando, cada vez mejor, los contornos y completando el contenido de su significado. En esta ocasión parece habersele hablado ya de Turín y del futuro Oratorio de Valdocco, según delcaración de un testigo de aquel tiempo.

Refieren, en efecto, las Memorias, que el año 1890, un tal Bosio, párroco de Levone Canavese, compañero de Bosco en el seminario de Chieri, encontrándose por vez primera en el Oratorio de Valdocco, rodeado de los miembros del Consejo General de la Congregación Salesiana, exclamó, mientras echaba una mirada en torno y contemplaba todas las edificaciones:

«Nada de esto me resulta nuevo, pues todo me lo había descrito Don Bosco ya en el seminario, como si lo estuviera viendo con sus propios ojos. Lo que entonces me señaló es lo mismo que yo estoy contemplando en este momento.»

E, igualmente, fueron muchos los que dijeron, años más tarde, haberle oído hablar con toda certeza de que «él tendría

muchos sacerdotes a su disposición» para enviarlos a cumplir diversas misiones.

Por consiguiente, nos parece oportuno hacer en este punto una recapitulación de este admirable fenómeno, siguiendo a su primer y más cualificado biógrafo, P. Lemoyne. Dice así:

«A los nueve años Juan Bosco viene a conocer la grandiosa misión que le está reservada. A los dieciséis, se le prometen los medios materiales para acoger a un gran número de jovencitos y proporcionarles lo necesario para la vida y el estudio u oficio. A los diecinueve, se le hace saber, de manera terminante e imperiosa, que no es libre para negarse a seguir o no las indicaciones que se le han hecho a través de estas «visiones». A los veintiuno, se le revela la clase de niños y jóvenes que deberán ser objeto preferente de sus cuidados espirituales. A los veintidós, se le señala una gran ciudad, Turín, en la que deberá dar principio a sus fatigas apostólicas y a sus fundaciones.»

Y no terminarán aquí estas preciosas indicaciones, sino que continuarán, a intervalos, hasta que sean una realidad.

¿Se podrá ahora decir que se trata de «simples sueños», es decir, de combinaciones fortuitas y caprichosas de datos incoherentes y sin sentido de la fantasía? ¿No será preferible estimarlos como una prueba de la intervención divina?...

ESTUDIANTE DE SAGRADA TEOLOGIA (1837)

Los tres primeros años de teología (1837-40)

La vida de un estudiante suele discurrir monótonamente. Los días se parecen unos a otros de manera asombrosamente fiel y el tiempo discurre lento y pesado hasta causar la sensación de aburrimiento. Sólo la ilusión desde la que se mira la meta a la que se aspira presta ánimo para recorrer las etapas. Y es por ello por lo que lo anecdótico adquiere en estas circunstancias un relieve particular, porque es ruptura de la línea uniforme y satisface el afán de lo novedoso que el hombre, y especialmente el joven, siente en lo más profundo de su ser.

Por consiguiente, llegados a este punto de la vida de nuestro biografiado, estimamos superfluo continuar siguiendo, paso a paso, las incidencias y afanes cotidianos en su marcha ininterrumpida hacia la meta a que aspira: la formación integral humana. Juan Bosco es ya, a sus veintidós años de edad, un hombre de una calidad excepcional, merced a los dones que le han sido dados por la naturaleza y el esfuerzo que él mismo ha realizado por el amor al ideal de su vida: el sacerdocio católico, comprometido por una llamada singular divina, según convicción propia muy arraigada.

De estos tres primeros años de estudio de la sagrada teología, la ciencia de Dios, cabe afirmar la continuidad de su línea de formación integral y el anhelo, cada vez más vivo, más apremiante, de alcanzar la cima ensoñada, con el fin de comenzar a poner en práctica el programa que lleva diseñado en su mente. Y, en cuanto a lo «anecdótico» a que hemos hecho referencia, he aquí los episodios que nos parecen dignos de ser mencionados por su interés y significación.

Panegirista de San Roque.

No menos de tres veces subió al púlpito el seminarista de primer año, Juan Bosco, en el período de las vacaciones veraniegas. Y todas ellas con ocasión de grandes solemnidades pueblerinas, esto es, en la celebración de las fiestas patronales lugareñas. Haremos mención expresa de una.

Se trataba del «panegírico» en honor de San Roque, patrono del pueblo de Cinzano. El predicador encargado de aquel sermón no había hecho acto de presencia ni durante la mañana ni a la hora de la comida. Y esta ausencia había comenzado a sembrar una cierta inquietud y desasosiego entre los sacerdotes invitados, curas todos ellos de los pueblos comarcanos. Pero el nerviosismo subió de punto cuando ni siquiera al acercarse la hora de la función religiosa de la tarde en que debía celebrarse la solemne procesión, precedida inmediatamente del panegírico, se tenía noticia alguna de él.

El seminarista Bosco, invitado asimismo, por deferencia del arcipreste Don José Comollo, al que le unía una gran amistad a través de su sobrino Luis, comenzó a ir de uno a otro de aquellos buenos párrocos por ver si alguno se quería comprometer y asumir la incumbencia del ausente. Y, como quiera que insistiera hasta hacerse un tanto pesado, alguno le contestó malhumorado:

«—¡Cuidado que eres simple! ¡Un panegírico en honor de San Roque en una ocasión como ésta no lo predica cualquiera! Y, además, ya que tanto insistes, ¿por qué no subes tú al púlpito y lo predicas...?»

—¡Pues, sí que lo hago! No me atrevía a ofrecerme espontáneamente entre tantos señores curas. Pero ya que nadie acepta y a mí me brindan la ocasión, acepto con gusto.»

En los pocos minutos que aún quedaban para aquel acto, Juan leyó en el breviario romano algunos datos referentes a la vida del santo y unas breves reflexiones. Luego subió al púlpito sereno y confiado de sí mismo. Y su predicación resultó del agrado de todos, incluso, de aquellos curas que se hacían lenguas del ingenio y la serenidad del joven seminarista. Pero el contento

mayor lo demostraba el prevoste, el cual, al llegar a la sacristía el improvisado predicador, le abrazó con efusión y reconocimiento por haberle sacado de un trance tan desagradable.

El segundo año de teología (1838-39).

Del segundo año de estudios de teología apenas cabe destacar nada si no es la continuidad de su línea de comportamiento y su ejemplaridad. Actitud ésta que se vio premiada con una nueva muestra de confianza de sus superiores al asignarle el oficio de «sacristán» de la capilla del seminario. Esta decisión despertó algún pequeño sentimiento de envidia en algunos seminaristas de los cursos superiores a los que se solía conceder aquel cargo. Pero, en cambio, fue muy bien visto por la inmensa mayoría, ya por las simpatías de que Bosco gozaba entre sus compañeros, ya porque reconocían que en nadie podía recaer con más garantía. Este oficio conllevaba la concesión de un premio de 60 liras anuales.

El tercer año (1839-40).

En cambio, el tercer año se vio señalado por algunos acontecimientos de verdadera importancia, tales como una grave enfermedad de Juan; la recepción de la «tonsura» y las órdenes menores; un grave riesgo de ser alcanzado por un rayo y la autorización para estudiar el cuarto curso durante las vacaciones veraniegas.

Bosco llegó al seminario en los comienzos del tercer curso con la salud muy minada. Y fue hasta tal punto, que sólo en virtud de un colosal esfuerzo de su voluntad pudo llegar al término de él.

Varias fueron las causas que concurrieron a crear esta situación: las prolongadas vigiliias sobre los libros a las que no había sabido renunciar a pesar del daño que le hacían; los ejercicios de mortificación con que se empeñaba en domar su cuerpo; el esfuerzo, a veces colosal, por reprimir la energía desbordante de su temperamento e impedir los desfogos de su cólera en situaciones de desprecio o desatención de él mismo o de sus amigos o

ante la ofensa hecha a Dios... Y, de manera muy considerable, por el impacto de la muerte de su amigo Comollo, que tuvo lugar este año, seguida de su aparición de la que habrían sido testigos no menos de 40 seminaristas de un dormitorio.

Con todo, al llegar al seminario, quiso adaptarse por entero a las exigencias del horario, porque la energía de su voluntad corría pareja con su portentosa resistencia física. Al comienzo de aquel curso se hallaba él en cierta ocasión rodeado de un grupo de seminaristas entre los que había algunos recién ingresados en aquel centro. Y se entretenía en recordar determinados episodios en los que había hecho exhibición de su prodigiosa fuerza. Algunos de los nuevos ponían en duda la veracidad de aquellos relatos y los achacaban a jactancia. Entonces, dijo él.

«¡Cómo! ¿Es que no queréis creerme a mí?... ¡Pues vais a ver...!»

Y así diciendo, toma un pesadísimo sillón que levanta con gran facilidad con una sola mano; se lo coloca apoyado en una pata, sobre el mentón y, en esta posición, da algunas vueltas por la habitación entre el asombro de todos los presentes.

Y de la misma manera continuó haciendo gala de su inagotable buen humor y deleitando a sus compañeros con sus exhibiciones de siempre. Pero, al fin, hubo de rendirse. El mal pudo más que él y le obligó a meterse en cama.

Los síntomas de su dolencia se presentaron desde el principio inquietantes, hasta tal extremo que el médico declaró el caso desesperado. El enfermo sentía una repugnanancia invencible por toda suerte de comida. El estómago no conseguía retener nada. Un insomnio pertinaz le mantenía en estado de vigilia constante.

Ya llevaba un mes acostado y el mal no había remitido. Entonces llegó a visitarle su madre, que ignoraba el estado de su hijo. Le llevaba una botella de vino generoso y un pan de mijo. La buena mujer comprendió al punto toda la gravedad del caso. Al despedirse, con la angustia que cabe suponer, quiso llevarse otra vez el vino y el pan. Juan le rogó que se lo dejara.

Apenas se vio solo, experimentó un deseo irrefrenable de beberse aquel vino y comerse aquel pan, más bien áspero e indigesto. Comenzó por pellizcar algunos trocitos y los halló sabrosísimos. Luego partió un pedazo mayor. Después, otro y

otro. Hasta comerse por entero la pieza, acompañándolo de generosos tragos de vino. Después se hundió en un sueño profundísimo que se prolongó por dos días enteros y una noche. Todos creían que era una señal precursora de una muerte inminente. Pero, transcurrido aquel tiempo, Bosco se despertó fuera de peligro. Residuos de la enfermedad (tisis) sí le quedaron y de ellos no logró recuperarse por completo hasta pasados varios años y no sin haber llegado de nuevo, en 1846, a las puertas de la muerte.

Pero, aunque este curso fue muy accidentado por haber debido interrumpir varias veces los estudios con salidas a su casa, más o menos prolongadas por causa de la salud, el 29 de marzo pudo recibir en Turín la tonsura y las cuatro órdenes menores.

Durante el verano fue invitado por los Moglia a pasar algunos días en su casa. Y esta circunstancia fue ocasión de que en él se manifestara el carisma profético, como ya lo había hecho en otras ocasiones, pues fue ésta una faceta muy notable de su vida.

Ocurrió que la señora Dorotea se hallaba en cama aquejada de grave dolencia. Juan fue a saludarla al llegar a la casa. Ella le manifestó el temor de no volver a salir del lecho.

«—¡Qué va! —exclamó Juan—. ¡Claro que continuará viviendo! ¡Usted vivirá hasta los noventa años!»

Y sucedió así. Respuesta de aquella enfermedad, puso tal confianza en la promesa del santo que, aunque se vio aquejada de otras varias dolencias en el curso de su vida, rehusó siempre sistemáticamente los remedios de la medicina.

«—¡Don Bosco me ha asegurado que viviré hasta los noventa años! —contestaba invariablemente.»

Vivió noventa y uno y sobrevivió, incluso, al mismo santo.

Casi fulminado por un rayo

Hemos hecho mención del peligro que corrió este mismo año de ser alcanzado por un rayo. Fue así: Era el último día del curso y todo el mundo se disponía a salir para su casa. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Bosco salió a un balcón y, apoyado sobre el parapeto, contemplaba el espectáculo. Inesperadamente, brilló la luz de un relámpago y un rayo fue a romper

contra aquella balaustrada derribándola y lanzando lejos las piedras de que estaba construida. El resultó golpeado violentamente en el estómago a la vez que lanzado hasta el centro del dormitorio, privado del sentido. Los compañeros le creyeron muerto y le llevaron a la enfermería. Mas él, al cabo de algunas horas, se rehizo sin que, al parecer, conservara huella alguna del percance.

Dispensa de un año de seminario

Durante las vacaciones subió al púlpito varias veces en los pueblecitos comarcanos con ocasión de las fiestas patronales o aniversarios. Y, naturalmente, continuó ejerciendo su misión apostólica con los niños y ayudando eficazmente a su párroco en los oficios y ministerios a los que tenía acceso en virtud de las órdenes recibidas.

Y tuvo también un pensamiento feliz: solicitar de su arzobispo la dispensa de un año de seminario como consecuencia de su edad, pues ya había alcanzado los veinticinco años.

Era aquella una gracia que se otorgaba con mucha dificultad por estimarse la permanencia en aquel centro altamente formativa. Mas el prelado, después de considerar detalladamente el caso, y en vista de los inmejorables informes de los superiores del seminario, juzgó oportuno concedérsela.

Ya hemos dicho que no se trataba precisamente de dispensarle del estudio de las materias correspondientes al cuarto curso; sino de permitirle que las estudiara durante las vacaciones y, mediante un examen, pasarle al estudio del quinto y último de teología.

LA META DEL SACERDOCIO (1841)

El quinto curso de teología (1840-41)

Con el examen del cuarto año de teología, coronado por el éxito más brillante, como era norma en él, Bosco quedaba autorizado a inscribirse en el quinto y a recibir el subdiaconado, que le fue conferido el 19 de septiembre (1840).

¡Puede suponerse cuáles fueron los sentimientos de gratitud hacia el Señor al ver cómo se le venía encima el día tan suspirado! A partir de la recepción de este orden sagrado, las cosas se precipitan y el levita comienza ya a vivir inmerso en la atmósfera característica de sobrenaturalidad en que vive y actúa el sacerdote.

Hizo ejercicios espirituales por diez días como preparación inmediata. El dirá que se vio pobre y necesitado de las virtudes que aquel paso exigía. Pero ¿quién mejor preparado que él, el tenaz luchador por el ideal, vencedor de continuas y gravísimas pruebas que le habían exigido una vida de auténtico sentido ascético?

En consecuencia, al iniciarse el año escolar de 1840-41, fue inscrito entre los alumnos del último año. Y, no obstante haber llegado allí por este camino abreviado, fue nombrado «prefecto», es decir, «asistente» o celador de sus propios compañeros, lo que da una idea de la alta estima en que se le tenía, y del reconocimiento del grado de madurez alcanzado, superior, según lo que es dado deducir de las apariencias, a los demás.

Plus quam optime

En el examen trimestral dio una demostración más del temple de su carácter sereno y confiado. Examinábale de «cánones»

el entonces doctor Lorenzo Gastaldi, más tarde, gracias al apoyo del santo, obispo de Saluzzo, y luego, arzobispo de Turín. Gastaldi acertó a interrogarle acerca de un punto que el examinando no tenía presente en aquel momento. Bosco, sin embargo, no se turbó. Ni se quedó callado. Con un aplomo sorprendente, «se sacó de la manga» el canon inexistente en el Código y lo citó con una seguridad desconcertante.

Maravillado el examinador de su sangre fría, le preguntó si realmente las palabras que él acababa de citar eran exactamente las contenidas en el Código, Juan sonrió francamente y comunicó su hilaridad al doctor. Aquella vez se llevó la calificación de «fere optime» en lugar del habitual «optime» sin reservas.

El sábado precedente al domingo de Pasión, 27 marzo de 1841, Juan recibió el diaconado. Y el 15 de mayo, con el último examen que señalaba la larga serie de ellos con una calificación de «plus quam optime», la mejor que podía concederse, le quedaba expedito el camino para la ordenación sacerdotal. En los registros de los archivos de la curia de Turín se lee entre las observaciones anotadas a su cuenta: «Celoso y de resultado seguro.»

El día grande de su ordenación sacerdotal

Y llegó el día en que había de dejar definitivamente el seminario. Citemos de nuevo sus propias palabras para conocer los sentimientos íntimos con que lo hizo:

«Los superiores me habían amado y dado continuas demostraciones de estima. Los compañeros me profesaban un cariño sincero y profundo. Puede decirse que yo había vivido para ellos y ellos para mí. Por eso me resultó dolorosísima aquella separación de un lugar en donde había pasado seis años recibiendo educación, ciencia y espíritu eclesiástico y todas las demostraciones de bondad y afecto que pueden desearse.»

El 20 de mayo llegó a Turín para dar comienzo a los ejercicios espirituales, al término de los cuales había de recibir la ordenación sacerdotal.

Resultaría superfluo, a estas alturas, insistir en la seriedad y

responsabilidad con que se condujo en esta ocasión. Su preparación para el paso que iba a dar no era, en modo alguno, fruto de la improvisación o falta de reflexión. Por el contrario, estaba refrendada por una ininterrumpida cadena de sacrificios conscientemente aceptados por amor a aquel ideal. Por eso, llegaba a la cima del «monte santo» con plena conciencia de su responsabilidad y una decisión total de hacer de sí mismo una ofrenda de por vida al Señor. Se le había visto meditar, titubear y acabar por decidirse en diversas circunstancias de su vida sólo después de haberse aconsejado con hombres prudentes y santos. Por lo mismo, pueden suponerse cuáles fueron las disposiciones de ánimo con que afrontó aquella decisión.

Recibió la ordenación el 5 de junio, víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad, en la capilla del palacio arzobispal. Tenía veintiséis años menos dos meses. Fue «ordenado» por monseñor Luis Franson, prelado de la archidiócesis turinesa.

El santo se limita en este punto a reseñar en sus Memorias la noticia escueta, sin tratar de dar curso al desbordante entusiasmo de que rebotaba su alma. Hubiera sido empeño vano pretender expresarlo con palabras. Y lo mismo hace respecto de su primera misa, que quiso celebrar el día siguiente en la mayor intimidad y recogimiento en la iglesia de san Francisco de Asís, asistido de su amigo y bienhechor, José Cafasso, hoy San José Cafasso.

«Era, dice en sus Memorias, ansiosamente esperado en mi pueblo, en donde hacía varios años no se había celebrado una primera misa. Pero yo preferí celebrarla en Turín, sin ruido. La celebré en el altar del Santo Angel Custodio. Puede decirse que aquel fue el día más feliz de mi vida. En el "memento" procuré hacer mención de todos mis profesores y bienhechores espirituales y temporales. Y, singularmente, del llorado P. Calosso, a quien he considerado como a grande y singular bienhechor. Es piadosa creencia que el Señor concede "de manera infalible", la gracia que el novel sacerdote le pide al celebrar la primera misa. Yo le pedí ardientemente la eficacia de la palabra. Parece que el Señor escuchó mi humilde oración.»

El lector podrá juzgar por sí mismo de la eficacia de la palabra de Don Bosco.

De ella se servirá el santo para realizar el bien a manos llenas durante toda su vida. Ella será instrumento eficiente de su apostolado. Mediante ella someterá los espíritus rebeldes a las influencias de la gracia; ejercerá dominio sobre las multitudes para inducirlos a la práctica de la virtud; ella penetrará en los corazones juveniles para poner en ellos ansias voraces de santidad; quebrantará la protervia de los obstinados en el mal hasta llevarlos a la reconciliación con Dios; llamará imperiosa este mismo poder formidable en favor de los afligidos para proporcionarles el consuelo mediante asombrosos milagros...

En el lugar del «sueño»

¿Y quién podría expresar los sentimientos de tierna devoción que experimentó el día siguiente cuando celebró su segunda misa en el santuario de Nuestra Señora de la Consolación (Consolata) para «dar gracias a la gran Virgen (Madonna) por los innumerables favores» que le había obtenido de su divino Hijo?

El miércoles celebró en Chieri en donde le esperaban muchos amigos y bienhechores. Bosco no había echado en olvido a nadie. La virtud de la gratitud era, y lo seguirá siendo de por vida, una de sus notas más relevantes, de acuerdo con lo que había sido su vida hasta entonces y había de continuar siendo: la de un hombre, un apóstol necesitado de todos. Entre otros bienhechores se hallaba presente su antiguo profesor del instituto, P. Giusana, ya muy anciano, el cual le había profesado siempre un gran cariño. Ahora lloraba de pura emoción al asistirle en el altar.

Finalmente, el jueves, solemnidad del Corpus, se trasladó a Castelnuovo, cantó solemnemente la misa y presidió, a continuación, la procesión con el Santísimo Sacramento. Fue una apoteosis de triunfo. De un doble triunfo; el de Jesucristo, llevado solemnemente por las calles de la población, y el de su sacerdote, tan entrañablemente querido por sus paisanos. Al caer la tarde, se trasladó a su casita de I Becchi.

Dice, hablando de este día, que culminaba una larga, interminable sucesión de acontecimientos de diversa índole y de vicisitudes por las que le había tocado pasar desde que le brotara en

el corazón el germen de una vocación generosa, considerada como inspiración del Cielo, hasta que regresaba como triunfador de tantas dificultades:

«Cuando me hallé próximo a casa y vi el lugar del sueño tenido a mis nueve años, no pude contener las lágrimas y exclamé: “¡Qué admirables y maravillosos son los caminos de la Providencia! ¡Verdaderamente que Dios ha tomado del terruño a un pobre niño para colocarlo entre los príncipes de su pueblo!”»

La madre cristiana

Es de justicia, en este punto, después de haber seguido, paso a paso, el proceso de formación integral humana de este admirable hombre de Dios, hacer mención también de la «madre cristiana» que tan decisivo influjo ejerció en él para conseguir este resultado. ¿Quién no sentiría el deseo de conocer cuáles eran sus propios sentimientos al ver al hijo que tantos sacrificios y tantos desvelos le había costado, coronado con la corona del triunfador de tantas lides? Y, por fortuna, podemos satisfacer esta curiosidad tan legítima. Nos dice el mismo protagonista de esta historia:

«Mi madre, aquel día, tomándome aparte, me dijo estas memorables palabras: “Juan, ya eres sacerdote y celebras misa. De ahora en adelante estás, por consiguiente, más cerca de Jesucristo. Pero recuerda que comenzar a decir misa es comenzar a padecer. No te darás cuenta de ello al principio, mas, poco a poco, vendrás a conocer que tu madre te dice la verdad. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, esté viva o haya muerto. A mí eso me basta. Tú, de ahora en adelante, piensa únicamente en la salvación de las almas. Por mí no pases ningún cuidado”»

Un escalofrío de emocionada admiración sacude las fibras más íntimas del ser ante la grandeza de esta alma genuinamente cristiana. En pago de los innumerables sacrificios de todo orden que se había impuesto para ayudar a su hijo a realizar aquel ideal, no pide ninguna suerte de recompensa humana. Ni siquiera

ra la convivencia con él del que había debido estar separada por exigencias de su vocación. Se conforma con lo que todo hijo tiene obligación de dar a los que le han dado el ser: la oración por ellos.

Pero ya el Señor tenía buena cuenta con tanta generosidad. Algunos días antes había sufrido un percance que pudo haber tenido las más funestas consecuencias. Se había subido a una morera con el fin de recoger hojas con que alimentar los gusanos de seda, cuando se le quebró una rama y cayó al suelo, quedando aturdida. Y mientras permanecía sentada tratando de darse cuenta cabal de lo sucedido, la rama, gruesa, acabó de desgajarse y la golpeó violentamente en la frente. De aquel golpe, capaz por sí solo de acabar con su vida, sólo le quedó una pequeña cicatriz como recuerdo, sin recibir otro daño.

El Señor le conservó la vida hasta 1856. Y pudo ver con sus propios ojos el esplendente lozanear del sacerdocio de su hijo, entregado en cuerpo y alma a la misión que Dios le había deparado.

El poeta romano Virgilio, en su poema *La Eneida*, describe el encuentro del héroe Eneas con su padre, Anquises, cuando aquel desciende a la región de los muertos en el centro de la Tierra. Le encuentra en los Campos Elíseos, radiante de felicidad, junto con otros hombres igualmente rectos y virtuosos.

La ficción del poeta pagano ha tenido con frecuencia confirmación real en la vida de los santos, a quienes se les aparecieron personas muertas que gozaban de la presencia de Dios en la vida perdurable. San Juan Bosco fue uno de estos afortunados. Su madre se le apareció —al decir de él mismo— varias veces. He aquí cómo relata una de ellas:

«Ocurrió el año 1860. En una calle de Turín. Yo la vi inesperadamente delante de mí. Entonces, le dije:

—¡Pero, ¿cómo? ¿No está muerta...?

—Sí, estoy muerta; pero continuo viviendo.

—¿Es feliz?

—¡Cuanto no te puedes imaginar!»

Preguntóle por la clase de felicidad de que se goza en el cielo y si determinados alumnos suyos, que ya habían dejado el mundo para entonces, se hallaban gozando de la misma felicidad eterna en la presencia de Dios. La respuesta fue afirmativa. Al

pedirle una demostración de lo que se goza en el cielo, ella cantó de una manera tan inenarrable, que resultaría imposible de hacerselo entender a un «viador». El hijo se quedó como estático. Sin acertar a articular una sola palabra. Ella le dijo:

«Te espero. Porque nosotros dos debemos estar siempre juntos.»

Y desapareció.

SEGUNDA PARTE

EL APOSTOL (1841)

TANTEANDO EL TERRENO (1841)

El ministerio pastoral

Juan Bosco, ya sacerdote de Cristo, comenzó a ejercer su ministerio pastoral el día siguiente mismo de su llegada a Castelnuevo. De momento, y antes de que se le asignara un destino en la archidiócesis turinesa, permaneció en su pueblo, nominalmente, «disfrutando de unas vacaciones» a las que tenía buen derecho tras la larga marcha del período de sus estudios. Pero él era un hombre incapaz de permanecer ocioso siquiera por un breve período de tiempo y, como todo apóstol auténtico, sentía con Pablo de Tarso, «que la urgencia de anunciar a Cristo le apremiaba».

En consecuencia, durante los cinco primeros meses actuó de vicario del arcipreste de Castelnuevo, su amigo P. Cinzano, el cual le dejó plena libertad de movimientos. Y con la unción todavía rezumándole de las manos y del corazón, el sabor de boca que le quedó de cada una de aquellas ceremonias y ritos sacramentales, le resultó gratisimo. Ahora podía comprobar cómo la infusión de la gracia que se le había dado a través de los signos externos de su ordenación santificaba, de verdad, las almas e infundía en ellas sentimientos de resignación ante la prueba, inundaba los corazones de gozo y ponía en ellos anhelos de santidad. De este tiempo dejó escrito:

«En el ejercicio del ministerio sacerdotal encontré una gran satisfacción. Predicaba todos los domingos y días festivos; visitaba a los enfermos, les administraba los sacramentos, excepto la penitencia, para la que aún no había obtenido licencias; presidía los entierros y llevaba los libros parroquiales.»

Sin embargo, esta modalidad del apostolado no le satisfacía

plenamente. Era su anhelada misión con los niños la que continuaba constituyendo la aspiración suprema de su espíritu. Por eso, también aquí, ahora, a ellos dedicaba todos los momentos que las otras ocupaciones le dejaban libre. Ellos, por su parte, le rodeaban y permanecían gustosos a su lado porque estaban totalmente persuadidos de que era su amigo, como lo atestigua él mismo:

«Pero mis delicias las encontraba en enseñar el catecismo a los niños; entretenerme con ellos, hablarles. Ellos me venían a visitar con frecuencia desde Morialdo, y al volver a casa, iba siempre rodeado de ellos. Y ya los de toda la comarca empezaban a ser amigos míos. Apenas salía de la casa parroquial, me veía rodeado de un grupo de ellos. Y adonde quiera que me encaminara iba siempre asediado de mis pequeños amigos.»

Rechazo de prebendas

Pero los días del verano transcurrieron rápidamente, y llegó el momento en que era necesario asignar al nuevo miembro del clero diocesano alguna ocupación fija. Darle algún cargo en la archidiócesis. Y las propuestas que se le hicieron fueron tres: Ante todo, se le propuso ejercer la misión de pedagogo de los hijos de una familia noble de Génova.

La oferta era tentadora desde diversas consideraciones: gastos pagados y 1.000 liras de estipendio al año; vida confortable en casa de «señores», poco trabajo, viajes frecuentes... Y la oportunidad de relacionarse con gentes de la «alta sociedad», gentes influyentes...

Las personas que decían «quererle bien», le exhortaban a no dejarse ir de las manos aquella ganga. Y puesto que él no parecía demostrar especial empeño por aquella prebenda, no faltó quien acudiera a la madre con el fin de inducir la a persuadir a su hijo. Pero no conocían bien a aquella campesina.

«—¡Mi hijo en casa de señores! —exclamó escandalizada la buena mujer—. ¿Qué haría con tanto dinero? Y yo misma, ¿qué haría? ¡No, no! No quiero que por ello mi hijo pierda su alma!»

La buena Margarita, compenetrada del espíritu evangélico, relacionaba estrechamente el problema de la salvación con la posesión de la riqueza, que si no son cosas necesariamente incompatibles, sí que ofrecen una notable dificultad en el intento de compaginarlas.

Pero no fue, naturalmente, la voluntad de la madre la que decidió la resolución del hijo. Fue él mismo que, desde siempre, había mirado el sacerdocio no como una oportunidad para una vida cómoda y desahogada; sino como sacrificio. Como inmolación por los demás. Y, de manera preferente, por los pobres.

Don Bosco —resaltará a lo largo de su vida— fue siempre «el pobre Don Bosco», como él mismo se complacía en llamarse. Y ello, a pesar de haber manejado el dinero de los ricos en cantidades fabulosas. A él, empero, nada se le quedó entre las manos ni pegado al corazón. Es más, enseñó a otros muchos el modo de servirse de él para convertirlo en medio eficaz con que ganarse el cielo, según el consejo de Jesucristo:

«Granjeamos de las riquezas de la iniquidad, tesoros que no se enmohecen ni pueden ser robados por los ladrones.»

El fue siempre un sacerdote desprendido de cualquier suerte de afición desordenada hacia el dinero o cualquier otra forma de riqueza. El dinero fue considerado por él como «simple instrumento necesario» de trabajo. El le permitió obrar el bien a manos llenas.

El segundo empleo que se ofrecía al novel ministro del culto era el de quedarse de capellán de Morialdo. Y también aquí sus paisanos estaban dispuestos a doblar los honorarios que se habían pagado hasta entonces a los que habían desempeñado aquella ocupación, puesto que tenían gran interés en retenerlo entre ellos en atención a sus propios hijos. A este fin, realizaron premiosas gestiones ante la Curia para conseguir su intento. Pero también ellos se equivocaban, pues la apetencia de dinero no era precisamente su flaco. Por aquel camino nunca lograrían nada de él.

Finalmente, se le propuso quedarse de vicario en Castelnuovo. Una oferta que realmente también a él le halagaba desde diversos aspectos: El P. Cinzano le estimaba y le quería; Castel-

nuovo era su pueblo y le atraía por la serie de recuerdos que conservaba desde la niñez. Y ya tenía alguna experiencia del trabajo a que debía dedicarse. Y le gustaba. Pero no se decidió antes de tomar consejo, como era norma habitual en su vida.

En el Convitto (Colegio Eclesiástico), 3 de noviembre de 1841

En la incertidumbre acudió de nuevo a Don José Cafasso, hombre de toda su confianza desde que le había conocido en las circunstancias ya relatadas. Y el santo director de almas volvió a dar con la solución ideal: la que significaba el camino directo para llegar a la realización de los designios que Dios tenía sobre aquel novel sacerdote suyo:

«—Usted, le dijo, tiene necesidad de estudiar más a fondo la teología moral y el arte de la predicación. Por tanto, renuncie, por ahora, a toda propuesta y véngase al Colegio Eclesiástico (Convitto) de Turín.»

Era el tal «Convitto» un colegio para sacerdotes recién ordenados, fundado en 1817 por el presbítero don Luis Guala, doctor en Sagrada Teología y poseedor de una gran fortuna, con el fin de ofrecer a los sacerdotes mejor dotados la oportunidad de ejercitarse en la pastoral bajo la guía de expertos y celosos ministros de Dios, antes de lanzarse definitivamente a las tareas apostólicas, tan cargadas de responsabilidad. Allí podían permanecer uno o dos años en contacto directo con los más graves problemas que presenta la vida práctica. Este año de 1841, el P. Cafasso era el brazo derecho del doctor Guala, director a perpetuidad. Y era también su suplente en las conferencias que casi a diario se daban a los presbíteros allí acogidos.

El consejo dado al sacerdote Bosco era acertadísimo, pues nadie como él se hallaba en disposición de deducir el provecho que del paso por aquel centro cabía esperar, mientras que, por otra parte, Dios iba conduciendo, de manera admirable, los hilos del designio que abrigaba sobre aquel siervo suyo.

Juan Bosco lo comprendió así y no dudó un solo momento en hacer renuncia a todas las anteriores propuestas. Renunciaba aún a la ilusión de entregarse, por entonces, al cuidado espiritual de la juventud, a su sueño de siempre, porque sabía que la

última palabra la diría Dios por medio de su elegido. Entró en el Convitto el 3 de noviembre de 1841.

Experiencias humanas

La finalidad del Colegio Eclesiástico era doble: por un lado, los noveles sacerdotes repasaban a fondo las nociones de Sagrada Teología aprendidas en el seminario. Y, con frecuencia, rectificaban determinados puntos de vista, demasiado tradicionales, conservados en él, pues el Convitto vivía más abierto a las inquietudes de los tiempos. Allí se los orientaba para la captación de las corrientes teológicas que habían comenzado a aflorar como exigencia del paso del tiempo y el consiguiente progreso. Y Juan Bosco reconoce concretamente haber rectificado algunas opiniones y el enfoque de determinados puntos doctrinales a la luz de la nueva visión. Entre ellos, el haber aprendido a estimar «el amor sobre la exigencia de la ley». Del provecho de estas experiencias habla él en estos términos:

«Allí se enseñaba a ser sacerdotes.»

Pero aquellos jóvenes ministros del Señor no estaban allí únicamente para nutrir de ciencia sus espíritus, sino también —y con preferencia— para ejercitarse en las tareas que son propias del sacerdote: predicar la palabra de Dios, administrar los sacramentos, visitar a los enfermos y encarcelados, impartir la doctrina cristiana en las parroquias, colegios, etc. El presbítero Bosco, en concreto, halló aquí un campo maravilloso en que emplearse a fondo, según era característica suya cuando asumía alguna responsabilidad.

Juventud descarriada

«Desde su llegada, dicen las Crónicas, comenzó a dar vueltas por la ciudad para hacerse una idea de la condición moral en que se hallaba la juventud.»

¿Y qué fue lo que encontró? Turín era, a la sazón, una ciudad en pleno desarrollo preindustrial. Tenía un censo de 130.000 almas y era la capital del reino sardo. Una ciudad que atraía

hacia sí a un grandísimo número de jóvenes y de niños desde las aldeas y pequeñas poblaciones rurales del entorno y también de regiones no tan cercanas. Todos éstos llegaban en busca de trabajo y de pan.

Pero no siempre era fácil hallar estas dos cosas. Más bien, resultaba difícil, pues la demanda era superior a la oferta y muchos, la mayor parte de aquellos pretendientes, carecían de habilidad y de condiciones para desempeñar con competencia los oficios que pretendían. En consecuencia, eran muchos los que se veían obligados a vivir una vida de profunda miseria material y moral.

Recorriendo la ciudad, era dado ver continuamente a niños, a veces de no más de ocho años de edad, obligados a trabajar la jornada entera. Jornada de diez, doce o más horas, en condiciones auténticamente deplorables. Especialmente los peones de albañil, los más numerosos, debían emplearse sin descanso en subir, recorrer y bajar los andamios, con frecuencia poco seguros, llevando una carga de ladrillos, piedras o mortero, que los hacía doblarse sobre sí mismos, bajo el azote de la lluvia, la furia del viento, el hielo o el ardor del sol. Y recibiendo, como estímulo, un jornal muy insuficiente, mientras se veían obligados a soportar continuas vejaciones en forma de insultos, amenazas y golpes.

Y al lado de esta «estampa», capaz de ablandar las entrañas más duras, se ofrecían otras no menos lamentables, como eran la contemplación de jovencitos de edad comprendida entre los doce y los dieciocho años holgazaneando durante todo el día, por necesidad o por vicio, en las calles y plazas de la urbe. Todos estos eran la viva representación del sueño de los nueve años de Juanito. Muchachos malhablados, blasfemos, camorristas, peleones, sucios... Jóvenes y niños, si no «dejados de la mano de Dios», que es Padre amoroso de todos, sí desatistidos de todo socorro humano. Hasta del de sus propios padres que los habían enviado a la gran ciudad para que, por su cuenta y riesgo, se procuraran el sustento cotidiano.

Cárceles y correccionales

En este campo de experiencias sumamente útiles que era el Convitto, Juan Bosco entró aún en contacto con otras realidades

humanas no menos terribles: las de las cárceles y los reformatorios para jóvenes.

Acompañado del doctor Guala, comenzó a visitar aquellos lugares de expiación. Y allí vio a muchos jóvenes, algunos casi niños, en una situación realmente deplorable. La impresión que sacó de estas visitas fue deprimente.

Observador sagaz como era, constató que la casi totalidad de aquellos delincuentes estaban allí «como por sorpresa». Ellos habían llegado de las aldeas y pueblos con la ingenuidad propia de los habitantes de las zonas rurales. Y cuando andaban aún tanteando en busca del brazo que los sostuviera, de la mano que los guiara, habían venido a dar en poder de los más audaces y más perversos, los cuales se habían apresuado a hacer de ellos otras tantas víctimas del robo y la delincuencia.

A veces, los había empujado también al mal paso un apremio auténtico de satisfacer las necesidades más primarias y elementales en orden a la conservación de la vida. Porque, liquidados pronto los pocos cuartos con que habían llegado a la gran ciudad, se habían visto en el más absoluto desamparo. Entonces el hambre los había empujado a delinquir.

En consecuencia, dedujo el apóstol que «los sentimientos e inclinaciones naturales del ser humano no son tan malos como se quiere suponer». Eran delincuentes porque la sociedad los había pretendido expulsar de su seno antes de haberles proporcionado ocasión de poder contribuir a su desarrollo con cuanto de bueno los había dotado la naturaleza. Estaban allí, pura y simplemente, porque habían resultado incautamente víctimas del ambiente social creado por el curso de un rápido cambio de estructuras antes de haber logrado integrarse en él.

La solución la veía el hombre de Dios en la acertada dirección de estos jóvenes. Porque el hombre, en general, y el niño y el adolescente, en particular, «tienen necesidad de ser guiados por una mano experta y amiga que les indique el camino que han de seguir y la meta que han de alcanzar y los ayude a marchar hacia ella».

«Esta porción, la más delicada y la más preciosa de la sociedad humana —dejó escrito— sobre la que se cimantan las esperanzas de un porvenir feliz, no es,

de suyo, de índole perversa. Sin la incuria de los propios padres, el ocio y la compañía de los propios compañeros con quienes se hallan preferentemente en los días de fiesta, resultaría cosa sencillísima infundir en sus tiernos corazones los principios del orden, de las buenas costumbres, de la religiosidad y el respeto. Y si a veces sucede que ya están maleados en esta edad, es a causa de su natural irreflexión y no por verdadera malicia. Estos jóvenes tienen verdadera necesidad de una mano amiga y bienhechora que se tome el cuidado de aleccionarlos, adoctrinarlos, cultivarlos, formarlos para la virtud y alejarlos del vicio.»

Por consiguiente, ya desde ahora se ven esbozados por él, en líneas generales, los principios que han de informar sus futuras instituciones y la labor que habrá de desarrollar en sus «oratorios». La intención se ve reflejada en estas líneas:

«Lo que más me afligió fue el hecho de constatar que muchos de aquellos jóvenes salían de aquel lugar con el propósito de una vida mejor, mas, a los pocos días, debían ser encerrados de nuevo. Sucedió esto porque estaban abandonados a sí mismos. ¿Quién sabe —me decía yo a mí mismo— si estos jóvenes, en el caso de tener un buen amigo que velara por ellos, volverían a reincidir en las mismas culpas? Y, en todo caso, es seguro que el número de los reincidentes sería muchísimo menor.»

Y se reafirmaba en la decisión de constituirse en ese amigo suyo. Y de fundar internados en donde prestarles la ayuda necesaria.

Chabolismo

Aún tuvo ocasión de observar el futuro apóstol de la juventud otras estampas igualmente degradantes. Acompañado de sus maestros, P. Gouala y P. Cafasso, verdaderos héroes de la caridad cristiana, visitó también las chabolas, los tugurios y las incómodas y malsanas viviendas en que se hacinaban familias enteras en monstruosa promiscuidad de padres e hijos. Y tam-

bién la consideración de estas condiciones de vida, privada de lo más esencial: de luz, de agua, de higiene y de cualquier tipo de comodidad; de los más elementales medios para darle a la vida un poco de ilusión y de alegría, causó en él un recio impacto.

Entonces comprendió, si no la razón, sí la explicación de por qué tantas almas se hundían tan abajo. Es, realmente, una empresa heroica vivir la vida con resignación cristiana cuando se llega a carecer de todo. Hasta de un poquito de cielo azul, de sol, que el Señor ha derramado sobre el mundo con mano pródiga para todos sus hijos.

Desde estas experiencias se reafirmó en el propósito de luchar en favor de las clases menos favorecidas de la sociedad. Y fue así como resultó uno de los hombres de su siglo que trabajó con más empeño en preparar el advenimiento de la nueva sociedad moderna que, si aún no ha llegado a dar cima a sus deseos de dignificación del ser humano, sí ha avanzado notablemente en este empeño. Con la ventaja de que él se sirvió para este intento, del ejercicio de la caridad cristiana y no de la feroz «lucha de clases» propugnada por ciertas ideologías de signo materialista.

El Cottolengo

Aún nos resta por añadir al sombrío panorama descrito, una nueva estampa de ruina y degradación del ser humano: el espectáculo ofrecido por los enfermos, los dolientes y deformes de toda suerte, tal como se presentaban en el Cottolengo.

Uno de los aspectos más genuinos de la caridad cristiana es el de la atención a los enfermos. Jesucristo, en el «sermón del monte», proclama «bienaventurados a los que le visiten en la persona de los dolientes». Por eso, no es de extrañar que el sentido de fraternidad tan propio de su doctrina haya erigido por doquier sanatorios, hospitales, clínicas... a fin de atender a los que han perdido la salud física o mental y a los que jamás han gozado de ella.

Turín poseía, recién fundada, una de estas instituciones, capaz por sí sola, a causa de sus vastísimas proporciones y del número de enfermos (1.800 en aquella sazón), de todas las dolencias imaginables que en ella eran atendidos, de constituir un motivo de legítimo orgullo para la ciudad. Habíala fundado el hoy elevado a la gloria de los altares, san José Benito Cottolengo.

Le había dado el nombre de «Pequeña Casa de la Divina Providencia». Nombre expresivo, pero no exacto en todos sus aspectos, pues era una verdadera ciudad doliente por el número de enfermos y casos extremos.

La impresión del visitante de esta «ciudad del dolor» resulta siempre penosísima al comprobar la existencia de tanta miseria moral y material como aflige a los humanos. La constatación de auténticas aberraciones de la naturaleza en la deformación de la imagen del «rey de la creación», abate el ánimo de tal manera que sólo el hombre provisto de fe robusta puede digerir el impacto con relativa facilidad. El hombre de fe más débil interroga a la Providencia o la niega. Don Bosco la visitó con atención. Y la huella que le dejó en su alma nobilísima y delicada, había de durarle toda la vida.

Sin embargo, también aquí hubo una sala que le impresionó más vivamente que las otras. Fue la de los jóvenes que yacían hundidos en los lechos con síntomas evidentes de una muerte prematura e inexorable. Rostros aviejaados y consumidos, toses pertinaces, enflaquecimiento extremo, agotamiento moral... Consecuencia, muchas veces, de los vicios en que aquellos desgraciados habían consumido los mejores años de su vida.

A las palabras de aliento con que el buen sacerdote pretendía levantar sus espíritus abatidos y derrotados contestaban ellos con una sonrisa melancólica, inexpresiva, resignada. Una sonrisa que era mitad desengaño y mitad reproche por las inhumanas condiciones que la sociedad les había ofrecido. Una sociedad carcomida y decadente, por hallarse falta del vigor evangélico. Ellos habían tenido que hacer frente a esta situación y en la lucha habían sido fácilmente derrotados.

«—¡Oh, qué necesidad tiene esta juventud de ser protegida y salvada! —exclamaba con inmensa pena el apóstol.

Estas visitas le costaron muchas noches de insomnio y en su cabeza daba vueltas y más vueltas al asunto, tratando de hallar el remedio. Y siempre venía a concluir en lo mismo: crear alguna institución capaz de prevenir y proteger a la juventud incauta contra la seducción de un mundo que hipócritamente se presentaba con apariencias de ser feliz en el disfrute del pecado.

EL ORATORIO FESTIVO (1841)

El origen (8 de diciembre de 1841)

Y llegó el día en que había de dar comienzo al plan que acariciaba. La cosa sucedió de una manera natural y sencilla. Sin alardes de ninguna suerte. Fue una exigencia del cielo por la salvación de las almas, que le impulsaba a acudir en ayuda de todo el que se hallara en alguna necesidad o peligro.

Era el 8 de diciembre de ese año (1841). El joven sacerdote había ido a celebrar la misa a la iglesia de San Francisco de Asís, como a diario. Se hallaba ya revestido de los ornamentos sacerdotales, en la sacristía, a punto de salir al altar. El sacristán se asomó al templo, vacío de fieles, por ver si, por causalidad, hubiera alguien capaz de ayudarle en la celebración. Y, sí. Acurrucadito en un rincón, cerca de la puerta de entrada, había un jovencito como de unos quince años de edad. Un joven más bien, desmedrado y enclenque.

¿Que por qué estaba allí? Sencillamente porque tenía frío, ya que el día era de excepcional crudeza. Un día de riguroso invierno subalpino. Estaba allí, en el seguro asilo del templo, en la casa del Padre común, porque él intuía que aquel debía ser un lugar para todos. En cuanto a la misa, ni siquiera le había pasado por la cabeza la idea.

El sacristán se dirigió a él para invitarle a tomar el misal.

«—¡Lo siento —contestó el muchacho—. No sé ayudar a misa. Nunca lo he hecho.

—¿Cómo...? ¡Que no sabes ayudar a misa y te metes aquí...? ¡Habrás que ver cuáles son las intenciones que te guían, bribón! ¡Vamos, toma el libro y adelante! ¡Hacia el altar...!

—No puedo tomarlo porque no sé ayudar.

—¿Conque te niegas definitivamente...? ¡Pues vas a ver cómo no te quedan ganas de volver a meterte en donde nada se te ha perdido!»

Y el iracundo sacristán comenzó a descargar sobre el pobre muchacho una lluvia de pescozones y de golpes con el mango de un plumero que le servía para quitar el polvo de los altares.

Don Bosco, que había seguido el diálogo entre absorto en el pensamiento de la misa y la extraña actitud de los interlocutores, decidió intervenir en favor del jovencito tan injustamente maltratado.

«—¡Eh, buen hombre! ¿Por qué maltrata así a ese jovencito? ¿Qué mal le ha hecho?

—¡Ya lo ha oído usted mismo: no sabe, o no quiere ayudar a misa y se mete en este sitio!

—Yo no veo en ello falta alguna. Además, ha de saber usted que ese muchacho es amigo mío.

—¿Este golfo amigo de usted? ¡Pues, vaya amigos que se gasta!

—Ese es un asunto mío. Usted llámelo ahora mismo y tráigalo a mi presencia.»

El sacristán se resistía. Pero hubo de obedecer ante la amenaza del sacerdote de denunciar su comportamiento al párroco de la iglesia. El joven, por su parte, volvió, aunque lloroso, tras haberle asegurado que, desde aquel momento, era un protegido del bondadoso sacerdote, «amigo de golfillos como él».

Don Bosco le recibió con gran cordialidad:

«—¿De manera que tú no sabes ayudar a misa? —le preguntó para iniciar el diálogo—. ¡Es igual! De momento te quedas aquí, en los primeros bancos, para oír la que yo voy a celebrar. Luego, te vienes a la sacristía, porque nosotros dos tenemos un asunto muy importante que tratar.»

Ya de vuelta del altar le hizo algunas preguntas que le llevaron a conocer la identidad del muchacho. Se llamaba Bartolomé Garelli. Era huérfano de padre y madre. Tenía dieciséis años mal llevados a causa de las privaciones que había debido

soportar. Su oficio era el de peón de albañil y en aquel momento se hallaba sin trabajo. Era muy ignorante en materia de religión. El sacerdote le propuso:

«—¿Qué te parece si yo te enseño un poco de doctrina cristiana hoy y los domingos siguientes? ¿Vendrías a este lugar...?»

—Sí, con tal de que no se me maltrate.

—¡Por eso no te preocupes! Yo estoy a tu lado desde ahora y te defiendo. Nadie te causará molestias.»

La primera clase de catequesis comenzó en aquel mismo punto, con la señal de la cruz que el chico había casi olvidado. Luego, el apóstol rezó con él un «avemaría» con el fin de asociar a aquella obra que entonces iniciaba, a la Inspiradora de sus proyectos. Acababa de poner la base de una institución destinada a obtener grandes éxitos: el Oratorio Festivo.

Aquel 8 de diciembre había caído en miércoles. El domingo siguiente, conforme a la palabra empeñada, Garelli volvió para recibir la segunda lección. Pero ya no llegaba solo. Le acompañaban cerca de media docena de amigos de su misma condición, mientras que otros dos se sumaban desde otra procedencia: se los enviaba a Don Bosco don José Cafasso. ¡Decididamente el Oratorio Festivo parecía haber comenzado a marchar con buenos auspicios!

Y tan hondamente caló aquella primera semilla en el alma de Bartolomé, que en este primer «oratoriano» permanecería totalmente adicto al buen sacerdote. Varios lustros más tarde —dicen las crónicas— continuaba frecuentando el Oratorio de Valdocco y edificando con su comportamiento y su piedad a muchas generaciones de adolescentes.

Poco después, el apóstol hizo una nueva leva para su institución. Cierta día advirtió que un grupito de peones de albañil, adolescentes igualmente sobre los dieciséis años, eran incapaces de seguir con atención el sermón de la misa en una de las iglesias de la ciudad. Por eso, aprovechando el tibio ambiente del templo rebosante de fieles, descabezaban un agradable sueño.

«—¿Por qué dormís durante el sermón? —les preguntó.

—Porque no entendemos nada de lo que dice el

predicador. Habla demasiado difícil para nosotros.

—Así es. Pero venid conmigo y yo os enseñaré la doctrina cristiana.»

Y se los llevó para agregarlos a los anteriores que, a la sazón, habían aumentado ya considerablemente.

Y, a partir de entonces, el afluir de muchachos fue incesante. Llegaban atraídos por la propaganda que los primeros hacían de la amabilidad y excelente carácter de aquel sacerdote que los quería como podría hacerlo un padre.

Y ocurrió que, pronto, el apóstol, con gran sentimiento suyo, hubo de rechazar a algunos por falta de espacio, pues sólo disponía de la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís para las reuniones. ¡Oh!, ¡cómo soñaba entonces con poder disponer de grandes espacios para acoger a cuantos le quisiera mandar la «divina Providencia»! No obstante, él se las ingenió de tal manera que, al llegar la primavera del año siguiente (1842), contaba ya con «ochenta», límite máximo que estimó, por entonces, como garantía de una labor verdaderamente eficaz.

Finalidad del Oratorio

Mas, ¿cuál era esa labor «eficaz» que el joven sacerdote buscaba por medio tan singular? Don Bosco nunca lo disimuló. Ni siquiera ante el eventual riesgo de desilusionar a aquellos muchachos, y provocar la desertión. A Bartolomé Garelli le había dicho que lo que deseaba de él era «darle una formación sólidamente cristiana» como garantía de su salvación eterna, de sentido trascendente, que el cristianismo promete a sus adeptos. Y esto mismo era lo que enseñaba a los demás.

No obstante, él era el primero en darse cuenta de que aquel objetivo último resultaría imposible de alcanzar, o se habría tornado sumamente difícil, de limitarse a ofrecer estrictamente a aquellos jóvenes la doctrina de los dogmas y de las leyes morales a seguir. No dejaba de advertir que tenía delante de sí a un número cada día mayor de futuros hombres que se aprestaban a iniciar una marcha que habría de prolongarse por años y años y durante la cual habrían de necesitar un cierto bagaje cultural. Y también disponer de sus ratos de ocio y distracción o solaz.

Porque el hombre no es sólo espíritu, sino espíritu y materia. Esta realidad exigía, por consiguiente, dotarlos de una formación integral, con el fin de incorporarlos a la sociedad en las mejores condiciones posibles para tornarlos capaces de contribuir a su desarrollo. Y fue esto cabalmente lo que él se propuso ya desde entonces.

Y como había hecho en los ya lejanos años de su niñez y adolescencia, cuando había ideado aprender y utilizar las artes de los saltimbanquis y funambulistas con el propósito de retener a su lado a sus amiguitos y repetirles el sermón predicado por el señor cura en la mañana durante la misa, así hizo ahora también. Se valió de todo el admirable conjunto de sobresalientes cualidades para retener a éstos a su lado durante la mayor parte de la jornada festiva. Con la ventaja de que ahora los medios de que disponía eran incomparablemente superiores. Medios que iban desde los pequeños obsequios con que premiaba la aplicación, la asiduidad, la buena conducta de aquellos muchachos, hasta la enseñanza de bellas canciones populares, pasando por la acabada exhibición de las mencionadas artes mágicas, los juegos de manos, etc.

A los más desamparados comenzó, ya desde este tiempo a proveerles de algo de ropa, de comida o algún dinerillo con que se ayudaran a salir del apuro. Y, sobre todo, se cuidaba de buscar trabajo a los que no lo tenían o lo perdían. Y a algunos, incluso, les comenzó a dar algo de clase de lectura, de escritura, de gramática, de matemáticas, de música...

Particularmente la música comenzó ya desde entonces a ser el alma de aquellas reuniones. El pueblo italiano —se ha dicho muchas veces— está singularmente dotado para este arte. Y así parecían confirmarlo los primeros centros establecidos por Don Bosco. Y él, que tenía la «obsesión» de hacerlo servir todo para llevar las almas a Dios, vio en el cultivo de la música no sólo la expresión de la sana alegría del espíritu y el medio de proporcionar a sus jovencitos momentos agradables de legítima expansión; sino también un medio de alabanza al Creador.

Un gran consuelo lo experimentó este mismo año cuando, por primera vez, en la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora (2 de febrero), cerca de una veintena de aquellos «oratorianos», como acabará por designarse a esta clase de jovencitos, pudieron

lucir sus voces entonando bellos cánticos en honor de la Augusta Reina del Cielo, a la vez que confortaban sus almas con el Pan de la Eucaristía.

Un secreto

¿Qué por qué se mantenían adictos a Don Bosco semana tras semana, mes tras mes, todos aquellos jovencitos y niños, muchos de ellos de carácter huraño y arisco, y, en todo caso, acostumbrados a obrar a sus anchas, sin cortapisas de ningún género, excepto los límites que les imponía el miedo a la acción de la justicia en el caso de delinquir y ser aprehendidos? ¡Ese es el enigma de la vida de este «hombre-leyenda», como se le ha llamado! Enigma que hasta el presente nadie ha acertado a descifrar, porque para una explicación convincente no parecen bastar las razones arriba mencionadas. Ellas, sí, pudieron añadir un peso notable al platillo de la balanza para inclinarlo de esta parte; pero, insuficiente.

Y es necesario añadir aquí que el «oratorio», ahora, en estas reuniones preferentemente catequéticas, y más tarde igualmente catequéticas y de carácter escolar, todo era voluntario, como se comprende. Totalmente voluntario y libre, sin que jamás se amenazara con la expulsión al que, por un motivo u otro, dejara de asistir durante un domingo o una temporada a las reuniones. O, incluso, al que no observara un comportamiento «ejemplar», si bien Don Bosco no estaba dispuesto a tolerar el escándalo, única cosa que se sancionaba con la expulsión.

El apóstol se limitaba a «ponderar las ventajas» de orden diverso que la asiduidad podía proporcionar, pero jamás coaccionaba a nadie a fin de que algo se hiciera obligatoriamente. La «coacción», en ciertos casos, resultaba, eso sí, inevitable, desde el aspecto moral, por ir aparejada al incumplimiento voluntario de determinadas prácticas religiosas, tales como la asistencia a la misa o la omisión de los sacramentos de la Iglesia en determinadas circunstancias, o la comisión de actos, de suyo, pecaminosos. Mas, en estos casos, no era él, era la ley misma la que entrañaba la sanción.

Por consiguiente, el secreto, la incógnita, debió de residir, aparte de su natural bondad y simpatía, en un don especial,

carismático, otorgado por el Cielo para el cumplimiento de su misión terrena.

Apóstol infatigable

A San Juan Bosco se le ha atribuido, como nota característica, «una actividad incansable, santificada por la unión con Dios». Y es algo que resalta con gran evidencia en su vida. El, en efecto, fue «hijo de su tiempo». Tiempo de ritmo acelerado, vertiginoso, trepidante, en el desempeño de una actividad múltiple. Y lo fue de una manera consciente, esto es, por haberse responsabilizado acerca del aprovechamiento de su existencia, considerada fundamentalmente como un préstamo del Creador para que el hombre haga producir los talentos que El le ha dado.

Y esta misma característica quiso dejársela en herencia a sus hijos, los salesianos. Por ella, dijo, se habrían de distinguir de los miembros de otras congregaciones e institutos religiosos. Y hasta se atrevió a asegurar su pervivencia «en tanto en cuanto ellos conservaran esta nota específica». Mientras que afirmó que vería el fin «el día en que el ocio y el apego a las comodidades los ganen y dominen».

Por eso, antes de comenzar a reseñar la tesonera lucha que ha de sostener para hacer triunfar los proyectos que acaricia en su mente ilusionada, creemos oportuno dar una idea de las ocupaciones que acabarían por absorber, sin tardar, la desbordante energía de su prodigiosa vitalidad al cabo de estos años del Convitto (1844).

Su deber principal fue, naturalmente, el de la asistencia a las conferencias y exigencias programadas en el Centro. Pero, una vez cumplida esta obligación, empleaba el resto de la jornada en múltiples obras de apostolado, a tenor de lo ya mencionado. Estas obras iban, desde la atención a alguna capellanía, el ejercicio de la confesión, la frecuente predicación de sermones y conferencias, la visita a las cárceles, hospitales y asilos; la redacción de algún libro hasta la atención prestada a la juventud en la forma que hemos visto.

Era ésta, sin duda, la que más tiempo le absorbía, pues no se limitaba a recoger a aquellos jóvenes en el «oratorio» los días de domingo y festivos, sino que de ellos vivía pendiente durante la

semana. Esta solicitud se reflejaba, de un modo práctico, en proporcionarles trabajo cuando lo habían perdido y en visitarlos a ellos y a sus patronos con el fin de exigir de éstos que los atendieran convenientemente. Atención que iba desde la exigencia de un trato «humano» hasta la de substraerlos a los ambientes corruptores, pasando por la de una retribución justa.

Y aún le quedaba, como algo suyo muy peculiar e intangible, el compromiso *in facie Ecclesiae*, del cumplimiento de sus deberes u obligaciones religiosos: el rezo del breviario, la meditación y la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento, que no omitía jamás; el rezo del santo rosario, etc. ¡De cierto que, al término de cada jornada, necesitaba bien poco para conciliar el sueño!

La visita a las cárceles y reformatorios

Lo que más le seguía costando era la visita a las cárceles y reformatorios, a pesar de lo cual, lo hacía con frecuencia. No acertaba a acostumbrarse al trato con cierta suerte de personas. Era algo a lo que su natural se mostraba alérgico. Algunas especies de delitos le repugnaban tremendamente. Entre ellos, los de sangre. Ante delincuentes de esta suerte de culpabilidad, se sentía desasosegado y nervioso y no acertaba con las palabras adecuadas al trato más conveniente con ellos.

Pero la virtud de la fortaleza cristiana todo lo vence y sobrepuja y él continuó, a pesar de ello, frecuentando aquellos lugares por ver de salvar las almas de aquellos desgraciados. Y lo logró en la casi totalidad de los casos. Fue raro el delincuente que se mantuvo irreductible en su obstinación ante la palabra insinuante de aquel sacerdote santo cuyas visitas eran esperadas como el mejor anuncio que se les podía hacer.

Esto sucedía especialmente con los jóvenes del reformatorio. Cuando él entraba, le besaban las manos, le rodeaban con evidentes señales de afecto y querían retenerle el mayor espacio de tiempo posible en su compañía. Y lo lograban con frecuencia. Consegúan que prolongara su permanencia allí más de lo que le estaba permitido.

Ocurría, efectivamente, que, a veces, entretenido en consolarlos charlando con ellos o escuchando en confesión a alguno,

llegaba la hora de cerrar las puertas y el bendito hombre de Dios quedaba atrapado dentro. Entonces había que hacer «al mal tiempo buena cara». Era necesario esperar a que se movilizara todo el complicado sistema de seguridad a fin de conseguir los permisos especiales para abrirlas.

Después de una espera interminable, se franqueaba la puerta y se le dejaba salir con la recomendación de que fuera más cauto y no diera ocasión a trastornos de aquella naturaleza. Recomendación que el apóstol había de tener en cuenta hasta que se le presentara una nueva oportunidad de llevar el consuelo a sus amigos.

En estas condiciones, no es extraño que el fruto logrado fuera abundante. Muchos de aquellos jóvenes, cuando abandonaban el lugar de expiación al término de su condena, acudían a darle las gracias por el aliento que les había sabido infundir y por el optimismo de que los había contagiado para afrontar con valentía las dificultades de la vida. Y salían con los mejores propósitos de emprender el camino de su regeneración mediante una vida honrada y laboriosa.

Muchos de ellos lo consiguieron. De manera especial los que pudieron continuar vinculados, de algún modo, al apóstol. Otros, por desgracia, apartados, por insoslayables exigencias de la vida, de su benéfica influencia, reincidieron en sus faltas y volvieron a ser encerrados una y otra vez.

Una aventura arriesgada

Creemos oportuno en este punto hacer mención de un episodio que confirma, mejor que muchas palabras, el éxito conseguido por Don Bosco entre los jóvenes delincuentes de Turín; y el clima de confianza y de afecto que había conseguido establecer en el correccional. El episodio tuvo lugar algunos años más tarde.

Ocurrió que fue invitado a predicar unos días de retiro espiritual a los reclusos. Y el éxito fue completo. Entonces, el apóstol tuvo la idea «genial» de premiarlos con una excursión a la campiña. Y con este propósito se presentó al director de aquel establecimiento penitenciario con el fin de conseguir el permiso.

«—¿He oído bien? —exclamó aquel funcionario

completamente sorprendido. ¿Qué usted pretende que yo le otorgue permiso para sacar al campo a esos tres centenares de delincuentes?

—Eso es, cabalmente, lo que le pido, señor director.

—Mire, padre. Hasta ahora yo he tenido de usted un concepto inmejorable. Créame que siento verdadera admiración por usted por lo que ha conseguido con estos brivones. Pero lo que me pide ahora es tan extraño, tan fuera de sentido, que me deja perplejo ante la duda de si está usted bromeando o es que ha comenzado a perder la cabeza. Y perdone si le hablo con tanta franqueza.

—No. No bromeo, señor director. Estoy hablando completamente en serio y me doy perfecta cuenta de lo que mi demanda entraña. Hasta he pensado en los riesgos que puedo llegar a correr.

—¿Entonces?...

—Pero es que estoy seguro de que ninguno de estos muchachos es capaz de dejarme en mal lugar.

—¿De manera que usted cree que van a volver todos a la cárcel por iniciativa propia? ¡Créame, padre! En las condiciones en que usted pide sacarlos no le volverán tres!

—Hagamos la prueba.

—¡Pero es que es demasiado lo que ambos arriesgamos! Yo, desde luego, me juego el cargo y el prestigio. Y no quiero ser señalado en adelante como un hombre simple e ingenuo. O como un quijote que se mete en aventuras auténticamente descabelladas.

—No ocurrirá tal, señor director. Yo se lo garantizo. Yo, que conozco muy bien hasta dónde llega el afecto de estos amigos míos por mí y sé que ninguno sería capaz de traicionarme. De dejarme mal ante la sociedad.

El director acabó por ceder, aunque de mala gana.

—¡Sea! —dijo al fin—. Lo que vamos a hacer los dos lo considero una verdadera locura. Pero, en todo caso, creo que tampoco nos va a ser demasiado difícil

echar mano de nuevo a los desertores que, estoy seguro, ha de haber. ¡Tendría gracia que volvieran todos! Sería algo digno de escribirse con letras de oro en las crónicas del reformatorio. Algo digno de ser conocido en el mundo entero como caso único!»

Los presos, ante el anuncio de un favor de aquella naturaleza, hicieron las cosas más extrañas para demostrar su alegría: abrazaban a Don Bosco, gritaban, lloraban de gozo, lanzaban sus gorras al aire... Y, sobre todo, le aseguraban fidelidad absoluta y no dejarle mal ante el Director de Seguridad Pública, el cual, en última instancia, era el que autorizaba aquella salida, y ante Turín entera. Algunos, incluso, amenazaban con romper la crisma a los que intentaran fugarse. El apóstol, por su parte, rehusó decididamente los guardias que, para mayor seguridad, se le habían prometido.

Los reclusos disfrutaron inmensamente con la libertad, corriendo, saltando, gritando hasta enronquecer... Y saboreando un exquisito y abundante yantar que Don Bosco les había preparado merced a la generosidad de algunos sacerdotes que miraban con gran simpatía la labor de aquel apóstol y colaboraban con él.

Los jóvenes hicieron honor a su palabra. Al filo de la noche, formados en una cuádruple hilera, larga, interminable, retornaban al aborrecido alojamiento y franqueaban sus puertas. ¡No faltó uno solo!

ABANDONA EL COLEGIO ECLESIASTICO (1843)

Desorientación

La permanencia en el Colegio Eclesiástico de los noveles sacerdotes era de dos años y a Juan Bosco ya se la habían ampliado hasta los tres, excepción más bien única que rara. En esta determinación había tenido, una vez más, una parte decisiva P. Cafasso, el cual ya desde entonces consideraba al presbítero Bosco como un hombre destinado a realizar alguna empresa notable en el seno de la Iglesia de Dios.

Pero había ocurrido que durante el tercer año había vuelto a ser víctima de una nueva crisis vocacional, si bien tampoco esta vez fue de tal naturaleza que afectara a la esencia misma del estado que había abrazado, el sacerdocio. ¡Nada de disconformidad en este punto con el camino elegido!

Ni fue tampoco crisis de agotamiento o cansancio moral en él, a semejanza de lo que ocurre con cierta frecuencia a los consagrados en los primeros años de su ejercicio pastoral, los cuales se sienten defraudados ante la realidad de una vida, acaso excesivamente idealizada. Esta «crisis» afectaba de nuevo, a la modalidad del ejercicio del apostolado. ¿Cuál era, en concreto, la misión que había de realizar? ¿En qué lugar le quería Dios? ¿Tal vez, en algún país de misión...? Y pensó seriamente en esta última posibilidad.

«Resulta extraño —se decía ahora a sí mismo— que yo no haya caído en la cuenta de que si aquí, en Turín o en cualquier otra parte de Italia, puedo llegar a reunir algunos centenares de jóvenes, en cualquier país de misión podré contar las almas a millares y aún a millones. Y, por cierto, en peores condiciones de las de aquí, las cuales, de un modo o de otro, no dejan de tener posibilidad de acceso al sacerdote.»

Esta idea le continuó obsesionando durante muchos días. Y fue hasta el punto de llegar a persuadirse de que se trataba de una inspiración del cielo.

Por su parte, el propio P. Cafasso, en su condición de director espiritual del apóstol, le dejó seguir acariciándola durante un cierto tiempo. Y hasta le permitió que emprendiera el estudio de algunos idiomas modernos, estimando que algún día podrían resultarle útiles. El comenzó a estudiar el francés y el español. Mas, cuando tomó la gramática alemana, el santo director le echó el alto.

«—¿Qué pretende? —le dijo—. ¿De manera que, a causa de su salud, no puede usted recorrer una milla en carruaje sin experimentar graves molestias, y abriga la pretensión de cruzar los mares y empeñarse en continuos viajes?»

El lo comprendió fácilmente y renunció a aquella ilusión sin ninguna resistencia.

Una habitación en el Refugio (1844)

Ya el tercer año del Convitto tocaba a su fin y había que pensar definitivamente en el destino que se le debía asignar. En estas circunstancias, fueron varios los curas párrocos que solicitaron del prelado de la archidiócesis que se les concediera como coadjutor. Entre ellos, Don José Cinzano, de Castelnuovo, que nunca había renunciado a esta esperanza. Juan Bosco, por su parte, esperaba tranquilo a que el arzobispo resolviera. Y, entre tanto, por consejo del mismo P. Cafasso, se retiró al santuario de San Ignacio a practicar ejercicios espirituales.

Allí vivió unos días maravillosos que le sirvieron para contrastar la serie de ocupaciones, un tanto excesivas y desordenadas, que durante aquellos tres años se había ido echando encima, impulsado por un celo tal vez algo indiscreto. Y también para pensar con ponderación en el rumbo que definitivamente había de tomar su vida de apóstol de Cristo, precisamente en el punto en que se disponía a orientarla de una vez.

A su regreso a Turín fue llamado por su director espiritual. Pero no fue, sin más, como él esperaba, para comunicarle la

decisión de su superior eclesiástico acerca de su porvenir, sino para sondear su propia voluntad.

«—Yo —dijo él— no deseo tener voluntad propia. Estoy enteramente a disposición de mis superiores.

—Y, sin embargo, Don Bosco, yo tengo ahora necesidad de saber cómo piensa usted. Cuáles son sus preferencias. Qué es lo que en estos momentos constituye el objeto de sus pensamientos.

—Yo tengo siempre como una obsesión por los jóvenes abandonados. Pienso en ellos continuamente y me preocupa hondamente su situación. Me parece que me llaman, que me piden que acuda en su auxilio.

—¡Basta! ¡Esa es su vocación! Es aquí en donde le quiere Dios. Sí, se ocupará de ellos. No lo dude. Ya le buscaremos un cargo, aquí, en Turín, que le deje tiempo para que usted pueda continuar con sus "oratorianos". De momento, váyase a descansar algunos días en su casa. No tenga demasiada prisa por volver. Está usted demasiado agotado por el exceso de trabajo y necesita reponer sus energías. Cuando regrese a Turín, tendrá ya asignado el empleo.»

Don Bosco permaneció durante algunas semanas en su casa «en plan de vacaciones». Pero este vocablo era para él algo muy relativo. Tenía un significado bastante distinto del que se le suele atribuir ordinariamente. Y, desde luego, no significaba, sin más, cesación de todo trabajo u ocupación, para entregarse al ocio o a las diversiones. Hijo de un siglo caracterizado por el despliegue de una actividad incesante y múltiple, le repugnaba el «ocio», en el que veía, incluso, una ocasión de pecado, según la mentalidad corriente. Más tarde diría a sus salesianos:

«—¡Trabajad, trabajad sin descanso, que las vacaciones nos las tomaremos en el cielo!»

No insistiremos en las diversas formas de llenar su tiempo en esta ocasión. Fueron las de siempre. Las que resultan propias del

ministerio sacerdotal que él vivía en plenitud. Por eso, al volver a Turín para conocer el empleo y aplicarse a cumplirlo, su salud había ganado bien poco. Y las consecuencias no iban a tardar en verse.

Al llegar a la gran ciudad fue a ocupar una habitación que se le había asignado en el Refugio. O, para hablar con más propiedad, en el «Refugium peccatorum», es decir, una institución destinada a recoger a las jovencitas que habían tenido la desgracia de naufragar en la vida al comenzar a surcar las procelosas aguas del mundo. Era obra de una marquesa del título Barolo y formaba parte del Hospital de Santa Filomena, aún sin inaugurar. A Don Bosco se le había asignado el oficio de director de aquel Hospital, con una retribución del orden de las 600 liras anuales. Y entre tanto que aquel establecimiento continuaba sin inaugurarse, él comenzó a prestar ayuda al P. Borel en la dirección espiritual de las jovencitas del Refugio.

Este empleo no resultaba de su agrado. Pero tenía la ventaja de que le dejaba un margen grandísimo de tiempo disponible, lo cual le permitía continuar ocupándose de sus jovencitos.

Un sueño anunciador

Don Bosco, por de pronto, comenzó por poner a disposición de sus amiguitos la habitación del Refugio que le había sido asignada para su uso personal. Allí reunía a una parte de ellos, los que cabían, para darles la instrucción catequética y para conversar amigablemente, porque también era éste un modo de apostolado. Los que no podían tener cabida en aquel lugar continuaban acudiendo a las dependencias de la iglesia de San Francisco de Asís, en donde eran atendidos por algún otro sacerdote que se había sumado a la misión del apóstol. Don Bosco, empero, los visitaba con asiduidad y tomaba parte en la catequesis. Para el recreo se hacía servir preferentemente el patio del Convitto. Algunas veces se utilizaba alguna plaza o calle próxima al Refugio.

El nuevo local del «oratorio» —habremos de llamarlo ya así, aunque aún no se había alumbrado este nombre— quedó abierto el 2 de octubre de este año (1844). La noche anterior a este acontecimiento el apóstol volvió a «soñar».

Y fue lo de siempre: una nueva versión del ya famoso sueño de los nueve años. Los elementos integrantes de este acontecimiento y los personajes por él vistos fueron los mismos. Hubo, no obstante, circunstancias dignas de ser señaladas. Soñó, en efecto, que se hallaba en medio de un gran número de animales de toda especie. Incluso, pájaros y otras especies de aves. Todo el conjunto hacía un ruido ensordecedor, lo cual motivó que él quisiera huir presa del miedo. Mas la «señora» le alentó a permanecer en medio de ellos.

El, entonces, había comenzado a andar de un sitio para otro, siempre seguido de aquel cortejo. Y advirtió que hacía tres paradas o estaciones en cada una de las cuales, una parte de aquellos animales se trocaban en mansos corderillos. Una de las paradas tenía lugar en un prado. Allí triscaban los corderillos y retozaban en medio de otros feroces animales sin recibir daño alguno de ellos.

Don Bosco habría querido sentarse en aquel lugar porque se sentía muy cansado, mas la pastorcita le había ordenado seguir adelante. El había obedecido y había llegado, siempre seguido de aquel extraño cortejo, a un vasto patio rodeado de pórticos, en uno de cuyos ángulos se levantaba una iglesia. Aquí había advertido que las cuatro quintas partes de aquellos animales se habían transformado en corderos. Su número era grandísimo.

Nuevamente había pretendido dejar aquel sitio para irse a celebrar la misa en alguna iglesia. Entonces, la pastorcilla le había hecho ver allí mismo un hermoso templo en el que todo estaba dispuesto para la celebración del sacrificio eucarístico. Incluso, una orquesta situada en el coro, y un número muy grande de cantores. En el interior de aquella iglesia, a cierta altura, una cenefa blanca corría a lo largo de las paredes y en ella estaban escritas con caracteres cubitales estas palabras:

Haec est domus mea; inde gloria mea. («Esta es mi casa. De aquí saldrá mi gloria.»)

«—¿Qué significa todo esto? —había preguntado él.

—¡Todo lo comprenderás a su tiempo, cuando con tus propios ojos corporales veas en la realidad lo que ahora estás viendo con los ojos de la imaginación!

—¡Pero si estoy perfectamente despierto! Veo cla-

ramente y miro con mis propios ojos materiales... ¡Sé muy bien en dónde estoy, lo que hago...!»

El toque del «avemaría» en la próxima iglesia de San Francisco le había despertado. El sueño había durado toda la noche. En él se le habían dado a conocer las vicisitudes por las que había de pasar su incipiente obra en aquellos primeros años antes de verse consolidada. Serían muchas las dificultades y los obstáculos que se le opondrían hasta casi inducirle al desaliento. Pero, siempre con la protección de la Gran Reina del cielo, lo superaría todo y acabaría por triunfar.

Cuando ya los años pesen al venerable anciano, y él se vea protagonista de una obra de proporciones verdaderamente colosales, y en torno a su humilde persona, vea difundirse un halo de gloria y de admiración de parte de las gentes, exclamará profundamente conmovido:

«¡Todo lo ha hecho María!»

El Oratorio en el Refugio

El Refugio estaba situado en Valdocco, barriada extrema de la ciudad, suburbio prácticamente desconocido por la casi totalidad de los jóvenes que ahora frecuentaban el oratorio. Por otra parte, Don Bosco apenas si había podido dar otra indicación de él que la de señalar aquel sitio de una manera harto vaga al comunicarles que, en adelante, allí estaría el centro de las reuniones. Por eso, llegado el primer domingo, los muchachos comenzaron a llegar en grupos, llevando como única contraseña el nombre del apóstol en los labios.

«¡Don Bosco, Don Bosco! ¿En dónde está Don Bosco? ¿Vive aquí? ¿En dónde está el oratorio...?»

Los vecinos, que ni conocían al sacerdote recién instalado entre ellos, ni jamás habían oído la palabra «oratorio», y al ver la pinta de aquellos tipejos, pensaron lo peor. Creyeron que se tratase de un ejército de «gamberros» —aunque este término no estaba acuñado a la sazón— y que se dirigían allí con el intento de cometer cualquier desaguisado.

Pero, en un punto, aparece Don Bosco. Ellos se le acercan y le

rodean con demostraciones de gran alegría y de respetuosa veneración. La gente, al ver tan desusada estampa, se persuade de que ninguna siniestra intención ha llevado allá a los jóvenes. Un sentimiento de respetuosa admiración hacia el joven sacerdote, que es capaz de concentrar en torno a su persona el respeto y el cariño de los rudos mozalbetes, sobrecoge a todos los que contemplan la escena.

¡Gracias, precisamente, a esta feliz realidad, porque la agitada turba de inquietos y retozones muchachos no iba a tardar en recibir un duro golpe a sus ilusiones! El suspirado oratorio se reducía, por esta vez, al estrecho espacio de una habitación personal. Allí, naturalmente, no se podía ni correr ni saltar ni casi moverse. No obstante, por Don Bosco, ellos estaban dispuestos a arrostrar cualquier sacrificio. Les bastaba su sola presencia entre ellos para hacerles grata la permanencia en cualquier lugar.

«—No os desalentéis —les dijo él para animar a los más pusilánimes—. Este no es, en modo alguno, el lugar definitivo de nuestras reuniones. Yo os prometo que antes de que pase mucho tiempo contaremos con un lugar espacioso y cómodo. Tendremos una iglesia amplia, vastos patios y muchas habitaciones en donde podréis estar con cuanta comodidad deseéis. Tened confianza en mí.»

Sin embargo, la obra estaba pasando por unos momentos verdaderamente críticos. Aquel lugar resultaba realmente insuficiente e incómodo. Sobre todo, porque no tardaron en agregarse a los ya asiduos concurrentes otros muchos niños de la barriada. Pasillos, escaleras, calle... ¡Todo se vio invadido de pronto por la bulliciosa multitud! Y este hecho hacía prever la aparición de serias dificultades de parte de la propietaria e inquilinos del Refugio.

Seis domingos se echaron así. ¡Espectáculo insólito el que ofrecían aquellos jóvenes, cuando, rodeando a su «condottiero», éste los conducía a través de la ciudad hasta alguna iglesia para que oyeran la santa misa! La estampa era totalmente desusada y extraña. El sacerdote avanzaba por las calles de la urbe en medio de aquella muchedumbre de mozalbetes mal trajeados, desgredados, de aspecto rudo, mal encarados muchos de ellos...

Y todos rezando en voz alta el rosario de la Virgen María.

Muchas personas comenzaron a admirar entonces las excelentes dotes de caudillo de aquel sacerdote, pronosticando, unas, que sería para el bien de la sociedad, entendiendo por tal la conservación del orden tradicional; otras, en cambio, viendo en él al revolucionario capaz de subvertir aquel orden infundiéndolo en el ánimo de aquella juventud los gérmenes de la Revolución.

Y había un tercer grupo en el que figuraban muchos eclesiásticos, que dieron en mirar en él a un ser extravagante y ridículo, falto por completo del sentido de la dignidad que conlleva el estado clerical. ¿Quiénes tenían la razón?

Probablemente los que le consideraban un «revolucionario». Pero un revolucionario al estilo de su Maestro, Jesucristo, que vino al mundo a trastocar muchos valores convencionales establecidos por los prepotentes. Así, Don Bosco comenzaba a resultar molesto a muchos porque la proximidad de un «santo» de verdad no suele ser un buen asunto desde determinados puntos de vista. Y, por lo mismo, ya en torno de él se había comenzado a producir una atmósfera de altas tensiones que daría origen a formidables tormentas. Ya se acumulaban los nubarrones cargados de electricidad. El estallido no iba a tardar en producirse causando alteraciones y desasosiegos.

La marquesa de Barolo, sin embargo, se mostró generosa con el apóstol. Y, puesto que aún no se habían ocupado las salas del Hospital, cedió temporalmente a Don Bosco dos de las más amplias del piso superior. De esta manera fue posible instalar un altar de madera y tener allí la misa y los otros oficios religiosos, después de haberlas adecentado convenientemente. La capilla fue inaugurada el 8 de diciembre de 1844. Se cumplían exactamente en aquella fecha los tres años desde que el apóstol había iniciado la catequesis con el primer «oratoriano», Bartolomé Garelli.

VICISITUDES DEL ORATORIO (1844-46)

Las razones de la marquesa

Don Bosco puso la capilla del hospital bajo la advocación de San Francisco de Sales, igual que lo haría más tarde con la congregación religiosa por él fundada.

Este criterio respondía a varias razones. En primer lugar, porque con esta determinación daba gusto a la marquesa, que tan generosa se estaba mostrando con él, pues la dama era gran devota del santo obispo de Ginebra y pensaba colocar toda aquella obra que llevaba entre manos bajo esta advocación. En segundo lugar, porque el específico trabajo ministerial del apóstol de la juventud se había de ejercer bajo los auspicios, y según el método de exquisita caridad y mansedumbre características de este santo. Y, finalmente, porque a la sazón, en el Piamonte, las sectas habían comenzado a propagar sus errores doctrinales, y San Francisco había sido un campeón contra esta forma de perversión de las inteligencias. El mismo Don Bosco le tenía por especial protector suyo en su condición de escritor y, a imitación del apóstol del Chablais, había comenzado a publicar algunos libritos en defensa de la ortodoxia católica.

Entre tanto, el número de oratorianos iba constantemente en aumento, con lo que los inconvenientes originados por la estrechez del local eran también mayores cada vez. Y lo eran, asimismo, desde otro punto de vista; desde el de las molestias que ocasionaban a las personas que habitaban en el Refugio, las cuales se veían en la necesidad de tener que sufrir el griterío y alboroto de aquella turba poco disciplinada.

Las quejas, por tanto, comenzaron a llegar a Don Bosco. Y una de las voces que se alzaron en contra en aquella situación fue la de la marquesa en persona. Le dijo, sencillamente, que «no estaba de acuerdo con aquello».



Bartolomé Garelli, el primer oratoriano con el que Don Bosco dio inicio a su gigantesca Obra.



"El Gris" perro misterioso y a la vez providencial que en repetidas ocasiones le libró de sus enemigos.



Sacristia de la actual Basílica en honor de María Auxiliadora, en cuyo recinto Don Bosco recibía frecuentemente a sus jóvenes en confesión.



El apóstol lo reconoció, ¡cómo no! Reconocía que el comportamiento de sus amiguitos no era precisamente el «ideal». También él hubiera querido tirar un poco más de las riendas para contener dentro de los justos límites las manifestaciones expansivas de los niños y jovencitos que se divertían a su sombra. Pero debía tolerarlas porque de haber querido imponerles una actitud atemperada, probablemente lo habría echado todo a rodar. Por otra parte, él esperaba irles inculcando, con el tiempo, y de manera progresiva, también las formas sociales de las que la mayor parte se hallaban ayunos por completo.

La ilustre dama aguantó todavía un poco. Pero, como era de prever, llegó el día en que definitivamente se cansó. La ocasión o pretexto para despedir al apóstol y a su hueste fue un incidente sin apenas importancia. Un niño se atrevió a cortar algunas flores que ella cuidaba con gran solicitud. Don Bosco fue puesto en la alternativa de despedir a sus jovencitos o «largarse con la música a otra parte».

La primera estación del Oratorio (San Pedro in Vinculis, 25 de mayo de 1845)

El apóstol, en realidad, no tuvo gran trabajo en deparar a sus pupilos un nuevo lugar para recogerlos, pues ya había previsto que llegaría este caso y se había adelantado. Había iniciado conversaciones con el capellán de la iglesia de San Pedro in Vinculis, que era propiedad del Municipio y estaba situada en las afueras de la ciudad. Tenía un viejo cementerio anexo en el que ya los enterramientos eran raros y su capellán era el P. Tesio, anciano de mucha edad y de carácter excelente. El buen sacerdote no opuso ningún reparo. El traslado se llevó a cabo la tarde del 25 de mayo de 1845. Los muchachos recibieron con alegría el anuncio de esta novedad, pues se les dijo que allí tendrían mejor oportunidad para divertirse a sus anchas, estando propiamente en la campiña.

Pero el gozo duró poco. La mañana del domingo siguiente, la muchachada se trasladó allá llevando al frente a su caudillo. Era alrededor de las nueve de la mañana y el P. Tesio se hallaba ausente en aquel momento. Fueron recibidos por la sirvienta del

capellán. Pero no precisamente con cara de fiesta, sino «hecha una furia».

La buena mujer, cuando advirtió qué mundo se le venía encima, puso el grito en el cielo y comenzó a despacharse con la elocuencia característica de una mujer que sabe utilizar maravillosamente la lengua como arma de defensa y de ataque. El repertorio de «selectos vocablos», adecuados para poner de vuelta y media al caudillo de tan singular mesnada, resultó verdaderamente fluido y copioso. Y nada digamos cuando, habiendo dado comienzo a sus clamorosos juegos, los niños levantaron un griterío realmente ensordecedor e inaguantable.

Pero la culminación vino cuando un puñado de gallinas que ella tenía en una corraliza huyeron despavoridas, en medio de un escandaloso clamoreo, a causa de haber entrado en ella violentamente una bocha mal dirigida por uno de los niños. Don Bosco se acercó a ella para intentar sosegarla.

«—Comprenda, buena mujer —le dijo— que son niños y tienen necesidad de expansionarse y es necesario darles “amplia facultad de saltar, correr y gritar a sus anchas”. Pero esté segura de que ni el incidente que ha provocado la desbandada de sus gallinas ni otro semejante volverá a repetirse. Haremos que los muchachos se moderen en cuanto les sea posible.»

Pero aquellas mujer no se hallaba en condiciones de atender a razonamientos. Por el contrario, creció aún más su furor. Y de los insultos, pasó a las amenazas.

«—¡No! ¡No volverán a espantar mis gallinas ni a alborotar en este sitio! —dijo—. ¡De ello me encargo yo misma! Si el señor cura no es capaz de impedir que usted y ese hatajo de golfos que tiene a sus órdenes vuelvan por aquí, yo misma me encargaré de hacerlo!

—Le advierto, señora, replicó el apóstol, que éste es un lugar público. Y que mal podría usted conseguirlo de empeñarnos nosotros en venir acá. Ha de saber que contamos con el permiso del Municipio, que es el dueño de estos terrenos. Pero, de todos modos, usted misma no puede estar demasiado segura de hallarse

aquí el domingo que viene, porque nadie de nosotros puede prometerse una sola hora de vida.

—¿Es una amenaza?

—Tómeselo como usted quiera. Lo que sí puedo añadir es que he dicho una gran verdad.

—¡Bah! —dijo uno de los muchachos acercándose al apóstol—. ¡No vale la pena volver acá para no ver a esta mujer hecha una furia!

—Estate tranquilo —comentó Don Bosco— que el domingo que viene esa mujer ya no podrá levantar la voz contra nadie!»

Los niños entraron en la capilla. Al salir, después de la lección de catecismo y la recitación de una tercera parte del rosario, hallaron a la sirvienta en la misma actitud agresiva y hostil. Pero ahora no estaba sola. Con ella estaban otras varias vecinas a quienes había soliviantado e inducido a pedir el alejamiento definitivo de los muchachos. Don Bosco volvió a repetir:

«—¡Pobrecita! ¡Nos amenaza con no dejarnos volver y, sin embargo, el próximo domingo estará bajo tierra!»

En aquel momento regresaba el P. Tesio. A la sirvienta le faltó tiempo para desfogarse contra Don Bosco y sus golfetes, pintándolos con los colores más negros. Luego, se revolvió contra el capellán mismo para echarle en cara haber permitido que se acercaran hasta allí.

El sacerdote, aun cuando conocía muy bien el carácter irascible de aquella mujer, le prestó crédito. Y dirigiéndose al apóstol, le conminó, en forma descortés, a que no volviera a hacer acto de presencia por aquel lugar con sus muchachos.

«—¡Y, sin embargo —dijo Don Bosco a los que estaban a su lado— tampoco él sabe si estará vivo el domingo próximo!»

El P. Tesio escribió una carta al Municipio en la que pedía se prohibiera a Don Bosco llevar allá a sus jóvenes. Y, con el fin de dar más fuerza a su demanda, recargó las tintas en la serie de acusaciones de que los hizo objeto. Los ediles accedieron al deseo

del capellán. Pero ni éste, ni su ama pudieron gozar de aquel triunfo. El sacerdote se vio repentinamente aquejando de un ataque apoplético y expiró a consecuencia de él tres días más tarde. Tenía sesenta y ocho años de edad. Y en cuanto a la sirvienta, no fue más afortunada. Víctima ella, a su vez, del mismo mal, bajaba también a la sepultura dos días más tarde.

Fácil es comprender el espanto que se apoderó de todos los vecinos de aquel lugar cuando llegó a saberse toda la serie de acontecimientos y la forma en que se habían desarrollado. Los más no dudaron en atribuirlo a un «castigo del cielo». Otros, con más razón, vieron una singular protección ejercida por la Providencia para con aquel apóstol que deshojaba su vida en el cumplimiento de una misión ingrata, pero muy necesaria para las almas, para la Iglesia y para la sociedad misma.

Las muertes pudieron muy bien ser la consecuencia del brutal choque nervioso producido por el tremendo berrinche de ambos viejos. Don Bosco, gran psicólogo desde su niñez, observador sumamente sagaz, quizá vio ya claramente los síntomas precursores de aquellas muertes en ambos ancianos.

«Era yo aún bastante pequeñito y estudiaba el carácter de mis compañeros. Y mirando fijamente a alguno a la cara, descubría los planes que aquél tenía en el corazón. Por eso era yo muy apreciado y muy temido entre mis coetáneos. Todos me querían como juez o como amigo. Por mi parte hacía el bien a quien podía, pero el mal a ninguno» —dejó escrito respecto de este su espíritu de observación.

El apóstol hace referencia a estos hechos con estas palabras:

«Estas cosas se divulgaron y causaron gran impresión entre los jóvenes y entre todos aquellos a quienes llegó la noticia.»

Nueva luz del cielo

Don Bosco, en consecuencia de la determinación del Municipio, que le retiraba el permiso para utilizar la mencionada iglesia y sus patios adyacentes, se vio en la necesidad de suplicar a

la marquesa una nueva tregua antes de ser echado del Refugio, mientras buscaba con urgencia el nuevo campo de aterrizaje. La ilustre dama accedió sin dificultad, aunque movida por un cierto interés personal o un «santo egoísmo». Y era que, en realidad, aún no había perdido por completo las esperanzas de retenerlo en calidad de director de su hospital.

Y volvió nuevamente a intentar vencer la obstinación del santo sacerdote. Pero era empeño vano. El nunca abandonaría a sus amiguitos, a los que había resuelto ligarse incondicionalmente por toda la vida por una decisión entrañable e irrenunciable. La marquesa acabó por señalarle un plazo. Y fue en estas circunstancias cuando nuevamente vino a confortarle la luz del cielo. Era, otra vez, el mismo sueño de siempre. Aunque, como de costumbre, con algunas circunstancias o detalles nuevos. Esta vez la «Señora» le dijo que debería llevar a sus muchachos a un prado.

«—¡Pero si no es más que un prado! —objetó él.

—¡Exactamente, un prado! Pero has de tener presente —contestó ella— que mi Hijo y los Apóstoles no tuvieron siquiera un palmo de terreno en donde reposar!»

Don Bosco se había puesto de nuevo a trabajar en medio de aquella turba de siempre en medio de la pradera. El fruto logrado era escaso. Entonces había comprendido que debía recogerlos en otro lugar. La Señora le había indicado una capilla muy cerca de allí. Se trataba de una iglesia muy pequeña e incómoda, una capilla desmantelada, en torno de la cual había un pequeño espacio de terreno que podía servir para tener el recreo. El apóstol había continuado trabajando en lo de siempre: predicar, confesar, enseñar el catecismo... La capilla había resultado desde el principio totalmente insuficiente. La Señora le había mostrado otra iglesia mucho mayor sobre la cual había una casa. Luego le había conducido algo más lejos, le había señalado un campo cultivado y le había dicho:

«—Este es el lugar santificado por la sangre de los mártires turineses Adventor y Octavio. Yo deseo que Dios sea honrado aquí de manera muy singular.»

Don Bosco afirma respecto de esta nueva versión del «sueño» haber sido aleccionado acerca de muchas cosas «útiles para el futuro de su misión».

«Vi, dice, otras muchas cosas durante aquel sueño, que no es del caso referir ahora. Baste con saber que, a partir de aquel momento, yo avancé ya siempre con seguridad en lo referente al Oratorio y la futura sociedad religiosa que pensaba fundar.

También se me enseñó allí la manera de comportarme con las personas investidas de poder. Todas las grandes dificultades que han de surgir están ya previstas. Yo conozco la manera de superarlas. Conozco “clarísimamente” todo lo que me ha de suceder y avanzo a plena luz. Fue después de haber visto iglesias, casas, patios, aulas, clérigos y sacerdotes que me ayudaban, cuando empecé a hablar de ello como si ya fuera una realidad. Y ésta fue la causa de que algunos creyeran que desvariaba y me tuvieron por loco.»

El Oratorio en Los Molinos del Dora («Molini Dora»), 13 de julio de 1845.

La capilla, mezquina y destartada, que se le había mostrado en primer lugar, en este sueño, era la iglesia de San Martín, situada en el lugar, denominado «Molini Dora» (Los Molinos del Dora).

Don Bosco cursó una instancia al arzobispo a fin de que el prelado consiguiera del Municipio el permiso para reunir allí a sus «biricchini» (pilluelos), como acostumbraba él a designar a aquella turba de adeptos a su persona. La solicitud fue desechada favorablemente.

El nuevo traslado se llevó a cabo el 13 de julio de aquel mismo año (1845). El P. Borel, uno de sus más decididos colaboradores, se sintió profundamente conmovido al despedir definitivamente del Refugio a aquellos a quienes también él miraba con verdadero afecto paterno. Y era que su corazón sacerdotal amaba profundamente a aquellos hijos que la Providencia había puesto junto a él.

Los «oratorianos» resultaron defraudados una vez más. La capilla en cuestión, además de ser demasiado pequeña, sólo se les permitía utilizarla en determinadas horas del día, puesto que estaba abierta al culto público y en ella se celebraban misas los domingos. Y había también culto por las tardes. El terreno destinado al recreo era igualmente muy reducido. Y ellos pasaban ahora de los ¡400!

Pero con ser estas dificultades tan graves, no eran las más. Porque también aquí no tardaron en surgir las que venían constituyendo un obstáculo insalvable en todas partes para la persistencia de aquella institución: las quejas de los vecinos por la presencia de aquella turba indeseable. Las provocaron los molineros, que no estaban dispuestos a aguantar aquella algarabía ensordecedora.

Y la verdad era que nadie podía sentirse a gusto en las proximidades de aquella multitud alboratadora. Sólo —¡y Dios sabe a costa de cuánto sacrificio! —lo estaba aquel amigo suyo entrañable que era el joven sacerdote de I Becchi. ¡El sí que había puesto toda su vida ilusionada a su disposición!

Parece cosa extraña y como buscada de intento por misteriosas fuerzas ocultas, empeñadas en agostar en flor la proyectada empresa. Pero, en realidad, la mano de Dios estaba actuando de poderoso sostén y no permitía que los poderes del Maligno salieran triunfantes. El Oratorio, conforme a una feliz comparación expuesta por Don Bosco, era semejante a las coles. Con cada «trasplante», se robustecía y cobraba nuevo vigor. Todos estos traslados forzados estaban sirviendo para darle a conocer entre un número siempre en auge de niños y jovencitos que concurrían a él con mayor o menor asiduidad. Y también de personas mayores, de las cuales, unas se aprestaban a combatirlo por considerar aquel fenómeno como peligroso para la sociedad, mientras que otras se disponían a protegerlo y ayudarlo.

Sin sede fija (1 de enero de 1846)

En consecuencia de las quejas de los molineros, se conminaba al apóstol, en forma cortés, pero inapelable, a que el primer día del nuevo año (1846), dejara de utilizar la iglesia de San Martín para sus fines.

Despedido de allí, el caudillo de la hueste juvenil se vio obligado a vagar de un lado para otro por la ciudad de Turín en busca de algún templo que quisiera abrir sus puertas a aquella turba. Ya no pedía sino lo indispensable: el tiempo y la ocasión de facilitar a sus amiguitos el cumplimiento del precepto eclesiástico de oír la santa misa.

Pero él no se desalentó a pesar de tantos contratiempos. Cuando alguien, y no eran pocos, le manifestaba alguna duda acerca del porvenir de aquella obra que estaba sosteniendo contra viento y marea, replicaba invariablemente:

«—El porvenir está en muy buenas manos. En las de la Santísima Virgen. Ha sido ella la que me ha dado la seguridad de que, al fin, todas las dificultades acabarán por desvanecerse. Se disiparán los nubarrones y el sol brillará radiante.»

Pero, entre tanto, deambulaba de un sitio para otro, febricitante, demacrado, con la salud arruinada. El P. Cafasso se creyó en el deber de imponerle un nuevo descanso en su pueblo. Y él, siempre obediente a los deseos y consejos de su director espiritual, seleccionó a algunos de aquellos jovencitos, los más necesitados de salud, de pan y de afecto, y se los llevó consigo a la campaña.

El Oratorio quedó ahora sin sede fija y casi sin jefe. Algunos de aquellos muchachos continuaban, de alguna forma, en contacto con los colaboradores de Don Bosco, especialmente con el padre Juan Borel. Pero no era lo mismo. Por eso, en esta ocasión puede justamente decirse que se vio en trance de desaparecer. Y no fueron pocos los que así lo creyeron porque estimaban, y con razón, que aquello era obra suya personal. Una obra que, necesariamente, habría de acabar cuando él faltara.

Y fue, realmente, la fuerza subyugante de este apóstol excepcional al que los muchachos estaban dispuestos a seguir a todas partes la que lo salvó. A su regreso a Turín comenzó a reunirlos de nuevo. Y bastó la noticia de su llegada para que, muchos, que habían dejado de acudir durante su ausencia a las reuniones

mantenidas por don Juan Borel y otros colaboradores, volvieran de nuevo.

Ahora la jornada festiva se la pasaban fuera de la ciudad. Se reunían hacia las nueve o las diez en alguna plaza o delante de alguna iglesia, oían la misa y se iban al campo hasta el mediodía cuando el tiempo lo permitía. Lo mismo hacían por la tarde. Vagaban por la campiña durante horas. O, simplemente, elegían algún lugar adecuado para sentarse y escuchar al buen padre de cuyos labios pendían como seducidos. Luego rezaban, cantaban, organizaban juegos y presenciaban los que les hacía su caudillo. Y ya al filo de la noche regresaban a la urbe que parecía considerar a estos hijos suyos como a seres dañinos a los que trataba de expeler de su seno.

Regresaban en forma triunfal. Formados en compactas hileras, cantando con sus voces juveniles, frescas de candor y de entusiasmo. El espectáculo resultaba realmente maravilloso. Hasta el punto de que muchos transeúntes de los caminos y también los moradores de la ciudad detenían su paso para gozar de aquella estampa sugestiva.

Pero el sacrificio exigido a cada uno era grande. Estaban en la estación del invierno. Un invierno casi alpino, cano de nieves y, con gran frecuencia, excesivamente duro. Con vientos glaciales y neviscas. Con temperaturas que aterían los miembros y cortaban el aliento... ¡No era posible continuar a la intemperie teniendo sobre las cabezas únicamente la bóveda del cielo. Era preciso buscar el abrigo de las viviendas; cobijarse al amparo de los edificios construidos por los hombres para defenderse de las injurias del clima. Era condición necesaria para que aquellos valientes continuaran desafiando la suma de dificultades que exigían de cada uno un temple de héroe.

Casa Moretta

En estas circunstancias, Don Bosco hizo un esfuerzo pecuario superior a las posibilidades reales de su exhausto bolsillo, y tomó en alquiler, de un sacerdote propietario, tres habitaciones en la denominada «Casa Moretta».

Era sólo una solución de emergencia adoptada por la premura de las circunstancias, que no satisfacía tampoco esta vez a los

niños ni al apóstol mismo. Se trataba de una casa poco recomendable por la calidad de los inquilinos que la habitaban y carente de cualquier suerte de comodidades. Pero, de momento, podía servir para lo indispensable. Para acoger allí a los jovencitos los días más crudos y darles el catecismo.

Eran ellos ahora, después de la merma sufrida cuando la ausencia del padre, como unos 200, si bien, en tan desfavorables circunstancias, muchos de ellos no acudían con regularidad. Eran, no obstante, en su mayor parte, los que habían superado con éxito la «prueba de fuego» de todas las anteriores vicisitudes. Eran éstos, chicos de excelente calidad, sufridos y tenaces. Con ellos se podía contar para cualquier empresa.

Las habitaciones fueron adecentadas y acondicionadas para poderlas utilizar en los usos de siempre: como capilla y aulas para la rudimentaria enseñanza que allí se impartía. El ingenio del apóstol, caudillo nato, supo organizar admirablemente el complicado mundillo escolar, compuesto de elementos humanos muy dispares entre sí y dentro de una gran escasez de medios. En esta empresa le sirvió de inapreciable ayuda la presencia activa de un excelente sacerdote, el teólogo don Joaquín Carpano, el cual se puso incondicionalmente a disposición de Don Bosco.

Contando con él y con otros auxiliares que se prestaban con gusto a pasar las tardes de los días festivos en tan poco grata tarea, el apóstol pensó en reanudar las clases, interrumpidas desde hacía meses por mor de las mencionadas circunstancias adversas.

Hemos calificado a esta iniciativa de «empresa». Y lo era en realidad. Nada resultaba allí fácil. Todo era «problema». Desde la asistencia de los alumnos, los cuales acudían cuando podían, porque no siempre dependía de ellos mismos la regularidad, hasta la «uniformidad», ya que cada uno era un caso distinto, pasando por los útiles de clase. Y, sobre todo, los locales, tan insuficientes para tanta división y grupúsculo como había que hacer.

Pero había algo muy esencial en este caso concreto. Y esto no faltaba nunca: el trato otorgado a los alumnos. Trato hecho de paciencia inalterable, sufrida; de amabilidad y cordialidad, de cariño y espíritu de sacrificio. Sin esto, aquellos jovencitos ha-

brían desertado muy pronto en la totalidad o en su inmensa mayoría. Pero, por fortuna, los colaboradores del apóstol poseían todas estas cualidades, y por ello se realizó el milagro. La escuela pudo continuar adelante y ser el germen de una de las iniciativas más fecundas del genio de Don Bosco.

«Téngase en cuenta —diría él más tarde— que aquellas fueron las primeras escuelas de este género que se abrieron en Turín.»

En consecuencia hay que hablar de «éxito». Un éxito, se comprende, muy relativo. Pero en el que lo más importante fue la siembra de ideas del hombre inspirado por Dios. Estas escuelas no tardaron en pasar a ser diarias. Y entonces, todas las noches, cuando en la ciudad se cerraban las oficinas, los talleres y las fábricas, y se abandonaba el trabajo de toda suerte, grupos de jovencitos se encaminaban hacia aquel barrio extremo a través de los campos y por los mal trazados caminos, con frecuencia cubiertos de hielo o nieve y desafiando el crudo cierzo, y se encerraban en aquellas habitaciones para deletrear en los grandes cartelones, trazar los primeros perfiles de las letras o leer las notas del pentagrama.

Nuevos y extraños peligros para el Oratorio

Un nuevo género de dificultades vino ahora a sumarse a las que hasta ahora habían puesto en peligro la existencia del Oratorio. Ocurrió, en efecto, que la actividad que Don Bosco estaba desarrollando en la ciudad acabó por despertar el «celo» de los eclesiásticos con cura de almas, los cuales pretendieron salir en defensa de los que ellos juzgaban «derechos usurpados» por el extravagante «apóstol de los niños». Sus exigencias eran que cada uno de aquellos mozalbetes y niños, dejando la compañía de Don Bosco y las reuniones con él, acudieran a cumplir sus deberes religiosos y a recibir la formación catequética en la correspondiente parroquia.

Alma de esta iniciativa fue el cura de Nuestra Señora del Carmen. Este reunió a los demás y peroró ante ellos no sin cierto resultado, pues la mayor parte de los asistentes parecieron sentir en sus almas el escozor del remordimiento a causa de la indife-

rencia con que habían mirado hasta entonces a aquella porción del rebaño confiado a sus cuidados. Negligencia motivada, sin duda, más por error de apreciación al haber desestimado a priori la posibilidad del bien que eran capaces de asumir, que por espíritu de comodidad o falta de celo en el cumplimiento de los deberes que a ellos mismos les imponía su oficio pastoral.

A la reunión habían sido invitados también el P. Cafasso y el P. Giacolelli, partidarios de la tesis de dejar que el apóstol desplegara en paz su celo en favor de aquella misión singular. El P. Cafasso, con una autoridad indiscutible en el ámbito de la archidiócesis, tomó al fin la palabra:

«—No se moleste a Don Bosco —dijo—. La labor que él está realizando con los que ustedes llaman “feligreses suyos”, sólo él puede llevarla a cabo. Ya sé que también ustedes son celosos y que no les duelen prendas cuando de cumplir el deber se trata. Supongo, por tanto, que se hallarían dispuestos a arrostrar la serie de trabajos y molestias que esta catequesis comporta. Pero no se trata de eso. Créanme que debajo de este movimiento hay algo más que el simple celo sacerdotal. Incluso, algo más que la absoluta abnegación con que él está quemando su vida en favor de esos desgraciados jóvenes a quienes nadie parece querer. Y es por ello por lo que yo estimo que se le debe dejar plena libertad para que realice esa empresa. El suyo es un movimiento suscitado por Dios y él el apóstol elegido por la Providencia para realizarlo.»

La oratoria del P. Cafasso convenció a los más, pero no a todos. Unos pocos, muy pocos, se aferraron a su idea y quisieron hacer la experiencia de catequizar por sí mismos a los jóvenes de su demarcación parroquial. Don Bosco les envió unas decenas. Todos los que pertenecían a aquellas parroquias.

Aquellos muchachos, sin el subyugante influjo que el apóstol ejercía sobre ellos, estaban dispuestos a volverse lobos feroces de nuevo. Y no es que les faltara buena voluntad para someterse a la disciplina y a la autoridad de sus legítimos pastores. Pero tampoco podían hacer el milagro de observar la quietud beatífica de un santo, que se trataba de imponerles.

Entraron en la iglesia corriendo, atropellándose los unos a los otros; procurando cada cual tomar al asalto los primeros puestos para oír mejor la explicación catequética, y continuaron movidos, inquietos, casi indisciplinados... ¡Cuánto echaban de menos la amenidad de los relatos con que su buen amigo Don Bosco sabía cautivar su atención mientras iba dejando caer oportunamente la semilla fecunda de la palabra de Dios...!

Los sacerdotes catequistas, al ver aquello, pusieron mala cara:

«—¡Vaya un mundo que se nos ha venido encima!, dijeron. ¡Esto no hay quien lo aguante!»

Pero aún fue peor lo que llegó después. En realidad, aquellos muchachos continuaban sabiendo poco. Bastante menos de lo que se habían imaginado los que tan ilusionados los recibían. Después de todo, no era mucho el tiempo que llevaban con Don Bosco y su asistencia a las explicaciones no había podido ser regular. Entre otras causas, por las continuas vicisitudes por las que había debido pasar la institución.

La perspectiva de los catequistas resultaba francamente poco halagüeña. En consecuencia, tras aquel primer día de prueba, renunciaron a sus «derechos» y acabaron también ellos recomendando con calor a Don Bosco que continuara su benemérita y poco envidiable labor misionera.

NUEVAS VICISITUDES DEL ORATORIO (1846)

El Oratorio en un prado (marzo 1846)

Pero el Oratorio no había agotado aún las etapas de su marcha misteriosa hacia el lugar que le estaba asignado en los designios divinos. Aún debería experimentar nuevas vicisitudes tan graves como las pasadas y nuevos riesgos de extinción, que tales parecían ser los planes de la Providencia y el querer de los hombres. Cierta día, al regresar Don Bosco a su casa del Refugio, en donde la marquesa le seguía dispensando alojamiento y manteniéndole la dirección del hospital, se halló con una carta del sacerdote Moretta en la que le anunciaba la rescisión del contrato de alquiler de aquellas tres habitaciones.

«Lamento —decía aquella carta— tener que llegar a una determinación como ésta, pero no hallo otro remedio. Los inquilinos de la casa me abruman con quejas continuas a causa del alboroto de sus muchachos. Y me amenazan con írseme todos si continúo permitiendo que usted mantenga allí la sede del Oratorio.»

Como acto de deferencia, le permitía seguir allí hasta finales de marzo, en cuyos comienzos se estaba. Don Bosco, no obstante, nada amigo de complicar la vida a nadie, no quiso esperar hasta aquella fecha. Prefería siempre cargar sobre sí el peso más fuerte.

¿Qué hará ahora el *condottiero* de la singular mesnada? ¿Establecerse en un prado! Porque, ¿en dónde podrían gozar mejor sus muchachos de la predilección divina? Allí, de cara a la primavera, contemplarían, asombrados, el despliegue de las galas de la naturaleza. Campanillas y primulas, margaritas y lirios silvestres, amapolas y gencianas se mecerían suavemente al im-

pulso de una brisa acariciadora y embriagarían en torno el aire con su perfume para recrearlos.

El prado era propiedad de los hermanos Filippi, los cuales se lo arrendaban por 15 liras al año. Estaba en Valdocco. Y se hallaba rodeado de un seto de espinos, fresnos enanos, boj y zarzas entrelazados. En el centro de aquel espacio había un cobertizo de madera, adobes y barro. Un local muy a propósito para guardar los aperos de gimnasia, las bochas y demás objetos necesarios para la práctica de determinados juegos.

No obstante, el prado resolvía sólo una parte del problema. Allí, contando con la cooperación de la Naturaleza, podían estar a gusto algunas horas en los días soleados. Pero, ¿cómo se las arreglarían los lluviosos y muy destemplados? ¿Los de frío intensísimo, de nive o hielo, que no dejarían de hacer acto de presencia, dado la estación en que se estaba? Y las clases, ¿en dónde se tendrían? Por consiguiente, el trastorno que aquel desahucio ocasionaba al Oratorio no era pequeño. Pero había que tomar las cosas como venían en espera de mejores tiempos. Había que presentar «al mal tiempo, buena cara».

Recelos del Municipio

El apóstol parecía navegar llevando decididamente el viento en contra. Las dificultades brotaban a su paso como los hongos. Apenas se había desvanecido una, cuando ya había otra a la vista. ¡Quién lo hubiera dicho! Aquel movimiento juvenil, iniciado por él con el fin exclusivo de promocionar religiosa y cívicamente a la juventud tan desatendida, llegó a constituir una seria preocupación para las autoridades civiles de Turín.

Era cierto que los tiempos no se podían contar entre los más tranquilos. En la Italia de entonces, y de manera más concreta en el Piamonte, se conspiraba desde todas partes, pues se estaba en momentos de profundos cambios sociales y políticos, que eran el fruto del fermento de las ideas revolucionarias. Podía, sí, pensarse en algún levantamiento de sentido contrarrevolucionario a cuenta de los «papistas» o ultraderechistas, pero pensar que un sencillo sacerdote, por el simple hecho de haber reunido en torno a sí a un cierto número de adolescentes pudiera constituir una fuerza capaz de impedir la marcha de la Revolución, era

realmente dejar vagar la fantasía demasiado. Y, sin embargo, fue exactamente esto lo que ocurrió entonces.

Era, a la sazón, Teniente de alcalde y Jefe de la policía el marqués Benzo de Cavour, el cual, en el ejercicio de su misión, venía prestando atención desde hacía tiempo a aquel movimiento. Y ahora decidió averiguar por sí mismo cuáles eran sus fines y cuál el posible alcance del mismo. Y, constatada la incondicional adhesión de aquellos mozalbetes a su «jefe», pensó que realmente podía llegar a ser peligroso. Entonces, estimando que «es más fácil prevenir que tener que aplicar el cauterio para sanar la herida», cierto día llamó al apóstol a su presencia y tuvo con él un diálogo de este estilo:

«—Mi buen sacerdote. Las reuniones que usted viene teniendo desde hace años con esos centenares de jóvenes, la adhesión incondicional que ellos le demuestran, el género de enseñanza que usted les proporciona y su misma manera de pensar acerca de los problemas que nuestra nación tiene planteados hoy, me traen preocupado y crean en mi ánimo la sospecha de que se trate de un movimiento contrarrevolucionario. Por tanto, me atrevo a sugerirle que, obrando con espontaneidad, lo disuelva. Su continuidad no haría otra cosa que crearle a usted disgustos y sinsabores. Y a nosotros, problemas de orden público. Esas reuniones son peligrosas y yo no puedo seguir tolerándolas.

—Señor marqués —replicó Don Bosco—. No puedo aceptar su sugerencia ni su consejo. Ni puedo entender que mis reuniones resulten peligrosas para el orden público ni crear a las autoridades problema alguno. Sólo a mí me los crean, que debo emplear todas mis energías en su favor. Estas reuniones no tienen, en absoluto, carácter político, sino exclusivamente religioso y patriótico. Yo sólo pretendo hacer de ellos buenos ciudadanos de la patria terrena y candidatos a la eterna. A este fin van encaminados todos mis esfuerzos.

—Es natural que usted se exprese así y esconda en el fondo de su alma los móviles que abriga y que, de



La Virgen se apareció a Don Bosco en sueños y le indica el lugar donde debe levantarse la Basílica.

La Basílica desde el patio San Juan Bosco





Interior de la Basílica de María Auxiliadora, cuya devoción propagó Don Bosco incansablemente. Detalle del cuadro que preside el Altar Mayor.



alguna manera, pueden comprometerle. Pero yo sé que esas intenciones existen e insisto en que las reuniones con esos jóvenes resultan una amenaza para la seguridad del orden. Y, de una manera u otra, habrá que ponerles fin.

—¿Debo entender sus palabras como una amenaza?

—¡Tómelas como quiera! Usted sabe que sólo están permitidas las asociaciones expresamente autorizadas por la competente jerarquía.

—Cabalmente, ése es mi caso. Yo cuento con la de mi superior legítimo eclesiástico.

—¿Pretende hacerme creer que el señor arzobispo está siquiera enterado de este hecho?

—¡Desde luego! Yo no he dado nunca un solo paso sin su consentimiento.

—¿Eso quiere decir que si él se lo ordenara, renunciaría a tan ridícula empresa?

—Lo haría al punto, sin chistar. Me bastaría una orden suya para que inmediatamente lo abandonara todo.»

El tono de la entrevista se suavizó al ver el marqués las buenas disposiciones del joven sacerdote, el cual, a su vez, se felicitaba por el resultado que creía iba a ser la consecuencia de aquella entrevista. Pero se engañaba. Cavour no cejaría fácilmente en su empeño, como no tardará en verse.

Y, por de pronto, hizo espiar a Don Bosco. Ordenó que se le siguieran de cerca los pasos, con el fin de tratar de conocer sus verdaderas intenciones. A este fin comenzó por enviar al prado, siempre que hubiera alguna concentración de niños con su caudillo, un par de guardias municipales.

«—No me causaba molestias ni trastornos —diría más adelante el apóstol— la presencia de aquellos agentes de la autoridad. Por el contrario, ayudaban a mis fines, porque me servían de vigilantes en aquellas reuniones.»

Una jornada del «oratorio romántico»

Fueron éstos, al decir del apóstol, «tiempos de romanticismo».

Aunque también uno de los períodos de más aguda crisis de la institución, ya que las dificultades se fueron acumulando de tal modo que sólo la tenacidad de un carácter tan bien templado como el que poseía Don Bosco, y la seguridad que había adquirido en sus «sueños», pudieron sobrepasarlas.

El no perdía ni la calma, ni el buen humor, ni el entusiasmo. Uno de aquellos domingos condujo a toda su mesnada, casi ejército, puesto que ya rebasaban los 400, a gozar de una magnífica excursión a la basílica de Superga, que se alza en la cima de un empinado monte sobre la ciudad de Turín.

Primeramente oyeron misa en la iglesia de la Consolación (Consolata). Y, luego, formados en compactas hileras, salieron de la ciudad. Y ya en el campo rompieron la formación y comenzaron a trepar por la ladera hasta alcanzar el santuario, panteón de los reyes del Piamonte. Don Bosco hizo el recorrido a caballo.

La invitación a realizar aquella excursión había partido de un grupo de sacerdotes que miraban con gran simpatía aquel movimiento juvenil y ayudaban al apóstol en la medida de sus posibilidades. Entre ellos estaban: Cafasso, Borel, Dassano y Audisio, presidente de la Academia Eclesiástica, el doctor Anselmi y otros. Todos ellos habían precedido a los jóvenes a la cumbre de la colina. Y no, ciertamente, con las manos vacías. Una abundante y sabrosa comida había sido preparada allá arriba a sus expensas, para dejar satisfecho el apetito de aquella tropa que, si siempre estaba dispuesta a dar cima a empresas de esta naturaleza, mucho más ahora que la caminata se lo había despertado de forma increíble.

Fue ésta la primera de una serie de excursiones o paseos (*passegiate*) con que el apóstol premiaba la fiel adhesión de sus amigos en medio de tantos contratiempos y tan duras pruebas.

Un episodio trágico-cómico

Entre tanto, el proceder de Don Bosco resultaba para muchos cada día más desconcertante y su comportamiento era objeto de comentarios nada favorables a su persona. Por el ámbito de la ciudad comenzó a difundirse la especie de que aquel joven sacerdote se hallaba en un estado alarmante de salud mental. Y fue por ello por lo que algunos eclesiásticos, deseosos de suprimir

aquella ocasión de deshonor para la institución clerical, concibieron el desventurado plan de recluirlo a la fuerza en una casa de salud (manicomio). En consecuencia, dos de ellos se presentaron en su alojamiento del Refugio con este fin.

«—Querido Don Bosco —comenzaron diciendo—, venimos a invitarle a dar un paseo por las afueras de la ciudad. A la puerta nos espera un carruaje que hemos tomado en alquiler. Mientras respiramos un poco de aire, podemos charlar ampliamente de sus proyectos, tan interesantes. ¿Qué le parece?

—Que no hallo inconveniente. Y que les agradezco esta atención.»

Pero el apóstol no pecaba de ingenuo. Y ya había oído en la ciudad el eco de lo que se rumoreaba a su cuenta y estaba sobreaviso para no dejarse sorprender. Por consiguiente, se percató al punto de las intenciones de sus visitantes, los cuales, ya en la calle, le invitaron a subir al carruaje.

«—¡No, no! ¡De ningún modo! ¡Toca a ustedes hacerlo primero! —replicó él.»

Ellos, por no dejar transparentar sus siniestros propósitos, y sin sospechar en absoluto las intenciones de Don Bosco, subieron uno tras otro. Mas, apenas habían entrado, cerró él la puerta con violencia, corrió el seguro, que estaba en la parte de afuera, y gritó al cochero:

«—¡Pronto, al manicomio! ¡Conduzca a estos dos eclesiásticos al manicomio en donde son esperados!»

No fue necesario repetírselo, pues ya aquel hombre había sido previamente informado de lo que tenía que hacer. Por consiguiente, aporrea a los caballos que se lanzan a todo galope y no cesan de correr hasta llegar al lugar de destino. Las puertas de aquel edificio se hallan abiertas de par en par y los guardianes esperando.

«—¡Es un loco peligroso! —se les había advertido—. Apenas llegue, echadle las manos encima y asegúradle bien, porque tiene una fuerza colosal. ¡Que no se os escape, porque sería capaz de armar una revolución!»

Los caballos se meten como una flecha hasta el patio empedrado. Los enfermeros rodean inmediatamente el coche, dispuestos a dominar con mano segura al nuevo peligroso huésped.

No deja de causarles sorpresa el hecho de que, en vez de uno, como se les había anunciado, sean dos los que llegan. Pero, por lo demás, las señales coinciden. ¡Realmente son dos tipos furiosos! ¡Hay que ver cómo se revuelven y forcejean por quedar libres de los nervudos brazos de los loqueros!

«—En fin —concluyen éstos—. En este mundo hay muchos más locos de los que llegan a las casas de salud. Nada tiene, pues, de extraño que en esta ocasión se haya añadido uno más.»

Y los encerraron. ¡Vaya si los encerraron! Aunque ellos pusieron el grito en el cielo y amenazaron con la excomunión a los atrevidos mozos que «tenían la osadía de poner las manos encima de sus reverencias». Y allí permanecieron hasta que se aclaró el error, que no fue antes de haber transcurrido sus buenas horas. Pero aprendieron bien la lección. Y sacaron la conclusión de que bastante más locos, o, siquiera menos cuerdos, estaban ellos mismos que aquel a quien habían pretendido poner una camisa de fuerza.

Arrojado del prado

Aún había Don Bosco de sufrir una última repulsa, un nuevo desahucio, antes de alcanzar el término de aquel peregrinaje incesante de su asendereado Oratorio. Uno de aquellos días de fines de marzo (1846), recibió una carta de los hermanos Filippi en la que se le anunciaba la rescisión del contrato de arriendo del prado. Exactamente igual que le había ocurrido con Casa Moretta. También ellos le despedían. Y el motivo era que «los niños, al pisotear continuamente la hierba, la destruían hasta las raíces».

Era la realidad. Pero, ¿por qué no lo habían previsto antes de firmar?

«—Estamos dispuestos —añadían— a devolverle el precio del alquiler, con la condición de que el prado quede libre en el plazo de quince días.»

El nuevo fracaso del Oratorio podía ser interpretado por muchos, incluidos algunos de aquellos que hasta ahora se habían mantenido al lado del apóstol, y que resultaban indispensables para el triunfo definitivo de aquella obra, como una nueva demostración de la falta de asistencia de la Providencia en favor de aquel intento. Por consiguiente, Don Bosco, para evitar más deserciones de las que ya se habían venido produciendo en las precedentes contrariedades, creyó oportuno descubrir un secreto que había mantenido celosamente oculto hasta entonces. El «secreto del Rey», que es bueno no sea divulgado intempestivamente, según una expresión de la Sagrada Escritura. Nos referimos a la suerte de intervenciones de cuño sobrenatural con que Dios le había favorecido a lo largo de su vida.

El confidente de esta revelación fue, naturalmente, el P. Cafasso. A él dio cuenta el sacerdote Bosco de la serie de fenómenos de signo sobrenatural que desde la edad de los nueve años le había venido acompañando. Y fue tal su sinceridad, y por lo mismo, su fuerza persuasiva, que acabó por desvanecer hasta el último vestigio de duda que pudiera aún alojarse en el alma del santo director de espíritus.

Sin embargo, no sería exacto decir que esta serie de dificultades y oposiciones no causaron mucho daño a la incipiente obra de los oratorios. Y, de manera más concreta, a su fundador. El alejamiento de muchos colaboradores de los que, siquiera eventualmente «le echaban una mano», fue la causa de que casi todo el peso recayera sobre los hombros del siervo de Dios. Hombros ya magullados por el exceso de trabajo y de preocupaciones. Y esto, cuando el germen oculto de una terrible enfermedad se estaba incubando en su organismo. Caro hubo de costarle. Y llegó de nuevo hasta el borde mismo del sepulcro.

Singular reconocimiento merecen, junto a los tantas veces citados Cafasso y Borel, la actitud de decidido apoyo del prelado turinés, monseñor Franson. Hubiera bastado una sola palabra suya para que, hablando de tejas abajo, toda la obra del apóstol se hubiera desmoronado. Pero, ¡cosa singular!, todos los que con mayor empeño se pusieron de su parte, eran hombres de una santidad extraordinaria. De una santidad que no se limitaba simplemente a la que lógicamente debe presuponerse en cualquier consagrado. Algunos de ellos ya han sido elevados al honor

de los altares. De otros, podría seguirse la causa con idéntico feliz resultado. En consecuencia, cabe preguntarse si no es ello un indicio más que corrobora el carácter sobrenatural de la misión del pastorcillo de I Becchi.

¡Aquel 5 de abril, Domingo de Ramos!

Era el 5 de abril. El término del plazo fijado al apóstol por los propietarios del prado para su desalojo había llegado. Aquel era el último domingo que tenían acceso a él. El caudillo de la tropa de niños y mozalbetes los había despedido el domingo anterior con estas palabras:

«—Volved acá el domingo próximo y ya veremos qué es lo que nos tiene preparado la divina Providencia.»

Pero la Providencia esta vez, al parecer, no había acudido a la cita. Mas, sólo en apariencia, porque, en realidad, el Oratorio se había ido acercando, sin saberlo, a la meta de sus aspiraciones. Y este final ya estaba a la vista.

El apóstol se había pasado la semana andando de la ceca a la meca en busca de algún lugar en que poder reunir a su tropa, mas la suerte no le había acompañado. Por ninguna parte se vislumbraba la salida del atolladero en que se hallaba metido. Ni un tenue rayo de luz parecía brillar en el horizonte. Era la noche cerrada, tormentosa, que después de verter a raudales el agua que las nubes llevan en su seno, da paso a la limpidez de un cielo espléndido y luminoso.

Pero las incidencias de este día merecen ser relatadas con más detalle.

La mañana había transcurrido sin novedad. Como la de cualquier otro domingo o día festivo. Ya bastante avanzada, Don Bosco reunió a los muchachos para conducirlos a oír la santa misa en el santuario de Nuestra Señora del Campo, regentada por los PP. Capuchinos. Antes de abandonar el prado, los exhortó a dirigir a la «Madonna» una ferviente plegaria para pedirle que acudiera en su ayuda en la difícil situación por la que estaban atravesando. La dirigió él mismo con el encendido fervor de un serafín.

Era imposible que la Virgen dejara de esucharlos. Entre aquellos centenares de niños y jovencitos había verdaderos ángeles de inocencia y de virtud. Por otra parte, ya los medios humanos habían sido agotados sin regatear esfuerzos y sacrificios, lo cual suele ser la condición exigida por Dios para intervenir El con su poder omnipotente. «Dios aprieta, pero no ahoga», reza el adagio. ¡Y bien que se ceñía esta vez el dogal al cuello! No se podía apretar más sin grave riesgo de sofocamiento.

Y sonó, efectivamente, la hora de Dios. No es sólo una metáfora. Es también una sorprendente realidad. Tras la oración en común, el compacto grupo emprendió la peregrinación hacia la mencionada iglesia. Un potente coro de voces frescas continuaba elevándose al cielo en demanda de auxilio. Los jovencitos iban rezando el rosario, la tradicional plegaria tan grata a la Reina del cielo.

El santuario de Nuestra Señora del Campo distaba del prado cerca de dos kilómetros. Al llegar cerca de él, las campanas de la torre se lanzaron a repiquetear alegremente sin ser accionadas por nadie. Así quisieron asociarse a la alabanza en honor de la «Madonna». Y fue, a la vez, un himno triunfal que entonaron regocijadas porque ya la prueba estaba tocando a su fin.

Acababa la misa, los niños se fueron a sus casas para comer. Hacia las dos de la tarde, ya casi todos se hallaban de nuevo en el prado. Hubo, como siempre, explicación de catecismo, cánticos piadosos y juegos clamorosos. Sin embargo, a los más observadores de entre ellos, no pudo pasarles inadvertido un detalle totalmente desacostumbrado: Don Bosco, que era siempre el alma de aquel movimiento, que estaba siempre en todas partes dando calor y vida a la animada recreación, aquella tarde no se dejaba ver por ninguna parte. Le buscaron y le hallaron alejado del bullicio. Arrodillado a la otra parte del seto. Sumergido en los espasmos de una dolorosa agonía. Le había llegado la hora de la pasión, precursora, como lo fue la del divino Maestro, del domingo de resurrección. Del triunfo.

Silenciosas, pero amargas lágrimas, bañaban su rostro. El espectáculo de tantos adolescentes y niños, llenos ahora de rebosante alegría, ajenos a las insidiosas asechanzas del «lobo» que rondaba, taimado, en torno de ellos, le causaba una pena infinita. ¿Tendrían que ser abandonados, al fin, a su propia suerte?

¿Serían todas sus «visiones» sólo ilusión y engaño del Maligno?... Más de una vez había él pensado en esta posibilidad, que bien sabía cómo el ángel de las tinieblas suele transformarse en espíritu aparente de luz para tratar de seducir a los más cautos

Y, al fin y al cabo, ¿no resultaba cierto que él estaba sosteniendo un combate sobrehumano contra el parecer de casi todo el mundo? ¿Por qué había de ser él el solo prudente, el iluminado, el favorecido de Dios con carismas enteramente singulares?

Estas reflexiones, incisivas como cuchillos cortantes, desgarraban ahora su alma porque, después de todo —pensaba— lo único que podía él aducir, en favor de la pretendida misión sobrenatural, era su buena voluntad. Pero, ¿era suficiente para pensar que Dios hubiera hallado especiales complacencias en él? ¿No estaban animados de los mismos sentimientos todos los que trabajaban a su lado y los más distantes, todos los sacerdotes ocupados en cualquier parcela del campo único del Dueño de la mies? ¿No trabajaban también ellos con la misma pureza de miras, con igual elevación de sentimientos, con idéntica entrega? ¡Y, sin embargo, eran muchos los que le aconsejaban que desistiera de aquella aventura!

Era la «noche oscura» por la que toca pasar a las almas de los místicos. La invasión de las fuerzas desencadenadas por el Maligno para tratar de empujarle al desaliento. Y fue también la primera vez que aquel carácter audaz y valiente se sintió inseguro en sus decisiones. La primera vez que casi llegó a dudar de sus propios destinos.

«Al atardecer de aquel día —diría él más tarde— volví a mirar a la muchedumbre de niños que se divertían. Y pensaba en la abundante mies que se estaba preparando para el sagrado ministerio. Por lo cual, al verme abandonado de mis ayudantes, exhausto de fuerzas, quebrantado de salud y sin saber en dónde podría volver a reunir a aquellos muchachos, me sentí vivamente conmovido y, acaso por primera vez, brotaron las lágrimas de mis ojos.»

«No un laboratorio, sino un oratorio»

Pero pasó la hora «del poder de las tinieblas». Se desvaneció

la pesadilla y la paz volvió a reinar en el alma del apóstol.

«—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué no me reveláis ya de una vez el sentido de los sueños y me deparáis el lugar que me tenéis reservado para reunir a estos hijos vuestros? ¡O dádme a conocer, o inspíradme lo que debo hacer!»

Apenas había pronunciado esta oración, cuando se le presenta un tal Pancracio Soave. Un hombre que tartamudeaba al hablar hasta el punto de hacerse entender con cierta dificultad.

«—Me han dicho que usted es el señor Don Bosco, jefe de esta tropa, y que anda buscando un lugar para un laboratorio. ¿Es cierto?

—Sí, mi buen amigo. Yo soy Don Bosco. Pero no busco lugar para un laboratorio, sino para un oratorio.

—¡Bueno, perdone, pero es que yo no acierto muy bien a distinguir la diferencia que hay entre esas dos palabras. Pero puedo ofrecerle un local que tal vez le sirva. Es propiedad del señor Francisco Pinardi, una buena persona con la que usted se entenderá fácilmente. Venga conmigo. Es aquella casa.»

Don Bosco acompañó a Pancracio. Se trataba de un edificio de planta baja y un piso, al que se subía por una escalera exterior. Y, ¡cosa singular! ¡Era la misma edificación que, por propio impulso, había estado visitando algunos días antes el apóstol cuando a raíz de uno de sus sueños había creído entender que era allí en donde debía fijar la sede del Oratorio! Mas, como luego el misterioso personaje le había hecho ver cosas harto más grandiosas, había acabado por desviar la atención de aquel lugar en la creencia de que era totalmente desproporcionada a sus fines. Pero la desilusión del apóstol creció de punto cuando Pancracio le dijo:

«—No. No es ésta. Es la que está detrás.»

Esta vez la decepción fue completa. La construcción indicada no levantaba más de los dos metros del suelo. El tejado y el techo se hallaban en condiciones deplorables. Las vigas estaban deterioradas y el pavimento con grandes socavones a causa del

agua que las lluvias metían dentro a través del tejado. Propiamente no era más que un cobertizo. Una leñera.

«—¡No me sirve esta construcción! Es demasiado baja —fue la exclamación que brotó espontánea de los labios de Don Bosco.

—Yo la prepararé convenientemente —dijo el señor Pinardi, que acababa de agregárseles—. Haré rebajar el pavimento, construiré peldaños, echaré el piso, retejaré y haré cuanto sea necesario, porque deseo que este edificio sirva para su laboratorio.»

Don Bosco tuvo que aclarar de nuevo que no se trataba de ningún laboratorio, sino de un «oratorio». «Es, —dijo— una iglesia, con un espacio adjunto, y otras dependencias para reunir a los jovencitos con el fin de enseñarles a ser buenos cristianos y buenos ciudadanos».

Esta idea entusiasmó al bueno de Pinardi, que exclamó lleno de alegría:

«—¡Muy bien! Yo, modestia aparte, tengo una buena voz y podré acompañar en las funciones religiosas. ¡Ya verá! Pondré dos sillas al fondo. Una para mi mujer y otra para mí y vendremos a oír misa aquí. También tengo en casa una lámpara que vamos a colgar del techo. ¡Magnífico, un oratorio!

—Todo eso está muy bien, señor Pinardi, le cortó Don Bosco. Pero no echemos tan pronto las campanas al vuelo. Vamos a lo que hace al caso. Ante todo, es preciso rebajar el suelo no menos de dos metros. Sin esa condición no hay trato alguno. Luego, llevar a cabo otras reformas y... ¡ponernos de acuerdo en el precio del alquiler!

—Se rebajarán los dos metros y se hará todo lo que sea necesario, esté usted seguro. Y en cuanto al precio, sólo le pido 300 liras anuales. Me dan más; pero yo prefiero cedérselo a usted porque piensa dedicarla al culto y eso me entusiasma.

—Le doy 320 si me tiene concluido el trabajo para el domingo próximo y me cede el terreno que rodea el edificio.

—De acuerdo. Esté usted tranquilo, que yo le doy mi palabra.»

El trato había quedado cerrado en pocos minutos. Don Bosco experimentó una sensación de enorme placidez. Estaba realmente contento. Era cierto que no parecían existir demasiados motivos para el optimismo, ya que aquel contrato garantizaba sólo unas pretensiones muy modestas. Pero el hombre genial intuía que esta vez la cosa iba en serio. Se acababa de echar el fundamento de la obra por la que había venido suspirando durante tanto tiempo y que tantos sinsabores le había proporcionado. Corrió al prado y reunió a sus amiguitos para decirles:

«—¡Alegraos, hijos míos! ¡Al fin hemos hallado el lugar para nuestro oratorio! ¡Tendremos iglesia propia. Tendremos sacristía, aulas para las clases, patio para correr y organizar nuestros juegos. El próximo domingo nos trasladaremos allá. Está muy cerca de aquí. Ahí. Es una propiedad del señor Pinardi.»

La alegría del padre se contagió a los jóvenes, los cuales reaccionaron clamorosamente al verle contento. Gritos, saltos, cabriolas, palmoteos..., todo servía para hacer ostensible el íntimo regocijo que sentían en sus corazones. Don Bosco los dejó desahogarse. Luego, los invitó a arrodillarse allí mismo y a elevar una cálida «acción de gracias» a la «Madonna», porque había escuchado sus oraciones.

Nuevo amanecer (12 de abril)

El señor Pinardi hizo honor a su palabra. Puntualmente, el domingo de Pascua, 12 de abril, las reformas estaban hechas. El local fue bendecido el día siguiente por el reverendo doctor Borel y dedicado al culto. El arzobispo concedió licencia para reservar el Santísimo Sacramento y otorgó a Don Bosco las más amplias facultades en todo lo concerniente a facilitar el fomento de la piedad de los jóvenes.

La nueva capilla no era precisamente una catedral, ya se comprende. No tenía más de quince metros de larga por seis de ancha y debía albergar a varios centenares de niños y jovencitos.

Si bien hay que decir, en honor de la verdad, que raramente concurrían todos a la vez. La altura, ya la conocemos. ¡Pero era suya! Allí podían estar tranquilos sin las molestias ocasionadas anteriormente en los sitios por donde habían pasado. Lo demás ya vendría por sus propios pasos.

Esta circunstancia significó un paso importante en el desarrollo de la obra del apóstol. Y los frutos comenzaron a notarse desde el primer momento. La solemnidad que desde entonces se pudo dar a las funciones litúrgicas, la comodidad que se tenía para administrar los sacramentos de la reconciliación y la comunión, la variedad de los juegos y pasatiempos que la imaginación y las admirables disposiciones de Don Bosco multiplicaban, la música y los cantos religiosos y recreativos, ejecutados cada vez con mayor perfección, produjeron el efecto de atraer a un número aún mayor de jovencitos, de tal modo que, en pocos meses, se acercaron a los 700 los que conocían y frecuentaban aquel lugar.

Pero no fueron solamente los muchachos los que volvieron o acudieron por primera vez. Lo hicieron también los mayores. Muchos de aquellos colaboradores de la primera hora que, en vista de los repetidos fracasos del Oratorio, se habían alejado o retraído, comenzaron a volver y se reconciliaron con el apóstol felicitándole efusivamente por el triunfo de su tenacidad. ¡Comenzaban a brillar las luces de una feliz y prometedorá alborada!

«El lugar estable, las muestras de aprobación del señor arzobispo, las solemnes funciones religiosas, el bullicio de un patio de recreo, atraían a niños de todas partes. Y también volvieron a mí varios eclesiásticos de los que anteriormente habían colaborado en la labor del Oratorio.»

Un carisma singular

El lector estará tentado de creer exagerados los datos referentes al número de jovencitos y niños que se agrupaban en torno a Don Bosco. ¿Es posible, se preguntará, que fuesen tantos los que no hallaban en la ciudad mejores medios de pasatiempo que los que el Oratorio les brindaba?

Así era. Pero hay que tener en cuenta que los tiempos eran muy distintos de los actuales, en que los niños encuentran mu-

chos más atractivos aun sin salir del propio hogar. Y, por lo mismo, sería un error de enfoque juzgar este fenómeno con los criterios de hoy.

Sin embargo, no estará de más observar que, en general, los muchachos son menos exigentes en la elección de sus pasatiempos de lo que, a primera vista, puede parecer. También hoy están dispuestos a contentarse con entretenimientos sencillos, a condición, empero, de ser ellos los protagonistas de las diversiones. Mas tampoco hemos de pasar por alto un elemento primordial y decisivo en este caso especial: el singular atractivo que Don Bosco ejercía sobre la juventud. Era, sin duda, éste, uno de los dones carismáticos con que Dios le había favorecido para el mejor cumplimiento de la misión que le había asignado.

Y no se trata de una simple afirmación gratuita. Existen pruebas muy concretas de este singular fenómeno en virtud del cual se vio muchas veces a niños y jóvenes mantener fija la mirada en el rostro de aquel hombre extraordinario como cautivada por una fuerza magnética, que les impedía apartarla. Otras veces experimentaron la necesidad de acercársele o de seguir tras él. Hubo niño que rompió la luna de un escaparate por salir lleno de incontenible entusiasmo a su encuentro. Y quien al aplaudirle, al encontrarse con él en medio de la calle, dejó caer la botella de aceite que acababa de comprar en la tienda.

Y no fueron sólo los niños. En Marsella, en los años de su madura ancianidad, un obrero, que había negado desdoñasamente su aportación al apóstol cuando éste cuesteaba a favor de sus obras de caridad, le siguió a la salida del templo a través de las calles sin poder darse a sí mismo razón de por qué lo hacía. Sólo advertía que a ello le impulsaba una fuerza irresistible.

Y, sin embargo, aquellos muchachos no se pasaban la jornada festiva precisamente solazándose. El programa de actividades era más bien, exigente. Era tal, que con dificultad lo soportaría hoy un novicio. Allí se trabajaba febrilmente, si es lícito expresarse así. La imagen más exacta sería la de una colmena en plena actividad, en donde cada cual se aplicaba a lo que le correspondía y en donde los más adelantados ayudaban a los más retrasados y los más favorecidos a los menos. Y todo dentro de una atmósfera de caridad y de amor, que era el mejor constitutivo de aquella sociedad.

NUEVAS PRUEBAS DEL ORATORIO (1846)

Protección regia

La lucha contra la admirable institución del apóstol de Valdocco no había cesado aún y tardaría en hacerlo. Parecía estar escrito que la vida de este hombre de Dios había de estar marcada por el signo de la contradicción más que la de cualquiera otro. Que este santo había de soportar una sobrecarga en la dosis de sufrimientos morales y físicos que son comunes a todos los apóstoles de Cristo. Así, cuando le llegue la hora de ir a recibir el premio, podrá decir con Pablo, el Apóstol de las gentes:

«—He sostenido valientemente el combate de la fe.»

La autoridad civil volvió a la carga. El mencionado conde de Cavour no se había aquietado con las explicaciones de Don Bosco. Ni tenía bastante con ver que las cosas no se salían de sus cauces. Que todo discurría dentro de una perfecta normalidad. Incluso, mejor que antes, porque muchos de los golfillos de antaño, dispuestos a perturbar la quietud de las personas amantes del orden y del sosiego, se habían transformado en seres inofensivos.

El prohombre se empeñó, pues, en ver el peligro en donde no existía. Y con el intento de tratar de evitar sus consecuencias, reunió una asamblea a la que quiso se hallara también presente el prelado de la archidiócesis. El lugar de la junta fue el palacio arzobispal, puesto que a causa de estar delicado de salud el prelado, se le quiso evitar la molestia de una salida.

El marqués, en su condición de responsable del orden público, habló en primer lugar y recargó la dosis de pesimismo. Y pintó con tales trazos el hipotético peligro que, a su entender, constituían aquellos jovencitos bajo la conducción de su jefe, que

la partida parecía irremisiblemente perdida para el pobre Don Bosco.

Entre los asistentes se hallaba también el conde de Colegno, ferviente admirador de la obra del apóstol. Pero estaba allí, no en nombre propio, sino en el del soberano mismo. Este, con estudiada indiferencia, había dejado que cada cual expusiera su propio parecer. Luego, él mismo, pidió también la palabra.

«Ya conocen sus señorías, dijo, que yo no comparto el pesimismo de que se ha hecho derroche en esta reunión. En ella se ha presentado a Don Bosco como a un peligroso revolucionario afecto al Vaticano. Y es cierto que es un hombre resueltamente adicto a la autoridad papal. Pero no lo es más de lo que quizá deberíamos serlo todos nosotros por nuestra condición de católicos, hijos de la Iglesia. Por mi parte, no creo en absoluto que él represente ninguna suerte de peligro para la seguridad del Reino ni para la tranquilidad de esta ciudad; sino todo lo contrario, porque su labor se reduce a formar buenos ciudadanos entre los jóvenes. Pero esta opinión mía pesaría, en todo caso, como la de cualquiera otro de los que estamos aquí. Y ha habido muchas voces que se han levantado en contra. Por eso, voy a aducir la de uno que acabará por desvanecer todo prejuicio al respecto, y que, espero, ninguno de ustedes pondrá en tela de juicio.»

Y así diciendo, extrajo, con estudiada prosopopeya, una cuartilla de su cartera y leyó algo semejante a esto:

«Es voluntad expresa del soberano que no se vuelva a molestar a Don Bosco. Por el contrario: protéjanse y favorezcanse esta clase de reuniones en lugar de obstaculizarlas. Si existe algún inconveniente, estúdiese el modo de remediarlo o prevenirlo.»

Ello bastó para que la amenaza se desvaneciera como un nublado de verano.

Y aquí hemos de admirar, una vez más, la delicada sensibilidad de Don Bosco, gran santo, y, por lo mismo, gran caballero. Comprendiendo que el marqués de Cavour había salido de aque-

lla reunión con la sensación de un gran fracaso, se apresuró a tratar de disipar de su alma toda amargura. Y no cejó en su empeño hasta que le reconcilió con su obra, ganado por su caridad y simpatía. Poco después, el viejo político se vio aquejado del mal de gota y vivió atormentado por los dolores propios de esta dolencia hasta el 15 de junio de 1850, en que pasó a mejor vida. Don Bosco le visitó varias veces durante este tiempo y le dio toda suerte de aclaraciones acerca de su obra. El prohombre se sintió halagado y satisfecho.

En una de estas visitas, en cierto punto de la conversación, preguntó él al apóstol de qué medios se valía para llevar adelante los gastos, no pequeños que aquella obra exigía.

«—Todo es cosa de la divina Providencia, señor marqués. Ella es la que mueve el corazón de las personas de bien para que acudan en mi ayuda. Y si esa misma Providencia inspirara en este preciso momento a vuestra excelencia que me diera alguna ayuda, créame que se lo agradecería sinceramente.»

Hizo sonreír al marqués la graciosa salida del apóstol. Pero no le impresionó menos su humildad y su caridad. Y allí mismo ordenó que se le entregaran 200 liras, mientras exclamaba:

«—¡Usted, querido Don Bosco, es un ángel en la tierra!»

Desde aquel momento, el sagaz político quedó totalmente ganado para la causa del santo hombre de Dios. Sus hijos, Camilo y Octavio, el primero considerado como uno de los hombres más hábiles en el arte de la política del siglo XIX, frecuentaron el Oratorio en su adolescencia, dando un ejemplo de sentido auténticamente democrático, al mezclarse con los más humildes hijos del pueblo.

Entre la espada y la pared

A todo esto, Don Bosco continuaba hospedándose en el Refugio y desempeñando el cargo de director espiritual del Pequeño Hospital (*Hospedaletto*). La marquesa no dejaba de insistir con él para que se desentendiera de aquellos «golfillos» para dedicarse

con exclusividad a sus obras de beneficencia. Mas, visto que nada lograba, sino que el apóstol se iba viendo cada vez más comprometido en la obra que había iniciado desde los comienzos de su sacerdocio, la ilustre dama creyó llegado el momento de plantearle nueva y definitivamente la disyuntiva: o la dedicación exclusiva a sus establecimientos, o el alejamiento de todo contacto con ellos. Le decía que era por su bien, puesto que su salud iba decayendo de día en día por el exceso de trabajo.

«—¡Piénseselo muy bien, Don Bosco! Le doy un mes de tiempo para que tome una decisión —acabó diciéndole.

—No lo necesito, señora marquesa. Ya tengo tomada mi decisión desde hace mucho tiempo. ¡Me quedo con mis muchachos! Es más, le diré que yo mismo, por propia iniciativa, andaba buscando la ocasión de presentar la dimisión de mi cargo de director de su Pequeño Hospital. Y si no lo he hecho hasta ahora ha sido por un sentido de atención a usted, porque reconozco que ha sido mucho lo que me ha ayudado.

—¡Eso quiere decir —exclamó ella resentida— que usted prefiere sus desarraigados a mis instituciones de caridad!

—¡Exactamente! Pero hay una razón: Usted, con su dinero, puede conseguir los servicios de cuantos sacerdotes quiera para ocupar mi puesto. En cambio, estos pobres hijos míos no tendrán a nadie si yo los abandono.

—Pero, ¿de qué va a vivir usted mismo si yo le retiro el sueldo y mi ayuda?

—¡La Providencia, señora marquesa, la Providencia! Recuerde que es ella la que alimenta las aves del cielo y viste los lirios del campo. Yo le quedo a usted sumamente agradecido por la ayuda que me venido prestando en momentos verdaderamente críticos para mí y mi obra, pero ahora es Dios el que me llama a trabajar en otro lugar. Allá en Valdocco.»

La ruptura quedó sellada, aunque no por completo. La ilustre dama prometió a Don Bosco «no darle a partir de entonces un

solo céntimo para su obra». No obstante, su generoso corazón no le permitió mantener la palabra. De vez en cuando —y no tan raramente—, procurando, eso sí, guardar rigurosamente el anonimato, llamaba a alguna persona de su confianza y le decía:

«—¡Ande, lleve esto a aquel pobrecito testarudo!
¡Que no se nos muera de pura necesidad!»

Y, por entonces, le permitió continuar ocupando la habitación del Refugio.

El poder de la oración

Entre tanto, la salud del infatigable apóstol continuaba mejorando y a él le estaba resultando de absoluta necesidad tomarse un buen descanso durante una larga temporada, alejado de aquel escenario. ¿Durante cuántos días? ¡Años, tal vez! Porque tenía necesidad de reponer su organismo, minado traidoramente, según vimos, desde los años del seminario.

Pero ¡descansar precisamente en esta coyuntura, verdadera encrucijada de su vida apostólica, cuando estaba a punto de echar sólidamente las bases de una obra que prometía abundancia de bienes espirituales! Era empeño punto menos que imposible. No obstante, la enfermedad pudo más que él y le obligó a doblarse bajo su peso.

Era un día caluroso, agobiante, del mes de julio. La jornada había sido agotadora. Como todas. El apóstol pensaba en el lecho con ilusión, porque apenas si podía arrastrar el peso de su propio cuerpo al llegar la noche.

Con gran esfuerzo consiguió arrastrarse hasta su habitación, mas apenas hubo transpasado el umbral, sufrió un desvanecimiento. A dos pasos de la puerta estaba el lecho y aún pudo, en un esfuerzo supremo, alcanzarlo y dejarse caer sobre él para evitar rodar, fulminado, al suelo.

En cuestión de horas se le declaró una fiebre violentísima como consecuencia de una bronquitis aguda. Tosía continua y profundamente. Y en menos de una semana ya estaba en las últimas, hasta el punto de aministrársele el «viático» y el sacramento de la unción de los enfermos. Todo el mundo esperaba un

desenlace fatal. Su madre y su hermano acudieron a verle por última vez.

Entonces comenzó entre los jóvenes oratorianos un incesante afluir al Refugio. Solos, o en grupos, llegaban pidiendo, como un favor singular, que se les permitiera verlo siquiera una vez más. La emoción de estas visitas era indescriptible. Como el dolor mismo de los muchachos. El médico había prohibido terminantemente que nadie se acercara al enfermo. Que nadie le molestara por ningún motivo. Ellos, no obstante, no querían en modo alguno alejarse sin haberle visto.

«—¡No quiero más que verle! —decían unos.

—¡No le hablaré! —declaraban otros.

—¡Sólo le diré una palabra! —manifestaban otros.

—¡Si él supiera que yo estoy aquí, añadirían aún otros, me haría entrar!»

Y lloraban con verdadera amargura.

Cuando se persuadieron de que la ciencia se declaraba impotente para arrancarle de las garras de la muerte, ellos acudieron al Cielo en demanda de la salud del padre bueno. Se reunían en grupos para pasarse horas enteras de rodillas delante del sagrario. Ponían por intercesora a la Santísima Virgen, conforme a lo que habían aprendido de aquel maestro incomparable. Algunos llegaron a hacer votos de gran responsabilidad. Quien se comprometió, mediante ellos, a ayunar a pan y agua por meses enteros. Quien a rezar diariamente el rosario durante años y aún por toda la vida. Hubo peones de albañil que ayunaron rigurosamente durante aquellos días, sin por ello atenuar el ritmo de su extenuante trabajo.

Entre tanta zozobra como reinaba en torno a su lecho, sólo él permanecía tranquilo con la serenidad que proporciona la conciencia al que sabe que ha cumplido siempre con la voluntad de Dios.

Pero el «milagro» se realizó una vez más. El reverendo P. Borel, que no se apartaba de su cabecera, consiguió inducir al enfermo a pedir su propia curación «si tal fuese la voluntad del Señor».

«—Sí, Señor —dijo el enfermo con voz casi imperceptible—. Si os complace, sanadme. No rehúso el

trabajo. Si aún puedo ser útil para algo, si aún puedo ayudar a algún alma en el camino de la salvación, dadme, por la intercesión de vuestra Madre, aquel tanto de salud que baste a mi trabajo, sin que dañe a mi alma.»

Después de esta oración, el enfermo se durmió profundamente. Al despertar, se hallaba fuera de peligro. Al llegar el médico por la mañana se quedó admirado del cambio, pues más bien había esperado encontrarle muerto.

«—¡Bien puede usted estar agradecido a la Santísima Virgen, que buenos motivos tiene para ello!» —le dijo.

Cuando se comunicó a los muchachos la noticia de que el buen padre se había salvado, no cabían en sí de gozo. Y no cesaban de dar gracias a la «Madonna» a la que atribuían la curación. Pero su alegría no conoció límites cuando, al cabo de una larga convalecencia, le vieron llegar a su Oratorio apoyado en un bastón, porque sus fuerzas se hallaban aún debilitadas.

El, por su parte, se apresuró a conceder la dispensa a los que se habían comprometido con votos y promesas, de manera inconsiderada, sugeridas por el vehemente deseo de arrancarle de las garras de la muerte. Se los dispensó o cambió por otras cosas de fácil cumplimiento e igualmente provechosas para ellos.

El doctor Borel predicó en una regocijada fiestecita que se hizo al querido enfermo. Don Bosco habló al final de la velada. Dio las gracias a todos por cuanto habían hecho por contribuir al restablecimiento de su salud y por el íntimo y cordial afecto que le habían demostrado:

«—Estoy persuadido —dijo entre otras cosas— de que Dios me ha prolongado la existencia en atención a vuestras oraciones y sacrificios. Por ello, la gratitud me exige que, de ahora en adelante, la consagre por entero a vuestro provecho. Así lo prometo en este instante. Y sólo deseo que vosotros me ayudéis a salvar vuestras almas.»

En la primera decena de agosto partía para Castelnuovo a fin de pasar un período de convalecencia, que se prolongó por tres

meses. El Oratorio quedó nuevamente confiado a la dirección del doctor Borel. Don Bosco seguía las incidencias de su amado centro mediante un frecuente intercambio epistolar.

Pero los jóvenes de Turín no se satisfacían con esto y hallaban insoportable la prolongada ausencia del padre. Querían verle; hablar con él. Estimaban que nadie podía sustituir al fundador en la dirección del Oratorio, porque nadie poseía sus dotes de amabilidad y entrega.

Y sobre todo, les asaltó un temor no mal fundado, a su entender: el de la posibilidad de perderle para siempre. Sabían ellos que Don Bosco no era capaz de estarse mucho tiempo sin dar curso a su actividad emprendedora, y que ya había comenzado a reunir en torno de sí a los niños y jovencitos de Castelnuovo, formando con ellos el embrión de un nuevo oratorio. En consecuencia, comenzaron a pensar lo peor. Entonces menudearon las cartas instándole a volver a Turín. A no echarlos a ellos en olvido. Y comenzó también a afluir hacia Castelnuovo una corriente de jóvenes, los más audaces, a visitarle.

«—¡Estad tranquilos —les decía él, por su parte—.

Os prometo estar con vosotros antes de que los primeros fríos otoñales despojen los árboles de sus hojas.»

¡Bien se lo merecían por el profundo amor que le demostraban! ¡La ida y retorno a Castelnuovo desde Turín les suponía una caminata de 60 kilómetros!

FUNDA SU PROPIO HOGAR
(3 de noviembre de 1846)

Nuevo sacrificio de la madre

Y llegó la hora del retorno a Turín. Sus amigos, entre ellos el P. Cafasso, y el prelado turinés mismo, presionaban sobre él para que, al menos, permaneciera en su casa un año. Le aseguraban que el Oratorio estaba en buenas manos e intentaban hacerle ver que, de precipitar la vuelta al trabajo, podría volver a recaer con riesgo probablemente irreparable. El, no obstante, puesta su confianza en la Providencia, decidió el retorno para primeros de noviembre. El Oratorio le atraía como el imán al hierro.

La más importante dificultad a la que hubo de hacer frente en esta ocasión fue la del alojamiento. La marquesa —esta vez sí—, puesto que la ruptura entre ella y Don Bosco se había consumado, había hecho desalojar su habitación del Refugio con el fin de que fuera ocupada por el nuevo capellán del Hospital.

Sin embargo, Don Bosco no se hallaba en la misma situación crítica de antes. Ahora podía disponer en Turín de dos habitaciones (viviendas) tomadas en arriendo al señor Pinardi en la casa adjunta al local (*tettoia*) en que radicaba el Oratorio. La dificultad estaba en que le iba a tocar vivir solo en aquel inmueble en donde habitaban otros inquilinos de conducta algo más que dudosa. Lo cual no era lo más conveniente para un sacerdote joven y no era difícil prever que daría que hablar. Expuso el caso al párroco de Castelnuovo y él acertó con la solución adecuada.

«—¡Llévate contigo a tu madre!»

Don Bosco recogió la sugerencia, pero decidió pensárselo bien. Aquella decisión iba a suponer para la buena campesina, muy apegada al terruño nativo, un gran sacrificio. El, no obstante, conocedor de la capacidad de entrega de Margarita, se resolvió a plantearle el caso.

«—Querido Juan —contestó ella—. ¡Ya puedes imaginarte cuánto ha de costar a mi corazón abandonar esta casa en la que he vivido siempre; dejar a tu hermano y a los queridos nietecitos! Pero si te parece que este sacrificio puede resultar del agrado del Señor, estoy pronta a seguirte.»

Y le siguió. En torno de ellos, a la hora de la despedida, lloraban todos: el hijo José, que amaba entrañablemente a su madre; los nietecitos, que la idolatraban; las familias circunvecinas, que sentían su partida y la de aquel sacerdote que tanto bien estaba haciendo a sus hijos. Pero fue preciso romper con toda esta suerte de consideraciones y desatar los lazos del parentesco y la amistad para seguir el llamamiento de Dios. Aquella era también una vocación.

Llegaron a Casa Pinardi el día 3 de noviembre (1846), cuando ya el sol había tramontado las lejanas cimas de los Alpes, aunque habían salido muy de mañana, pues la distancia, cubierta a pie, era de 30 kilómetros. Llegaban, ya se entiende, agotados de la larga marcha; pero con un humor excelente. El llevaba un pequeño paquete con algunos libros. Entre ellos, el breviario y el misal. Margarita, otro hatillo de ropa y algunas cosillas más que juzgaba indispensables para hacer frente a aquellos primeros momentos. Pero ni siquiera sabían si podrían cenar aquella noche.

Cerca ya de la casa, se encontraron con uno de los amigos de Don Bosco, el sacerdote doctor Juan Vola. Se saludaron efusivamente con un abrazo. El amigo quedó enterado de las precarias circunstancias en que llegaban, de su extrema pobreza.

«—¿Pero cómo así? —dijo—. ¿Cómo vais a hacer frente a las primeras necesidades?

—Yo lo he esperado todo siempre de la Providencia, contestó Don Bosco. Ella es para mí como un banquero. Y, por cierto, el más rico y generoso que imaginarse pueda. ¡Nunca me ha echado en olvido!

—¡Ni esta vez tampoco lo va a hacer! —dijo emocionado el buen sacerdote—. ¡Aquí tienes mi reloj! Siento no llevar encima dinero contante, pero puedes venderlo. ¡Tal vez os dé para cenar esta noche!

—Pero... ¿y tú? ¿Te vas a quedar sin reloj?

—No te apures. Tengo otro en casa. ¡Y ojalá pudiera tener también una fe tan viva como la tuya! ¡Seguro que todo os saldrá bien!»

El doctor Borel había hecho llevar previamente a Casa Pinar di los pocos y sencillos muebles que Don Bosco tenía en el Refugio: un par de sillas casi desvencijadas, una mesita de madera, un pobre anaquel con unas docenas de libros... Y, por su cuenta, había añadido algunos platos y vasos y un par de lechos para madre e hijo y algunas cosillas más.

Margarita vio con satisfacción aquella situación de auténtica pobreza evangélica de su hijo y se regocijó en su interior al constatar cuán bien había sabido asimilar las lecciones que ella le había impartido desde la niñez. No, no era rico. Por el contrario. Carecía hasta de lo más esencial para cubrir las necesidades más perentorias. Era rico, sí, en virtudes, en fe en la Providencia, por lo que también ella estaba segura de que no les había de faltar nada de lo indispensable, como acababa de decir aquel santo sacerdote, su amigo y admirador.

Por su parte, también ella se desprendió bien pronto hasta de las cosas que más había estimado en su vida. Incluso del ajuar del día de sus desposorios, celosamente guardado hasta entonces, en el fondo del arcón. A falta de cualquier uso mejor, sirvió, convenientemente modificado, para embellecer el altar del Señor los días festivos.

Y en medio de aquella situación, jamás faltaba el buen humor y la alegría a madre e hijo. Con frecuencia, las voces de ambos resonaban en el silencio de la apacible noche otoñal, cantando a dúo alguna letrilla piadosa. Y se reían de buena gana al mirarse en aquella disposición.

Siempre en la brecha

Don Bosco había llegado a Turín, tras su convalecencia, con la casi formal prohibición de su director espiritual de no trabajar en la forma habitual en él: con exceso. No querían verle de nuevo arruinado en la salud o, peor aún, dejar la vida en plena juventud. Una juventud tan prometedora. Tenía, a la sazón treinta y un años. El «casi» se lo había prometido.

Sin embargo, en este punto no era hombre que supiera moderarse. Y era, tal vez, en lo único que demostraba debilidad. Y ocurrió que al cabo de pocas semanas, ya estaba metido de lleno en los habituales empeños de siempre. Por ello, el reverendo Borel consiguió inducirle a tomarse unos días de reposo en una localidad próxima a Turín, en Sassi, en casa de dos sacerdotes que atendían espiritualmente aquella población. Y para que no fuera molestado por nadie, habían tratado de mantener oculto su paradero.

Pero ocurrió que, por aquellos días, 300 jovencitos y niños, alumnos de las Escuelas Cristianas, dieron fin a los ejercicios espirituales predicados en el colegio. El punto neurálgico de este «retiro espiritual» lo constituía la confesión. Confesión que muy bien podía exigir, en algunos casos, mucho tiempo y más habilidad en los confesores para serenar la conciencia de los niños. O, simplemente, para arreglar los desbarajustes del pasado, porque también los preadolescentes son capaces de cometer pecados. Y Don Bosco lo sabía muy bien. Tanto, que sólo por impedirlo fue dejando su vida a jirones a lo largo de toda ella. Y ¿qué otra cosa significaba lo que se le había mostrado en el tantas veces repetido «sueño» bajo la imagen de los diversos animales que figuraban a los niños antes de ser reducidos a la condición de corderos?

Los 300 de referencia solicitaron la presencia del apóstol al término de aquel retiro, puesto que él era el confesor ordinario del colegio.

«—¡Don Bosco! ¡Don Bosco! ¿En dónde está Don Bosco? ¿Por qué no viene a escuchar nuestras confesiones precisamente en esta ocasión?»

Con el permiso de sus superiores, un buen número de ellos, se dirigieron a Valdocco, a buscarle.

«—No está aquí, oyeron de los labios de alguien, al llegar allá. Está en Sassi descansando durante unos días porque se encuentra demasiado agotado.

—¿Sassi? ¿Sassi? —se preguntaban ellos—. ¿Dónde está Sassi? ¡Vamos allá!»

Era un día lluvioso de otoño. La cellisca daba de frente a los jovencitos y penetraba casi insensiblemente calándolos hasta los

huesos. Ellos, sin embargo, no se desalentaron. Continuaron adelante a todo correr. A través de los campos arcillosos y los caminos llenos de barro. A cada una de las personas que hallaban a su paso, le preguntaban por Sassi.

¡Más allá! ¡Más allá! —oían decir siempre.

Cuando, por fin, llegaron, era ya bien entrada la mañana. Llegaban cubiertos de barro hasta las orejas. Calados hasta los tuétanos. Cansados. Casi exhaustos de la alocada carrera y del ayuno, porque deseaban recibir la sagrada comunión.

Don Bosco y los dos sacerdotes de la localidad los vieron llegar sorprendidos. Pero los acogieron con cariño. Era preciso no defraudarlos. Mantener su fe ilusionada, ferviente, activa.

Después de unas horas de trabajo ímprobo, ya estaban todos confesados. Oyeron la misa y comulgaron. Luego, vino el desayuno. Pagó el buen cura párroco, cuya despensa se vació para saciar el hambre de aquellos valientes. Y lo mismo algunas otras de los vecinos a quienes pidió prestado lo que a él no le alcanzaba. Y los niños regresaron satisfechos porque, sobre todo, habían saciado el hambre espiritual saturando sus almas de gracia santificante.

Un centro de irradiación espiritual

Don Bosco había puesto sus ojos en la casa del señor Pinardi y deseaba adquirirla para sí solo. Ante todo, como arrendatario, puesto que sus posibilidades económicas, por entonces, no daban para más. Pero su intención era la de llegar a ser el único propietario de ella, porque allí contaba con instalar el centro de irradiación de sus actividades de índole espiritual.

La primera parte de este programa no tardó en verse cumplida, pues el día 1 de diciembre (1846) conseguía quedarse con toda la casa, tomando en arriendo las otras tres viviendas del total de las cinco que integraban el edificio. Las alquiló a precios abusivos. Pero él, hombre de mirada dilatada, no solía reparar en detalles de «escasa monta», cuando de celar la gloria de Dios se trataba. Luego que se fue el último indeseable huésped, el apóstol se apresuró a reparar por cuenta propia la cerca de que estaba rodeada la propiedad con el fin de proteger, con más eficacia, a sus muchachos y ganar en independencia.

Pero sus ambiciones no terminaban aquí. Eran mucho más vastas. Deseaba adueñarse también de un amplia área en torno, porque quería, en primer lugar, sanear aquella vecindad en la que aún quedaban algunos establecimientos de mala nota, entre los que se contaba la casa de los hermanos Filippi, que tenía anejo un amplio cobertizo con corraliza, tomado en arriendo por el contratista señor Visca y que servía de albergue a los carreteros que llegaban a la ciudad por aquella parte. Estaba, además, la famosa «Giardiniera», figón perteneciente a la señora Bellezza, verdadero antro de inmoralidad.

Eran éstos, vecinos sumamente incómodos para el Oratorio, pues no sólo entorpecían el proyecto de expansión de la obra proyectada por Don Bosco, sino que constituían una molestia constante y un ejemplo de desedificación y escándalo para los muchachos. Y, en especial, los domingos y días festivos. Cabalmente cuando también los jovencitos acudían en masa a aquel lugar.

Allí concurrían personas desprovistas de todo sentido moral: malhabladas, pendencieras, procaces, blasfemas. ¡Sobre todo, blasfemas! Especialmente, los mozos de mulas y los arrieros. Los altercados que se suscitaban entre ellos eran continuos. Los escándalos, cosa de cada hora.

Y muchas de aquellas personas no se contentaban con el escándalo que podría calificarse de «pasivo», sino que, enterados de que allí se había instalado un sacerdote, con frecuencia se plantaban delante de la puerta del Oratorio y proferían gritos de amenaza, mientras desgranaban una teoría de ordinarièces, insultos y groserías insufribles. El apóstol lo toleraba todo en espera de poder acabar con tales inconvenientes.

Pero este propósito de Don Bosco era sólo la primera parte de su plan, ya que él no se contentaba con «desarraigar el mal moral» por la fuerza. El deseaba ir mucho más lejos. Quería proporcionar a las personas los medios adecuados para que ellas, espontáneamente, desde el fundamento de una convicción profunda, se esforzaran por alejarlo de sus vidas. Y para conseguirlo estimaba necesario, ante todo, proveerlas de una conveniente formación religiosa. Por eso deseaba crear iglesias, escuelas y talleres. En una palabra: centros de irradiación espiritual. Era, cabalmente, lo que debían ser sus «oratorios».

UN NUEVO ENEMIGO EN ESCENA (1846)

Lo maravilloso en la vida del apóstol: infestaciones diabólicas

A lo largo de las páginas precedentes hemos tenido ocasión de ver, o mejor, de adivinar, la presencia de un elemento que es habitual e inevitable en la vida de los grandes «santos» de la Iglesia: lo sobrenatural.

Pero entiéndase que con este término no se pretende aquí hacer referencia a aquellos elementos de orden sobrenatural que constituyen la esencia misma del sentido de trascendencia que es propio de la religión cristiana, tales como: la gracia, la fe, los sacramentos... Ahora entendemos referirnos a aquellos hechos o fenómenos que suelen jugar un papel muy importante en la vida de estos héroes de la santidad, como son: los milagros, el don de profecía, la comunicación con las realidades ultramundanas... Y la vida de San Juan Bosco —hemos de decirlo de una vez con entera claridad si hemos de tomarla tal como se nos ha ofrecido por sus inmediatos biógrafos— no sólo no careció de este elemento, sino que abundó en él de tal manera que se ha dicho que el apóstol se movía dentro de este clima con entera naturalidad.

Es, pues, necesario hacer mención de algunos de estos fenómenos, dejando al criterio de cada cual la interpretación de ellos, y desde la cual, por unos serán estimados como «puramente imaginarios»; por otros, como «enigmas» que la ciencia humana, muy lejos aún de haber desvelado la verdadera naturaleza del ser humano, ha de acabar por resolver algún día, mientras que otros no dudarán en aceptarlos como «reales y auténticos». El enemigo al que ahora hacemos referencia, no es otro que el «diablo».

Que este ser maligno no está ausente en la actividad de los mejores para tratar de suscitar cuantos obstáculos están a su

alcance con el fin de impedir o retardar su obra, es un axioma de la doctrina actual de la Iglesia.

«Está asentado en la emboscada para matar al inocente», dice esta doctrina.

Mas, cuando esta actividad de los siervos de Dios desborda los cauces ordinarios y ellos se lanzan a realizar conquistas en masa de almas, alarmado entra en escena de forma ostentosa, según el poder y la libertad que el mismo Dios le otorga. No podía, pues, faltar la manifestación de este fenómeno en la vida de San Juan Bosco, el apóstol que tantas almas juveniles estaba tratando de ganar para la virtud arrancándolas al vicio.

Estos hechos se comenzaron a dar casi desde los primeros días de haberse instalado el santo en casa Pinardi. Comenzó a suceder entonces que, apenas se echaba en el lecho, rendido de la atareada jornada, se dejaba oír un ruido infernal por lo ensordecedor. Y duraba hasta la madrugada. Era como si alguien arrastrara por el pavimento de madera del desván gruesas piedras con gran violencia.

En aquellas condiciones resultaba imposible pegar un ojo. El apóstol creyó que se trataba de gatos o de ratas que correteaban y se perseguían. Y se dio a poner trampas para cogerlas. Pero resultó en vano. Nunca se halló una sola atrapada en los cepos. Para cerciorarse mejor de si realmente se trataba de aquellos animalejos, esparció por el suelo pedazos de pan y queso. A la mañana siguiente estaban intactos.

Entonces comenzó a sospechar que se tratara del fenómeno de la «infestación diabólica» que él había estudiado en los tratados de teología como uno de los frecuentes en las vidas de los siervos de Dios. Y expuso el caso al P. Cafasso.

El santo director espiritual le recomendó rociar la habitación con agua bendita. Pero el remedio no surtió efecto. Ni el haberse trasladado de habitación. Ni el haber hecho una limpieza a fondo liberando el desván de todos los trastos que en él había. Las cosas continuaban igual. Y la salud de Don Bosco, como consecuencia de las noches que debió permanecer insomne, comenzó a ir de mal en peor. Se le veía ojeroso y demacrado. Durante el día era inútil tratar de persuadirle de que recuperara energías concediendo algún tiempo al descanso. El santo de la

«actividad incansable santificada por la unión con Dios» no hallaba tiempo para descansar.

Finalmente, se decidió a agotar todos los medios para tratar de descubrir al autor de aquellos ruidos. Abrió un agujero en el techo, lo cerró con una compuerta de madera que se podía levantar con facilidad y preparó una escalera de mano apoyándola en la pared. Pero, con gran asombro, nunca vio nada que fuera capaz de producirlos. Entonces, quedó confirmado en su sospecha: ¡Era cosa del diablo!

El remedio resultó fácil y eficaz. Bastó con colgar un cuadro de la Santa Virgen en la pared del desván con la súplica de que la celestial Madre ahuyentara al Maligno de aquel lugar. Desde aquel instante no se volvieron a repetir. El cuadro permaneció allí durante seis años, es decir, hasta que fue demolida aquella vivienda para dar lugar a otra más capaz y mejor.

Sin embargo, este género de acoso no había terminado definitivamente en la vida de este apóstol de la juventud. Volvió a repetirse en varias otras ocasiones. Pero, singularmente, en el año 1862. Entonces, los asaltos del enemigo fueron mucho más descarados y persistentes: el soplar de vientos huracanados en la propia estancia. Vientos que le obligaban a agarrar con todas sus fuerzas las mantas del lecho para que no fueran arrancadas; desaparición de objetos y cambio de lugar de los mismos, fenómeno que le obligaba a registrar toda la habitación para dar con ellos; levantarse inesperadamente fuego de la estufa apagada, con aparente amenaza de incendiar toda la casa; ruidos estridentes y continuos, sacudidas violentas del lecho y de la almohada situada debajo de su cabeza, choques violentísimos contra la puerta como si quisieran derribarla; visión de monstruos que avanzaban desde el pie del lecho con las fauces desmesuradamente abiertas como pretendiendo devorarlo...

Don Bosco, en esta ocasión, llegó a pedir por favor a algunos de sus salesianos que le quisieran hacer compañía durante la noche. Y a este fin, dos estudiantes de teología se prestaron a ello instalando sus camas en la habitación contigua. Pero al producirse algunos de los mencionados fenómenos huyeron despavoridos y ya no quisieron repetir la prueba.

Al fin, las oraciones insistentes de sus hijos consiguieron tener un tanto a raya al espíritu de las tinieblas. Aunque, a

intervalos, duraron hasta 1864. Luego, él dijo haber hallado el remedio eficaz para alejarlo, si bien no quiso precisar más. Se limitó a decir que «no se trataba del agua bendita o los exorcismos, que sólo producían efectos pasajeros». Por ello es lícito conjeturar que se tratase de alguna excepcional penitencia cuyos efectos redundarían en gran honor de Dios y singular provecho de las almas.

FUNDACION DEL INTERNADO (abril de 1847)

¡Alto!, ¡la bolsa o la vida!

Del conocimiento que Don Bosco había adquirido, a través de la experiencia acerca de la índole de los jóvenes, había llegado a deducir dos cosas: que los que habían caído eran capaces de concebir fácilmente propósitos de enmienda; pero que tales propósitos se derrumbaban con gran facilidad cuando, para llevarlos a efecto, las circunstancias resultaban adversas y exigían una gran fuerza de voluntad.

En efecto, muchos de los que había conocido en la Generala (reformatorio-cárcel) cumpliendo condena habían salido con el propósito de ser buenos en adelante. Pero habían sucumbido a la tentación cuando se habían visto desprovistos de todo y sin el apoyo de nadie. Entonces la desesperación los había empujado a reincidir aun a trueque de volverse a ver de nuevo purgando en los calabozos. A este propósito refiere él un episodio muy aleccionador:

Cierto día, el apóstol volvía de un pueblecito a su casa de I Becchi en donde se hallaba tomándose unos días de descanso. En un punto del camino, bordeado de zarzales y arbustos, le sale inesperadamente un joven que le pide el dinero que pueda llevar encima.

Pero la petición no es una demanda humilde y suplicante. Es una exigencia que va acompañada de mortal amenaza. En sus manos esgrime un afilado cuchillo cuyos siniestros destellos pueden verse a la incierta claridad de la luna.

«—No tengo el dinero que me pides —le replica él—. Pero, aun cuando lo tuviera, no te lo había de dar intimado por tus amenazas. Y en cuanto a la vida que dices estar dispuesto a arrebatairme, no eres tú el

dueño ni de la mía ni de la tuya misma. Por eso, no puedes disponer de ella. ¡Sólo Dios, que nos la ha dado, puede hacerlo!»

La situación se mantiene tensa por algunos momentos. En aquel lugar y a aquella hora puede suceder todo. El joven es de complexión fuerte y parece decidido. Mas no tarda en producirse un cambio total. Don Bosco ha acabado por reconocer al agresor, a pesar del ardid empleado por él de echarse el cabello sobre la frente. Es el hijo de uno de los propietarios de buena posición económica afincados en la vecindad.

«—¡Pero... ¿no eres tú Antonio? ¿Es así como mantienes la promesa que me hiciste en otro tiempo?»

También él reconoce ahora a Don Bosco.

«—¡Tiene razón, padre! ¡Soy un miserable! Pero me hallo en la más extrema necesidad y no tengo cara para presentarme en casa. Usted sabe que mi padre me arrojó de ella porque yo tuve la debilidad de robar un reloj, echando sobre la familia una mancha. Además, no le había reconocido, que de haber sabido que se trataba de usted, le aseguro que nunca habría tenido la audacia de hacer lo que acabo de intentar.

—Está bien. Pero esto no puede quedar así. Tú sabes que el pecado nos hace merecedores del infierno. ¿Qué sería, por tanto, de ti si murieras ahora...? La privación de la libertad, y cuanto sufriste en la cárcel, y esta misma necesidad de ahora, no tienen punto de comparación con las penas a que están condenados los desventurados que mueren con el pecado mortal en el alma!

—Le prometo confesarme y mudar de vida. Y estoy dispuesto a hacerlo ahora mismo, si le parece.

—¡Hijo mío...!»

Y mientras ambos se adentraban un poquito en la espesura, le fue preparando para recibir con fruto el gran sacramento de la reconciliación con Dios. La luna, que en aquel momento se asomaba entre las nubes, iluminó por un instante la singular escena. El joven, arrodillado al lado de Don Bosco, sentado a su vez

en el tronco de un árbol derribado, depositaba sus pecados en el corazón del sacerdote. Por las mejillas de ambos rodaban lágrimas calientes. Y el alma del joven se llenaba de una luz mucho más clara que la que en aquel momento derramaba el astro de la noche sobre la escena.

Episodios como éste, reales o posibles, le decidieron a recoger, si pudiese, a todos los que se hallaban en iguales circunstancias. O, por lo menos, al mayor número, en su propia casa. Allí los proveería de pan y de cariño y los alentaría, con la esperanza de un porvenir risueño, a mantener encendida la llama de sus buenas resoluciones. Así impediría que volvieran a la cárcel o que fueran a parar a ella.

Intentos fallidos

Era éste un propósito que había acariciado desde siempre. Pero lo comenzó a sentir con mayor urgencia desde que pudo contar con algunas habitaciones disponibles en el Oratorio. Desde su establecimiento en casa Pinardi. Ahora sólo aguardaba la oportunidad para empezar. Y la creyó llegada en las circunstancias que vamos a relatar.

Era el mes de abril (1847). El apóstol había ido a la ciudad para escuchar la confesión de un enfermo y regresaba ya entrada la noche. ¡Mala hora para andar un sacerdote sólo por aquellos descampados, extramuros de la ciudad, en unos tiempos en que no faltaban quienes nutrían en su pecho sentimientos de animadversión y de odio contra el traje talar!

El apresuró el paso cuanto pudo, porque, además, mamá Margarita esperaba en casa con la zozobra en el corazón a causa de estos peligros. Y, de pronto, ¡lo que se había temido! A la puerta de una taberna divisó, a la claridad de la luna, a un grupo de mozalbetes. Cerca de una veintena.

Con gusto hubiera querido volver sobre sus pasos, pero ya era imposible. El a su vez había sido visto por ellos.

«—¡Un cura, un cura, un jesuita! —exclamaron entre gritos y silbidos significativos, a los que siguieron comentarios nada tranquilizadores.

—¡Buenas noches, amigos! —dijo él con voz vibrante

te y entera al llegar cerca de ellos—. ¿Cómo estamos?

—¿Y cómo quiere usted que estemos teniendo el gaznate reseco, aquí, a la puerta de la taberna? ¡Esto es el suplicio de Tántalo!

—¡Bah! ¡Eso se remedia en seguida! ¿Hay más que entrar y apurar unos vasos de freisa de Asti...?

—¡Páguenos usted una pinta, señor cura!

—¡Cómo una! ¡Y dos también, puesto que sois tantos! Pero con una condición.

—¡Diga, diga!

—Que me permitáis también a mí beber en vuestra compañía, porque hemos de brindar por la amistad que vamos a sellar desde ahora.

—¡No faltaba más! No podía darnos una satisfacción mayor.

—Pues ¡adentro!

—No. Aquí, no; que dan gato por liebre —dijo uno—. Vamos a la taberna de los Alpes. ¡Allí sí que hay buen vino!»

Y allá se encaminaron.

Iba Don Bosco en medio de aquellos truhanes, los cuales le llevaban con disimulo, bien cogidito por los brazos, entre temerosos de que les jugara una mala partida escabulléndoseles, y un incipiente signo de amistad que con tanta facilidad sabía él despertar a causa de la simpatía natural de que estaba adornado.

Llegados a la taberna, mandó sacar dos panzudas botellas de litro y medio cada una del de mejor calidad. Los ojos de aquellos bribones brillaban con un destello picaresco y codicioso.

«—Usted sí que es un buen teólogo, señor abate!
¡Si todos los curas fueran como usted, el mundo marcharía de una manera bien distinta!»

Se bebió hasta apurar las botellas brindando por la reciente amistad. Y cuando el temple de ellos era el mejor, Don Bosco les dijo:

«—Ahora que somos amigos, me atrevería a pedirles un favor.

—¡No faltaba más, señor abate! No tiene más que mandar.

—Se trata de algo muy sencillo que a ustedes no les costará ninguna molestia y a mí me proporcionaría la mayor de las satisfacciones. Les pido que se quiten la costumbre de tomar en sus labios irreverentemente el nombre de nuestro divino Redentor y el de su Madre Santísima, como lo han hecho durante todo el tiempo que hemos estado juntos.

—¡Tiene razón! —dijo el que más se había señalado—. Es una costumbre que uno ha adquirido; pero que debe ser suprimida a toda costa. Se le escapan a uno estas desdichadas expresiones sin darse cuenta. Pero yo le prometo que me corregiré.»

Y lo mismo dijeron los demás.

«—Y yo —prosiguió el sacerdote— les creo. Y recibo con ello una demostración sincera de nuestra amistad. Y ahora, cada cual a su casa, que ya es hora de irse a dormir.

—A mí me están construyendo un palacio los albañiles, pero es el caso que aún no me lo han terminado y no puedo utilizarlo —dijo uno.

—¡Lo mismo me ocurre a mí! —saltó otro.

—Yo les ruego que no bromeen y que no hagan esperar más a sus padres, que es ya cerca de la media noche —dijo el sacerdote.

—Mire, señor Don Bosco —dijo uno hablando en serio—. Más de la mitad de los que estamos aquí no tenemos adónde ir.

—¿Pues cómo se las arreglan para pasar la noche?

—¡Bah! Por cuatro ochavos le dejan a uno un rinconcito caliente en la cuadra, junto a los caballos.

—Bien. Vamos a hacer una cosa: los que tengan casa propia, váyanse a ella. Los demás, vénganse conmigo y les daré alojamiento por esta noche en la mía. Y mañana ya veremos lo que se puede hacer.»

Le siguieron media docena. Llegados allá, Don Bosco se los

presentó a su madre como una adquisición de excelente calidad. La buena mujer, empero, se quedó boquiabierta al ver la pinta de aquellos truhanes.

«—¡Vaya amigos que te echas, Juan!»—le dijo casi al oído en un momento en que logró acercársele sin que ellos advirtieran el cumplido.

Se recitó un Padrenuestro y un Avemaría con la ayuda del sacerdote, porque ellos habían olvidado casi por completo estas oraciones; devoraron un buen plato de sopa y algo más. Y el apóstol los condujo al desván, en donde previamente había hecho esparcir una buena cantidad de paja en previsión de estos casos. Margarita les proveyó de una partida de mantas que había recibido poco antes de limosna. Todos se retiraron a descansar después de haberse deseado mutuamente las «buenas noches».

Venida la mañana, Don Bosco madrugó para saludarlos. Al salir a la calle, porque el desván no tenía comunicación directa con el interior de la casa, quedó sorprendido al no oír ningún ruido ni percibir indicio alguno de la presencia de sus huéspedes. Trepó por la escalera de mano, que era el único medio de acceso al henil, y notó... ¡Notó que los pájaros habían levantado el vuelo!

Pero no se habían ido con las manos vacías. De las mantas no quedaba rastro, que era, por otra parte, lo único que se podían llevar.

«Y es que, comenta él mismo, la divina Providencia no quería servirse de esta clase de muchachos para iniciar la obra del internado.»

Pero para llegar a esta conclusión no fue suficiente esta sola prueba. La escena descrita, con más o menos circunstancias variantes, se repitió otras veces, siempre con igual resultado. Y la caridad del apóstol no acababa de darse por vencida.

Triunfa el proyecto del internado

Finalmente, llamó a las puertas del Oratorio el que había de ser la primera piedra de aquella obra en la que el siervo de Dios estaba empeñado a la sazón.

Se estaba a mediados del mes de mayo. Don Bosco y su

madre acababan de tomar la parca cena. En la calle llovía desde hacía varias horas sin interrupción. En aquel momento alguien llamó a la puerta con tímidos golpes. Era un jovencito de quince años, empapado de los pies a la cabeza y temblando de frío. Era, una vez más, un peón de albañil procedente de la región de Valsesia.

«—Disponía de tres liras —dijo—. Se me han acabado, estoy sin trabajo y no veo la manera de hallarlo porque sé poco del oficio. Llevo ya casi dos días sin probar bocado. Les suplico quieran darme algo para cenar y me permitan pasar la noche en algún rincón de esta casa.»

Y dio rienda suelta al llanto. Margarita se conmovió tanto que también ella derramó abundantes lágrimas. Y el mismo Don Bosco se vio profundamente afectado.

El fuego, ya mortecino, fue avivado de nuevo en el fogón. Se calentó al jovencito, se le secaron las ropas y se le refociló con un buen plato de menestra y abundancia de pan, que él devoró con verdadera hambre. Luego, se le preparó un lecho en la misma cocina. El colchón de Don Bosco mismo sirvió para aquella primera noche. Margarita, escarmentada por el infausto resultado de los anteriores intentos, improvisó unas breves reflexiones para él antes de dejarle entregado al sueño. Le dijo:

«—Mira, hijo. Esta es la casa de la divina Providencia. Mi hijo y yo te hemos recibido con un gran cariño y estamos dispuestos a ayudarte todo lo que nos sea posible. Tú pareces un muchacho honrado y bueno. En tu rostro se ve reflejada la nobleza de tu alma. Pero ten presente que el hombre ha nacido para trabajar por disposición divina. Y que si uno desea reconciliarse el aprecio de los hombres debe aplicarse a cumplir con sus deberes y a portarse con lealtad. Descansa esta noche aquí tranquilo como si estuvieras en tu propia casa y mañana acaso se te pueda encontrar algún trabajo con el que te ganes por ti mismo el sustento. Pero, en todo caso, nosotros no te dejaremos en la calle. Si tú correspondes a los desvelos de mi

hijo, él te ayudará a ser un hombre honrado y feliz el día de mañana.»

Este fue el origen de las «buenas noches», práctica habitual en las casas salesianas.

Aquel jovencito huérfano correspondió noblemente a los desvelos del santo y de su madre. Permaneció con ellos hasta entrado el invierno del año siguiente (1848), aplicado al trabajo que el apóstol le había buscado en su propio oficio. Luego retornó a su región de origen y ya nada se volvió a saber de él. Se sospechó, con fundamento, que no debió de tardar en morir. De él no se ha conservado el nombre.

En los primeros días del mes de junio (1847) se añadió otro, huérfano también él de padre y madre y completamente solo en el mundo. De él dicen las crónicas que era un niño de ingenio despierto, de familia acomodada venida a menos. Mediante una fidelidad encomiable y una norma de comportamiento siempre recta, consiguió abrirse paso en la vida y alcanzar una posición económica desahogada.

El tercero tiene una historia teñida de tragedia. Se trataba de un adolescente de Turín mismo. Un jovencito sobre los quince años, avispado y resuelto. Un encuentro fortuito con un catequista del Oratorio en el patio de la institución le había ganado las simpatías de aquel centro que había comenzado a frecuentar desde entonces con algunos de sus amigos.

Era hijo de un padre muy desgraciado. Un obrero dado a la bebida, anticlerical rabioso. Cierta día el muchacho tuvo la entereza de contradecir al autor de sus días cuando éste despotricaba violentamente contra todo lo religioso y todo lo sagrado. Incluso contra Don Bosco mismo, amigo del jovencito. El padre le abofeteó y le persiguió con un cuchillo, por estar bebido. El joven huyó a refugiarse en el Oratorio cuya puerta encontró cerrada. Para salvarse de la muerte entró en el patio y trepó ágilmente a una morera. Allí, oculto entre el espeso follaje, pudo eludir la rabia homicida del padre borracho.

Cuando éste se fue, después de haber amenazado a Don Bosco y a su institución con la muerte y el incendio, el apóstol acudió a rescatar al muchacho. A rescatarle literalmente, porque el terror había agarrado los miembros del jovencito, el cual se

hallaba en la inconsciencia, fuertemente agarrado al tronco de la morera. Fue necesario arrimar una escalera y hacerle reaccionar con cuidado, evitando que, en el sobresalto, se lanzara al suelo desesperado. A partir de entonces ya no salió del Oratorio hasta que pudo por sí mismo hacer frente a la vida. Don Bosco hizo respetar aquel árbol en las reformas que exigió la casa, durante muchos años. El joven lo llamó siempre «el árbol de la vida».

A estos tres siguieron otros, hasta un total de siete al acabar aquel año. La estrechez de alojamiento no permitió dar cobijo a más por entonces.

La vida de estos internos

La vida de estos refugiados discurría feliz. Habían hallado exactamente una nueva familia. El apóstol era para ellos un verdadero padre, mientras que Margarita, a la que pronto comenzaron a llamar «mamá», se desvivía por ellos y los quería como a hijos, prodigándoles las ternuras y cuidados de una madre.

Los acostumbraron a madrugar. Como lo hacían ellos mismos por estimarlo útil y saludable. Después del aseo, un buen chapuzón en un caldero de agua de la fuente más próxima, se dirigían a oír la misa de Don Bosco. Durante ella recitaban las oraciones de la mañana y la tercera parte del rosario. Seguía el desayuno. Luego salían al trabajo en la ciudad. A su regreso al mediodía ya les esperaba la humeante olla de menestra y los guisos en la sartén.

Pero en aquellos tiempos no había extralimitaciones de ningún género, como no las hubo nunca en la mesa de Don Bosco, cuya nota destacada fue siempre la frugalidad. Una frugalidad que, con frecuencia, era llevada a unos términos poco tolerables. Algunas personas que quisieron hacer la experiencia de si serían ellas también capaces de mantener el ritmo ordinario de sus actividades, refociladas únicamente con lo que bastaba al apóstol, se hubieron de dar por vencidas.

Pero lo que faltaba a los condimentos que se servían en la mesa del «pobre Don Bosco» lo suplía la buena voluntad con que se daba. Y, sobre todo, el excelente humor del buen padre, que era el mejor condimento de que se acompañaban.

El hombre de Dios lo distribuía frecuentemente en persona.

Otras veces pasaba saludando a los muchachos mientras ellos comían con excelente apetito, sentados en algún tronco o piedra o, sencillamente, en el suelo, porque carecían de bancos y de mesas. Y les decía:

«—¡Comed, comed con buen apetito, que hoy he cocinado yo mismo!»

O bien:

«—Quisiera daros un buen pedazo de carne. Pero no os apuréis, que cuando encontremos un buey que no tenga dueño, ¡veréis qué bien lo vamos a pasar!»

Por la tarde daba a cada uno 25 centavos con el fin de que se proveyeran de pan y companage para la merienda. Y la cena venía a ser semejante a la comida del mediodía. Nunca había postre en aquellos tiempos y el vino apenas si se conocía en la mesa misma del padre. Un testigo de aquella época nos ha transmitido la expresión de inefable bondad del santo con estas palabras:

«En sus ojos brillaba un fulgor tan entrañablemente querido, y en sus labios había una expresión tan dulce y tan atrayente, que, al cabo de cincuenta años, la tengo tan presente como entonces. No se borra jamás de mi memoria y al rememorarla me llena de satisfacción y de consuelo. El solía decir entonces: “La divina Providencia me lo da a mí y yo os lo doy a vosotros”».

Antes de irse al lecho se rezaban unas breves oraciones y Don Bosco les daba las «buenas noches» señalándoles alguna norma de comportamiento, regla de educación, aviso o comentario breve de algo que hubiera ocurrido dentro de casa o fuera de ella que, de algún modo, hubiera llegado a su conocimiento y mereciera alguna reflexión.

Los domingos y días festivos, estos alumnos internos se unían a los «oratorianos» y pasaban la jornada prácticamente con ellos. Y también en los días de entre semana, al atardecer, esto es, después del trabajo, recibían algunas clases junto con los que seguían acudiendo a Valdocco con este mismo fin.

EL PANORAMA POLITICO DE ITALIA (1847)

Il Risorgimento

Entre tanto, desde el panorama político volvían a surgir dificultades de no escasa monta para la obra del apóstol de Valdocco. El Movimiento Revolucionario italiano, llamado Risorgimento, avanzaba incesantemente en el Piamonte y en toda Italia, a la conquista de sus objetivos: la unidad italiana (Unitá) y la democratización del país.

Militaban en él, preferentemente, las personas que hoy serían calificadas de «izquierdas», bloque compacto de sectarios afiliados a la masonería e integrantes de otras sectas secretas, como la de los «carbonarios», los protestantes de diversas «confesiones», principalmente los «valdenses»; los «liberales», etc. Y no faltaban los católicos «progresistas», deseosos de determinadas reformas que se echaban de menos en la estructura eclesial de entonces.

Don Bosco, en cambio, militaba en la «derecha», la cual se mostraba excesivamente cauta ante cualquier tipo de reforma y recelosa ante toda innovación. Una derecha tenaz, defensora de la tradición inmovilista. Y era por ello por lo que los partidarios de la Revolución habían adoptado una actitud de recelo respecto de él y de su «movimiento juvenil», pensando que de su seno podría surgir la reacción violenta que intentara frenar los avances del progreso. O que él mismo, al socaire del prestigio que se estaba labrando en el ámbito ciudadano y en todo el Piamonte, luchara denodadamente contra ella.

Por lo demás, los «patriotas», es decir, los partidarios a ultranza de la formación del Nuevo Estado italiano, se habían forjado la ilusión de que este año (1847) podría resultar definitivo para el logro de sus objetivos. Y pretendían basar el fundamento de aquella esperanza en el hecho de haber ocupado la silla de Pedro

el cardenal Juan Mastai Ferretti, el cual había tomado el nombre de Pío IX, elegido en el cónclave tenido los últimos meses del año anterior. El nuevo Pontífice Supremo de la Iglesia pasaba por un hombre «liberal» y ellos pensaban ganárselo fácilmente a su causa.

Por su parte, el rey Carlos Alberto, coaccionado por los elementos revolucionarios, publicó una serie de reformas a la Constitución que merecieron el aplauso unánime de los partidarios de la «Unitá», y que comenzaron a celebrarse, a nivel popular, con marchas paramilitares, manifestaciones y algaradas callejeras.

Don Bosco fue también invitado a tomar parte en estas manifestaciones al frente de sus jóvenes. Pero lo rehusó siempre, porque, por encima de las apariencias inocuas de aquella actitud, veía él el fondo de la realidad. Y aunque aprobaba determinadas ventajas que ofrecía la Revolución, rechazaba el intento principal de ella: la supresión de los Estados Pontificios. Y con mayor motivo, la pretensión que abrigaban, al menos los más exaltados partidarios, de «acabar con la institución papal misma».

El apóstol había inculcado siempre a sus alumnos un ardiente amor al Papa en su condición de Vicario de Cristo en la tierra. Por eso ellos, al advertir a su paso por la ciudad que en todas partes, y por toda suerte de personas, se vitoreaba con entusiasmo el nombre de Pío IX, se sumaron gustosos a aquellas manifestaciones. Y en el recinto mismo del Oratorio dejaban oír continuamente el grito de «¡Viva Pío IX!». Pero se vieron sorprendidos por la actitud del buen padre:

«—No habéis de gritar «viva Pío IX» —les dijo—, sino «viva el Papa».

—Pues ¿qué...? ¿Pío IX no es el Papa?

—Sí que lo es. Pero ahora hay quienes tratan de deslindar conceptos. En esta ocasión, el aludido grito que yo repruebo es sólo una consigna subversiva de las sectas, las cuales pretenden ensalzar «la persona de Juan Mastai», elevado al Sumo Pontificado, mas no la dignidad papal que él encarna. Es un intento de halagarle con el fin de arrastrarle a que colabore con ellos en la formación del «Nuevo Estado italiano».

Alguien le preguntó si desear la formación de la Nueva Italia, tal como se habían formado recientemente otras nacionalidades europeas, mediante la unión de los diversos Estados de un determinado territorio en uno sólo, era algo malo.

«—No. No es malo —contestó él—. La unión hace la fuerza y es la base de la grandeza de los pueblos. Sólo los pueblos unidos tienen el poder suficiente para hacer respetar sus derechos contra la violencia de los que tratan de subyugarlos. Sólo ellos son capaces de evitar ser víctimas de la opresión y el dominio extranjero y de realizar grandes empresas en todos los órdenes. Mas para conseguir este objetivo no está permitido servirse de medios ilegítimos y de acciones violentas. Y tales son los que intentan las sectas. Ellas desean despojar a la Iglesia de los territorios que posee desde hace diez siglos y que han sido el fruto de donaciones voluntarias y espontáneas. Y sobre todo, pretenden realizar la Unidad y crear el Nuevo Estado sobre el fundamento de leyes inicuas, desconocedoras de los derechos divinos.

Ahora tratan de seducir a Pío IX con la promesa de ponerle a la cabeza de este movimiento, mas, en una segunda etapa, se desharían de él. Y más tarde, según sueñan, ya no volvería a darse la elección de un nuevo Papa, con lo que la Iglesia habría acabado para siempre, porque no puede subsistir ninguna sociedad privada de un jefe. Pero yo os aseguro de no lo lograrán. Pío IX no se dejará engañar porque conoce muy bien cuáles son los malvados designios de estos hombres sin religión y llenos de perversidad.»

La «Cuestión Romana»

Ya advertimos en la ambientación de esta obra que Don Bosco, por múltiples razones, debió tomar partido en la situación excepcionalmente conflictiva que se dio en su tiempo entre los dos grandes poderes que se repartían el dominio de las voluntades de los hombres de la Italia de entonces: la Iglesia y el Reino Sardo. El punto neurálgico de esta conflictividad estaba en la

llamada «Cuestión Romana», es decir, en la lucha por la posesión de los territorios del centro de la península itálica, posesión, desde hacía diez siglos, del Papado. Ellos constituían el Reino Pontificio o Estado Vaticano.

Este problema ofrecía una perspectiva múltiple, pero que, en síntesis, podría reducirse al examen de estos puntos: *a)* Por su naturaleza específica, ¿podía la Institución Eclesial presentarse como un reino terreno en igualdad de condiciones que otro cualquier Estado temporal? O, siquiera, ¿resultaba propio de él? ¿No le era más ventajoso en orden a conseguir sus fines específicos, de naturaleza espiritual, despojarse de toda forma de dominio terrenal? *b)* Pero aun en el caso de que se le reconociera un derecho radical de propiedad de aquellos territorios italianos, ¿podía justificar, en la presente coyuntura histórica, la continuidad de su posesión? *c)* El bien común de los italianos, ¿no constituía un derecho en virtud del cual al Gobierno Revolucionario, unionista, le era lícito proceder al despojo en favor del Nuevo Estado, la nueva «patria común», puesto que el Pontífice Romano no quería avenirse a razones y ceder voluntariamente?

Ya se comprende que, ante una cuestión tan compleja, las opiniones habían de hallarse divididas. Para unos, entre los que se contaba Don Bosco, prevalecía el respeto a la «legalidad», la cual, hablando en términos absolutos, estaba, indudablemente del lado del Papado. Por consiguiente, la Iglesia, sociedad divino-humana, desde esta segunda nota, era la única capaz de dar un determinado destino a los citados territorios. Ella era la única capaz de continuar manteniendo la situación presente, de conservación de los mismos, o de cederlos voluntariamente en favor de aquella empresa nacional italiana. Todo intento de despojo por la violencia de parte de la Revolución había que considerarlo como un atropello.

Este enfoque soslayaba la temática desde la segunda perspectiva: la de la conveniencia o no, respecto de los mencionados fines específicos de la sociedad eclesial. Problema éste que, a la sazón, no se veía con la claridad con que se comenzó a ver después de que el despojo fue una realidad. Ahora se ha visto, en efecto, que esta situación responde mucho mejor a la verdadera identidad de la Iglesia de Jesucristo: su carácter eminentemente espiritual.

Don Bosco, con todo, y aunque su temperamento le llevaba siempre a defender con verdadero ardor y pasión las causas que estimaba «justas», no fue un fanático defensor de la situación concreta eclesial de su tiempo. En el proceso de transformación a que fue sometido por la fuerza de los acontecimientos el Papa-do, él se limitó a condenar los métodos empleados. Mas no consta claramente que estimara que aquella situación histórica fuese la ideal, mientras que, a pesar de conocer que el despojo era inevitable a corto plazo, no se mostró «derrotista», sino que aceptó los hechos con serenidad y naturalidad. Y tampoco rechazó a las personas que protagonizaron este hecho, sino que mantuvo una relación, incluso de amistad, con muchas de ellas.

El Papa Pío IX

Los jefes de la Revolución hubieran deseado, naturalmente, hacerla sin violencias. Por medio de acuerdos con el Vaticano, dispuestos a otorgar a la Sede Apostólica determinadas ventajas y garantías que le aseguraran el cumplimiento de su misión, de índole preferentemente espiritual. Y por algún tiempo abrigaron la esperanza de poderlo realizar. Esperanza —lo hemos dicho— que tenía su fundamento en la pretendida condición del carácter «liberal y progresista» de Pío IX. De él pensaban que se podrían aprovechar para sus fines: su «patriotismo», por ser italiano; su «apertura» de sentido progresista y su «bondad», que estimaban un tanto «ingenua», hasta el punto de confundirla o acercarla a la «simplicidad».

«Haremos de Pío IX el buey gordo de la política.
Le ahogaremos en flores, habían llegado a decir.»

Pero aunque es verdad que «como italiano» debía de sentirse contento con el engrandecimiento de su patria, no estaba dispuesto a permitir que aquella empresa se llevara a cabo a costa del despojo del Reino Vaticano cuya dirección suprema se le había confiado. Tal actitud la consideraba una verdadera «traición» a la gran masa de católicos de todo el mundo que tenían depositadas sus ilusiones en él. ¿Cómo se hubiera él atrevido, por sí solo, a cambiar hasta tal punto la faz con la que la Iglesia se había venido presentando al mundo desde hacía tanto tiempo y que ya

casi se consideraba como connatural a ella? Tendremos ocasión de conocer más concretamente cuáles eran los verdaderos sentimientos de que estaba animado en relación con esta cuestión. Adelantemos ahora, sin embargo, que, como había dicho Don Bosco a sus jovencitos: «Pío IX no se dejó engañar».

Ni tampoco se dejó seducir el apóstol de Valdocco mismo. Cierta día, el marqués D'Azeglio, simpatizante de su obra y amigo personal, distinguido munícipe turinés, le habló en estos términos:

«—Don Bosco, que sepa la caridad popular que esta naciente obra no es contraria a las modernas instituciones. Esto le proporcionará un gran bien. Aumentarán las ofertas y yo mismo y el Municipio de Turín le socorreremos con generosidad. Hay que estudiar al mundo, mi buen abate. Hay que conocerlo para poner las antiguas instituciones a la altura de los tiempos, pues, de lo contrario, se corre el riesgo de verse abandonados y de tornar estériles los esfuerzos por bien orientados que parezcan.»

Don Bosco no se dejó persuadir porque había tomado la resolución inquebrantable de «no meterse en política». El marqués, por su parte, tomó tan a mal aquella que él calificaba «actitud de intransigencia y cerrilismo», que aquella fue la última vez que se acercó por el Oratorio.

SUCESOS EN EL ORATORIO (1847-48)

Formación de una nueva «colmena» (1847)

Mas a pesar de todos los inconvenientes, la obra del apóstol de Valdocco continuaba siempre en auge. Este mismo año, el 29 de junio, se formaba una nueva colmena. Eran ya tantos los muchachos que acudían a Valdocco que fue necesario dividirlos y recoger una parte de ellos en el lado opuesto de la ciudad: en Porta Nuova. Así se evitaba no sólo la excesiva aglomeración, sino también que algunos debieran hacer un camino demasiado largo para acudir allá. Este segundo oratorio se llamó de San Luis. En el punto de proceder a seccionar el numerosísimo grupo de Valdocco, Don Bosco tuvo un discursito muy oportuno. Dijo:

«Queridos hijos: las abejas, cuando se han multiplicado excesivamente en una colmena, una parte de ellas remonta el vuelo y se va a buscar un lugar adecuado para formar otra. Como estáis viendo, aquí somos tantos que no podemos movernos a gusto. En el patio ocurre con demasiada frecuencia que los unos chocan contra los otros con gran riesgo de hacerse daño. En la capilla nos hallamos como sardinas en banasta. Ensanchar las paredes empujando, con riesgo de que se nos vengán encima, no parece prudente. ¿Qué hacer, por tanto? ¡Imitar a las abejas! Formaremos una nueva colmena. Iremos a abrir un nuevo oratorio.»

La dirección de este nuevo centro le fue encomendada al teólogo Carpano. El título de «San Luis» le fue impuesto por varios motivos: por la devoción que el mismo Don Bosco había profesado siempre a San Luis de Gonzaga, modelo de la juven-

tud; por el deseo de proponérselo a sus oratorianos en condiciones de tal, y en honor del prelado turinés, monseñor Luis Frasoni, gran protector y animador de las iniciativas apostólicas del santo.

Y a propósito de este tema, el mismo pastor de la archidiócesis había visitado algo antes el Oratorio de Valdocco. Como también lo había hecho el Nuncio de Su Santidad el Papa, residente en Turín. Y la admiración de ambas ilustres personalidades de la Iglesia había sido muy grande. Y no era para menos. ¡Qué espectáculo contemplar aquel inmenso número de jóvenes, dóciles como corderos, atentos, obsequiosos con ellos por lo que representaban! ¡Y, sin embargo, eran los mismos que poco antes habrían hecho tabla rasa de su encumbrada posición en la jerarquía eclesiástica!

¿Testarudez o prudencia?

Durante este mismo año, los oratorios de Don Bosco corrieron un nuevo riesgo. Y esta vez, bajo el pretexto de su consolidación y de una mayor garantía de expansión.

Había ocurrido en la ciudad de Turín que el ejemplo del apóstol de Valdocco, y los éxitos que venía cosechando mediante su admirable institución, habían inducido a otros eclesiásticos, celosos asimismo del bien de la juventud, a imitarle fundando algunos centros semejantes. Y así habían surgido ya para este año (1847) tres o cuatro «oratorios». Entonces se pensó en federarlos con el fin de «asegurar su continuidad» y hacer más eficaz su labor. Don Bosco fue invitado a dar este paso.

Alma de esta idea, y portavoz ante el apóstol de Valdocco, fue el canónigo Lorenzo Gastaldi, personaje del que, a su debido tiempo, habrá ocasión de ocuparse ampliamente.

En cuanto a Don Bosco, se le prometía «ayuda económica» y «otras formas de apoyo» que le habían de proporcionar «tranquilidad, descanso y confianza». Y con el intento de facilitar aquella colaboración, fue convocada una asamblea de dirigentes, en la que el primero en tomar la palabra fue el mismo Gastaldi. Pero sus razones no convencieron al apóstol de Valdocco, el cual, a su vez, se levantó para exponer los motivos por los que disentía del parecer de aquellos «colegas». El resumen de su pensamiento fue

de rechazo total de la propuesta de federación, porque él no estaba de acuerdo «ni en la forma ni en el fondo».

«Los actuales dirigentes de estos centros —dijo— parecen tener otros fines distintos a los que yo busco en los míos. Ellos dedican un tiempo excesivo a actividades que yo repruebo. Tales son, por ejemplo, los ejercicios gimnásticos y la educación premilitar en la que se les enseña el manejo del fusil y la estrategia de la guerra, mientras que las prácticas religiosas y la instrucción catequética quedan relegadas a un segundo plano y reducidas prácticamente a nada. Yo, en cambio, opino que las armas que se manejen en estos centros han de ser la “palabra de Dios, la confesión y la comunión frecuente”. Para mí las “diversiones” son sólo un medio de llevar a los jóvenes al catecismo. Además —continuó—, los jefes de estos “oratorios” (en que tan poco se “ora”) están demasiado interesados en la política y sus sermones son, por lo general, más que instrucciones catequéticas, verdaderas arengas de sentido político y demagógico. Yo, en cambio, tengo hecho el propósito de no meterme en política. Por tanto, ¿cómo sería posible ponernos de acuerdo teniendo opiniones tan diversas los unos de los otros? En consecuencia, hagamos así: Que cada cual se quede con lo que tiene y guarde el respeto a los demás. Yo, por mi parte, prometo portarme así. Y por lo demás, a los que de verdad quieran trabajar, de cierto que no les va a faltar ocasión, porque en la ciudad hay mies abundante para todos. Y lo que en definitiva importa es que el bien no se quede por hacer.

Pero aún quiero añadir algo más —dijo—. Yo tengo necesidad de verdadera autonomía para el desenvolvimiento de mis planes, que son muy ambiciosos. Estoy seguro de que algún día me hallaré rodeado de “muchos jóvenes para cuya formación contaré con un gran número de sacerdotes, clérigos y laicos que dependerán de mí por completo”.

La alusión era clara. Hacía referencia al «sueño» de siempre,

en el que virtualmente se le había hecho ver que sería fundador de una congregación religiosa educadora de la juventud. Por eso, al ser allí mismo preguntado si pensaba en constituirse en «fundador religioso», contestó:

«Bueno, tal vez sí. Pero llámese o no “congregación religiosa” lo que yo pienso fundar, es lo cierto que algún día dispondré de muchos oratorios con capillas, iglesias, aulas, talleres... Y naturalmente, a mis órdenes habrá un personal numeroso, sin el cual este proyecto sería imposible de realizar.»

El santo mantuvo su punto de vista contra todos. Y salió de aquella reunión dejando la impresión de ser un «testarudo irreductible» con el que no había manera de ponerse de acuerdo. Y esta opinión se difundió ampliamente por la ciudad. Y de ella llegaron a participar, incluso, muchos de los que se consideraban amigos suyos.

Motín en Porta Nuova

De mayor gravedad fue lo que ocurrió en el oratorio recién fundado de Porta Nuova, aunque no es difícil ver una relación directa, y hasta casi una consecuencia, de las actitudes opuestas expresadas por los partidarios de la «federación» y el mismo Don Bosco.

Había ocurrido que muchos de los catequistas que colaboraban con el apóstol de Valdocco se habían dejado contagiar del fermento de las ideas revolucionarias. Y sobre todo, de la idea de liberar el Piamonte del vasallaje austríaco como primer paso para proceder luego a la formación de la Italia Una (Unità).

En consecuencia, las asociaciones de jóvenes eran promovidas por doquier con el fin de inculcarles un espíritu eminentemente patriótico y prepararlos para la guerra, instruyéndolos en el manejo de las armas. Este espíritu era fomentado mediante frecuentes manifestaciones públicas que incluían desfiles y paradas al estilo militar (paramilitares). Don Bosco, en cambio, fiel a su propósito de «mantenerse alejado de la política», rehusó sistemáticamente tomar parte en tales movimientos. Y esta actitud fue causa de que algunos de aquellos colaboradores decidieran

abandonarle. Mas no querían hacerlo solos, sino llevándose consigo el mayor número posible de jóvenes de los oratorios.

En efecto. Uno de aquellos domingos por la tarde, en el Oratorio de Porta Nuova, subió al púlpito un sacerdote como para tener la plática doctrinal acostumbrada. Pero esta vez no tomó por tema ningún punto del catecismo, sino que toda su alocución fue una encendida proclama de los principios revolucionarios en la que apenas se oían otros términos que los de «emancipación», «independencia», «libertad», «progreso»... Don Bosco, en la sacristía, la cruzaba de parte a parte a grandes pasos, nervioso y alterado, mientras repetía:

«¡Esta sí que no me la esperaba! ¡El diablo me ha jugado una mala partida!»

Y de su corazón subía al cielo una férvida oración para pedir que los impíos fueran confundidos y los jóvenes liberados de las nefastas influencias del escándalo. Y esperaba con impaciencia el momento de vérselas con el improvisado demagogo.

Mas no tuvo ocasión, pues aquel clérigo, apenas concluyó su arenga, invitó a los muchachos y a los catequistas a seguirle. Y ellos, desplegando al aire una enseña revolucionaria, partieron con paso marcial hacia la ciudad, entonando las notas de un himno progresista. Luego se juramentaron para no volver más al oratorio sino con la condición de ser recibidos «con todos los honores».

La tensión entre ambas partes llegó a extremos tales que pareció, por algún tiempo, irreconciliable de todo punto, pues nadie quería dar su brazo a torcer. Y en consecuencia, se entabló una porfía por la adhesión de los jóvenes. Y en principio, pareció que Don Bosco llevaba las de perder. Durante un par de meses, el caudillo de aquella juventud, el luchador infatigable, se vio desamparado. Y hubo de recurrir de nuevo a los resortes de su fe de gigante para no experimentar los efectos del desaliento.

Los «desertores» continuaron durante aquellos domingos celebrando sus reuniones, llevando a los jovencitos a oír la misa en cualquier iglesia de la ciudad y sacándolos al campo por no disponer de lugar adecuado para pasar la jornada dominguera. Y con el fin de hacerla más llevadera y más amena, les hacían participar en desfiles y marchas patrióticas. Mas el número de

los que acudían a ellos era cada vez menor por encontrar aquellas manifestaciones monótonas y pesadas. Al fin la gran mayoría de ellos retornaron al Oratorio en busca de su gran amigo Don Bosco.

Una comunión memorable (1848)

De bien distinta naturaleza eran otros episodios que tuvieron lugar por aquellos días en el Oratorio si bien la finalidad era siempre la misma: la gloria de Dios y el bien de las almas, motivo constante y aspiración suprema de la vida del apóstol.

Tal vez haya quien piense que sería de mejor tono omitir, sin más, la referencia a estos hechos en un tiempo como el nuestro, en el que está muy generalizado un sentimiento de verdadera alergia hacia todo lo que presenta algún sabor a sobrenatural y milagroso. Pero la fidelidad a las crónicas exige la mención de cuanto se afirma en ellas como «suceso histórico», refrendado por el testimonio de centenares de testigos de excepción. Por lo demás, que cada cual abunde en su propio criterio.

Don Bosco realizó prodigios en todas las épocas de su vida. Dios, indudablemente, le dotó del carisma del milagro. Pero fue, sobre todo, a partir de estos años cuando la profusión de estos hechos comenzó a manifestarse de manera múltiple y asombrosa. Fue algo que llegó a ser habitual en él, hasta el punto de dar la sensación de que el poder de Dios había sido puesto a su disposición para que de él se sirviera para el logro de sus fines. En él se cumplió la promesa de Jesús: «Haréis milagros como los míos y aún mayores».

Ocurrió en los comienzos de este año de 1848. El Oratorio celebraba una de sus fiestas íntimas. Varios centenares de niños y adolescentes se habían confesado para recibir la sagrada comunión. En el vaso sagrado que se guardaba en la iglesia no quedaban más allá de una treintena de formas. El sacristán, Brosio, había preparado otro en la sacristía para sacarlo al altar en el momento de la consagración. Pero se descuidó y se le quedó donde lo tenía. Cuando advirtió el descuido, ya Don Bosco había pasado aquel punto cumbre del sacrificio eucarístico. Entonces, un sentimiento de profundo disgusto se apoderó del pobre sacristán.

«—¡Qué pena va a experimentar Don Bosco —se dijo— cuando se halle que la inmensa mayor parte de los muchachos no puede comulgar!»

Mas llegó el momento de la distribución de las formas consagradas. Don Bosco comienza a dar una partícula a cada uno de los que se acercan a comulgar. No se le ocurre partir ninguna, aunque bien ve que con las que tiene apenas hay para empezar. La distribución continúa hasta haber dado la comunión al último de los comulgantes. ¡Y el vaso sagrado sigue conteniendo las mismas formas que al principio!

Brosio, que había ido pasando del estado de angustia al de asombro, y de éste al de estupor, ahora no puede contener la alegría y experimenta deseos irrefrenables de comunicársela a todos. Y lo va diciendo a cada uno de los que halla a su paso. Luego, el apóstol mismo lo confirma:

«—¡Pues qué! —dice—. ¿Queríais que por el desquite de Brosio dejáramos sin comulgar a tantos que se habían preparado con las mejores disposiciones...?»

—Pero bueno. ¿Usted qué sentía cuando veía cómo se realizaba el milagro en sus propias manos? —se le preguntó.

—Estaba conmovido, pero tranquilo —contestó—. Al fin y al cabo, pensaba, mayor milagro es el que se realiza en mis manos o en las de cualquier otro sacerdote cada día en el momento de la consagración.»

Y concluía el hombre de fe con esta exclamación:

«¡Loado sea el Señor!»

Don Bosco volvió a confirmar nuevamente la realización de este hecho sorprendente ante un notable grupo de salesianos el 18 de octubre del 1863.

Castañas para todos

El mismo prodigio, en sustancia, bien que esta vez fueron castañas, vulgares castañas, las multiplicadas, realizó el santo algunos meses más tarde.

Era el día de Todos los Santos (1 de noviembre). El apóstol había querido premiar la asiduidad de los jovencitos al Oratorio. Y pensó obsequiarlos con una buena ración de castañas cocidas. Don Bosco había comprado tres sacos para dar a todos con generosidad, mas mamá Margarita sólo coció las de uno, pensando que con ello sería suficiente.

Al salir de la función religiosa de la tarde, en la que excepcionalmente se había rezado el rosario completo en sufragio de los fieles difuntos, cuya conmemoración tendría lugar el día siguiente, se forma la interminable fila de muchachos. Unos 500. Y da comienzo el desfile. Los jóvenes van pasando por delante del padre. Cada cual recibe una buena porción de aquellas castañas. Cuantas pueden contener ambas manos formando hueco, que el corazón magnánimo del santo no se contenta con menos.

El clérigo que está a su lado sosteniendo los bordes del saco le hace observar que, empleando aquella medida, no va a haber para dar a una cuarta parte siquiera de los jóvenes.

«—¡Deja hacer! —contesta él sin inmutarse—. Mi madre tiene muchas más preparadas!»

Ya lo hemos dicho: No las había cocido. Pero ni aun cuando las hubiera tenido a punto, hubiera sido necesario ir a buscar los restantes sacos, porque las de aquel no disminuían a pesar del incesante desfilar de niños y niños.

Fue entonces cuando los ojos de casi todos, que ya para ahora se habían ido clavando obsesivos en aquel saco a medio llenar, que no bajaba a pesar de sacar y más sacar, se dilataron llenos de asombro.

«¡Dios Santo! ¿Qué era lo que estaban viendo? ¡Un milagro! ¡Un auténtico milagro como los que se leen en las vidas de los santos de verdad!»

Al acabar la distribución, un grito unánime se escapó de las gargantas de todos ellos:

«—¡Milagro, milagro! ¡Don Bosco es un santo!»

El les impuso silencio con su habitual calma. Pero esta vez se le notaba en la dulce expresión de su rostro un algo indefinible que trascendía los límites de lo puramente humano.

En recuerdo de este hecho, en los colegios salesianos se ha venido conservando hasta nuestros días la costumbre de obsequiar con castañas a los alumnos el día de Todos los Santos.

Erección de una capilla en I Becchi (1848).

Este año tuvo también lugar la erección de una capilla en I Becchi. Fue un acostecimiento de ámbito familiar. De una familia que se dilataba siempre más y más. Y no, ciertamente, por el crecimiento «vegetativo» del corto número de miembros naturales de ella. Se ampliaba por la generosidad de Don Bosco que, para este año de 1848, contaba ya con cerca de una treintena de acogidos a su hospitalidad en Valdocco, la mayor parte de ellos huérfanos. El buen padre acostumbraba a llevárselos durante algunas semanas del otoño a disfrutar del campo en aquel maravilloso lugar.

Pero fue, sobre todo, para comodidad de él mismo, puesto que, para la celebración de la misa, debía desplazarse a diario bien a Morialdo, bien a Capriglio, bien a Castelnuovo, con notable empleo de tiempo e incomodidad. Con aquella iniciativa obviaba a estos inconvenientes.

El apóstol elevó una súplica al prelado turinés para la bendición de un local en la pobre casita, destinado a aquel fin. Monseñor Fransoni despachó favorablemente la petición, mientras el santo adecentaba aquel local convenientemente. Fue bendecida el 8 de octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, que fue el título que se le dio. Se la erigió en «capilla pública», es decir, apta para el cumplimiento del precepto dominical de todo el que deseara asistir allí a la Santa Misa.

Escuela nocturna de adultos.

En la segunda mitad de este año, el Oratorio contaba con no menos de 300 alumnos en la escuela nocturna (serale) que se había iniciado dos años antes en los locales de Casa Moretta. Don Bosco, en vista del resultado positivo de aquella iniciativa, decidió ampliarla al máximo, deseoso de multiplicar el bien. Y comenzó a admitir también a quienes no eran ya precisamente

unos niños, sino «hombres hechos y derechos» muchos de ellos, «con su poblada barba y su respetable mostacho», dicen las crónicas. Se trataba de «analfabetos» y de ellos quiso hacerse cargo el apóstol en persona.

Saneamiento de Casa Moretta (9 de marzo de 1848)

Un paso importanté lo constituyó la adquisición, en propiedad, de Casa Moretta. Tuvo lugar el 9 de marzo. El santo pagó por ella, en pública subasta, la cantidad de 11.800 liras. Consta de una planta baja, en la que había una cantina y una cuadra, nueve habitaciones en un primer piso y otras tantas en un segundo, con dos escaleras situadas en los extremos. Muy cerca de ella había un pozo de agua potable y por la parte de detrás tenía un prado. A levante confinaba con el prado de los hermanos Filippi.

Don Bosco comenzó a prepararla con el fin de hacerla servir para internado de sus acogidos y para las demás actividades que se desarrollaban en Casa Pinardi. Mas pronto echó de ver que no era posible sin el desembolso de una cantidad que, por entonces, no se hallaba en situación de aportar. Las paredes maestras, ya a causa del material empleado, de mala calidad, ya por defecto de la construcción misma, no permitían las reformas proyectadas. En consecuencia, resolvió volver a venderla. La dividió en dos lotes que puso a la venta y no tardó en hallar compradores. El margen de ganancias fue notable.

Muerte de Antonio Bosco (18 de enero de 1849)

Otro acontecimiento familiar de estos meses fue la muerte de Antonio Bosco, acaecida el 18 de enero de 1849. Contrajo una enfermedad que, al principio, no pareció peligrosa; pero se agravó inesperadamente y él pasó a mejor vida en la fecha indicada. Don Bosco tuvo conocimiento del hecho por su hermano José.

Antonio, sinceramente dolido del mal comportamiento tenido en los años pasados, acudía de cuando en cuando al Oratorio a visitar a Margarita y a su hermano Juan, el cual, por su parte, nunca había guardado el menor rencor hacia él. Ahora, a su

muerte, se hacía cargo de los dos hijos que el difunto dejaba. Uno de ellos, Francisco, fue acogido en Valdocco, en donde aprendió el oficio de carpintero, mientras que el otro prefería quedarse en I Becchi, al frente de las tierras. Pero también éste se vio ayudado de su tío en momentos de apuro. Era la «venganza de los santos», que nunca tienen cuenta con las flaquezas y miserias morales de los demás si no es para tratar de remediarlas.

El onomástico de Don Bosco (24 de junio)

Este año de 1849 se comenzó también a celebrar el onomástico del Padre. Fue una idea feliz de dos de sus primeros acogidos: Carlos Gastini y Félix Reviglio. Estos comenzaron a pensar de qué manera podrían expresar su gratitud al que tanto bien les había hecho y que los amaba como un padre a sus hijos. Y decidieron regalarle para su santo dos corazoncitos de plata, a cuyo fin, mucho tiempo antes, se dieron a ahorrar una parte de sus exiguas ganancias.

Al llegar la víspera de aquella efemérides, 24 de junio, ambos acudieron a una hora avanzada de la noche a llamar a su habitación y le ofrecieron aquel regalo altamente simbólico y representativo. El apóstol se emocionó, por ser tan sensible a las demostraciones de la gratitud, virtud que recomendaba a sus hijos entre las primeras.

Y aquella feliz idea sirvió de antecedente para, desde este año, continuar celebrando aquella fecha por medio de una fiestecita de carácter íntimo, mediante una veladita en la que se recitaban poesías, se leían composiciones, se cantaban himnos y otros cantos y se representaba alguna piececita teatral apropiada al objeto.

El Oratorio de Vanchiglia (Vanquilla)

Un nuevo feliz acontecimiento tuvo lugar también el año 1849: la apertura del tercer oratorio en Turín, el del «Angel Custodio», en la barriada extrema de Vanchiglia. Don Bosco pagó por el arriendo del lugar, dos cobertizos y un dilatado espacio inculto, la cantidad de 900 liras anuales. Se inauguró el 24 de octubre, fiesta de San Rafael.

El lugar escogido no podía resultar más adecuado al fin de los oratorios. Se trataba de un suburbio en el que nadie de fuera se arriesgaba a penetrar después de anochecido. Dicen las crónicas a este respecto:

«Sus edificios, semiarruinados y ennegrecidos por el tiempo, amenazaban con caerse en cualquier momento y servían de refugio y fortaleza a hombres enemigos del orden: ladrones, violentos, feroces, prontos siempre a hacer uso del cuchillo o el puñal. Allí había nacido, y desde allí se había ramificado y se había hecho grande y temida, la sociedad secreta denominada "Cocca", con cuyos miembros, estrechamente agrupados y juramentados, no se atrevían a enfrentarse ni los mismo agentes del orden. Era, en fin, como un castillo cuyo puente se alzaba al llegar la noche y en el que nadie podía penetrar si no pertenecía a la "Cocca".»

En estas circunstancias, los alumnos del nuevo oratorio, dignos hijos de tales padres, no facilitaron, precisamente, la labor de los catequistas. A los favores que se intentaba hacerles respondían ellos con ingratitud, insubordinación, insultos y amenazas. Eran indisciplinados, ruines, violentos, turbulentos, camorristas, se mofaban de los avisos, no toleraban las correcciones y odiaban todo lo que tenía sabor a religión o iglesia... De ellos, empero, acabó por triunfar la paciencia, la tolerancia y la amable caridad de Don Bosco y sus discípulos y colaboradores.

CONSOLIDACION DE LA INSTITUCION (1851-53)

Dueño de Casa Pinardi (1851)

Paso a paso, sorteando una inacabable teoría de dificultades de todo género, la obra de los oratorios se va consolidando en el sentido «material», y, lo que es más importante, también en el «espiritual», adquiriendo una fisonomía enteramente característica. Un paso importante, desde el primer aspecto, lo dio el año 1851 con la adquisición, en propiedad, de la casa del señor Pinardi, que hasta ahora poseía sólo en arriendo y por la que se veía obligado a pagar sus buenas liras.

Era domingo, 2 de febrero, y en el Oratorio se celebraba la fiesta de San Francisco de Sales, trasladada del 29 de enero, para dar comodidad a los jóvenes de practicar sus devociones. Día señalado este año, además, por un acontecimiento del que nos ocuparemos oportunamente: la vestición clerical de cuatro adolescentes en los que el buen padre había puesto una gran cantidad de ilusión por haberlos destinado a formar la base de la congregación religiosa que proyectaba. Aquel día, un gravísimo incidente de los que, a menudo, tenían por escenario la vecina casa de la señora Bellezza, fue la ocasión de que el señor Pinardi se decidiera a ofrecer a Don Bosco la compra de la casa. Un oficial del ejército caía mortalmente herido en una pendencia que él mismo había provocado. Pinardi, harto de ser citado a responder ante el juzgado como testigo a causa de hechos de esta naturaleza, decidió desprenderse de ella. Y acudió a Don Bosco, dispuesto, no obstante, a sacar un excelente partido de la venta.

«—¡Alto ahí! —dijo el apóstol, cuando conoció lo exorbitado de sus pretenciones—. Es preciso que convengamos en un precio razonable, señor Pinardi. El que en realidad pueda valer la casa.

—¡Exactamente, Don Bosco! Se la doy en lo que vale. Son 80.000 liras.

—Mire, buen hombre. Usted pide un precio a todas luces exagerado. Yo la he hecho tasar en espera de este momento, que estaba seguro había de llegar. Los peritos la valoran en 26 ó 27.000 liras. No vale más. Yo le ofrezco 30.000.

—¿Añadirá a esa suma un alfiler de 500 francos para mi mujer?

—Lo añadiré.

—¿El pago al contado?

—Apenas firmada la escritura de venta.»

La firma se fijó de allí a pocos días. Muy pocos. Y ¡héteme al pobre Don Bosco, que jamás había estado en disposición de sacar de sus bolsillos un puñado de monedas, metido en un gravísimo compromiso pecuniario! Porque era el caso que ambas partes habían acordado que, el que por cualquier pretexto se desdijera, pagaría al otro una indemnización de 100.000 liras. ¿En dónde hallar la ingente suma en el plazo de quince días que habían acordado como definitivo?

Don Bosco disponía, a la sazón, de veinte mil liras, que con destino a la compra de unos terrenos anejos al Oratorio, le había dejado el célebre abate Rosmini, gran filósofo y fundador del Instituto de la Caridad. Terrenos que habían de servir para una edificación del mencionado Instituto. El apóstol de Valdocco resolvió aprovechar aquella oportunidad para invertir, de momento, aquella suma en el pago de la casa que él mismo acababa de adquirir.

Pero de veinte mil liras a treinta mil hay una diferencia notable. Una cantidad realmente inquietante, capaz de quitar el sueño a otro que no tuviera la confianza de la Providencia que el santo tenía, el cual lo fiaba todo de su protección.

Sí, diez mil liras de «aquel tiempo» eran una cantidad abrumadora para quien no sólo no tenía nada, sino que estaba empeñado en un continuo afán de búsqueda para conseguir lo indispensable con que cerrar las bocas de más de una treintena de muchachos que vivían a sus expensas. Amén de los gastos de una

serie de iniciativas que él había puesto en marcha con el mismo afán apostólico. Pero tampoco esta vez quedó defraudado.

En realidad, la cosa resultó en extremo sencilla. El domingo siguiente vio aparecer por el Oratorio al P. Cafasso. Su presencia le causó extrañeza, porque aquel hombre de Dios no acostumbraba a bajar nunca a Valdocco en domingo a causa de sus ocupaciones. El le dijo al llegar a su presencia:

«—Creo, Don Bosco, que no le va a disgustar el encargo que traigo para usted. La señora condesa de Casazza-Ricardi me ha hecho depositario de una suma de diez mil liras que pone incondicionalmente en sus manos. Puede utilizarlas para lo que estime conveniente.»

¡Ya puede suponerse cuál fue la reacción de Don Bosco primero, y de ambos después que el apóstol de Valdocco refirió al P. Cafasso los términos del contrato firmado con Pinardi!

«¡Verdaderamente que me saca usted de un buen atolladero, querido P. Cafasso! Le confieso que, aunque tenía la certeza de que Dios acudiría en mi ayuda, no acertaba a ver la manera. Y, entre tanto, me afanaba y era incapaz de liberarme de un cierto cosquilleo inquietante.»

Pero faltaban aún otras 3.500 liras, que eran el precio de los trámites de la compra-venta de la casa. Esta vez las puso generosamente el banquero señor Cotta, uno de los primeros y más espléndidos bienhechores del apóstol.

La iglesia de San Francisco de Sales (1851)

Y ya lanzado por el camino que ha de llevarle a la expansión de la humildísima obra de Valdocco hasta conseguir fundar iglesias, templos, colegios y establecimientos educativos por doquier, confiado en aquella misma amorosa Providencia cuyas caricias había experimentado tantas veces, vuelve a proyectar reformas, ampliaciones y nuevas construcciones de planta, con una intrepidez realmente admirable. No habían transcurrido

más allá de los dos meses desde que había adquirido Casa Pinar-di, cuando un día le dice a su madre:

«—Deseo levantar una hermosa iglesia en honor de San Francisco de Sales.

—Pero... ¿de dónde vas a sacar el dinero? Ya sabes que nosotros no tenemos nada. Lo poco que teníamos se ha gastado ya hace mucho tiempo en dar de comer y en vestir a los huerfanitos. Por tanto, antes de embarcarte en una empresa de esa magnitud, piénsatelo bien. ¡Construir una iglesia no es precisamente tragarse un grano de anís.!

—Eso está en su punto, madre. Hay que ser prudentes, de acuerdo. Pero le voy a hacer una pregunta: Si usted tuviera el dinero que necesito, ¿me lo daría?

—¡Qué cosas tienes, Juan! ¡Ya puedes imaginarte con cuánto gusto lo haría!

—Pues, bien. Dios es mejor y más generoso que mi madre. Es, además, el dueño de todos los tesoros del mundo. La obra que yo intento realizar es en honor suyo. ¿Piensa, por consiguiente, que me va a dejar en la estacada?»

No había más que hablar. Ante una lógica tan contundente no hay nadie capaz de resistirse. Y así fue como antes de que hubiera transcurrido una semana a partir de este diálogo, el apóstol llamó al arquitecto señor Blanchier, le condujo al lugar en que pensaba erigir el sagrado edificio y le dio el encargo de trazar el proyecto. Luego, sin pérdida de tiempo, hizo lo mismo con el empresario, Federico Bocca, y le pidió se hiciera cargo de la obra.

«—Pero le advierto —le dijo— que yo no respondo de la puntualidad en el pago de las facturas ni al día, ni a la semana, ni, acaso, al mes.

—Bien. Iremos más despacio en la ejecución de los trabajos.

—¡Es eso precisamente lo que yo no quiero en modo alguno! La iglesia ha de estar terminada y dedicada al culto en el plazo máximo de un año, porque

mis muchachos ya no caben en la capilla que hemos venido utilizando hasta ahora.

—Como usted desee, Don Bosco. Tengo una confianza plena en usted porque sé que tiene de su parte el favor de la Providencia.

—Pues, ¡sus y manos a la obra desde mañana mismo!»

Cazador de almas

Se excavaron los cimientos, se echó el firme y pronto comenzaron a subir las paredes. ¡Era un gozo! Don Bosco no cabía en sí de satisfacción. No le inquietaba lo elevado del coste de la obra, puesto que cuando de la gloria de Dios se trataba, tenía total confianza en que no habían de faltarle los medios para llevarla hasta el fin. Todo el tiempo que sus múltiples ocupaciones le permitían lo pasaba viendo alzarse con matemática precisión, con la puntualidad prometida, aquellas paredes.

Pero estas frecuentes visitas no tenían por fin meramente el saborear el gozo de aquel nuevo triunfo de su fe. El infatigable «cazador de almas» no olvidaba, ni postergaba, un solo momento este fin supremo de todas sus iniciativas. Y allí había un excelente trabajo que realizar.

Ocurría, en efecto, que los albañiles tenían continuamente en sus labios el nombre de Dios y de su Madre Santísima para blasfemar de ellos. El los avisaba con caridad, aunque también con energía. Pero era inútil. La costumbre es un tirano que domina con despotismo despiadado al que se ha sujetado a ella. Además, la mayor parte de aquellos hombres, envenenados por el materialismo que había comenzado a invadirlo todo, hacían gala de desestima de la religión y de cuanto con ella se relacionaba. El apóstol se quedaba sin conseguir su intento.

Entonces recurrió a un ardid ingenioso. Les prometió que, si dejaban aquella desdichada costumbre, cada sábado beberían a su cuenta unos buenos vasos de excelente vino. ¡Y también esta vez se realizó el «milagro»! Desde aquel punto, ya no se oyeron más aquellas desagradabilísimas expresiones que ayer, como hoy, como siempre, son demostración de incultura, grosería y plebeyez. Si, excepcionalmente, a alguno se le escaba alguna, o

la interrumpía en el mismo punto de salir de su boca, o lo sentía y se avergonzaba tanto que Don Bosco dejaba de tenérselo en cuenta a la hora del premio.

Y, naturalmente, no siempre por no hacerse cargante, pero sí de vez en cuando, en el preciso momento en el que alegremente estaban paladeando el espumoso de Asti, se acercaba a ellos con su sonrisa cautivadora y su buen humor, y entablaba conversación con ellos. Una conversación siempre amenísima, llena de ocurrencias interesantes, pero en la que no dejaba de tratar de hacerles comprender, con la mayor delicadeza posible, que si por conseguir un premio tan insignificante eran capaces de abstenerse durante la semana de aquellas feísimas expresiones, mucho más debían hacerlo por conseguir el premio eterno. O, simplemente, por evitar el castigo con que Dios amenaza a los profanadores de su nombre.

Trabajador infatigable

La iglesia de San Francisco continuaba subiendo al ritmo previsto. Las limosnas y donativos llegaban con puntualidad y el número de «cooperadores» iba constantemente en aumento, a medida que la obra del apóstol se iba conociendo. El, por su parte, recurría a todas las estratagemas y a todos los medios lícitos a su alcance con el fin de sacar dinero para ella. Este año fue autorizado por el Municipio a celebrar una rifa que le produjo un beneficio neto de setenta mil liras. Y es que en ella había sabido interesar, de un modo práctico, a todo el Reino piamontés. O, por hablar con más exactitud, había extendido su acción más allá de sus fronteras. El Papa, el Rey y sus ministros, los pudientes de las finanzas y los acaudalados, así como los hombres de condición humilde, contribuyeron al éxito.

«—Fue obra de todos los buenos» —diría él.

Pero sólo Dios sabe con cuánto sacrificio por parte de su leal servidor se realizaba todo esto. El, fiel a la consigna que dice: «Ayúdate y Dios te ayudará», no se quedaba cruzado de brazos esperando que el remedio le lloviese del cielo. Por el contrario, se daba a una búsqueda inquietante y continua de los medios con que había de hacer frente a los ingentes gastos de cada semana.

Escribir cartas y más cartas a todas aquellas personas y entidades de las que podía esperar alguna ayuda visitarlas en sus propios domicilios; pedir de puerta en puerta; suplicar; organizar nuevas rifas, tarea nada sencilla, puesto que, además, había de buscar los premios que se entregaban. Todo ello le mantenía en constante ajeteo durante la jornada entera.

¡Con qué placer se dejaba caer en el lecho al llegar el término de cada día! Término que, por lo demás, para él no coincidía con el momento de encenderse las lámparas del alumbrado. ¡Oh, no! Aún habían de transcurrir muchas horas hurtadas a la noche, que eran demasiadas las ocupaciones a las que él solo, debía dar cima. Ocasiones hubo en que amaneció semidesnudo, o simplemente descalzo, con los pies apoyados en la pared y medio acostado en el lecho, por haberse quedado profundamente dormido antes de acabar de meterse en cama.

Y, mientras tanto, no dejaba de meditar en empresas aún mayores. Por entonces dijo a uno de sus jóvenes estudiantes, el ya mencionado Félix Reviglio, que le manifestaba su admiración por la rapidez con que se llevaba a cabo la construcción de la iglesia.

«—¡Bah, esto no es nada! ¡Ya verás lo que ha de surgir aquí! Por delante, por detrás, por los lados.»

E hizo una descripción de lo que, andando el tiempo, había de llegar a ser el complejo de edificación a que daría base el incipiente Oratorio.

En fin, la inauguración del sagrado edificio se llevó a cabo el 20 de junio del 1852. Se había puesto la primera piedra el 20 de julio del año anterior, mientras que la excavación de los cimientos se había hecho en mayo del mismo año.

En aquella ocasión, numerosísimas personas de todas las clases sociales se adhirieron con su simpatía y visitaron el nuevo templo. Y, como había hecho el rey Salomón, también Don Bosco, después de erigida una casa para Dios, pensó en levantar una morada para sus hijos.

El nuevo internado (1852-53)

El hombre de Dios no descansaba. Ni parecía temer «fatigar»

la generosidad de sus bienhechores demandando su aportación sin tregua. Y era que tenía una idea muy exigente respecto de la obligación que los ricos tienen de compartir sus bienes con los pobres. Idea que halla su fundamento, en primer lugar, en el sentido de fraternidad de todos los seres humanos en su condición de hijos del mismo Padre celestial. Y, en segundo lugar, porque pensaba que los poseedores de bienes de fortuna no eran, en realidad, los dueños de ellos», sino simples administradores en nombre de Dios.

Para muchas personas, incluso de nuestros días, en que el concepto de «fraternidad universal entre todos los hombres» se ha convertido en un dogma, aunque de sentido meramente «humano», la doctrina de Don Bosco en este punto resultaría casi escandalosa por lo exigente.

«—No somos nosotros, los pobres —decía— los que recibimos el beneficio principal, sino los mismos ricos; esas personas que nos socorren con generosidad.»

Y repetía con el Maestro: «Dad y se os dará».

Pero volvamos al hilo de la historia. Con la inauguración de la iglesia de San Francisco de Sales se había solucionado sólo una parte del problema que el Oratorio tenía planteado por entonces. Ahora, sí, los jóvenes podían hallar comodidad para asistir a las funciones sagradas. Pero no la tenían ni los alumnos internos, en aumento cada día, ni los que frecuentaban las escuelas ya de día, ya, especialmente, en las horas del anochecer, los cuales eran, para ahora, «algunos centenares» («frecuentate sempre da piú centinaina»). Había, pues, que poner remedio.

Y, de momento, el problema de las clases quedó medianamente solucionado. Bastó con adecuar al objeto la abandonada capilla. Pero el internado era otra cuestión. Porque no se trataba únicamente de conseguir un poco más de espacio en el dormitorio; sino que Don Bosco pensaba en la creación de «talleres» a fin de que los alumnos no tuvieran necesidad de acudir a diario a la ciudad. Entonces, el santo pensó en la construcción de un nuevo edificio.

Aquella nueva planta debía constar de tres pisos de doble hilera de habitaciones separadas por un pasillo que, a la hora de

la verdad, resultaría bastante estrecho. Tendría, además, otras dependencias subterráneas, destinadas a cocina, despensa, almacén y a comedores. El cuerpo principal de la casa medía 40 metros de largo por 11,64 de ancho. La altura total era de 16 metros.

El diseño, esbozado personalmente por Don Bosco, no gustó a muchos. Se le hallaba excesivamente estrecho y falto de comodidad, pues, aparte de la angostura de los pasillos, también las ventanas y las puertas adolecían del mismo defecto. Los dormitorios eran bajos y con poca luz.

¿Sería que el apóstol se sentía incapaz de esbozar proyectos más ambiciosos? ¿De construir con más amplitud? ¿De resultar más funcional? ¡No! A este hombre le sobraba talento práctico. Lo tenía aún más que especulativo, ¡que ya es decir! A quienes le hicieron observar estos detalles, les respondió:

«—Contentémonos con poco. Dejemos aparte las bellas construcciones y las comodidades y seremos mejor mirados por la caridad de los ricos.»

No era, por tanto, culpa de él. Lo era de la mentalidad imperante en aquella sociedad que aún no había sabido ponerse al ritmo que marcan los tiempos actuales. De seguro que, de haber vivido en nuestros días, su concepción de muchos problemas habría sido distinta. Pero era hijo de su tiempo y debió adaptarse a las exigencias vigentes. Aunque no fueron pocos los aspectos en los que se adelantó, como un auténtico precursor de lo que había de llegar a título de «progreso científico y humano». Por entonces debió «escribir al dictado de quien pagaba».

Sin embargo, no hemos de dejar de señalar una realidad que pudo haber echado su peso en la balanza para esta decisión. Resalta con evidencia que la vida y obra de San Juan Bosco no puede ser convenientemente comprendida si a él se le despoja del carisma sobrenatural bajo el que actuó de manera habitual. Pues, bien, en su día, la casa sería respetada por las autoridades militares precisamente a causa de estas ruines condiciones de habitabilidad. Sucedió esto cuando, a raíz de la batalla de Solferino, perdida por los patriotas italianos frente a Austria, se requirieron muchos edificios para alojar a los heridos, muy numerosos.

Su fe a prueba

Pero la obra no se realizó sin los consabidos contratiempos que venían siendo el sello de todas las empresas realizadas por este apóstol de Cristo. Empresas encaminadas a conseguir el bien de las almas. Como si no bastaran a hacerlas meritorias los habituales desvelos e inquietudes del fundador, llegaron a sumarse una serie de nuevas desventuras. El 20 de noviembre, cuando ya las paredes habían alcanzado una altura muy notable, una buena parte se vino abajo en medio de un ruido ensordecedor, como consecuencia de intensos y pertinaces aguaceros.

Difícil resultaría pintar la consternación de cuantos fueron testigos de aquella ruina. Y más aún de los que se vieron afectados de un modo directo. Sólo Don Bosco, como en tantas otras ocasiones, conservó su imperturbable calma. Experimentó, eso sí, un sincero dolor por las víctimas, que en este caso fueron dos o tres obreros de los que trabajaban en la construcción.

«—¡Hágase la voluntad de Dios! —se limitó a exclamar—. ¡Sea lo que El quiera!»

Pero aún no habían acabado las pruebas. Los trabajos no tardaron en reanudarse. Hubo que acudir de nuevo a llamar a las puertas y a convencer los corazones. Y las paredes surgieron de nuevo a mayor altura que antes. Esta vez se estaba ya a punto de echar el tejado. Una gran cantidad de tejas yacían depositadas en el techo y sobre los andamios para ser colocadas. Entonces volvieron a hacer su aparición las lluvias de manera más tenaz y más abundantes. Al cabo, sobrevino nuevamente la catástrofe que, por lo mismo, fue de mayores proporciones.

El hundimiento se produjo de noche. Una noche hosca, tenebrosa y fría del mes de diciembre. Todos reposaban ya para entonces, porque eran las veinticuatro horas pasadas. El estruendo fue tal que sacudió, incluso, las paredes de la parte vieja del edificio en que se albergaban los moradores del Oratorio. Fue un ruido siniestro, ensordecedor, que aumentaba por momentos en intensidad. Todos se despertaron sobresaltados. Cada cual corrió a buscar algún reparo siguiendo los impulsos del instinto de conservación. Todos, menos Don Bosco.

La habitación ocupada por el santo estaba situada en un

punto excepcionalmente vulnerable. La primera en acudir hacia allá, desafiando todo riesgo, con el alma transida de inquietud y negros presentimientos, fue su madre. La única que continuaba en tensa vigilia de trabajo. Al llegar a la puerta la halló cerrada. Llamó repetidas veces, presa de una emoción y ansiedad siempre crecientes. Con gritos de angustia. El hijo no contestaba. Al fin, alguien acudió en su ayuda. Fue el joven Miguel Rúa, ingresado en el Oratorio pocos meses antes.

¿Qué le ocurría al buen padre, que no daba señales de vida? ¡Nada! Acababa de acostarse. Ya hemos hablado de sus «jornadas». Cómo eran. Cuál el incesante ajeteo. Llegaba al lecho siempre con necesidad vital de reposo. Por consiguiente, apenas acostado, le había invadido un sueño profundísimo. Y desde la lejana región en que se hallaba sumergido su espíritu percibía el ruido como una sensación vaga e imprecisa.

«—¿Es posible que truene aún en la estación en que nos hallamos?» —se preguntaba en la semiinconsciencia.

Luego fue adquiriendo paulatinamente conciencia de la realidad. Entonces encendió una luz y se dirigió a comprobar la magnitud de la catástrofe. Su aparición fue el mejor sedante de los nervios alteradísimos de todos. Les infundió confianza porque le veían a salvo.

«—¡Don Bosco está indemne! —era la voz que se oía por doquier.»

Cada uno olvidó entonces su propio temor. ¡Tal era el afecto que se le profesaba en aquella casa! La confianza que su presencia inspiraba.

Al amanecer se acabó de desplomar, con un ruido aún mayor, la pared maestra, que dividía en dos mitades toda la nave del edificio. El fundador se limitó a comentar:

«—¡Buena me la ha jugado el diablo! ¡No quiere que ensanche este edificio para que no recoja a más alumnos, pero se hará a despecho suyo! El Señor es más fuerte que él y no podrá, por consiguiente, impedir que la obra se lleve a término.»

Aquella misma mañana se personó el propio alcalde de Turín en el lugar del siniestro. Quiso visitar las ruinas e infundir aliento a Don Bosco. Y mandó hacer las oportunas investigaciones acerca de la causa de los sucesivos hundimientos. Le acompañaban dos arquitectos municipales. Sobre la habitación del apóstol se erguía, amenazador, un imponente pilar removido de su base. Uno de los arquitectos preguntó:

«—¿Quién dormía la noche pasada en este ángulo?

—En la parte superior, yo. Y en el piso bajo, varios niños —contestó el padre.

—¡Pues ya pueden dar gracias a la Virgen por haber salido con vida! Esa pilastra se mantiene en pie contra todas las leyes del equilibrio. No se hallaría en el mundo un solo arquitecto capaz de conseguir un efecto semejante. ¡Es un verdadero milagro!»

Pero aún faltaba el último golpe para que la ruina fuera total. Un muro que había permanecido en pie, solitario, con las piedras bien lamidas por la lluvia, se desplomó al amanecer del día siguiente con un ruido estremecedor. El pánico se renovó en la casa. La consternación volvió a dejar paralizados a cuantos fueron testigos de aquella última ruina. Don Bosco mismo pareció desconcertado esta vez. Pero fue sólo por unos instantes. Reaccionó al punto y dijo, con su habitual gracejo:

«—¡Hemos jugado al juego de los ladrillos y hemos perdido! ¡Cúmplase la voluntad del Señor! ¡Paciencia, volveremos a empezar!»

Los gastos principales corrieron por cuenta del empresario, condenado por empleo de material de mala calidad y por negligencia en la construcción. Pero al mismo Don Bosco le costaron la suma de diez mil liras, mientras que, por otra parte, compadecido de aquel pobre trabajador, le ayudó cuanto pudo.

Ese nuevo edificio, que tantos quebraderos de cabeza le había costado, se comenzó a habitar, «de prisa y corriendo», en el mes de octubre de 1853.

Dice el refrán que «la necesidad tiene cara de hereje» o que «no tiene ley». Y así ocurrió ahora. El apóstol tenía mucha prisa por instalar con más comodidad a sus pupilos. Y también por

abrir los talleres. Por eso, a pesar de que las paredes rezumaban aún agua y parecía una verdadera imprudencia habitarlo sin esperar a que se orearan un poquito siquiera, él instaló inmediatamente allá a la treintena de acogidos, asegurando que ninguno sufriría a causa de ello la menor molestia. El mismo fue el primero en mudarse allá.

Fundación de los primeros talleres (1853)

E instalada así la pequeña comunidad humana, pasó, de inmediato, a poner en ejecución un antiguo proyecto que acariaciaba en su mente: la instalación de los talleres en su propio domicilio.

Ocurría, en efecto, que aquellos alumnos internos, que desde hacía años compartían con él su pan, debían acudir a la ciudad a diario por exigencias de su formación en calidad de aprendices. Había también unos pocos estudiantes. Y resultaba que, por la irrupción de escritos pornográficos y revistas ilustradas del mismo estilo, que habían inundado los quioscos de la ciudad, las librerías y hasta las paredes de los edificios, se veían expuestos al peligro de la seducción y a perder la paz de sus espíritus. Don Bosco quiso obviar a este inconveniente proporcionándoles el trabajo en casa.

Y ¡ya se sabe! Cuando de asuntos de esta índole se trataba, un deseo del apóstol era el preludio de una realidad inmediata. Por consiguiente, puso manos a la obra y, como por ensalmo, surgieron los primeros talleres.

No eran, desde luego, el ideal de lo que había de ser esta clase de establecimientos. Para algunos, un rinconcito cualquiera bastaba. O el extremo del pasillo de la casa. Pero es que tampoco eran mucho mejores los que tenían instalados muchos artesanos que vivían de su trabajo. Zapateros, sastres, pintores y otros, ejercían su menester en cualquier tabuco. Para el genio del fundador lo importante era, por entonces, sentar las bases. El siempre lo había hecho así. Y así continuaría haciéndolo, porque había advertido que era la manera de realizar las cosas.

Así quedaron fundados los talleres de sastrería y zapatería, que fueron los primeros. El mismo Don Bosco se constituyó en maestro de estas especialidades que había aprendido allá, en los

ya un tanto lejanos años de su permanencia en Castelnuovo y Chieri.

¡Y que no se le daba mal! Ya había dicho mucho antes —y no era jactancia— que se sentía capaz de cortar y coser cualquier prenda de vestir. Y lo mismo le ocurría con el arte del calzado, en el que era aún más diestro. La zapatería quedó instalada en un corredor de la antigua Casa Pinardi, próxima al campanario de la iglesia, y la sastrería en la antigua cocina. Y para que nada faltara ni quedara a la improvisación, a continuación redactó un reglamento que había de servir de base tanto a los aprendices como a los «maestros de taller». En él nada quedaba sin atar.

Los estudiantes

Don Bosco había pensado hasta ahora, preferentemente, en la «clase artesana», por ser ella la más necesitada, pues entonces, como ahora —aunque por suerte cada día menos—, a ella iban a parar los peor dotados, ya desde el punto de vista intelectual, ya económico. Mas, con el incesante aumentar del número de acogidos a su caridad, se le ofreció la oportunidad de ampliar la panorámica.

Ocurrió esto por dos motivos: porque a sus puertas llegaron también niños desamparados que habían pertenecido a familias de buena posición social, los cuales, por lo general, no estaban en condiciones de afrontar el duro trabajo de los artesanos, y porque entre los acogidos había algunos de sobresaliente ingenio y consideraba una lástima que los tales hubieran de permanecer durante toda su vida remendando zapatos, cortando trajes o cepillando madera. En consecuencia, se resolvió a prestar una atención directa a la clase de los estudiantes. Algo de esto lo había comenzado a hacer ya en 1850. Pero fue ahora, en 1853, cuando el número de estudiantes llegó a igualar al de artesanos para después superarlo.

Estos chicos acudían a diario a la ciudad, a las clases de dos afamados y excelentes profesores: Mateo Picco y José Bonzaniño, de gran estima en el ámbito ciudadano.

Se trataba, efectivamente, de profesores egregios por su saber y por el arte de enseñar. Y a la vez, de excelentes caballeros, de modales exquisitos, singularmente solicitados por un gran núme-

ro de familias de óptima posición social. Los «pobres hijos de Don Bosco» fueron siempre admitidos en aquellas clases sin ningún reparo por aquellos caballeros cristianos. Y propiamente gratis, si bien el fundador no dejaba de darles «lo que podía», harto poco, o de obsequiarlos ocasionalmente con algún regalo. Don Bosco los consideró siempre entre sus mejores bienhechores. La asistencia de estos alumnos a sus clases se prolongó hasta que el número de alumnos del Oratorio creció tanto que, prácticamente, ellos solos ocupaban las aulas casi por completo.

Iban estos alumnos divididos en dos grupos, puesto que las escuelas de ambos maestros se hallaban situadas en lugares de la ciudad muy distantes entre sí, y llevaban perfectamente trazado el itinerario de ida y vuelta. Aunque, por lo demás, Don Bosco sabía ser comprensivo con los que, alguna vez, transgredían aquella norma, como le ocurría al inquieto y vital Juan Gagliero, gran salesiano después, y cardenal de la Santa Iglesia.

Los días de lluvia, nieve, viento o frío, vestían estos chicos un capote que el Ministerio del Ejército había regalado al Oratorio, atuendo que les confería una facha de auténticos contrabandistas o bandoleros. Al principio, fueron objeto de bromas sin fin, pero, con el tiempo, todo el mundo se llegó a acostumbrar a verlos así y la cosa quedó como lo más natural.

ACTIVIDAD MULTIFORME (1852-53)

Audacia santa

Con los gastos incesantes y siempre en aumento, y la serie de contratiempos que a cada paso se levantaban en el camino del apóstol de Valdocco, estaría uno tentado de creer que el siervo de Dios se hallase acomplejado y acobardado o que exhibiese un malhumor habitual. Y es verdad que no habría podido ser de otra manera de no haber poseído aquella su fe grandiosa y tan gran confianza en la Providencia divina, pues la realidad era que andaba siempre entrampado «hasta las orejas».

«Nosotros hemos echado siempre adelante en medio de deudas», dirá más tarde, cuando haya llevado a cabo empresas realmente asombrosas.

Después de los gastos que las construcciones mencionadas le habían ocasionado, parecía tema de prudencia conceder una tregua a su incesante afán de invertir a gloria de Dios. Pero no. El parecía decidido a complicarse la vida. O, incluso, a dejarla en el empeño, si tal entendía ser la voluntad de Dios. Y proyectaba siempre más y más amplias obras que comportaban sumas que no tenía sino en su imaginación. ¡Ah, si hubiera podido disponer de mayores sumas de dinero...!

«—¡Deme usted millones y verá lo que yo soy capaz de realizar», le había dicho en cierta ocasión a la marquesa de Bartolo.

Su propia madre representaba la prudencia humana.

«—¿Pero cuándo te vas a detener? —le decía—. No sólo no dejas de admitir más niños de los que podemos sostener, sino que proyectas realizaciones que

exigen cantidades de dinero que asustan. A este paso no sé dónde vamos a ir a parar.

—¡Oh, mamá! ¡No hay por qué asustarse! —le replica él bromeando—. ¡Siempre nos quedará un lugar en el Cottolengo!»

Pues bien. Esta vez el asunto era éste: Allí delante —ya lo conoce el lector— surgía aquel foco de inmoralidad que era la Giardiniera, la casa de la señora Bellezza. Y era de absoluta necesidad acabar con él por razones que resultan obvias. Y Don Bosco dio en esta ocasión una prueba más de su carácter santamente audaz. Puesto que la propietaria no estaba dispuesta a vender la casa —que, por cierto, no se pudo adquirir hasta el 1884, es decir, cuando a ella le llegó la hora del viaje sin retorno—, la tomó en arriendo. De este modo pudo echar de ella a los indeseables huéspedes.

La «broma», además de concitar contra él el odio de aquella gentuza, le costó, entre alquileres e indemnizaciones por desahucio, la bonita suma de ¡20.000 liras! Luego, él la realquiló a un precio hartó más bajo. Pero, desde luego, a personas de solvencia moral.

Elogios y riesgos

La obra de los oratorios triunfaba. Y era natural, puesto que los resultados estaban a la vista y no podían dejar de influir, de un modo positivo, en el ánimo de los hombres de buena voluntad, los sinceros. Por consiguiente, acabaron por ganar las simpatías de muchos de los que, por incompreensión, se habían mostrado opuestos o indiferentes. Y reconciliaron también a otros que se habían alejado en los momentos de las agudas crisis por las que le había tocado pasar cuando todo parecía perdido.

El Senado mismo envió ahora a algunos de sus miembros con el fin de hacerle una visita «de buena voluntad» y comprobar *de visu* la verdad de los elogios que estaban cada vez más en el ambiente de la calle. La visita tenía, además, por objeto otorgar una subvención al fundador. Lo cual era, por otra parte, el mejor signo de reconocimiento de la bondad de la institución misma.

La impresión que aquellos emisarios sacaron a la vista de los

centenares de jóvenes y niños, cuidados amorosamente y vigilados con paternal solicitud, fue inmejorable, y les arrancó palabras de sincero elogio. Los vieron abstraídos en amenos pasatiempos, sumisos, espontáneos, obedientes... ¡Ah, ahora no pasaba por sus mentes la idea de sus hechos delictivos, de las calaveradas que a algunos los habían llevado a dar con sus huesos en la cárcel! Era el verdadero milagro de la caridad cristiana.

Y creció aún más su admiración cuando se les dijo que, ya para entonces, eran tres los centros abiertos en la ciudad en los que se formaban de la misma manera cerca de 2.000 niños y adolescentes.

Pero, por desgracia, no habían cesado las vejaciones. El ambiente político estaba más revuelto cada día y la confusión de ideas era mayor. El odio de ciertos sectores del país contra todo lo que oliera a religión o iglesia se manifestaba cada vez con más descaro y mayor impunidad. Y la lucha contra aquellos miembros de la jerarquía eclesiástica que eran notados de «conservadores» y «reaccionarios» no había de acabar hasta conseguir anularlos. O, al menos, de intentarlo como fuera. Entre ellos estaba, en primer lugar, el prelado mismo de la archidiócesis, el cual fue, primero, encarcelado y después desterrado. Y Don Bosco, que había demostrado siempre una adhesión incondicional a su «jefe», y que era, además, reconocido como adalid de los derechos de la Iglesia, hubo de experimentar también las consecuencias de aquella hostilidad.

En medio de un clima de aguda tensión vino a agravar la situación un incidente que provocó las iras del populacho, azuzado por algunos políticos. En el mes de julio moría, sin ser absuelto de la pena de excomunión que pesaba sobre él por su filiación sectaria y por su participación activa en la promulgación de leyes atentatorias de los derechos eclesiásticos, el caballero Santarosa, ministro de Agricultura. A él se había debido principalmente la «Ley Siccardi», que sancionaba el despojo de muchas Ordenes y Congregaciones Religiosas.

El incidente tuvo malas consecuencias para el elemento clerical. El superior de la comunidad de los Oblatos que, actuando de conformidad con los cánones, había negado la absolución al enfermo por no haber él accedido a retractarse, fue perseguido. Y con él toda la comunidad. El convento fue saqueado y los

religiosos dispersados. La culpa se quiso hacer recaer sobre el arzobispo, el cual sufrió multa y prisión (1850).

En esta ocasión, a causa de la mencionada adhesión de Don Bosco a su pastor, también él fue amenazado y el Oratorio de Valdocco corrió grave riesgo de ser invadido por las turbas soliviantadas. Lo salvó uno de los revolucionarios perorando en favor de aquella institución, bien conocida por él, y de su fundador.

Comportamiento heroico del apóstol (1852)

Por aquel entonces ocurrió en Turín un trágico accidente que brindó a Don Bosco la ocasión de poner en evidencia, una vez más, la abnegación sin reservas con la que se prodigaba en toda circunstancia. El 26 de abril de 1852 explotó el polvorín militar que se hallaba a no más de 500 metros del Oratorio.

El santo se hallaba fuera de casa en el momento de la catástrofe. Y apenas se enteró corrió allá para asegurarse de que ninguna desgracia había sucedido a sus hijos. Al llegar al Oratorio lo encontró abandonado por todos. Aterrorizados los que en él se encontraban en el momento de la explosión, habían huido al descampado. Nuevas explosiones, repetidas a intervalos, habían lanzado a grandísima distancia piedras enormes, hierros retorcidos, envases y otras suertes de proyectiles. El, sin titubear, dirigió con prisa sus pasos al lugar del siniestro a fin de prestar ayuda espiritual o material al que pudiera necesitarla.

En el camino se encontró con su madre. Pretendió ella disuadirle porque el peligro de nuevas explosiones seguía subsistiendo, pero no lo consiguió. Allí estaba su deber como sacerdote. O, por lo menos, allí había una misión caritativa que cumplir. Y en estas circunstancias él se hallaba siempre en primera fila.

Llegado allá, consiguió con dificultad abrirse paso a causa de los ingentes montones de ruinas acumuladas por el hundimiento del edificio. Pero lo hizo a tiempo para prestar los auxilios de la religión a un obrero moribundo. Fue recompensa suficiente a su trabajo y al riesgo que había desafiado. Quiso también ayudar personalmente en la extinción del fuego que seguía propagándose con riesgo de provocar nuevas explosiones. Y ya que no le fue permitido, prestó su sombrero a un soldado que, a falta de otro

recipiente más adecuado, acudió a ayudar a extinguirlo llevando agua en él.

Este terrible suceso, que causó muchas víctimas, había sido predicho con antelación de un año por uno de los jovencitos más virtuosos que albergaba el Oratorio. Tenía trece años y se llamaba Gabriel Fassio. Don Bosco había dicho de él en tono francamente admirativo que era un modelo de virtud, mas también había predicho su muerte en fecha próxima. Y sucedió así. El jovencito había hecho aquella predicción estando en trance de muerte.

El Oratorio se vio libre en esta ocasión no sólo de desgracias personales; sino también de daños materiales, a pesar de hallarse tan cerca del polvorín. Fue, por el contrario, lugar de refugio de una parte de la vecindad mientras subsistió el peligro y se repararon los desperfectos que la explosión había ocasionado en muchas viviendas. Algunas familias más afectadas, que se vieron en la necesidad de abandonar sus propios hogares gravemente dañados por el siniestro, hallaron acogida en el Oratorio.

La libertad religiosa

Uno de los derechos fundamentales del hombre es la «libertad religiosa» que el Concilio Vaticano II define en estos términos:

«La libertad religiosa consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales o de cualquier potestad humana, de manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar en contra de su conciencia, ni se le impida que actúe en conformidad con ella en privado o en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos. Declara el Concilio que el derecho a la libertad religiosa se funda realmente en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce por la palabra revelada por Dios y por la razón misma» —DH, 2.

Por poco conocedor que se sea de la historia religiosa de Europa desde que en los comienzos del siglo IV de nuestra Era

Cristiana, el Cristianismo comenzó a gozar del favor imperial con Constantino el Grande, convertido a la fe de Cristo (313), se verá qué paso de gigante representa la publicación de un decreto como éste. Pero se ha de tener en cuenta que sólo bien entrada la mitad del siglo XX (1965) ha sido posible su publicación. Y entre tanto, una serie inacabable de «guerras de religión» han asolado el viejo continente cristiano y la «intransigencia» más feroz ha sido la característica durante muchos siglos en ella.

Pues bien, uno de los méritos que deben ser atribuidos al espíritu de la Revolución de 1789, espíritu recogido en el Risorgimento italiano, era cabalmente la proclamación de la «libertad religiosa» como parte integrante del sentido de dignidad del ser humano. Y a este fin, el 19 de junio de 1848, el Gobierno revolucionario del Piamonte publicaba un decreto por el que se establecía la igualdad de derechos de las sectas cristianas y la Iglesia Católica, detentadora hasta entonces en exclusiva de esta libertad.

Cómo fue acogida esta medida del Gobierno puede suponerse, dado que apenas nadie se hallaba, a la sazón, en condiciones de juzgar con ecuanimidad y objetividad su verdadero alcance. Los unos, es decir, los oprimidos hasta entonces por la falta de libertad, pensaron que había llegado la hora del desquite y se lanzaron a una propaganda auténticamente agresiva. Los otros, los detentadores de ella, el elemento ultraconservador, la estimaron como una maniobra de inspiración diabólica, puesto que, no en vano, decían, «hombres sectarios de todas las tendencias se hallaban infiltrados en el Gobierno».

Por su parte, la jerarquía eclesiástica, desde los grados inferiores hasta los más encumbrados, partiendo del supuesto de que la «verdad», toda la verdad, era patrimonio exclusivo de su acervo doctrinal, «intangible e inmutable», levantó su voz airada de protesta y se aprestó a salir en defensa de sus privilegios multiseculares.

«El error, se decía, no tiene ningún derecho a ser divulgado. Hay que silenciarlo, perseguirlo, aniquilarlo.»

Y como era de presumir, un hombre como Don Bosco, tan identificado con la causa católica, fue uno de los que con más ardor saltaron a la palestra.

Los valdenses

Por la parte «herética», el protagonismo lo asumieron los «valdenses».

Eran éstos los antiguos hugonotes franceses que tan activos se habían mostrado en las mencionadas «guerras de religión» del sur de Francia en el siglo XVII. El nombre lo habían tomado de su maestro, Pedro Valdo, predicador fanático de una doctrina empapada de un sentido de total intransigencia, aun respecto de las menores claudicaciones o incumplimientos. Acusados ellos mismos, y obligados a buscar refugio en los valles andinos, allí, en aquellos reductos casi inaccesibles, habían logrado sobrevivir alejados de toda convivencia y manteniendo con gran tesón la fidelidad a sus creencias religiosas y a un modo de vida terriblemente austero.

Se ha dicho que «no hay peor fanatismo que el religioso». Y resulta verdad. Pero si la historia de la evangelización cristiana ofrece páginas que no destacan precisamente por su brillantez, también es verdad que son las menos y que, por lo general, han sido escritas por grupos de exaltados o por individuos aberrantes, mientras que, en su conjunto, es una historia eminentemente gloriosa y cuajada de heroísmos.

Esto, sin embargo, no sucede con la historia de las «sectas», es decir, de aquellos grupos más o menos numerosos de personas que, desgajadas del tronco común, han marchado a la deriva, distanciándose, casi siempre, más y más hasta el punto de contaminarse de ideas extrañas y perniciosas. Al menos, esto es lo que había ocurrido con esta secta de los «valdenses»; de ellos llega a decir un historiador contemporáneo:

«Si la creencia de estos herejes hubiera reclutado una mayoría de fieles hubiera tenido como consecuencia tornar a Europa al salvajismo de los tiempos primitivos, pues la suya no sólo era una rebelión contra la Iglesia, sino la abdicación del hombre ante la naturaleza.»

Estos, pues, descendieron desde sus reductos alpinos con un enorme afán de reivindicación y de lucha, fijaron sus bases en las principales ciudades del Piamonte, de manera especial en Turín, la capital a la sazón, y no tardaron en chocar con Don Bosco.

Escaramuzas y riesgos

En efecto, uno de los puntos elegidos por ellos en la capital del Po había sido la barriada de Porta Nuova, en donde el apóstol de Valdocco había abierto su segundo oratorio, el de San Luis, como conoce el lector. Y allí no tardaron en intentar arrebatarse al santo los chicos que a él acudían.

Para ello consideraban lícitos todos los medios. Incluso el de comprar a precio de moneda las apostasías. Por consiguiente, al amparo de la sorpresa, lograron algunos éxitos iniciales. Durante algunos domingos consiguieron arrastrar hasta su capilla, recién inaugurada, a algunas decenas de oratorianos a los que procuraban tener consigo mediante promesas, regalos y algún dinerillo. Entre tanto, trataban de infiltrar en sus almas sus errores. Y sobre todo, un gran aborrecimiento de la verdad católica, de la Iglesia y sus ministros.

Sin embargo, los muchachos no tardaron en percatarse del lazo que se les tendía y del paso al que habían sido inducidos. Y la mayor parte de ellos decidieron retornar al Oratorio.

Entonces, los herejes (separados), resentidos y llenos de rabia, trataron de recuperarlos acudiendo al empleo de la violencia, a la vez que intentaban vengarse de aquel centro. Y así, cierto día festivo, enviaron contra él una partida de jóvenes audaces con el propósito de dar un verdadero asalto a aquel «reducto de la intransigencia», como ellos decían.

Lo asediaron por todas partes, tomando posiciones estratégicas y, amparados en los árboles y tapias, comenzaron a lanzar una granizada de piedras que chocaban violentamente contra el tejado del cobertizo en que se habían refugiado los oratorianos; contra las paredes, las puertas y ventanas. Y que, sobre todo, caían en el patio con grave riesgo de algunos que habían permanecido en él. Y, en efecto, hubo algunos heridos, aunque no de consideración.

Al fin, los de dentro se cansan, y saliendo audazmente a plantarles cara, los obligan a retroceder y a emprender la huida humillados y sin ganas de repetir el intento. Prudentemente optaron por abandonar la lucha por entonces. Volverían a dirigir sus tiros contra el que era el alma de aquella organización: contra Don Bosco.

Efectivamente, no había pasado mucho tiempo cuando tuvo lugar el primer intento premeditado de asesinato. Cierta tarde de un espléndido domingo, sobre las cuatro, se hallaba el buen Padre en la sacristía de la capilla explicando el catecismo a un grupito de muchachos ya creciditos. El local estaba iluminado únicamente por una estrecha ventana, abierta a una altura superior a los dos metros. De pronto, en el interior de la pequeña habitación se produce una oscuridad como si un nubarrón cruzara por delante del ventanuco. Pero no es que se haya nublado de repente el cielo. Es la sombra siniestra de un hombre criminal que intenta matar al apóstol.

Aupado sobre unas piedras, introduce el grueso cañón de un trabuco y dispara a quemarropa, apuntando al corazón de la presunta víctima. La bala, una gruesa posta de plomo, capaz de dejar seco a un oso pirenaico, pasa por entre el brazo del sacerdote y su pecho y se estrella en la pared desconchándola y casi abriendo un boquete. El apóstol resultó ileso. Únicamente su sotana quedó agujereada.

El espanto de los jovencitos que estaban con él fue indescriptible. Sólo él conservó una calma desconcertante. Y tampoco esta vez le faltó el habitual humor para tomar a broma el incalificable acto:

«—¡No os asustéis, hijos míos! —dijo—. Ciertas personas no saben gastar bromas sin faltar a la educación. Me ha roto la sotana, que es la única que tengo y ha desconchado la pared. Pero volvamos a nuestra explicación.

—Pero, Don Bosco, ¡si ha estado a punto de matarle...!

—Sí, desde luego. Y lo habría logrado si la Virgen no le desvía la batuta. Pero ya lo estáis viendo. No ha pasado nada.»

PROSIGUE LA LUCHA CON LOS «VALDENSES»

Apóstol de la «buena prensa»

Uno de los medios de que se valían los discípulos de Pedro Valdo para la difusión de su doctrina era la «prensa». O, si se prefiere, la «mala prensa», desde la apreciación del campo católico.

«Mala» por estar impregnada de errores dogmáticos y por ser un disolvente de las costumbres morales. Diarios, revistas, folletos, libelos cuajados de disparates, desde el punto de apreciación «ortodoxo», y con el incentivo de un cierto desenfreno que los hacía más apetitosos, en especial para la juventud, lo inundaron todo en poco tiempo.

Don Bosco decidió salir en defensa de la fe católica, de sus dogmas y su moral, combatiendo a este enemigo con sus propias armas, es decir, mediante escritos «ortodoxos y moralizantes». Con esta decisión quedaba entablado, entre ambas partes un reto no exento de graves riesgos para la vida del apóstol, porque los herejes estaban dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias y a servirse de todos los medios para conseguir reducir al silencio aquella voz.

Una de las publicaciones de mayor eficacia puestas por el fundador entonces al servicio de esta causa fueron las Lecturas Católicas que él mismo definió en estos términos:

«Se trata de libritos de estilo sencillez y ameno, escritos en lenguaje popular, concernientes sólo a temas relacionados con la defensa de la religión cristiana.»

No fueron, sin embargo, los únicos escritos dados por él a la imprenta. Al lado de ellos, y como complemento de la formación

doctrinal que allí se ofrecía, difundió millones de otros más sencillos y de carácter práctico, tales como: hojas volanderas, que constituían una adecuada réplica de carácter apologético a puntos concretos impugnados por los herejes, novenas para el fomento de la piedad popular, relatos de milagros y sucesos históricos ejemplares, devocionarios, etc.

Todas estas publicaciones costaron a Don Bosco no sólo nuevos quebraderos de cabeza para sufragar los gastos que exigían, sino también sostener una guerra peligrosa y tenaz con sus adversarios. Y digámoslo también, de parte de algunos eclesiásticos que no alcanzaban a ver las consecuencias de la propaganda herética. O que, simplemente, eran más liberales en sus apreciaciones.

Estos no deseaban comprometerse, atemorizados por el riesgo de la venganza que podían provocar los escritos de Don Bosco, los cuales verdaderamente excitaban las iras de aquellos adversarios, por la forma violenta de los mismos.

«Eran, dice la crónica, tan directos, tan incisivos los ataques contra los “valdenses” y protestantes, en general, que ningún eclesiástico tuvo el valor de estampar su firma al pie, prologando aquellos libros.»

Uno de estos eclesiásticos que, por lo demás, nunca desempeñó un papel airoso en sus prolongadas relaciones con el Oratorio y su fundador, se ofreció a leer algunos de tales escritos con el fin de autorizar su publicación, en calidad de censor eclesiástico. Mas, antes de llegar a la mitad, se lo devolvió al autor con estas palabras:

«¡Tómese su trabajo y hágase usted solo responsable de lo que escribe, que yo no quiero asumir tal compromiso! Usted es demasiado audaz. Arremete de frente contra los enemigos. Los provoca. Yo no estimo prudente entrar en liza con ellos suscribiendo cuanto usted dice. ¡No quiero poner en peligro mi vida!»

Don Bosco, no obstante, halló la manera de conseguir el *nihil obstat* eclesiástico acudiendo personalmente al arzobispo, el cual seguía expiando una culpa que no había cometido. Monseñor Frasoni no sólo le alentó a proseguir la lucha que había comen-

zado, sino que le consiguió de su sufragáneo, el obispo de la diócesis de Ivrea, que saliera garante de aquellos escritos.

Amenazas de muerte

Los discípulos de Pedro Valdo, después de aparecer los primeros escritos del apóstol de la juventud, se alarmaron y se propusieron impedir a toda costa su publicación. Y comenzaron por acudir al Oratorio con el fin de entablar discusiones de carácter apologetico con Don Bosco, ilusionados, tal vez, de ganarle para su causa o, al menos, reducirle al silencio, vencido por sus «razones». No obstante, tampoco faltaron, ya desde el comienzo, amenazas más o menos veladas para el caso de que el santo no quisiera tener en cuenta sus otros argumentos.

Llegaban siempre varios juntos para exhortarse a sostener con mayor seguridad el diálogo, que comprendían no había de resultarles fácil con un adversario tan preparado. Mas, a pesar de estas precauciones, hubieron de tragar saliva muy amarga en multitud de ocasiones, pues su bagaje cultural era, por lo general, muy inferior al de aquel adversario. Tal ocurrió, por ejemplo, cuando uno de ellos, que imprudentemente había pedido se consultara el texto griego de la Sagrada Escritura sin conocer este idioma, hubo de ser advertido por Don Bosco, al cabo de un notable rato de búsqueda, que lo estaba tomando al revés.

Intentaron también sobornarle, comprando su conciencia por dinero, método que en algunos casos, con otros menos enteros y menos atentos que el apóstol, les había dado resultado. Tal ocurrió cuando dos «caballeros» le propusieron que dejara de escribir las famosas Lecturas Católicas y se dedicara al cultivo de la historia, con la promesa de ayudarle económicamente.

«—Sepan ustedes, señores —acabó por decir el santo en esta ocasión, para desembarazarse de tan molestos huéspedes—, sepan que yo me he consagrado a una finalidad muy concreta y determinada y que nada ni nadie en el mundo conseguirá que la abandone. Estoy incondicionalmente al servicio de la Iglesia Católica y no tengo más ambición que la de servirla con lealtad.

—¡Pues hace usted muy mal en desoír nuestro consejo! Y tenga presente que su testarudez puede costarle mucho más de lo que se imagina. Usted no tiene derecho a meterse en nuestras opiniones ni a combatir nuestras creencias ni por qué contradecirlas. ¡Ande muy atento con lo que hace!

—Y yo les digo a ustedes que estoy acostumbrado a oír insultos y amenazas. Y que sus señorías hablan así porque desconocen qué clase de hombre es el sacerdote católico.

—¡Puede acontecerle que salga algún día de su casa y no regrese a ella!

—Y yo les digo a ustedes que salgan inmediatamente de aquí y no vuelvan a comparecer en mi presencia! Sepan que ahora mismo podría contestar yo también no sólo con amenazas, sino con hechos. ¡Y les aseguro que no había de gustarles el trato que me siento capaz de darles! Pero no lo haré. El arma que empleamos nosotros, los sacerdotes católicos, es la paciencia. ¡Váyanse al punto!»

Aquellos dos sujetos echaban llamas de furor por los ojos. Intentaron acercarse al sacerdote en ademán de ponerle las manos encima. Mas él, conservando aquella su imperturbable serenidad, capaz de desarmar a los más furiosos, los dejó clavados en el sitio con su terrible mirada. Se acercó a la puerta, la abrió... Allí cerca estaba el joven José Buzzetti.

«—Acompaña a estos señores a la calle —le dijo.

—¡Nos volveremos a ver muy pronto!» —amenazaron ellos antes de salir.»

A partir de esta escena, la vida del apóstol se vio amenazada con frecuencia por los adeptos a las sectas, los cuales intentaron matarle por todos los medios: saliéndole a su encuentro a su regreso de la ciudad, cuando había ya anochecido; en su misma casa, mediante el veneno o esgrimiendo mortíferas armas blancas o de fuego... Pero Dios le libró mediante una intervención de su providencia auténticamente «milagrosa», cuando no bastaban los medios al alcance de la prudencia humana. Referiremos algunos de estos riesgos.

De las amenazas a los hechos.

Algunos días después de la escena relatada llegan al Oratorio dos tipos de aspecto poco tranquilizador. Vienen a rogarle que vaya a la ciudad para escuchar la confesión de un moribundo. La hora es ya bastante avanzada y las sombras de la noche pueden encubrir cualquier posible acto de maldad. Don Bosco tiene una idea feliz: la de hacerse acompañar por cuatro robustos mocetones del Oratorio.

«—¡No es preciso que los moleste! —dicen los visitantes—. Nosotros mismos le acompañaremos también al regreso.

—No es molestia para estos jóvenes. Vendrán conmigo muy a gusto para darse un paseo hasta la ciudad y gozar del relente de la noche.»

Parten todos. Durante el breve camino, muy pocas palabras. El malhumor causado por el contratiempo cierra las bocas de aquellos dos bribones. Al llegar a la casa, Don Bosco ordena a sus amigos que se queden a la puerta mientras él entra con los visitantes.

En una habitación de la planta baja, media docena de jóvenes, de mirada siniestra, se hallan comiendo castañas cocidas, remojándolas abundantemente con vino. Al ver al sacerdote se levantan aparentando cortesía. Luego le invitan a sentarse con ellos y a tomar parte en su cena.

«—No. No me siento porque el asunto que aquí me trae no admite demora. Y en cuanto a comer, nada he de tomar, puesto que acabo de levantarme de mi propia mesa. Además, no tengo por costumbre tomar nada fuera de las comidas.

—Por lo menos, un vasito de vino sí que va a tomar. Sienta muy bien después de haber comido. Y a nosotros nos proporcionará un gran placer.

—No, gracias. No suelo beber por igual motivo.

—¡Vamos, siquiera por una vez! Beberá en nuestro honor.»

El que llevaba la voz cantante comenzó a verter el vino de

una botella en los vasos de aquellos truhanes. Luego tomó otra que tenía aparte, aparentando naturalidad, y llenó otro vaso para Don Bosco.

«—¡Ya les he dicho que no bebo fuera de hora! Lo siento, pero tampoco esta vez lo voy a hacer.

—¡Lo vamos a tomar a desprecio!

—No hay para tanto. Conozco a un sinfín de personas que siguen esta misma norma. Y no son pocas las que no tienen costumbre de beber nunca.

—¡Pues usted no se irá de esta casa sin beber! ¡Téngalo por seguro! ¡Si no quiere hacerlo por las buenas, lo tendrá que hacer a la fuerza!»

Y no son sólo palabras. Acercándosele tres o cuatro de los más forzudos, le sujetan por los brazos. Entre tanto, otro, tomando el vino, intenta acercárselo a los labios. Entonces entra en juego la sagacidad del santo.

«—¡Bien! —dice—. Si es por eso, no tendré más remedio que hacerlo. Aunque, como he dicho, es algo que va contra mi costumbre. Pero será mejor que me dejen libre, porque de lo contrario se va a derramar el contenido del vaso.

—¡Eso ya es entrar en razón! —dice el jefe de la banda—. ¡Dejadle en libertad y que beba a nuestra salud!»

Don Bosco aprovecha el momento. De un salto se planta ante la puerta, la abre de un empujón y llama a los jóvenes que han permanecido en la calle.

La aparición de aquellos mocetones dispuestos a entrar en liza mete el resuello en el cuerpo de los asesinos, los cuales procuran disimular.

«—¡Vamos, no se tome las cosas tan por lo trágico! ¡Déjelo, si de verdad no quiere beber!»

El apóstol pregunta por el enfermo. Le conducen a una habitación del primer piso. En el lecho se encuentra... ¡uno de los bribones que habían ido a buscarle al Oratorio!

«—¿De manera que es usted el que se halla en las

últimas...? ¡Pues aquí me tiene dispuesto a ayudarle a bien morir, si realmente le ha llegado la hora!

—¡Me confesaré mañana! —consigue decir a duras penas aquel tunante, mientras estalla en una ruidosa carcajada.»

Nuevo peligro de muerte

Cierto día, dos sicarios, en el sagrado de su propio recinto de Valdocco, en la estrechez de su propia habitación en donde han sido recibidos, le encañonan con sus pistolas.

—Acabamos con usted ahora mismo —le dicen— si no cesa de combatir contra nosotros. Somos miembros de una secta religiosa y tenemos perfecto derecho a subsistir y a crecer, porque así nos lo autoriza la Constitución. ¡Deje, por tanto, de hacer propaganda contra nosotros!

—Yo, señores, no veo por qué las cosas hayan de llevarse a tales extremos. Ustedes me hacen un honor demasiado grande al conceder tanta importancia a mis humildes escritos. Y no es que me falte voluntad y deseo de desvanecer sus errores, llevando la luz de la verdad católica a las mentes del mayor número posible de personas. Pero, francamente, no creo haber conseguido un éxito como el que me atribuyen. Estoy convencido de que, a pesar de mis esfuerzos, las sectas continuarán causando estragos en los espíritus y sembrando la confusión en las inteligencias.

—¿De manera que se niega a acceder a nuestras exigencias?

—¡Ciertamente, señores! Y les digo, además, que lo menos que pueden conceder es respetar la libertad de difundir cada cual sus propias opiniones. Permitir exponerlas sin por ello coaccionar, como ustedes lo están haciendo en este mismo momento. Pero no están dispuestos a hacerlo y han venido a mi propia casa a amenazarme. ¿Es así cómo entienden la “libertad de expresión” que nuestras leyes conceden...?

—Y estamos dispuestos a llevar a efecto nuestras amenazas si usted se obstina en hacernos la guerra!
—¡Disparen si son capaces! —les dice el santo mirándolos de frente, con una expresión de increíble audacia reflejada en sus ojos que lanzan centellas.»

En la puerta resuenan unos golpes recios. Las voces habían subido de tono y dos jóvenes del Oratorio que montaban la guardia ante ella, en vista de los peligros que desde hacía algún tiempo acechaban a su bienhechor y padre, se apresuran a tratar de conjurar éste. Los sicarios deponen su actitud y salen de la habitación confundidos.

No fueron éstos los únicos casos en que los adversarios ideológicos pusieron en peligro la vida del apóstol. Por el contrario, durante muchos años, a tenor de las amenazas que contra él habían proferido, se vio en constante peligro. Mas la Providencia intervino en su favor, según hemos dicho, a veces de forma maravillosa, como vamos a ver en las páginas siguientes:

El «Gris»

Sí. En la vida de este hombre, el «hombre-leyenda», como se le ha llamado, abundan los episodios que llevan el marchamo de lo sobrenatural y milagroso en todo el sentido de este término. Y aún resultaría más propio decir que toda ella discurre en una atmósfera de sobrenaturalidad que acerca lo humano a lo divino, estableciendo una comunicación de influencia mutua. En ella se asoma al mundo, casi de continuo, el poder sorprendente de Dios, dispuesto a acudir en ayuda del hombre, impotente de suyo, con el despliegue de una intervención espectacular.

Lo que ahora vamos a referir puede arrugar el entrecejo de muchos hombres de la actual generación, puesto que hay que reconocer que, de una manera u otra, el impacto del racionalismo ha sido muy grande, aun en los «hombres de fe». Y en virtud de esta influencia son muchos los que ponen un empeño desmesurado en eliminar también de las vidas de los santos cuanto tiene apariencias de intervención sobrenatural y divina.

Pero, si bien se piensa, es ésta una actitud ilógica desde su propia perspectiva, porque la vida del «cristiano» es en sí misma

esencialmente sobrenatural y de sentido trascendente del orden meramente corpóreo y está refrendada por la constante intervención divina en forma de «milagro». El milagro nos cerca por todos los lados.

Sí, el milagro seguirá dándose siempre en el seno de la Iglesia de Jesucristo, porque es, simplemente, una forma de manifestación carismática de la que han gozado prácticamente todos aquellos a quienes la piedad de los fieles honra con el apelativo de «santos». Aunque, en realidad, ni la santidad comporta necesariamente la exigencia de este carisma, ni el milagro es, de suyo, una señal cierta de santidad. Pero vayamos al «Gris».

El «Gris» era un perro. Un perrazo lobo de más de un metro de alzada. Con orejas tiesas, erectas, atentas. Con ojos chispeantes y escrutadores. De cuerpo ágil y esbelto, pelo recio, que se erizaba en los momentos en que el animal mostraba enfado o irritación. Tenía el hocico y la cabeza nobles. Era un bello ejemplar de perro lobo alsaciano que jugó un papel importante en la vida de San Juan Bosco.

¿De dónde procedía? ¡Ese es el misterio que nadie acertó a desentrañar jamás, porque todas las investigaciones realizadas con este fin no lograron resolver el enigma! Simplemente apareció un buen día en el camino junto al padre y desde aquel momento quedó constituido en fiel guardián de su vida por el espacio de más de veinte años. Refiere el apóstol:

«Sucedió en 1852. Regresaba yo a casa solo y tarde porque los asuntos que me habían llevado a la ciudad me habían entretenido más de lo previsto. Caminaba con una cierta sensación de miedo. Y era que ya me había visto varias veces en serios peligros a causa de las asechanzas que contra mí tramaban los discípulos de Valdo.

Al llegar al descampado, un descampado de cerca de 500 metros de mal camino, vi aparecer súbitamente, delante de mí, un enorme perrazo lobo, de pelo gris. A su vista, el corazón comenzó a latirme con violencia por el miedo. Era de excepcional corpulencia y de un metro de altura. Seguramente poseía una fuerza capaz de derribar con facilidad a un hombre.

¿Qué iba a pasar?

¡No ocurrió nada! El noble animal se me acercó cariñoso y comenzó a darme muestras de simpatía y afecto. Pronto éramos amigos. Pero lo mejor no fue aquello, sino el hecho de que, a partir de aquel encuentro, siempre que yo regresaba tarde a casa, aproximadamente en el mismo lugar, me estaba esperando mi amigo. Me saludaba con efusión, se ponía a mi vera y me acompañaba hasta la puerta misma del Oratorio. Yo le invitaba a entrar. pero, por entonces, nunca quiso hacerlo. Cuando me había dejado a salvo en el umbral de mi propia casa desaparecía. Además, si alguna vez me acompañaba alguien hasta mi domicilio, no solía aparecer el perro.

Sucedió cierto día. Un amigo me quiso acompañar hasta la plaza del Rondó. Allí se disponía a despedirse de mí mientras que yo debía atravesar solo aquel trecho peligroso. Mi amigo había hecho ya ademán de tomarme la mano para estrechármela en un gesto de despedida, cuando aparece el "Gris".

—¡Vaya animalazo! —exclama lleno de asombro—. ¡Es capaz de derribar a un hombre con toda facilidad! ¡No puedo consentir que usted se quede solo en este lugar con esta bestia!

—¡Oh, no importa! Puede usted volverse tranquilo. Este perro es mi "Gris". Es un excelente amigo que me suele acompañar con mucha frecuencia. Yo también tuve miedo de él las primeras veces que salió a mi encuentro. Pero ahora le considero mi mejor guardián. Y créame que me ha sacado de más de un apuro.

—¡No, no! ¡Voy a ahuyentarlo de aquí! —insistió él, lleno de miedo.

Cogió del suelo dos grandes piedras y las lanzó violentamente contra aquel animal. El perro, aunque recibió de lleno los impactos, ni siquiera acusó los golpes. Permaneció completamente insensible como si aquello no fuera con él.

—¡Es un duende! ¡Es un duende! —exclamó mi amigo aún más impresionado.

Y se decidió a acompañarme hasta el Oratorio mismo. Pero ahora ya no era por no dejarme a mí solo, sino porque a él mismo le faltó el valor para separarse de mi lado por temor a la reacción del animal maltratado tan sin causa. No obstante, el perro no dio la menor señal de enojo o irritación contra él.

No se mostró, en cambio, de tan buen talante en cierta ocasión en que un asesino a sueldo, que esgrimía la brillante hoja de un afilado cuchillo, estaba para darme alcance y ya el arma homicida se alzaba amenazadora sobre mi cerviz. Yo me vi perdido, puesto que nadie podía prestarme auxilio. Entonces aparece el "Gris", se lanza contra aquel malvado, le derriba en tierra, aplica los poderosos colmillos a su garganta y ya está para hundirlos con rabia.

—¡Señor Don Bosco, llame a su perro! —tiene apenas aliento para gritar aquel desventurado—. ¡Que no me muerda! ¡Que no me mate!

—Sí, lo haré. Pero a condición de que tú mismo dejes de intentar matarme a mí!»

Y el perrazo obedeció a la voz acariciadora del santo que le ordenaba soltar la ruin presa.

Un último episodio protagonizado por el «Gris».

El apóstol se ve asaltado un anochecer en un descampado. Los agresores son dos hombres jóvenes y fuertes que le toman por sorpresa irrumpiendo en el camino desde detrás de un espeso matorral. Tal vez son conocedores de las hercúleas fuerzas del sacerdote. O, acaso, pretenden simplemente acallar sus voces de socorro. El hecho es que, como medida preventiva y de gran eficacia, le han conseguido envolver la cabeza y los brazos con una manta que sujeta fuertemente uno de ellos, mientras que el otro aprieta sus manos como una argolla que se cierra en torno a la garganta del apóstol.

En aquel momento, los ladridos aterradores de un perrazo resuenan junto al grupo de los tres hombres. Don Bosco los oye y experimenta una sensación de alivio y de alegría. ¡Allí está su «Gris», una vez más, dispuesto a salir en su defensa! Aquellos dos asesinos sueltan las manos de junto a su cuello, dejan caer la

manta y huyen precipitadamente a ocultarse entre la maleza de donde habían salido. El ve entonces a su perro delante de sí en la actitud acariciadora de siempre. ¡Está a salvo!

Para poner término a este sorprendente aspecto de la vida del taumaturgo réstanos decir que este medio de defensa se prolongó durante muchos años; que el perro, en ocasiones, combatió furiosamente contra un buen número de asesinos y los ahuyentó, presa de terror; que otras veces se cruzó en el umbral de la puerta del propio protegido y le impidió a toda costa salir. Y resultó que, después de haber hecho las pertinentes averiguaciones, se comprobó que los asesinos a sueldo le habían aguardado ocultos tras los setos del camino para acabar con él; que fue huésped de honor de los alumnos del Oratorio; que se le dejó en habitaciones bien cerradas y desapareció misteriosamente. Y que jamás probó bocado cuando le ofrecieron pan u otros alimentos...

Y ¿qué más? Que en el año 1886, más de treinta años después de estas primeras apariciones, lo tuvo el santo por guía en la ciudad de Bordighera, mientras trataba de sortear los charcos de agua y los barrizales del camino, al filo de la noche, porque Don Bosco, a causa de lo deteriorado de su vista, apenas podía ver en donde ponía el pie.

Los cautos inquisidores que hallan dificultad en admitir la sobrenatural intervención de la divina Providencia en el curso de los acontecimientos humanos tienen aquí buen campo para la investigación de las causas a las que se deban atribuir hechos tan sorprendentes como éstos. Es cierto que estas cosas «no suceden todos los días», pues, Dios, de ordinario, gobierna el mundo en fuerza de las leyes naturales que le son inherentes. Pero tampoco se ha impuesto a sí mismo la necesidad de mantenerse a una determinada distancia del acontecer humano, sin que le sea lícito hacer ostentación de su poder y su bondad, de manera más ostensible para el bien de sus hijos en circunstancias excepcionales. ¿Cabe otra explicación más razonable de estos hechos? Porque negarlos simplemente no parece muy justo.

PARTE TERCERA

EL FUNDADOR (1855)

UNA NUEVA CONGREGACION RELIGIOSA (1847-1855) (PRIMERA FASE)

El designio (1847)

Don Bosco había intuido, desde el simbolismo del «sueño de Morialdo» tantas veces repetido, que llegaría a fundar una nueva congregación religiosa en la Iglesia de Dios. Era éste un designio que él había venido acariciando en su ánimo desde los lejanos años de sus estudios en el seminario, como consta por expresa declaración suya, recogida por testigos de aquella época a los que había hablado con claridad de este tema. Había dicho, por ejemplo, que él, algún día, «contaría con muchos colaboradores a sus órdenes a los que enviaría a trabajar entre los niños». Y de manera aún más precisa, había manifestado aquel designio suyo a algunos de sus colaboradores de los primeros años de los oratorios.

Pero esta idea, que lógicamente debió haber surgido en su mente, como lo hizo en la de muchas de las personas que observaban con atención el desarrollo de la obra que había iniciado: el fenómeno de los «oratorios», en él fue preferentemente, una vez más, el fruto de la iluminación de lo Alto. Habla así en sus memorias:

«Ocurrió en 1847. Aquel año tuve yo un sueño. La Reina del cielo me condujo a un jardín encantador en el que había un rústico pórtico muy grande y bellísimo. Era un a manera de vestíbulo con columnas revestidas de plantas trepadoras cuyas ramas estaban cuajadas literalmente de rosas. Aquel pórtico comunicaba con un hermoso paseo tan largo que no se alcanzaba a ver el final. Y también él estaba lleno de rosales en plena floración. Las rosas brotaban por doquier en

una cantidad tal que lo llenaban todo, incluso el suelo. La Santísima Virgen me dijo:

“—Quítate el calzado y comienza a marchar por ese emparrado! Es el camino que tú debes recorrer para alcanzar tu destino.”

Yo obedecí con gusto la orden de descalzarme, pues me habría causado pena hollar con mis zapatos flores tan bellas. Mas no tardé en advertir que debajo de las rosas se ocultaban espinas agudísimas, de tal manera que al cabo de poco tiempo mis pies comenzaron a teñirse de púrpura con los hilos de mi propia sangre. Y después de algunos pasos más, me vi obligado a detenerme y a volver atrás.

—¡Es necesario volver a ponerse el calzado! —dije—. ¡Así no se puede avanzar!

—Cierto. Para recorrer este camino se necesitan unos buenos zapatos —contestó la Señora.»

Bien calzado, Don Bosco había intentado de nuevo el paso de la rosaleta, mas ya no solo, sino en compañía de unos pocos, mientras un notable grupo de personas que desde fuera los contemplaban, comentaban.

«—¡Mirad qué feliz es Don Bosco! ¡Avanza siempre entre rosas y todo le sale bien!»

Pero llegados a un determinado punto, los acompañantes del apóstol se desalentaron y decidieron volverse atrás.

«—¡Hemos sido engañados! —dijeron—. ¡Por este camino no es posible avanzar!

—De acuerdo —les había contestado él—. Los que pretendan pisar sólo rosas pueden volverse atrás. Esto no es para ellos.»

Algunos se habían vuelto al punto. Otros intentaron proseguir aún animados por el fundador. Pero también ellos habían acabado por desalentarse y abandonar. El lloraba y exclamaba:

«—¡Es posible que deba ser yo sólo el que recorra este camino tan penoso!»

En este punto había surgido un nuevo motivo de consuelo para el adalid de aquella empresa: un numeroso grupo de sacerdotes, clérigos y laicos le habían salido al encuentro diciendo:

«—Don Bosco, aquí estamos nosotros dispuestos a seguirle hasta el final.»

Y esta vez sólo unos pocos habían desfallecido, mientras que la mayor parte había llegado hasta alcanzar en su compañía la meta. Era este final la llegada a un amenísimo lugar que simbolizaba el paraíso, representado por un jardín de sorprendente belleza y comodidad, en medio del cual surgía un palacio de riqueza y magnificencia indescriptibles. En él había una sala que en esplendor superaba a cuanto pueda fingir la imaginación más viva.

«—¿Sabes qué significa lo que estás viendo y lo que se te acaba de mostrar? —le había preguntado la señora de sus sueños.

—No. No lo sé y os ruego me lo expliquéis.

—El camino que acabas de recorrer entre rosas y espinas significa el cuidado que habrás de tomarte de la juventud. En medio de ella habrás de marchar durante tu vida, porque ésta es tu vocación, con el calzado de la mortificación. Las espinas que has hallado en tierra representan las aficiones sensibles, las simpatías y antipatías humanas que apartan al educador de su verdadero fin, le hieren, le paralizan y le impiden recoger la cosecha de la vida eterna al término de su empresa. Las rosas son el símbolo de la caridad ardiente que te debe distinguir a ti y a tus colaboradores. En cuanto a las demás espinas, significan los otros obstáculos y trabajos por los que os tocará pasar. Pero no perdáis el valor. Con la caridad y la mortificación lo superaréis todo y llegaréis a las rosas sin espinas.»

Tanteos y consejos

Don Bosco vio confirmado a través de este «sueño-parábola»

el propósito que ya había formulado hacía mucho tiempo. Dedujo claramente que era Dios mismo el que quería la fundación de una nueva congregación religiosa de características muy concretas y específicas. Para él se trataba de un «sueño» semejante al de los nueve años por su importancia, si bien cabía encuadrarlo dentro de aquél y considerarlo como una parte de él. Mas también aquí se le daba a conocer el «programa» que debía cumplir como parte sustancial de su vida.

Pero el apóstol, que nunca se había fiado sólo de sí mismo en la interpretación de estos «sucesos» de su vida, temeroso de resultar víctima de la ilusión, quiso consultar también esta vez a un cierto número de personas prudentes y sondear, asimismo, la opinión de otra serie de ellas muy distintas entre sí por su ideología. Figuraban entre ellas, desde los representantes de la jerarquía eclesiástica hasta los revolucionarios de auténtico cuño. Es decir, aquellos mismos que andaban preparando las leyes en fuerza de las cuales iban a ser suprimidas en todo el territorio centenares de instituciones de carácter religioso, dejando en la calle a millares de personas profesionales de la perfección evangélica.

Y en primer lugar halló el apoyo entusiasta de su propio prelado. El le alentó a actuar de tal modo que no permitiera se malograran los frutos espirituales que ya se estaban cosechando mediante la institución que él había iniciado, y los más abundantes que se preveían. Y para conseguirlo, sólo había, a su entender, una solución: no dejar que muriera con el improrrogable límite de su propia vida, lo cual sólo mediante la formación de una congregación religiosa dedicada al cuidado de la juventud según su propio espíritu podría conseguirse. He aquí cómo le hablaba este mismo año (1847).

«—Don Bosco, ¿cómo va a hacer para dar continuidad a su obra? Usted es mortal como todos los demás hombres y si no prevé con tiempo, sus oratorios morirán con usted. Por eso, debe pensar en la manera de que le sobrevivan. Por tanto, debe usted buscarse algún sucesor que, a su debido tiempo, ocupe su propio lugar. Es necesario que funde una congregación religiosa.»

Pero la empresa no resultaba fácil. ¿Hacia dónde volverse para hallar los candidatos dispuestos a asumir aquel empeño? Porque los tiempos no eran precisamente los más adecuados a este intento, sino todo lo contrario.

«—Los gobiernos —dice el mismo santo— se disponían a declarar una guerra despiadada contra las órdenes religiosas con la confiscación de sus bienes y su supresión. Alguna congregación, incluso, había sido ya suprimida. Una propaganda feroz se hacía desde todos los frentes: representaciones teatrales, canciones, folletos, discursos inmorales, calumnias infames y atroces, desprecio. ¡Todo servía para hacer aborrecer, a nivel popular, la vida del claustro o la simplemente religiosa! La sociedad estaba llena de prejuicios. La palabra “fraile”, aplicada no sólo a los propiamente tales, sino a cualquier “religioso”, sonaba a todos a vilipendio. El mismo clero secular, en gran parte, era hostil a ellos. Y muchos religiosos mismos soportaban mal el peso de las reglas, con lo que parecían dar la razón a los impíos.»»

¿Cómo, pues, pensar en estas circunstancias en erigir una nueva congregación?

Primeros intentos de recluta de socios (1849)

Sin embargo, a decir verdad, Don Bosco ni siquiera había esperado a estos años para intentar llevar a cabo el acariciado proyecto. Ya desde los años de su permanencia en el Colegio Eclesiástico (1841-44) había comenzado a dar clase de latín a cuatro adolescentes en los que había creído adivinar las dotes requeridas para el estado sacerdotal y religioso. Mas sus esperanzas se habían visto malogradas. Todos le habían abandonado al cabo de poco tiempo.

Y, como siempre, su tenacidad le había llevado a intentarlo una y otra vez. El resultado había sido siempre el mismo. Aquellos jóvenes, después de haber «consumido tiempo y fatigas del apóstol», le habían fallado siempre, o bien disuadidos por los

propios familiares, o a causa de otras dificultades no previstas en el momento de tomar aquella resolución. Todos ellos habían sido alumnos externos del Oratorio.

Entonces había intentado probar otro camino. Con la debida cautela, había tanteado la disposición de algunos de sus colaboradores en la obra de los oratorios: los sacerdotes que mostraban mayor celo y más capacidad de entrega. Pero también éstos se habían negado a renunciar a su total libertad de iniciativa sujetándose a la voluntad ajena, que era lo que comportaba la pertenencia a cualquier forma de institución eclesial religiosa.

Ahora, este año (1849), decidió hacer un nuevo intento y seleccionó a otros cuatro adolescentes cuyos nombres nos han sido conservados por la crónica. Eran éstos: José Buzzetti, Carlos Gastini, Santiago Bellia y Félix Reviglio. Con ellos el fundador cambió de táctica. Les propuso, ante todo, que se fueran a vivir con él en Valdocco, en donde les daría toda clase de facilidades para cursar los estudios. Luego, casi insensiblemente, sin que ellos mismos lo advirtieran claramente, comenzó a insinuarles las ventajas de la vida religiosa desde todas sus perspectivas. Finalmente, un día, los reunió en su habitación y les dijo:

«—Yo tengo necesidad de reunir algunos jóvenes que estén dispuestos a ayudarme a llevar adelante la empresa de los oratorios. ¿Queréis vosotros ser mis colaboradores?

—¿Y de qué manera podríamos nosotros ayudarle a usted?

—De momento, os daré algunas clases de cultura general. Luego, pasaréis al estudio del latín. Y si tal es la voluntad de Dios, espero que lleguéis a ser sacerdotes algún día.

—¡Conforme! —habían contestado ellos con entusiasmo.

—Bien —había proseguido él—. Pero quede bien entendido que yo tengo mis exigencias. Os deseo incondicionalmente obedientes a mis decisiones. Ni más ni menos de flexibles que este pañuelo que saco de mi bolsillo. ¿Lo estáis viendo? Lo extendiendo cuanto da de sí. Lo pliego simétricamente. Lo arrebujó dentro de

mi puño y vuelvo a extenderlo. Y no se me queja, ni opone resistencia alguna a mi voluntad, a mis caprichos... ¿Habéis comprendido?

—De acuerdo —habían dicho ellos.»

Y el pacto había quedado sellado.

Luego, el mismo apóstol en persona se hizo cargo del progreso en el estudio de estos predilectos suyos. Y fue tal, que al cabo de sólo quince meses fueron hallados en condiciones de iniciar los estudios de filosofía, habiendo partido de un nivel prácticamente de cero. El fundador, ilusionado, se empleaba a diario de cinco a seis horas con ellos. Y ni siquiera durante las vacaciones, según era su estilo, se había interrumpido por completo la escuela, si bien los había conducido a I Becchi a disfrutar del campo.

Así, al llegar el día 2 de febrero de 1851, después de haber pedido con la debida antelación el permiso del prelado archidiecésano, tuvo la inmensa satisfacción de verlos vestir el hábito talar.

No obstante, también esta vez probaría las hieles del desengaño. Dos de ellos abandonaron pronto la sotana por causas ajenas a su voluntad, mientras que los otros dos, Bellia y Reviglio, llegarían, sí, a la meta del sacerdocio, mas no se quedarían con el fundador, sino que pasarían a prestar sus servicios pastorales en calidad de sacerdotes seculares en la archidiócesis.

Nueva leva de socios (1852)

Este mismo año de 1852, Don Bosco hizo una nueva leva de posibles futuros socios de la imaginada congregación. Los seleccionados fueron otros cuatro: Cagliero, Francesia, Roquieti y A. Savio. A ellos se agregaron luego algunos otros. Igual que había hecho con los anteriores, el apóstol se propuso dedicarles sus mejores atenciones y el esfuerzo personal necesario para conseguir de ellos lo que se había fijado. Tarea harto difícil, como podía constatar él mismo por los precedentes fracasos.

La táctica empleada con éstos fue prácticamente la misma que la usada con los anteriores. Con ellos debió guardar cautela al proponerles el ideal religioso al que los pretendía destinar.

«—¿Quieres tú a Don Bosco? —se limitaba a decirles por el momento—. ¿Querías hacerte clérigo aquí, en el Oratorio? ¿Te gustaría, con el tiempo, ayudar a Don Bosco a trabajar por los jóvenes? Mira, si yo tuviera ahora mismo cien sacerdotes y otros tantos clérigos, les proporcionaría trabajo a todos.»

Pero ya el 5 de junio de este mismo año comenzó a expresarse con mayor claridad, aunque manteniéndose aún dentro de una cierta ambigüedad en los términos. Entonces les dijo que «él acariciaba un gran designio acerca de ellos».

Un paso más en esta mesurada apertura de su genuino pensamiento lo dio el 26 de enero de 1854 en una de las frecuentes conferencias que les daba en la intimidad de su propio despacho. Allí les habló de:

«Hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una prueba de ejercicio práctico de caridad para con el prójimo, con el fin de llegar después a una promesa. Y más tarde, si resulta posible y conveniente, a la emisión de un voto en el Señor.»

Se trataba, pues, ya de una invitación indirecta a hacer el «noviciado». A la invitación respondieron «cuatro» de los allí presentes, que eran cerca de la docena y media. A partir de aquella noche se comenzó a dar el nombre de «salesianos» a los que aceptaran la propuesta a la que, en efecto, continuaron sumándose algunos más los meses siguientes.

Finalmente, el 25 de marzo de 1855, concluido aquel «noviciado», un noviciado *sui generis*, teniendo en cuenta que aún faltaban muchos años para la publicación del Código de Derecho Canónico (1917), con la fijación de normas precisas y taxativas, emitía, el primero, los tres clásicos votos de los religiosos, Miguel Rúa, a la sazón de dieciséis años. ¡Acababa de nacer la Congregación Salesiana!

Lo hacía humildísimamente, en el estrecho espacio de una habitación que no ostentaba otros adornos que un crucifijo sobre una mesita, alumbrado por dos velas. El era, a la vez, el testigo de excepción de aquel acto lleno de solemnidad en sí mismo. Y ante un exiguo número de personas que abrigaban el mismo ideal.

Interesante, por demás, la historia religiosa de este jovencísimo religioso salesiano elegido por Don Bosco para fundamento de su institución.

Habíale conocido el fundador en 1845, cuando él era alumno de las Escuelas Cristianas de los Hermanos de la Salle y el santo era confesor de los mismos chicos. Ocurría entonces que el muchachito, apenas veía aparecer a Don Bosco, corría a su encuentro lleno de alegría a saludarle, besándole la mano. El sacerdote entonces le tomaba la suya con la izquierda y con la derecha, de canto, hacía además de cortársela por medio, en un gesto lleno de expresivo simbolismo.

«—¿Qué quería significar con aquel gesto? —le preguntó años más tarde el mismo interesado.

—Quería decirte que algún día tú y yo iríamos a medias. Es decir, que compartiríamos el trabajo en nuestra misión de llamados por Dios.»

Proceso lento y penoso

Sin embargo, la realidad era que no se había hecho otra cosa que señalar, de una manera bastante imprecisa aún, el derrotero que aquella institución habría de seguir. Era, por entonces, como un río en el lugar de su origen, formado por una débil corriente de agua que con dificultad se abre paso por entre los obstáculos que surgen en su caminar. Así aquella «congregación religiosa», la cual en aquel momento contaba con lo esencial para merecer el nombre de tal.

Eran estos elementos esenciales: un superior jerárquico, Don Bosco, en cuya persona el superior nato, el prelado de la archidiócesis, monseñor Frasoni, había delegado su autoridad y le había constituido «superior» de los tres oratorios que a la sazón contaba la obra del apóstol; una «regla» que, igualmente, se hallaba más en la intención del fundador que en la realidad que representaba; una serie de artículos preceptuales y normativos, ensayados como norma de comportamiento por los alumnos y «personal» de los citados centros. Y, finalmente, este joven adolescente que acababa de emitir sus votos, de «hacer su profesión», pero que, en realidad, desconocía él mismo a ciencia cierta el

verdadero alcance del acto que acababa de protagonizar, pues, él, como los otros que estaban a su lado, continuaba en la creencia de que se trataba únicamente de un compromiso en virtud del cual se obligaba a «trabajar al lado de Don Bosco» durante algún tiempo en unas condiciones que estimaban ideales para la clase de apostolado que el hombre de Dios estaba desarrollando. Ninguno de ellos, sin embargo, sabía exactamente que el joven Rúa era la primera piedra de un edificio de índole religiosa; que acababan de asistir al alumbramiento de una congregación.

¿Qué suerte de obstáculos podía hallar en su intento de desarrollo? Muchos y muy graves. Desde los que tenían su origen en las mencionadas dificultades que el fundador no había dejado de tener muy presentes para soslayarlas y llegar al resultado actual, hasta las que se preveía habían de surgir de parte de la jerarquía eclesiástica en el momento de la verdad, pasando por las inherentes a la índole personal de cada uno.

Y es preciso decir que las de menor volumen serían precisamente aquellas que, *a priori* se habrían juzgado las más graves: las provenientes de estos «enemigos» del estado religioso y clerical; las suscitadas por el «gobierno anticlerical y sectario», las cuales, en realidad, no existieron. Por el contrario, fueron algunos de sus miembros más conspicuos los que alentaron a Don Bosco a proseguir su obra y a consolidarla mediante la fundación de la congregación religiosa que proyectaba. Uno de estos fue Urbano Ratazzi, ministro de Justicia, estimado como «anticlerical rabioso».

Era Ratazzi un sincero admirador del apóstol de Valdocco y también amigo suyo, político de gran relieve. Era, además, un «filántropo». Y en este sentido coincidía con Don Bosco, si bien ambos partían de distintas maneras de apreciación del problema. El santo amaba a sus semejantes en fuerza de los principios evangélicos de la caridad y fraternidad de todos los hombres. Porque «todos son hijos del Padre común de los cielos». El político era «amigo de los hombres» (filántropo), los amaba, desde la consideración de la simple «fraternidad humana», esto es, por pertenecer a la misma especie animal, por la «semejanza» entre ellos mismos, prescindiendo de toda consideración de orden trascendente. Pero el objetivo era el mismo.

Ambos prohombres habían conferido ya varias veces acerca de la labor que el fundador desarrollaba y cuyos benéficos resultados habían despertado la admiración y ganado las simpatías de Ratazzi, el cual, en una de aquellas charlas, habló así a Don Bosco:

«—Don Bosco, hago votos porque usted viva muchos años. Pero debe pensar que algún día habrá de morir, como todos los humanos. ¿Ha pensado qué será entonces de ese complejo de actividades que ha puesto en marcha a favor de los hijos del pueblo?

—¿Qué solución encontraría usted, señor ministro? —le había preguntado el fundador, con la intención de provocarle a que declarara explícitamente su pensamiento, aunque bien sabía adónde apuntaba el hombre de la revolución.

—La solución viable, señor abate, sería ésta: reunir en una sociedad a un cierto número de sus mejores colaboradores; imbuirlos de su espíritu; formarlos según su sistema y ponerlos en condiciones de que puedan suplirle cuando llegue el momento oportuno.

—¡Pero eso equivale, ni más ni menos, a fundar una congregación religiosa, señor ministro! ¿Y cómo sería posible una cosa semejante, ahora que se han suprimido todas las existentes en los Estados Sardos? ¡Nunca lo permitirían las autoridades civiles!

—Yo conozco muy bien la Ley de supresión de entidades religiosas a que usted hace referencia, señor abate. Y conozco también cuál es el fin de ella. Estoy seguro, querido Don Bosco, de que esa Ley no le opondrá ningún reparo, siempre que la sociedad que usted funde se adapte a las exigencias de los tiempos y a la legislación vigente.

—¿Y cómo sería esa sociedad?

—Ante todo, una sociedad que no poseyera la índole de “mano muerta”, es decir, una sociedad cuyos miembros conserven sus derechos civiles, estén sometidos a las leyes del Estado, paguen sus impuestos, etc. En resumen, una sociedad que, frente al Gobier-

no, no sea otra cosa que una asociación de ciudadanos libres unidos por un fin benéfico. En estas condiciones puedo asegurarle que no hay Gobierno en el mundo capaz de impedir su desarrollo. Una sociedad semejante no gozaría de menos derechos que cualquier otra asociación de tipo comercial, industrial, de socorros mutuos, etc. Toda asociación de ciudadanos libres está permitida mientras su fin y los medios que emplee no sean contrarios a las leyes e instituciones del Estado. Esté tranquilo. Fúndela y yo le aseguro que contará con el apoyo, sin reservas, del Gobierno y del Rey, porque se trataría de una obra eminentemente humanitaria.»

Dificultades internas

Ni tampoco las dificultades que podríamos calificar de «internas», esto es, las inherentes al proceo de asimilación del espíritu de la Regla —el del fundador—, con cuantas exigencias comportaba de reforma de los individuos mismos y de adaptación a la vida en común fueron excesivamente grandes.

El punto delicado estribaba, por entonces, en la manera de informar a aquellos primeros candidatos acerca del verdadero propósito del fundador, puesto que hasta entonces ellos continuaban creyendo que eran «seminaristas», lo mismo que los que residían en el seminario metropolitano, salvo la circunstancia de vivir en el Oratorio. Circunstancia que, por lo demás, se miraba como algo natural, dado el estado o situación de «hostilidad» con que aquel Gobierno veía los centros de aquella índole.

La habilidad de Don Bosco, hombre de inagotables recursos, resolvió con relativa facilidad este problema, empleando, una vez más, su táctica de «tomar los asuntos por los lados, dando un rodeo, cuando no parecía conveniente, o simplemente no era posible, afrontarlos de cara». Era, por tanto, sólo cuestión de método. Lo veremos oportunamente.

Los verdaderos obstáculos habían de surgir cabalmente en donde menos hubiera cabido suponerlos: de parte de las Congregaciones Romanas para su «erección canónica» como consecuencia de las peculiaridades que la nueva congregación exhibía, y

que, en parte, respondían a las directrices mostradas por Ratazzi a Don Bosco. Las mismas que, según el ministro revolucionario, eran una condición para el «visto bueno» de la jerarquía civil.

Estos obstáculos sí que representaron una lucha seria y trágica, y constituyeron para el fundador la cruz más pesada que hubo de soportar en su vida de «hombre puesto incondicionalmente al servicio de los demás». Comenzaron por la actitud de la Curia misma de Turín y alcanzaron su punto álgido en la oposición, o al menos, tenaz resistencia, de las mencionadas Congregaciones. Concretamente, la llamada de Obispos y Regulares.

Pero estas vicisitudes no corresponde tratarlas aún. Por ahora nos limitaremos a reseñar los pasos dados por Don Bosco hasta conseguir la declaración de «laudo», es decir, de conformidad y estímulo del Pontífice Romano respecto del «espíritu» de la nueva congregación (sociedad) y su aliento personal (1858).

«Salesianos»

En cuanto al apelativo de «salesianos» con que se decidió conocer a los nuevos religiosos, conforme a lo visto anteriormente, por entonces no significaba otra cosa que la designación de quienes «se proponían trabajar en una misión de determinadas características y según un método específico que pretendía copiar a San Francisco de Sales, obispo de Ginebra y apóstol del Chablais suizo para la conversión de los herejes. Método hecho de paciencia, caridad y dulzura».

Queremos decir que, por entonces, era sólo un nombre extraoficial, familiar. Para «andar por casa».

SOCIEDAD RELIGIOSA «ABIERTA» (1858-59)

Don Bosco a Roma (18 de febrero de 1858)

En estas circunstancias, Don Bosco decidió salir para Roma con el fin de intentar la aprobación de aquella entidad religiosa, aún en embrión, por la autoridad pontificia, como ya lo había sido por la diocesana, pues los planes del fundador eran muy vastos. Aspiraba a fundar una congregación de régimen «pontificio», es decir, de ámbito universal, no contenida dentro de los estrechos límites de una provincia eclesiástica. Como garantía llevaba el «laudo» de su ordinario y la recomendación entusiasta de otras personalidades eclesiásticas, entre las que se encontraban algunos otros obispos. En su contra tenía, no obstante, un buen número de curiales turineses que le podían perjudicar notablemente.

Eran los de siempre. Aquellos que, desde los comienzos de su labor apostólica, tan peculiar, habían dado en ver en él mismo a un hombre extraño, peligroso para la seguridad social y contrario a los intereses espirituales de la archidiócesis, a la que esquilmaría de muchas vocaciones sacerdotales de salirse con su intento. Era, como todo apóstol verdadero de Cristo, como su Maestro mismo, «un signo de contradicción».

Salió para la Ciudad Eterna el 18 de febrero de 1858. En su valija llevaba un esbozo de «las reglas» que habrían de servir para el buen funcionamiento de la proyectada institución religiosa. El borrador estaba cuidadosamente caligrafiado por el joven Miguel Rúa, que le acompañaba en este viaje en calidad de secretario particular. Dejaba la dirección del Oratorio confiada al P. Alassonati, un sacerdote, el único por entonces, que se había agregado a la congregación desde hacía poco tiempo y que había sido designado Prefecto de aquel centro.

Don Bosco hizo las oportunas recomendaciones al personal

dirigente y exhortó calurosamente a los niños y jóvenes a portarse durante aquella ausencia suya, que había de durar dos meses, «como si estuviera él presente».

Llegados a Roma, fueron huéspedes de la ilustre familia del conde de Maistre, la cual los agasajó durante aquel tiempo con atenta solicitud y cariño. Don Bosco comenzó al punto a dar los primeros pasos para ser recibido por el Papa. Pero contando con que la audiencia había de tardar algunos días en serle concedida, trazó un plan y se dedicó a recorrer la ciudad y a admirar su grandeza.

¡Y con cuánta ilusión vivió en la realidad las imágenes y los sentimientos de admiración y de amor que ya había vivido tantas veces en su imaginación! La grandeza de aquella ciudad, otrora capital del mundo y sede siempre del representante de Cristo en la tierra, había cautivado su admiración hacía mucho tiempo y había sido siempre una de sus grandes ilusiones poderla visitar a su sabor. Y ahora podía hacerlo.

Lo recorrió todo y lo estudió todo. Acudió a todas partes henchido de devoción y de piedad, pues su fe le hacía sentir el aleteo del espíritu cristiano en las venerables ruinas de los monumentos, gigantes caídos sin acabar de dejarse abatir por el paso del tiempo, testigos de la grandeza de uno de los imperios más poderosos que hayan existido. Basílicas, iglesias, catacumbas, anfiteatro, termas, coliseo... ¡Todo le hablaba de fe generosa y de sacrificio heroico por Jesucristo!

Pero donde más gozó fue en la basílica de San Pedro, centro religioso de la catolicidad. Seis horas enteras se pasó con su acompañante y uno de los hijos del conde que les hacía de guía. Lo observó todo. Y de todo procuró guardar un recuerdo entrañable e indeleble, pues de este conocimiento pensaba sacar luego buen provecho para sus Lecturas Católicas. Antes de despedirse estampó un beso ferviente en el pie de la estatua de bronce del Príncipe de los Apóstoles y se postró ante el Altar de la Confesión en acto simbólico de su adhesión incondicional a la Cátedra de Pedro.

La audiencia con el Sumo Pontífice (9 de marzo)

El 8 de marzo le fue comunicada la noticia de que al día

siguiente sería recibido por el Papa. Escribe en sus Memorias:

«A pesar de que ya venía esperando aquel momento, la noticia me causó tan vivo placer que, a partir de entonces, no hablé más que de este acontecimiento.»

El fundador llegó a la presencia del Vicario de Cristo acompañado de Miguel Rúa. El Papa los recibió con gran cordialidad y se interesó vivamente por la obra del apóstol de Valdocco. Le recordó también, en un gesto de gran delicadeza, una fina atención que Don Bosco había tenido para con él mismo durante los días de su destierro en Gaeta. El santo le había mandado un obsequio de 33 liras, fruto de los sacrificios de los pobres hijos del Oratorio.

Llegados a un cierto punto de la audiencia, Rúa se retiró y quedaron solos el Pontífice y el fundador. Era el momento de entrar a tratar el asunto que el sacerdote turinés había llevado a Roma.

«—Bien —dijo el Padre Santo—. Usted, querido sacerdote, ha puesto en marcha muchas cosas. Pero ¿qué sería de todo este trabajo si usted muriera...?»

—Padre Santo, es precisamente el asunto del que deseo hablaros. Este ha sido el objeto de mi venida a la Ciudad Eterna a postrarme a vuestros pies. Personas de mucha consideración y amantes de la Iglesia me han aconsejado la fundación de una congregación religiosa. Entre ellas, el mismo arzobispo de Turín, de quien tengo Cartas Comendaticias en este sentido. Por eso, deseo que V. S. se sirva darme algunas indicaciones concretas para llevar a cabo este proyecto. Mi congregación trataría de compaginar las exigencias de la vida religiosa con las de los tiempos que corremos.»

El Papa tomó las cartas de elogio del prelado turinés y las leyó con atención. Luego dijo:

«—¡Exacto!; coincidimos los tres maravillosamente! Redacte usted las Reglas de un Instituto Religioso según el designio que ha concebido en su mente. Será una obra bendecida y querida por Dios.»

Luego, el Papa hizo entrar de nuevo a Rúa y bendijo a ambos. E hizo extensiva también su bendición a todos los hijos del Oratorio y a todas las iniciativas del fundador.

Don Bosco salió de la presencia del Pontífice Supremo henchido de gozo y haciéndose lenguas de la bondad de Pío IX. Había conseguido cuanto por entonces apetecía: comprensión y aliento de la suprema jerarquía eclesiástica.

Este primer encuentro fue la toma de contacto entre dos hombres de Dios. Dos hombres verdaderamente imbuidos del espíritu del Señor, los cuales, en adelante, se habían de ir compenetrando cada vez más. Ambos a dos se ayudarían para el mejor cumplimiento de la tarea que a cada cual había asignado la Providencia; al sacerdote turinés, la fundación de su maravillosa congregación religiosa; al Papa, el gobierno de la Iglesia universal en medio de las grandes agitaciones por las que estaba atravesando la barca de Pedro en tiempos excepcionalmente borrascosos.

Segunda audiencia pontificia (21 de marzo)

El día 21 del mismo mes, Don Bosco volvía a ser recibido por el Papa. Una semana antes, el mismo Vicario de Cristo había querido que el fundador predicara una tanda de ejercicios espirituales a las reclusas de Santa María de los Angeles. El lo había hecho con el fruto que era de esperar de un hombre tan conocedor de la psicología de aquellas personas y tan lleno de unción santa. El Papa, al tenerle delante, le dijo:

«He pensado con gran atención en vuestro proyecto y he llegado a la conclusión de que está destinado a hacer mucho bien. Es de absoluta necesidad la fundación de un instituto que ponga remedio a los males que aquejan a la actual juventud. Usted lo necesita para que sus oratorios continúen viviendo. Y los tiempos, en extremo graves, que estamos viviendo lo exigen. Ha de fundarse sobre estas bases: Sea una congregación “con votos”, porque sin este vínculo moral no sería posible mantener la unidad de espíritu y de acción de los socios. Pero estos votos sean de tal natu-

raleza que puedan ser dispensados con facilidad. Las Reglas, por su parte, sean, asimismo, suaves y moderadas; de fácil observancia. El hábito y las prácticas de piedad no llamen la atención del "mundo". Por estas mismas razones sería preferible llamarla "sociedad" en lugar de "congregación". En resumen: vea la manera de hacer que cada uno de los miembros de esta "institución" sea un "religioso" de cara a la Iglesia y un "ciudadano" frente a la sociedad civil.»

Don Bosco le presentó entonces el manuscrito, esbozado según aquellas mismas ideas. El Papa lo hojeó y lo elogió. Luego lo depositó en el bufete y pasó a conversar familiarmente con el fundador acerca de los estudios que éste había realizado. Quiso saber, además, si había recibido alguna inspiración de lo alto para llevar a cabo aquella misión. Y le recomendó calurosamente, casi se lo impuso, consignar por escrito todo lo referente a este punto.

«A fin de no privar, dijo, de una legítima satisfacción a los que en lo sucesivo habrán de formar parte de la familia religiosa que está para fundar.»

Antes de despedirle quiso darle una prueba tangible de la estimación que de él había concebido durante aquellos días. Le propuso hacerle «camarero secreto» de la Corte Pontificia.

«—¡Santidad! —exclamó en este punto Don Bosco consternado. ¿Se imagina la figura que haría yo con mi título de "monseñor" en medio de la muchedumbre de mis muchachos...? ¡Creo que no acertarían a reconocerme siquiera, perderían su confianza y no acertarían con tan pomposo título! ¿Cómo se iban atrever a tirar, ora de una punta, ora de la otra, de mi flamante sotana de colorines como lo hacen ahora con toda naturalidad? Además, el mundo me creería rico. Y yo mismo no tendría ya valor para andar de casa en casa en demanda de limosnas con que sostener el Oratorio... ¡Permítame, Santo Padre, que siga siendo única y exclusivamente "el pobre Don Bosco"!»

Satisfizo esta humildad al Sumo Pontífice y aprobó, desde luego, las razones en que el fundador apoyaba la renuncia a aquel honor. En cambio, le otorgó otras gracias y favores que representaban mucho para él. Entre otras, le concedió la dispensa de la recitación diaria del breviario, que constituía para él un gran peso por andar siempre alcanzado de tiempo. Le otorgó también la facultad de oír confesiones sin limitación de términos o jurisdicción diocesana. Y, en fin, como resumen de todo, le despidió con estas palabras:

«—Os otorgo cuanto os puedo conceder.»

¡Ya puede imaginarse con qué sentimientos de gozo y gratitud salió de la presencia del Vicario de Cristo, él, que tan sensible era a los menores favores que se le hacían y que tanto veneraba al Papa!

Un episodio cómico y simbólico a la vez

Pero aún no habían acabado las demostraciones de estima del Papa, el cual quiso que el fundador asistiera a las funciones de la Semana Santa, que se celebraba por aquellos días. A este fin, le hizo invitar por alguno de los prelados que, tomándolo a su servicio en condición de «caudatario», le dio oportunidad de vivirlas de cerca.

Un episodio cómico y, probablemente simbólico, le ocurrió el día de Pascua de Resurrección. Dos prelados quisieron llevarle a contemplar el maravilloso espectáculo de más de 200.000 personas que se habían congregado en la plaza de San Pedro para recibir la bendición *Urbi et orbi*.

El cuadro resultaba, en verdad, imponente. Del conjunto de aquella masa compacta brotaba un murmullo de voces en todos los idiomas, confuso y lejano, pero tan fuerte como el estruendo del mar al chocar contra los acantilados. Millares y millares de pañuelos y de ramos de flores se agitaban incesantemente. Los ejércitos pontificio y francés se alineaban formados en los flancos, con sus bruñidas armas que centelleaban al sol. Los caballos piafaban inquietos y nerviosos y caracoleaban impacientes. Tejados, balcones, fachadas, terrazas... rebosaban de gente.

Don Bosco se quedó absorto contemplando todo aquello desde el balcón principal de la logia, exactamente el punto desde donde el Pontífice Supremo había de impartir la bendición. Cuando quiso reaccionar y salir del ensimismamiento en que se hallaba, era ya tarde. Sus dos compañeros habían desaparecido a tiempo, pero él ahora ya no tenía salida. Las andas sobre las que iba la silla gestatoria con el Vicario de Cristo le cerraban el paso. Lo único que pudo hacer fue echarse a un lado. Aunque no lo bastante como para impedir que uno de los pies del Papa quedara apoyado sobre su hombro. Así permaneció mientras el Padre Santo impartía la solemnísimas bendición. Luego, antes de retirarse, viendo que el suelo había quedado cubierto de rosas, se inclinó a recoger algunas como recuerdo.

Tercera audiencia papal (6 de abril)

Volvió a ser recibido por el Papa en la tarde del 6 de abril. El Vicario de Cristo, apenas le tuvo en su presencia, le dijo, fingiendo enfado:

«—¡Abate Bosco! ¿En dónde se puso usted el día de Pascua durante la bendición papal? ¡Exactamente delante del Romano Pontífice! Y no sólo, sino que tuvo la pretensión de colocar su hombro debajo del pie del Papa, como si el Soberano Pontífice tuviera necesidad de usted para sostenerse!

—Padre Santo —contestó el fundador con humildad y naturalidad a la vez—. Me vi sorprendido de improviso por la llegada del cortejo papal y no pude retirarme a tiempo. Pido perdón a V. S. si le he ofendido.

—¡Cómo! ¿Y aún tiene usted la audacia de preguntar si me ha ofendido...?»

Don Bosco miró al rostro del Vicario de Cristo y creyó ver esbozarse una sonrisa benévola en sus labios. Era así. Sonrió el Papa y también sonrió él. Y pasaron a tratar de los asuntos de siempre.

¿Tenía, en realidad, el Papa necesidad de apoyarse en la

difícil coyuntura histórica por la que la nave de Pedro, cuyo piloto era él, estaba atravesando? ¡Parece, una vez más, un juego de la Providencia el gracioso incidente referido! Pero el lector tendrá ocasión de ver de cuánta ayuda habían de servir al Papa los consejos y las ilustraciones de lo alto del gran apóstol turinés: su carisma profético.

Cuando la Revolución lleve sus armas victoriosas hasta las puertas mismas de Roma, el Papa se hallará desorientado acerca del partido que deba tomar. Entonces oirá la voz del que se estima «profeta del Altísimo.»

«—El custodio de la Roca de Israel no se mueva.
¡Permanezca en su puesto!»

El objeto de esta tercera audiencia concedida por el Papa a Don Bosco era nuevamente el tema de las Reglas. El fundador había de recoger el manuscrito con las anotaciones pertinentes. El Vicario de Cristo se lo devolvió con estas palabras:

«—Entrégueselas al cardenal Gaude. El las examinará y referirá a su tiempo.»

Con esto, el fundador daba ya por terminada la audiencia. Ya no esperaba más de la bondad del Sumo Pontífice y quiso expresarle su gratitud por la serie de favores que se había dignado concederle. Estaba a punto de besarle el sagrado pie para retirarse, cuando el Papa le dijo:

«—¿Desea pedirme algo más?»

El fundador se quedó perplejo sin acertar a proferir palabra. El Papa continuó:

«—Sí. Yo sé que usted espera aún algo de mí. ¿No desearía, al volver a su casa, proporcionar una agradable sorpresa a sus jovencitos?

—¡Oh, Santidad, eso sí!

—Pues bien, espere.»

Abrió una gaveta y sacó un cartucho de monedas de oro.

«—¡Tome! —dijo. Dé una buena merienda a sus hijos de Turín.»

Tantas demostraciones de bondad y benevolencia abrumaron a Don Bosco, que no sabía cómo expresar la gratitud de que rebosaba su corazón. Salió de la presencia del Romano Pontífice, llevándose en el alma un recuerdo imperecedero. ¡Verdaderamente que no le había defraudado aquel su sentido eminentemente eclesial por el cual, desde siempre, había encarecido la devoción a la Cátedra de Pedro como una auténtica característica de la esencia misma del ser católico! Estar con el Papa era estar con Cristo y viceversa.

Cuando se vio lejos ya de la vista del Pontífice Romano, echó una ojeada al manuscrito de las Reglas y el corazón le dio un vuelco de alegría. El Papa no sólo se había dignado leerlas; sino que había anotado de su puño y letra muchas observaciones que había estimado pertinentes. Y quería que, sin más, fueran entregadas para su aceptación. El fundador, empero, no lo estimaría conveniente por entonces porque prefería que fueran precedidas de una experiencia de observancia práctica durante algún tiempo.

Pero no había sido sólo el Pontífice Supremo el que le había distinguido con su benevolencia durante aquellos días de su permanencia en la Ciudad Eterna. Muchos de los eminentísimos cardenales de la Curia Romana se habían mostrado igualmente obsequiosos con él. Algunos habían llevado, incluso, su deferencia hasta sentarle a la mesa con ellos. Así, al regresar a Turín, se llevaba de Roma la más agradable de las impresiones y la convicción profunda de que sus asuntos se habían encaminado por el recto sendero.

La disciplina del Oratorio, alterada

El fundador emprendió el viaje de retorno a Turín por el mismo camino que había llevado a la ida: por mar. Desde el puerto romano de Ostia hasta Génova.

El hubiera preferido hacerlo por tierra para evitar los desastrosos efectos del mareo que le había afligido de manera muy penosa en la ida. Pero había sido tal la afluencia de personas que por aquellos días habían acudido a la Ciudad Eterna con ocasión de la celebración de la Semana Santa, que le resultó imposible hallar billete en las diligencias de la posta. Salió de Roma el 14 de abril y entraba en el Oratorio el 16.

La alegría de sus hijos al tenerle de nuevo entre ellos fue inmensa. Le habían preparado una fiestecita a la que se sumaron los alumnos de los otros dos oratorios. El, por su parte, no acababa de elogiar cuanto había visto en Roma y hablaba con entusiasmo de la impresión que causaba aquella ciudad, capital del mundo católico, a cuantos la visitaban. Luego invitó a todos a participar en la merienda que les había pagado el Sumo Pontífice. Se señaló para este acontecimiento el 24 de junio, día de su onomástica.

Pero aquella prolongada ausencia había resultado desastrosa para la disciplina del centro. El clima de serena confianza en que se desenvolvían habitualmente los jóvenes estando él, se había alterado en buena parte. Y también la alegría franca y espontánea, característica del clima de familia que había sido hasta entonces el fruto más logrado del trabajo del apóstol, se había ausentado temporalmente. Y era que el P. Alasonati propendía, por temperamento, a una cierta rigidez en los métodos disciplinarios. Con un grafismo muy expresivo reflejó el mismo Don Bosco aquella situación:

«—Dejé a mi partida una familia, y a mi regreso me encuentro con un cuartel» —dijo.

Y esta experiencia sirvió para confirmarle aún más en su propósito de formar a sus colaboradores de entre sus mismos alumnos del Oratorio, es decir, los moldeados desde niños por su propia mano. Era en ellos en donde se podrían grabar, con relativa facilidad, las normas y principios que regulaban la actuación del propio fundador: la caridad «salesiana», hecha a base de mansedumbre y afabilidad, al estilo de San Francisco de Sales, de cordialidad franca, de confianza en los superiores, de espíritu de familia... Estos principios eran los que configuraban el Sistema Preventivo que ya el santo venía aplicando en la formación de sus alumnos. Y que en adelante había de constituir el «alma» de la acción salesiana. Por eso había escrito:

«—Este Oratorio está puesto bajo la protección de San Francisco de Sales porque los que deseen aplicarse a este género de apostolado deben proponerse a este santo en la caridad y en las buenas obras, que son

las fuentes de las que se derivan los frutos que cabe esperar de la obra del Oratorio.»

¡Siempre con Don Bosco!

Entre tanto, a la profesión de M. Rúa (25 de marzo de 1855) se habían ido sumando las de algunos otros candidatos, después de haber concluido el año de noviciado.

El primero en seguirle había sido el P. Allassonati algunos meses más tarde. Y después de él se habían agregado hasta cerca de docena y media, si bien a algunos aún les restaban algunos meses para la emisión de los votos. Todos éstos estaban a la expectativa de un mejor conocimiento acerca de la verdadera naturaleza de aquella institución que querían hacer suya.

Y se llegó al 9 de diciembre del 1859. Aquel día Don Bosco reunió en su habitación al grupo completo y les habló en estos términos:

«—Hace ya mucho tiempo que yo vengo pensando en fundar una congregación religiosa para la continuidad de la obra que hemos comenzado en favor de la juventud pobre. Este ha sido durante muchos años el objetivo principal de mis afanes. Ahora creo llegado el momento de ponerlo por obra. El Padre Santo, Pío IX, en mi visita a la Ciudad Eterna, a la que fui cabalmente por este asunto el año pasado, alabó mi plan y me alentó a realizarlo. Y debo deciros que esta “congregación” no nace, en realidad, ahora, sino que viene existiendo desde que nosotros poseemos unas Reglas que hemos venido observando, aunque no obligaran en conciencia ni obliguen aún. Pero es exacto decir que vosotros poseéis ya el espíritu que en ellas se contiene. E, incluso, sabéis que algunos pertenecen a esta “sociedad” de una manera más propia por haberse vinculado, bajo promesa formal y mediante los votos temporales.

Por consiguiente, ahora se trata únicamente de “seguir adelante”, es decir, de “constituírnos formalmente en congregación religiosa”; de inscribirse en

ella y de aceptar sus Reglas. Pero bien entendido que únicamente se inscribirán aquellos que, después de madura reflexión, quieran emitir los votos de pobreza, castidad y obediencia a su debido tiempo. Es una opción totalmente libre.

Vosotros, sin embargo, los que venís asistiendo asiduamente a mis conferencias, habéis sido seleccionados por mí porque os he juzgado idóneos y con capacidad para llegar a ser un día miembros efectivos de esta Pía Sociedad, la cual tomará el nombre de "Salesiana", ya que será puesta bajo la advocación de San Francisco de Sales.

Quedamos, pues, de acuerdo. A quienes no quieran dar su nombre, se les ruega dejen de asistir desde ahora a las conferencias que yo continuaré dando en lo sucesivo. El mero hecho de la no asistencia será por sí mismo suficiente para indicar que no se quiere la adhesión a esta congregación. Tenéis una semana de tiempo para pensarlo.»

El revuelo armado por esta declaración en el selecto grupo —eran veinte sin el fundador— fue enorme. Algunos decían que habían sido llevados hasta allí con engaño. Otros, que cómo era posible pensar en un proyecto semejante en los tiempos que se estaban viviendo. Otros, que permanecerían con gusto al lado de Don Bosco, mas a condición de que nos los forzara a «hacerse frailes». Todos acusaron el impacto.

En esta coyuntura, verdadera encrucijada para la subsistencia de la Congregación Salesiana, resultó decisiva la actitud del vital y apasionado Juan Cagliero, de dieciocho años a la sazón, dotado de una personalidad extraordinaria y aficionadísimo a Don Bosco, al que se sentía muy obligado por la gratitud. Este, tomado por sorpresa como el resto de sus compañeros, salió apresuradamente al pórtico y comenzó a pasearse nervioso y presa de gran agitación. Al cabo, tomó una determinación enteramente consciente y personal. Dijo:

«—¡Fraile o no fraile, siempre con Don Bosco!»

Y su ejemplo arrastró a muchos de los que andaban vacilantes.

Cumplido el plazo señalado por el fundador, el 18 de aquellos mes, volvieron a reunirse en el mismo lugar. A la convocatoria faltaron sólo dos. Los restantes dieciocho, se reafirmaron en su voluntad de pertenecer a la Congregación de San Francisco de Sales. De aquella reunión emanó un documento que decía así:

«Los presentes acordaron reunirse en “sociedad o congregación religiosa” que, teniendo como fin la santificación propia, se proponen promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y, en especial, las de los más necesitados de instrucción y formación.»

Allí mismo quedó constituido el Capítulo o Consejo de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, cuyo Superior *ad vitam*, continuaría siendo, naturalmente, Don Bosco, el cual ya hacía tiempo que había pronunciado, por su cuenta, los mismos votos que los otros miembros y había sido designado en calidad de tal por el Ordinario diocesano, monseñor Fransoni, superior natural él, a su vez, de aquella institución por la propia índole de la misma.

El fundador, pues, desde su condición de «Superior», se apresuró a designar a los restantes miembros dirigentes o jerárquicos de la nueva entidad religiosa. Fueron éstos: el P. Alassonati, como Prefecto, cargo que ya venía ejerciendo desde su ingreso en el Oratorio; el subdiácono M. Rúa, como Director Espiritual, denominado en términos de la Institución, «Catequista General»; el clérigo A. Savio, como Ecónomo, y en calidad de Consejeros, los también clérigos Cagliero, Bonetti y Ghivarello.

Antes de dar por concluida aquella reunión, Don Bosco dirigió unas palabras a aquel grupito de comprometidos. Les dijo:

«—El mundo, con sus halagos y sus promesas, es una invitación para vosotros, jóvenes en la flor de la edad, a que permanezcáis en él para gozar de sus placeres. Pero aquí, delante de los ojos, yace la imagen de Cristo crucificado, en medio de dos cirios encendidos. Y ella es también una muda invitación a otra clase de vida. A una vida de sacrificio y de renuncia, aunque no ajena por completo al goce de otro género de alegrías y satisfacciones mucho más profundas y

ennobecedoras. Y que, sobre todo, lleva consigo la promesa del disfrute de los goces eternos.»

En fin el día 24 de mayo de 1862, en el mismo marco íntimo de la habitación del Padre, veintidós socios, todos los comprometidos hasta entonces, hacían profesión de las Reglas mediante un compromiso «serio y formal», ratificado por la emisión de los votos de pobreza, castidad y obediencia, por un período de «tres años». El fundador, profundamente conmovido él mismo, les dirigió también en aquella ocasión, unas palabras de aliento y de optimismo. Les dijo, en primer lugar, para tranquilizarlos:

«Los votos que habéis hecho, entiendo que no os imponen otra obligación que la de observar las mismas cosas que habéis venido cumpliendo hasta ahora. Nadie se inquiete. Nadie se turbe a causa de ello. Si alguno se ve inquietado por algún temor, venga a hablar conmigo y esté seguro de que todo se arreglará. Os digo esto porque el demonio, al ver el gran bien que mediante este medio podéis realizar, puede intentar crear un estado de confusión, tras el cual podría sobrevenir el desaliento y la incitación a volver al mundo contra la voluntad del cielo.»

Luego, dijo que también él había hecho las mismas promesas a Dios mientras ellos se las hacían a él como a representante del Señor. Y concluyó diciendo:

«—¡Quién sabe si el Señor no querrá servirse de esta nueva Sociedad para hacer mucho bien a la Iglesia! De aquí a veinticuatro o treinta años, si el Señor continúa ayudándonos, nuestra Sociedad, esparcida por todas las partes del mundo, podría llegar a alcanzar el millar de socios.»

Pero, ya lo hemos dicho. Para la consolidación efectiva, y el reconocimiento oficial eclesiástico de aquella naciente Institución, restaba aún al fundador sostener una lucha ruda y tenaz. Y sólo después de salir vencedor de ingentes obstáculos surgidos a su paso, en 1869 se llegaría al reconocimiento oficial, esto es, *in facie Ecclesiae*, de la Congregación misma, mientras que sus

Reglas, estas mismas que acababan de recibir el «laudo» y la entusiasta aprobación del Vicario de Cristo; aunque no por entonces, en su condición de «maestro de la fe y costumbres», sólo en 1874 serían aprobadas definitivamente por Roma. Y en cuanto a los Privilegios, le serían concedidos al fundador de manera definitiva en 1884. Sólo entonces, próximo a rendir viaje en las playas de la eternidad, el hombre de Dios podrá considerarse desatado del compromiso que había asumido por revelación divina frente a sí mismo, a la Iglesia y a la Sociedad.

VIDA INTIMA DEL ORATORIO (1854-57)

El P. Alasonatti (1854)

El año 1854 el Señor hizo dos regalos estupendos a Don Bosco. Dispuso que entraran en el Oratorio dos personas que le habían de proporcionar motivos de la más legítima satisfacción. La una era un sacerdote; la otra, un niño santo.

Don Víctor Alasonatti era un sacerdote de Avigliana, lleno de celo por la salvación de las almas. Tenía cuarenta y dos años y desempeñaba en su pueblo, además de una parte del ministerio parroquial en calidad de vicario del párroco, la profesión de maestro. Había conocido a Don Bosco tres o cuatro años antes durante unos ejercicios espirituales.

Ambos ministros de Dios se habían compenetrado totalmente desde el primer momento, porque los dos aspiraban a realizar el ideal de la santidad en el ejercicio de un apostolado muy semejante. Don Alasonatti era un modelo de sacerdote, pródigo de sí mismo en toda suerte de ejercicio de caridad y de servicio, al que se ofrecía con un desinterés total de recompensa humana.

El fundador le había invitado a trasladarse al Oratorio para quedarse siempre con él.

«—Venga a ayudarme a rezar el breviario» —le había dicho por carta.

Y ahora, el buen sacerdote, tras madura reflexión acerca de lo que aquella invitación significaba para él, resolvió abandonar todas las comodidades que en su casa tenía, que no eran pocas, pues era de familia rica, y se trasladaba a Turín. Entraba en el Oratorio el 14 de agosto de este año (1854).

En el punto mismo de trasponer el umbral de aquel recinto, llevaba el libro santo bajo el brazo y así se presentó al apóstol de la juventud, con estas palabras:

« —Aquí me tiene, Don Bosco! ¿En dónde debo ponerme a rezar el breviario?»

El fundador le condujo a una habitación reducidísima y nada confortable y asignándosela para su uso personal, le contestó:

«—Este es el lugar. No es muy cómodo, pero puedo prometerle en nombre de Dios tres cosas: pan, trabajo y paraíso. Sí —continuó—. Si usted permanece a mi lado, tendrá mucho trabajo y poco reposo. Pocos consuelos y muchos sufrimientos: pobreza, abnegación, sacrificio... Pero, a cambio de estas cosas, le garantizo, en nombre de Dios, alimento y vestido y... ¡una corona de gloria en el cielo!»

Así, de manera tan impresionantemente sencilla, se suelen llevar a cabo las obras más grandes para la gloria de Dios. El día siguiente, el P. Alasonatti se estrenaba en su nuevo ministerio sacerdotal con la asistencia a los atacados del cólera morbo que acababa de hacer irrupción en Turín. Y antes de que hubieran transcurrido muchos días, pesaban sobre sus hombros tantas ocupaciones que hacían realidad una parte de la promesa del santo: trabajo hasta el agotamiento.

¡Buen augurio, pues ello era la garantía de que también el resto de ella tendría cumplimiento!

Un niño santo

La segunda adquisición, el segundo regalo que la Providencia hizo a Don Bosco este año fue el de un jovencito de cerca de catorce años de edad. Se llamaba Domingo Savio y era un adolescente santo. ¡Santo Domingo Savio, modelo ideal hoy de la juventud de todo el mundo! Un «santo» que lleva el refrendo oficial de la Iglesia Romana.

Hoy, en efecto, su imagen sonriente, expresiva de frescura juvenil e inocencia, acoge, desde hace ya bastantes años, las súplicas y las ilusiones de multitud de niños y adolescentes que reciben cultura y formación cristiana en todos los colegios y centros regentados por los hijos de Don Bosco. Y no sólo en ellos, sino en un ámbito incomparablemente más vasto, porque el



Turin (Valdocco) - Así era el primer Oratorio.



Turin (Valdocco) - Así es el actual Oratorio en uno de sus numerosos patios.



Santo Domingo Savio, alumno virtuoso que Don Bosco tuvo en su Oratorio. Murió a los quince años en Mondonío.

culto de veneración al «santito de pantalón y chaqueta», como se ha dado en llamarle, se ha difundido con rapidez asombrosa por todo el mundo juvenil cristiano.

Sucedió el día 2 de octubre de este año (1854). Don Bosco había llevado a I Becchi a un buen número de sus amiguitos a disfrutar de la campiña. Era ya costumbre. Alrededor de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, el gran pedagogo los conducía allá a saborear sin trabas la libertad en las colinas y las llanuras, cuando ya las vides, que cubrían extensamente los tesos redondeados y las tierras bajas, habían comenzado a mudar el intenso color esmeralda de sus hojas por el ocre, precursor de la llegada de los fríos invernales; cuando los perfumados racimos, intensamente negros o de color acerado, ofrecían el encanto de su vista, colgando de las cepas.

Aquel día el fundador recibió la visita de un niño acompañado de su padre, el herrero de Mondonio. La actitud y buena gracia del muchacho cautivaron desde el primer momento la simpatía del apóstol de la juventud. El diálogo entre ambos surgió espontáneo y fácil. Familiar. Como si se hubieran conocido desde mucho tiempo atrás. El chico era desenvuelto y nada acomplejado. Era, además, francamente inteligente.

«—Yo soy Domingo Savio —se presentó al fundador—. Soy de Mondonio. El señor cura, mi maestro, debe de haberle hablado ya de mí. Deseo ingresar en su Oratorio.

—¡Por lo visto, no es malo el paño! —contestó Don Bosco.

—¿Y para qué haría usted servir este paño?

—Pienso que para hacer un vestido y regalárselo al Señor.

—De acuerdo. Yo seré la tela y usted el sastre. Lléveme a Turín y haga de mí ese traje que dice.

—¿Qué desearías hacer al acabar tus estudios?

—Si Dios me lo otorga, deseo, por encima de todo, abrazar el estado eclesiástico.

—Muy bien. Podemos hacer ahora mismo la prueba de tu capacidad para el estudio. Toma este librito. Apréndete de aquí hasta mañana esta página y vuelve acá a dárme-la.»

Domingo se alejó. Pasaron unos pocos minutos. Al cabo de ellos vuelve a presentarse a su futuro maestro en los caminos de la más alta perfección cristiana y le dice:

«—Estoy en disposición de darle la página que me ha señalado.

—¿Posible...? Veamos.»

Savio no sólo la recita al pie de la letra sin tropiezos ni titubeos, sino que comprende perfectamente el sentido de ella.

«—¡Muy bien! —le dice el hombre de Dios. Ya que tú te has adelantado a estudiar la lección, yo también quiero adelantarte mi respuesta. ¡Sí, te llevaré conmigo a Turín! Y ya desde ahora te considero como a uno de mis hijos. Pídele al Señor que nos ayude a ambos a cumplir su santa voluntad.

—Espero portarme de tal modo que nunca le dé motivos de queja.»

Tomó la mano del sacerdote y estampó en ella un beso en el que se traslucía el reconocimiento y el afecto sincerísimo que desde aquel mismo instante le había comenzado a tener. Acababa de realizarse el encuentro de dos almas predestinadas por Dios para ser luz y guía en el camino que lleva a la santidad, aunque de manera muy diferente.

El jovencito no defraudó lo más mínimo al educador. Desde el punto mismo de su entrada en el Oratorio comprendió cuál era la finalidad que buscaba Don Bosco a través de la múltiple actividad que allí desarrollaba. Y se aprestó a secundarla generosamente.

«—¡Ya entiendo! —dijo apenas hubo franqueado las puertas de aquel recinto de santidad—. Ya entiendo que aquí se realiza un intenso comercio de almas y yo quiero, con toda la vehemencia de mi espíritu, que también la mía entre en este negocio.»

Hasta qué punto fue consecuente con esta resolución, lo dice el hecho de que en sólo dos años que vivió en aquel ambiente llegó a hallarse en disposición de alcanzar la gloria de los altares. Al cabo de aquel tiempo bajaron los ángeles a buscarle,

porque deseaban tenerle en su compañía. Y se lo llevaron. ¡Tal vez, la tierra no era digna de poseer una flor de tan delicado perfume!

Héroes de la caridad cristiana

Un triste acontecimiento vino a dar relieve al Oratorio y a hacer resaltar la formación cristiana que allí se daba a los jóvenes alumnos de Don Bosco. El cólera morbo venía causando estragos desde hacía meses en varias regiones de Italia. Hacia el mes de junio, con los primeros calores, llegó al Piamonte y lo invadió casi por completo. La ciudad de Turín fue una de las que experimentaron de manera más cruel el terrible azote. En pocos días las cosas llegaron a tales extremos que las muertes se producían por centenares; los hogares se veían diezmados y, con frecuencia, aniquilados. La población entera estaba consternada. Las autoridades intentaron todos los medios para oponerse a los avances del mal, pero resultaban impotentes.

Don Bosco se ofreció desde el primer momento a darles todo el apoyo moral y toda la ayuda que estaba en sus manos. En cierta ocasión, cuando una de las más representativas personalidades de la política le había invitado a sumarse con los suyos a las manifestaciones patrióticas que se tenían en las calles de la ciudad, lo había rehusado con estas palabras:

«—Pídame que yo participe en actos en los que un sacerdote pueda desplegar su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas y me hallará dispuesto, aun a costa de la propia vida.»

Pues, bien, ese momento había llegado. La misma mamá Margarita, que en otras circunstancias tanta solicitud había mostrado por preservar a su hijo de los peligros, declaraba ahora sin ambages que le urgía la obligación de acudir al remedio.

Pero el santo no necesitaba de estímulos ajenos. Estaba siempre, en estos casos, dispuesto a realizar los más penosos sacrificios y a afrontar todos los riesgos. Pero en esta ocasión hizo más. Decidió acudir con sus jóvenes. El terror, que se había apoderado de los habitantes de la ciudad era tal, que frecuentemente los

mismos familiares de los contagiados los desamparaban y abandonaban a su suerte cuando notaban los primeros síntomas de la peste. Y los obligaban a morir en el mayor desamparo. Por consiguiente, cierto día, Don Bosco reúne a los mayorcitos y les habla de este extraño modo:

«—La causa de la muerte es, sin duda, el pecado. Si vosotros os ponéis en estado de gracia y prometéis formalmente evitarlo, yo, en nombre del Señor, os prometo que ninguno resultará víctima de este terrible flagelo que diezma nuestra ciudad. Pero ha de ser a condición de que lo que prometéis sea verdad. Porque si alguno falta a su promesa, o no accede a hacerla de corazón, yo no salgo fiador ni de él ni de ninguno de los que habitan en esta casa.»

La promesa del apóstol parecía una temeridad. Un acto de imprudencia. El terrible azote merodeaba en torno de aquel reducto en que estaban él y sus hijos. Sólo en el cinturón de casas, no demasiadas, que rodeaban el Oratorio, habían sucumbido no menos de 40 personas. Y eso, a una distancia de pocas decenas de metros. Es más, los mismos inquilinos de casa Filipi, Moretta y Bellezza, sufrieron el contagio con todas las consecuencias. Algunas de aquellas familias quedaron borradas para siempre.

¡Quién lo creyera! Los jóvenes se dejaron persuadir, una vez más, por las encendidas palabras del apóstol y allí mismo dieron el paso adelante hasta un total de 14 muchachos. Fue sólo el comienzo. Luego, el número aumentó incesantemente hasta participar en aquella arriesgada operación de salvamento, la totalidad de los que se consideraban aptos a causa de su edad o sus disposiciones para prestar auxilio a los contagiados. ¡Unos cuarenta!

Entre tanto, el ya alto nivel de espiritualidad del Oratorio subió como por ensalmo hasta alcanzar cotas jamás logradas desde sus comienzos. Los jóvenes prepararon sus almas con la confesión y las robustecieron con la sagrada comunión. Y comenzaron una tensa vigilancia sobre sí mismos para ahuyentar hasta la sombra del pecado.

Y se realizó el «milagro». Empezaron a acudir, en un auténti-

co derroche de temeridad y audacia, a ofrecer sus servicios adonde quiera que hubiera enfermos de aquel mal. El tiempo no les daba de sí ni para acudir a comer al Oratorio, por lo que debían hacerlo donde y como podían, porque andaban siempre afanados de una parte para otra prestándose a todos los menesteres. El Oratorio les entregaba ropas para cubrir a los vivos e, incluso, a los muertos.

La noticia de este rasgo sublime de abnegación cristiana corrió como el fuego por un reguero de pólvora por el ámbito de la ciudad. Y no se tardó en comprobar que los hijos de Don Bosco eran los más abnegados en aquella forma de servicio que tanto riesgo entrañaba y que tanto repugnaba a los sentimientos de la naturaleza. Entonces comenzaron a llover peticiones de ayuda desde todas partes. Los improvisados enfermeros debieron prodigarse en la dura tarea hasta el último límite de su resistencia.

No menos heroica fue la caridad de aquella santa mujer, Margarita. También ella, entregada de manera habitual durante muchas horas al servicio de los protegidos de su hijo, vivió aquellos días con sorprendente realismo la alucinante tragedia en que se debatía la ciudad. Y entregaba cuanto tenía: sábanas, mantas, alimentos...

Pero se acabó todo y las necesidades apremiantes continuaban. ¿Qué hacer entonces? ¿Tiene un rasgo digno de figurar en las mejores antologías de los hechos realizados por la caridad cristiana! Se llega al altar de la iglesia, toma los lienzos destinados al culto y se los entrega a los jóvenes para que ellos se los lleven a los apestados! ¿Puede haber un mejor servicio de Dios que el que se ejerce en la persona de los indigentes, desprovistos de todo, abandonados de todos?

Una consecuencia directa de estos sucesos fue que el número de los que llegaron a nutrirse con el pan de Don Bosco aumentó considerablemente, porque el Oratorio dio acogida a un buen número de huérfanos cuyos padres habían resultado víctimas del terrible morbo.

Hay, sin embargo, en este episodio de la vida íntima del Oratorio, una anécdota que no nos resignamos a pasar por alto. El buen padre, a su vez, se había ofrecido como víctima al Señor por sus hijos. Le había pedido que, si alguno de ellos hubiera de

resultar alcanzado por aquel mal, fuera él mismo. Y sucedió así.

Una de aquellas tardes en que el ajeteo había sido mayor aún que el habitual, y cuando la peste estaba en su período más agudo y causaba mayor número de víctimas, Don Bosco, rendido, se echó en el lecho. Mas no tardó en despertarse con los síntomas evidentes del mal: una debilidad como nunca en la vida la había sentido, frío y temblor de piernas, mareos fortísimos, ataques de vómito... signos todos ellos precursores del cólera.

¿Qué hacer? Penso en pedir ayuda, mas desistió de ello por temor de sembrar la inquietud en la casa. Decidió, por tanto, aplicarse a sí mismo los remedios que se aconsejaban en aquella situación: frotarse fuertemente con las ropas del lecho y mover los pies para desentumecerlos. Así, hasta sudar copiosamente, mientras se encomendaba a la voluntad divina. Al cabo de un cuarto de hora sudaba a mares. Entonces se durmió y al despertarse a la mañana siguiente estaba completamente curado. Y fue el suyo el único caso que se dio en todo el ámbito del Oratorio.

Nuevas ampliaciones: el taller de encuadernación

Preocupación constante del fundador en estos años era la de ampliar el Oratorio dotándolo de nuevas instalaciones a medida que las necesidades se dejaban sentir con urgencia y las posibilidades lo permitían. El apóstol deseaba hacer de aquel recinto un modelo de instituciones docentes y formativas. Al principio de este año (1854), mientras esperaba la oportunidad de construir un edificio para imprenta, fundaba el «taller» de encuadernación.

Y fue, una vez más, un germen casi insignificante el echado por él en esta ocasión. Comenzó como «por juego», enseñando a algunos de sus acogidos a encuadernar libros. Algo, decidía, sencillo. Muy sencillo, pero de gran utilidad. Tomando a uno, le decía:

«—¡Tú vas a ser encuadernador!

—¿Yo encuadernador? ¡Pero si no sé nada de ese oficio!

—Ven acá. ¿Ves estas hojas? ¡Siéntate a la mesa y comienza por doblarlas así.»

Y sin darle mayor importancia a la cosa, el trabajo se iba realizando bajo su dirección paso a paso. Al cabo de algún tiempo ya el libro estaba cosido y ajustado. A continuación llegaba la operación de encuadernarlo poniéndole las cubiertas. El joven colaborador del «maestro», se pasmaba de la facilidad con que se habían hecho las cosas y quedaba entusiasmado y con deseos de ejecutar aquello por sí solo. ¡Ya se tenía un encuadernador y un taller más en casa, aprovechando, como casi siempre, algún hueco de ella!

Como lugar adecuado para la tipografía había pensado en una edificación muy próxima al Oratorio, propiedad de un tal Coriasco, aislada y sencilla, mas, por entonces, no le fue posible hacerse con ella por razones de índole varia. Pero él sabía esperar la oportunidad sin precipitarse, con calma.

Ampliación del internado (1856)

A mediados de mayo de 1856, «en vista de las crecientes necesidades, de las peticiones de ingreso a causa de la miseria reinante», se decidió a ampliar la capacidad del internado. Naturalmente, no contaba con los medios económicos para ello. Pero éste era ya un viejo tema que no le asustaba. Acudiría, de nuevo, a la Providencia.

Llamó, pues, al señor Delponte, arquitecto y empresario a la vez, y tuvo con él este breve diálogo:

«—Señor arquitecto, ¿tiene usted dinero para los primeros gastos?

—Yo, no —contestó él.

—Pues yo tampoco —dijo Don Bosco.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar?

—¡Comencemos inmediatamente las obras! Estoy seguro de que antes de que llegue el día de pagar a los obreros el Señor habrá enviado algo.»

Las obras ahora iniciadas se evaluaban en 40.000 liras. El apóstol confiaba en la Providencia, sí, pero tampoco omitía poner de su parte cuanto estaba en sus manos. Ninguna de estas iniciativas le resultaba cómoda. Todas suponían para él una

nueva dosis de preocupaciones y trabajo. Lo de siempre: acudir a llamar a la puerta de los ricos, suplicar, dar conferencias, organizar rifas y loterías, escribir cartas y cartas circulares y privadas. ¿Cuántas fueron las que dio al correo en su vida? ¡Muchos miles! Había adquirido una facilidad asombrosa a la hora de redactarlas. En una hora podía depositar sobre la mesa de 20 a 30. No daba tiempo siquiera a leerlas, pues antes de que el lector hubiera terminado una, ya tenía otra esperándole. He aquí el tenor de las de petición de ayuda económica, que fueron muchas:

«Queridísimo en el Señor:

Tengo muchos trabajos que llevar a cabo para gloria del Señor y la salvación de las almas, pero me faltan los medios económicos para darles cima. Si usted caritativamente pudiera acudir en mi ayuda con un poco de "cal y algunos ladrillos", le aseguro que sería una obra de caridad excelente en favor de los que no tienen en donde cobijarse, porque esta edificación mía está cabalmente destinada a este fin.

Lleno de gratitud le auguro las más copiosas bendiciones del Cielo para usted y para su familia, mientras me declaro, de usted, atento y devoto servidor.—Juan Bosco, presbítero.»

Ruina de la nueva construcción

Los trabajos dieron comienzo en el mes de marzo. Se derribó la vieja casucha Pinardi, que se había conservado como una reliquia hasta ahora. Y se inició el nuevo edificio según el diseño aprobado.

Había entusiasmo en todos y deseo de verlo concluido cuanto antes. Y más en Don Bosco que en nadie, ya porque aquella obra, que venía a agravar de manera muy notable la situación económica del Oratorio, era para él una nueva pesadilla, ya porque soñaba con ver siempre más y más dilatada la proyección de su caridad. Y todos hacían lo que podían. Los mismos jóvenes, en las horas de recreo, se prestaban con gusto a ayudar a derribar paredes y a transportar vigas y ladrillos o lo que fuera, con el fin de ganar tiempo y evitar gastos.

De esta manera, los trabajos se ejecutaron con tanta aceleración que a finales de julio no sólo se hallaba el edificio cubierto, sino dado el yeso en las cuatro plantas de que constaba. Mas tampoco esta vez habían de faltar los consabidos contratiempos.

Era el 22 de agosto. Las diez de la mañana. El edificio estaba prácticamente terminado. Las tejas, en su sitio. Ventanas y puertas, colocadas ya, recibían los cristales que las habían de completar. Entonces, un obrero se dejó ir de las manos una viga de hierro mientras andaba retirando los andamios. El estrago fue enorme en todo el edificio. El mismo se salvó como por milagro, logrando agarrarse en último extremo a una parte de la bóveda derrumbada.

Y también el Oratorio tuvo aquel día buenas razones para dar gracias al Cielo. Una buena parte de los alumnos internos, que había salido de los estudios para hacer un poco de recreo y tomar un bocadillo, se habían retirado hacia la parte del edificio, precisamente el lugar de la ruina, para ponerse a la sombra aquel caluroso día de verano. Allí, o leían algún libro, o charlaban en pequeños grupos, o curioseaban el interior del edificio.

A las nueve y media suena la campanilla para llamarlos de nuevo a las aulas. Todos obedecen con la puntualidad acostumbrada y corren a formar las filas para entrar en orden. Y apenas se habían acomodado en sus puestos se deja oír el terrorífico ruido del derrumbamiento que hiel de espanto los corazones. ¡Se han salvado «milagrosamente»!

Don Bosco se hallaba en la ciudad cuando ocurrió la ruina. Al saber que no había habido desgracias personales, exclamó:

«—Eso es lo que verdaderamente importa! —Y continuó bromeando— Pero, ¿y vosotros?, ¿qué habéis hecho, que no os habéis puesto debajo a sostener las paredes siendo tantos? ¡Ya estoy viendo que valéis para poco! El demonio ha tenido la descortesía de derribarnos otra vez la casa, pero sus intentos son vanos. Tiene que luchar contra el Señor y la Virgen y nada podrá conseguir. Dios ha permitido esta prueba, pero no nos abandonará.»

La caridad de los buenos cristianos acudió nuevamente en su ayuda. Se interesaron, como ya lo habían hecho anteriormente,

desde sus bienhechores habituales hasta los mismos ministros de la Corona. Urbano Ratazzi, autor principal de la ley que llevaba su nombre, considerado como anticlerical furibundo, le dio 2.000 liras en nombre propio y del Ministerio que presidía. Y también le ayudaron los Ministros de Hacienda y de la Guerra. En octubre, al comienzo del curso, la obra estaba terminada. Los internos ascendían ahora a la bonita cifra de los ¡150!

A Don Bosco le faltó tiempo para instalar nuevas dependencias de tipo docente. Y, en primer lugar, la escuela diurna, con el fin de acoger «al menos a una parte de aquellos que, en número grandísimo, andaban vagando durante el día, sea porque sus padres no se preocupaban de ellos, sea porque vivían demasiado lejos de los centros de enseñanza pública», según sus propias palabras.

Y, poco después, solicitaba el permiso para la instalación del gimnasio inferior (Bachillerato). Todo ello en el curso 1856-57.

La Compañía de la Inmaculada Concepción (1856)

Entre tanto, el apóstol no descuidaba en absoluto, lo que constituía el fin de todos sus esfuerzos y sacrificios: la formación religiosa, meta suprema de sus ambiciones de pedagogo cristiano.

Uno de los medios prácticos que él había empleado siempre para este fin había sido la creación de asociaciones o «compañías» de los niños y jovencitos más virtuosos o más animosos como ejemplo para los otros. Así había procedido ya desde los lejanos años de sus estudios en Chieri, en donde había formado la famosa «Sociedad de la Alegría», como conoce el lector. Y más tarde, entre sus primeros internos, había creado igualmente las «Compañías de San Luis Gonzaga, de San José y del Santísimo Sacramento». Ahora, este año (1856) se formaba la «Compañía de la Inmaculada Concepción».

El origen fue así. Ocurrió que cierta mañana, en contra de lo que venía siendo costumbre, ni uno solo de los internos se acercó a recibir la sagrada comunión. Los profesores Celestino Durando y José Bongiovanni comentaron entre sí:

«—¡Qué pena debe de haber experimentado Don Bosco esta mañana al ver que ni uno solo de los

muchachos se ha acercado a comulgar! Deberíamos procurar que el hecho no se volviera a repetir.»

En consecuencia, resolvieron animar a los mejores de entre los alumnos a asociarse entre sí y formar una especie de turnos a fin de que cada día hubiera alguien que comulgara.

Entre los primeros y más fervientes partidarios de esta asociación se halló Domingo Savio. Y, mejor, él fue el alma de aquel movimiento de espiritualidad que cuajó, de allí a poco, en la formación de una verdadera asociación religiosa a la que denominaron «Compañía de la Inmaculada Concepción». El mismo ganó a la mayor parte de los socios que la integraron y trazó, con la ayuda de algunos otros, las líneas directrices que la habían de regir. Su primer presidente fue Miguel Rúa, a la sazón, estudiante de teología.

El primer deber de los socios era el de cumplir con escrupulosidad sus deberes de estudio y de trabajo y el de comportarse como jóvenes auténticamente cristianos. Pero no se limitaban a eso solo. Se adiestraban también en el ejercicio del apostolado seglar, a cuyo fin se constituyó una especie de «Conferencia», similar a las famosas de San Vicente de Paúl. También ésta, como aquéllas, tenía por fin, dentro de su modestia, llevar el consuelo espiritual y la ayuda material a las familias más necesitadas.

Aunque, por lo que hacía a esta segunda manera de subsidio, más era por entonces un buen deseo que una realidad, ya que los mismos socios vivían preferentemente de la caridad. Era, por lo mismo, «un gesto simbólico», puesto que lo poco que podían entregar era el resultado de verdaderos sacrificios y exponente de la clara conciencia del destino de los bienes terrenos que el padre les había inculcado.

Con las mencionadas ampliaciones no sólo del edificio material, sino del destino que se les había dado, la instalación de las escuelas de externos, el primer grado de enseñanza elemental y los tres primeros cursos de la Media, la formación que en aquel centro se impartía comenzaba a tener un cierto relieve, dado el nivel cultural popular de entonces en la ciudad.

Concretamente, con la apertura de las clases para alumnos externos, Don Bosco venía a intentar la solución de un gravísimo

problema que Turín tenía planteado a la sazón. Una población no inferior a las 30.000 almas habitaba en los suburbios. Especialmente en la parte de Valdocco. Y no disponía ni de iglesias, ni de escuelas. Las primeras fueron éstas abiertas por el apóstol.

Era una iniciativa más que justificaba la afirmación por él repetida de que «deseaba marchar siempre a la cabeza del progreso», fiel a su consigna de «lograr formar buenos ciudadanos de la patria terrena y futuros pobladores de la del cielo».

Estas iniciativas —ya lo hemos visto— exigían, con frecuencia, una audacia y una decisión que podrían juzgarse de temerarias. Y lo eran desde una perspectiva meramente humana, dado que nunca contaba con los medios económicos para realizarlas. Pero tal perspectiva no era la suya, porque desde ella no habría pasado de ser un pobre hombre como los demás, sujeto al desaliento y vulnerable al pesimismo que, probablemente, le habrían conducido al abandono de aquella empresa.

Muerte de mamá Margarita (25 de noviembre de 1856) y de Domingo Savio (9 de marzo de 1857)

Un inconmensurable dolor afligió este año al apóstol de la juventud desvalida: la pérdida de la madre, la «mamá» de los huerfanitos y de todos los moradores del Oratorio. Se fue al cielo el 25 de noviembre, después de soportar con ánimo sereno y generoso los dolores de una enfermedad rápida, pero dolorosa.

Desde el momento en que cayó enferma de gravedad y se pudo adivinar su próximo fin, los dos hijos, José y Juan, permanecieron constantemente a su lado. Allí fueron testigos de la lucha trágica con la muerte de la que les había dado el ser y los había amado intensísimamente durante la vida, de la que, sobre todo, les había enseñado a marchar con fidelidad por los caminos del Señor. Especialmente el dolor de Juan fue desgarrador.

«—¡Sólo Dios sabe cuánto te he amado durante mi vida! —le dijo ella en esta coyuntura—. Ahora, no obstante —añadió— espero poderte amar más aún en la gloriosa eternidad. Tengo la conciencia tranquila. He cumplido siempre con mi deber en cuanto me lo han permitido mis fuerzas. Tal vez pueda parecer que,

en ocasiones he obrado con rigor, pero no ha sido así. Era que me lo exigía la voz del deber. Di a tus hijos que los he amado cuanto no pueden imaginarse. Como sabe amar una madre, que eso he sido para ellos. Pídeles que ofrezcan, por lo menos un día, la sagrada comunión en sufragio de mi alma.»

Viendo el acerbo dolor de su hijo, incapaz de apartarse del lecho en que ella agonizaba, le dijo:

«—Juan. Te veo sufrir y tu dolor acrecienta el mío. Retírate a descansar, que yo estoy en buenas manos. Vete y recuerda que esta vida consiste en sufrir. Los verdaderos goces se nos reservan para la eterna. Vete y reza por mí.»

El hijo se resistía a apartarse de su lado porque adivinada que el fin era inminente. La madre hubo de insistir nuevamente. Juan obedeció. Se fue a la capilla a rezar por ella. Luego se retiró a su habitación. Por tres veces intentó encender una vela para alumbrarse. No lo consiguió. La llama se apagaba al cabo de poco. ¿Era un aviso del cielo de que también otra vida entrañablemente querida estaba a punto de extinguirse allí al lado?

Probó de nuevo. Esta vez la luz se conservó. Entonces advirtió nuevamente algo extraño. Sobre su lecho, colgado de la pared, pendía un cuadro de la madre, el cual, incomprensiblemente, se hallaba vuelto hacia la pared. Y, no obstante, ninguna mano lo había tocado. Nadie en aquella casa hubiera sido capaz de algo semejante. Juan no tuvo ánimo para acostarse.

«—Me temo, se dijo, que sean éstos indicios de la proximidad inminente de la muerte de mi madre.»

Se volvió a poner en oración. A poco, oye unos pasos que le eran bien conocidos: los de su hermano José. Ambos se miran al rostro por un instante. No es menester decir una sola palabra. Se funden en un abrazo estrechísimo, mientras que los sollozos ahogan toda voz.

El «padre de los huérfanos» acaba de serlo él mismo para siempre en la tierra! ¡Se le acaba de morir la madre, la consejera, el apoyo incondicional!

Cuando al llegar la mañana se comunicó la dolorosa noticia a los niños del Oratorio, también ellos prorrumpieron en un sentidísimo llanto. También ellos habían perdido a una madre cuyos desvelos por todos y cada uno habían procurado hacerlos felices. El santo los reunió y les habló en estos términos:

«—Hemos perdido la madre de la tierra, pero estamos seguros de que continuará ayudándonos desde el cielo, porque era una santa. De hoy más en adelante, tengamos por madre a la Reina del cielo. ¡Oh, piadosa Virgen! —oró—. Yo, y estos tus hijos nos hallamos ahora sin la madre de la tierra. ¡Sed Vos desde ahora de manera particular, madre mía y madre de estos pequeñuelos!»

Algunos meses después de la muerte de mamá Margarita una nueva desgracia estuvo a punto de afligir al fundador. Su hermano José cayó gravísimamente enfermo. Pero Dios se lo quiso conservar aún por unos pocos años devolviéndole la salud de forma inesperada.

Finalmente, el 9 de marzo del año siguiente (1857), moría Domingo Savio, el aventajado alumno ingresado dos años antes. Muy probablemente tuvo revelación de su próximo fin con antelación al hecho. Expiró confortado con la visión anticipada del cielo y exclamando: «—¡Oh, qué cosas tan hermosas estoy viendo!»

La ejemplaridad de su vida y su celo apostólico fueron ya sancionados por la Iglesia, que le elevó al honor de los altares el día 5 de marzo de 1954.

Reconocimiento de su labor (1857)

El Oratorio seguía ganando adeptos y despertando simpatías incluso en muchas personas que, en otro tiempo, se le habían mostrado hostiles. El poder civil mismo, que parecía haber dado en ver en su fundador a un hombre contrario a sus propósitos, no dejaba de admirar la gran obra que había llevado a cabo en beneficio de la ciudad y de más allá de su entorno. Muchos miembros conspicuos de él le miraban cada vez con más simpa-

tía y se mostraban dispuestos a ayudarle porque deseaban con él la redención de los hijos del pueblo.

El apóstol había adoptado ya por costumbre la de celebrar una rifa anual (lotería), alentado por el feliz resultado conseguido en las primeras a que había sido autorizado. Por otra parte, este sistema de allegar recursos tenía otra ventaja: la de dar a conocer su obra en el ámbito de toda la nación y aún más allá de sus fronteras. Conocimiento que se traducía, una vez más, en una aportación generosa de muchas almas nobles.

En esta ocasión, el mismo Ministro Ratazzi fue uno de los que contribuyeron. Y lo hizo no sólo en su condición de persona privada, sino como Ministro de la Corona. Como tal aceptó 400 números de la rifa. Pero su mayor aportación al bien de la institución de Valdocco fue el encendido elogio que hizo de Don Bosco y de su obra:

«—Considerando —decía— que Don Bosco no podría llevar adelante la obra tan benéfica que ha comenzado con los mejores auspicios y óptimos resultados en favor de los desheredados, sin la generosa ayuda que le es debida, y por cuanto este Ministerio tiene conocimiento de la grave situación económica por la que está pasando su Instituto, y siendo máxima consagrada por el Gobierno ayudar en cuanto sea posible a toda institución que bajo cualquier denominación asuma la tarea de educar a los hijos del pueblo facilitándoles el camino para el logro de la formación moral y cívica que no pueden procurarse los jóvenes abandonados...»

Y lo mismo hicieron los Ministros de la Guerra, Alfonso la Mármora, y el de Educación Nacional (Enseñanza), Juan Lanza. Este declaraba:

«—...que en el celo de Don Bosco veía con honda satisfacción una de tantas excelentes obras de caridad evangélica que tanto honran al país y a quienes con sus solícitos cuidados las promueven».

El soberano mismo adquirió 1.000 números de la rifa. Don Bosco le había enviado 500 a palacio. El monarca mandó al

Oratorio al conde de Angrognana a llevarle el importe. Sucedió luego que, hablando con el mismo conde, sin acordarse ya de esta circunstancia, le preguntó:

«—¿Es cierto que Don Bosco ha organizado una rifa?

—Sí, majestad.

—Bien. Mande a adquirir 500 números a mi cuenta. ¡Hay que ayudar a ese pobre sacerdote!»

El sorteo se llevó a cabo el 6 de julio con la presencia del alcalde. Los beneficios fueron tales, que Don Bosco pudo pagar sus deudas y comenzar a pensar en nuevas realizaciones en favor de sus muchachos.



El primer grupo de Misioneros que marcharon a la Argentina en 1875.

*Don Bosco ve en sueños
el campo misionero abier-
to a sus hijos en el mun-
do.*





*Santa María Mazzarello,
cofundadora y primera
Superiora General de las
Hijas de María Auxilia
dora.*



*Don Bosco entregando el
libro de las Santas Re-
glas a la Superiora Gene-
ral de las Hijas de María
Auxiliadora.*

EL CARISMA PROFETICO DEL PADRE (1854-55)

Profeta del Altísimo (1854)

Don Bosco ha ido extendiendo cada vez más el área de su influjo bienhechor a medida que su posición se ha ido haciendo más estable y más sólida en su «cuartel general» de Valdocco. Y ya no se limita sólo a los niños acogidos en sus instituciones. Llega también a cuantos tienen un alma que salvar; a cuantos son «hijos de Dios», que lo son todos los hombres, desde los más bajos a los más encumbrados en la jerarquía social. Táctica suya es acudir al remedio de quien ve puesto en el peligro.

Hemos de hacer referencia nuevamente a los intentos de la Revolución, «il Risorgimento», que continuaba paso a paso, reafirmando sus propósitos, dictando desde la cumbre del poder leyes que, en ciertos ambientes conservadores, eran consideradas como «vejatorias de los sagrados derechos eclesiales». Y el apóstol de Valdocco —lo hemos visto— militaba decididamente de este lado. Estimó, por consiguiente, alzar su voz en defensa de los mencionados derechos a punto de ser «lesionados» ahora mediante un decreto en virtud del cual se intentaba despojar al clero del derecho de propiedad de los grandes bienes raíces acumulados desde siglos.

¿Era legítima esta actitud? ¿No lo era? He aquí la cuestión que se debatía. Y las posiciones adoptadas por los partidarios de una opinión y de otra resultaban conflictivas.

La jerarquía eclesiástica, en general, defendía el derecho a la conservación de aquellas riquezas desde el título de una adquisición legítima, esto es, por la voluntad de los donantes y la pacífica posesión durante siglos. La autoridad civil no negaba aquel derecho, pero estimaba que existía una desproporción muy grande en lo que hoy llamaríamos «renta per cápita» entre los ciudadanos. Y, sobre todo, decía que no podía tolerar la existen-

cia de inmensas propiedades no explotadas o explotadas insuficientemente, cuando la necesidad era general en el país, y que era necesario activar aquellos bienes, crear riqueza.

Don Bosco se alineó del lado de la jerarquía en esta ocasión, sobre todo, por ser un hombre profundamente imbuido del sentido de lo «sacro», porque, a la sazón, entre el clero prevalecía lo «jurídico» sobre lo social, aspecto que el sentido democrático de las nuevas leyes intentaba modificar.

En esta situación, creyó que prestaba un servicio de sentido religioso, para él siempre de alcance trascendente, al soberano mismo de la nación, que era quien, en última instancia, debía sancionar las leyes aprobadas por las Cámaras de Diputados y Senadores.

Así, pues, tomando ocasión de ciertas cartas relativas a la fundación de una vieja abadía, la de Altacomba, hecha por los Duques de Saboya, ascendientes de los actuales reyes del mismo título, se creyó en el deber de alertar a Víctor Manuel para que no incurriera en los anatemas con que las citadas cartas de donación amenazaban a los que osaran despojar de aquellos bienes a la mencionada abadía. Y, en consecuencia, hizo llegar al soberano una serie de escritos en los que, de manera clara, le anunciaba «grandes desgracias familiares» para el caso de que se resolviera a estampar su firma en el Decreto de expolio de los bienes eclesiásticos.

El Ministro de Justicia, Urbano Ratazzi, amigo de Don Bosco, presentó el proyecto de ley a la Cámara de los Diputados para su aprobación el 28 de noviembre de 1854. Era éste un asunto que apasionaba a toda la nación y fue discutido acaloradamente durante una semana. Las opiniones estaban muy divididas incluso dentro del seno de la familia real.

El soberano, puesto en la necesidad de confirmar la política de su Gabinete, estaba dispuesto a estampar la firma. Su madre y su mujer, profundamente católicas y adictas a la jerarquía eclesiástica, estimaban aquel paso como un atentado sacrílego contra la misma Iglesia. El mismo Víctor Manuel escribía a un amigo por aquellos días:

«Mi madre y mi mujer no cesan de repetirme que se mueren de disgusto por mi causa.»

Y en efecto, el 5 de enero de 1855 la reina madre, María Teresa, enfermaba de gravedad inesperadamente. Y de nada sirvieron los cuidados de los médicos y todas las solicitudes. El 18 del mismo mes moría a la edad de los cincuenta y cuatro años.

Esta desgracia impuso una tregua en las reuniones de los Diputados a causa del duelo oficial declarado en todo el país. Don Bosco aprovechó esta circunstancia para dirigirse, mediante un escrito, al rey invitándole a reflexionar acerca del significado de aquella muerte que él, desde una perspectiva eminentemente providencialista miraba como «una señal del cielo».

«Una persona iluminada desde lo alto —le decía— te avisa. Abre bien los ojos. Ya ha muerto uno de tu familia. Si la Ley se aprueba, te verás afligido por nuevas desgracias. Lo ocurrido no es más que el preludio de los males. Si no vuelves atrás, abrirás un abismo que no podrás cegar.»

Este escrito causó una impresión muy profunda en el ánimo del soberano. Y no le resultó posible liberarse de ella a pesar del intento de sus consejeros y de otras personas empeñadas en presentar al apóstol de Valdocco como un fanático supersticioso o un demente.

Pero la preocupación del rey se tornó obsesiva cuando su augusta esposa, María Adelaida, que había sido madre cuatro días antes, dejaba de existir el 20 de febrero a la edad de treinta y tres años.

Las discusiones volvieron a sufrir un nuevo aplazamiento. La Cámara sancionó un nuevo luto de 13 días. Después de este plazo, el Parlamento volvió a abrir sus puertas. Mas nuevamente se debieron cerrar a causa de la muerte del Príncipe Fernando de Saboya, Duque de Génova, que moría el día siguiente. El Príncipe tenía treinta y tres años.

Parecía que un destino implacable se abatiera de repente sobre aquella dinastía. Por tercera vez la muerte la visitaba y se llevaba a miembros entrañablemente queridos que se hallaban en la flor de la edad.

El rey se hallaba totalmente desconcertado. Por una parte, creía ver en aquellos sucesos la mano de Dios, que descargaba sobre él durísimos golpes. Mas por otra, los autores del proyecto

le estrechaban a que, dejando de lado los prejuicios y supersticiones, se resolviera a llevar adelante el plan de reformas sociales presentado por sus ministros.

Y, como era lógico, fueron éstos los que decidieron su voluntad. La discusión del proyecto volvió al Parlamento. Los católicos conservadores recogieron y presentaron innumerables firmas de protesta. Los diputados adictos a la causa eclesial defendieron con entusiasmo y calor los que estimaban «sus derechos». Un prelado, monseñor Luis Nazzi de Calabiana, obispo de Casale, y senador del Reino, con el beneplácito de la Sede Apostólica y el consenso de los demás obispos, ofreció al Gobierno una ingente suma de dinero a condición de que fuera retirada la Ley. Era este dinero el fruto de la renuncia de los haberes de los párrocos y de las consignaciones de otras instituciones eclesiales. Así se pretendía dejar carente de sentido el pretexto de la necesidad de dinero que el Gobierno aducía como justificación.

Pero la oposición no se dio por satisfecha. Exigió que se llevaran a término las radicales medidas que habían planeado. Por consiguiente, cuando Camilo Cavour, Jefe a la sazón del Gobierno, vio la buena disposición del Rey para acceder a la propuesta de los obispos, declaró suspendidas las sesiones del Senado, medida arbitraria que provocó la dimisión del Gobierno.

Por su parte, los extremistas de izquierda pusieron el grito en el cielo y amenazaron con todo género de represalias si se aceptaba la propuesta del senador Calabiana. Cavour volvió al poder. Y con él el «nuevo Ministerio», integrado prácticamente por los mismos sujetos del anterior, puesto que aquella maniobra no había sido más que un hábil juego político para desorientar a la opinión pública, partidaria del rechazo de la Ley.

En fin, la llamada «Ley Ratazzi» fue aprobada el 22 de mayo (1855), y después de firmada por el soberano, incorporada al Código. En su virtud, más de 300 casas religiosas, con un total de 6.000 miembros, dejaban de existir legalmente de la noche a la mañana en el reino piamontés.

Predicción de una muerte (1855)

Pero volvamos a franquear el recinto del Oratorio; a adentrarnos en la vida íntima y familiar que en él se desarrolla. Es aquí,

preferentemente, en donde el apóstol se revela en su genuina identidad. El ha sido suscitado fundamentalmente para esto: para inyectar continuamente savia nueva, para nutrir este germen del que habrán de tener origen los vastos planes que medita para la salvación de la juventud proletaria.

Estamos en el mes de marzo. Don Bosco tiene ante sí a sus muchachos y les dirige la palabra desde lo alto de una pequeña tribuna, un poyo de medio metro, antes de retirarse a descansar. Les está dando las «buenas noches».

Acaba de anunciarles que les va a referir un «sueño». Uno más de los que están habituados a escuchar de sus labios y que tanta ilusión les hacen. Por eso, muchos se frotan las manos de satisfacción y se disponen a escuchar con la mayor atención.

El tema de los «sueños» del padre es siempre sumamente interesante. Las vivas descripciones que el narrador hace añaden interés al argumento mismo el cual encierra siempre una profunda lección de orden práctico; de experiencia de la vida y para la vida. Y, sobre todo, cuando estos sueños anuncian algún acontecimiento futuro, que se cumple siempre, pues el fundador goza del carisma profético como de otros muchos carismas. Habla el buen padre:

«—Me encontraba yo en el patio. Y también vosotros estábais en él, y os divertíais a placer en una gran variedad de juegos. Yo gozaba contemplando el espectáculo, el cual siempre me causa una viva satisfacción, porque mientras estáis entregados a vuestras diversiones, el demonio nada puede contra vosotros.

—Pero esta vez me llamó la atención un hecho singular: Uno de vosotros llevaba una especie de turbante en su cabeza. Y sobre él una a manera de luna en medio de la cual se leía el número "22".

—¡Vaya éste! —me dije yo—. ¡Qué ocurrencia! ¡Cree que estamos en carnaval! Y quise dirigirme a su encuentro para indicarle que se quitara aquel atuendo. Pero ocurrió que repentinamente se oscureció el sol y el día comenzó a ofrecer un aspecto lúgubre y triston. Entonces vosotros corristeis a ocupar el sitio que tenéis señalado en el pórtico cuando formáis en él

las filas. En los rostros de todos se veían claramente señales de dolor. Una extraña nube de tristeza velaba la fisonomía de todos. Algunos, incluso, aparecían lívidos. Pero más que nadie el que llevaba la luna sobre la cabeza. Este tenía, además, un manto negro sobre los hombros.

Yo le quise hacer algunas preguntas, pero no volví a saber qué podría significar todo aquello. Entonces me retuvo una mano poderosa, mientras que un personaje me decía:

“—Escucha. Ese joven morirá antes de que hayan pasado veintidós lunas. No le pierdas de vista y prepárale para el paso.”

Yo le quise hacer algunas preguntas, pero no volví a verle por ninguna parte.

Y ahora, escuchadme con atención: El joven al que estoy haciendo referencia se halla en este momento entre nosotros y está escuchando mis palabras. Ya lo sabe. ¡Antes de 22 meses deberá comparecer ante el tribunal de Dios!»

Una atmósfera de plomo pareció caer entonces sobre aquel grupo de jovencitos vivarachos e inquietos. ¿Quién sería la víctima elegida por la muerte?

El apóstol advirtió la depresión de ánimo que se había producido en el ambiente alegre y sereno en que transcurría la vida de sus hijos y quiso atenuar el efecto de sus palabras.

«—No es más que un sueño —dijo—. No siempre se debe prestar fe a los sueños. Pero ganaríamos mucho si siempre viviéramos en tal disposición que pudiéramos responder de un modo adecuado a la llamada del Señor. Es ésta la calurosa exhortación que el Divino Maestro nos hace en el Evangelio: “Estad preparados porque no sabéis a qué hora va a llegar el ladrón, si de día o durante la noche”. Evitemos cuidadosamente el pecado, y la muerte no nos podrá causar miedo. Yo, por mi parte, prometo seguir de cerca los pasos del joven visto por mí en el sueño y espero que

se halle a punto cuándo se cumpla el plazo señalado por el Señor.»

El plazo se cumplía en el mes de diciembre de 1855. Al acercarse, el santo dijo al joven salesiano Juan Cagliero, «asistente» de uno de los dormitorios.

«—«Pon una atención especial en Segundo Gurgo. Faltan sólo dos lunas para que expire el plazo señalado en el sueño.»

Los días corrían veloces. El aviso de Don Bosco no se había echado en olvido en el ambiente del Oratorio, y a medida que se acercaba el plazo fatal crecía la inquietud entre los jóvenes. No obstante, ya se avanzaba rápidamente por el mes de diciembre y en la casa todos rebosaban de salud. El optimismo había comenzado a renacer. ¡Tal vez la predicción del padre dejara de cumplirse por una vez!

Pero el santo volvió a dar un toque de alerta:

«—¡Uno de los que me están escuchando —dijo— no llegará a Navidad!»

Se estaba a mediados del mes cuando Gurgo se sintió repentinamente enfermo, probablemente como consecuencia de haber comido una cantidad excesiva de pan recién cocido. Una fiebre altísima puso en peligro su vida hasta el punto de que se juzgó prudente administrarle los últimos sacramentos. Luego pareció recuperarse, pero fue sólo durante un poco de tiempo. En los ocho días siguientes se mantuvo entre la vida y la muerte. Y al llegar cerca de Navidad, en la noche del 23 al 24, expiró. ¡La profecía se había cumplido una vez más!

Esta muerte causó una sensación indescriptible en el Oratorio. Don Bosco mismo quedó profundamente impresionado y su rostro apareció velado por un sentimiento de tristeza inmensa. Al llegar la noche subió al estrado del pórtico, como de costumbre, para dirigir la palabra a sus hijos.

«—Es el primer joven que muere en el Oratorio —dijo—. Se había preparado bien y esperamos que a estas horas esté ya en el paraíso. A vosotros os recomiendo que os halléis siempre preparados...»

No pudo continuar. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le anudó la garganta. ¡Tan acerbo era su dolor por la pérdida de aquel hijo querido!

Reunidos en torno a él cierto número de clérigos y de estudiantes al día siguiente, le preguntaron si su predicción hacía referencia a Gurgo.

«—Sí —dijo él—. De él se trataba. Y ya podéis comprobar cómo yo había dispuesto que, desde hacía algún tiempo, pasara a dormir en una sala especial y le había puesto al lado a un «asistente».»

Este, lo hemos visto, había sido el joven Cagliero. A él se dirigió ahora Don Bosco con estas palabras:

«—Y tú, Cagliero, cuando se te dé algún encargo especial, no hagas tantas observaciones, sino procura obedecer con más docilidad. ¿Comprendes ahora por qué yo quería que tú durmieras en la habitación destinada a Gurgo? Tú me pedías con insistencia que te mudara de lugar y yo no quise acceder cabalmente porque quería que Gurgo tuviera a su lado un protector. Y si él estuviera vivo aún, podría atestiguar cuántas veces le hablé, en términos un tanto vagos, del tema de la muerte porque deseaba que estuviera preparado.»

Habrà ocasión de relatar algún otro caso semejante. Por ahora, sin embargo, baste con decir, para confirmación del carisma profético del fundador, que durante muchos años ningún joven murió en el Oratorio sin que, de alguna manera, su óbito hubiera sido preanunciado por el santo.

EL OLEAJE DE LA POLITICA (1859)

Un horizonte tormentoso

Entre tanto, los políticos revolucionarios se disponían a dar un paso más en el camino hacia el logro de sus objetivos últimos: el asalto a Roma, el despojo del Papado y la promulgación de unas leyes cada vez más impregnadas de «laicismo», más «secularizadas». A principios de 1859, el ambiente se hallaba ya saturado de presagios que no auguraban nada bueno para los defensores del régimen antiguo. Y, de manera especial, para los señalados por su especial adhesión al Pontífice Romano. El día 10 de enero el rey Víctor Manuel había hablado en estos términos, en la sesión inaugural de las Cámaras Legislativas:

«—El horizonte en medio del cual surge el nuevo año no está sereno. Nuestro país, pequeño por su extensión geográfica, ha conseguido un gran crédito entre las naciones de Europa, porque es grande a causa de las ideas que representa y de las simpatías que inspira. Pero esta condición no se halla exenta de riesgos, ya que, mientras respetamos los tratados, no somos insensibles al grito de dolor que se levanta hacia nosotros desde todas partes de Italia.»

Era una clara afirmación de que la idea de la «unificación italiana» no sólo no había sido abandonada, sino que estaba llegando el momento de realizarla. O, al menos, de intentarlo. Y lo mismo ocurría con la aplicación de las leyes que habían de conformar la identidad del Nuevo Estado.

Don Bosco, sospechoso

Don Bosco, ya sospechoso a causa de sus actividades, y, más

aún, por la defensa a ultranza que hacía siempre del Papado, lo era mucho más ahora, desde su retorno de Roma, merecedor de especial confianza del Sumo Pontífice. Pío IX, en efecto, se había servido de él como mediador entre el Vaticano y el soberano sardo, Víctor Manuel, para quien le había entregado una carta de carácter confidencial.

Pero ni siquiera esto era todo. El mismo, inducido por un celo que no parecía tener en cuenta con los habituales miramientos humanos, se había creído en el deber de volverse a dirigir al Rey y le había escrito una nueva carta que causó en su ánimo una impresión no menor que las anteriores. El santo hubiera querido que aquel asunto se mantuviera oculto, mas no había sido así. La noticia se había divulgado pasando de los oídos de los unos a los de los otros, hasta ser conocida de toda la Corte. Y como consecuencia, el apóstol hubo de sufrir algunas molestias mientras que veía aumentar el recelo hacia su persona. En estas circunstancias, un hecho que podía juzgarse intranscendente acabó por colmar la copa de las sospechas de la Corte.

El fundador venía publicando desde el año 1853 un almanaque que entregaba como obsequio a los suscritores de las Lecturas Católicas. Era una publicación que despertaba un enorme interés por cuanto, además de estar escrita con agudo ingenio, predecía siempre algunos acontecimientos del año entrante. Titulaba este calendario «Il Galantuomo», es decir, el «bonachón», «ingenuo». Pues bien, para este año de 1859, anunciaba la «desaparición de la política» de dos personalidades muy importantes: dos jefes de Estado.

Esta predicción sembró la alarma entre los políticos, en general; pero, de manera especial, en la Corte, recelosa ya de las predicciones del apóstol de Valdocco desde los acontecimientos anteriormente relatados. ¿Volvía a hacer referencia nuevamente a la sacra persona de su majestad?

El fundador fue urgido a dar una contestación concreta que liberara a muchos personajes de la incertidumbre y la zozobra en que los había sumido. El dijo que había querido hacer referencia a los Duques de Toscana y de Módena, los cuales, efectivamente, perdieron aquel año sus respectivos Estados, arrebatados por los «unionistas» y se retiraron a la vida privada, alejados de la política.

Igualmente pronosticaba en aquel número del almanaque «desgracias públicas». Y para responder de esta «especie» que asimismo había causado la inquietud en algunos ambientes, fue citado a comparecer ante un tribunal, acusado de «derrotista» y de perturbar la tranquilidad de los ciudadanos. Allí se le pidió, se le exigió, que explicara el alcance de aquellos vaticinios.

«—Yo, señores —dijo él—, no veo motivos de preocupación por lo que he escrito. Y, desde luego, no existe base seria para que mis palabras siembren la alarma y quiten la paz y el sosiego a nadie. Si el Ministerio de Justicia me cree un profeta, tome cuenta de mis predicciones y adopte las medidas pertinentes para que no ocurra nada de lo que no le interesa. Y si no me cree, con hacer caso omiso, asunto concluido.»

Registros en el Oratorio

Las vejaciones causadas al fundador por los defensores del orden público y la seguridad social eran ya antiguas. Habían comenzado en 1848. Ya aquel año había sido llamado a la Jefatura Superior de Policía, en donde había llegado a escuchar amenazas de muerte. Allí se le había dicho claramente que, de continuar en su actitud de «oposición al movimiento revolucionario», su vida no estaba segura. El, no obstante, había aparentado no comprender el sentido de aquellas palabras y había continuado adelante en la misma línea de acción de defensa de los derechos de la Iglesia, pues entendía que los medios mediante los cuales se la intentaba despojar de sus territorios no eran legítimos.

Ahora, desde la perspectiva mencionada, los tiempos que se avecinaban no presagiaban mucho de bueno para el Oratorio. Por el contrario, hacían temer que la paz de aquel recinto de quietud se viese alterada.

Y, en efecto, creyendo algunos que el Oratorio de Valdocco se hubiese convertido en un foco de subversión y en centro de contraofensiva revolucionaria, pretendieron desmantelarlo. Una serie de rumores infundados, y mejor, absurdos, comenzaron a

propalarse ampliamente. Se decía que Don Bosco estaba en contacto con importantes personajes de la política, adversos a la Revolución, que el Oratorio se había convertido en un arsenal de armas con vistas a un levantamiento de sus jóvenes, los cuales habrían recibido consignas secretas y una formación premilitar...

La primera consecuencia de la propalación de estos infundidos fue la decisión tomada por el Ministerio de la Gobernación de establecer un estrecho servicio de vigilancia sobre aquel Centro y su fundador. Por consiguiente, sólo faltaba la gota que hiciera desbordar el vaso de la suspicacia para que se diera un paso más y se llegara a otras formas de vejación.

Y este pretexto llegó también. Fue cuando el prelado turinés, desde su confinamiento en tierra extranjera, utilizando la total confianza que en el santo tenía, le escribió encomendándole la distribución de una Pastoral de carácter confidencial dirigida a los párrocos de la archidiócesis. La carta fue secuestrada por orden del ministro de la Gobernación. Entonces se decretó un primer registro en el Oratorio.

Don Bosco tuvo esta vez una intuición afortunada, acaso debida a los rumores que debieron llegarle acerca de lo que se maquinaba. El día anterior a la determinación de aquella medida pensó en poner un poco de orden en su archivo. Y durante este trabajo, cayeron en sus manos algunos documentos y cartas que, dice él, «sin ser realmente cuerpo de delito, podían resultar comprometedores». En consecuencia, los hizo desaparecer.

Los registros fueron dos. Para llevar a cabo el primero fueron designados tres abogados del Estado. Entre ellos, el Delegado de Seguridad Pública, señor Túa. Estos se presentaron, naturalmente, de improviso y tan precipitadamente, que ni siquiera se proveyeron de la correspondiente autorización para proceder al allanamiento del domicilio de una persona privada. Y esta circunstancia favoreció a Don Bosco.

«—¡Deseamos hablar con Don Bosco! —dijeron por toda presentación.

—Yo soy Don Bosco. Pero, ante todo, díganme quiénes son ustedes y qué es lo que desean de mí.

—¡No importa quiénes seamos! Bástele con saber que estamos aquí en calidad de enviados por el Minis-

terio de la Gobernación para efectuar un registro en su casa.

—En ese caso, tengan la bondad de mostrarme la orden ministerial, porque, de lo contrario, me vería en la necesidad de negarles el acceso a mi domicilio.

—¡No traemos escrito alguno ni necesitamos órdenes de nadie! Sepa usted que este señor es el Delegado de Seguridad Pública. Y nosotros dos los abogados del Estado, Graselli y Fumagalli, representantes del Fisco.»

Mientras así dialogaban, no menos de docena y media de guardias de seguridad habían ocupado los lugares estratégicos de la casa y sus accesos. El Delegado insistió en tono enérgico y amenazador:

«—¡Qué! ¿Nos lleva usted a su habitación?

—No, mientras ustedes no me presenten por escrito la autorización en virtud de la cual se disponen a allanar mi casa, que es la de un ciudadano en perfecto acuerdo con las leyes y en pleno disfrute de sus derechos.»

El enérgico sacerdote advirtió la hostilidad de ciertos gestos que querían significar una amenaza, un deseo de inferirle violencia. Pero no se acobardó en absoluto, sino que protestó con gran valentía y pasó él, a su vez, a amenazar:

«—¡Guárdense muy mucho de intentar nada por la violencia, les dije, porque yo sabría muy bien cómo defenderme! Me bastaría una orden para que centenares de jóvenes acudieran inmediatamente desde todos los ángulos de la casa en mi ayuda. ¡Y les aseguro que se verían obligados a abandonar este edificio mal de su agrado!»

Uno de los guardias que los acompañaban hizo ademán de poner sus manos encima del sacerdote. Pero intervino el Delegado con mayor dominio de sí mismo:

«—¡Tiene razón este hombre! —dijo—. Las cosas hay que hacerlas por la legalidad. Id a buscar la autorización.»

El apóstol volvió a su calma habitual, si es que por algún momento la había perdido, mientras aquellos señores, rumiando su despecho, quedaban esperando la llegada del permiso. Don Bosco reemprendió el trabajo que estaba realizando a la llegada de los inquisidores. Era precisamente la tramitación de ingreso en el Oratorio de un niño recomendado por el mismo Ministerio. Se trataba cabalmente de un sobrino de Urbano Ratazzi, necesitado de educación moral.

Después de una larga, interminable espera, llegó el comisionado con la orden de registro. El Delegado puso aquel documento en manos de Don Bosco que lo leyó con atención, advirtiéndole que en la misma se intimaba igualmente el registro del domicilio del P. Cafasso y de otras dos personas más. Se encarecía a los inquisidores que llevaran a cabo su cometido con escrupulosidad, sin dejar títere por remover. El fundador halló la manera de pasar aviso a aquellos interesados a fin de prevenirlos contra toda sorpresa.

Leída la declaración, Don Bosco hizo constar que cedía a la fuerza. Y a continuación les franqueó la entrada. Y ya en su despacho comenzaron el minucioso registro por la persona misma del sacerdote. Le revisaron de los pies a la cabeza: bolsillos de la sotana y pantalón, costuras, forros, volvieron las mangas al revés, abrieron los pliegues del bonete... El, que se veía zarandeado y llevado de una parte para otra, exclamó en un punto:

«—*Et cum sceleratis reputatus est!* ('Y fue contado entre los malhechores'.))»

—¿Qué dice usted?

—Digo que están haciendo ustedes conmigo en este momento lo mismo que un día hicieron los esbirros de Herodes con Jesús.»

La búsqueda de documentos comprometedores continuó durante mucho tiempo con resultado totalmente negativo. Y durante ella hubo escenas de gran comicidad que a duras penas permitieron a Don Bosco contener la risa. Al fin, dijeron:

«—¡Bueno! ¿Por qué no nos facilita usted mismo el trabajo entregándonos de una vez, las cartas que buscamos?

—¿Y qué cartas son esas?

—Las que usted ha recibido de los jesuitas, del arzobispo y del Papa.

—Si de eso sólo se trata, ya pueden irse tranquilos, que aquí no hallarán nada semejante. Esta es la casa de un humilde, pero, a la vez, honesto sacerdote que no conspira más que contra el poder del demonio a fin de impedir que arruine las almas, que son hechura de Dios.

—Sin embargo, nos han asegurado que usted guarda aquí documentos peligrosos para la seguridad del Estado.

—¿Sólo eso? ¡Miren, señores! No existen esos documentos. Pero de tenerlos yo en mi poder, les aseguro que no soy tan simple como para dejarlos al alcance de cualquiera, es decir, de una contingencia semejante a la que ustedes están protagonizando en estos momentos. Si no quieren convencerse, continúen buscando.»

Y así lo hicieron, aún por mucho tiempo. Al fin, el apóstol, viéndolos sudorosos y cubiertos de polvo se compadeció de ellos. Llamó a un jovencito y le dio el encargo de llevarles una botella de vino generoso y unas pastas. Bebieron a la salud del santo y dieron por acabado el registro. Aquel gesto y el excelente humor de que Don Bosco había hecho demostración durante todo aquel tiempo acabaron por conquistar sus simpatías.

Adquisición de Casa Filippi y ampliación de las clases

Y como si la divina Providencia quisiera consolar al apóstol por las vejaciones sufridas, aquella misma tarde, apenas se hubieron ido los inquisidores, recibió una visita que venía esperando desde hacía mucho tiempo: la del hijo de la viuda Filippi, el cual llegaba para ofrecerle la casa que antes nunca había querido acceder a venderle el esposo. Y se llevó a cabo esta compra que resultaba necesaria para no entorpecer la expansión del grandioso complejo que se estaba fraguando en Valdocco.

Este mismo año se completaron los cursos de Enseñanza

Media con la apertura de los dos que faltaban y se aumentó, igualmente, el número de clases para alumnos externos, que llegaron a sobrepasar los 500.

Pesquisas insidiosas (1860)

Mas a pesar del resultado negativo del minucioso registro del Oratorio, los adversarios no se dieron por satisfechos. Un segundo registro, o mejor, sondeo de opinión, tuvo lugar dos semanas más tarde. Y estuvo a punto de tener malas consecuencias, no por el riesgo de hallar los comprometedores testimonios de culpabilidad, que no existían, sino por la falta de tacto y la voluntad insidiosa de aquellos a los que se había confiado esta vez el cometido.

Don Bosco se hallaba ausente del Oratorio cuando llegaron. En su lugar, hubo de hacer frente a la situación el Prefecto de la casa, P. Alassonatti. Los modales de los «detectives» fueron tales, tan brutales, que aquel pobre hombre, carente de la energía de su superior y de su sangre fría, se desmayó. Y así lo encontró el fundador cuando, oportunamente hizo su aparición en la casa, avisado con urgencia por los suyos. Los verdugos le tenían recostado en una silla, mientras trataban de hacerle volver en sí. La escena soliviantó a Don Bosco, el cual se encaró con ellos con gran violencia.

«—¡Ustedes abusan de su prepotencia! ¡Deberían conformarse con ser jueces, pero se truecan en verdugos! Y con semejantes métodos no se puede merecer ni la aprobación de Dios ni la estimación de los hombres. ¡Están escribiendo una página de ignominia en su vida!»

El registro fue esta vez aún más minucioso, si cabe, que la anterior. Y también más importuno y más molesto. Vejatorio. Exigieron luego ser presentados a los alumnos para interrogarlos acerca de las cosas de la casa. Y quisieron penetrar también en el sagrado de las conciencias, tratando de escrudiñar los secretos de ellas y de conocer lo que se les decía en confesión. Pero las respuestas de los alumnos fueron oportunas y prudentes y desba-

rataron los hilos de una bien urdida trama mediante la cual habían esperado sorprenderlos.

«—¿Conoces a nuestro rey? —preguntaron a un alumno del quinto curso.

—No tengo la satisfacción de haberle tratado personalmente, pero él es mi soberano.

—Soberano cruel y perverso, puesto que persigue a los sacerdotes y a la religión misma, ¿no es así?

—Si usted lo afirma habrá que creerlo, porque está más cerca de él y debe de conocerlo mejor. En cuanto a mí, es la primera vez que oigo aplicarle esos apelativos.

—Pero, ¿no te parece claro? Los perseguidores de la Iglesia son hombres nefastos. Víctor Manuel la persigue. Luego...

—Usted se lo dice todo. ¿Qué quiere que le diga yo?»

Pasaron luego a interrogar a otro alumno del cuarto curso:

«—¿Has estudiado la historia de Roma?

—Sí, porque forma parte de las materias de que debemos examinarnos al final del curso.

—¿Sabes quién mató a Julio César?

—Le mataron Bruto y otros conjurados.

—¿Qué opinión te merece este hecho? ¿No te parece que Bruto hizo bien por haber eliminado a un tirano que pretendía acabar con la libertad del pueblo?

—A mí me han enseñado que un súbdito nunca debe rebelarse contra su legítimo soberano. Y menos quitarle la vida. Por tanto, Bruto cometió un delito contra las leyes y debe ser condenado.

—Pero si un soberano se porta mal...

—Si obra injustamente, él dará cuenta a Dios y a la historia de sus hechos. A los súbditos, sin embargo, no les corresponde juzgarlo.

—¿De manera que no sería legítimo atentar contra la vida de nuestro rey para impedir las vejaciones que ejerce contra frailes, monjas, curas, obispos y contra la Iglesia misma?

—No. En absoluto. El rey será juzgado por Dios y sólo por El. A los súbditos corresponde únicamente rogar por él para que el Señor ilumine sus pasos y le dé acierto en el gobierno de la nación.»

Por las muestras se echa de ver cuál era el fin que pretendían aquellos hombres sectarios. Trataban de aprovecharse de la irreflexión natural de los jóvenes alumnos para sonsacarles alguna respuesta comprometedora. O, incluso, aprovecharse de los involuntarios errores en que pudieran incidir para combatir, y tal vez para arruinar, la institución que el apóstol había ido levantando con tanto trabajo.

Pero hay que decir, en honor de la verdad, que no todos los políticos «de izquierda» abrigaban tan malas ideas. Abundaban también los hombres de buena voluntad, que en el proceso revolucionario hacia la democracia veían únicamente un paso necesario exigido por el progreso cultural y humano. El mismo Urbano Rattazzi, uno de los más ardientes defensores de la mudanza de las cosas, diputado a la sazón en el Parlamento, declaró al tener conocimiento de estos atropellos:

«—Yo no soy precisamente un amigo de los curas. Pero admiro y aplaudo el bien dondequiera que se realice y por cualquier suerte de personas. El Gobierno, con estas vejaciones, comete tal iniquidad que merecería ser denunciado a toda Europa.»

Juego limpio

La desconfianza del Gobierno hacia Don Bosco continuaba. Entonces él, harto ya de vejaciones y de actitudes ambiguas, decidió pasar a la contraofensiva. Poner las cartas boca arriba. Y solicitó una audiencia del ministro de Orden Público, señor Farini, con el intento de poner fin a aquella atmósfera de alta tensión e inquietud en que vivía el Oratorio después de los aludidos registros.

La entrevista le fue acordada «en principio», pero sin indicación de fecha, porque, en realidad, lo que se pretendía era diferirla hasta las «calendas griegas», es decir, *sine die*. Por consiguiente, comenzó a pasar el tiempo y el sacerdote fundador no

era llamado. Entonces advirtió el juego, juego sucio, y se dirigió al secretario general del citado Ministerio, señor Spaventa. La audiencia con éste quedó fijada para el 14 de julio.

Llegada esta fecha, Don Bosco acudió con toda puntualidad. Pero, entre tanto, el Secretario había mudado de parecer y envió un aviso al fundador para decirle que le sería prácticamente imposible recibirle debido a «ciertos asuntos de carácter urgente que reclamaban su atención».

«—¡Es igual —contestó Don Bosco al comunicante—. Esperaré cuanto sea necesario, porque yo también tengo “urgente necesidad” de solventar mis propios asuntos.»

Y comenzó la espera en la antesala. Una larga espera. Como para acabar con la paciencia del que no fuera un santo. ¡Desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde tocó aguardar al pobre Don Bosco!

Pero lo singular del caso fue que durante este tiempo fueron introducidas a la presencia del Secretario muchas personas que iban llegando, a medida que otras desalojaban la antesala. Sólo de él no parecía acordarse nadie.

Mas no era cuestión de olvido sino de malquerencia. El sistema democrático no funcionaba. Los ujieres mismos estaban avergonzados del incorrecto proceder del señor Spaventa.

Finalmente, hacia las seis de la tarde, aparece en el umbral de la puerta el Secretario. Pero no es para pedir excusa por tanta ordinareiz. Lo hace para recalcar la dosis. Desde aquel mismo sitio, se dirige al sacerdote Bosco:

«—¡Oh, reverendo! ¿Qué es lo que desea?

—¡Tengo necesidad de hablar con su señoría, señor secretario!

—¡Hable tranquilamente aquí mismo! Todas las personas que nos rodean son de confianza.

—¡Señor Secretario! —prosiguió con resolución Don Bosco, ante el visible desprecio de aquel funcionario—. ¡500 muchachos no tienen otro amparo que el que yo les proporciono! ¡Desde este mismo punto, los pongo a su disposición!»

El interés de los que asistían a esta escena alcanzó, de improviso, la máxima tensión. Todos se aproximaron para ver en qué iba a acabar aquello. Pero el taimado del Secretario invitó al apóstol a pasar a su despacho. Allí volvió a repetir las mismas acusaciones de siempre. No obstante, le prometió conseguirle una audiencia con el ministro. Y esta vez sí le señaló el día y la hora. Al despedirle le acompañó hasta la escalera y le abrumó de atenciones, de tal modo que los mismo ujieres estaban ahora sorprendidos, sin acertar a qué fuese debido aquel cambio de actitud.

La audiencia con Farini le fue acordada para dos días más tarde. El ministro, al tenerle delante, le estrechó con aparente cordialidad la mano y le introdujo en su despacho.

«—¿Usted es el sacerdote Don Bosco? —comenzó preguntado retóricamente—. Conozco el bien que está haciendo a la juventud y puedo asegurarle que el Gobierno le está muy reconocido por esta labor.

—Señor ministro —replicó Don Bosco—. Si es así, ¿por qué se me persigue?

—Mire, señor abate. Mientras usted se ha limitado al ejercicio de la pura y simple caridad, todos le hemos tenido por un hombre extraordinario. Mas luego que le ha dado por inmiscuirse en cuestiones de orden político, nos hemos visto obligados a ponernos en guardia contra sus actividades.

—¿Qué pruebas tiene, señor ministro, de lo que está afirmando en nombre del Gobierno?

—Usted ha escrito una serie de artículos en el diario *La Armonía*. En su casa han tenido lugar ciertas reuniones en las que han tomado parte elementos reaccionarios. Mantiene usted correspondencia con los enemigos de la patria...

—¡Protesto con toda energía, señor ministro! ¡Es un infundio pretender declararme autor de artículos que ni siquiera han pasado por mi pensamiento! Mi casa no ha servido nunca de centro de reuniones clandestinas. ¡Repito que son infundios! Aunque, tal vez, resultaría más propio calificarlos de calumnias, de

acusaciones lanzadas contra mí con el fin de desacreditar una obra que me ha inspirado Dios mismo. ¡Lamento que las autoridades, a las que yo he respetado siempre, hayan podido ser inducidas al engaño!

—Quiero advertirle, señor abate —dijo en este punto Farini—, que está usted hablando con un ministro de la Corona y que no debe acalorarse y sí, en cambio, medir bien sus palabras, porque una orden mía puede dar con sus huesos en la cárcel!

—¡Oh, no, señor ministro! ¡No tengo miedo de eso! ¡Nunca he temido a nadie! Por otra parte, le creo a su excelencia lo bastante caballero como para respetar los derechos de la justicia, que estimo está de mi parte. ¡No, vuestra Excelencia no cometerá nunca una infamia semejante! ¡No manchará su propio honor arrestando a un ciudadano inocente cuya vida está consagrada desde hace veinte años a los más desvalidos!

—¿Y si lo hiciese? —insistió terco el ministro secretario, mirando con odio a los ojos del sacerdote.

—¡No. No lo hará! ¡No puedo imaginarme que el ministro Farini arrastre su propio honor por el suelo descendiendo a cometer una infamia semejante! Pero si lo hiciera, yo aduciría en mi defensa el testimonio de la historia; daría a la publicidad su detestable acción y la historia emitiría su juicio definitivo —dijo Don Bosco exaltado.

—¡Usted está loco! ¡Usted ha perdido el juicio! —contestó el ministro—. ¿Cómo podría publicar en los diarios lo que dice, si yo le meto en la cárcel? ¿Ignora que allí se carece de libertad?

—¡Lo harían otros en mi lugar, no lo dude!»

La conversación había tomado unos derroteros imprevistos. Ambos interlocutores se hallaban exaltados y sus palabras eran dictadas por aquel estado de sobreexcitación. Entonces Farini guardó silencio por un poco de tiempo. Luego volvió a hablar con más calma:

«—¿Pero, puede usted afirmar, sin faltar a la ver-

dad, que en su casa no se tienen reuniones de carácter subversivo? ¿Que no acoge a jesuitas? ¿Que no mantiene correspondencia con el arzobispo Frasoni y con el Papa?

—Señor ministro, créame que tales acusaciones me ofenden —contestó Don Bosco también con más serenidad—. ¿Por qué no se me presentan las pruebas?

—¡Pues, sí! Las tenemos. Tenemos cartas; tenemos testigos.

—¡Preséntenseme! Mire, señor Farini. Desde este momento, yo ya no soy un hombre que pide clemencia. Soy un ciudadano que exige justicia en nombre de las leyes. Y no lo hago por mí, que nada temo. Lo hago por esos centenares de jovencitos que se hallan constantemente bajo la impresión de una amenaza que pende sobre sus cabezas a causa de tantos recelos de parte de las autoridades. De esos jovencitos, muchos de los cuales se me han confiado por el Gobierno mismo. Son ellos los que exigen que se ponga término a una situación tan confusa como la actual.»

Don Bosco había hablado enardecido. En contra de lo que, de ordinario, le sucedía, esta vez no había podido impedir que el tono de su voz, una voz metálica, incisiva, dura, se elevara por encima de lo habitual. El ministro le miraba con insistencia a los ojos, desafiante e impertinente. Mas también tenía que sostener la acerada mirada del santo que, a su vez, se había clavado con tenacidad en su rostro. Farini se puso en pie intentando disimular. Y comenzó a cruzar la habitación a grandes pasos, agitado y nervioso.

Sellada la reconciliación

Entonces entró en escena un nuevo personaje que llegó oportunamente a relajar la tensión existente entre ambos interlocutores. Era Cavour. Llegaba acompañado de su secretario; frotándose las manos en un gesto habitual en él. Venía en plan conciliador.

«—¡Oh!, ¿qué pasa? —dijo—. ¡Téngase compasión con el pobre Don Bosco! ¡Arreglemos las cosas amiga-

blemente! Yo siempre le he querido. ¿Qué sucede? ¿De qué se trata? ¡Cuéntemelo todo, Don Bosco!

—Señor ministro, se trata, ni más ni menos, de que se me pretende considerar como a un perturbador del orden social y enemigo de la patria. Y eso, ¡sin contar con una sola prueba contra mí!

—Persuádase, querido Don Bosco, de que nadie desea hacerle el menor daño. Nosotros dos hemos sido siempre amigos y debemos continuar siéndolo. Pero alguien, abusando de la bondad de su corazón, le ha inducido a seguir una política que puede conducirle a resultados funestos.

—¡Qué política, ni qué resultados! ¡Yo no tengo más política que la del evangelio! Ustedes se obstinan en considerarme culpable, pero, entre tanto, no son capaces de aducir una sola prueba que resulte válida.

—Si nos obliga a ello —dijo Cavour—, alzaremos el velo y descubriremos el misterio que oculta. En vuestra Institución, querido abate, domina un espíritu incompatible con la política seguida por el Gobierno. Usted está con el Papa. Y, por lo mismo, está en contra del Gobierno.

—Señor ministro. Yo estoy con el Papa en mi condición de católico. El es mi jefe religioso natural. En política no estoy con nadie. Tengo cuarenta y cinco años y hace veinte que resido en Turín y siempre he actuado a la vista de todos. Y con todo, nadie puede reprocharme una sola palabra que constituya un verdadero acto delictivo contra el Gobierno. Si hay algo en contra de mí, deseo que se me dé a conocer. Si soy culpable, no me resisto a que se me castigue. Pero si soy inocente, deseo y pido que se me deje en paz de una vez.»

Los ánimos se habían calmado de nuevo. Don Bosco continuó demostrando cuál había sido siempre el móvil de su conducta y la lealtad de su proceder. Trató de hacer ver que era perfectamente compatible ser un hijo fiel de la Iglesia y un perfecto ciudadano.

«—¿Me cree el Gobierno verdaderamente culpable? —concluyó diciendo—. ¿Me juzga un revolucionario peligroso en el sentido que él pretende dar a esta palabra?

—¡De ninguna manera —exclamó Cavour—. Usted, mi querido Don Bosco, es, sin duda, una excelente persona y yo deseo que todo esto concluya ahora mismo.»

Farini, por su parte, añadió:

«—Sí. Dése por concluido este asunto. Vuélvase a su casa, señor abate. Continúe ocupándose de sus muchachos y tenga la seguridad de que el Gobierno se lo agradece. Pero sea prudente. Estamos en tiempos tales que un mosquito puede parecer un elefante. Le recomiendo mucha prudencia.»

Ambos Ministros le estrecharon la mano con efusión.

—«Seremos amigos de ahora en adelante. Usted rece por nosotros —añadieron.

—Sí. Rezaré para que puedan salvar sus almas. Adiós.»

EL PANORAMA SE DILATA (1860-61)

La Institución crece (1860)

Entre tanto, ni la turbulencia de los tiempos ni la malevolencia de los enemigos de las asociaciones religiosas conseguían mermar el amor al ideal de los socios de la naciente Sociedad de San Francisco de Sales. Precisamente por aquellos días, el 11 de junio, se aprestaban a dar un paso trascendental para la continuidad de la nueva institución religiosa los que venían figurando como candidatos a constituir su núcleo: los primeros «religiosos salesianos». Se lee, en efecto, en las memorias de uno de ellos:

«—Hicimos entre nosotros promesa solemne de que si por desgracia, a tenor de los tiempos que corremos, no se nos permitiera vivir en comunidad, cada uno, en donde quiera que se hallare, aun cuando todos los demás socios se hallaran ausentes o dispersos; aun cuando no quedara más que él solo, se esforzará por promover esta Pía Sociedad y tratará de observar sus Reglas en la medida que le resultare posible.»

La verdad es que los tiempos a que se alude, parecían presagiar poco de bueno, pues el ambiente, incluso a nivel popular, se había ido enrareciendo cada vez más, y una cierta amenaza de violencia se advertía con facilidad en la calle misma. Un fermento nuevo alentaba por doquier y había impregnado, en buena parte, todas las capas sociales. En especial, la más baja, por ser la más fácil en dejarse influir en circunstancias como éstas. Las ideas revolucionarias tenían esto de malo: que llegaban, por el influjo de las sectas, teñidas de un matiz claramente anticlerical, a la vez que eran presentadas como el remedio de todos los males.

Se había iniciado el proceso de «secularización» tan característico de nuestros días, en el que era preciso, sin embargo,

evitar actitudes extremas. Pero hay que decir, en honor de la verdad, que ni la Iglesia acertó, por entonces, a situarse en el punto conveniente, ni tampoco lo hizo el Poder civil. La primera, por continuar excesivamente apegada a una tradición de siglos, canonizada por ella y ofrecida a sus fieles como la única opción válida y al margen de la cual todo se miraba como herético y sospechoso. La Sociedad civil, por hallarse, en buena parte, dominada por hombres extremistas y violentos.

En esta situación, Don Bosco debía extremar su prudencia, como le había recomendado el ministro Farini. Y consiguió salir airoso, gracias a ser la suya una obra querida por Dios y suscitada expresamente por El.

Pero «prudencia» no es equivalente a «cobardía» o apocamiento de ánimo. Ni menos aún a abandono de la actitud que debe ser mantenida como exigencia del deber. Y el apóstol se mostró siempre audaz, decidido y valiente, conforme se lo marcaba su propio temperamento, lleno de impulsos vitales. Era un hombre que no se achicaba ante las situaciones, que se mantenía siempre en el puesto que le correspondía. Un ejemplo:

Cierto día, cruzaba la plaza de Saboya en compañía de uno de sus estudiantes de teología. Dos desvergonzadas mujerzuelas se cruzaron a su paso y comentaron en voz alta por mortificarlos:

«—¡Habría que colgar a todos los curas!

—¡De acuerdo —contestó el fundador—; pero cuando hayamos hecho los mismos méritos que vosotras!»

El 23 de junio de este año entregaba su hermosa alma a Dios el santo José Cafasso, «sacerdote según el corazón de Dios», director prudentísimo de almas, amigo y bienhechor del fundador desde la primera hora, como se ha visto. Don Bosco había acudido a estar con gran frecuencia junto a su lecho durante su enfermedad. Y luego, a llorar y rezar ante sus despojos.

La concurrencia de gentes piadosas que desfilaron ante el cadáver fue impresionante. El entierro constituyó una verdadera apoteosis. No menos de 200 sacerdotes formaban en el cortejo, todos revestidos de sobrepelliz y estola. Y aun después de sepultado continuaron las visitas a su tumba. ¡Tal es siempre la victoria de los verdaderos siervos de Dios! Ellos son los verdaderos triunfadores porque han vencido a la muerte. La verdadera

muerte que es la eterna. Y a semejanza del que triunfó definitivamente sobre ella, Cristo, ya han iniciado, en cierta manera, el proceso de su resurrección definitiva y gloriosa viviendo en la fama de las generaciones sucesivas.

Viva satisfacción

La segunda mitad del año 1860 presentaba una faz más alegre que la primera. Habían cesado las vejaciones de la autoridad civil y había aumentado considerablemente el número de bienhechores y simpatizantes de la Institución, entre los que se contaban personas de mucho relieve social y hasta político. Pero, sobre todo, comenzaban a subir las gradas del altar los primeros sacerdotes formados por el fundador según su espíritu, desde la infancia. Los «auténticos». El primero era Miguel Rúa, cuya historia ya nos resulta conocida. El sería el primer sucesor del padre al frente de la Sociedad Salesiana y bajo su égida, el campo de la actividad de los hijos de Don Bosco se dilataría inmensamente.

Miguel Rúa celebraba su primera misa el 30 de julio e inmediatamente comenzaba a desplegar una actividad semejante a la del fundador: incesante y múltiple, redoblando, por decirlo así, la que ya venía ejerciendo desde su condición de Catequista General de la Sociedad Salesiana.

Este mismo año aceptó el apóstol la dirección del seminario de Giaveno por expreso deseo de monseñor Luis Fransoni. Lo tomó tan mermado de alumnos, que estaba prácticamente extinguido por agotamiento. El año anterior había cerrado el curso con un número reducidísimo y para el siguiente no se había apuntado uno solo. Pues, bien, al terminar el 1861, sólo unos meses más tarde contaba con ¡240 estudiantes! Era un «milagro» de la fama de que gozaba Don Bosco. Y lo que era mejor, la vida de piedad, esencial para la conservación de las vocaciones al sacerdocio, había vuelto a florecer en todo su vigor. La satisfacción experimentada por el prelado turinés no tenía límites. Y tampoco los sentimientos de gratitud hacia el santo apóstol de Valdocco.

La edad de oro del Oratorio

La serie de persecuciones experimentada por el fundador a causa de la suspicacia de las autoridades civiles no había conseguido atenuar el ritmo de trabajo ni mermar el celo por la santificación de los moradores del Oratorio, el cual podía ya considerarse sólidamente establecido, puesto que había sido capaz de sortear embates de tal magnitud.

El número de alumnos al comienzo del año 1861 era de cerca de 600. De ellos, cerca de 200 eran internos. Se cursaban con eficacia los estudios completos de la Enseñanza Media, la Primaria y los Oficios. Y todo ello en auge constante, no sólo por la eficiencia de la enseñanza misma, siempre esmerada y diligente, sino porque las condiciones en que fungía el centro eran cada vez mejores.

Para el régimen interno de la casa se habían elaborado los artículos de un Reglamento que evitaba, cada vez mejor, el desorden. La vida del internado, sobre todo, ganaba en regularidad y en fervor religioso. La plantilla de colaboradores se ampliaba de año en año, hasta el punto de permitir asumir la dirección del ya mencionado seminario de Giaveno. Además, con el aumento del personal, Don Bosco iba quedando cada vez más libre para el ejercicio de aquellas actividades que estimaba más importantes, dejando en manos de sus subalternos las de menor trascendencia.

Pero el buen padre continuaba estando al lado de sus hijos el mayor tiempo que le resultaba posible, interesándose por la vida íntima y familiar de la Institución. Era allí en donde estaba el secreto del futuro desarrollo del gigantesco árbol cuya semilla había sembrado y por cuyo crecimiento continuo seguía interesando vivamente. Comprendía que su incumbencia principal era la de continuar dirigiendo hacia la santidad las almas que la divina Providencia había puesto en sus manos. De allí habían de salir bien adiestradas las futuras falanges que habían de asumir la responsabilidad de sus empresas apostólicas. Empresas que él no hacía más que «esbozar», según propia declaración profética frecuentemente repetida.

Su propia santidad, por otra parte, iba siempre en aumento. Es decir, las señales mediante las cuales quedaba evidenciada su unión con Dios y el ejercicio de una ascesis ejemplar, eran cada

día más frecuentes, más rotundas. Los hechos serían innumerables de querer detenernos a referirlos. Baste uno solo.

En este tiempo fue invitado a predicar ejercicios en Bérgamo. En el seminario. Cuál fuese el resultado, se da por sabido. La impresión que causó entre los seminaristas fue tal que la mayor parte de ellos conservaron el recuerdo vivo durante toda la vida. Y ¿cómo no, si habían tenido ocasión de ver de cerca los efectos de sus carismas extraordinarios?

Al término de aquellos días de retiro se le presenta un joven de dieciséis años para hacer la confesión general de toda la vida. Lleva diligentemente anotados sus pecados en una hoja de papel. El Santo, apenas le tiene arrodillado delante, le toma el escrito y lo acerca a la llama de una vela que arde allí cerca. Al alcance de su mano.

El penitente se queda desconcertado y no acierta a proferir una palabra. Pero tampoco es necesario. El hombre de Dios le atrae hacia sí y le refiere punto por punto cuanto llevaba anotado en el papel. El no tiene sino confirmar la exactitud de la revelación. Y estalla en un sentido llanto en que se mezclan el dolor a causa de las ofensas hechas a Dios por sus actos pecaminosos y la incontenible alegría y admiración por lo que está presenciando. Más tarde, este joven alumno seminarista del año 1861 llegaría a ser Vicario Apostólico de Honan, en China.

A partir de este tiempo, la Crónica de los sucesos referentes a cuanto hace o dice Don Bosco comienza a ser llevada día a día por varios de sus hijos. Y sus declaraciones pueden considerarse merecedoras de confianza por cuanto ellos mismos resultan con frecuencia testigos presenciales de los hechos que relatan. O, en el peor de los casos, recogen el testimonio directo de los protagonistas o testigos de ellos. Y con el fin de aquilatar mejor la verdad de sus relatos, se reúnen semanalmente entre ellos mismos y confrontan sus opiniones.

Las manifestaciones de orden sobrenatural, acaso «milagroso» sin reservas, se multiplican de tal modo que puede decirse que se convierten en cosa ordinaria. Habremos, pues, de omitir la narración, y aún la simple referencia, a hechos asombrosamente ejemplares, si se ha de dar remate alguna vez a esta biografía.

Las aludidas «crónicas» califican a esta época de Edad de Oro del Oratorio. La floración de virtudes, el espíritu de una

sobria y bien templada práctica de la piedad, el exacto cumplimiento de los deberes de cada uno y el ejercicio de la caridad mutua eran tales, que llevaron a muchos jóvenes a alcanzar cimas increíbles en la unión con Dios. Y, naturalmente, no eran sólo los alumnos. ¡Mal lo hubieran llegado a conseguir éstos, de no haberse podido reflejar en la ejemplar conducta de sus propios educadores, los cuales, a su vez, tomaban por modelo la vida heroicamente cristiana del fundador!

El era el impulsor de tanta generosidad. A él cabe la gloria principal en la floración espléndida de virtudes, fruto de la siembra continua de ideales sublimes, de la magistral pintura que sabía hacer de la belleza que emana de los actos virtuosos. A este fin dedicó sermones, charlas, «buenas noches», el consejo confidencial, amistoso... Y sus hijos aceptaron con gusto aquella dirección segura e inspirada.

Confidencias de padre

Don Bosco había regresado de Bérgamo el 11 de febrero. En el Oratorio se le esperaba con la misma impaciencia amorosa de siempre que se ausentaba, aunque sólo fuera por pocos días. Durante su estancia en el seminario había dicho a un grupo de superiores de aquel centro, en un momento confidencial y familiar:

«—Ayer, martes, el demonio hizo su agosto entre algunos jóvenes del Oratorio.»

Regresaba, por consiguiente, el Padre con la preocupación de arrebatar cuanto antes al enemigo de los hombres aquellas presas. Y apenas halló la ocasión de dirigir la palabra a todos los alumnos reunidos, aludió al doloroso episodio. Algunos de los culpables se reconciliaron sin tardar. Otros se mostraron más reacios. Unos pocos, incluso, trataron de evitar su presencia, de rehuirle, inducidos por un falso temor. Mas resultaba prácticamente imposible no darse con él de bruces inesperadamente en cualquier lugar de la casa. Entonces, le bastaba con decir:

«—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido durante mi ausencia?»

Invariablemente se echaban a llorar y se apresuraban a reconciliarse.

Con un detector de pecados semejante, se comprende fácilmente que el demonio, que para realizar su hecho busca preferentemente las sombras, porque es espíritu tenebroso, no hallara muchas oportunidades de sacar partido en aquel centro.

«—Don Bosco, ¿cómo se las arregla usted para conocer las cosas que suceden a distancia? —le preguntaron un día el P. Bonetti y otros salesianos en un momento de expansión familiar en la propia habitación del Santo.

—Es muy sencillo —dijo—. Tengo la impresión de que desde mi cabeza sale un hilo telegráfico. Cuando deseo saber algo de lo que ocurre lejos, me basta con llevar el pensamiento al lugar que quiero y veo lo que sucede allí. Por ejemplo, ahora me hallo en mi habitación. Pero si lo deseo, puedo ver a los jóvenes que se encuentran en el patio en este momento.

—¡Pero eso parece imposible!

—¡Bah! ¡Eso es para vosotros que no tenéis mi picardía ni sabéis nada del juego de cubiletes ni de gimnasia! —decía con su habitual buen humor.»

Y todos celebraban la ocurrencia mientras que él obviaba de este modo a ulteriores preguntas indiscretas.

Y su humildad, a pesar de tantos dones y carismas como había recibido del Cielo, o, tal vez por ello mismo, era sorprendente. Y el sentido de la responsabilidad por estas gracias más que naturales, profundísimo.

«—¡Felices vosotros, que sois aún jóvenes y tenéis tiempo de hacer muchas cosas buenas por el Señor! —les decía—. Yo, en cambio, ya soy viejo —tenía a la sazón cuarenta y seis años, pero estaba persuadido de que no iba a vivir muchos más— y pronto deberé bajar a la tumba. Y entonces me presentaré ante El con las manos vacías. —Y lo decía conmovido.

—¡No diga eso, Don Bosco! Usted no cesa un solo momento de trabajar por la gloria de Dios en este

mundo y por ayudar a las almas a conseguir su destino eterno! ¿Cómo es posible que sus manos estén vacías?

—Es así como decís. Pero lo hago por un estricto deber. Yo soy sacerdote y estoy obligado a ello. Y aun cuando diera la vida misma no haría otra cosa que cumplir con mi deber.

—Si las cosas son así, no trae cuenta hacerse sacerdote!, le reprimaron.

—¡Despacito, amigos! ¿Y si uno se siente llamado por Dios...? ¡No se le puede resistir! En este caso, no queda otro remedio que seguir la llamada. Pero yo me consuelo con el pensamiento de que el Señor es bueno y misericordioso. Y cuando nos presentemos a El, podremos decirle: “Hemos hecho lo que nos mandaste, Señor”. Y El nos dirá: “¡Muy bien, siervo bueno y fiel! Puesto que has sido fiel en las cosas pequeñas, te pondré al frente de las grandes. ¡Entra en el gozo de tu Señor!”»

El pararrayos de la Virgen

Después de lo que acabamos de referir acerca de la irrupción de lo sobrenatural en la vida de este hombre de Dios, nada tendrá de extraño que se califiquen de «extraordinarios» determinados episodios e incidencias de ella. Y así parece haberlos estimado él mismo, presentándose como «eminentemente providencialista», hasta el punto de causar a veces la impresión de que su fe fuese más «popular que teológica».

No obstante, es cierto que la poseyó «ilustrada», pues estudió concienzudamente la teología y profundizó en ella porque poseyó una inteligencia penetrante y un espíritu eminentemente observador. Una teología, ya se entiende, de su tiempo, es decir, cuando esta ciencia sagrada no había aún desplegado sus velas para adentrarse en los profundos mares que ha recorrido en los últimos decenios. El debió de presentarla a escala popular, de una manera consciente, impulsado por la experiencia de su propia vida en la que lo «gratuito y carismático» se dio con más generosidad que de ordinario.

Es ésta una faceta que puede resultar poco seductora a la mentalidad actual, fuertemente impregnada de racionalismo, es decir, de «espíritu crítico desacralizador» en el buen sentido de la palabra. Pero el biógrafo debe presentarle tal como ha pasado a la historia, dejando a la crítica sana el «enjuiciamiento y la valoración de los hechos». A ella corresponde determinar el grado de honestidad, de sinceridad, de veracidad, de objetividad, o, en todo caso, de ilusión y engaño que él mismo pueda haber sufrido. El «fenómeno» está ahí y es ya patrimonio de la historia. Aceptarlo o rechazarlo de plano o con condicionamientos, según el punto de vista de cada uno, pertenece a la sinceridad y a la captación crítica de cada cual. He aquí los hechos:

Era el 15 de mayo (1861). Hacia la medianoche se desencadenó una tormenta realmente impresionante. El horrisono fragor de los truenos sobrecogía. Los relámpagos trazaban zigzagueantes caminos brillantes en el espacio espeso de nubes. El viento rugía en las copas de los árboles y aullaba de manera siniestra al penetrar por las rendijas de las ventanas y las puertas mal ajustadas o deterioradas. Los niños se agitaban nerviosos en los lechos en que descansaban. Muchos se signaban en la frente o rezaban en silencio. De pronto, un estampido mucho más formidable que los otros, sobresalta a todos. Una luz cegadora brilla por un instante. Un rayo acaba de caer en el Oratorio.

Sí. Y ha encontrado el camino que conduce a la habitación de Don Bosco.

¿Qué misteriosa atracción ejerce el Santo para atraer los rayos sobre sí? ¡Porque ésta es ya la tercera vez que se libra como «por milagro» de sus devastadores efectos!

La primera había sido en el seminario. Lo hemos visto. Allí le había derribado al suelo dejándole inconsciente por mucho tiempo. La segunda había tenido lugar el 25 de julio de 1856, en el santuario de San Ignacio, al término de unos ejercicios espirituales. En aquella ocasión, el viento huracanado había abierto violentamente la ventana de su habitación, atrancada por dentro con un madero. El resultó golpeado rudamente en el costado por la palanca. Y aún no se había recuperado, cuando un rayo se metió por la ventana y arrancó una losa de piedra de debajo de los pies del fundador. Como consecuencia, él hubo de soportar durante muchos meses un fuerte dolor de cabeza, de la espina

dorsal y de las piernas. Y la vista le quedó tan dañada a causa de la luz, vivísima, que veinte años más tarde perdería por completo la visión del ojo derecho.

En esta ocasión, el rayo se coló por la chimenea y llegó a la altura del segundo piso en donde estaba la habitación del buen Padre, reventó el tabique con inusitada violencia, llenó de escombros y cascotes la estancia y se aplicó al lecho mismo en que reposaba el hombre de Dios, lo recorrió por entero en medio de una luz deslumbrante, favorecido por el metal de que estaba fabricada la cama, la levantó más de un metro y la dejó caer con estrépito. Luego, todo quedó envuelto en tinieblas otra vez.

Los que dormían cerca acudieron con premura. Eran dos salesianos coadjutores Rossi y Reano. Llegaban con el aliento entrecortado y la angustia en el alma, temiendo hubiese ocurrido lo irremediable. Pero el fundador los acogió con su característica calma y su excelente humor.

«—¡Habrás visto rayo tan mal educado —bromeó—. ¡Se cuela en mi habitación sin pedir permiso, lo revuelve todo y se toma la libertad de mudar de lugar mi propio lecho!»

Pero no había sido sólo en la estancia de Don Bosco en donde había entrado. Lo había hecho también en una de las salas en que reposaban cerca de 60 niños. Más, a pesar de que la primera impresión de todos era la de que había causado muchas víctimas, todo se redujo a unos pocos heridos leves y contusionados. Todos se repusieron en breve.

«—Esta ha sido una de las gracias más grandes que la Santísima Virgen nos ha conseguido de su Divino Hijo —comentó el fundador.

—Don Bosco, será necesario colocar un pararrayos en la casa —comentó alguien.

—Sí. Colocaremos un pararrayos contra el que nada podrán las tormentas más furiosas. ¡Pondremos allá arriba una estatua de María! ¡Sería una ingratitud para con ella intentar cualquier otro modo de protección!»

En la iglesia se cantó un «Tedeum» de acción de gracias. Al

solemne acto litúrgico concurrieron también los alumnos externos. ¡Bien valía la pena!

El aguinaldo de la Virgen

Antes de que concluyera el año, los alumnos del Oratorio pudieron gozar de un nuevo y singular favor de la inspiradora y protectora de la obra del apóstol de Valdocco. Sucedió así:

El buen Padre había debido guardar cama durante los últimos días del mes de diciembre, aquejado de herisipela. Y nadie esperaba que se levantara el último día del año porque era cuando aquella afección presentaba mayor virulencia. El, empero, deseaba hallarse entre sus hijos para darles el «aguinaldo» (*strenna*), según costumbre establecida ya en aquel centro. Consistía el tal aguinaldo en una máxima o buen pensamiento de que habían de servirse a manera de consigna o lema para el año entrante.

Pues bien, en esta ocasión sucedió algo maravilloso. Don Bosco se presentó ante los alumnos y toda la comunidad inesperadamente. Y prometió a chicos y grandes que les «revelaría el estado de la conciencia» de cada uno y les diría si la Virgen estaba contenta o disgustada de su comportamiento. Dijo que entregaría a cada uno un billetito escrito por la mismísima Reina del cielo.

El revuelo que causaron estas palabras llegó al paroxismo. Sabían ellos muy bien que las promesas del Padre se cumplían siempre y estaban tan habituados a un modo de actuación tan extraño, que nada podía resultarles «increíble». Por consiguiente, el día 1 del año (1863), el Santo acudió con puntualidad a la cita:

—«Vosotros no me esperabais —comenzó diciendo, porque sabíais que yo estaba bastante mal. Y ahora no acertáis a explicaros cómo ha podido realizarse tan rápidamente mi curación. Y la verdad es que tampoco yo contaba con bajar a dirigiros la palabra. Pero lo que no pueden hacer los remedios humanos, lo puede lograr la Reina del cielo. Esta mañana, a las seis, recibí la orden de vestirme y bajar a celebrar la Santa Misa. Luego me fui al refectorio a tomar una taza de

café. Y más tarde me sentí perfectamente bien y mandé a paseo al médico y todos sus potingues.»

Al llegar la noche, todo el mundo esperaba con verdadera ansia el momento de verle aparecer sobre el estrado para dirigirles las «buenas noches». ¡Iba a ser aquel el momento de la sensacional revelación de las conciencias!

«—El aguinaldo que os voy a dar —dijo— no es mío. ¿Qué diríais si la Virgen en persona viniera a decirnos una palabra a cada uno de vosotros? ¿Si ella hubiera preparado el billetito que os prometí? ¿Si os indicara lo que más necesita cada uno o lo que ella desea de él? Pues, bien: la cosa ha sido así exactamente. ¡Es la Virgen la que da este año el aguinaldo a cada uno!»

El silencio en aquel espacioso pórtico era absoluto. Acaso, el único ruido que se hubiera podido notar habría sido el vigoroso pulsar de los corazones dentro del pecho. Ni siquiera en el ambiente caldeado de los públicos que acuden a los santuarios en donde suelen producirse con frecuencia ostentosos hechos prodigiosos es dado experimentar la sensación de hallarse inmersos en una atmósfera de sobrenaturalidad como la que había allí aquella noche memorable.

«—Deseo que estas cosas no se divulguen fuera de la casa —continuó diciendo el Santo—, porque podrían ser mal interpretadas por alguien y crearnos molestias de cualquier índole. Tampoco diré a los que sientan la curiosidad de saberlo, de qué manera ha sucedido esto. Debe bastar a todos con saber que lo que afirmo es exactamente la verdad. No obstante, os diré que no ha sido la mano misma de la Virgen la que ha escrito los billetitos. He sido yo. Pero insisto en que es ella la que os transmite lo que os conviene saber para el verdadero bien de vuestra alma. A partir de mañana, cada uno puede pasar por mi habitación para recibir su mensaje. Y ya esta misma noche podrán hacerlo los sacerdotes y demás salesianos. Los demás, mañana.»

Venido el día siguiente, una hilera interminable se hallaba formada delante de la puerta de la estancia de Don Bosco. Entraban de uno en uno y permanecían con él poquísimo tiempo. Sólo el indispensable para que él recortara de los cuadernos el mensaje que interesaba a cada cual. Luego salían y se aislaban de los demás para leerlo a su sabor, con el ansia que puede presumirse.

Pero el efecto que aquella lectura causaba en cada uno podía colegirse por la actitud que adoptaba. Unos parecían salirse de sí a causa de la alegría incontenible que los invadía súbitamente. Otros, adoptaban una actitud de profunda preocupación. Otros, en fin, estallaban en llanto. ¡Fue un día inolvidable en los fastos del Oratorio! Y también en la historia de cada uno de sus moradores.

La libertad de enseñanza (1862)

Una nueva tormenta amenazó con descargar sobre el asendereado Oratorio este año de 1862. El Ministerio de Educación y Ciencia (Ministerio de Enseñanza) amenazó con clausurar los cursos de la Segunda Enseñanza por carencia de título académico de los profesores que daban las clases.

Los profesores de Don Bosco, en efecto, no tenían tales títulos porque hasta entonces nadie se los había exigido y porque aquellos «muchachos», entre los dieciocho y los treinta años, no se habían hallado en ocasión de adquirirlos por falta de tiempo. Había, sí, algunos que habían iniciado los cursos universitarios como «libres» pero las ocupaciones de aquella casa de Valdocco eran tantas, tan apremiantes, que apenas permitían irlos llevando con lentitud y ocasionalmente. Entonces dio comienzo una «nueva batalla» por el derecho al ejercicio libre de la enseñanza. Derecho natural de todo el que es competente para transmitir a otro los conocimientos que él posee, pero que en los Estados modernos, por lo general, se halla sujeto a riguroso control legislativo.

El ataque, desde las esferas oficiales, estaba dirigido por el «caballero» Gatti, jefe de aquel Departamento Ministerial, enemigo de la enseñanza religiosa, Don Bosco fue a entrevistarse con él.

«—Le voy a dar un consejo, señor abate —le dijo el señor Gatti—. Dentro de pocas semanas va a haber convocatoria de exámenes extraordinarios. ¡Presente usted a sus enseñantes!»

El fundador aceptó la sugerencia «como mal menor». Pero, en realidad, los suyos no se hallaban en condiciones de realizar el gigantesco esfuerzo que aquella solución suponía. Gatti lo sabía muy bien y, en consecuencia, sus palabras, en apariencia alentadoras, no eran sino una mofa.

No obstante, la marcha de los acontecimientos se puso en favor del Oratorio, Gatti se vio relevado de aquel cargo a los pocos días por un reajuste ministerial y a ocupar su puesto llegó el profesor Selmi. Don Bosco fue a felicitarle y a exponerle su situación, conocedor de que también él era hostil al elemento clerical y poco benévolo hacia el Oratorio.

«—Señor comendador —comenzó diciendo el santo sacerdote de Valdocco. Yo soy un hombre que ha venido dejando jirones de la propia vida en una lucha constante en favor de los más necesitados hijos del pueblo. Sé que también usted es un entusiasta de la elevación moral y material de este mismo pueblo. Y es por ello por lo que vengo confiadamente a ponerme bajo su protección. A compartir con usted la benemérita labor que en el Oratorio de Valdocco se lleva a cabo, donde cerca de un millar de jovencitos reciben instrucción religiosa, cívica y humana. Sepa que de este Centro vienen saliendo, desde hace ya años, jóvenes preparados para ganarse honradamente la vida en su condición de artesanos conocedores de su profesión. Y que también muchos estudiantes aventajados cursan allí la Enseñanza Media y la Elemental con gran provecho e ilusionados con un futuro halagüeño. No quiera V. S. impedir tanto bien mediante la aplicación rigurosa de las leyes estatales a la que, desde un punto de vista jurídico, tiene derecho. ¡Ayúdenos!»

Gustó al profesor Selmi la franca actitud de Don Bosco y le causó una grata impresión el hecho de no haberse presentado a él con exigencias, invocando el «derecho natural» que le asistía.

Y triunfó, de momento, una vez más, la humildad del santo.

«—Sí, querido Don Bosco —acabó por decir el Comendador—. Acepto la protección que me brinda. Desde este momento cuente con mi ayuda. Por este año, quede usted tranquilo, que nadie le va a molestar. Y, entre tanto, vaya tomando las medidas oportunas para que luego, ninguna Ley pueda crearle dificultades.

—Se lo agradezco, señor Comendador. Esté seguro de que le guardaremos un reconocimiento y una gratitud perdurables. Y antes de despedirme de usted, permítame pedirle un nuevo favor. Véngase un día al Oratorio para honrarnos con su presencia.

—¡Querido Don Bosco — concluyó Selmi, sin poder disimular una profunda emoción—, usted es un ángel en la tierra! Le aseguro que, de ahora en adelante, he de hacer cuanto pueda en favor de sus jovencitos. ¡Sí, iré apenas pueda y llevaré conmigo a mi familia para ver ese milagro de la caridad cristiana que usted ha hecho surgir en Valdocco!»

Un fuerte y cordial apretón de manos selló una amistad sólida y necesaria. Un «lobo» más, o por lo menos uno que aparentaba estar revestido de la piel de la maligna alimaña, quedaba transformado en manso cordero por la humildad del Santo. ¡Por lo visto, el famoso sueño no hacía referencia únicamente a los niños y jovencitos, sino también a los hombres maduros a los que Don Bosco sabía amansar como a corderos!

Muerte de José Bosco y enfermedad del Padre

El año (1862) acababa con una nueva herida para el corazón sensibilísimo del fundador. El día 12 de diciembre dejaba esta tierra, para irse a gozar del premio eterno al que le habían hecho acreedor sus virtudes cristianas, su hermano José.

La enfermedad que le llevó al sepulcro fue de curso muy rápido, acaso por haber hallado en él a un hombre excesivamente gastado en un trabajo que no había conocido tregua ni reposo. El Santo llegó a I Becchi el día anterior para asistirle. El hermano, apenas le vio delante de su lecho, le preguntó.

—¡Don Juan, ¿qué me traes de Turín?

—¡Te traigo el Reino de Dios! —contestó él.

Ambos hermanos se habían querido siempre entrañablemente. José había mejorado notablemente en su posición económica, aunque sin llegar a tener una vida desahogada, gracias a su esfuerzo, su tenacidad y su inteligencia en el trabajo. En los últimos años, con la ayuda de su hermano Juan, había construido una vivienda más amplia y cómoda que la materna, con la erección, ya mencionada, de la capillita del Santo Rosario. Y en esta casa daba acogida, durante días y semanas, a grupos más o menos numerosos de alumnos del Oratorio que iban a pasar allí las vacaciones estivales o de Pascua. Francisco dejaba dos hijos y una hija. Uno de ellos fue recogido en Valdocco durante algunos años, es decir, hasta que se consideró competente en el oficio de carpintero y partió para el país nativo a establecerse.

Pero también para el fundador parecía comenzar el año 1863 con signo negativo. Su salud venía constituyendo desde hacía mucho tiempo una preocupación constante para sus hijos. Y él mismo andaba diciendo que estaba a punto de terminar su carrera mortal. Hasta llegó a afirmar que le quedaban como un par más de años de vida cuando sólo tenía cuarenta y siete de edad.

Esta afirmación parecía basada en una deducción acerca de la edad media que habían alcanzado la mayor parte de los miembros de su familia. No obstante, también solía condicionarla, en parte, a la colaboración de sus hijos en el esfuerzo por salvar sus propias almas y las de los jóvenes que le había confiado la Providencia, según acostumbraba a expresarse. Así se deduce de diálogos como éste:

«—Don Bosco, ¿qué podríamos hacer nosotros para prolongarle la vida siquiera otros veinte años?

—Ayudarme en la lucha que vengo sosteniendo contra el enemigo de las almas. Si me dejáis solo, terminaré pronto, porque he resuelto no remitir un punto en el denodado esfuerzo que vengo realizando con este fin.»

Los síntomas de su dolencia eran realmente graves. Tenía días en los que parecía hallarse al borde del desmoronamiento,

en los que ni siquiera era capaz de dirigir la palabra a los alumnos por el esfuerzo que ello comportaba. Y si lo hacía era a fuerza de sacrificio. Porque se había impuesto a sí mismo una ley de hierro, ya que, como él mismo decía, «estaba resuelto a morir en la brecha». Con las botas puestas. Pero ya, habitualmente, arrastraba pesadamente los pies otrora tan ágiles. La cabeza comenzaba a doblársele sobre el pecho. Y un color intensamente pálido se acentuaba cada vez más.

¡Y le dolían los ojos! ¡Oh, sí, le dolían terriblemente! Durante muchos meses, a raíz del último rayo que había amenazado su vida, hubo de soportar un dolor apenas tolerable. Y, en adelante, habrían de ser ellos el tormento principal de su vida. ¡Una verdadera cruz! Era, en parte, la consecuencia de haberlos «quemado» en prolongadas vigiliass nocturnas, alumbrado por la luz indecisa de una vela de sebo primero, y del gas luego, en las noches de todas las estaciones del año.

Y, sin embargo, los ojos de Don Bosco se conservaron intactos, en cierto aspecto, hasta el fin de sus días. Unos ojos dotados de un fulgor tan maravilloso, de tal poder de fascinación, que aquí residía una buena parte del secreto de sus éxitos; del dominio que ejercía sobre los jóvenes y sobre las personas, en general. Los ojos de Don Bosco no perdieron durante este período crítico de su vida un solo quilate de su intensidad. Por el contrario, lo que hacían era ganar continuamente, porque era la fuerza de su espíritu la que se asomaba por ellos. Un espíritu cada día más vigoroso; un alma transfundida de gracia sobrenatural.

El estómago era otro de sus puntos débiles. Era otra fuente de tortura. Le dolía también con frecuencia. Y no raramente se le negaba a retener cualquier clase de alimento. Y no era, ciertamente, a causa de haber abusado de la comida ¡oh, no!. Ya lo conoce el lector. El tema de la «frugalidad» de Don Bosco, de su increíble mortificación en la comida en toda circunstancia, casi sin excepción, constituye un capítulo del mayor interés y de gran admiración, ya que no de imitación, que resultaría imposible.

Pero el Señor fue bueno con él una vez más y le restituyó, de forma que pareció sorprendente, la salud. Por lo menos, como él mismo lo había pedido en los primeros años de su sacerdocio, «aquel tanto que bastaba a hacer el bien a las almas sin que resultara en detrimento de la propia».

LA BASILICA DE MARIA AUXILIADORA (1863-1868)

El título

Mas a pesar de estos inconvenientes, él continuaba adelante con sus grandiosos proyectos. Fue precisamente este año de 1863 cuando comenzó a planear la construcción de una de las obras que formaban la ilusión de su vida: la erección de la basílica de María Auxiliadora. Ella habría de ser como el monumento conmemorativo y testifical de la gratitud y profundo amor del Apóstol a la Reina del cielo.

«—Hemos de levantar una magnífica iglesia en honor de la santísima Virgen —dijo en este tiempo a los suyos—. Y le daremos el título de “Auxiliadora de los Cristianos”. Hasta ahora hemos venido celebrando con mucha solemnidad la fiesta de la Purísima Concepción de María. Y era justo. En tal día di yo comienzo a los oratorios en la iglesia de San Francisco de Asís. Y también en esta fecha han tenido lugar, año tras año, acontecimientos de gran importancia para el progresivo desarrollo de nuestra obra. Pero la Santísima Virgen quiere que la honremos con el título de “Auxilio de los Cristianos”.

En cuanto a las razones, resultan claras: los tiempos que corremos necesitan de una no menos eficaz intervención de su patrocinio que aquellas ocasiones en las que ya a lo largo de la historia se la ha invocado con este título. Y para nosotros existe otra razón particular: Ella ha sido la inspiradora de cuanto hemos realizado. Y, para hablar con más propiedad, ella ha sido la que lo ha hecho todo. La iglesia que le vamos a dedicar será el centro de la Sociedad Salesiana y de

aquí irradiarán todas las demás obras y actividades que se lleven a cabo en el porvenir.»

Y ya lo hemos dicho: para Don Bosco, el alumbramiento de una idea que redundara en honor de Dios y provecho de las almas era siempre el preludio de una realidad. Y así ocurrió también ahora. En el mes de febrero hizo imprimir una circular que repartió ampliamente. En ella se daba a conocer el nuevo proyecto y se pedía la colaboración de todos. Una colaboración tal que comportara la aportación total de los recursos económicos necesarios para la edificación de aquel templo, porque el Oratorio hartó tenía con conseguir de la caridad de los mejores lo indispensable para su subsistencia.

Y tampoco en esta ocasión faltaron las dificultades. No las «ordinarias», claro. Es decir, no las que conllevaba la búsqueda de los recursos de carácter pecunario, inherentes a toda obra de esta naturaleza; sino otras que se vinieron a presentar «por añadidura». Eran éstas, la adquisición del terreno en que debía surgir el nuevo templo y la aceptación del título mismo de la iglesia por parte del Municipio.

En primer lugar, el emplazamiento elegido por Don Bosco, que respondía a una indicación precisa de la «Señora de sus sueños», presentaba una doble dificultad, al parecer, insalvable. No era propiedad del Oratorio y estaba cruzado por una calle. Y era un terreno de aluvión, impropio para edificar. El Ecónomo del Oratorio, P. Angel Savio, constantemente abrumado de deudas ocasionadas por el simple mantenimiento de la Institución, tal como ya funcionaba, se regocijaba íntimamente por estas circunstancias. Pensaba que ellas acabarían por obligar al fundador a renunciar, al menos por entonces, a aquel proyecto. Pero él declaró terminantemente:

«—La calle desaparecerá y al templo que nosotros vamos a construir se entrará por la continuación de la Via Cottolengo. Y en cuanto a las otras dificultades, también se resolverán favorablemente. El proyecto costará mucho dinero, pero la Virgen lo quiere y ella cuidará de enviárnoslo.»

Y, en efecto, pocos días más tarde se firmaba la cesión de los

terrenos. Y se hacía precisamente el día de la conmemoración litúrgica del martirio de los ya mencionados soldados de la Legión Tebea, Octavio y Solutor, el 11 de febrero. Luego se comprobaría que el altar principal del nuevo templo se colocaría en el lugar preciso en que ellos habían sido degollados, suceso que había dado origen al nombre con que se conocía toda aquella parte de la ciudad, «Valdocco», corrupción de «Vallis occisorum» (Valle de los degollados). Tales fueron las conclusiones precisas a que llegó el doctor Lorenzo Gastaldi tras un estudio concienzudo del tema sugerido por Don Bosco.

El Santo, sin perder un solo día, llamó al arquitecto Antonio Spezia para encargarle el proyecto. Doce años antes, cuando se había tratado de valorar la casa del señor Pinardi, el fundador había dicho a este amigo suyo:

«—¡Le necesitaré en otra ocasión!»

Ahora había llegado el momento.

La segunda dificultad surgió en el punto de presentar el proyecto al arquitecto municipal para su aprobación.

«—Todo está bien, excepto una cosa —dijo el munícipe.

—¿Qué es ello?

—¡El título: que no me gusta! ¿Por qué “Auxilio de los Cristianos”? Da la impresión de ser un desafío a las ideas modernas.

—Usted, señor arquitecto, dijo Don Bosco, ocupado siempre en mil trabajos, sin duda no ha tenido tiempo de estudiar el origen de esta nueva advocación de la Santísima Virgen. Ella nos recuerda la insigne victoria conseguida por las armas españolas e italianas contra el poderío de la Media Luna en una coyuntura excepcionalmente difícil para la Cristiandad. Y también la ciudad de Viena fue liberada de un cerco sin esperanza humana mediante la invocación del auxilio de la Reina de los cielos.

—Será como usted dice, pero a mí no me convence y no estoy dispuesto a suscribir el proyecto de erección de ese templo mientras no haga desaparecer el mencionado título.»

Entonces entró en juego la diplomacia del fundador, hombre de grandes recursos y nada dispuesto a ceder ante las veleidosas exigencias de nadie cuando del honor de su Madonna se trataba. Dejó que sobre el «papel» se tacharan las palabras en litigio. Pero sólo sobre el papel. ¿Cómo iba él a perder aquella partida ahora que estaba a punto de dejar constancia de su gratitud por la interminable serie de favores que estimaba haber recibido de la Virgen? Por consiguiente, cuando los planos habían sido aprobados y rubricados, pasó a recogerlos y a dar las gracias al arquitecto.

«—¡Qué! ¿Ha pensado ya en el nuevo título? —le preguntó él.

—Pues, no, señor arquitecto. Y la verdad es que no he hallado razones para mudar de parecer.

—Pero, ¿usted me ha hecho víctima de un engaño? ¡Me ha jugado una partida innoble!

—No hay tal, señor arquitecto. Usted no quería aprobar el título y no lo ha hecho. Yo deseaba dárselo y se lo he dado. Los dos nos hemos salido con la nuestra y debemos darnos por satisfechos ¿no le parece?»

Pero la realidad era que los verdaderos apuros comenzaban ahora. Una obra de aquella magnitud suponía la inversión de cantidades ingentes de dinero durante años. ¿De dónde las iba a sacar aquel pobre hombre que ya había acudido mil y mil veces a golpear las puertas de los corazones generosos de la ciudad de Turín y de una buena parte de Italia?

«—¡Es la Virgen quien lo quiere y ella se lo levantará!» —era la invariable, la única respuesta que él tenía para estos casos. Y se dio comienzo a los trabajos.

Con el favor de María

La ejecución del proyecto fue confiada al empresario Carlos Buzzetti, antiguo alumno del Oratorio, hermano de José, uno de los primeros seleccionados por el fundador para posible miembro de la incipiente Sociedad de San Francisco de Sales. Don Bosco

quiso hacerle entrega de todo el dinero que tenía entonces para hacer frente a los primeros gastos. El joven empresario juntó sus dos manos abiertas con la esperanza de recibir en ellas un buen chorro de napoleones de oro. Pero, ¡oh, sorpresa! ¡Cayeron del portamonedas cuarenta céntimos!

—«¡Es todo lo que tengo! —le dijo—. Pero no te preocupes, que todo irá llegando a su debido tiempo.»

Y los apuros comenzaron bien pronto. No se habían comenzado a abrir las zanjas para los cimientos y ya se debían 4.000 liras, importe de la compra del terreno y de la construcción de una tapia de que se estimó oportuno cercarlo. El Ecónomo, con el resuello metido en el cuerpo, acude a Don Bosco:

«—¿Cómo nos las vamos a arreglar para salir de este atolladero? ¡Esta mañana ni siquiera había en casa el dinero suficiente para franquear la correspondencia!

—¿Es que nosotros hemos empezado alguna obra contando de antemano con el dinero necesario? ¡Hay que dejar un margen de confianza a la Providencia!»
—le replica el buen Padre.

Se comienzan a excavar los cimientos. Los días pasan de prisa. Es preciso moverse porque el fin de la quincena se echa encima vertiginosamente y el contratista reclama la primera paga. Los obreros deben seguir comiendo y dando de comer a los suyos. Don Bosco sale a recorrer las calles de la ciudad. Y la Providencia no tarda en salirle al encuentro. Un criado de una rica señora se le acerca y le dice:

«—¡Venga, Padre! ¡Aquí cerca hay una señora muy enferma y desea que usted acuda a su cabecera!»

No tardan en llegar. La anciana yace desde hace meses clavada en el lecho y ha perdido ya toda esperanza de levantarse. Sin embargo, sus ojos, cansados, casi apagados, se reaniman con un rayito de esperanza al saber que Don Bosco está junto a ella.

«—¡Oh, Don Bosco! —exclama—. ¡Estoy muy mala! ¡Haga que al menos pueda levantarme siquiera

algunas horas de este lecho y le prometo que haré algo por usted!

—Haga una novena a María Auxiliadora y yo le prometo la curación.

—¿En qué ha de consistir?

—Rece tres Padrenuestros, Avemarías y Gloria con tres Salves durante nueve días consecutivos en honor de la Santísima Virgen. Luego, añada la invocación “María Auxilio de los Cristianos, ruega por mí”. Yo le prometo que curará.»

Al expirar el plazo de los nueve días el santo vuelve a aquella casa para conocer el resultado. A recibirle le sale una criada alborozada y le dice:

«—¡Padre, la señora se halla totalmente curada! ¡Ya ha salido varias veces de casa para ir a la iglesia a dar gracias a la Virgen!

—Sí, Padre —dice ella, que llega en aquel momento—. ¡Me hallo como nunca! ¡Venga, venga, que aquí le tengo preparado algo! ¡Y le aseguro que no será ésta la última vez que piense en usted!»

Don Bosco recibe un cucurucho de papel. Sabe que se trata de una generosa limosna porque las monedas que contiene son de buen tamaño y no pocas. Pero abriga un cierto temor de que no vayan a bastar para satisfacer las exigencias del empresario.

Al llegar a casa se apresura a contar. Uno, dos, tres, cuatro... ¡cincuenta! ¡Cincuenta napoleones de oro que, a veinte liras cada uno, suman 1.000 liras! ¡Exactamente la cantidad que debe entregar aquella misma tarde!

No puede remediarlo. Cae de rodillas allí mismo, en su propia habitación de una de cuyas paredes pende un cuadro de la Santísima Virgen, la Madonna de sus ensueños. Y sus ojos se humedecen.

«—¡Gracias, Señora! —dice—. ¡Yo estaba seguro de que no faltaría una sola lira. Pero temía por mi propia falta de fe!»

La primera limosna ha llegado puntualmente. La cadena ya

tiene su primer eslabón. ¿De cuántos constará al término de la grandiosa obra? El Apóstol reafirma con más eficacia aún su fe y su confianza en la Madre buena de los hombres y se dispone a continuar trabajando con más entusiasmo.

Refiere la leyenda áurea medieval que los santos eremitas hacían florecer, a su paso a través de las arenas resacas y cegadoras del desierto, florecillas perfumadas que se columpiaban mecidas por la suave brisa en las mañanitas, antes de la salida del sol abrasador. Con Don Bosco la leyenda pareció haberse hecho realidad en favor de aquellos hijos amantes de la Reina del cielo, que cifraban toda la ilusión de sus vidas juveniles en servir a Dios cumpliendo celosamente sus mandamientos y hasta sus consejos. Pero para ello el apóstol hubo de añadir el sudor, la fatiga y las preocupaciones para que el dinero estuviera a punto.

El banquero Cotta (1864)

Los cimientos de la basílica habían comenzado a excavar a finales de 1863. Pero se habían debido interrumpir por el rigor de los fríos y las lluvias pertinaces. Las obras se reanudaron en el mes de marzo del año siguiente (1864). Y no tardó en surgir el primer contratiempo. Cuando ya se creía alcanzada la profundidad suficiente para la seguridad del edificio, se advirtió que el terreno cedía. Y fue necesario continuar ahondando. ¡Y enterrando dinero! ¡Dinero que tantos sacrificios y tantas humillaciones costaba al apóstol!

Don Bosco se entregó en cuerpo y alma a la obra. A prometer «gracias y favores» en nombre de la Virgen a quien, de alguna manera contribuyera a financiar el templo. Y sería cosa de nunca acabar pretender referir una por una todas las gracias que la Señora concedió a sus devotos durante este tiempo por medio del taumaturgo de Valdocco. Baste con saber que no hay mucha exageración en tomar al pie de la letra esta famosa frase con que el fundador resumió la cadena interminable de hechos de carácter extraordinario atribuidos a la Reina del cielo:

«—Cada piedra, cada ladrillo de este santuario representa un favor de la Santísima Virgen.»

Era un motivo de profunda e íntima satisfacción ver cómo se movían los corazones. Cómo correspondían simplemente por motivos de acrisolada espiritualidad. Aunque, con frecuencia, es verdad, lo hacían atentos a procurarse por este medio el remedio de sus necesidades de orden puramente natural: la salud del cuerpo, la liberación de tribulaciones y angustias, la paz para los espíritus atribulados, la reanudación de los lazos de amor o amistad rotos en un momento aciago...

Allá por el otoño de 1866 se había comenzado a erigir la cúpula, que el fundador deseaba fuera grandiosa por ser en honor de quien era. Pero los trabajos habían comenzado a marchar a ritmo lento porque los bolsillos se iban vaciando. Por lo menos, de aquel fondo de reserva destinado a fines benéficos o a empresas al servicio de alguna causa en honor de Dios.

«—Tal vez —pensó entonces el Santo— la prudencia aconseje evitar cuanto pueda parecer superfluo. Esta cúpula resulta costosísima, según el ambicioso plan que yo había concebido. Ciertamente que tratándose de la serenísima Reina del cielo todo es poco. Pero en atención a la debilidad de la fe de muchos es posible que sea conveniente contentarnos con un remate menos ostentoso.»

Y ya estaba dispuesto a sustituirla por una simple bóveda, aunque le costaba acabarse de decidir a la sustitución. Y era el caso que tanto como a él costaba ahora al Ecónomo de la Pia Sociedad. Y en cuanto al contratista, se sentía decepcionado. A punto ya de dar la orden decisiva surgió el remedio. Entró en escena la persona que con sus generosas aportaciones había de hacer posible el proyecto primitivo. Se trataba del banquero señor Cotta, senador del Reino.

«—Don Bosco, no se preocupe por los gastos —dijo al buen Padre—. Posiblemente suceda a muchas personas de las que le vienen ayudando con sus limosnas, lo que me ocurre a mí: que cuanto más dinero doy para sus obras mejor me van los negocios. No suprima nada de tan bello proyecto. Aquí nos tiene dispuestos a continuar ayudándole hasta el fin.»

Mención singular merece el caso de este banquero. Había cumplido ya sus ochenta y tres años cuando cayó enfermo de mucha gravedad. Entonces fue a verle Don Bosco, llamado con urgencia por sus familiares. Y le encontró en las últimas. El santo le animó:

«—No, Padre —dijo él, con un apenas perceptible hilillo de voz—. Esto va en serio. Dentro de pocos días, tal vez horas, deberé partir para la eternidad.

—¡Oh, no, señor Comendador! La Virgen tiene necesidad de usted en este mundo. Usted debe continuar viviendo para ayudarme a mí en la empresa que estoy llevando a cabo en favor de la juventud pobre.

—Lo haría con gusto, pero ahora ya no puedo abrigar la esperanza de seguir en este mundo.

—Hagamos una cosa. ¿Qué estaría usted dispuesto a hacer en el caso de que yo le consiguiera la salud de parte de la Virgen?»

El señor Cotta se sorprendió de esta manera de expresarse de Don Bosco, porque le parecía que el apóstol hablaba en serio. Aquel sacerdote tenía un algo indefinible que casi, casi le hacía confiar en su promesa. ¿Sería verdad que se sentía capaz de arrancarle de las garras de la muerte a él, un anciano casi decrepito, cuando ya aquellas garras las tenía clavadas junto al corazón, a punto de llevársele el aliento?

«—Si curo —dijo aún con cierta duda— prometo entregarle durante seis meses dos mil liras mensuales para sus actividades de Valdocco.

—¡Magnífico! —exclamó alborozado el fundador—. ¡Ya decía yo que la Virgen le necesitaba! Aunque, a decir verdad, quien le necesita soy yo, que me veo obligado a andar continuamente de la ceca a la meca para salir de apuros. Y me ocurre que, apenas me he librado de uno, ya me veo metido en otro tan urgente y tan grave como el anterior. Usted, señor Comendador, curará. ¡Esté completamente seguro! Le recomiendo únicamente que tenga fe y confianza en María Auxiliadora. Yo me vuelvo a Valdocco a hacer rezar a mis muchachos por usted.»

Habían pasado sólo tres días desde esta escena. A Don Bosco se le anuncia una visita.

«—Es —le dicen— un caballero entrado en años, pero que se mantiene erguido y pisa seguro al andar.»

El apóstol, de pronto, no cae en la cuenta. Cuando le tiene delante no le reconoce. Al cabo, sí. ¡Qué sorpresa, Dios mío! ¡Es él, el enfermo, el moribundo de hace sólo aquellos pocos días! ¡El anciano que se hallaba a las puertas de la muerte! ¡La Virgen había hecho el milagro!

«—La Santísima Virgen me ha devuelto la salud —dice él mismo—. ¡Aquí tiene las dos mil liras que le había prometido! Son las que corresponden a este mes. Esté seguro de que seré puntual también en los venideros hasta que haya saldado mi compromiso. Aunque pienso que mi deuda para con la Señora debe ser eterna. En fin, a partir de ahora, tiene usted en mí a un amigo y un colaborador.»

Cada piedra es un «milagro»

El Comendador Antonio Cotta fue uno de aquella larga lista, cada vez más larga, de bienhechores del Oratorio que contribuyeron con sus aportaciones a la realización de la obra del hombre de Dios. No todos eran, por supuesto, banqueros ni «grandes del Reino», como él. Los había también de condición muy humilde. Pero de granos de tamaño casi insignificante se llenan los sacos de trigo y se forman las parvas. Y del jugo de muchos racimos de uva rebosan los lagares.

He aquí un bello ejemplo de la aportación de uno de estos humildes bienhechores. Cierta día aparece en las proximidades del Oratorio un pobre vendedor ambulante de fruta. Es un anciano que arrastra con dificultad un carrito empujándolo con las manos. Que saca de la venta de su mercancía apenas lo indispensable para continuar aquella vida azarosa.

Se entera de los apuros que se están pasando para levantar aquel templo en honor de la Madonna y quiere contribuir también él a aliviarlos. Distribuye la fruta de aquel día para que se

la coman los obreros que hacen subir costosamente las paredes. Pero no le basta. El quiere aportar algo más personal. Y se carga una pesada piedra sobre los hombros ya encorvados por el peso de tantas fatigas y tantos años. Y con paso vacilante e incierto va subiendo de andamio en andamio hasta depositarla en la cúpula. Luego desciende con el rostro iluminado por la satisfacción.

«—¡Ahora también yo tendré mi partecita en el bien que se realice en este santo templo! —dice.»

Un episodio más para poner fin a esta sección anecdótica.

Estamos ya a mediados del mes de noviembre de 1866. Es exactamente el 16 del mes. Por la tarde se deben pagar cuatro mil liras al contratista para el pago de los obreros y otros gastos. En casa, como de costumbre, no hay nada. Don Bosco no puede salir a la ciudad aquella mañana porque se lo impide una ocupación inaplazable. En su lugar manda a Miguel Rúa con un salesiano coadjutor.

Ambos se pasan la mañana subiendo y bajando escaleras, llamando a las puertas de los bienhechores habituales, andando de un barrio para otro. Hacia el mediodía regresan al Oratorio muertos de fatiga. Vacían las carteras y cuentan. ¡Exactamente mil liras!

Mil francos no es una cantidad despreciable. Después de todo, ha sido un éxito. Pero en esta ocasión no bastan. Resultan insuficientes porque son cuatro mil los que se han de entregar. ¡Una diferencia francamente notable! Y, sin embargo... ¡No ha sido posible recoger más a pesar de tanto esfuerzo!

«—¡No hay que apurarse! —dice Don Bosco—. Después de comer saldré yo por las restantes.»

Pero es el caso que no va a volver a insistir con las mismas personas que ya por la mañana creen haberse mostrado generosas con lo que han dado. ¿Qué hacer, pues? ¡Verdaderamente esta vez el hombre de Dios parece estar desconcertado! Y anda sin rumbo fijo de una parte para otra de la ciudad.

Así se halla cerca de Porta Nuova sin explicarse él mismo cómo ha llegado hasta allí, puesto que no recuerda que viva en aquella parte de la ciudad nadie que sea capaz de sacarle de un apuro del volumen de aquel. Y, sin embargo, parece que hasta

allí le ha empujado una fuerza misteriosa a la que no ha podido resistir. En fin, no sabe qué partido tomar. Pero no transcurren muchos minutos cuando se le acerca un hombre. Es un criado vestido de librea. Un criado de un rico señor, sin duda.

«—Padre, ¿es usted Don Bosco?

—Para servirle. ¿Qué desea?

—¡Oh, bondad del Señor! ¡Ha sido El, sin duda, quien le ha puesto en mi camino! Mi amo, que habita en ese palacio de enfrente, está muy enfermo. Ya ha sido desahuciado por los médicos y no tiene más esperanzas de salvación que las que le puedan llegar del cielo. ¡Venga usted de prisa, que él está impaciente por tenerle junto a su lecho!»

Se encaminan a la casa con andar presuroso. Apenas transpuesto el umbral, les sale al encuentro la señora. Está llorosa. Tampoco ella tiene otra esperanza que la bendición de aquel hombre de Dios.

«—Los médicos, reunidos en consulta, ya han dado el caso por desahuciado —repite.

—En esa consulta, ¿estaba también la Virgen? —pregunta Don Bosco—. Porque si ella no estaba, faltaba el médico que le ha de curar. ¿De qué enfermedad se trata?»

Era hidropesía. Llevaba tres años enfermo sin poder dar un paso por la habitación. Se le habían practicado varias operaciones y últimamente se había hinchado desmesuradamente. Ahora era ya una pura llaga y nadie osaba aventurarse a hundir el bisturí en aquel organismo depauperado. Por eso se había dado el caso por perdido. Además, sufría horriblemente al menor movimiento, al menor contacto de la mano caritativa que trataba de llevarle algún alivio.

El santo es introducido en su presencia. El enfermo se reanima un tanto. Le alegra la presencia premurosa de aquel hombre que tiene fama de taumaturgo, allí; por él...

«—¿Qué tal? ¿Cómo está, amigo? ¿Desea dar un paseíto?

—¡Pobre de mí! No tardaré en hacerlo. Pero no será por mis propios pies. ¡Alguien se encargará de llevarme al lugar de donde no se vuelve!...

—Según. Todo es cuestión de que nos pongamos de acuerdo. Si usted y su señora se comprometen a ayudarme a mí con su dinero a liquidar ciertos atrasos que tengo pendientes a causa de una hermosa iglesia que estoy levantando en Valdocco en honor de la Santísima Virgen, yo les prometo que hoy mismo podrá salir de paseo por sus propios pies.

—¡Hum! ¡Tal vez usted no sabe a qué punto he llegado! Me conformaría con bastante menos y no habría de olvidar el asunto que usted me menciona. Pero del extremo en que yo me encuentro no hay quien retroceda. ¿No sabe que los médicos me han dejado por imposible?...

—¡Hagamos la prueba!»

El apóstol pide que se reúna todo el personal de servicio de palacio. Invita a todos a dirigir algunas oraciones a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Luego, se apresta a dar la bendición al enfermo.

En aquel momento sucede lo increíble. La obesidad de su cuerpo deforme se reduce. Se reduce más y más entre convulsiones y espasmos, en apariencia, inquietantes. La esposa exclama, presa de vivo terror:

«—¡Que se muere!...

—No se muere, buena señora. Lo que hace es volver a la normalidad. Confíe.»

Don Bosco ordena:

«—¡Tráiganle sus ropas y que se vista por sí mismo!»

En aquel momento llega el médico de cabecera. Al enterarse de la ocurrencia de aquel sacerdote, pretende impedir lo que él estima fruto del fanatismo y una verdadera locura. Y porfía con el enfermo mismo.

«—¡No debe intentar siquiera moverse del lecho!

No está para eso. Sería una verdadera temeridad.

—Mire, doctor —acaba por imponerse el paciente—. No deseo que se interfiera en mis decisiones. Haré lo que Don Bosco me sugiere. Yo también tengo confianza en el poder de la Virgen. Y, al fin y al cabo, para dejarme morir podrido en este lecho, siempre hay tiempo.»

Efectivamente. Sale de la cama con agilidad sorprendente; se viste por sí mismo y comienza a pasear por la habitación en espera de que se le prepare el carruaje. ¡Se siente perfectamente bien! Marcha al banco y retira tres mil liras, las que el hombre de Dios le ha pedido porque las necesita con urgencia. Y al depositarlas en sus manos hace la misma promesa de todos los favorecidos por la Virgen auxiliadora, la «Virgen de Don Bosco»:

«—¡Padre, no olvidaré este insigne favor de su Auxiliadora! ¡Cuenta conmigo para la erección de su templo!»

Colocación de la última piedra (1867)

Hacia mediados de septiembre de 1867 las obras de la cúpula tocaban a su fin. El fundador quiso dar un relieve especial al acto de colocar «la última piedra» y para ello escribió una circular invitando a todos los que habían contribuido a su erección y a todos los simpatizantes de la obra salesiana. A presenciar la emotiva ceremonia acudió un gran gentío.

Entonces él, ante el entusiasmo y los aplausos de todos, toma de la mano al hijito de los marqueses Fassati, una de las familias que habían demostrado más generosidad por aquella causa, y le acompaña hasta la cima. Y, una vez allí, el niño coloca por sí mismo el ladrillo en medio de la explosión de aplausos y vivas a la Madonna y a su fiel siervo, el «hombre-leyenda».

Pocos días después se izaba la estatua de la Virgen, de cuatro metros de altura, previamente bendecida con solemnidad por monseñor Ricardi di Netro, sucesor del arzobispo Frasoni en el gobierno de la archidiócesis turinesa. Al descorrer el velo que la había mantenido oculta hasta entonces, las explosiones de alegría

de los presentes atronaron el espacio en aquel domingo radiante de luz y de sol.

La estatua ofrecía un encanto de singular belleza y surgía en medio de la fértil campiña en que se levantaba la basílica en el aislado Valdocco. Se divisaba apenas se salía de la ciudad y era como una invitación a dirigir los pasos hacia ella. Especialmente a la hora del tramonto de la tarde, cuando más allá de las casas y la inmensa llanura, inmersa en la sombra azulada a aquella hora, brillaba iluminada por los últimos rayos del sol poniente. Sus brazos, inmensos, extendidos, parecían querer abrazar a todos sus hijos, los hombres, y su actitud era una invitación a la confianza de los espíritus abrumados por el ruido trepidante de la ciudad enfebrecida por el ritmo del trabajo y la disipación.

Otro de los motivos de atractivo del nuevo templo lo constituía el cuadro de la Virgen que figuraba en el testero de la nave principal. Lo había pintado el artista Lorenzone, el cual había acertado a plasmar, de manera admirable, la perfección de los rasgos y la proporción de las diversas partes, dando al conjunto de la imagen una expresión inefable y cautivadora.

El diseño era del mismo Don Bosco, que había querido darle unas proporciones mucho mayores, mas que, por exigencias insoslayables de las del templo mismo, no había resultado posible. El Santo hubo de resignarse con pena.

El cuadro, en su conjunto, simboliza a toda la corte celestial. Destaca, por el relieve y las proporciones, naturalmente, la imagen de la Virgen. Su perfección es tal, tan humana y sobrenatural a la vez, que el mismo Lorenzone hubo de decir que, a veces, tenía la impresión de que una mano misteriosa dirigía la suya. Especialmente cuando delineaba los rasgos del rostro.

La consagración del templo (1868)

Los trabajos, hasta su terminación total, se prolongaron aún hasta mediados de junio del año siguiente (1868). Entonces comenzaron a prepararse las fiestas de la consagración e inauguración, las cuales duraron desde el día 9 al 16. Durante todos aquellos días hubo misa pontifical, celebrada por un obispo distinto cada día, pues fueron varios los que acudieron a Valdocco invitados por Don Bosco. El Oratorio se honró en esta ocasión

con el alojamiento de tan ilustres huéspedes, a los que se hizo objeto constante de toda suerte de atenciones y del cariño de sus moradores. Asistieron, asimismo, otras personalidades de relieve social, todas ellas grandes favorecedoras de la Institución Salesiana.

El día de la inauguración, y también los siguientes, se cantó una misa compuesta expresamente para la ocasión, creación del genial músico Juan Cagliero, hijo del Oratorio, gran salesiano, primer misionero que sería algunos años más tarde en tierras de la Pampa argentina y luego obispo y cardenal de la Santa Iglesia. Los niños y jóvenes, agrupados en coros de más de un centenar de individuos cada uno, cantaban las diversas melodías, mientras que la orquesta acompañaba el canto. Era el momento del cumplimiento literal de uno de los detalles que se le habían revelado al fundador en sus famosos sueños. El conjunto, perfectamente armonizado, resultaba de un efecto maravilloso. Don Bosco no cabía en sí de gozo. ¡Aquel era el día de su triunfo, porque era el triunfo de la Inspiradora de su Obra! En un punto, exclamó:

«—¡Oh, Cagliero! ¡Después de esto, el paraíso!»

Por aquellos días se abrió una oficina a fin de registrar el sinnúmero de favores y gracias que la Virgen había venido concediendo a los que la invocaban con el título de Auxilio de los Cristianos. Fueron centenares las personas que pasaron por ella a referir. En muchos casos se trataba de auténticos casos prodigiosos.

Y de tal podría calificarse asimismo el hecho sorprendente que constituyó la provisión de cuantos objetos se necesitaban para el culto en el nuevo templo: amitos, albas, casullas, capas pluviales, purificadores, cálices, vinajeras, misales, velas, cruces... Cuanto era necesario para atender al servicio de cada altar.

La procedencia de aquellos objetos era variadísima. Y lo mismo las personas que los enviaban, separadas entre sí por distancias, a veces enormes o, incluso, por las fronteras de países distintos. No obstante, pareció como si un ser misterioso hubiera ido indicando a cada uno lo que debía enviar. Resultó todo tan exacto, que ni faltó ni sobró.

Don Bosco había hecho acuñar hasta 30.000 medallas con la

efigie de la Auxiliadora. Y otra conmemorativa, de más de cinco centímetros de diámetro, que exhibía por delante la leyenda: «*María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*», y en el anverso llevaba, en relieve, el diseño del nuevo templo.

El nombre de la Virgen, bajo la nueva advocación propagada por el fundador, resonaba por doquier. Pero el más entusiasta apologista era el apóstol mismo. A habérsele juzgado superficialmente, podría haberse sospechado que tal modo de comportamiento respondiese a la euforia que le producía la parte que a él mismo cabía en aquel triunfo; que su entusiasmo y locuacidad —valga la palabra— fuesen efecto de vanagloria. Pero nada más lejos de la realidad. Estaba satisfecho porque de aquel santuario, a tenor de lo que la misma Virgen le había hecho ver, saldría la gloria de la misma Madre de Dios —«*Inde gloria mea*».

Y lo estaba también porque constataba que el «sueño» de su primera infancia, esbozo y paradigma de una vocación que debía abarcar la vida entera, se iba realizando al pie de la letra. Era, por tanto, una demostración evidente de que él mismo había sido fiel a los designios del Todopoderoso. Y, asimismo, de la realidad del origen sobrenatural de la obra que había iniciado, hecho que, a no dudarlo, habrían de tener en cuenta las generaciones de religiosos salesianos que se sucederían en el porvenir. He aquí un testimonio suyo de valor singular de aquellos días. Alguien le preguntó:

«—Don Bosco, cómo se las arregla usted para emprender tantas obras y de tan vastas proporciones sin tener nunca nada?

—¡Yo no tengo arte ni parte! Es el Señor quien lo hace todo. ¿De qué manera podría mostrar mejor que todo es obra suya, que sirviéndose del instrumento más incapaz? Este es cabalmente mi caso. Si Dios hubiera encontrado en la archidiócesis de Turín un sacerdote más pobre y ruin que yo, a él habría tomado por instrumento de sus obras y el pobre Don Bosco habría sido dejado de lado, para seguir su vocación de humilde cura de aldea.»

Y lo decía conmovido y sin sombra de ficción.

OTROS SUCECOS DE ESTOS AÑOS (1867-1869)

Entre el Vaticano y el Gobierno (1867)

Los acontecimientos políticos de los últimos años habían causado un verdadero estrago en casi todas las diócesis de Italia ¡Nada menos que 108 sillas episcopales se hallaban vacantes a finales de 1867! De ellas, 45 obispos y arzobispos habían sido arrojados por la acción directa de la autoridad civil, mientras que a otros 17 prelados nombrados por el Papa no se les había permitido tomar posesión de sus sedes. Las restantes se hallaban vacías por muerte de sus titulares.

En estas circunstancias, el Vicario de Cristo escribió al Rey Víctor Manuel rogándole que «permitiera enjugar al menos algunas lágrimas de la Iglesia de Italia, tan trabajada». Mas el Gobierno exigía algunas condiciones por las que la Institución eclesial no estaba dispuesta a pasar por entender que significaban la abdicación de unos derechos necesarios para el mantenimiento de su propia dignidad y la garantía de su seguridad.

Una de estas exigencias gubernamentales era la del «Exequatur regio», es decir, el derecho del soberano a autorizar, o no, la viabilidad de los documentos eclesiásticos para que pudieran circular dentro de las diócesis, lo cual equivalía a poner la autoridad misma eclesiástica por debajo de la civil y privarla de una independencia que le compete por derecho propio y natural.

Se pretendía, asimismo, obligar a los obispos al juramento de fidelidad a los principios del nuevo Estado que se estaba configurando.

En diciembre de este año, el Gobierno de la Unidad (Unitá) consintió en enviar a Roma un legado para estudiar la actitud concreta del Vaticano en relación con estos problemas. La designación recayó en el Comendador Tonello. Pero creyó igualmente el Gobierno que era necesario un intermediario «oficioso» entre

la Sede Apostólica y este encargado ministerial. Y se pensó en Don Bosco.

Y a buen seguro que la designación no había sido mal hecha. El era, con toda probabilidad, el hombre más capacitado a la sazón para llevar a cabo tan delicada misión, ya por su prudencia y su significación, ya por la reconocida lealtad al Vaticano y al Gobierno mismo. Porque, aunque se le había acosado desde distintos frentes, nadie dudaba en serio de su rectitud, mientras que todos estaban seguros de que nada innoble era capaz de maquinarse.

Y ¿qué duda cabe? A pesar de su, al parecer, intransigente actitud respecto al propósito de la Revolución de unificar todos los Estados peninsulares para la formación de una patria única y común, él debía hallarse, en el fondo, de acuerdo con aquella idea. Ocurría, eso sí, que se creía en el deber de mantener una fidelidad a ultranza a las estructuras eclesiales, tal como se ofrecían entonces, pues no eran muchos a la sazón los que se hallaban en condiciones de ver que aquella situación era el resultado de un proceso larguísimo de «mitificación de la Institución eclesial» a la que se juzgaba como la «sociedad ideal terrena», que aún no había llegado el Concilio Vaticano II a resaltar la clara distinción entre las realidades eclesiales de signo espiritual y las estructuras terrenales de la Iglesia.

Don Bosco, pues, fue llamado a Florencia, ciudad a la que, por hallarse más próxima a Roma, se había trasladado desde Turín desde hacía poco la capitalidad del nuevo Estado democrático que se vislumbraba cada vez más cercano.

Llegado allá, se presentó al presidente del Gobierno, señor Ricasoli, dispuesto a no resultar víctima de ninguna suerte de chantaje o de presión, ni a dejarse sorprender por los políticos de turno. Su único deseo era el de conseguir que entre ambas jerarquías se dejara aparte el recelo mutuo y se estableciera una atmósfera de sinceridad y que se escuchara únicamente la voz de la razón. Por ello, antes de tomar asiento frente a él, estando en medio de la sala, dijo:

«—Excelencia, le prevengo que Don Bosco (habla siempre en tercera persona) es sacerdote por encima de todo! ¡Sacerdote en el altar y en el confesona-

rio! ¡Sacerdote en el púlpito y en medio de los jóvenes! ¡Sacerdote entre la gente humilde y en la presencia de los grandes! Y de la misma manera que es sacerdote en Turín, lo es en Florencia. Sacerdote en las viviendas de los pobres y en el palacio del rey mismo...

—¡Esté tranquilo, que nadie tiene intención de hacerle propuestas que puedan resultar contrarias a sus convicciones!» —contestó el ministro.»

Luego dio comienzo al diálogo:

«—El Consejo de Ministros —dijo Ricasoli— no tiene inconveniente en permitir la elección de los obispos que hayan de ocupar las sedes vacantes. Pero estima que sería conveniente tratar previamente con la Santa Sede de los límites actuales de las demarcaciones diocesanas. E, incluso, ir progresivamente reabsorbiendo alguna de ellas hasta reducir su número, que ahora cree excesivo. Se trataría sólo, naturalmente, de abolir algunas de poca importancia.»

Don Bosco se alarmó y juzgó la propuesta del presidente del Gobierno como un tema que excedía la competencia de ambos. Por parte del político, por no ser aquel un asunto de su competencia. Y por parte de él mismo, por entender que no podía presentarse ante la jerarquía eclesial con una proposición semejante. En consecuencia, contestó al ministro:

«—Por mi parte, nunca asumiré la representación de algo semejante. Yo no puedo hacer tal propuesta al Vaticano. Es únicamente al Vicario de Cristo a quien compete determinar las condiciones en que deben ser regidos los fieles confiados al cuidado de los pastores.»

Ricasoli se ausentó durante algunos minutos con el fin de exponer aquella primera objeción al Consejo de Ministros, reuniendo entonces en el mismo palacio. Al volver, dijo:

«—Bien. Por ahora el Consejo está dispuesto a prescindir de toda supresión. Deseamos que usted vaya a Roma y se ponga al habla con nuestro representante, comendador Tonello. Haga lo posible para refor-

zar sus puntos de vista, que son los del Gobierno.

—Le doy mi palabra, señor presidente, de que trabajaré por eliminar las dificultades que surjan —contestó Don Bosco.»

La entrevista, llevada con tan noble disposición y tanta comprensión de ánimo por ambas partes, contribuyó notablemente a la distensión y a disipar el recelo mutuo con que hasta entonces se venían observando la Iglesia y el Gobierno. Se había dado un primer paso positivo.

Provisión de obispos (1869)

Don Bosco salió para Roma algo más tarde. Entre tanto, el Comendador Tonello había sido recibido en audiencia por el Papa. Y de aquel primer encuentro no había quedado ciertamente buen sabor de boca en ninguno de los interlocutores. El Vicario de Cristo había hecho saber al representante del Gobierno que le era imposible acceder a determinadas exigencias del poder civil por entender que afectaban a principios de base. Pero a causa del carácter mismo del bondadoso Pío IX, al que se consideraba como «la imagen viviente del mismo Cristo», las esperanzas de una posterior inteligencia mutua seguían existiendo.

No había sucedido, en cambio, lo mismo con el jefe del Gobierno Vaticano, Secretario de Estado, cardenal Antonelli. Aquí la tirantez había aflorado desde el principio y había sido hasta tal punto, que se había corrido grave riesgo de echarlo todo a rodar de nuevo, puesto que ninguno de los dos se hallaba dispuesto a ceder un punto. Y fue en estas circunstancias cuando llegó a Roma Don Bosco. El Vicario de Cristo le otorgó pronto audiencia y en ella le preguntó:

«—Don Bosco, ¿qué norma política utilizaría usted para poder proseguir las negociaciones con el Gobierno, ahora tan deterioradas?

—Mi política es la de Vuestra Santidad —contestó él—. Es la política del Padrenuestro. En la oración dominical pedimos al Señor que el Reino del Padre se dilate sobre la tierra. ¡Eso es lo importante!»

Era como decir que lo que de verdad cuenta en toda clase de relaciones humanas es lo que tiende a favorecer el camino de la salvación de los hombres, preocupación obsesiva del santo. Y que, incluso en los problemas que la Iglesia tenía planteados a la sazón, se debía ir al fondo de las cuestiones dejando de lado lo accidental o de forma. Respuesta digna de admiración por la amplitud de miras que significaba.

«—¿Sabe que va a resultar difícil conseguir algún fruto positivo? —continuó el Papa.

—Sí —dijo el fundador—. La masonería no está dispuesta a ceder. Pero si nos dejan actuar, seguro que sí lograremos algo realmente positivo.»

A continuación dio a conocer al Vicario de Cristo su programa, que, en líneas generales, era éste: Mostrarse flexibles en el curso de las negociaciones, manteniendo intactos los principios. «De momento, dijo, sería suficiente conseguir una parte, si es que no nos resulta posible alcanzarlo todo. La culminación de las aspiraciones eclesiásticas podría ser el resultado de un ulterior y tenaz forcejeo. Es menester tener en cuenta el adagio que dice que lo mejor es, a veces, enemigo de lo bueno.»

El Papa le otorgó plenos poderes para negociar. El, entonces, comenzó una serie de contactos que le llevaron del Vicario de Cristo a su Secretario de Estado, y de éste al delegado del Gobierno, para volver de nuevo a los medios vaticanistas. Fueron jornadas laboriosísimas, agotadoras. Pero un éxito relativo coronó aquellos esfuerzos. En su virtud, muchas diócesis pudieron contar con sus respectivos pastores llamados desde el destierro. Y muchas más dejaron de experimentar los perniciosos efectos de la orfandad con el nombramiento de nuevos jefes.

El Papa volvió a dar un nuevo «voto de confianza» al fundador al encomendarle la formación de una lista de sacerdotes destinados a ser promovidos a la dignidad episcopal y puestos al frente de las diócesis del Piamonte. El Vicario de Cristo dejaba a Don Bosco el juicio valorativo de la capacidad de los designados para la misión que se les iba a asignar.

Por su parte, el Gobierno presentó otra lista de 60 nombres de eclesiásticos conocidos por su adhesión al nuevo régimen político. Todos ellos fueron rechazados por el Vaticano, mas no sin

haber precedido un serio y minucioso trabajo de investigación acerca de su idoneidad y su actitud eclesial. El mismo Don Bosco fue el encargado de la recogida de aquellos datos que le supuso la dedicación de interminables horas dedicadas a este asunto.

El resultado final de todas estas negociaciones fue que, en los Consistorios de los días 22 y 27 de mayo (1869), resultaban nombrados 34 obispos. Quedaban casi otras dos terceras partes por proveer. Las disposiciones para continuar las gestiones eran buenas por ambas partes. El éxito completo se vislumbraba ya y podía darse por seguro. Entonces ocurrió lo que el fundador había temido: intervino la masonería. Esta sociedad secreta, viendo que los resultados sobrepasaban los pronósticos que ella misma había aventurado, y puesto que tenía en sus manos los hilos de una bien urdida trama, dio órdenes a sus afiliados para que promovieran una serie de alborotos callejeros y obstaculizó la solución de aquel asunto. El Ministerio Ricasoli se vio obligado a dimitir y las gestiones quedaron interrumpidas.

Agua milagrosa para los campos (1867)

El paso de este hombre de Dios se veía señalado por una estela de luz sobrenatural que suscitaba cada vez mayor admiración. Las gentes se quedaban asombradas a causa del poder que Dios le había otorgado. He aquí algunos hechos de estos años.

Había sido invitado a predicar un triduo en Montemagno con ocasión de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen (16 de julio). En la comarca hacía ya cerca de tres meses que no caía una gota de agua. Y también durante los días del triduo el cielo se mostraba rabiosamente azul. Ni una ráfaga de aire, ni la más ligera brisa agitaba las hojas de los árboles, requemadas por el ardor de la canícula. Las mieses comenzaban a doblar prematuramente las cabezas en trance de agonía. Las espigas en ciernes, que es el punto crítico que va a decidir en el término fatal de pocas jornadas, si cuajará el fruto para la cosecha o resultarán vanos todos los esfuerzos del agricultor, comenzaban a morir.

Los campesinos ya habían sacado en procesión de rogativas a los santos de su devoción para que les alcanzaran el agua de aquel cielo implacable. Y encendían velas delante de las imágenes de San Isidro y Santa Rita. Pero el cielo seguía sordo, mostrando

siempre aquella su faz inmutable. Entonces subió al púlpito Don Bosco.

«—Yo os prometo —dijo en el primer sermón a todo el pueblo, que había acudido a escucharle—, yo os prometo que si vosotros asistís con asiduidad y fervor a los sermones durante estos días y os preparáis con una buena confesión para recibir al Señor en la sagrada comunión en la fiesta de Nuestra Señora, tendréis el agua en tanta abundancia que baste a regar copiosamente vuestros campos secos.

—¡Pero cómo! —le dijeron al entrar en la sacristía el cura párroco y el vicario—. ¿Y usted ha tenido la audacia de prometer la lluvia de manera tan rotunda?

—¿Qué dicen ustedes que he prometido yo?; no tengo idea de haber hecho promesa alguna relacionada con el problema de la sequía!»

Sí que la había hecho, pero no se acordaba. Y era que, con toda probabilidad, se había tratado de alguna súbita inspiración de lo alto. Algo de lo que él mismo no se sentía responsable. No obstante, al verse estrechado por el ansia de todos, que le recordaban la «promesa», él aceptó la responsabilidad y confirmó sus palabras. Sí, si ellos eran capaces de cumplir con aquellas condiciones, la Señora también cumpliría lo que por boca de su fiel servidor había prometido.

Y llegó el día de la fiesta. El cielo seguía tan implacable como los precedentes. Ni una nubecilla aparecía en todo el ancho espacio del firmamento. Ni una señal de que aquello pudiera cambiar en tan breve espacio de tiempo. Y, sin embargo, el pueblo había respondido generosamente. Y apretadas filas de comulgantes se habían acercado por la mañana a recibir al Dios que se oculta en las especies eucarísticas.

A las tres de la tarde se reunían por última vez en el templo. Se cantaban las vísperas, se escuchaba el sermón y se despedían con la bendición del Santísimo Sacramento. El cielo, para aquella hora, continuaba inmutable. Un calor sofocante arrancaba gruesas gotas de sudor de los que estaban congregados en el sagrado recinto.

—¡Esta vez Don Bosco se equivoca sin remedio!
—decían

Y no todos los comentarios eran resignados. No eran pocos los que se sentían defraudados o se creían engañados y atribuían aquella promesa a un celo imprudente, mediante el cual había querido inducir a la población de Montemagno a recibir los Santos Sacramentos. Pero ahora ya estaba a punto de verse el engaño.

Era ya la hora del sermón. El apóstol envió al sacristán a ver si por alguna parte se veía algún indicio que permitiera abrigar siquiera alguna lejana esperanza. No a él, naturalmente, que estaba bien seguro de que tampoco esta vez le dejaría mal la Reina de los cielos, sino a los que ya habían empezado a dudar. A los que ya no confiaban en el milagro.

«—¡Pues sí! —dijo el sacristán—. Por la parte de Biella asoma una nubecilla blanca. Pero no es mayor que la horma de un zapato.

El santo toma la estola y se dispone a subir al púlpito. Todas las miradas se clavan interrogativas en él. ¿Qué hará ahora? ¿Qué dirá? ¿Qué explicación va a dar?; ¿qué disculpa va a inventar?

El se recoge unos momentos y ora en su interior:

«—No se trata de mi honor, Señora, sino del vuestro —le dice a la Virgen—. ¿Qué van a decir los mofadores de vuestro nombre si ven defraudadas las esperanzas de los creyentes, de los que han hecho cuanto han podido para honraros?»

Apenas han transcurrido unos pocos minutos, cuando el sol comienza a oscurecerse. ¿Será ilusión? ¡No, no! La falta de luz en el interior del templo abarrotado de fieles es cada vez mayor.

De pronto, una luz vivísima rasga las tinieblas que se han ido acentuando dentro del sagrado recinto. Luego resuena profundo y prolongado el ronco ruido del trueno. Un murmullo incontenible de alegría se eleva de entre la multitud.

«—¡La lluvia, la lluvia! —se dicen los unos a los otros y todos a todos.»

Y sí. ¡Es la lluvia! Una lluvia deshecha que cae a torrentes, pero que no perjudica para nada los sembrados, que ni destroza las espigas de los trigales ni rompe los pámpanos de las vides en flor. Es una lluvia benéfica. Es la lluvia milagrosa que el santo había prometido en nombre de su Madonna.

Cumplimiento de una profecía (1867)

Don Bosco había regresado de Florencia el 20 de enero de 1867. Durante los días que había durado su ausencia del Oratorio se había cumplido una profecía suya. Se trataba de un caso interesante por la publicidad que se le había dado y los testimonios que habían podido corroborarlo.

Había ocurrido que, al comienzo de aquel curso escolar, había predicho que uno de los que entonces se hallaban en el Oratorio, de los que le estaban escuchando, no llegaría a ver el término de aquel año. Una profecía semejante a la que había hecho cuando la muerte de Segundo Gurgo algunos años antes. Y como algunas otras en los años precedentes.

Los jóvenes quedaron impresionados porque siempre resulta temible el aleteo cercano de la muerte. Y se impresionaron de manera particular los que habían ingresado por primera vez para aquel curso. Algunos de éstos, incluso, pedían a sus familiares que los volvieran a sacar del Oratorio, porque cada uno temía ser él la víctima designada. ¡Como si la muerte hubiera de tener poder sólo dentro de aquel recinto, escuela de formación en la virtud y en el saber!

Sin embargo, Don Bosco no había dicho que el aludido hubiera de morir en el Oratorio. Había dicho únicamente que «en el momento en que él lo anunciaba el designado se hallaba allí presente». Y, precisamente esta vez, la muerte iría a tomar su presa fuera del muro que rodeaba el bendito recinto. Y hasta resulta probable que, de no haberse él alejado voluntariamente de Valdocco, habría podido eludir el inexorable destino.

No queremos decir que fuese un «castigo divino» a causa de la deserción de aquel pobrecito. Pero ¡cuántas veces se había visto retroceder a la «parca dura», intimidada por la palabra imperiosa, solemne, exigente, del santo cuando ya había vibrado su guadaña en ademán de segar alguna de aquellas vidas juveni-

les! Es más, se la había visto —al decir de las crónicas— devolver la presa que ya había arrebatado, al conjuro de aquella orden cargada de autoridad divina.

La noticia de la inquietante profecía se divulgó esta vez más allá de los muros del Oratorio y causó malestar en ciertas esferas del ámbito ciudadano, aunque las apreciaciones fueron diversas.

Algunos, en efecto, calificaban aquellas predicciones como lo que eran: verdaderas revelaciones de acontecimientos a largo plazo. Otros, por el contrario, opinaban que se trataba de fanfarronadas y de anuncios imprudentes que sólo servían para perturbar la serenidad riente de los espíritus juveniles. Por consiguiente, inducido por esta idea, cierto día se presentó al taumaturgo un inspector de policía.

«—No podemos permitir —le dijo— que usted, para conseguir sus fines de influir en el ánimo de sus alumnos e inducirlos a la frecuencia de los sacramentos, se valga de medios ilícitos e innobles. Usted perturba con cierto género de amenazas de acontecimientos trágicos futuros sus conciencias y los obliga a vivir en un clima de verdadero pánico. ¡Deje, por tanto, de anunciar más muertes en su Oratorio!

—Es el caso, señor comisario, que en tales circunstancias me veo constreñido a obrar así por un deber. Además, de esta manera se encuentran mejor preparados para cuando la muerte llega a llevárselos a la eternidad.

—¡Pero podría usted hacerlo sin tanta publicidad!

—¿Qué quiere usted que haga, que vaya a cada uno de los interesados y se lo diga?

—¡Tiene usted razón! Pero si tan seguro está de lo que dice, ¿Por qué no hacemos una cosa? ¿Tendría inconveniente en decirme a mí el nombre del que va a morir próximamente, en el caso de que hubiera alguno?

—Pues no. No tengo inconveniente por mi parte. ¡Pero usted puede fácilmente comprender las consecuencias que se derivarían del hecho si llegaran a enterarse los afectados!

—¡Por supuesto! Pero esté usted bien seguro de que yo sabré guardar el secreto con toda fidelidad.

—En ese caso, y bajo su responsabilidad, escuche: ¡Juan Boggiero será el primero a quien va a corresponder partir para la eternidad!»

El comisario anotó el nombre en una libreta y se la guardó. Se trataba de un joven sacerdote de excelentes cualidades naturales: de bellísima presencia, de gran ingenio y bondad a la vez, querido por todos. Pertenecía a la Pía Sociedad Salesiana desde el 23 de enero de 1861. Tenía, a la sazón, veintiséis años. Inducido por sus propios familiares y mal aconsejado por «personas poco prudentes», dice Don Bosco, había resuelto dejar la vocación religiosa e incardinarse en la archidiócesis para el ejercicio del ministerio sagrado. Con el pretexto de ayudar a sus dos hermanas, se había presentado al fundador a pedirle la dispensa de los votos. El buen padre había experimentado una amarga decepción y un gran dolor. Y había intentado disuadirle.

«—De tus hermanas cuidará la Providencia —le había dicho—. No pases cuidado por ellas. Yo te aseguro que no les faltará nada.»

El irreflexivo joven había insistido. ¿Qué hacer? En tales casos la puerta estaba siempre abierta, porque allí nadie debía estar a la fuerza. Don Bosco, no obstante, antes de su partida, le había dicho textualmente:

«—Tu sitio está junto a Don Bosco. Es aquí en donde te quiere el Señor. Mas ya que te obstinas en marcharte, escucha bien lo que te voy a decir: “Tus hermanas no tienen necesidad de ti. Y además... ¡tú no podrás ayudarlas!”»

Y había recalcado las últimas palabras con intención estremecedora.

El joven sacerdote abandonó, efectivamente, el Oratorio. Al cabo de poco, obtenía el nombramiento de vicario de la parroquia de Villafranca de Piamonte. Era feliz. Se creía tocar el cielo con las manos en el nuevo destino. Mas tal dicha no había de serle duradera. La mañana del 14 de diciembre había celebrado la

misa como todos los días y se sentía optimista y lleno de euforia.

Vuelve a casa del párroco para tomar una taza de café. La sirvienta entra en el refectorio con la cafetera humeante. Halla al coadjutor con la cabeza apoyada en las manos al borde mismo de la mesa. Le mueve con suavidad para avisarle. El, empero, no da señales de despertar del que ella cree sueño. Le llama y no contesta. ¡Había pasado a mejor vida, víctima de un ataque apoplético fulminante! ¡La predicción del padre se había cumplido una vez más!

El plazo había expirado ampliamente. El inspector de policía vuelve a conocer el resultado. Y se queda estupefacto al conocer la realidad.

«—¡Diga, padre, diga con entera libertad cuanto quiera! —exclama—. Yo, por mi parte, sabré muy bien qué contestar desde ahora a sus detractores!»

Durante muchos, muchísimos años, ninguno de los hijos del Oratorio murió sin haber sido prevenido, aunque de manera discretísima, por Don Bosco. El santo, que por serlo era también un perfecto caballero, sabía hacerlo con tanta prudencia y discreción que resultaba imposible conocer con exactitud de quién se tratase, por razones fáciles de comprender.

Sospechoso de heterodoxia (1867)

Se ha acostumbrado a comparar la vida del santo a un sendero alfombrado de rosas entre las que se ocultaban también espinas muy punzantes. La propiedad de esta comparación no ha sido producto de un alarde de ingenio de ninguno de sus biógrafos. Ha sido —según ha quedado bien patente— la interpretación del extraordinario «sueño» en que a él mismo le fue representada bajo esta imagen. Por otra parte, basta con ir cotejando las alegrías y los triunfos reseñados hasta aquí con los trabajos y las cruces, para que resulte inevitable la semejanza.

Una de las espinas más dolorosas cuya punzada hubo de experimentar en su propia carne estuvo representada por un acontecimiento que tuvo lugar este año de 1867. En él dedicó uno de los números de sus *Lecturas Católicas* a conmemorar el XVIII Centenario del martirio del primer sucesor de Cristo en el

gobierno visible de la Iglesia, el apóstol Pedro, crucificado en el 67 de la era Cristiana por el emperador Nerón durante la primera persecución decretada en el Imperio Romano. La obrita llevaba por título *El Centenario de San Pedro*.

Y ocurrió que en el curso de esta narración se le deslizaron algunos conceptos no muy matizados, imprecisos, susceptibles de ser tomados en un sentido menos ortodoxo y que, efectivamente, despertaron el recelo en determinados ambientes eclesiásticos. Y, singularmente, en la Curia turinesa, atenta ya, desde el cambio de su titular, a anotar, con un celo digno de mejor causa, cuanto pudiera ser utilizado por ella en contra del apóstol de Valdocco.

¡Paradojas del destino de los seres humanos!, que cabría decir: ¡El, el fundador de la Congregación Salesiana, puesta siempre al servicio incondicional del Vicario de Cristo, defensora a ultranza de los derechos y la autoridad del Papado, según expresa declaración del padre, «nacida para este fin»; el que veneraba al Jefe de la Catolicidad «casi hasta la adoración», como de él diría uno de los padres orientales del Vaticano II, fue acusado de desviacionismo respecto del principio fundamental de adhesión a la Cátedra Apostólica!

La verdad es que, para los «oídos piadosos de su tiempo», en un sentido literal, ciertas expresiones resultaban «duras». Pero, en su caso, la reconocida veneración y fidelidad al Papa hubieran debido bastar a desvanecer cualquier suerte de sospecha a este respecto. Y en todo caso, si, en realidad, había errado, hubiera debido bastar con hacerle reparar sus errores llamándole caritativamente la atención sobre los puntos controvertidos. Pero no ocurrió así porque alguien, desde el anonimato, tuvo gran empeño en remover las aguas turbias con fines inconfesables. O, tal vez, sólo por un celo imprudente y extremo. Y denunció el caso a los inquisidores romanos.

Entonces se pensó nada menos que incluir el librito en el Índice, esa lista negra de autores y obras que era como la más terrible maldición que pudiera pesar sobre la cabeza de los desventurados que habían propuesto soluciones audaces o cometido errores.

Es cierto que la ley debe ser inexorable para con los que propagan, a sabiendas y con obstinación, el error dogmático.

Pero la Iglesia, que debe ser «madre» y que quiere, con su Divino Fundador, la salvación de sus hijos, no puede ensañarse con los que, incidentalmente, se ven caídos y se hallan dispuestos a enmendar lealmente sus fallos. Y tal era, en el peor de los casos, la situación de Don Bosco.

La bondad y la amistad del santo Pío IX evitaron al fundador un disgusto de muerte al impedir que se llevara a efecto la inclusión de aquel libro en la lista trágica. No obstante, la censura le llegó por vía «oficial» a través de la Curia turinesa. Y llegaba acompañada de una severa reconvención.

El alma de Don Bosco quedó profundamente herida en sus sentimientos más íntimos, aunque él se sobrepuso mediante su humildad y evitó quejarse a nadie. Se aconsejó únicamente con un número muy reducido de personas prudentes con el fin de poder responder convenientemente a los puntos controvertidos, dispuesto, en todo caso, a aceptar cualquier decisión emanada de Roma.

Al fin, todo quedó en la amenaza de una tormenta de verano y acabó por donde tenía que haber empezado. El Secretario de la Congregación del Índice se limitó a señalarle un par de puntos que debían ser enmendados en la próxima edición y le ordenó la supresión de un párrafo capaz de dar lugar a falsas interpretaciones. Pero el miedo se había pasado. Y nadie hubiera podido prever el final de aquel episodio.

Curación sorprendente de Don Rúa (1868)

El paso del fundador se iba alfombrando cada vez más y más de signos asombrosos. El 29 de junio de 1868 caía enfermo el P. Rúa de una gravísima peritonitis. Y el inminente peligro de muerte era real, pues a la suma gravedad de esta dolencia en aquel tiempo venía a sumarse la deplorable situación del enfermo, de constitución orgánica débil y maltratado por su propio régimen de vida.

Era, en efecto, el P. Rúa un sujeto de suyo endeble y se hallaba extenuado a causa del trabajo y la insuficiencia habitual de sueño, pues el joven sacerdote, asceta en el sentido riguroso del término, no dormía a diario más de las cuatro horas y era mortificadísimo en la comida. A lo que había que añadir aún el

ejercicio de una actividad continua. En consecuencia, muy pronto se vio a las puertas de la muerte. Los médicos dieron su caso por perdido y al enfermo se le administraron los últimos sacramentos.

Don Bosco se hallaba ausente del Oratorio por aquellos días. Llegó precisamente la tarde en que se había perdido cualquier esperanza de salvar a su «hijo predilecto». Y apenas puso el pie en casa, corrieron a rodearle, como de cotumbre. Y tras los primeros saludos de bienvenida, les faltó tiempo para darle la mala noticia.

«—¡Don Bosco, suba a verle, que está en las últimas!

—¡Don Rúa no se marcha sin mi permiso! —dijo él bromeando. Y añadió—: Es la hora de las confesiones. Voy a sentarme en el confesonario.»

Y allá se fue con una tranquilidad desconcertante. Y allí permaneció durante algunas horas. Hasta la cena. Luego se dirigió al refectorio. Los de la casa estaban perplejos. Parecía haberse olvidado por completo de su hijo.

Y ni siquiera al término de la cena demostró prisa por verle. Antes quiso revisar la correspondencia atrasada. Y lo hizo sin apresuramientos. Como habitualmente. Al fin, entró a ver a su segundo.

«—¡Oh, Don Bosco! —le saludó el P. Rúa con un hilillo de voz casi imperceptible—. Si de verdad ha llegado mi fin, dígamelo claramente. Yo estoy dispuesto a todo.

—No, Don Rúa. Yo no quiero que tú te mueras. Tengo necesidad de ti para muchas cosas.»

Conversaron durante un brevísimo espacio de tiempo. El fundador le dio la bendición y se retiró a descansar. El día siguiente volvió a visitarle después de la celebración de la misa. Junto al enfermo halló al médico que le estaba atendiendo.

«—Don Bosco —dijo el doctor—. Hay muy pocas esperanzas de que se salve.

—¡Ya puede estar todo lo enfermo que quiera, que

Don Rúa no se muere! Le queda aún mucho que hacer a mi lado» —replicó el apóstol.»

Luego, observando que sobre una mesita estaban los Oleos para la Unción de los enfermos, dijo:

«—¿Qué es esto? ¿Quién ha sido el alma cándida que ha tenido la ocurrencia de traer aquí los Santos Oleos?

—He sido yo, Don Bosco —dijo el P. Savio—. ¡Si usted hubiera visto lo mal que estaba anoche!

—¡Verdaderamente que sois gente de poca fe! —bromeó él.»

Luego, dirigiéndose al enfermo, añadió:

«—¡Animo, Don Rúa! Mira lo que te digo: ¡Aun cuando te arrojava por la ventana, no morirías!»

La bendición dada la noche anterior había comenzado a obrar sus efectos. En cuestión de pocos días, contra todas las previsiones de la ciencia médica, se hallaba perfectamente recuperado.

APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA
(1 de marzo de 1869)

Un panorama poco halagüeño (1867)

Como resultado de las gestiones llevadas a cabo por Don Bosco en su primera visita a Roma el año 1858, se había llegado en 1864 (23 de julio) a la publicación del llamado «*Decretum laudis*» de la Curia Romana. Este decreto significaba que la Congregación religiosa que el apóstol de Valdocco pretendía fundar merecía, en términos generales, el elogio y el estímulo de Roma.

Por él se reconocía a Don Bosco por Superior General vitalicio, mientras que a sus posibles sucesores se los nombraría por un período de «doce años» con posibilidad de reelección. Mas, por entonces, la Sociedad no quedaba definitivamente aprobada, ya que para este paso era necesario estudiar detenidamente las Reglas por las que había de regirse y los jueces eclesiásticos no habían llegado a un acuerdo respecto de ellas.

Había resultado, en efecto, que algunos puntos, en total «trece», no parecían muy conformes con el «espíritu» que hasta entonces venía siendo característico de todas las Instituciones religiosas parecidas a la de Don Bosco, por lo que al apóstol se le exigía suprimirlos o cambiarlos de manera sustancial. El, empero, no se hallaba dispuesto a este paso por entender que con ello la nueva congregación perdía la fisonomía peculiar que él deseaba conferirle, y por la que había de exhibir una faz nueva, a tono con «las exigencias de los tiempos que se habían alcanzado» y que constituía el mejor motivo de atracción de la juventud dispuesta a formar en sus filas.

Don Bosco, a decir verdad, había dejado pasar aquellos años sin inquietarse mayormente por la demora en la publicación del mencionado Decreto, por dos motivos: porque contaba con el

apoyo del Papa y porque él mismo deseaba interponer algún tiempo a fin de que aquella institución, nacida de tan humildes principios, tomara cuerpo por el número de socios y por la cohesión entre ellos sobre el vínculo de la caridad y fraternidad cristiana. Vínculo que, de momento, le parecía suficiente para su funcionamiento.

Mas cuando vio las ingentes dificultades que para su viabilidad surgían, se alarmó y decidió acudir al remedio. Y ante todo, se dio a reunir las «Comendaticias», es decir, las Cartas de recomendación de un cierto número de obispos en el ejercicio de su función pastoral al frente de sus respectivas diócesis, condición sin la cual no había nada que esperar.

Y aquí tropezó con la primera y más grave de las dificultades, porque necesitaba, ante todo, las del propio Ordinario a quien lógicamente se presuponía mejor informado. Mas ocurría que monseñor Luis Fransoni había fallecido algo antes y la sede archiepiscopal de Turín había sido ocupada por monseñor Riccardi di Netro, cuyas relaciones con Don Bosco se habían visto inesperadamente envenenadas por las exigencias del prelado.

Monseñor Riccardi era turinés. De la ilustre familia de los condes di Netro. Y sentía gran simpatía por Don Bosco. Nombreado obispo de la silla arzobispal de su ciudad natal, se había retirado unos días a su casa, mientras se disponían los preparativos para su entrada oficial en su condición de Pastor de las almas. Y uno de aquellos días había ido al Oratorio con el fin de saludar al apóstol de la juventud, en un gesto de deferencia y estima. El, empero, no se hallaba en casa en aquel momento, por lo que el prelado, después de una larga espera, debió volverse a su palacio sin haber podido cumplir con aquel objetivo.

Don Bosco, conocido este gesto, se apresuró a devolverle la visita para agradecerle la deferencia y ofrecerle sus respetos. El encuentro fue cordial, pero sólo el tiempo que duraron los obligados saludos de presentación. Porque en cuanto el fundador hizo alusión al tema de su incipiente congregación, la actitud del prelado dio súbitamente un giro de 180 grados.

«—Monseñor—dijo Don Bosco—. Usted puede ayudarme muchísimo en un asunto importante que yo llevo entre manos.

—Sí, Don Bosco. ¡Ya puede imaginarse cuáles son mis sentimientos hacia usted! ¿De qué se trata?...

—Su excelencia sabrá que yo he dado comienzo a una congregación religiosa.

—¿Cómo? ¿Que usted es fundador de una congregación? ¡No me lo había imaginado! ¡Yo creía que estaba aquí para ponerse a mis órdenes y emplearse por completo en favor de esta archidiócesis que a mí se me ha encomendado! ¡Nunca me había imaginado que pretendiera independizarse de su Ordinario mediante la exención!»

La entrevista había llegado inesperadamente a su fin de la manera más imprevista. El prelado despidió con gran frialdad al apóstol. Y a partir de aquel momento las relaciones entre la Curia y el Oratorio no hicieron sino irse enfriando cada vez más hasta abrirse un abismo que resultó imposible de llenar por la actitud de aquélla. El prelado cifró todo su empeño en tratar de hacer fracasar el proyecto de Don Bosco, aunque en vano por ser obra de Dios.

El proceso en Roma (1867-69).

En estas circunstancias, el día 2 de octubre del año 1868, Don Bosco recibía de monseñor Svegliati, Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, un informe en el que se le transmitía el juicio que a los eminentísimos cardenales consultores había merecido el examen de las Reglas. Informe que resultaba totalmente desfavorable y en el que se hacía referencia «al buen conocimiento que de la Sociedad Salesiana tenían los obispos de la provincia eclesiástica de Turín, con otros muchos que igualmente la conocían».

¿Qué le restaba a Don Bosco? ¡Un arduo camino por andar, sin duda! Volver a reunir nuevas «Comendaticias» capaces de contrarrestar los efectos del informe remitido por la Curia de Turín, cosa harto difícil, sino imposible, o «ir a la cabeza», es decir, tratar de cambiar la opinión de los eminentísimos cardenales consultores por sí mismo en virtud de su «elocuencia», de su «capacidad de persuasión» o «como fuera». Y fue éste prefe-

rentemente el camino que eligió como más eficaz, aunque sin desdeñar el primero: el de las Comendaticias.

Por consiguiente, a principios de 1869 salió para Roma pertrechado con el poder de Dios, por el convencimiento en que estaba de que era El el que deseaba aquella institución religiosa. De su lado seguía estando el Papa, pero no era un factor decisivo, puesto que el Vicario de Cristo deseaba actuar desde la legalidad y no imponer despóticamente su voluntad.

Al llegar a la Ciudad Eterna y comprobar sobre el terreno el panorama, constató que la situación era realmente alarmante.

«—Pude comprobar —dejó escrito— que eran pocos los prelados dispuestos a secundarme. Todos se mostraban fríos, desconfiados del resultado, en tanto que las personas verdaderamente influyentes me eran contrarias.»

El 23 de enero fue recibido en audiencia por el Sumo Pontífice, el cual lo primero que quiso saber fue cómo había cumplido el fundador la recomendación que le había hecho en la primera visita, la del año 1858, de poner por escrito «cuanto tenía apariencia de sobrenatural en el proceso de su maravillosa vocación». Don Bosco lo había ido remitiendo de un día para otro, en parte por un sentimiento de modestia, en parte «por falta de tiempo», según se excusó.

«—Bien —dijo el Pontífice—, si es así, no sólo se lo aconsejo, sino que se lo mando. Deseo que esta tarea tenga preferencia sobre cualquier otro trabajo u ocupación. ¡Deje de lado todo, absolutamente todo, si ello le impide cumplir con este mandato mío! Usted no puede imaginarse siquiera el gran bien que han de hacer estas cosas cuando, andando el tiempo, las lean las futuras generaciones de hijos suyos.»

Luego, pasaron a hablar de los asuntos de la Pía Sociedad Salesiana. El fundador pedía al Papa le concediera tres cosas de decisiva importancia relacionadas con la nueva institución: *a)* la aprobación de la misma; *b)* la de las Reglas, y *c)* la concesión de las Dimisorias, es decir, la facultad de ordenar *in sacris* a los clérigos que estudiaban en el Oratorio y que habían dado su

nombre a la Sociedad de San Francisco de Sales, a título de *mensae communis*, como se dice en términos del Código de Derecho eclesiástico: a cargo de la Sociedad.

Hizo también mención Don Bosco al Papa de las grandes dificultades que había comenzado a encontrar en la Curia turinesa con el cambio de titular de la misma y cómo el nuevo prelado había comenzado a mirar con malos ojos todo lo referente a la Sociedad de San Francisco de Sales.

Los «dies Petri»

El tema de las «dificultades», tanto en Roma como en Turín, dio ocasión al Vicario de Cristo de urgir al apóstol de la juventud a que se apresurara en la aceleración de los trámites necesarios para la aprobación, manifestándole, por una parte, su deseo de ayudarle en aquella empresa, y por otra, el temor de que su propia vida no alcanzara a ver el resultado final apetecido, pues temía que la muerte le arrebatara en breve.

«—Señor abate, es necesario que os déis prisa por conseguir la aprobación de las Constituciones de vuestra Sociedad. Yo estoy informado de los fines de vuestro Instituto y conozco el designio que os ha movido a fundarlo y estoy dispuesto a favoreceros cuanto sea necesario. Pero ya soy viejo y puedo llegar a faltar en cualquier momento. Y es posible que quien venga detrás de mí alargue los trámites.

—Padre Santo —le respondió Don Bosco—, aún tendréis tiempo de hacer mucho bien en la Iglesia. Aún os quedan muchos años de vida.

—¡Ah, no! Tened presente que me falta sólo año y medio para cumplir los veinticinco de gobierno en el Pontificado Supremo de la Iglesia. Y veinticinco años constituyen la barrera infranqueable para cualquier Papa. Bien sabéis que hay un axioma que reza así: *Non videbis dies Petri* (No alcanzarás a vivir los días de Pedro). Hasta ahora, en la larga lista de Pontífices Romanos que se han venido sucediendo en la Cátedra Apostólica durante dieciocho siglos, ni uno sólo ha

sobrepasado aquellos veinticinco años que la regentó el primer Vicario de Cristo en Roma.

—Es muy cierto, Padre Santo. Pero V. S. ha de tener en cuenta que es justo se descuente el año y medio que ha estado desterrado en Gaeta. Además, San Pedro estuvo siete años en Antioquía y dos en Jerusalén. En cuanto a V. S., no sólo verá los *dies Petri*, sino que los sobrepasará.

—¡Bien, bien! —dijo el Papa, desviando la conversación, no muy persuadido de la veracidad de la profecía del Santo por creer que a Don Bosco le cegaba el amor al Vicario de Cristo—. Cuando haya llegado ese momento, recordaré lo que ahora me decís y tendré en mucho vuestra predicción.»

¡Quién lo diría! ¡El hombre de Dios resultó profeta una vez más! ¡Pío IX fue el primer Pontífice Romano que sobrepasó los famosos *dies Petri*!

Monseñor Svegliati

Uno de los prelados romanos más opuestos a la aprobación de las Reglas y más irreductibles era monseñor Svegliati, Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. Y era, asimismo, por el mismo cargo que ostentaba, uno de los más influyentes. Pío IX había dicho a Don Bosco:

«—Si consigue ponérselo de su parte puede dar la partida por ganada.»

Pero la empresa no resultaba nada fácil. Don Bosco fue a verle. No le halló en su despacho y esperó durante mucho tiempo su llegada. Al fin, cuando ya salía de palacio, perdida la esperanza de encontrarle, se topó con él en los pórticos.

El fundador comenzó a tratar de aducir argumentos en favor de su Institución. ¡Trabajo perdido! El Secretario no tenía más que una respuesta. Muy breve:

«—¡Imposible, Don Bosco!»

Y era que él no acababa de ver cómo podía resultar posible

compaginar algunas de las pretensiones de Don Bosco expresadas en la Regla con el verdadero espíritu evangélico reflejado en los famosos «Consejos» de Jesús y que constituyen la esencia de la vida religiosa.

«—¿Cómo puede compaginarse —se decía— el voto de pobreza evangélica con el derecho de propiedad que se reconoce a los miembros de su Congregación?»

Y de igual manera razonaba respecto de otros puntos.

Don Bosco no pudo conseguir nada de él, por el momento, pero no perdió del todo las esperanzas por haber notado un detalle, tal vez significativo. Había observado, en efecto, que aquel hombre había puesto un gran empeño, durante todo el tiempo que había durado la entrevista, en evitar su mirada directa. La conversación se había desarrollado en el pórtico mismo, paseando de arriba abajo. Pues bien, siempre que llegaban al extremo y era preciso dar la vuelta, el prelado lo había hecho en sentido contrario, esto es, girándose hacia fuera y dando la espalda al fundador. Entonces él le había pedido una nueva audiencia para el día siguiente en su propia casa.

«—De acuerdo. Puede venir si así lo desea. Pero le advierto de antemano que pierde el tiempo —le había contestado monseñor Svegliati—. Un tiempo —había añadido— que le debe de estar resultando precioso aquí en Roma.

—Pues sí. Iré. Iré si a usted no le resulta enojoso.»

Y la nueva entrevista había tenido lugar, en efecto, mas con el mismo resultado negativo de la anterior. El prelado romano seguía terco en su actitud.

«—¡Imposible, Don Bosco!»

Actividad febril

Entre tanto, tal como había dicho monseñor Svegliati, a Don Bosco le resultaba el tiempo precioso en Roma. Y mientras llegaba el turno de las audiencias con los eminentísimos cardenales de quienes dependía la decisión última, él, que en esta

ocasión había sido esperado en la Ciudad Eterna por muchas personas de alto rango jerárquico eclesial y por muchas de la nobleza romana, comenzó a ejercer una actividad febril, concediendo audiencias, haciendo visitas y empleándose en el ejercicio del sagrado ministerio, porque eran muchos los que solicitaban confesarse con él o escuchar su palabra.

El hubiera deseado evitar toda publicidad; pero le había resultado imposible, porque, como dice el divino Maestro: «No es posible ocultar la luz debajo de un celemin.» Aprovechó la ocasión para difundir la devoción a María Auxiliadora distribuyendo medallas por millares, recomendando su novena y dando la bendición a cuantos la deseaban para obtener algún favor espiritual o material. Hechos sorprendentes se daban con frecuencia a su paso, mientras que él se veía continuamente asediado de personas de toda condición.

«—Estos días —decía a este propósito un prelado del Vaticano, monseñor Ricci, Camarero Secreto de S. S.— el Papa en Roma no es Pío IX. Es Don Bosco.»

Y otro ilustre personaje de la Ciudad Eterna escribía:

«—La vida del pobre Don Bosco no se desliza aquí, en Roma, más tranquila que en Turín, en medio de sus protegidos y de las preocupaciones que le proporciona su celo en el sagrado ministerio. Desde la mañana hasta la noche se ve rodeado de una multitud de personas de toda edad, sexo y condición, que desean verle, hablarle, encomendarse a sus oraciones... No tiene hora fija para comer o dormir. Su salud comienza a resentirse. Si no consigue abandonar pronto esta ciudad corre serio riesgo de enfermar.»

La enumeración de familias de la más castiza nobleza romana que se honraron con su amistad formaría una larga lista. Príncipes, duques, marqueses, condes, nobles, jerarquías de la Iglesia, desde los cardenales a los obispos y superiores de comunidades religiosas, rivalizaban por tenerle a su lado durante algunas horas o, siquiera, minutos. El que lo conseguía se consideraba afortunado. Y mucho más si lograba sentarle a su mesa o llevárselo, al menos para una breve visita, a sus palacios o casas

religiosas a fin de que impartiera la bendición a algún miembro doliente de la familia.

El no perdía la calma en este tremendo ajetreo y siempre se mantenía igual a sí mismo, sonriente, sencillo. Y eran precisamente estas cualidades las que actuaban a manera de talismán que obraba prodigios de serenidad en los espíritus atribulados por inquietudes de diversa índole. En compensación, estas visitas le proporcionaban buenas sumas de dinero. Solía celebrar la misa cada día en alguna casa noble o comunidad religiosa. Y nunca salía de ellas sin haber recibido una pingüe limosna.

El 17 de febrero fue recibido por el cardenal Antonelli, Secretario de Estado de la Santa Sede. La audiencia se prolongó durante tres cuartos de hora, mientras en la antesala esperaba una princesa que había cedido galantemente el turno al santo, «orgullosa, según decía, de aquel honor». El cardenal, al término de la audiencia, tomó las manos a Don Bosco y se las besó con afecto. Y quiso, a toda costa, recibir su bendición. Y le importunó hasta conseguirlo.

«—¡Eminencia, no sea chiquillo! —le decía Don Bosco.

—¡Nada de chiquillo! ¡Bendígame, Don Bosco!»

Y no hubo más remedio que acceder. Antes de despedirse le dio 1.000 liras para sus obras.

La bendición de María Auxiliadora

Pero, entre tanto, él no descuidaba el asunto principal que le había llevado a la Ciudad Eterna. Porque, aunque las perspectivas eran poco halagüeñas, el apóstol mantenía siempre invicta su fe en la Providencia que era, según decía él, la que, en último análisis, le sacaba de todos los trances apurados, aunque se hiciera necesario recurrir al «milagro». Y así sucedió esta vez, como lo confesó él mismo.

«—Vi, dice, que era necesario un milagro para cambiar la opinión de aquellas personas, pues de otro modo hubiera sido imposible tenerlas de mi parte. Se tomaban nuestras Reglas y en cada palabra se veía

una dificultad insuperable. Los que más deseaban hacer algo en mi favor eran precisamente los más opuestos. Yo, sin embargo, tenía puesta mi confianza en la Virgen y esperaba que todo resultaría bien.»

Entonces comenzó a hacer entrar en juego el asombroso poder que Dios le había otorgado. El primero en recibir los efectos de la intervención milagrosa de Dios fue el cardenal Berardi, gran amigo suyo.

Había ocurrido que a su llegada a Roma, Don Bosco había sido recibido más como un soberano que como un humilde sacerdote provinciano. Esperándole en la estación había encontrado tres lujosas carrozas, dos de las cuales las había mandado el mencionado Príncipe de la Iglesia, el cual, desde aquel punto, había puesto una a disposición de Don Bosco para durante todo el tiempo que permaneciera en la Ciudad Eterna.

El humilde sacerdote turinés había tratado de rehusar aquella distinción sin conseguirlo. Mas la actitud del purpurado no estaba exenta de cierto interés, pues apenas el hombre de Dios había ocupado una de ellas, los enviados del cardenal se habían apresurado a hacerle un ruego en su nombre.

«—Padre, su eminencia le ruega que acuda sin demora a su casa porque tiene un sobrinito gravísimamente enfermo y desea que usted le restituya la salud mediante la bendición de María Auxiliadora.»

Don Bosco había prometido ver al niño, mas antes había querido dirigirse a celebrar la misa. Y cumplida aquella devoción se había dirigido al alojamiento que iba a ocupar durante aquellos días en casa del caballero Pedro Marietti. Y apenas se había instalado allí había comenzado a trabajar, con lo que había dejado de cumplir la promesa hecha.

Y habían comenzado a pasar los días sin que el fundador pareciera acordarse para nada del enfermito. El purpurado, entonces, mandó a recordárselo.

«—No se puede dejar morir a este niño —le decía—. El es la ilusión de una de las más ricas y nobles familias de Roma. Y es también la única esperanza de que pueda prolongarse el apellido. Desde hace quince

días, este niño de once años viene sosteniendo una enconada lucha contra unas fiebres pertinaces de carácter tifoideo que están acabando con él.

—¡Don Bosco, cúrelo! —era la súplica de todos al llegar el santo a palacio.»

Y entre los que le hacían este ruego estaba también el propio cardenal. Don Bosco se dirigió a él:

«—Eminencia, he venido a Roma para que me ayude a conseguir del Padre Santo la aprobación de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales!»

El hombre de Dios dio la bendición al niño y la fiebre le dejó al instante. Tres días después volvió a visitarle y le halló fuera de peligro. Pasados algunos días más, el niño había recuperado por completo la salud y la jovialidad característica de su edad. El cardenal, fuera de sí por la alegría propia y de los suyos, dijo al fundador:

«—¡Estoy a su disposición! ¡No tiene más que pedir!

—Eminencia, ya sabe cuál es mi único deseo: que se interese por mi congregación.»

El purpurado fue a ver al Papa y le refirió el sorprendente hecho, a la vez que le hablaba con entusiasmo de aquel hombre extraordinario.

Una nueva bendición de la Virgen

Sin embargo, la sola voluntad de aquel cardenal, aunque sumada a la del Pontífice mismo, no bastaba para decidir. La Iglesia se parece, por su forma de gobierno, y su estructura externa, a una monarquía en la que, aun cuando el Rey tenga, hablando en términos absolutos, el poder supremo, no lo ejerce sin el parecer de sus ministros y de los consejeros que ha puesto cerca de sí para su asesoramiento. La Institución eclesial católica tiene también sus a manera de Ministerios, que son las Congregaciones Romanas, y sólo con la aprobación o ratificación de estos organismos suele actuar el Pontífice Romano. El asunto de

ahora era de competencia de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

Uno de los miembros más influyentes de esta Sagrada Congregación era el cardenal Antonelli, Secretario de Estado del Vaticano. Este era contrario a los designios de Don Bosco. El santo fue a verle y le halló enfermo de gota. El purpurado le recibió con gran alegría, porque ya en otra ocasión había experimentado los efectos de la bendición del hombre de Dios.

«—¡Pase, pase, Don Bosco —se oyó su voz, invitándole a entrar hasta su propia alcoba.

—Eminencia, ¿cómo está?

—¡Ya puede ver! ¡Clavado en este lecho de dolor! El reumatismo me había desaparecido a raíz del último encuentro con usted. Pero ahora se me ha recrudecido desde hace algunos días. ¡Sufro atrozmente!

—Eminencia, ayúdeme a obtener la aprobación de la Congregación Salesiana y yo le prometo de nuevo la curación.

—¡No es asunto fácil, Don Bosco! No obstante, le prometo hablar en su favor al Padre Santo.

—¡Pero yo tengo prisa, señor cardenal!

—¡Ya ve cómo estoy! No puedo moverme de esta habitación. Deberé esperar a que el Pontífice mismo venga a tratar de los asuntos que me tiene encomendados. Es posible que tarde algunos días —añadió después de una pausa y con intención, mirando a Don Bosco como queriendo sondear su pensamiento.

—Eminencia, ¡vaya mañana mismo!

—¿Cree que me va a ser posible?

—Sí. Con la condición de que tenga fe en María Auxiliadora. Pero una fe viva, porque de lo contrario, no hacemos nada.

—¡Está bien! Iré. Pero le hago a usted responsable de lo que pueda ocurrirme.

—¡Déjelo al cuidado de la Santísima Virgen, señor cardenal!»

El día siguiente habían cesado los dolores y el purpurado cumplía su palabra apoyando las pretensiones de Don Bosco con

entusiasmo y tejiendo ante el Padre Santo grandes elogios del apóstol de Valdocco.

La última resistencia, vencida

Finalmente fue a ver a Monseñor Svegliati, cuya actitud no había variado desde la mencionada visita anterior. Le halló enfermo de pulmonía.

«—Monseñor, ya sabe para que estoy aquí —le dijo el apóstol—. Deseo que usted me resuelva todas las dificultades que se oponen a la aprobación de mi congregación. ¡Hable al Padre Santo en mi favor! —¡Se trata de un asunto muy serio, Don Bosco! Además, ¡ya ve cómo estoy!»

¿Para qué seguir? Sería incurrir en la narración de una escena tantas veces repetida. Baste saber que también esta vez se realizó lo sorprendente. Y que también el agraciado peroró en favor de la causa de aquel hombre que tenía en sus manos el asombroso poder de Dios.

Así, a fuerza de prodigios, se iba abriendo paso Don Bosco por todas partes y nada se le podía resistir, porque este poder divino se hacía patente en cuanto emprendía o ejecutaba. Mediante él doblegaba la obstinación de los que creían, de buena fe, sin duda, trabajar por los legítimos intereses del Reino de Dios en la tierra.

De esta actitud de los hombres; de los pasos que se debieron dar para llegar hasta el final, consta con evidencia una cosa: la fundación de la Congregación Salesiana ha sido expresamente querida por Dios. Y El mismo ha sido el que la ha conducido, a través de grandes dificultades y por la mediación de María, a experimentar un auge que se considera asombroso. ¿Podrá la falta de correspondencia a las exigencias divinas frustrar esta voluntad y frenar su ulterior progreso o, incluso, conducirla a su autodestrucción? ¡He aquí una pregunta que deben hacerse todos y cada uno de sus miembros de todos los tiempos!

El suspirado Decreto de aprobación definitiva se dio el 1 de marzo de 1869. Algunos días más tarde, el fundador fue nueva-

mente recibido por el Papa, el cual llevó su deferencia hasta el punto de disponer que su propia carroza fuera a buscarle a su alojamiento.

«—¡Figuraos —refería luego el humilde sacerdote a sus hijos de Valdocco, con el humor que le era característico—. ¡Figuraos una carroza en la que muy bien podían acomodarse catorce personas, tapizada de seda y terciopelo, y yo solito en ella!»

En fin, para esta fecha había él «movilizado el Oratorio entero» para una jornada de plegaria especial. La «coincidencia» no pudo menos de conmover al Vicario de Cristo.

EL CONCILIO VATICANO I (1869-70)

Convocatoria del Vaticano I (29 de junio de 1868)

El día 29 de junio de 1868, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el Papa, Pío IX, convocaba, mediante la publicación de la Bula *Aeterni Patris*, el XX Concilio Ecuménico, en el Vaticano, por lo que llevaría por título el de «Concilio Vaticano I». La convocatoria se hacía para el 8 de diciembre del año siguiente, 1869, festividad de la Inmaculada Concepción de María.

El Papa, que había considerado aquella idea como el fruto de una inspiración de lo Alto, tenida veinte años antes, esto es, mientras permanecía desterrado en Gaeta, hubiera deseado dar a la Gran Asamblea un auténtico alcance «ecuménico». Y a este fin había cursado formal invitación a las iglesias de los cristianos disidentes: ortodoxos orientales y protestantes de todas las obediencias. Ellos, empero, rechazaron desdeñosamente la invitación, porque aún no se había relajado suficientemente la multi-secular tensión existente entre los discípulos de Cristo, creada, más bien, por cuestiones fútiles y sostenida con tozudez, orgullo e intransigencia. Sólo voces aisladas en los diversos campos se dejaron oír en favor. Voces que fueron fácilmente ahogadas por el clamoreo general.

Por otra parte, también los gobiernos de las naciones católicas acogieron, en un principio, desfavorablemente la idea. Mas aquí el descontento estuvo motivado por el hecho de haber el Papa prescindido de la participación activa de tales poderes, dejando de convocarlos por primera vez en la historia desde hacía quince siglos, es decir, desde el primer Concilio de Nicea (325), en que Constantino el Grande había desempeñado un papel decisivo. No obstante, el disgusto no tuvo consecuencias graves. Y ya, pasado algún tiempo, se fue viendo, cada vez con

más claridad, que tal debería ser el camino a seguir en adelante. El poder eclesiástico y el civil deberían marchar de acuerdo; pero en modo alguno «subordinados el uno al otro».

Y también entre los católicos, hijos más o menos comprometidos de la Iglesia, se dio diversidad de pareceres, pues mientras que unos —obispos, sacerdotes o simplemente fieles— acogieron la noticia con entusiasmo, otros lo hicieron con temor o recelo.

Unos, en efecto, pretendían ver en aquella determinación papal un intento de la Institución eclesial de «restaurar la decaída influencia multisecular», tal como se había venido ejerciendo desde muy antiguo, puesta en peligro ahora con el alumbramiento de una nueva sociedad tendente a la «secularización». Los más pesimistas miraban en aquella decisión eclesial el intento de conjurar la llegada del «crepúsculo de la Esposa de Cristo», su agonía, pues ya les parecía que el mundo se hundía bajo sus pies y que todo iba a acabar. Por su parte, el Sumo Pontífice afirmaba proponerse estos fines:

«—El remedio de los males que, a la sazón, afligen a la sociedad, a saber: el desprecio en que muchos tienen a la autoridad y la doctrina de la Iglesia, la profanación de las cosas santas, la dispersión de las Ordenes Religiosas, el despojo de los bienes eclesiásticos, la vejación del clero, la preponderancia que iban alcanzando las sectas, la corrupción de la prensa malvada, el daño inferido a la religión por la divulgación de principios doctrinales extraños...» —*Aeterni Patris*.

Apertura del Concilio (8 de diciembre de 1869)

Conforme a lo indicado en la Bula papal, el Concilio se abrió el 8 de diciembre de 1869. Los obispos llegados de todas las partes del mundo, con derecho a participar en él de manera activa, se acercaban a los 700. Sólo el gobierno ruso había impedido a los prelados católicos de su país acudir a la Ciudad Eterna.

El momento de la solemne apertura resultó un acontecimiento inolvidable para todos los que pudieron contemplarlo. Y apenas quedó deslucido por el agua torrencial que el cielo lanzaba en forma de cataratas aquella mañana sobre Roma. Un inmenso

cortejo de más de un millar de personas, en el que figuraban prácticamente la totalidad de las jerarquías eclesíásticas, desde el Sumo Pontífice, que lo presidía, hasta los abades mitrados, pasando por los cardenales con su púrpura, los arzobispos y obispos, de rojo, los prelados, de morado... flanqueados de guardias nobles y camareros de etiqueta, avanzaban solemnemente hacia el interior de la gran Basílica de San Pedro en medio de una doble interminable hilera de sacerdotes del clero secular y regular. El interior de gran templo de la Cristiandad quedó abarrotado de fieles y en su exterior, en la gran plaza, más de 50.000 personas aguantaban impávidas el diluvio que caía sobre ellas.

Celebrada la misa pontifical por el Papa, asistido de todos los padres conciliares, en una amplia sala de 45 por 25 metros, acondicionada al efecto, rodeada de estrados desde los que asistían reyes, príncipes, diplomáticos, títulos de la nobleza, damas enconpetadas... y cantando el himno «Veni, Creator Spiritus», Pío IX declaró abierto el Concilio en medio del regocijo y la esperanza general.

En el Oratorio fue también aquel un día memorable y de gran fiesta, como era de esperar, conocida la devoción del fundador y sus hijos a la Cátedra de Pedro, cuyo esplendor y grandeza se trataba de resaltar. Don Bosco exhortó a todos a elevar oraciones por el feliz resultado de tan trascendental acontecimiento.

El dogma de la Infalibilidad Pontificia (18 de julio de 1870)

Lo que principalmente había levantado recelos, suspicacias y temores ante el anuncio de la convocación de este Concilio había sido el rumor de que en él se iba a tratar, de manera preferente, del tema de la «infalibilidad pontificia», con el fin de declarar esta «prerrogativa papal» «un nuevo dogma de la Iglesia».

Este asunto, que era real, disgustaba de manera especial a los «católicos liberales», los cuales ya encontraban estrechos los cauces dentro de los que se veían constreñidos a contener su pensamiento por el rigor de la autoridad eclesíástica. Dentro de esta actitud figuraban nombres de gran relieve entre la intelectualidad católica de todos los países cultos. Estos, en general, o rechazaban de plano la temática misma o juzgaban inoportuno

«el momento» de tratarla. Esta actitud era compartida asimismo por muchos prelados romanos.

La «Infalibilidad Pontificia», hoy nuevamente puesta en tela de juicio por muchos y eminentes teólogos, incluso negada explícitamente, fue definida por el mismo Pío IX en estos términos:

«Es la tesis teológica según la cual el Pontífice Romano, en su condición de depositario de la verdad religiosa cristiana, garantizado por la asistencia del Espíritu Santo, goza de infalibilidad personal (inerrancia) cuando, en calidad de tal, se dispone a transmitir al Cuerpo de la Iglesia misma, sin gozar del expreso acuerdo de la Institución eclesial, alguna verdad de fe o costumbres.»

A la sazón se trataba de una cuestión que gozaba, de un modo práctico, de la simpatía de una gran mayoría de fieles y de prelados. Los obispos, en efecto, la defendían desde sus cátedras; los sacerdotes, desde los púlpitos; los maestros, en las escuelas; los teólogos utilizaban preferentemente en su favor. Y a lo largo de la historia, cuando habían surgido conflictos entre los miembros representativos de una comunidad o diferencias entre iglesias locales, se había acudido al Pontífice Romano como a árbitro legítimo, reconociéndole poder resolutivo indiscutible e inapelable.

Los historiadores solían citar, sí, unos pocos casos conflictivos en los que, según algunos, el pretendido atributo habría quedado hipotecado. Pero estos casos eran fácilmente resueltos por la crítica «sana» de manera favorable a la causa del Papado.

Don Bosco y el Concilio

Don Bosco, cuya «teología» exhibía un carácter eminentemente popular y práctico, era un decidido partidario de la proclamación del dogma. Mas conocedor, asimismo, de las corrientes teológicas de su tiempo y sabedor de los aires que soplaban a ciertas alturas, al iniciarse las discusiones resolvió salir para Roma con el fin de aprovecharse del prestigio de que sabía gozaba en los medios eclesiásticos romanos e italianos. Y en efecto, desde su llegada a la Ciudad Eterna halló acogida muy

favorable en algunos de aquellos medios eclesiásticos en los que se le invitó a exponer su parecer.

El lo hizo con la sencillez que le caracterizaba, mas también con el tesón que le era propio. Y, desde luego, con gran competencia desde el conocimiento de los datos que habían aportado los historiadores eclesiásticos modernos y antiguos, poniendo de relieve las opiniones de carácter positivo. Y el resultado fue muy apreciable, según este testimonio del P. Rúa:

«Tuvo la satisfacción de disipar las dudas en las que fluctuaban y de disuadirlos de oponerse a la definición del dogma, entre otros, a monseñor Galleti, obispo de Alba, a monseñor Gastaldi, obispo de Saluzzo, y a monseñor Audisio, canónigo de San Pedro en el Vaticano y presidente de la Academia de Superga, muy versado en el conocimiento de la historia eclesiástica. Estos se mudaron, en virtud de sus razones, en ardientes defensores de la proclamación.»

Las discusiones fueron agrias y los debates prolongados y tensos, mas, al fin, se llegó a fijar el texto de la Constitución Dogmática, cuyo núcleo doctrinal era éste:

«El Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando cumpliendo con su oficio de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fe o sobre las costumbres debe ser tenida como propia de la Iglesia Universal, goza, por la asistencia divina que le ha sido prometida en la persona del Bienaventurado Pedro, de aquella infalibilidad de que el divino Redentor quiso que estuviera dotada al definir la doctrina referente a la fe y costumbres. Y, en consecuencia, tales definiciones del Romano Pontífice son irreformables en sí mismas y no en virtud del consentimiento de la Iglesia.»

El dogma de la infalibilidad pontificia fue declarado en la cuarta sesión pública, la última del Concilio. Era el 18 de julio de 1870 y sobre Roma se dejaba sentir desde hacía ya tres días un calor insoportable. De los 596 padres con derecho a voto, 61,

contrarios a la proclamación, optaron por retirarse de la sala de sesiones. Y algunos, incluso, se alejaron de la Ciudad Eterna por un acto de delicadeza para con el augusto Vicario de Cristo. De los restantes 535, sólo dos emitieron voto contrario. En estas circunstancias, el Sumo Pontífice leyó solemnemente el Decreto que posteriormente formaría parte de la bula *Pastor Aeternus*.

El momento fue de una solemnidad indescriptible. Uno a uno fueron dejándose oír los nombres de los cinco centenares largos de los padres votantes, los cuales emitían, a su vez, una única respuesta: «Placet» (de acuerdo), con la discrepancia de sólo aquellos dos: Ricci, italiano, y Fitzgerald, americano.

En el instante mismo de dar comienzo al escrutinio estalló la tormenta que desde hacía dos días se venía preparando. Y fue tal su aparato y su poder, que en Roma nadie recordaba haber presenciado una cosa semejante. Hasta la basílica misma de San Pedro, con su grandiosa cúpula y sus sólidos pilares, parecía retemblar bajo aquel asalto. Los truenos apagaban la voz de los votantes. A todos pareció cosa fuera de lo natural, por lo que unos dijeron que el cielo «protestaba, airado, contra una nueva forma de idolatría de la Institución eclesial católica» y otros que «el Averno rugía de rabia por el nuevo triunfo alcanzado por la Esposa de Jesucristo».

LA REVOLUCION VICTORIOSA (1870)

El poder temporal del Papado

No es del caso hacer aquí un estudio completo del modo cómo la Sede Apostólica, en el transcurso de los siglos, había llegado a adquirir una cierta extensión territorial en el centro de la península itálica que constituía el llamado Estado Vaticano o Estados Pontificios. Esta realidad era ahora el mayor obstáculo con que tropezaba la Revolución para la formación de la «Patria común de todos los italianos», la cual debía establecerse sobre la unidad geográfica y política de las tierras y los pueblos peninsulares.

El motivo por el que la Revolución no podía prescindir de la anexión de aquel Estado era doble: En primer lugar, por tratarse de una porción no despreciable del territorio peninsular, pues, en conjunto, comprendía «diez» provincias, situadas cabalmente en el centro, por lo que, sin él, no sólo no era posible hablar de «unidad», sino ni siquiera de «unión», al quedar necesariamente partido por su mitad el suelo patrio. Contaba, además, con una población que rozaba los 2.000.000 de habitantes, dato éste que tampoco era como para dejar de tenerse en consideración.

El segundo motivo era el de ser Roma la capital del Estado Vaticano. Roma, la ciudad otrora señora del mundo, cuna de la gran civilización de Occidente, relicario de glorias y orgullo legítimo de la raza itálica. ¿Era concebible la existencia de un Estado único italiano que no tuviera por capital a Roma?

Al Gobierno unitario se le ofrecían dos caminos a seguir para lograr aquel objetivo fundamental: el de la «violencia», propugnado por los más radicales: sectarios y masones, enemigos declarados de la Iglesia, y el de la «negociación», preferido por la mayoría. Este partía del supuesto de que el Pontífice Romano se hallara en disposición de avenirse al planteamiento del proble-

ma, puesto que no eran pocas las personas que no concedían «competencia» al Vicario mismo de Cristo para aquella negociación. Mas también había muchos católicos que miraban la situación actual del Papado como «menos propia» del carácter de una Institución como la eclesial. El gran pensador Montalembert, por ejemplo, había hablado en estos términos de dura crítica:

«Creo que las actuales condiciones del Estado Vaticano tienen grandes inconvenientes para la religión. Se dice que aseguran la independencia espiritual del Papado. No quiero negarlo en absoluto. Sin embargo, yo hallo aún al Papa dependiente, e imagino que, tal vez, Dios le asegurará una mejor independencia que la de un sacerdote siempre rodeado de bayonetas extranjeras; siempre obligado a defenderse contra las poblaciones que le obedecen de mala gana. Cuando estuve en Roma en 1846, Gregorio XVI bendecía y fusilaba sucesivamente a sus súbditos. Pío IX los encarcela. Todo esto es necesario para mantener al Papa en Roma. Son duras necesidades. Hago votos porque la Providencia ponga fin a un escándalo que, de durar mucho, arruinaría al catolicismo en Europa y en otras partes.»

«Que el Papa renuncie a los derechos temporales sobre los Estados Pontificios para limitarse a ejercer una autoridad netamente espiritual» era el clamor que desde todas las partes del mundo cristiano se elevaba cada vez con más fuerza.

La actitud de Pío IX

Sin embargo, Pío IX había adoptado una actitud de radical oposición a toda suerte de negociación. En su encíclica «Nullius in verba», del 19 de enero de 1860, se expresaba en estos términos:

«Los Estados Pontificios no pertenecen a ninguna dinastía real, sino a todos los católicos del mundo y Nos no podemos renunciar a lo que no es nuestro. La sola idea de renunciar a tales derechos nos parece un escándalo.»

Y a ésta que parecía «razón» fundada en el derecho natural, había que añadir la fuerza del compromiso formal contraído por el Vicario de Cristo, sellado con solemne juramento, que todo Pontífice Romano contraía en el momento de su elevación al solio pontificio y que el cardenal Antonelli, Secretario de Estado del Vaticano, resumía así:

«El Soberano Pontífice, antes de su exaltación al trono, como por lo demás los cardenales en el momento de su nombramiento, se compromete, por juramento solemne, a no ceder territorio alguno de la Iglesia. Por tanto, el Padre Santo no hará concesión alguna de esta especie. Ni siquiera un cónclave tendría la potestad de hacerlo. Sus sucesores en el correr de los siglos tampoco serán libres de hacerlo.»

Esta postura extrema del Pontífice Pío IX había quedado reforzada, si cabe, después de haber él mismo constatado una cierta cantidad de «mala voluntad» en algunos de los políticos implicados en aquella temática. Y en otros, la traición a los pactos acordados.

Y a ello se había venido a añadir el reforzamiento de su posición después de la batalla de Mentara (1866), en la que el ejército pontificio, al lado del francés de Napoleón III, había infligido un tremendo descalabro a los voluntarios del famoso guerrillero Garibaldi, los llamados «descamisados», tropa de facciosos, sectarios y anticlericales, que habían comenzado a «enseñar la oreja» por haber intentado el asalto a Roma y haber dado ocasión de que se los conociera por lo que eran.

Ellos habían sido los que habían iniciado aquel movimiento quebrantando los pactos establecidos con el gobierno imperial de Napoleón, acción que había motivado la intervención militar francesa y que había inducido al emperador a hacer pública esta declaración en favor del Vaticano:

«Italia ya no se apoderará de Roma. Francia no soportará nunca semejante violencia a su honor y a la catolicidad. Italia encontrará a Francia en el camino de Roma el día que quiera invadir los Estados Pontificios. ¡Nunca cederemos con respecto a Roma!»

La actitud del Gobierno revolucionario

Por su parte, el Gobierno revolucionario había comenzado intentando el camino de la negociación. El año 1856 había ocupado la jefatura del Gobierno Camilo Cavour, uno de los políticos más inteligentes y sagaces de la Europa del siglo XIX, gran patriota e incondicional de la Casa de Saboya.

Era Cavour un católico sincero, como lo era Víctor Manuel mismo, y ambos habían propuesto al Pontífice Romano un plan que, en sustancia, era la solución que a este problema habría de darse entre la Santa Sede y el Gobierno italiano 59 años más tarde. Mas a aquel acto de buena voluntad había respondido el Papa con un «no» tajante. Con un «non possumus» que, justificado sobre la base de las mencionadas razones en que fundaba su actitud, sería la contestación categórica de entonces en adelante a cualquier intento de arreglo pacífico.

Tres años más tarde (1859), Garibaldi, el más famoso de los jefes que acaudillaban a «voluntarios italianos», particularmente del sur de la Península, hombres resueltos a todo por conseguir la unificación del país, al frente de sus famosos «Mil», avanzaba sobre Nápoles con el intento de apoderarse de esta plaza, proclamarse rey de Italia y marchar luego sobre Roma.

Mas el ejército piemontés, dispuesto a neutralizar la acción subversiva del guerrillero, destacó un cuerpo de tropas a través de las provincias pontificias de Las Marcas y Umbría. Contra él salió el ejército pontificio de 20.000 hombres comandados por el general Lamoricière con el fin de hacer respetar la inviolabilidad del territorio papal. Pero sólo consiguió resultar totalmente batido en la batalla de Castelfidardo, aldea próxima a Loreto. Como consecuencia de esta derrota, la Santa Sede perdía las diez provincias que integraban prácticamente el Estado Vaticano. Le quedaba Roma y su entorno, defendida por la ayuda que le quisieran dar las potencias extranjeras católicas. Y de momento, sí pudo contar con el apoyo de Francia, siempre dispuesta a impedir que la Revolución llegara a la Ciudad Eterna.

Mas esta situación no tardó en cambiar. Fue en 1864 cuando, por exigencias del panorama internacional europeo, Francia e Italia estrecharon sus relaciones mutuas y se hicieron concesiones recíprocas. El Gobierno de Napoleón prometió retirar la

guarnición que tenía en Roma a cambio de la cesión, por parte del Gobierno Revolucionario, de las provincias fronterizas de Niza y Saboya y de la promesa de no atacar, al menos durante los dos próximos años, la Ciudad Eterna.

Entonces ocurrió que Garibaldi, que había sido relegado a la isla Caprera como consecuencia de su intento de apoderarse de Nápoles, creyó llegada nuevamente la ocasión de su propia exaltación y, lleno de impaciencia, y pregonando a los cuatro vientos que «lo de Roma lo arreglaba él», comenzó a subir desde Sicilia, en una marcha triunfal, siempre al frente de sus «descamisados», hacia el centro de la Península. Así llegó hasta las puertas de Roma, sin que nadie le hubiera salido al paso, porque el Gobierno Revolucionario, al igual que la otra vez, pensaba, en su momento, arrebatárle de las manos el fruto de sus conquistas.

Mas no eran los mismos los planes del gobierno imperial, el cual, estimando que aquella actitud constituía un quebrantamiento de los pactos y una provocación, decidió intervenir. Y mandó el «cuerpo expedicionario» al que hemos hecho referencia. El que, junto con el ejército pontificio de Lamoricière, infligió la tremenda derrota de Mentara (1866) a aquella turba de facinerosos, capaces de todos los desmanes (3 de noviembre). Garibaldi tuvo 1.000 muertos y 1.500 heridos y prisioneros, entre los que se hallaba de nuevo él mismo.

El asalto a Roma (1870)

Con esto, las esperanzas parecían haber vuelto a renacer en los medios vaticanistas. Sobre todo, tras la mencionada declaración del emperador galo y su cambio de actitud frente a la Revolución. Pero el optimismo no tardaba en recibir un rudo golpe con la declaración del rey sardo en el Parlamento. Declaración de reafirmación de los propósitos que no se habían abandonado nunca.

«Queremos unánimemente el cumplimiento de la unidad italiana. Roma, tarde o temprano, por necesidad de las cosas y la razón de los tiempos, deberá convertirse en la capital de Italia.»

En consecuencia, nadie se hacía ilusiones, al menos a largo

plazo, respecto del resultado final. La suerte sobre el destino de Roma estaba echada. Lo sabía el Papa, aunque pretendía ocultárselo a sí mismo. Y lo sabía también Don Bosco, sagaz intérprete de los acontecimientos futuros. He aquí un breve diálogo mantenido con el Augusto Pontífice pocos meses antes del acto final de aquel drama cuyo desarrollo tan preocupado traía al mundo entero cristiano.

El Vicario de Cristo, en la última audiencia concedida al fundador el año 1870, había urgido al apóstol de Valdocco a que le diera noticia exacta de lo que iba a ocurrir con la marcha de la Revolución, persuadido como estaba de su carisma profético.

«—Santidad —había contestado él, tratando de velar aún su respuesta, quitándole un tanto de crudeza—. La amenaza que pesa sobre Roma es grave.

—Deme una respuesta más concreta, Don Bosco —había insistido el Pontífice.

—¡No soy profeta, Santidad!

—¡Sí, sí! ¡Dígame lo que sabe!

—¿De verdad quiere que se lo diga sin velos ni tapujos...?

—¡No sólo lo deseo, sino que se lo mando!

—Pues bien, escuche: La guerra que se adivina entre Francia y Prusia estallará este mismo año. Francia retirará de Roma la guarnición que la defiende, si bien con esta medida no evitará experimentar el peso de la más grave derrota que haya conocido en su historia. Sus ciudades sufrirán mucho. En especial, París. Pero, entre tanto, los patriotas italianos aprovecharán esta ocasión para entrar en la Ciudad Eterna.

—¡Oh, basta, basta! —había exclamado el Vicario de Cristo en este punto—. ¡Me ha quitado usted el sueño para días!»

En efecto, la declaración de guerra entre las potencias señaladas por Don Bosco tuvo lugar el 19 de julio de aquel mismo año. Exactamente el día siguiente de la proclamación del dogma de la «infalibilidad papal», en virtud de la cual se había reforzado poderosísimamente la autoridad del Vicario de Cristo, como si quisiera ser una compensación de lo que, por otra parte, estaba

a punto de perder definitivamente. Dos meses más tarde, esto es, el 20 de septiembre, tenía lugar el asalto a Roma.

Comandaba el ejército italiano el general Cadorna, el cual disponía de un contingente de hombres del orden de los 50.000, mientras que Kanzler, general en jefe del ejército pontificio, sólo disponía de 12.000. Las tropas regulares francesas que hasta entonces habían defendido con su presencia la entrada de los italianos en la Ciudad Eterna, habían sido retiradas por decisión de Napoleón a raíz de la declaración de guerra contra Prusia. Y también se habían ido los zuavos pontificios, voluntarios franceses casi en su totalidad, que defendían el Estado Vaticano.

El Papa, después que se disparó el primer cañonazo del ejército asaltante, dio órdenes a Kanzler de ofrecer una resistencia meramente simbólica, con el fin de evitar el derramamiento de sangre, que estimaba inútil. Mas el general pontificio se excedió, deseoso de combatir. Entonces, Pío IX hizo detener el combate por sí mismo. Luego convocó a todo el Cuerpo Diplomático y protestó solemnemente del atropello que se le hacía, de parte del Gobierno de la Revolución. A continuación mandó izar la bandera blanca en la cúpula de San Pedro. Las bajas del combate fueron de cuatro soldados del ejército pontificio y treinta y dos del asaltante.

El ejército piamontés abrió a cañonazos una brecha cerca de la Puerta Pia y por allí penetraron los primeros asaltantes, los cuales ocuparon rápidamente la ciudad, con el fin de impedir el saqueo y la devastación de los voluntarios de Garibaldi y Mazzini, cuyas unidades estaban formadas por sujetos poco recomendables.

El proceso unitario italiano iniciado en 1815 a raíz de la caída de Napoleón I, y el consiguiente desmoronamiento de su sueño imperialista, había acabado. Italia entraba a formar parte de las grandes potencias europeas cuya gestación, al igual que la suya, había sido asimismo costosa, aunque más temprana.

La situación posterior

El día 2 de octubre del mismo año (1870) se celebraba un plebiscito en todas las provincias arrebatadas al Papa. El resultado fue de una gran mayoría de votos en favor de la anexión al

nuevo Estado Italiano. Era el refrendo, a nivel popular, de la acción unificadora de los Gobiernos de la Revolución. La «Unità Italiana» era ya un hecho irreversible.

En consecuencia, el Gobierno presentó al Pontífice Romano una Ley de Garantías (13 de mayo del 1871) por la que se hacían a la Santa Sede estas proposiciones realmente ventajosas: *a)* Respeto a la inviolabilidad de la sacra persona del Papa; *b)* reconocimiento de su condición de Soberano; *c)* propiedad del palacio y basílica de San Pedro del Vaticano, los de San Juan de Letrán, la Cancillería y la villa de Castelgandolfo, a 30 kilómetros de Roma, junto al lago Albano, lugar de residencia veraniega de los Papas; *d)* garantía de plena libertad para celebrar los cónclaves y los concilios; *e)* renuncia, por parte del gobierno italiano, de toda injerencia en los asuntos de carácter eclesiástico; *f)* una dotación anual de 3.250.000 liras.

Pío IX, sin embargo, se cerró de plano a todo trato con el gobierno revolucionario. Pero esta decisión, que con tanta evidencia nos parece hoy digna de censura, tras la positiva experiencia de medio siglo de arreglo negociado, estuvo motivada por varias causas, entre las que cabe mencionar: *a)* el creciente anticlericalismo de que habían comenzado a dar muestra muchos elementos adictos a la Revolución triunfante; *b)* la poca confianza que parecía merecer un Gobierno que se presentaba, en cierta manera, como incapaz de controlar a los más exaltados revolucionarios por sentirse en deuda con ellos y ante el temor que le inspiraban, y *c)* el clima que repentinamente se había creado en todo el mundo en favor del Gran Caído del Vaticano y en contra de la Ley de Garantías o de cualquiera otra fórmula de arreglo pacífico.

Todo ello parecía inducir a nutrir una cierta esperanza de recuperar lo que se había perdido. Y esta esperanza se la mantenían encendida al Vicario de Cristo las numerosas peregrinaciones que, sobre todo a partir de entonces, comenzaron a llegar a Roma a aclamar al «Papa-Rey».

En consecuencia, Pío IX publicó una encíclica, la *Ubi nos*, como réplica a la Ley de Garantías, en la que fijaba su propia posición, que era ésta: *a)* El, en su condición de Jefe de la Iglesia, se consideraba ultrajado y expoliado en sus legítimos derechos al ejercicio del poder temporal en el Estado Vaticano; *b)* rehusaba

todo ofrecimiento compensatorio, tal como se le ofrecía en la Ley de Garantías; *c)* lanzaba la «excomunión mayor» contra los expoliadores de la Sede Apostólica. Y principalmente contra aquel Gobierno, autor del atropello, y los que le hubieren de suceder al frente de la nación italiana; *d)* se consideraba, a partir de entonces, «prisionero» en el recinto del Vaticano, renunciando, incluso, a trasponer la puerta de bronce para salir aun a la plaza; *e)* se comprometía a denunciar continuamente aquella injusticia y atropello de que se le había hecho víctima.

Y esta situación de violencia y de intransigencia se prolongaría por espacio de ¡59 años! Hasta la celebración del Pacto de Letrán, firmado en el año 1929 por Pío XI y Benito Mussolini, dictador fascista, gran patriota y propulsor eficaz del progreso material y cultural del pueblo italiano.

LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA (1868-72)

Los orígenes (1852-57)

Aprobada la Congregación Salesiana, Don Bosco pensó en extender su apostolado también a las niñas mediante la fundación de una nueva congregación religiosa femenina: la de las Hijas de María Auxiliadora o Salesianas.

Sin embargo, la verdad es que esta decisión no fue debida primordialmente a una idea suya original e, igualmente, que aquí le conviene mejor el nombre de «cofundador» que el de simple «fundador». Pero este designio entraba, sin duda, en los planes que Dios tenía sobre él. Y fue la Providencia misma, que de forma admirable venía dirigiendo los pasos de este hombre singular, la que, por caminos extraños, le ofreció una oportunidad que él no desaprovechó. De manera abreviada, ésta es la historia.

En 1852, un sacerdote de la diócesis de Génova, Don Domingo Pestarino, había fundado en su propio pueblo, Mornese, una «asociación piadosa» con un cierto número de muchachas a cuyo frente había puesto a María Dominica Mazzarello, de dieciséis años de edad a la sazón.

Estas chicas, de acuerdo con su director espiritual, se habían trazado un programa de vida que habían cuidado fuera sancionado por un piadoso sacerdote genovés, el P. Frassinetti, experto en movimientos religiosos juveniles. Sucedió esto en 1855. Y este hecho puede ser considerado como el «origen remoto» de la nueva Congregación, que por entonces se llamó Pía Unión de las Hijas de María Inmaculada.

Un paso más se dio en 1857, cuando esta Piadosa Asociación fue visitada por el Ordinario de la diócesis genovesa, Monseñor Contratto, el cual recibió una especie de «profesión» de las muchachas componentes de ella, mientras que les imponía una

medalla de la Virgen Inmaculada como símbolo de pertenencia a la Asociación y aprobaba una Regla. Así nacía una Congregación de «derecho diocesano». En virtud de estos hechos, María Mazzarello, con un reducido número de sus compañeras, se imponían a sí mismas una norma de vida semejante en todo a la de las «religiosas profesas», aunque sin votos. El Reglamento decía entre otras cosas:

«Esta Pía Unión está compuesta de muchas jóvenes deseosas de alcanzar la perfección cristiana no sólo mediante el exacto cumplimiento de la ley de Dios, sino con la práctica de los Consejos Evangélicos. Las socias se proponen evitar no sólo los pecados mortales, sino también los veniales y observar perfecta castidad durante toda la vida... sin que les falte la decidida intención de someterse plenamente a la obediencia del Director espiritual en los asuntos concernientes a la conciencia y a la Superiora en cuanto guarda relación con la Regla...»

Se hallan, por tanto, integrados los elementos constitutivos de la esencia de la vida religiosa. Y por lo que atañe a las actividades específicas, expresamente señaladas en la misma Regla, se hace referencia, de manera muy especial, a la «formación integral cristiana de las niñas, descuidadas por los propios padres». Era, por tanto, la misma incumbencia que había asumido el apóstol de Valdocco respecto de los niños y adolescentes de igual condición social. No iba a ser, por lo mismo, difícil penetrarse para avanzar unidos en aquella empresa común.

El contacto con Don Bosco (1862-71)

En 1862, el P. Pestarino conoció a Don Bosco. Fue, a decir verdad, un encuentro «casual», si algo puede quedar al margen de la acción providencial divina, solícita del bien de sus hijos, los hombres. Cierta día de aquel año, ambos sacerdotes coincidieron viajando en el tren. El P. Pestarino informó al apóstol turinés de la existencia de aquella Piadosa Asociación de Mornese.

Don Bosco se congratuló con él por el bien que de ella estaba resultando a la juventud mornesina y le dijo que también a él le

habían insistido algunos obispos para que extendiera su acción apostólica a las niñas en la forma que lo venía haciendo con los niños, mas que, por entonces, no se había resuelto, tal vez, por no haber hallado una buena oportunidad. Antes de separarse, Don Bosco invitó a su compañero de viaje a hacerle una visita en el Oratorio, lo cual no dejó de cumplir el P. Pestarino algo más tarde.

Llegado a Valdocco, quedó profundamente impresionado por cuanto tuvo ocasión de ver con sus propios ojos. Y su entusiasmo llegó hasta tal punto, que allí mismo pidió al fundador quisiera admitirle entre sus salesianos. Y, puesto que, a la sazón, las formalidades canónicas de un noviciado eran harto menos exigentes que las establecidas luego por el Código de Derecho Canónico, el santo le inscribió entre los suyos, después de una convivencia en el Oratorio de algunos meses. Luego volvió a enviarle a Mornese, a continuar la dirección de las Hijas de María Inmaculada.

En 1864 Don Bosco visitó Mornese. Llegó allá acompañado de un buen grupo de niños del Oratorio para dar realce a las funciones litúrgicas que se celebraban con ocasión de las fiestas de la población. El santo hombre de Dios predicó en la iglesia del pueblo y se puso al servicio de los que desearan tener contacto con él. Pero dedicó una atención preferente al grupito de aquellas muchachas, decididas y valerosas, de la Asociación. Sus palabras fueron una exhortación a continuar en el ejercicio del apostolado que llevaban entre manos.

Como fruto de esta visita, la población de Mornese decidió llamar a los salesianos para que educaran cristianamente a sus hijos. Y a este fin, resolvieron construir un pequeño colegio con la aportación de todos los vecinos. El fundador, ante aquella explosión de entusiasmo y generosidad, no supo negarse y dio su palabra de mandar allá a sus hijos.

Sin embargo, aquel edificio no habría de acoger a los salesianos, sino a las Hijas de María Auxiliadora, las religiosas que él estaba para fundar con la colaboración del P. Pestarino sobre la base de las Hijas de María Inmaculada.

Las primeras religiosas salesianas (1871-72)

Mientras ocurrían estos hechos, a primeros de mayo de aquel

año, el fundador reunía a su Consejo, formado por los PP. Rúa, Savio, Cagliero, Durando, Ghivarello y Albera, y les anunciaba que iba a proponerles un asunto de mucha importancia.

«—Se trata —dijo— de ver si resulta posible que hagamos con las niñas lo mismo que estamos haciendo con los niños. Son muchas las personas dignas de consideración que me lo vienen pidiendo desde hace mucho tiempo. Por mi parte, debo decir que si se tratase sólo de mi gusto e inclinación natural, no me decidiría a asumir la responsabilidad de este género de apostolado. Pero temería contrariar los designios de la Providencia si no sometiera a madura reflexión un asunto de tanta importancia. Por tanto, os lo propongo a vosotros y os invito a pensarlo en la presencia de Dios. Dirijamos nuestras súplicas de una manera especial durante este mes a fin de que El nos ilumine para acertar con lo que sea de su agrado.»

Pasó el mes. El padre vuelve a reunir al Consejo y comienza por oír el parecer de cada uno de los miembros. Primero, el del P. Rúa, el más representativo. Luego, el de los demás. Todos, unánimemente, están de acuerdo en afirmar que aquella empresa «es conveniente».

«—¡Bien! —dice él—. Ahora podemos tener por cosa segura que es voluntad de Dios que nos ocupemos también de las niñas. Y para comenzar con algo más positivo que una simple declaración de principios, propongo que sea destinada a esta obra la casa que el P. Pestarino está construyendo en Mornese.»

La propuesta quedó aceptada en aquel punto.

Cuando el P. Pestarino tuvo conocimiento de la resolución adoptada por el Consejo de la Pía Sociedad Salesiana se quedó de piedra. El Colegio había sido pensado, desde un principio, para los niños de la localidad, según se ha dicho. Había sido aquella la condición bajo la que habían comenzado a edificarlo y bajo la que continuaban financiándolo los vecinos del pueblo. ¿Qué iban a decir ahora, cuando se enteraran del nuevo destino? ¿Qué razones podría él aducir, capaces de apartar la sospecha de

haberlos hecho víctimas de un engaño? No obstante, inclinó la cabeza y se sometió sin chistar a la voluntad de sus superiores.

Sucedían estas cosas en el verano de 1871. Hasta aquel momento eran sólo «cuatro» las jóvenes verdaderamente comprometidas, es decir, las que se habían resuelto a dejar sus propios hogares y vivir en comunidad en una casa alquilada a este fin. Allí se ocupaban en enseñar a las niñas costura, y en formarlas moral y religiosamente.

A comienzos del año siguiente, 1872, el fundador llamó a Turín al P. Pestarino y le habló en estos términos:

«—Puesto que el espíritu que reina en esas chicas que han adoptado la forma de vida en común es excelente, reúnalas y exhortelas a que elijan un Consejo directivo entre ellas. Invite también a todas las demás Hijas de María a que asistan a la reunión y trate de inducir las a que se unan a ellas para hacer realidad esta obra que el Señor desea.»

Efectivamente, el 29 de enero se celebraba una Asamblea General. A ella concurrieron en número de 27. El P. Pestarino les dio a conocer cuanto Don Bosco le había ordenado. Se rezó el himno de invocación al Espíritu Santo. Luego, delante de un crucifijo colocado en una mesa, entre dos velas, se procedió a la elección de la Superiora.

María D. Mazzarello obtuvo 21 votos, es decir, una mayoría abrumadora. Resultó, por lo mismo, elegida en el primer escrutinio. Ella quiso renunciar allí mismo y suplicó con insistencia ser exonerada de aquella carga que estimaba «superior a sus fuerzas», porque ella era, decía, «una mujer indocta; una campesina incapaz de gobernar a nadie». Y su ruego era totalmente sincero, porque era fruto de una humildad auténtica. El P. Pestarino dijo que él no se atrevía a decidir.

«—Pongamos este asunto en manos de Don Bosco —dijo al fin ella—. Yo sólo aceptaré en el caso de que él me lo mande.»

Y Don Bosco, naturalmente, confirmó la elección. Con ello se habían echado los cimientos de una Sociedad Religiosa destinada, como la de los Salesianos, a alcanzar un ámbito universal

tras el reconocimiento de la Sede Apostólica. La elección de «Madre Mazzarello» había resultado oportunísima, como corroboraría el tiempo. ¿En qué hombros podía descansar mejor aquel peso que sobre los de una santa auténtica, la hoy elevada a la gloria de los altares, Santa María D. Mazzarello?

El P. Pestarino, entre tanto, iba dando largas al planteamiento del nuevo destino asignado al colegio que ya estaba prácticamente acabado. Y era que temía, con razón, provocar las iras de los defraudados mornesinos.

Mas una circunstancia imprevista vino a facilitar las cosas. El cura párroco debió abandonar su propia casa por amenazar ruina. Las Hijas de María le cedieron «temporalmente» la suya, estrecha ya e incómoda para tantas como eran ahora. Y pasaron a habitar «provisionalmente» el colegio recién construido, mas ya no volverían a salir de él. El llegaría a ser su «casa solariega».

Sin embargo, la tormenta estuvo a punto de estallar cuando los mornesinos llegaron a comprender que ya no tendrían colegio para sus hijos y que los salesianos ya no irían allí. Sólo la veneración que sentían hacia el santo de Valdocco consiguió mantenerlos en calma.

El 5 de agosto de este mismo año se llevó a cabo la vestición del hábito de las nuevas religiosas. Aquel mismo día, 11 muchachas emitían sus votos religiosos. La función fue presidida por monseñor Sciandra, obispo de Acqui. Don Bosco se halló también presente al acto.

APROBACION DE LAS REGLAS SALESIANAS (1874)

Síntesis de su gestación (1858-1874)

Las Reglas, en una Congregación u Orden Religiosa, pueden compararse a los raíles por los que discurre un tren. Por ellos marcha con facilidad y sin impedimentos hacia su destino. Y así también, por medio del cumplimiento de las Reglas, los miembros de un Instituto religioso marchan con seguridad y facilidad hacia el ideal de la perfección.

Don Bosco, por consiguiente, pensaba que, conseguido este objetivo de la aprobación por parte de la autoridad pontificia de las Reglas de su Sociedad, todo quedaba resuelto y bien atado, mas que si esto no se lograba, se había trabajado poco menos que en balde. Por eso, a partir de 1869, de manera especial, es decir, después de la aprobación definitiva de la Congregación Salesiana, no tenía otro empeño mayor que éste, según se expresaba él mismo el 30 de diciembre de 1873 ante el P. Joaquín Berto, que le había acompañado a la Ciudad Eterna.

«—Escucha —le dijo en esta ocasión—. En los pocos años que me restan de vida no tengo otro deseo que el de ocuparme de la sistematización y consolidación de nuestra Congregación. Terminado esto, lo demás no tiene ningún interés (*attrattiva*) para mí.»

En realidad, el primer esbozo de las Reglas había sido presentado por el fundador al Papa en su primera visita a Roma en 1858, como ya conoce el lector. Y se trataba de un esbozo que, por cierto, había merecido la aprobación y el aplauso incondicional del Vicario de Cristo, el cual hubiera deseado que se le prestara viabilidad, sin más, por parte de los examinadores de la Curia Romana. En aquella ocasión, el Romano Pontífice había

animado al fundador a crear una nueva Institución religiosa que él estimaba «necesaria para conservar la unidad de espíritu y de acción» de los que colaboraban con él en la obra de los oratorios. Mas esto había de hacerse, le decía, mediante unas Reglas que fueran «de fácil observancia y suaves». Le había aconsejado también que la designara preferentemente con el nombre de «Sociedad» antes que con el de «Congregación», por ser aquel «más laical». Entonces las Reglas habían sido entregadas al cardenal Gaude para su examen y consiguiente aprobación.

En 1864, al conceder el *Decretum laudis*, por el que se elogiaba el fin de la nueva Institución eclesial, se daba el «visto bueno» también a las Reglas en general, mas con la inclusión de 13 «animadvertiones», esto es, trece puntos que «debían ser profundamente modificados».

A partir de este momento, Don Bosco había comenzado a trabajar sin tregua por mantener, si no el sentido literal de aquellos puntos en litigio, sí el fundamental de ellos, pues entendía que eran cabalmente ellos los que representaban el espíritu de novedad que él deseaba introducir y sin el cual ni habría sido tolerada por el Gobierno supresor de las entidades religiosas ya existentes, ni, tal vez, hubiera valido la pena proceder a una nueva fundación. Y aquí estaba el origen de las tremendas dificultades a que había de hacer frente, porque la «novedad» no era bien vista en Roma.

Esto exigió al fundador un trabajo ímprobo, pues le obligó a pensar y repensar, introducir y quitar y a leer las Reglas de otros Institutos religiosos ya aprobados por ver de aprovechar lo que en ellos se acomodara a la índole que deseaba dar a las suyas. Entre otras consultó las de los Rosminianos, las de la Congregación de las Escuelas de la Caridad, las de los Oblatos de María, etc., entre los modernos. Así, al llegar el 1867, después de haberlas redactado no menos de «una docena de veces», pudo llevar a Roma una copia en lengua latina, cuidadosamente caligráfica, que pretendía fuera la definitiva. Mas aun había de pasar mucho tiempo antes de merecer la aprobación incondicional.

Actitud incomprensible

Y se llegó al año 1874. Entonces, en el mes de febrero, el

fundador decidió salir nuevamente para la Ciudad Eterna, resuelto a «dar la batalla final». Las dificultades seguían existiendo. Sobre todo, por la actitud, cada día más enconada, del nuevo prelado turinés, ya monseñor Gastaldi, que había sucedido a monseñor Riccardi en 1869. Don Bosco contaba ahora con la aprobación de más de 40 obispos, todos los cuales deponían en su favor y hablaban elogiosamente de aquella nueva congregación.

Monseñor Lorenzo Gastaldi había sido nombrado obispo de Saluzzo, primero, y transferido más tarde a la archidiócesis de Turín, por gracia y favor de Don Bosco, el cual, en este punto, había opinado en contra del parecer de muchas y muy respetables personas que le advertían que no se fiara de aquel hombre. Entre ellas, el mismo Papa, el cual, ante la insistencia de Don Bosco, había acabado por decirle:

«—Bien, puesto que usted así lo quiere, yo se lo otorgo.»

Ahora, en cambio, en esta ocasión, según refirió monseñor Vitelleschi, amigo íntimo del fundador, éste había sostenido con Pío IX este breve diálogo:

«—Don Bosco, ¿cómo se le ocurrió proponer a monseñor Lorenzo Gastaldi para arzobispo de Turín? ¡Sin duda, no le conocía bien! Es un hombre poco de fiar. Pero, en fin, usted se empeñó, en contra de mi parecer, y ahora tiene que cargar con las consecuencias. ¡Le está bien!

—¡Padre Santo, por desgracia, ahora me toca hacer penitencia! —había contestado el fundador.»

Y también se había oído al apóstol aplicarse a sí mismo el dicho de la madre del noble romano Coriolano, la cual, haciendo referencia al comportamiento de su hijo para con ella, había comentado:

«Por haber tenido un hijo, vivo en la esclavitud.»

¡Extraña la actitud de este prelado! Monseñor Gastaldi era conocedor como pocos del bien que se hacía en el Oratorio y en todas las otras casas de Don Bosco, con el que había colaborado

sinceramente durante muchos años. La archidiócesis que él regía a la sazón había cosechado a manos llenas los espléndidos frutos de los esfuerzos del apóstol de Valdocco y de sus hijos. El había visto, él palpaba a todas horas, cómo un número muy grande de la grey confiada a sus cuidados se iba mejorando de día en día, cómo había más frecuencia de sacramentos, cómo se llenaban los templos, cómo el ejercicio de la caridad aumentaba, cómo disminuía la irreligiosidad y el vicio, cómo se acrecentaba el número de los que se resolvían a escalar la cima del «monte santo del Señor» para emplear sus vidas en pro de la porción del rebaño, cuya responsabilidad Dios había echado sobre sus propios hombros. ¡Y, no obstante, era el más opuesto a la consolidación de aquella Institución! En el memorial que había dirigido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares se expresaba en estos términos:

—«Estimo un deber mío de la mayor gravedad exponer a V. E., señor cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, y por su mediación a todos los miembros de la misma citada Congregación, el estado de las cosas de la Congregación de San Francisco de Sales. A este respecto, me urge conocer de V. E. si deba considerársela como ya aprobada por la Santa Sede, esto es, autorizada para gozar de los derechos y privilegios de los Regulares o debe ser considerada como una Congregación que goza sólo de la benevolencia de la Sede Apostólica. Y, asimismo, si los privilegios que hasta ahora se le han concedido deben ser entendidos de forma provisional y *ad experimentum* y no extenderse jamás al disfrute de los Privilegios Generales concedidos a los Regulares.»

Fácilmente se echa de ver el veneno vertido en esta exposición en la intencionalidad con que la dirige a la Sagrada Congregación y en los puntos que destaca. E, igualmente, las mismas suspicacias y recelos trataba de insinuar en el ánimo de los otros obispos del Piamonte, sufragáneos suyos, así como en otros miembros de las Congregaciones Romanas.

¿Qué móviles secretos le inducían a adoptar una postura semejante, defendida con verdadera tozudez durante más de diez

años? ¡Es un secreto que él se llevó a la tumba y que ya a nadie le será dado descifrar! La razón aparente era «el bien, la defensa de su rebaño». Pero resulta más que sospechoso a tenor de lo dicho. Don Bosco encaminó hacia el santuario, a lo largo de su vida, un número aproximado de 6.000 sacerdotes. De ellos, unos 400 se quedaron con él. Los restantes fueron a nutrir las filas del clero diocesano de Italia. Y, naturalmente, las diócesis que más se beneficiaron fueron las del Piamonte. Y de manera especialísima, la de Turín.

En fin, sea lo que fuere, el hecho está ahí. Monseñor Gastaldi había disparado la primera batería de una guerra durísima y prolongada. Una guerra que habría de durar «diez años», esto es, hasta que, mientras más encarnizadamente proseguía la desastrosa lucha, de improviso, Dios le llamaba a rendir cuentas de su actuación como Pastor y Padre de una de las más ilustres provincias eclesiásticas del mundo católico.

Naturalmente, en esta actitud nueva para con su amigo de antaño, no estaba solo. Muchas posturas tomadas a lo largo de numerosísimos episodios desafortunados, resultan inexplicables desde su posición anterior. Y, mejor aún, son una pura contradicción si no se tiene en cuenta la influencia que sobre él ejercieron sus colaboradores más cercanos en el gobierno de la archidiócesis. En todo caso, es lamentable tener que constatar, según ha dicho de él la crítica histórica, que «era uno en su actuación pública y otro en la privada».

La fuerza de la razón

Pero apartemos ya la vista del desagradable espectáculo para fijarla en el aspecto más atrayente de este complicado asunto. Citemos, siquiera por vía de ejemplo, un testimonio de los que hablaban en favor del fundador y de su obra. Es el del obispo de Vigevano, monseñor De Gaudenzi:

« Muchas diócesis, y singularmente la mía —dice—, se han beneficiado con óptimos sacerdotes salidos de los colegios de Don Bosco. Y, en verdad que no sería necesaria esta aclaración, por cuanto las obras del santo sacerdote hablan por sí solas. A nos, empero,

nos resulta cosa harto grata rendir este testimonio de la admiración y gratitud que profesamos a un sacerdote al que hemos apreciado constantemente y en quien, desde los primeros esbozos de sus empresas, hemos admirado a un hombre suscitado por el Señor para gloria del sacerdocio católico y bien de la humanidad.»

Don Bosco presentó a la Sagrada Congregación una relación en la que hacía una detallada exposición de la marcha progresiva que había seguido su Sociedad desde que el Oratorio había nacido de un germen insignificante y se había desarrollado de manera muy precaria en medio del acoso de múltiples enemigos, hasta la estabilidad que había logrado su obra en los últimos años. Y no olvidó citar las palabras de aliento y de apoyo del Sumo Pontífice en las numerosas audiencias que le había concedido. Ni pretermitió la realidad del bien que él y sus colaboradores habían llevado a cabo hasta entonces. Hasta hizo referencia, aunque de forma muy discreta, a la «inspiración» que había recibido del Cielo para llevar a término sus designios.

Aludió también a los «tiempos difícilísimos» para la subsistencia de cualquier Orden o Congregación Religiosa que le había correspondido vivir. «Tiempos —decía— en los que se habían suprimido por centenares las casas religiosas y ninguna Orden o Congregación había permanecido al margen de la persecución o la supresión». A pesar de lo cual —continuaba diciendo—, «la suya había surgido y se había desarrollado con el aplauso general y sin haber hallado verdaderas dificultades», pues todas las que había encontrado habían tenido su origen en la incompreensión. No solo, sino que había contado con el favor y apoyo de los mismos que se jactaban de haber acabado con todas las restantes. Concluía su exposición con estas palabras:

«—Esta Pía Sociedad cuenta ya treinta y tres años de existencia. Nació y se consolidó en tiempos y lugares borrascosos en los que se pretendía destruir todo principio y toda autoridad religiosa. Y, en especial, la del Sumo Pontífice. En tiempos y lugares en que, de hecho, fueron dispersadas y suprimidas las Ordenes religiosas de uno y otro sexo, se suprimieron las Cole-

giatas, se congelaron los bienes del seminario y los pertenecientes a los obispados. Eran tiempos en los que, puede decirse, se llegó a anular las vocaciones eclesiásticas y religiosas...

En cuanto a la posición de esta nueva Congregación frente a la Iglesia, es ésta: No se ha llevado a cabo jamás cosa alguna sin el consentimiento y la aprobación expresa de las autoridades eclesiásticas. Ni jamás, por cuanto puede conocerse, ha habido quejas de parte de estas mismas autoridades o de las civiles, ya sea contra los socios que la componen, ya contra el funcionamiento de la Congregación misma.»

Este Memorial fue ampliamente difundido entre los miembros de las Sagradas Congregaciones Romanas.

El triunfo de la fe y la constancia

El 16 de marzo el fundador anunciaba a los socios de la Congregación Salesiana la inminencia de las discusiones en torno al tema y los invitaba, mediante una circular, a redoblar su fervor religioso, a rezar mucho y a exhortar a sus alumnos a que también ellos rezaran e hicieran alguna penitencia especial; a que el comportamiento de cada uno fuera el mejor posible. Y los emplazaba a que el 3 de abril, día de Viernes Santo, se rezara de manera especial ante el Señor Sacramentado expuesto.

Era un dispositivo que no podía dejar de alcanzar su objetivo. Y, efectivamente, el 24 de aquel mes de marzo se reunió la Comisión de Eminentísimos Cardenales: Patrizzi, De Lucca, Bizzarri y Martinelli, en una sesión de varias horas. La impresión al fin de aquella primera jornada era francamente optimista. Restaba una segunda sesión, aplazada hasta el día 31. Esta segunda reunión se prolongó desde las nueve de la mañana hasta la una y media de la tarde. Las Reglas fueron aprobadas. Tres de los votantes lo hicieron en forma definitiva, mientras que el cuarto se pronunciaba en favor de una experiencia de diez años.

El 3 de abril le fue presentado al Sumo Pontífice el resultado de la votación. El Papa experimentó viva satisfacción por él. Y sumando su decisiva aportación, de acuerdo con lo que había

opinado siempre respecto de aquel asunto, añadió su propio voto con estas palabras:

«—¡El voto que falta se lo doy yo! ¡Extiéndase el decreto de aprobación definitiva!»

Aquella misma tarde acudió el fundador al Secretario Viteschi para conocer el resultado. El purpurado le dijo:

«—¡Enhorabuena, Don Bosco! ¡Las Constituciones de su Congregación han sido definitivamente aprobadas! Y las Dimisorias absolutas, por diez años! ¡Es un triunfo!»

Y el Santo, en una de sus salidas ingeniosas y desconcertantes, rebosante de alegría, dijo al secretario:

«—¡Eminencia, tome este terrón de azúcar!» (El prelado estaba cenando.)

El coloquio se prolongó hasta pasadas las diez de la noche.

Al día siguiente, el fundador comenzó a visitar a los miembros que habían integrado la Comisión para darles las gracias. El cardenal Martinelli, al despedirle, le pidió la bendición con estas palabras:

«—¡Siervo fiel del Señor, tengo necesidad de que me bendiga!»

El cardenal De Lucca le invitó a comer el miércoles de Pascua, día 5, en estos términos:

«—Deseo que me haga un favor: Venga el miércoles a comer a mi casa. Invitaré a algunos amigos.»

Don Bosco aceptó la invitación. Estaba del mejor humor. Con sus narraciones y sus ocurrencias tuvo entretenidos a todos los comensales que se hallaron pendientes de sus labios durante toda la comida. Y, en particular, hizo reír tanto al eminentísimo que, éste, de carácter más bien serio, dijo luego no haberse reído tanto en la vida.

Finalmente, el día 8 fue recibido por el Vicario de Cristo. Cuando el Pontífice le tuvo delante, exclamó:

«—¡Esta vez todo ha acabado bien!
—¡Sí, Padre Santo. Y estoy contento!
—También lo estoy yo —contestó el Papa.»

El Vicario de Cristo recibió del fundador un ejemplar del libro «La historia de Italia» que por aquellos días había impreso el mismo Don Bosco y de la que era autor. El Papa leyó algunos párrafos y comentó:

«—¡Viva Don Bosco! ¡Conozco de qué espíritu estáis animado!»

Luego, le otorgó algunos favores que el Santo solicitó de él. A punto de despedirle, dijo el Pontífice:

«—Pero ahora, ya no me pida más favores!
—Y sin embargo, Padre Santo, tengo necesidad de que me conceda otro.
—¡No, no! ¡En absoluto! ¡Ni uno más!
—Entonces no me va a servir para nada la aprobación de las Reglas!
—Pues, ¿cuál es vuestra petición...?
—Santidad, la dispensa de la edad de los Consejeros de nuestra Congregación. La edad requerida por las Constituciones para ellos es de treinta y cinco años y de entre mis hijos casi nadie llega a ella.
—El tiempo pondrá remedio —concluyó el Pontífice.»

Y quiso que, de momento, se dejaran las cosas como estaban, esto es, que continuaran los mismos ya designados, mas que cuando se hubiera de elegir a algún otro que no alcanzara esa edad, se pidiera dispensa a la Santa Sede.

Apoteosis triunfal y rabia del Averno

El fundador estaba contento, lo estaba el Vicario de Cristo y también el Cielo, que lo quiso demostrar de manera enteramente singular. Don Bosco regresó a Turín el 16 de abril. Era un día radiante de luz primaveral. Un cielo intensamente azul servía de marco espléndido a un sol que brillaba sin cendales a través de

una atmósfera totalmente diáfana. El Santo, apenas puso el pie en el Oratorio, se dirigió a celebrar la santa misa. Al terminar, ya le esperaba la multitud de alumnos con sus profesores aplaudiendo calurosamente y atronando el espacio con los gritos de «¡viva Don Bosco!».

Entonces, ocurrió un fenómeno singular. Sobre la habitación del fundador apareció de improviso un grandioso círculo luminoso de intenso color blanco, dentro del cual había otro brillantísimo, de varios colores semejantes a los del arco iris. El fenómeno duró cerca de un cuarto de hora. Todos los moradores del Oratorio lo pudieron contemplar a placer. Al desaparecer, prorrumpieron de nuevo en aplausos al Padre y se renovaron los gritos de ¡viva! El fenómeno volvió a repetirse después del mediodía. Esta vez, a mayor altura, como si quisiera envolver todo el Oratorio. Preguntado el Padre qué podría significar tan extraña señal, dijo:

«—Tal vez el Señor haya querido demostrarnos un símbolo de la victoria conseguida con la aprobación incondicional de la Sociedad de San Francisco de Sales, reavivar nuestra fe y consolarnos con el pensamiento de que el P. Provera se halla ya en el cielo.»

El virtuoso sacerdote salesiano acababa de expirar en el Oratorio y había sido un dechado de vida cristiana y sacerdotal.

Mas si el Cielo se alegraba por la victoria lograda, el Averno rugía de rabia. Y pretendió, una vez más, dirigir sus golpes contra el que tantas almas juveniles le estaba arrebatando. Poco después de este acontecimiento estuvo a punto de resultar víctima de un nuevo atentado. Sucedió así:

Era la hora de la cena. Guardando la portería se hallaba el joven Luis Deppert. Se había tenido noticia de que a Don Bosco le rondaba el peligro. Y era verdad. Deppert había dejado la puerta entreabierta. De repente, alguien la empuja violentamente. Tres muchachos se precipitan dentro. Son tipos que no inspiran confianza; que dan señales de haber bebido o lo fingen. El joven portero les sale al encuentro para saber qué es lo que desean.

«—¡Queremos ver a Don Bosco! —contestan con brusquedad.

—Perdonen, pero ésta no es hora de visitas. Vuelvan mañana.

—¡Nosotros no hacemos distinción de horas! —replican—. ¡Queremos verle ahora mismo!

—¡Y yo vuelvo a repetir que ahora no se le puede ver! Está cenando y no quiero molestarle.»

Mientras así habla, intenta cerrar la puerta rechazándolos a la vez hacia la calle. En aquel momento, en la mano de uno de ellos, brilla siniestramente la hoja de un enorme cuchillo que se hunde en el pecho de Deppert buscando el corazón. El asesino exclama mientras hiere:

«—¡Toma lo que iba destinado para tu amo! —Y se dan a la fuga.»

El pobre joven fue recogido en medio de un charco de sangre. Transportado con urgencia al hospital, logró salvar la vida después de un largo período de crisis. La policía, como ya había ocurrido en otras ocasiones semejantes, no consiguió dar con los asesinos.

LAS MISIONES SALESIANAS (1874)

El espíritu misionero del fundador

La ambición santa del «hombre-leyenda» no estaba aún satisfecha. Oculto en su pecho había continuado nutriendo muy vivo el ideal misionero que desde los años de su juventud había acariciado y al que con dificultad había renunciado bajo la responsabilidad de su santo director espiritual.

¡Cuántas veces su pensamiento, en alas de un celo auténticamente «católico», había rebasado los confines de la patria, lanzándose a recorrer las vastas regiones en las que habitaban millones y millones de infieles! ¡Qué pena experimentaba ante la consideración del peligro de condenación eterna en que estimaba puestos los hombres que aún no conocían la Ley de Cristo, único Redentor de todos los seres humanos y mediador de ellos ante el Padre! Con frecuencia se le veía pensativo delante de las cartas geográficas y se le había oído decir con angustia:

«—¡Ah, si tuviera muchos sacerdotes y clérigos!
¡Cómo me gustaría mandarlos a evangelizar la pampa argentina y la Tierra del Fuego, que son, tal vez, los lugares más necesitados de evangelización!»

La sospecha de que estas regiones fueran «las más necesitadas de ser evangelizadas» tenía su origen en él en un sueño que había tenido algo antes. En él había visto «comarcas vastísimas, recorridas constantemente por guerreros de proporciones atléticas, muy feroces. Hombres que se hallaban en un estado completamente salvaje. Guerreros ferocísimos que luchaban continuamente entre sí y que combatían igualmente con los de otras tribus indígenas. Y también con soldados vestidos a la europea. Y los había visto despedazar a algunos misioneros que habían intentado tomar contacto con ellos para llevarles la luz del

evangelio, izando luego, triunfantes, aquellos despojos humanos en las puntas de sus lanzas y recorrer así la comarca en un desenfreno de alegría feroz. Luego, había visto llegar también a sus salesianos, a los que los salvajes había respetado y acogido con gozo.

No obstante, Don Bosco había tardado en averiguar qué regiones eran aquéllas, aunque lo había intentado con empeño, pues los datos que le había proporcionado aquella visión se habían reducido a conocer que se trataba de una llanura vastísima al término de la cual se dibujaba confusa y vagorosa la silueta de una gran cordillera.

De las averiguaciones que había hecho a través de los libros de geografía y de las personas que había consultado, había conseguido sólo un conocimiento muy impreciso. Por algún tiempo había estado persuadido de que se trataba de Etiopía, puesto que los salvajes del sueño eran de un color negruzco, semejante al de los abisinios. Mas luego que hubo recibido la visita del misionero Comboni, joven sacerdote a la sazón, y más tarde fundador de los misioneros combonianos dedicados a evangelizar el continente negro, había acabado por desechar aquella idea. Y lo mismo le había ocurrido respecto de los chinos, los australianos y otras razas de hombres entre los que aún no se había anunciado el evangelio.

Finalmente, el año 1874, había llegado al Oratorio el cónsul de la República Argentina en la ciudad italiana de Savona, comendador Gazzolo. Acudía a Valdocco a suplicar a Don Bosco, de parte de monseñor Aneyros, arzobispo de Buenos Aires, y de monseñor Ceccarelli, párroco de San Nicolás de los Arroyos, quisiera enviar a algunos de sus salesianos a la República del Plata. Entonces había quedado desvelado el misterio, y el fundador había comprendido que se trataba de los hombres que poblaban las regiones australes de la gran nación Argentina. Y ya desde aquel punto no se apartó de su pensamiento la idea de enviar allá a sus hijos.

La primera expedición misionera salesiana (1874)

Entonces comenzó un carteo continuo con Buenos Aires. El celoso pastor de la capital de la República del Plata pedía al

fundador «con lágrimas en los ojos», que no le dejara sin la ayuda de los sacerdotes salesianos, el eco de cuyos éxitos en el campo de la formación religiosa y de la educación había llegado hasta allá. Don Bosco se dispuso, en efecto, a secundar tan nobles deseos en la medida de sus posibilidades, que no eran muchas por entonces. Fue a Roma y habló de este asunto con el Papa, el cual aplaudió calurosamente aquella nueva iniciativa del apóstol turinés.

Por consiguiente, el 12 de mayo de aquel mismo año, el fundador anunciaba a todos los moradores del Oratorio que el envío de misioneros a la Argentina era un hecho.

«—Se han recibido cartas, decía, en las que se me comunica que las autoridades civiles no menos que las eclesiásticas de San Nicolás de los Arroyos están deseosas de recibir a los hijos del Oratorio. El alcalde de aquella población besó el suelo en señal de reconocimiento a Dios al tener conocimiento de que nosotros habíamos aceptado enviar algunos sacerdotes, clérigos y salesianos coadjutores. Ahora, por consiguiente, es preciso que los que se dispongan a marchar allá, o a cualquier otro punto de la tierra, en calidad de heraldos de la palabra de Dios, se preparen del mejor modo posible, porque cuanto mejor sea esta preparación, mayor será también el fruto que se logre en las almas.»

Diez fueron los seleccionados para formar esta primera expedición. Y decimos «seleccionados», porque el entusiasmo que la idea misionera había despertado era tal, que con gusto hubieran partido muchísimos más. De esto diez, seis eran sacerdotes y los demás, clérigos y coadjutores. Entre los sacerdotes se hallaban los PP. Cagliero y Fagnano, cuyas hazañas y cuyos triunfos en la labor evangelizadora habían de resultar espectaculares. Ambos alcanzarían la dignidad episcopal. Y el primero, también la cardenalicia.

La emotiva ceremonia de la investidura mediante la entrega del crucifijo se tuvo en la iglesia de María Auxiliadora en medio de un ambiente cálido de entusiasmo juvenil. Todos querían ver y saludar por última vez a los afortunados «enviados del Señor». Pero más emocionado que ninguno estaba el apóstol de la juven-

tud, el cual rebosaba de satisfacción porque, como había escrito el Apóstol de las Gentes, «una nueva puerta para la evangelización del Reino de Cristo se le había abierto». Y esta vez, sin hipérbole, «en los confines del mundo».

De Turín pasaron los misioneros a Roma, a recibir la bendición del Papa. El Vicario de Cristo los acogió con inusitada ternura. En aquel grupo de héroes de la fe veía él la prolongación de la obra y de la persona de aquel a quien tanto amaba: el gran apóstol de Valdocco. Por eso, no eran para él simplemente un grupo más de misioneros. ¡Eran los misioneros de Don Bosco!

«—Aquí tenéis a este pobre viejo —les dijo al presentarse ante ellos. Y Continuó— “¿Y dónde están mis pequeños misioneros...? Así, pues, ¿vosotros sois los hijos de Don Bosco que vais a lejanas tierras a predicar el Evangelio...? ¡Os deseo que crezcáis en número, porque la necesidad es grande y la mies entre las tribus salvajes, abundantísima.»

Luego, dirigió algunas palabras a cada uno. Al fin, los bendijo. Ellos volvieron a Turín para prepararse a la partida.

Y llegó el día anhelado. Era el 11 de noviembre. En la basílica de María Auxiliadora aquella última tarde, la emoción alcanzaba la máxima intensidad en centenares de pechos. La función religiosa terminó con el canto del Magnificat. Luego, el buen Padre subió al púlpito para darles los últimos recuerdos. Comenzó diciendo:

«—Estando el divino Redentor a punto de dejar la tierra, reunió a sus Apóstoles en derredor de sí y les mandó: “Id por todo el mundo. Enseñad a todas las gentes. Predicad la ‘buena noticia’ a toda creatura”...

Mas no se trataba de un simple consejo, sino de una orden formal. Una obligación que imponía a sus discípulos. Y esta obligación la siguen cumpliendo los misioneros, heraldos también ellos de Cristo. Y también nosotros, dentro de los límites que cosiente nuestra insignificancia actual, hemos pensado en cumplir con esta voluntad de Nuestro Señor Jesucristo. Hoy damos principio a una obra muy grande. No cierta-

mente por los frutos que se puedan esperar de estos pocos que ahora parten, que necesariamente han de ser limitados, sino porque ellos son el germen de nuevas expediciones que irán saliendo de este templo para difundir la luz de la verdad por toda la redondez de la tierra.»

Continuó aún por un buen espacio de tiempo exponiendo ante la consideración de los oyentes el vastísimo y múltiple campo que el Señor deparaba a los salesianos a partir de entonces. Su voz se quebraba con frecuencia por la emoción, ahogada por los sollozos. El cariño paternal, la efusión cálida se desbordaban a través de sus palabras. Acabó diciendo:

«—Sois salesianos. Recordad donde quiera que estéis que aquí, en Turín, tenéis a un Padre que os ama en el Señor y a una Congregación que piensa constantemente en vosotros. Aquí está vuestra casa que os acogerá gustosa siempre que retornéis al hogar desde esas remotas regiones a las que ahora partís. Os esperan fatigas, peligros, sinsabores... Tal vez, también desilusiones. Pero recordad que trabajáis por Cristo. Por el Maestro bondadoso y generoso a la hora de otorgar el premio. Nada os acobarde. Nada os desaliente. En la debilidad, decid con el Apóstol: "Todo lo puedo en Cristo, que me conforta!"

¡Adiós! Tal vez, no todos volvamos a vernos en este mundo. Mas yo espero, tengo la seguridad de que algún día, si somos constantes en la fe, por la infinita misericordia del Señor, nos reuniremos en el cielo. Allí está la verdadera patria en la que seremos espléndidamente recompensados por cuanto hayamos hecho para gloria del Señor y provecho de los hombres.»

Don Bosco descendió del púlpito. Se hallaba profundamente conmovido, mas tuvo aún fuerza para dirigirse al altar e impartir la bendición a todos los presentes.

Entonces llegó la parte más emocionante. Mientras que un coro de voces selectas, acompañado de la orquesta, entonaba el versículo «Sit nomen Domini Benedictum», los noveles misione-

ros, uno a uno, fueron desfilando por delante del Padre para recibir de él el abrazo de despedida. Y a continuación, el de sus hermanos en religión, el de los amigos... Muchos de los presentes no pudieron contener las lágrimas a causa de la emoción.

Ellos desfilaban por el centro de la nave en medio de una doble masa compacta de amigos y admiradores, con la alegría serena en el rostro, velada apenas por un sutil esbozo de melancolía. Al abandonar la multitud el templo, alguien se acercó al Padre, que yacía muy postrado por el cansancio y las emociones, y le dijo casi al oído:

«—Don Bosco, ¡ha comenzado a cumplirse la profecía: “Inde gloria mea!”»

CUARTA PARTE

EL SANTO (1875-1888)



Mornese - La Casa donde se inició la Obra de las Hijas de María Auxiliadora.



Turín - La Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora.



En Barcelona, en su viaje a esta ciudad en 1886, Don Bosco vio, en sueños, este magnífico Santuario, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Fue inaugurado en 1961.



LOS SUEÑOS SE CUMPLEN (1875-76)

En la plenitud del ser humano

Don Bosco ha cumplido los sesenta años de edad y ya, para ahora, puede considerarse un hombre plenamente feliz, pues ha visto coronada su obra, la ilusión de su vida, con el éxito más rotundo. Los trabajos, las angustias, las incertidumbres... van quedando un poco atrás. Ahora, aunque él no renuncia en absoluto a seguir llevando su cruz, son prevalentemente los motivos de esperanza gozosa los que comienzan a iluminar el camino que le resta para llegar a la meta.

Es un hombre «maduro». Un «anciano» en el mejor y más pleno sentido de la palabra. Todo en él es plenitud: plenitud física; edad sazónada como la de la espiga que ya comienza a doblarse sobre el tallo, esperando que la hoz o la guadaña la sieguen para ir a henchir los graneros. Plenitud moral y psíquica: es el hombre del consejo sabio y prudente, estimado por todos. Hasta por los que ocupan el lugar más eminente en la jerarquía sagrada a los que rigen los destinos de los pueblos. Plenitud «espiritual» sobre todo. El es el «santo» en todo el significado del término. Es un hombre cuyo paso se ve señalado por una estela de luz, cuya persona irradia cada vez más, con más intensidad, el destello de lo sobrenatural; cuya virtud es cada vez más ostensible.

Ha llegado a la perfecta «madurez de su humanismo». Un humanismo transfundido de influencias divinas. Ha alcanzado esa especie de «endiosamiento» o divinización a la que está llamado el ser humano en virtud de la comunicación de la gracia santificante que es, de suyo, transformadora.

En este hombre, la transformación se vislumbra ya con claridad en esta vida terrena. La luz interior de que está revestido es tan viva, que se desborda sin poder ser contenida, hasta anular,

en ocasiones, la opacidad de la materia y se muestra cautivadora, atrayente, irresistible. A su lado se experimenta una agradable sensación de bienestar, de sosiego, de paz. Es, en una palabra, una imagen viva de Cristo, el prototipo de todos los seres humanos; el hombre ideal.

Un porvenir risueño

El fundador está satisfecho. El «sueño» de los lejanos años de su infancia es ya una realidad consoladora. Y realidad henchida de esperanza de nuevos y más copiosos frutos, por cuanto estos principios son promesa cierta de mayores éxitos. Hablando cierto día con el P. Barberis, insigne «maestro de novicios» y forjador de numerosas falanges de salesianos, le decía:

«—¡Oh, Barberis! Si hemos de conjeturar el porvenir por el pasado, el pensamiento se pierde. El Oratorio cobija actualmente a ochocientos muchachos. Hemos abierto diez casas en Italia. Tenemos ya una en Francia y acabamos de poner el pie en América. Y todo ello se ha llevado a cabo luchando incesantemente contra viento y marea. Y se ha realizado todo con elementos jóvenes, formados en el Oratorio. De aquí a veinte o treinta años habremos extentido una bien tupida red no sólo en Italia, sino en todo Europa. Y, con el tiempo, en todo el mundo. Lo importante es que continuemos mereciendo la protección del cielo.»

Mas también este aspecto fundamental constituía un motivo de la más viva satisfacción para el fundador. El 12 de enero de 1876 escribía en una circular dirigida a todas las casas, después de haberlas visitado detenidamente:

«Se trabaja. Se observan las Constituciones de la Sociedad. Se conserva la disciplina. Se frecuentan los sacramentos. Se promueve el espíritu de piedad y se cultivan las vocaciones de aquellos que, a causa de su buena conducta, dan señales de haber sido llamados al estado eclesiástico. Por todo ello, sean dadas gracias al Señor, a cuya bondad se debe todo el bien que estamos realizando.»

Las vocaciones de adultos

Ya lo hemos dicho: los éxitos conseguidos hasta ahora no significaban para el fundador un título en fuerza del cual se juzgara él dispensado de continuar trabajando con la misma intensidad en la causa de Dios. Y, aunque se hallaba satisfecho de lo realizado, aún intentaría, con igual éxito, por supuesto, otras nuevas iniciativas que extenderían más y más su campo de acción. Este año inició la «Obra de las Vocaciones de Adultos» o vocaciones tardías, los llamados en el argot familiar salesiano, los «Hijos de María».

Se trataba, en esencia, de aprovechar, en beneficio de la causa del apostolado eclesiástico secular y regular, muchas excelentes vocaciones que se habían despertado con algún retraso o que no habían hallado oportunidad hasta entonces de iniciar la carrera sacerdotal. La ocasión parece habérsela proporcionado el obispo de Acqui, monseñor Sciandra, el cual le escribía en estos términos:

«—Ayer se me presentó un párroco para decirme que tiene un joven de veinticuatro años, libre de todo compromiso con el reclutamiento militar. Es piadoso, inteligente, de buenas costumbres, y deseoso de abrazar la carrera sacerdotal. Pero no conoce el latín. Y ningún seminario le aceptaría a esa edad entre los niños de los primeros cursos. Además, tampoco tiene recursos pecuniarios para cursar los estudios...»

Don Bosco tomó en consideración la comunicación del prelado. Y, a partir de entonces se decidió a estudiar con atención las ventajas y los inconvenientes de poner en ejecución el nuevo proyecto. E inició un estudio comparativo entre esta suerte de candidatos y los más jóvenes para ver de qué lado estaban las ventajas. Y comprobó que el índice de perseverancia de los niños era muy corto. Constató que apenas llegaban al 20 por 100. Y en el mejor de los casos, al 30 por 100. Mas respecto de los adultos, luego que se halló en condiciones de poder hablar con conocimiento de causa, afirmaría que el índice era del 80 por 100.

Hacía notar también que éstos, en general, eran piadosos, aplicados y tenaces. Ellos, por haber superado previamente el

impacto que las apariencias engañosas del mundo suelen causar en el despertar de la primera adolescencia y la pubertad, no abandonaban con facilidad el camino emprendido. Además, solían cursar los estudios en bastante menos tiempo.

Así fue como quedó determinado el establecimiento de una nueva obra, la cual había de dar excelentes vocaciones a la Iglesia. De la mayor parte de ellas se beneficiaron directamente la diócesis de Italia. Algunas, de calidad insuperable, se quedaron para ornamento y provecho de la Congregación. Entre éstas es de rigor citar al tercer sucesor del fundador, el hoy «Siervo de Dios» P. Felipe Rinaldi. Y también al apóstol de los leprosos de Agua de Dios, en Colombia, P. Miguel Unia, llamado a este género de servicio pastoral por modo misterioso y sobrenatural.

La Pía Unión de Cooperadores Salesianos (1876)

Pero el hombre de Dios no había puesto aún término a las trazas excogitadas para ampliar el campo de sus actividades y las posibilidades de su apostolado. En su fértil imaginación bullía aún otro proyecto de gran envergadura. Se trataba de un nuevo despliegue de fuerzas insospechadas: la fundación de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos para cuyo éxito había pedido previamente la bendición del Papa en su última visita a Roma.

A estas alturas resultaría superfluo hacer resaltar que el santo apóstol de la juventud «abandonada», tuvo necesidad de la ayuda de todos. Le hemos visto llamando continuamente a la puerta de los que poseían medios abundantes de fortuna. Pero no se tendría una idea cabal del concepto de la «cooperación salesiana» según la mente del fundador, si la perspectiva quedara limitada a este solo aspecto de la ayuda material. No menos fundamental y necesaria fue la ayuda que le dieron con su aportación personal sus numerosos colaboradores. De manera especial los de la «primera hora», sin los cuales, como él mismo dijo muchas veces, «no le hubiera sido posible en absoluto» desarrollar su prodigiosa actividad y realizar sus proyectos.

¿Quiénes eran estos «cooperadores»? Se trataba de personas de todos los estamentos sociales, que coincidían en un punto básico: el deseo, la urgencia de ejercitar la caridad en la medida

que a cada cual le resultara posible. Todos estos eran «cooperadores» en potencia, presuntos miembros de la organización que el Apóstol pensaba fundar. Porque el intento del santo era ahora «unirlos en una empresa común y bajo un mismo signo». Hermanarlos en un empeño: la formación humana y religiosa de los niños y adolescentes conforme al espíritu salesiano. Aquel espíritu de confianza y amor que el apóstol de Valdocco había aprendido del obispo de Ginebra y que intentaba transmitir a los suyos como distintivo. Y al lado de los niños y adolescentes, naturalmente, debía haber toda suerte de personas, porque la caridad cristiana «no hace acepción de personas».

Había ocurrido, en efecto, que por el Oratorio y los otros centros de formación cristiana fundados por Don Bosco habían pasado senadores del Reino, diputados a Cortes, profesores de Universidad, abogados, maestros, estudiantes, obreros... Y, naturalmente, muchos sacerdotes con títulos honoríficos y académicos. Y todos ellos con el deseo de ayudar a redimir los espíritus y los cuerpos.

Todos éstos habían prestado su colaboración de manera enteramente desinteresada, pues ni el fundador se había hallado nunca en disposición de retribuir aquel trabajo, ni ellos habían pensado jamás en pasar factura a la Institución. Lo más que había hecho el Santo en algún caso, había sido halagar la inocente vanidad de algunas de aquellas personas con la concesión de algún título honorífico pedido para ellas al Vicario de Cristo. La verdadera recompensa se dejaba a la generosidad divina que había prometido no dejar de retribuir «un solo vaso de agua fresca dado por su amor».

Don Bosco, por consiguiente, pensó en potenciar aquella fuerza formidable aunando los esfuerzos de todos, canalizándolos y creando nuevos estímulos de orden espiritual, pues no había duda de que la excelente disposición de tantos espíritus generosos podía resultar mucho más eficaz con la unión y la estabilidad que podrían conseguirse mediante la promesa de una mayor «rentabilidad» en la aportación de nuevos elementos de orden sobrenatural.

Entonces pensó en fundar una nueva «Orden Tercera» religiosa. Una más de las ya existentes, porque la idea no era una novedad. Aunque, como solía suceder siempre, sí presentaba

aspectos nuevos, casi revolucionarios, y hasta «escandalosos» para la mentalidad de los que se obstinaban en continuar «perdiendo el tren» del progreso que conllevaban los tiempos.

Esta nueva «entidad religiosa» había de ser, según la mente del fundador, una «verdadera congregación» integrada por hombres y mujeres que, a pesar de esta condición de «religiosos», podrían continuar viviendo en el «mundo», esto es, en el seno de sus propias familias. Al frente de sus negocios. La finalidad concreta de la nueva Orden coincidía, naturalmente, con la de sus hermanos los salesianos, expresada por el mismo Don Bosco con estas palabras:

«Atender a toda obra de beneficencia educativa, moral y material que se considere la más apta y eficaz para impedir los ulteriores progresos de la impiedad. Y si ello fuere posible, desarraigarla de donde ya hubiera echado raíces.»

Esta Pía Unión debería ser «laical» con el objeto de que sus miembros no fueran designados con los apelativos de «lego», «fámulo», etc., de sentido despectivo a la sazón. Y, por la misma razón, tampoco imponía el uso de bandas, hábitos o escarapelas. Se juzgaba suficiente una discreta medalla cuyo empleo se recomendaba en las reuniones o actos comunitarios, y que servía de distintivo entre los socios. Pero el verdadero distintivo debería estar en el corazón. Debería ser la caridad y la ejemplaridad de una vida cristiana capaz de inducir a otros a seguir el mismo ejemplo.

Concepción amplia

Sin embargo, la actividad de los socios de esta Pía Unión no habría de limitarse a prestar ayuda a las obras estrictamente «salesianas», pues Don Bosco tuvo siempre, como punto de referencia en todo cuanto ejecutó, el bien de la Iglesia universal y jamás pensó en encerrarse en los estrechos límites de una parcela, por dilatada que se la quisiera imaginar.

En concreto, el fin de la Asociación de Salesianos Cooperadores, que era el nombre con que el fundador pretendía designarla, habría de ser el de «relacionar a sus miembros entre sí y ponerlos en contacto con la actividad apostólica general de la Iglesia

misma». Se trataba de ponerlos al servicio de la jerarquía eclesiástica; de crear en ellos una conciencia de dependencia de los legítimos pastores, los obispos y sacerdotes. Y, a través de ellos, de la Cabeza visible del Cuerpo Místico de Jesucristo. Una vez más, para el Santo lo importante era que el bien se realizara. Por quién y cómo, era una cuestión de segundo orden.

Con estas ideas fermentando en su mente se fue a Roma este año de 1876. El Pontífice Sumo se le mostró, una vez más, comprensivo como la había sido con todas sus iniciativas. Incluso él mismo sugirió al fundador la ampliación de la perspectiva inicial. Don Bosco no hacía mención de las mujeres, sino que hablaba solamente de los «cooperadores». El Pontífice le dijo:

«—¿Por qué excluir a las mujeres? ¡No, no! No haga exclusiones. Incluya también a las cooperadoras. La mujer ha tenido siempre en la Iglesia parte destacada en toda buena empresa. Hasta en la conversión de los pueblos. Son generosas y emprendedoras. Y la inclinación natural misma las induce a perseverar en el apoyo de toda iniciativa destinada a hacer el bien. Superan, en este sentido, a los hombres. Si las excluyera, se vería privado de la más generosa ayuda.»

El Vicario de Cristo bendijo aquella iniciativa. La Pía Unión quedó constituida, mas no exactamente como la había concebido el fundador, con tan generosa amplitud de miras. La Curia Romana no había evolucionado aún lo bastante como para comprender que los valores específicos religiosos pudieran ser trasladados al mundo. Puestos a la disposición de las personas ajenas al modo de vida en común.

Creció aquella Orden Tercera y no tardó en tomar gran incremento. A la muerte del Santo en enero de 1888, contaba con no menos de 80.000 miembros asociados.

Hacía falta un órgano de información y coordinación de las actividades. Un órgano que relacionara a los miembros esparcidos por todas las naciones y se creó el *Boletín Salesiano*, el cual comenzó publicándose en lengua italiana en 1877. Y no tardó en salir en otros idiomas: francés, castellano, inglés, etc. Hoy se publica en decenas de lenguas de todo el mundo. Y en igual proporción ha ido aumentando el número de cooperadores.

ACONTECIMIENTOS HISTORICOS EN ROMA (1877)

La muerte de Pío IX (7 de febrero de 1877)

Antes de finalizar el año 1876, Don Bosco salió para Roma. Partió de Turín el 18 de diciembre y llegó a la Ciudad Eterna algunos días más tarde, después de haber hecho breves escalas en las casas salesianas que se hallaban en aquel itinerario.

¿Qué motivos llevaban allá al fundador? El hombre de Dios siempre tenía en la capital del mundo católico un amplio campo para sus actividades apostólicas, pues en cada una de las visitas que llevaba hechas había ido ampliando el número de personas que sentían hacia él gran admiración en su condición de «*mensajero de Dios*». Sin embargo, la verdadera razón de este viaje era el presentimiento que tenía de la proximidad de la muerte del Vicario de Jesucristo.

Iba el fundador a tratar de visitarle de nuevo antes de que el gran amigo dejara la tierra para ir a recibir el premio de sus muchos trabajos sufridos por la defensa de la Esposa mística de Cristo, la Iglesia. Quería el hombre de Dios agradecerle la protección que le había venido dispensando a lo largo de tantos años, esto es, desde que en el ya lejano 1858 le había visitado por primera vez con el fin de buscar apoyo al proyecto de la Sociedad Salesiana, que era ya una realidad. Pero tuvo la amarga decepción de no poderle hablar, puesto que no le fue acordada la audiencia que había solicitado a su llegada a Roma y que luego había pedido con insistencia. Alguien en la Curia Romana estaba interesado en evitar aquel encuentro, ardientemente deseado por el Pontífice mismo, el cual se quejaba a sus servidores más cercanos de que el apóstol de Valdocco no acudiera a su lado.

El 7 de febrero se difundió una noticia que sembró la alarma en todo el ámbito de la Ciudad Eterna y que se propagó rápida-

mente por el mundo católico. Pío IX, que parecía haberse recuperado bastante bien de una enfermedad que le había retenido en el lecho durante dos meses, se había sentido repentinamente agravado hasta el punto de considerarse inminente el fin de sus días. Y sucedió así. El óbito se produjo con rapidez vertiginosa. Aquella vida, la más prolongada en el sagrado Pontificado, se extinguió en el término de pocas horas.

Don Bosco, en compañía de su secretario, P. Joaquín Berto, rezó ante el cadáver expuesto en la Basílica de San Pedro y ambos besaron por última vez el sagrado pie.

Bajo la mano firme de Pío IX, la nave de Pedro había realizado una de las singladuras más difíciles de su historia humana, por haberle tocado vivir en tiempos excepcionalmente borrascosos. El mismo, en su propia persona, había sufrido persecución y destierro. Y había visto consumado el despojo de los Estados Pontificios en 1870.

La crítica histórica le achaca la falta de visión y discernimiento de los «signos de los tiempos». Principalmente en lo relativo a la cuestión del «poder temporal de la Iglesia» y a la «Cuestión Social». En el primero de estos problemas, tal vez, por no haber acertado a separar convenientemente en la Institución Eclesial, el ejercicio de la jurisdicción espiritual, su potestad sacra, conferida por Cristo a Pedro y sus sucesores, del ejercicio de la potestad temporal acumulada a lo largo de los siglos.

Es cierto que, desde el punto de vista jurídico, nada había que objetar acerca de la detentación de este poder. Pero los tiempos habían evolucionado y los hombres buscaban ahora en la Iglesia, más que la grandeza material, el esplendor y la seguridad, su influjo espiritual y el ejemplo de una confianza total en la protección divina.

Y por lo que hace referencia a la «Cuestión Social», es sabido que la Iglesia prestó, en términos generales, menor importancia de la debida a un problema que ya a la sazón había comenzado a adquirir grandísimo relieve.

Se ha acusado también a Pío IX de excesivamente «duro» en la defensa de los «anacrónicos derechos» relativos al «poder temporal», fulminando excomuniones y censuras eclesiásticas con excesiva facilidad. E igualmente, de «desfase» en relación con los tiempos en los que le correspondió regir la barca de

Pedro; en otros puntos relativos a determinadas cuestiones de orden dogmático; en la expresión de un gran autoritarismo, pues quiso mantener una estructura eclesial monolítica y estática cuando ya los Estados europeos comenzaban a marchar hacia la conquista de las formas democráticas.

Intrigas en la Corte romana

La muerte del Pontífice venía a crear una situación delicada en relación con el Gobierno revolucionario. Y era éste el motivo por el que había cundido la alarma en el mundo entero ante el anuncio del fin de un Papa de ochenta y cinco años que, casi necesariamente había cumplido el término de su peregrinaje terreno. El hecho debe ser relacionado con los propósitos de los extremistas revolucionarios que tanta influencia continuaban teniendo por la ayuda que habían prestado a la causa de la Revolución, puesto que ellos exigían ahora la supresión definitiva del Papado.

El problema, pues, que se presentaba era éste: ¿Sería posible proceder a la elección de un nuevo Pontífice? ¿En qué actitud habría de situarse él mismo después de su elección? ¿Continuaría titulándose «Rey y Soberano temporal del Estado Vaticano» al igual que lo habían venido haciendo sus antecesores, una vez despojado de sus territorios por la Revolución?

Las perspectivas eran distintas según el ángulo de vista desde el que se enfocara la cuestión. Los hombres sin fe en el destino sobrenatural de la Iglesia creían, en efecto, que con Pío IX se había cerrado la lista de los Papas, y se hallaban dispuestos a trabajar con todo empeño en lograrlo. Mas los que tenían en sus manos los destinos de esta Sociedad humano-divina, persuadidos de la veracidad de la promesa de su Divino Fundador, de que «estaría asistida por El hasta la consumación de los siglos», promesa que entrañaba virtualmente la afirmación de su continuidad hasta el fin de los tiempos, estaban ahora seguros de que Pío IX tendría sucesor. Temían, eso sí, que se produjeran trastornos más o menos graves de orden social ocasionados por los turbios manejos de las sectas.

Y comenzaron a hervir en los Palacios Apostólicos los trabajos previos a la celebración del cónclave, es decir, el acto de la

elección del nuevo Papa. Y Don Bosco no fue echado en olvido tampoco esta vez en los medios vaticanistas, los cuales le comisionaron para explorar las verdaderas intenciones del Gobierno. Querían saber si daría seguridades para que la elección se pudiera hacer sin temores y sobresaltos, pues pensaban que nadie se hallaba en mejores condiciones que él para llevar a cabo aquella misión, ya que a sus relevantes cualidades de diplomático, ya reconocidas por las anteriores gestiones, se unía ahora la experiencia de aquellos contactos y un conocimiento aún mayor de la situación. El, por su parte, como era de esperar, dio su conformidad y se aprestó a iniciar la delicada gestión.

Estamos retrocediendo unas décadas. Los nombres de los ministros estatales han cambiado porque la gloria de los políticos, sus triunfos, son así de efímeros. Ahora no se llaman ni Cavour, ni Farini, ni Ferri. Se llaman Mancini, Crispi, Marco y cualquier otro nombre, que es lo de menos. Pero la táctica es la misma. Y también lo es, en algunos, la forma descortés e incorrecta y la agresividad con que se sigue mirando a las personas investidas de la dignidad sacerdotal; a los que visten el traje talar, la sotana, acreedora, a lo largo del tiempo, de muchas benemerencias.

Mas el Santo no llegaba tampoco esta vez desarmado a la presencia de estos hombres. ¡Oh, no! No se presentaba inerme y a merced de las retorcidas cavilaciones y tortuosos sofismas con que, tal vez, pretenderían desorientarle y dejarle sin una respuesta concreta los que eran maestros en el arte de la retórica. El también tenía algo que decir y no pensaba, desde luego, morderse la lengua. Tenía en su poder un arma poderosa cuya detonación era capaz de resonar más allá de cualquier frontera.

«—Si el Gobierno de Italia no da garantías absolutas, el Cónclave se reunirá fuera de Roma. Varias ciudades italianas, no unidas aún al carro de la política revolucionaria triunfante del poder central, están deseosas de ser escenario de honor de la honrosa ceremonia. Un honor que habrán de escribir con letras de oro, de una vez para siempre, en las páginas de su propia historia si llegan a resultar favorecidas por la suerte.» —dijo—.

Pero no eran sólo las ciudades italianas independientes las que aspiraban a aquel honor. Viena, Avignon, Madrid... estaban también allí para impedir que el capricho o el sectarismo de unos hijos degenerados o enfebrecidos los dejaran a ellos, es decir, al resto del mundo católico, huérfanos del Padre común de todos los fieles. Porque ni el Papa ni la Catolicidad eran patrimonio exclusivo de los italianos.

El ministro Crispi quedó impresionado ante esta amenaza. ¡Aquello iba en serio! Y era algo en lo que ellos no habían pensado. Ellos, los «hijos de la Revolución», con su sectarismo, iban a echar una mancha indeleble sobre el honor de un pueblo al que habían halagado con la promesa de hacerle el primero entre los de Europa por su cultura y su progreso y el avance de las ideas liberales.

«—Puede anunciar a los que le envían que el Gobierno respetará y hará respetar el cónclave. El orden público no será alterado en lo más mínimo» —fue la respuesta prudente del Ministro.

La amistad con Crispi

A continuación, Crispi, pasó a hablar familiarmente con Don Bosco, recordando la amistad que con él había tenido cuando, proscrito y perseguido por las fuerzas de la reacción, había hallado en el Oratorio comprensión y ayuda.

«—¡Oh, usted es Don Bosco! ¡No nos habíamos vuelto a ver desde el año 1852! ¿Recuerda que yo iba a visitarle con frecuencia cuando no era más que un proscrito, constreñido a vivir en la estrechez de un misérrimo apartamento en la calle Huérfanas, junto al santuario de la Consolación, en Turín?»

¡Qué bien grabados se le habían quedado al ahora ministro de la Corona los recuerdos del tiempo de su hazarosa vida! Aunque, por vergüenza, no lo había dicho todo. No había mencionado, por ejemplo, los rasgos concretos de la caridad del fundador, que no hacía distinción entre amigos o enemigos cuan-

do se trataba de acudir al remedio de alguna necesidad apremiante. Crispi había aceptado de él entonces dinero, con frecuencia. Y, en cierta ocasión, una camisa que acababan de regalar al apóstol de Valdocco.

Don Bosco, gran psicólogo, siempre sobre sí mismo para medir el alcance de cada palabra que brotaba de sus labios, atento a no herir susceptibilidades, hizo una mueca significativa un tanto desconcertante.

«—¡Oh, sí! —continuó Crispi. ¡usted debe recordarlo aún! ¡Entonces iba yo a confesarme con frecuencia con usted al Oratorio!

—Pues..., no. No lo tengo presente, señor ministro —contestó el Santo sonriendo un tanto picarescamente—. Pero, en todo caso, si lo desea, estoy dispuesto a escuchar su confesión ahora mismo —añadió bromeando.»

El nuevo Papa (20 de febrero de 1877).

Don Bosco, tras la entrevista con Crispi, regresó apresuradamente al Vaticano porque le urgía comunicar al Cardenal Secretario la promesa hecha por el ministro de la Corona, de garantizar el orden durante la celebración del cónclave.

Llegado allá, comenzó a recorrer los largos pasillos, las amplias galerías del palacio en su busca. ¡No daba con él! Centenares de obreros habían comenzado a trabajar ya con premura en habilitar las salas para las reuniones, convirtiendo muchas de ellas provisionalmente en «celdas» que habrían de albergar a los cardenales electores durante el tiempo que durara la elección. Dirigía aquellos trabajos el cardenal Pecci, Camarlengo del Sacro Colegio. El guía que acompañaba a Don Bosco, se lo presentó:

«—Don Bosco, ese cardenal que ve ahí, al frente de los trabajos, es el Camarlengo del Sacro Colegio.

—¿Me permite V. E. que le bese la mano? —dijo el fundador acercándosele.

—¿Quién es usted, que se toma esta libertad?

—Soy un humilde sacerdote que ahora besa la

mano a V. E. y que le ruega que dentro de pocos días, le permita besarle el sagrado pie.

—¡Mire bien lo que dice! ¡Le prohíbo que hable de ese modo!

—Vuestra Eminencia no puede prohibirme pedir a Dios lo que es del agrado de su divina voluntad.

—¡Si usted reza con este fin, le amenazo con las censuras!

—Hasta este momento no tiene autoridad para inflírmelas. Cuando la tenga, yo sabré respetarla.

—Pero, en resumen, ¿quién es usted que me habla con tanto atrevimiento?

—Soy Don Bosco.

—¡Ah, por piedad! ¡No hablemos más de eso! ¡Es tiempo de trabajar, no de bromear!»

Pero no era broma. El 20 de febrero, a los 14 días de la muerte de Pío IX, el Eminentísimo Cardenal Joaquín Pecci, Arzobispo-obispo de Perugia resultaba elegido Papa. Aceptada la elección, mudó su nombre, según una costumbre antiquísima en la Iglesia, por el de León, al que correspondía el número de «XIII» de este nombre.

Pocos días más tarde, después de la Coronación del nuevo Pontífice Sumo, Don Bosco tuvo la fortuna de volverse a encontrar con él en el Vaticano. Y fue providencial, porque la misma siniestra sombra que se había interpuesto entre el Santo y Pío IX en los últimos días de la vida de este Pontífice, seguía obstaculizando el acceso del fundador al nuevo augusto Vicario de Cristo. Don Bosco le felicitó por la elección y le ofreció la entera sumisión de la gran Familia Salesiana, rogándole quisiera continuar la predilección que por ella había demostrado el gran Pío IX.

León XIII le citó para una audiencia aquella misma tarde, pero no pudo tener lugar. El enemigo solapado continuaba «tramando insidias desde lo oculto». La audiencia no se pudo conseguir hasta el 16 de marzo. ¡Trece días había sido necesario esperar! Pero, desde aquel momento, el fundador comenzó a constatar que el nuevo Papa se hallaba por completo en la misma línea de su antecesor respecto de él y de su Institución.

DON BOSCO EN FRANCIA (1879)

«Todo para todos»

Vamos a acompañar ahora por un poco de tiempo al fundador fuera de Italia. Es el año 1879, en sus comienzos, cuando el Santo ha cumplido ya sus sesenta y cuatro años y se halla en un estado de salud lamentable. Le hallamos en Francia.

No es ésta la primera vez que el Apóstol ha traspasado la frontera italiana. Ya lo había hecho un par de veces anteriormente para llegarse al país galo. Siempre, ya se entiende, por asuntos relacionados con la expansión de su Obra: apertura de nuevos centros de apostolado y busca de subsidios para sus empresas benéficas. Asuntos enojosos e ingratos, que exigían toda la inagotable paciencia del Santo. Y también, en esta ocasión, la de sus hijos, forjados en la misma fragua del Padre.

Y, ante todo, desde el aspecto de su salud, debió de serle necesario hacerse una gran violencia a sí mismo para afrontar aquella iniciativa. Horas antes de ponerse en viaje, escupía sangre y la fiebre comunicaba a sus ojos un reflejo casi metálico. Sus miembros temblaban con violentos espasmos.

Así llegó a Marsella, en donde desde hacía un par de años se había fundado el Oratorio de San León, que no era, por entonces, más que una construcción ruin y mezquina, un cobertizo en medio de un terreno desnivelado e incómodo. Allí unos pocos salesianos llevaban resistiendo durante aquel tiempo como en un reducto que hay que defender a toda costa contra un enemigo que intenta destruirlo.

Al fundador le gustaba aquel sitio porque, dentro de los planes de su estrategia, lo consideraba excelente. Marsella, la populosa ciudad industrial y comercial, con su puerto abierto a un enorme tráfico en el mar latino y allende el océano, era una ciudad en la que numerosos grupos de niños y jovencitos, desa-

tendidos de sus propios padres, vagaban durante todas las horas del día por las calles y merodeaban en torno al puerto con intenciones muchas veces inconfesables. Y, en el mejor de los casos, para tratar de conseguir algunas monedas de los marinos de las naves mercantes allí ancladas.

Pero, ¿hasta dónde podía pensarse aguantar la situación en que los salesianos estaban? Porque el peor de los males era que la población no parecía interesarse poco ni mucho por aquel puñado de hombres extranjeros que se había establecido en el suburbio con Dios sabe qué afanes o qué esperanzas. Y, naturalmente, si no habían de entrar en contacto con la juventud desvalida a la que pensaban entregar su vida en una misión redentora, no tenía razón de ser la prolongación de su permanencia en aquel lugar. Sería preferible levantar las tiendas para ir a fijarlas en otros frentes.

El fundador llevaba ya en la ciudad varios días y las cosas seguían dentro de la tónica de indiferencia y apatía que había sido la nota durante todo aquel tiempo. ¡Y, sin embargo, en sus dos anteriores visitas a Francia había sido acogido con un entusiasmo que no desmerecía del que las poblaciones italianas solían demostrar a su paso.

El, por su parte, «se hacía todo para todos con el fin de ganarlos a todos». Y quiso en esta ocasión ajustarse también en la manera de vestir al clero galo. No por nada había escrito en sus Reglamentos que los salesianos «se acomodarian a la manera de vestir de los sacerdotes seculares en los países que los acogieran». Pues, bien, los curas franceses usaban el «rabat», piececita compuesta de dos estrechas franjas de paño, ribeteadas por una cinta blanca sobre el pecho.

«—¡Qué figura tan graciosa hace nuestro Padre con esta modalidad francesa!», escribía uno de sus hijos de Marsella a los hermanos de Turín.

El, por su parte, mostraba su inexhaustible buen humor al respecto.

«—¡Hoy comienza el carnaval y es necesario hacer algo extraordinario!» —decía. Y reía con ganas.



Altar de San Juan Bosco
y urna donde yacen sus
restos mortales.





Una vez muerto Don Bosco, fue expuesto, revestido de los ornamentos sacerdotales a la veneración de los fieles.



La habitación donde murió Don Bosco el 31 de enero de 1888. Aún se guarda toda la ropa en el "Museo Don Bosco", como preciadas reliquias.

El 2 de junio de 1929, tuvo lugar la beatificación de Don Bosco. Los restos fueron transportados de Valsalice a Turín, acogidos por una inmensa multitud de fieles.



Al ver, por tanto, que los días pasaban sin que nada cambiara, dijo a los suyos:

«—¡Estoy perdiendo el tiempo! ¡Aquí es necesario hacer algo positivo!»

La bendición de María Auxiliadora

Entonces, sucedió algo maravilloso. Le fue presentado un pobre niño que no podía andar ni aún mantenerse en pie. Un niño que era llevado en un carrito. El Santo le da la bendición de María Auxiliadora y le ordena:

«—¡Camina!»

El se levanta, salta del carrito y comienza a andar expeditamente. ¡La curación había sido instantánea!

¡Y vaya si había comenzado a hacer algo! Los padres del afortunado niño se apresuraron a divulgar la sorprendente noticia por todo el ámbito de la ciudad. Y comenzó a acudir la gente. Desde aquel momento, la afluencia fue continua. E iba siempre en aumento. Eran, como de costumbre, gentes de todas las categorías sociales.

Y las «gracias y favores» de la Auxiliadora se multiplicaban continuamente al conjuro de la bendición otorgada por el taumaturgo. Y con los favores del cielo llegó también la aportación pecuniaria, generosa, sin regateos. Y hubo para ensanchar la casa, para allanar el terreno, para construir pórticos, aulas, locales diversos. Y hasta para una verja protectora. Gozoso por este resultado, escribía el Santo a Turín:

«Aquí nuestras empresas marchan fabulosamente, como diría el mundo. Pero nosotros preferimos decir “milagrosamente”. ¡Loada sea siempre y enaltecida la bondad del Señor!»

A su regreso a Italia le ocurrió algo que vale la pena referir por vía de anécdota, como indicio del grado a que había llegado la admiración que su paso despertaba por todas partes.

Habiendo de pasar por la ciudad de Lucca, quiso venerar el lienzo de la Santa Faz del Señor, que según la tradición, se

conservaría en aquella población. La faz de Cristo, que quedó impresa cuando la Verónica enjugó el rostro divino de Jesús en el camino doloroso del Calvario. Se trataba de una visita rápida, de carácter íntimo, si bien debió avisar previamente a fin de que se concedieran los permisos para exhibir la reliquia.

Mas, ¡cuál no sería su sorpresa cuando, al llegar a las puertas de la catedral, se ve recibido por el Cabildo en pleno, revestidos todos los canónigos de sus rozagantes hábitos y con hachones encendidos en las manos! Y no hubo más remedio que dirigirles algunas palabras y darles la bendición.

Nueva visita a Marsella (1880)

En el mes de enero de 1880 Don Bosco volvía a entrar en Francia, camino de Marsella. Y su paso por las ciudades situadas en la ruta, tanto las italianas como las francesas, fue señalado por una estela de luz sobrenatural sin precedentes. Las gentes andaban premiosas tras él; le buscaban por doquier; preguntaban, indagaban su paradero, procuraban obtener recomendaciones para tener la suerte de acercarse a él. Y era que, como dice el Evangelio del divino Maestro, «de él emanaba un poder que sanaba a todos».

«—El Señor —escribiría más tarde el P. Cagliero— quiso premiar la humildad de su Siervo durante los quince días que permaneció en Marsella. Fueron días de martirio, pero también de triunfo.»

Ocurrían, con frecuencia, casos como éste:

Le es presentado un joven de catorce años. Le llevan sus propios padres porque él es incapaz de andar. Su cuerpo está deformado y contrahecho. Es paralítico desde su nacimiento. Más de 200 personas se hallan presentes en la escena. El Santo le imparte la bendición de María Auxiliadora y luego le ordena ponerse en pie. El muchacho duda. Sus padres se apresuran a ayudarlo.

«—¡No, no! —dice el hombre de Dios—. No tiene necesidad de ayuda. Puedo hacerlo por sí mismo.»

Entonces vuelve a dirigirse al impedido:

«—¡Vamos: levántate y ve a dar gracias a la Santísima Virgen!»

El joven esta vez obedece. Halla cierta dificultad en andar por falta de costumbre. Pero al salir de la capilla en que ha tenido lugar el prodigio, su andar es ya casi perfecto. La escena causa tal admiración en los presentes que no pueden contener las lágrimas.

Otro caso: Se le invita a visitar el monasterio de las Madres de la Visitación en el que hay varias monjas enfermas. Todas leves, excepto una que se halla desahuciada a causa de un cáncer ya muy avanzado. Don Bosco pasa a la enfermería para proporcionar a las enfermas el consuelo de su visita. Se detiene un instante delante de cada una. Al separarse él de su lado, todas se van sintiendo perfectamene bien. El se dirige también a la incurable.

«—Y usted, ¿no pide permiso para levantarse como sus Hermanas?»

—¡Ay, Padre, no puede! —contesta la Superiora. ¡Tiene un cáncer y está desahuciada!

—¡Bien, bien! ¡Levántese al mediodía y baje al refectorio con la comunidad! —contesta él. Y la benedice.»

El recorrido de la casa se prolonga aún por un poco de tiempo. Al salir el Santo para marcharse, la enferma comienza a gritar:

«—¡Estoy curada, estoy curada! ¡Me siento perfectamente bien! ¡Denme la ropa, que quiero levantarme!»

Efectivamente, estaba curada.

Entonces ocurre lo singular. Algo desconcertante a primera vista. Don Bosco llama a la Superiora y le dice:

«—¡Haga certificar por un médico el carácter milagroso de la curación de esta enferma!»

El médico de cabecera de las Religiosas era un excelente católico. Por consiguiente, halla aquella pretensión completa-

mente anómala. Realmente, en las vidas de los siervos de Dios no es corriente una exigencia semejante, tan contraria, al parecer, al espíritu de humildad, fundamento de cualquier virtud cristiana. Y se escandaliza.

«—¿Es que entre las virtudes que practica Don Bosco —dice— no figura la humildad? ¡Dónde se ha visto algo semejante! ¡Aquí juega su tanto la vanidad!»

Y toma la resolución de tratar de averiguar, mediante un diálogo directo con el apóstol turinés, qué clase de santo es aquel que se llama a sí mismo el «pobre Don Bosco», pero que hace que sus «milagros» queden consignados en un registro!»

En la antesala, abarrotada de personas que desean hablar con el sacerdote italiano, hubo de esperar un buen rato. El P. Bologne, director de San León, que se hallaba de regulador de las visitas, procuraba dar al doctor conversación durante aquel tiempo. Y también desvanecer la mala opinión que se había formado del «santo». Le citaba episodios de su vida en los que había puesto de relieve una profunda actitud de humildad. Mas todo era en vano.

Al fin, al doctor le llega el turno de pasar a la presencia del fundador. La conversación se prolonga por más de un hora. Los que aún esperan en la antesala comienzan a dar muestras de impaciencia y de cansancio. El P. Bologne se decide al fin a entreabrir la puerta para recordar al hombre de Dios que aún quedan muchas personas que desean ser recibidas por él. Y ve... ¡Ve una escena singular! El doctor está a los pies del Apóstol con las manos juntas en actitud de oración, mientras Don Bosco traza sobre él la señal de la cruz para bendecirle!

Al salir, el médico ya no opina como antes. Dice conmovido:

«—¡No es por él, no es por él! ¡Es por la gloria de la Santísima Virgen!»

Efectivamente. Por aquellos mismos días se le había visto preocupado y entristecido porque el «pueblo daba en atribuir a mérito personal suyo lo que debía estimarse donación gratuita y generosa de la Soberana Reina del Cielo».

«—El pueblo, ignorante en materia de religión,

—decía—, cree que es Don Bosco el que realiza las prodigiosas curaciones que están teniendo lugar estos días en la ciudad. Pero se equivoca. No es Don Bosco. Es la Santísima Virgen quien las concede por su medio. ¡Esto me aflige!»

Entonces le preguntó uno de sus hijos de Marsella:

«—Padre, cuando se presenta a usted alguna persona para pedir un favor de esta naturaleza, ¿sabe desde el primer momento, si lo va a conseguir o no?

—No. No sé nada de cierto. Únicamente experimento que mientras le estoy dando la bendición, me sobreviene una inspiración. Una especie de “tentación de Dios”. Entonces, digo a la persona que tengo delante: ¡Alcese y vaya a dar gracias a la Santísima Virgen! Y ella se siente curada.»

NUEVOS ACONTECIMIENTOS EN LA VIDA DEL SANTO (1880)

El templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma (1880-87)

Don Bosco viajó también este año a Roma, en donde fue recibido por el Papa el día 5 de abril. León XIII le otorgó las mismas demostraciones de afecto que su antecesor, Pío IX. Y quiso darle una especial prueba de «amor y confianza», a la vez que echaba sobre los hombros del venerable anciano un peso, en apariencia, superior a sus fuerzas. Tal fue el encargo de construir un hermoso templo al Sagrado Corazón de Jesús en la capital de mundo católico.

La idea de erigir un auténtico monumento votivo al Divino Corazón en el centro de la Cristiandad, había sido de Pío IX. No obstante, él poco más había podido hacer que aportar la idea. La tarea quedaba para su sucesor en la Cátedra de Pedro.

León XIII había aceptado con entusiasmo el proyecto y había puesto manos a la obra desde el comienzo de su pontificado. Pero, casi apenas iniciadas las obras, había surgido un obstáculo prácticamente insuperable. Había venido a faltar el dinero hasta el punto de tenerse que suspender los trabajos y aplazarse *sine die*.

El Papa había experimentado con esto un gran contratiempo y se hallaba verdaderamente afligido, porque pensaba en los comentarios que harían los enemigos de la Iglesia acerca de la fe y la generosidad de los católicos. Expuso esta situación a los miembros del Sacro Colegio cardenalicio y alguno de entre los purpurados le sugirió la idea salvadora.

«—Padre Santo, yo conozco un medio seguro de
financiar esta empresa.

—¿Cuál es?...

—¡Confíesela a Don Bosco!

—Pero, ¿Don Bosco querrá aceptarla?

—Sí, Padre Santo. Yo conozco bien a Don Bosco. Su devoción al Papa es ilimitada. Para él un deseo del Vicario de Jesucristo es como una orden. ¡Haga la prueba!»

El Sumo Pontífice acogió la sugerencia con alegría. Como quien ve «el cielo abierto». Y sin pérdida de tiempo, llamó al Santo y sostuvo con él una conversación aproximadamente en estos términos:

«—Don Bosco, el honor de todos los católicos se halla comprometido y también el del Vicario de Cristo a causa de esta empresa. Y debo confesarle que este asunto me quita el sueño. Usted haría una cosa sumamente grata a mi corazón si aceptara tomarla a su encargo.

—Sí, Padre Santo. La acepto desde este mismo instante. Y considero este encargo como un honor y una demostración de vuestra especial estima de mi pobre persona. Vuestra voluntad es para mí sagrada.

—¡Pero tenga en cuenta que yo no podré darle dinero, porque no lo tengo!

—Santidad, yo no le pido dinero. Sólo deseo vuestra bendición y los favores de orden espiritual que tenga oportuno otorgarme a mí y a cuantos cooperen en la edificación de este templo. Haremos que el Sagrado Corazón tenga un espléndido monumento en la capital del mundo católico. Más aún, si me lo permite Vuestra Santiadad levantaré también junto a la iglesia un oratorio festivo con un gran colegio. Así podremos formar religiosamente a muchos jovencitos romanos, que también ellos lo necesitan.

—¡Magnífica idea! —aplaudió el Padre Santo radiante de gozo—. ¡Yo os doy una generosa bendición a vos y a cuantos contribuyan a hacer realidad este designio! Preséntese al cardenal Berardi para hacerse cargo del proyecto del templo.»

Luego, el Vicario de Cristo quiso entretenerse con el fundador por un buen espacio de tiempo. A continuación, mandó entrar al Secretario del Apóstol, P. Joaquín Berto, y los bendijo. Bendijo

de manera especial al fundador. Y quiso que aquella bendición alcanzara, asimismo, a todos y cada uno de los miembros de la maravillosa Congregación cuyo vertiginoso desarrollo constituía una especie de milagro viviente y palpable. Para todos deseó los mejores augurios y los más eficaces triunfos en el apostolado.

Don Bosco salió radiante de alegría de la presencia de León XIII. Inesperadamente, aunque bien a su costa, se le había brindado la oportunidad, largo tiempo deseada, de plantar sus tiendas en la Ciudad Eterna. Porque en Roma, como en Turín, en Milán, en Génova, en Florencia, en Marsella o en cualquier otra de las grandes ciudades italianas o europeas, se veían a todas horas grupos de niños y de jovencitos corretear por las calles y las plazas, sin ocupación fija ni asistencia a las escuelas. Niños que se estaban estropeando y a cuyo remedio había que acudir.

Y, no obstante, el peso que acababa de echarse sobre las espaldas resultaba, en verdad, una carga abrumadora. Un peso que venía a añadirse a los muchos que ya gravitaban sobre sus debilitados hombros. A este respecto, hace notar el P. Miguel Rúa:

«—En aquel momento llevaba sobre sí la construcción de la iglesia de San Pablo en Spezzia, estaba levantando el colegio de Marsella, se trabajaba en la ampliación del de Niza Marítima, había emprendido la construcción de la casa de noviciado para las Hijas de María Auxiliadora en Niza Monferrato. Sin contar con otros trabajos y empresas de menor cuantía. A lo que se debía añadir el gasto, no despreciable, de la expedición de misioneros a América y el sostenimiento cotidiano de los colegios en marcha. Mas el poder de la fe es más fuerte que todos los obstáculos. No conoce límites, porque lo que para los hombres resulta imposible, para Dios es posible y fácil. ¡Dios es grande en sus santos!»

Nuevos atentados contra su vida (1880)

Una vez más, hemos de poner una pincelada negra en las áureas páginas de la vida de este hombre maravilloso, verdadero ángel en la tierra. Un nuevo cobarde atentado de los que maqui-

naban su muerte en las sombras, porque los estorbaba la luz cegadora que desde su persona se difundía por doquier. Ocurrió a poco de regresar de Roma. Y no parece sino que a cada triunfo conseguido por el adalid de las grandes empresas, después de cada batalla ganada para la gloria de Dios, algún ser maligno y misterioso pretendiera neutralizar los resultados o suprimir, de una vez para siempre, la ocasión de otros nuevos.

La «cabeza de turco» iba a ser, esta vez, un exalumno del Oratorio. Un infeliz que se había dejado atrapar en las redes funestas de las sociedades secretas. Y, de manera más concreta, por la implacable masonería: la de los hombres de la escuadra y el compás.

El joven de referencia llegó al Oratorio y pidió hablar con el fundador. En su mirada tenía algo de particular que inducía a la desconfianza. Los gestos embarazados y torpes de su obrar despertaban la sospecha. El Santo, no obstante, le acogió con su característica amabilidad. Y comenzó a hacerle algunas preguntas en las que revelaba un sincero interés por su suerte en la vida después de haber dejado el Oratorio. El guardaba silencio y mostraba una inquietud y una agitación cada vez más ostensibles.

«—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Qué te pasa? —le preguntó el buen Padre—. ¡Ya sabes que Don Bosco te ha querido siempre!»

El joven no pudo más y cayó a los pies del Apóstol, deshecho en llanto. Así permaneció mucho tiempo. El Santo acariciaba su cabeza y le exhortaba a hablar.

«—¡Padre, soy un miserable!, pudo al cabo decir. Tuve la desgracia de dar mi nombre a una secta protestantemasónica que ha decretado vuestra muerte. Se sacaron suertes para designar al asesino y mi nombre ha sido el primero en salir. ¡Pero yo no quiero, no puedo matar a Don Bosco!»

Y volvió a gemir con acento desgarrador. Al cabo se calmó un tanto.

«—Sé —dijo— que esta deserción me va a costar la vida. Pero yo recuerdo los beneficios, el cariño, la

solicitud de usted, Padre. ¡No importa! ¡Ahora estoy dispuesto a morir por mi bienhechor!»

Sacó el arma que llevaba oculta y la arrojó al suelo con desesperación. Don Bosco le ayudó a levantarse y trató de calmarle, de darle ánimo e inspirarle confianza. Fue tarea inútil. El joven salió precipitadamente de la habitación del santo, anduvo vagando de una parte para otra durante algunos días, presa de horribles remordimientos y al fin, no pudiendo soportar aquel peso, se arrojó a las aguas del Po con intención de ahogarse.

Por fortuna fue sacado aún con vida. Dos guardias, que habían presenciado el hecho, le sacaron semivivo, aunque ya desvanecido. Don Bosco, entre tanto, había dado conocimiento de este hecho a los propios padres del joven. Y entre todos consiguieron hallarle un asilo en el extranjero, lejos del alcance de la venganza de la terrible secta.

Pero quedaban aún otros comprometidos. Pocos meses más tarde tiene lugar el segundo intento de asesinato del fundador. El protagonista es, nuevamente, un joven. Un joven de veinticuatro años que, como el anterior, solicita una audiencia del Santo, el cual le hace pasar a su despacho. Ambos interlocutores se sientan en un diván. Del bolsillo del pantalón de aquel rufián se desliza una flamante pistola. Don Bosco la toma sin que él se dé cuenta y se la guarda en su propio bolsillo.

La conversación se alarga sin ningún objetivo concreto. Al fin, en un cierto punto, el asesino se pone en pie y comienza a registrar sus bolsillos. Lo hace con nerviosismo. Con preocupación creciente. Su rostro está nublado por un velo de malignidad. El Santo le deja que registre por un buen espacio de tiempo.

«—¡No sé! —dice él al cabo— ¡Tenía aquí un objeto y ahora no lo encuentro!

—¿Es, tal vez, éste? —le dice el sacerdote, mientras pone delante de sus ojos el arma—. ¡Salga inmediatamente de mi presencia y no vuelva a comparecer por aquí!»

El joven parece dudar.

—¡Salga al punto! ¡Fuera de aquí, asesino!»

El fundador abre la puerta. Allí, cerca esperan dos jóvenes del Oratorio que montan la guardia porque han visto entrar a aquel hombre y han adivinado algún peligro para el Padre. Ellos se hacen cargo del sectario, le empujan con violencia. Sin miramientos...

«—¡Canalla! ¡Ya estamos hartos de tanta vileza! ¡Agradece a este hombre de Dios no salir de aquí con los huesos molidos a palos! Pero, ¡guárdate muy bien tú y los de tu calaña de volver por aquí, porque Don Bosco tiene un ejército de jóvenes dispuestos a dar su vida por él!»

El, aturdido, sin osar volver el rostro para mirar hacia atrás, se dirige a una carroza que le espera en la calle. Los cómplices aguardaban impacientes, nerviosos... Y no tardan en comprender que les ha fallado el golpe una vez más. Fustigan a los caballos y se alejan de prisa sin dejar pista alguna.

Una nueva visión de lo alto (1880)

El Señor quiso premiar al infatigable apóstol, consolarle y dar una nueva muestra de su predilección por él. El mayor dolor de cuantos le afligían en este tiempo era, sin duda, la incomprensión de que era objeto de parte de la jerarquía eclesiástica local: el prelado y su curia. Incomprensión que rayaba en hostilidad declarada en ocasiones. Y hostilidad gratuita por cuanto ninguna causa daba él ni los suyos para aquella actitud.

Pero... ¿qué hacer? Cuantos medios había intentado para llegar a una reconciliación habían fracasado. El, sí, había hecho cuantas concesiones se podían hacer sin menoscabo de la Obra que no era suya, que era de Dios. Se había humillado. Había suplicado. Había extremado las demostraciones de sumisión, de respeto, de generosidad... ¡Todo en vano! Las vejaciones habían sido cada vez mayores y mayor la saña con que se le había acosado hasta pretender encerrarle dentro de los límites del recinto del Oratorio.

Y, sin embargo, a la vista estaba que no resultaba posible represar una obra que ya campaba por todo el mundo, que avanzaba arrolladoramente, cada vez con mayor empuje. ¿Cómo

era posible pensar en contenerla dentro de los estrechos límites de una diócesis provinciana?

Estuvo él, y estuvieron algunos de sus sacerdotes más significados, privados de las licencias para oír confesiones y se les prohibió subir al púlpito como si se tratara de sujetos contaminados de herejía. Se los espiaba. Eran calumniados. Los libros escritos por ellos no conseguían el *nihil obstat* para circular libremente dentro de los límites de la demarcación diocesana.

Entonces Don Bosco lloró muchas veces a causa de tan extraña actitud. Lo sentía profundamente. Y lo sentía principalmente por el daño que de ella recibía la Iglesia y las almas por el escándalo de ver desunidas y en pugna las fuerzas que estaban destinadas a combatir juntas en un mismo frente. Y lo sentía más aún por aquellos que eran los protagonistas de tan turbios manejos, los cuales parecían obrar por motivos excesivamente «humanos».

En esta situación, y cuando la tensión era más violenta que nunca, el Señor quiso consolar a su fiel siervo mediante un «sueño», cuya sustancia es así:

Era la noche del 8 al 9 de julio. Don Bosco se hallaba reunido con su Consejo para tratar de los asuntos concernientes a la buena marcha de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. De repente, el cielo se oscurece. Densos nubarrones arrebatában la claridad y las sombras se extienden por doquier. Luego se desata una horrible tormenta. Los relámpagos brillan en el aire y hien-den el espacio proyectando una luz instantánea y cegadora. El bronco retumbar del trueno hace retemblar el edificio. El fundador se halla en la galería y llama, asombrado, a los de dentro.

«—¡Oh, mirad, mirad! ¡Cae una lluvia de espinas!»

Todos los del Consejo se levantan presurosos de sus asientos, acuden a la galería y constatan el singular fenómeno. ¡Es verdad! ¡Cae una lluvia densísima de espinas! El suelo no tarda en estar cubierto de ellas.

«—¡Qué cosa tan extraña! —piensan ellos, sin acertar a darse razón de aquel fenómeno.»

Pasado algún tiempo, se produce otro trueno aún más frago-

so, más detonante que los anteriores. El P. Bonetti, que ha permanecido en la galería, exclama:

—«¡Oh, miren, miren! ¡Ahora son capullos de rosa los que caen del cielo!»

Todos acuden a comprobarlo. En cuestión de pocos momentos, en el suelo se forma una alfombra variopinta del color de los infinitos capullos de rosa que han caído.

El trueno restalla por tercera vez. El fragor es aún mayor. Es sobrecogedor. Allá arriba, en el cielo, se asoma, por entre los negros nubarrones un rayo de luz intensísima. Por unos instantes ha brillado la luz del sol y se ha visto la serenidad del cielo azul. El P. Bonetti vuelve a exclamar.

«—¡Ahora llueven flores!»

El fenómeno se repite por cuarta vez. La lluvia es ahora de rosas. ¡Espectáculo de verdad sorprendente! Rosas de todos los colores, formas y tamaños caen densamente como las gotas de agua en un día de tempestad, de lluvia torrencial. El ambiente se perfuma intensamente. El aspecto que ofrece el suelo hace estremecer de júbilo.

«—¡Oh, finalmente! —exclama Don Bosco.»

Sí, porque el simbolismo de este sueño resulta fácil de comprender. Al menos, a posteriori. Era el anuncio de que los contratiempos estaban tocando a su fin. O, en todo caso, de que había que mantener invicta la esperanza, porque todas las dificultades de orden natural son como una tormenta de verano. El cielo se nubla repentinamente. La tormenta no tarda en estallar. Pero con igual facilidad se dispersan las nubes y brilla de nuevo el cielo azul. Y, como siempre ocurre en la vida de los santos, los verdaderos «hijos de Dios», las cruces son pasajeras y las espinas se transforman definitivamente en rosas. Don Bosco marchaba ya con paso apresurado hacia el triunfo definitivo en la eternidad dichosa.

Realidad consoladora

Por el mismo tiempo aproximadamente, recibía el fundador

noticias que le llenaban de satisfacción. Esta vez, por el ordinario camino de la comunicación humana. De allende el océano le comunicaban sus misioneros los primeros éxitos de sus esfuerzos y sacrificios. Le escribía el P. Costamagna:

«Los salesianos han llegado ya a establecer contacto con los habitantes del desierto, los indios de las pampas. Los salvajes no habían oído siquiera pronunciar el nombre de Nuestro Divino Salvador. Ahora ya los hijos de Don Bosco hablan con ellos, viven entre ellos y comienzan a hacerles sentir los saludables efectos de la Redención. Es la realidad tantas veces soñada.»

Esta noticia así comunicada pide una explicación. Hemos visto a los primeros misioneros salesianos en trance de emprender viaje a través del océano para ir a fijar sus tiendas en las lejanas tierras australes de la República Argentina. Los hemos visto solicitados por el celo pastoral del Arzobispo de Buenos Aires y por el del párroco de San Nicolás de los Arroyos. Ellos, sin embargo, con su santo fundador, llevaban en el alma el anhelo de ponerse cuanto antes en contacto con los salvajes. Querían ser «misioneros de vanguardia».

Pero los centros de misión no estaban creados. Los hombres civilizados de la República Argentina no tenían relaciones con las tribus de la parte más meridional del país, la Patagonia y Tierra del Fuego. Era, por lo mismo, lógico que los hijos de Don Bosco hubieran de esperar la coyuntura favorable para entrar en contacto con los indios cuando lo aconsejara la prudencia. Presentarse a ellos sin las debidas precauciones hubiera equivalido, muy probablemente, a una muerte cierta. Tal vez, ésta había sido la razón de las muertes espantosas que habían dado aquellos mismo salvajes a cuantos antes que ellos los habían intentado catequizar. Las escenas contempladas por el fundador en el famoso sueño.

Por consiguiente, de momento, los salesianos expedicionarios se habían repartido por algunos centros urbanos en los que habían ejercido su labor pastoral. Preferentemente en favor de los numerosos inmigrantes italianos cuya situación religiosa era verdaderamente deplorable. Entre ellos se habían dedicado a

predicar, a enseñar el catecismo, a dar clase... hasta que sonara la hora de poder establecerse entre las tribus.

Habían sido tres años de larga espera. De apenas contenida impaciencia. Pero finalmente había llegado aquel momento. Y habían partido hacia el desierto, la pampa, con la expedición militar del general Julio Roca, el que había de ascender sin tardar a la jefatura suprema de la nación. Era el año 1879.

Los indios pamperos venían constituyendo desde hacía tiempo una pesadilla para los audaces hombres blancos que determinaban establecerse en los confines de las tierras habitadas por ellos. De improviso, caían como buitres voraces sobre las indefensas estancias o los ranchos y sembraban en pocos momentos la desolación y la muerte. Eran los famosos «malones», las terribles razzias que habían impedido hasta entonces todo intento serio de aproximación a sus tierras.

Pero lo que hasta entonces no habían podido los ejércitos, lo iban a conseguir los misioneros, los humildes hijos de Don Bosco. Aunque la verdad es que lograron mucho más, pues no sólo sometieron a aquellos hombres ferocísimos, sino que los civilizaron transformándolos en auténticos «hombres». Y de algunos hicieron «santos». Hoy la Congregación Salesiana sigue los trámites, ya muy adelantados, para la causa de beatificación y canonización de Ceferino Namuncurá, hijo de uno de los más prestigiosos caciques. El último rey de la pampa argentina.

NUEVAS JORNADAS TRIUNFALES EN FRANCIA (1881)

La finca de la Navarre

A mediados de febrero de 1881, el fundador se hallaba de nuevo en Marsella. Y si las últimas veces que había visitado la ciudad mediterránea había despertado un interés siempre creciente, ahora fue mayor aún el entusiasmo de las gentes porque su paso estuvo alfombrado de hechos maravillosos. Se le recibía como a un auténtico triunfador por doquier.

«—Este es el hombre que ha extendido sus conquistas mucho más gloriosas y más extensamente que Napoleón o Alejandro de Macedonia» —decía de él el arzobispo de Aix en Provence.

Y era sí, pues mientras que el paso odioso de los caballos (tanques) de los grandes conquistadores de imperios es execrado por las gentes a causa del reguero de sangre que van dejando tras sí, el de un «santo» levanta un clamor de bendiciones. Una demostración más del carisma profético se hizo muy notoria en esta ocasión.

El colegio de San León, de Marsella, que ya había comenzado a desplegar sus velas y avanzaba airoso y triunfante tras los últimos acontecimientos de los que el mismo Santo había sido protagonista, le propuso comprar una finca lejos de la ciudad para que los alumnos y el personal pudieran pasar algunas semanas durante el verano, casi insoportable en la urbe.

«—Sí, sí —contestó él—. Es una idea excelente y se llevará a cabo. Es más, continuó diciendo ante el asombro de todos los presentes, ya la tenemos. Y, por cierto, que se trata de una finca maravillosamente

situada. A la entrada tiene un paseo de plátanos que conduce hasta el edificio, y dentro, un hermoso pinar. Está atravesada por un regato de agua continuamente fluyente. Y la panorámica que se divisa desde allí es encantadora.»

Los que le oían estaban maravillados y perplejos hasta el punto de sospechar si no deliraría, pues les constaba que el Oratorio de San León no poseía nada semejante. Ni siquiera un palmo de tierra fuera del recinto del colegio.

Entre tanto, a los salesianos les llegaron varios ofrecimientos de compra de propiedades que podían servir al fin que pretendían. Don Bosco dijo al P. Bologne, director de aquel centro:

«—Recházalos todos si no cumplen las condiciones que yo he señalado.»

Al cabo de algún tiempo llega también a ofrecer una finca la señora Broquier. El director del colegio va a visitarla. ¡Quién lo diría! ¡Reunía, con maravillosa exactitud, todos los detalles que el Santo había señalado previamente! El lector se imagina lo que había ocurrido. ¡Lo había visto en sueños!

Una curación asombrosa

Llegado el día en que Don Bosco debía dejar a Marsella, resolvió ir a tomar el tren a Aubagne, pueblecito próximo, con el fin de evitar aglomeraciones en el trayecto del colegio a la estación. A acompañarle se ofreció el abate Mendre, el cual abrigaba un designio secreto que no había querido comunicar a nadie. Quería arrancarle un nuevo milagro antes de que dejara el suelo galo. Una familia que vivía en las afueras de la ciudad tenía una hija enferma de suma gravedad y el abate deseaba llevar al Apóstol ante ella. Don Bosco, aunque era de noche, advirtió que aquel no era el camino que conducía a la estación de Aubagne y se lo hizo notar al buen abate.

«—Creo, señor abate, que éste no es el camino de Aubagne.

—Don Bosco, fiese de mí —se limitó a contestar él.»

Al llegar delante de la casa, el coche se detiene. El buen sacerdote invita al Santo a bajar. Luego le lleva hasta el domicilio de la enferma.

«—¡Suba, padre, suba, que aquí hay una enferma que está esperando su bendición!

—¡Pero...!»

No hubo más remedio. El hombre de Dios optó por dejar hacer. La niña era ya más un cadáver que un ser humano viviente. Desde hacía días no conseguía tragar una sola gota de agua. Y, según dictamen médico, sólo le restaban horas para emprender el viaje a la eternidad.

El santo reza y hace rezar. Luego invita a la moribunda a beber. Ella experimenta de repente como si una fuerza nueva, un vigor desconocido, invadiera todo su ser. Bebe por sí misma sin dificultad. Luego, grita con voz potente:

«—¡Estoy curada!»

La consternación de todos los presentes es enorme. Sólo Don Bosco se mantiene sereno esbozando aquella su sonrisa que, en determinadas circunstancias, tenía más de sobrenatural que de humano.

El padre de la muchacha era un humilde obrero que había acudido a la fábrica con el corazón destrozado por el dolor de la pérdida inminente de la hija. Tenía la persuasión de que, a su regreso a casa, ya no viviría. ¡Cuál no sería, por consiguiente, su sorpresa al ver que ella misma le salía al encuentro llena de juventud y de vigor, le saltaba al cuello, le abrazaba y besaba mientras pregonaba los efectos de la bendición de un santo!

El pobre hombre se quedó como paralizado. Luego se le mudó el color del rostro y se desplomó en tierra desvanecido. ¡Tal fue el impacto que le causó el feliz acontecimiento!

El abate Mendre ayudaba al taumaturgo a subir de nuevo al coche para continuar viaje.

«—¡Ahora no dirá que Don Bosco no hace milagros!

—comentó.

—¡Dios sea loado; Dios sea loado! —se limitó a exclamar el Santo.»

Una flor perfumada para el cielo

Antes de dejar el suelo francés, el fundador hizo escala en Tolón, en donde le esperaba uno de los más agradables encuentros que había de tener en su larga y apretada vida. En esta ciudad marítima residía el conde Luis Colle, con su esposa y un hijo único, también él Luis de nombre, adolescente de diecisiete años de edad.

El joven era un émulo auténtico de San Luis Gonzaga, su patrono. Y patrono eminente de la juventud limpia y preservada del vicio degradante. Era un alma verdaderamente predestinada por Dios para formar en el cielo el cortejo de espíritus inmaculados que, según la expresión del libro del Apocalipsis, «siguen al Cordero adonde quiera que va».

Luis estaba enfermo. Estaba señalado por la muerte como se señala un árbol en medio del bosque para ser cortado en breve, Don Bosco tenía noticia de esta circunstancia, porque el cura párroco a cuya feligresía pertenecía la ilustre familia había acudido por dos veces a Marsella con el fin de comprometer al Santo para esta visita. Una vez más, se ponía la esperanza, frente a los remedios de la ciencia, declarados con frecuencia impotentes, en el poder sobrenatural del hombre de Dios. Pero esta vez no se realizaría el milagro.

El hombre de Dios visitó, en efecto, al joven. Y comprendió desde el primer momento que «Luis estaba maduro para el cielo». Se trataba de un alma profundamente enamorada de Dios para quien había vivido desde la infancia. En consecuencia, el taumaturgo no se anduvo con rodeos, sino que afrontó la realidad directamente.

«—Hijo mío —dijo al joven—, haz con generosidad el sacrificio de tu vida al Señor porque El te quiere muy pronto para Sí en el cielo.»

El joven recibió este anuncio como el más fausto que pudieran escuchar sus oídos. ¡Son los auténticos milagros de la fe cristiana! Sólo ella puede conseguir que un muchacho en la flor de la edad, adornado de excelentes cualidades, adorado por unos padres entrañablemente queridos y por cuantos le conocen, heredero de una inmensa fortuna y de un título nobiliario, pueda

llegar a recibir con resignación, y hasta con alegría, la noticia de que sus días están tasados con usura!

Es la perspectiva que ofrece Cristo a los suyos. El, que es el auténtico vencedor de la muerte eterna; el que ha hecho brillar la esperanza del triunfo definitivo y perdurable. Don Bosco habló también a los padres:

«—No han de ilusionarse con mi bendición —les dijo—. Yo no he venido a su casa para devolver la salud a Luis. Su hijo se les va al cielo y ustedes han de hallarse dispuestos a hacer este sacrificio por costoso que sea. Pero les voy a dar una buena noticia. A cambio de él, Dios les va a dar muchos otros hijos. Se lo diré claramente. El Señor los ha elegido a ustedes para constituirlos en «padres de nuestros huerfanitos». Para que pongan toda su fortuna a su disposición con el fin de acallar su hambre y remediar sus necesidades.»

El patrono de la ciudad de Brasilia

Luis Colle murió, en efecto, el 3 de abril de aquel mismo año. Un año más tarde, Don Bosco publicaba su biografía. Pero al dar el Santo a la imprenta este libro, no estaba completo. No podía estarlo, porque Luis continuaba viviendo. Y no sólo en el cielo por ser ya un «bienaventurado», sino también en la tierra por ser un mensajero de Dios para con el fundador. A ella venía con frecuencia para interesarse por la suerte de las personas a las que había amado de una manera especial en su vida: sus padres, Don Bosco...

Al Santo se le apareció muchas veces. Es una historia interesante. A su lado «viajó» por remotos países; recorrió con él la extensa cordillera andina, el gran espinazo de América Meridional. Ambos iban charlando amigablemente dentro de un «vehículo» que sobrevolaba las escarpadas cimas rocosas, las cumbres de vértigo, eternamente cubiertas de nieve; los infinitos recónditos valles formados por los repliegues de las montañas gigantes, las selvas enmarañadas e impenetrables a causa de la tupida vegetación... ¡Cosa de fábula!

¿Eran aquellos «vehículos alados», las máquinas voladoras, las modernas naves aéreas que tienen establecidas líneas de vuelos regulares exactamente por aquellos sitios?

Y el joven bienaventurado le fue indicando al Santo en dónde existían riquezas inmensas, totalmente inexploradas a la sazón, pero que un día el hombre desentrañaría. Se trataba de yacimientos petrolíferos y minas de carbón y de toda suerte de metales. Y le señaló con precisión el lugar en que surgirían las grandes ciudades futuras, en las que sus hijos, los salesianos, emplazarían sus colegios y los centros de misión.

Hoy San Juan Bosco, en virtud de estas previsiones hechas públicas por él con antelación de muchos decenios, ha sido nombrado «patrono de Brasilia», sorprendente creación realizada en medio de la selva virgen y cuyo emplazamiento exacto fue notado por el fundador.

Los piadosos padres del joven Luis aceptaron la sugerencia del Apóstol de Valdocco y su inmensa fortuna fue a parar literalmente a las manos del fundador con destino a sus obras.

Era una vocación más. Como otra cualquiera. El Señor, a cambio, les reservaba un lugar junto al hijo que les había precedido en el camino de la eternidad. Ellos fueron los ricos prudentes que acertaron a seguir el consejo de Jesús:

«—Guardad vuestros tesoros en donde ni puede corroerlos la herrumbre, ni roerlos la polilla, ni desenterrarlos y robarlos los ladrones.»

**CORAZON ANCHO COMO «LAS PLAYAS
MARINAS» (1882)**

Una paz costosa

Entre el Oratorio y la Curia turinesa continuaba echándose de menos la falta de entendimiento. No obstante, eran muy pocas las personas ajenas a la Sociedad Salesiana las que estaban enteradas de lo que ocurría. Es más, los mismos miembros de ella, incluidos los hijos del Oratorio, fuera de los que por estricta necesidad o conveniencia debían hallarse al corriente de aquel estado de tensión, eran desconocedores de la serie de vejaciones soportadas por el fundador y su Obra y de los sufrimientos morales en los que se debatía su espíritu delicado.

Y aún andaban más lejos de tener cabal conocimiento de los innobles medios de que los adversarios se valían para hostigar continuamente a Don Bosco y a los suyos. Inexactitudes, exageraciones, mentiras, calumnias... ¡Todo era ya combustible adecuado que se arrojaba en la hoguera del resentimiento para tratar de conseguir el deplorable intento apetecido!

Don Bosco se vio forzado a preparar la defensa por un estricto deber en orden al buen nombre de su Congregación, pues de haberse tratado únicamente de su persona, sin estas implicaciones, lo habría soportado todo con perfecto «estoicismo». Y mejor aún, con resignación cristiana. Y aún así, en su contrarréplica no atacaba a nadie. Se limitaba a exponer con objetividad el proceso que habían seguido los acontecimientos, a deshacer malentendidos que podían comportar malas consecuencias, a dejar sin efecto las acusaciones calumniosas iluminándolas con la luz de la verdad.

Y lo hizo «constreñido por el deber de la obediencia a la Sede Apostólica». Porque «debía dar a conocer en Roma que él no era un rebelde orgulloso, tozudamente irreductible frente a su legíti-

mo Pastor». Nadie habría sospechado la virulencia de los ataques de que había venido siendo objeto sin el conocimiento de la «defensa que hubo de enviar a los Eminentísimos Cardenales, miembros de la Sagrada Congregación del Concilio».

«—Todas estas vejaciones que vengo soportando yo y mi Congregación desde hace diez años» (aquí enumera una larga serie de ellas) parecen estar suscitadas por el enemigo del bien, el cual pretende ahogar y destruir nuestra pobre Sociedad. O, por lo menos, crearle obstáculos sobre obstáculos, a fin de que no realice el bien que se propone.

Todas ellas, y otras igualmente graves, las hemos sufrido hasta el presente en silencio. Y aún ahora, puesto que yo cumplo con repugnancia este deber de informar que se me impone, pasaré por alto muchas cosas deshonrosas que se refieren exclusivamente a mi persona. Expongo solamente cuanto guarda relación con la Congregación. O cuanto atañe a mí mismo, no en concepto de persona privada, sino en calidad de Superior y Jefe de la misma.»

Hacia finales del año se resolvía, por fin, el nudo espinoso de esta desagradabilísima cuestión. Pero fue cargando, una vez más, el peso principal de la enojosa cruz sobre los hombros del sufrido apóstol. León XIII leyó con atención la relación enviada a la Sagrada Congregación del Concilio por el fundador y exclamó impresionado:

«—¡Nunca hubiera imaginado hasta qué punto de malquerencia, de rencor, de saña, se ha llegado contra este hombre de Dios!»

Ya para entonces habían sido emitidas dos sentencias favorables al fundador. La una, de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. La otra, del Concilio. No obstante, el Sumo Pontífice quiso avocar a sí mismo la causa para terminarla definitivamente. Y dictó condiciones excepcionalmente duras, que debían ser intimadas al apóstol de Valdocco para que las aceptara. El cardenal Mina, Protector de la Congregación Salesiana, las estimó «excesivamente exigentes, injustas y humillantes» para el

santo. Y trató de justificar la actitud del hombre de Dios durante el proceso.

Y tenía razón. Y también lo sabía el Papa. Sabía perfectamente que la virtud de Don Bosco había rayado a una altura sublime en aquel enojosísimo asunto. No obstante, se mantuvo en aquella línea de exigencia, poniendo una vez más a prueba la humildad y la obediencia del fundador. Se limitó a decir:

«—Nos conocemos a Don Bosco. Es un santo. El las aceptará.»

Poco después, el Pontífice recibía en audiencia al prelado turinés. Monseñor Gastaldi le comunicó que Don Bosco había aceptado sin chistar las condiciones impuestas por el Padre Santo para la reconciliación.

«—¡De ello estábamos ciertos Nos —le contestó el Vicario de Cristo en tono de reproche a él—. Sabíamos que Don Bosco obedecería. Y ha sido precisamente por ello por lo que le hemos intimado a él la obediencia y la sumisión y no a vos. ¡Pero sabed que Don Bosco es un santo!»

No a mí, Señor, da la gloria (1882)

El 15 de agosto de 1882 cumplía el fundador su 67 aniversario. En torno de él había centenares de niños y jovencitos del Oratorio, a los que se habían querido sumar muchos alumnos de otros tiempos para festejar al padre bueno. El les dirigió la palabra al término de una velada que se le había dedicado, como era ya habitual en esta ocasión. Palabra efusiva, vibrante, cargada de emoción. Habló con toda la asombrosa transparencia de su corazón noble y bueno. Con los ojos humedecidos de lágrimas.

«—Al Cielo, ante todo, se debe cuanto Don Bosco ha realizado —dijo—. Luego, a los cooperadores, sin los cuales yo no habría sido nada. Don Bosco no ha sido más que un ciego instrumento en las manos de Dios. Con ello queda demostrado que cuando el Señor

quiere realizar alguna obra puede servirse del instrumento más ruin, del más ineficaz.»

El año acababa con la consagración de la iglesia de San Juan Evangelista en Turín. La ceremonia la llevó a cabo el arzobispo, monseñor Gastaldi. El fundador, en la sacristía, aguardaba revestido de los ornamentos sagrados para la celebración de la primera misa en el nuevo templo.

Al llegar el prelado de cumplir el rito de la consagración, el venerable anciano se le acercó para darle las gracias por haber aceptado celebrar aquel acto. Estaba profundamente emocionado. ¡Eran tantos los amables recuerdos que la presencia de aquel hombre traía entonces a su mente! Recuerdos ya lejanos, sí. Más lejanos cada vez. Y no sólo en el tiempo, sino en el afecto, de parte del ahora elevado a la cumbre de la jerarquía eclesiástica por gracia del humilde sacerdote de Valdocco.

También el arzobispo se sintió conmovido a la vista del fundador. Hacía mucho tiempo que no se veían. Del rostro del buen padre seguía emanando aquella luz serena que invitaba a la confianza, a la cordialidad. El suyo era como el rostro de un niño inocente. Era el rostro candoroso de muchos ancianos saturados de bondad y de espiritualidad, transfundidos de gracia santificadora.

«—¡Oh, Don Bosco, oh, Don Bosco! —acertó a decir el buen prelado, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de ternura.»

Luego, se volvió hacia los seminaristas de su séquito y les dijo:

«—¡Id, hijos míos, id a asistir a la misa de un santo!»

Las fiestas de la consagración del nuevo templo se desenvolvieron de un modo semejante a las del templo-basilica de María Auxiliadora. Duraron ocho días. Y también en esta ocasión fueron huéspedes del Oratorio algunos prelados que tomaron a su cargo la celebración de las misas pontificales y dirigieron la palabra a los numerosos fieles que acudieron a lucrar las indulgencias otorgadas en aquella ocasión.

Camino triunfal hacia París (1883).

Los días del fundador se iban acortando con rapidez. Los achaques a los que se hallaba sujeto desde hacía mucho tiempo eran más graves y más molestos de día en día. Ahora ya su vida era una lucha dolorosa contra numerosos males que, de forma implacable, venían minando su otrora robustísima fibra de campesino piamontés. Mas antes de entonar el *Nunc dimittis*, había de dar cima a importantes empresas que ya estaban en marcha, pues no quería que el peso de determinadas preocupaciones viniera a gravitar, a su muerte, sobre los hombros de sus hijos. Aquellos que se aprestaban a asumir la responsabilidad que entre todos habían contraído en cumplimiento de su vocación.

El éxito que acabamos de reseñar: la inauguración de la iglesia de San Juan Evangelista, había constituido una de estas preocupaciones del santo hombre de Dios. Pero mayor aún era la que constituía el compromiso asumido, diríamos, *in facie Ecclesiae*, con la del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Una obra de tal envergadura, por fuerza había de ponerle en más de un apuro de orden económico. O, por hablar con más propiedad, debía constituir una situación de constante preocupación. ¿En dónde, por tanto, buscar los recursos pecuniarios que ya la Italia cuyas simpatías gozaba su Obra no podía darle? ¿En Francia!

En consecuencia, partió una vez más para la rica, la generosa nación latina. Salió de Turín el 31 de enero. ¡Exactamente cinco años antes de emprender otro viaje: el viaje sin retorno hacia la verdadera Patria, la celeste! Hacia la «casa del Padre», que se hallará dispuesto a recibir al hijo predilecto con las palabras de bienvenida, reservadas para los vencedores de las dificultades de la presente vida:

«—¡Siervo bueno y fiel! ¡Puesto que has sido fiel en lo poco, yo te pondré al frente de lo verdaderamente importante! ¡Entra en el gozo de tu Señor!»

El viaje lo realizó por etapas. En una de ellas, la de Valecrosia, se vio obligado a andar un notable trecho de camino a pie: desde la estación hasta el colegio, pues, por falta de inteligencia, nadie estaba esperándole a él y a su secretario a aquella hora.

Poco antes había llovido con intensidad y el suelo estaba

lleno de charcos. Era, además, casi de noche. Entonces se le presentó una vez más, ésta la última, el Gris. Caminaba el fiel perro despacito delante del santo, dirigiéndole por los sitios secos, sorteando los charcos y barrizales. Al llegar a casa desapareció. ¡Hacía más de treinta años que lo había visto por primera vez!

El paso del apóstol de Valdocco por las ciudades italianas de la Riviera y las francesas de la Costa Azul fue, como de costumbre, pródigo de numerosos prodigios. Y la admiración y veneración de las multitudes las de siempre. Todos quedaban encantados de la sencillez de su trato; del espíritu de caridad que se contagiaba desde su persona invitando a ser mejores. Muchas personas generosas le consultaban acerca del empleo que podrían hacer de buenas cantidades de dinero que estimaban superfluas o no absolutamente necesarias para el normal desenvolvimiento de sus vidas. El les recomendaba la atención a las instituciones de caridad y benéficas. Preferentemente, las locales.

En Marsella, uno de sus admiradores y amigos, el señor Olive, le condujo al seminario diocesano en donde el excelente cooperador tenía a uno de sus hijos estudiando. Llegaron durante las horas de clase. El rector de aquel Centro se hallaba ausente. El vicerrector intentó excusarse de autorizar la visita aduciendo no ser costumbre permitir la salida de los alumnos durante las clases.

«—¿No sabe usted que este sacerdote es Don Bosco? —le dijo el señor Olive.

—¡Don Bosco, Don Bosco! —exclamó aquel, cayendo de rodillas a los pies del santo para pedirle la bendición.»

Luego mandó tocar la campana y ordenó que todos los seminaristas abandonaran las clases. El eco del nombre del santo apóstol de la juventud llenaba todos los ámbitos.

En Lyon fue invitado por los miembros de la Sociedad Geográfica a dar una conferencia acerca de la Patagonia. Asistieron los más eruditos hombres de la ciudad. Cada cual tenía en sus manos un mapa y mediante él iba siguiendo los lugares descritos por el santo. Sus conocimientos de la flora, la fauna, la geología,

las minas, los ríos, valles, montañas, habitantes..., causaron una auténtica admiración. Verdadero asombro.

¿En dónde había aprendido tales cosas aquel hombre que empleaba todo su tiempo en ocupaciones bien ajenas al estudio de la geografía? O, por mejor decir, ¿existían en alguna biblioteca libros capaces de proporcionar la sorprendente erudición de que el apóstol turinés estaba haciendo alarde? Al acabar de hablar se le acercaron algunos para preguntárselo.

—¡Lo he aprendido en mis sueños! —dijo con naturalidad.

La Sociedad tuvo la satisfacción de premiarle con una medalla especial y se honró con agregarle entre los socios honorarios. El más ilustre de todos.

En la capital de Francia.

Llegó a París, que era esta vez el objetivo principal del viaje, el día 16 de abril. Iba precedido de la fama de sus hechos prodigiosos, divulgados por la prensa diaria. En la estación le esperaba una carroza. A través de los grandes bulevares de la ciudad, cerebro entonces de Europa, llegó a la mansión del señor De Combaud, en la calle Mesina. La ilustre familia puso a su disposición todo un piso en el edificio que ellos mismos habitaban.

El día siguiente, Don Bosco fue a saludar al arzobispo, cardinal Guibert. La audiencia resultó cordialísima. Su Eminencia le invitó a dar una conferencia en la iglesia de la Magdalena, la de más rango cultural de París por la calidad de personas que la solían frecuentar. El santo quiso excusarse alegando que no dominaba el francés lo suficiente como para hablar en aquellas circunstancias delante de un público tan selecto. Y pidió al prelado que otro lo hiciera en su nombre.

«—¡No, no! —dijo el purpurado—. ¡Hable, hable usted mismo! No se preocupe por ese detalle. París le creerá más a usted que a ningún otro que lo hiciera en su nombre.»

El éxito fue rotundo. Desde el primer momento se ganó enteramente las simpatías de cuantos se hallaban presentes. Y fue cosa como de milagro, pues era verdad que apenas se le oía, que su pronunciación resultaba exótica y que en ningún otro caso los parisienses, tan pagados del papel que desde hacía mucho tiempo les había correspondido desempeñar en el juego de los acontecimientos mundiales, hubieran tolerado algo semejante.

Pero ahora era distinto. No acudían a oír al orador que halaga los oídos con períodos cadenciosos, con frases brillantes o afortunadas. Ahora el que hablaba era un «santo». Y un santo de la categoría de aquel humilde sacerdote italiano no se veía todos los días ¡ni aun en París!

Pero lo singular era que se trataba no sólo de las gentes «de iglesia», los más o menos fervientes cumplidores de sus deberes religiosos. Para ir en su busca, para recibir de sus labios una palabra de consuelo o de aliento, para saciar su reverente curiosidad de ver a «un auténtico hombre de Dios», se puso en movimiento «todo París». No en el número, naturalmente, pero sí una buena parte de él de todos los estamentos sociales y de todas las ideologías.

Se trataba de un verdadero caso singular. Una ciudad que tienen a gala visitar cuantos se precian de entender en el orden de la belleza, del arte, de la política o las letras, la «gente del gran mundo», se puso en efervescencia ante la presencia de un insignificante sacerdote extranjero que ¡ni siquiera hablaba con corrección su idioma!

Los diarios se hicieron eco del inusitado acontecimiento. Todos ellos, cualquiera que fuese su ideología o matiz político, publicaron artículos, aunque enfocándolos cada cual desde su propio ángulo de vista, pues mientras que para unos se trataba de un hombre «providencial y carismático», para otros no pasaba de ser un «demagogo o un fanático». *L'Universe*, uno de los rotativos de mayor tirada, se expresaba en estos términos:

«—París está atónito a causa de la efervescencia que se ha producido en su seno en torno al humilde sacerdote turinés. Y, sin embargo, nada tiene de atractivo a los ojos del mundo. Es de origen oscuro. Su exterior es humilde. Su voz no consigue hacerse enten-

der por los numerosos oyentes que acuden a escucharle. Su paso es vacilante. Tiene la vista debilitada hasta el punto de estar casi ciego... ¿Por qué, pues, corren tras él las multitudes? ¿Cómo es que en estos momentos la única preocupación de la capital de Francia es la de poder ver u oír a Don Bosco?

¿Dónde está Don Bosco? ¿Qué hace? —es la pregunta que nos dirigimos los unos a los otros en todas partes—. Y, sin embargo, no hace más de quince días el nombre de Don Bosco era desconocido casi por completo, pues apenas si se le había oído pronunciar en las Conferencias de Caridad y sólo se tenía una vaga noticia de sus obras.

Muchos católicos en estos momentos se hallan desconcertados ante el estallido repentino del hombre mágico. El aplauso de París es casi unánime. La atracción que ejerce sobre las multitudes es cosa de maravilla. En este fenómeno puede verse una enérgica protesta contra el ateísmo, que por todas partes se pretende difundir entre el pueblo, porque todos estos homenajes van dirigidos al «hombre de Dios». Don Bosco es el hombre de la fe, de la oración. El hombre a quien las multitudes desean ver y aplaudir... Las iglesias más capaces resultan excesivamente estrechas para dar cabida a los fieles que desean oír su misa. Y no piden otra cosa de él...»

Por su parte, *Le Figaro* se expresaba así:

«—¿Qué es lo que pide o promete Don Bosco, cuya presencia en la capital de Francia ha levantado tan grande expectación y deseo de verle?... Sólo esto: «¡Sacrificaos! ¡Entregad vuestro dinero!...".»

El triunfo de la sinceridad y de la fe

Pronto comenzaron para el fundador los días de trabajo; las jornadas laboriosísimas, empleadas en dar audiencias y más audiencias a toda suerte de personas. Audiencias en las que se trataba, con frecuencia, de resolver intrincados problemas de

conciencia o familiares, cada uno de los cuales —en expresión del santo mismo— «hubiera valido la pena hacer aquel viaje».

El trasiego de gentes era continuo. No le dejaban siquiera el tiempo necesario para cumplir sus obligaciones más apremiantes. Nunca era dueño de su persona, porque siempre estaba a la disposición de los demás. Las cartas se amontonaban en su mesa de despacho por centenares cada día. La ayuda de varios secretarios no era bastante a dar curso a aquella correspondencia. Títulos de la nobleza francesa: marquesas, condesas, damas, se habían ofrecido para cuidar del orden de las audiencias. Y también ellas se pasaban aquellas jornadas en un duro trabajo y se sentían honradas con esta deferencia. La afluencia de la gente era tal que para localizar al santo era bastante con seguir la riada humana que constantemente dirigía sus pasos hacia el lugar en que se hallaba.

En su predicación demostraba una gran sencillez. Hablaba como lo hubiera hecho cualquier otro sacerdote, mensajero del Reino de Dios en la tierra. Y tampoco daba un énfasis especial a sus palabras, mientras que su voz, otrora vibrante y armoniosa, ya para ahora había perdido casi toda la resonancia y apenas se le lograba entender a unos metros de distancia. Se limitaba a decir cosas tan simples como éstas:

«La religión es el único consuelo verdadero que tenemos en medio de las miserias que nos afligen en esta vida. Y es, asimismo, lo único que nos asegura la felicidad después de la muerte. Manteneos, por consiguiente, fieles a ella. Acercaos con frecuencia a recibir la Sagrada Comunión y perseverad en vuestra tradición de generosa caridad para con toda obra buena. Pero tened en cuenta que la obra más excelente es la educación cristiana de la juventud. Comenzad por realizarla con vuestros propios hijos. Y si conocéis a algún niño abandonado, tened un cuidado especial de él y enseñadle a servir al Señor y a evitar el pecado.»

Y con sólo esto, dicho en un lenguaje sencillísimo en el que nada nuevo se revelaba, el entusiasmo que se apoderaba de todos los que le oían era indescriptible. Más aún: les bastaba verle encorvado bajo el peso de los años y los achaques, aunque siem-

pre sonriendo divinamente, para quedar arrebatados de entusiasmo y de fervor.

Las gracias de la Auxiliadora

Las gracias de la Auxiliadora eran continuas. Muchas se otorgaban a los afortunados instantáneamente con sólo impartirles el santo su bendición. Otras veces se dejaba un margen de tiempo para evitar el exceso de publicidad y la espectacularidad.

Se le presenta una señora cuyo hijo ha sido injustamente acusado de desfalco y está detenido. La madre se halla desolada y suplica al santo quiera encomendar al Señor el difícil asunto.

«—Sí, sí. Lo haré. ¡Claro que lo haré! —le contesta el hombre de Dios—. Pero es necesario que también usted rece para conseguir la gracia.

—De acuerdo, padre.

—Pero no basta con la oración —continúa él—. Es preciso que haga una buena confesión y que reciba santamente la Sagrada Comunión.»

La insinuación es intencionada. La pobre mujer llevaba ya treinta años sin acercarse a los sacramentos.

«—¡Lo haré, padre! ¡Tenga la seguridad de que lo haré!

—Bien. Si es así, tome esta medalla para usted. Y esta otra désela a su hijo.»

Luego, el hombre de Dios se la queda mirando con aquella mirada penetrante, escrutadora... Y, sin añadir una sola palabra más, pero con evidente intención, le ofrece una tercera medalla.

Era para su marido. Un hombre que, a su vez, también había dejado transcurrir muchos años sin cumplir con sus deberes religiosos y que, además, tampoco vivía con su esposa, la cual, entre sus amistades, pasaba por viuda.

La fama de los numerosos hechos prodigiosos obrados por él durante aquellos días se difundía más y más. Y el entusiasmo popular se los atribuía a él. Por eso hubo de protestar como ya lo había hecho otras veces.

«—No. No es exacto afirmar que Don Bosco hace milagros —dijo en la iglesia abarrotada de fieles—. Hablar así es incurrir en un error. Los milagros son el premio que Dios bondadoso otorga a las personas que tienen fe. Son favores que reparte con generosidad la Virgen Auxiliadora, que es Madre amante de todos sus hijos. Sólo a ella deben ser atribuidos. ¡Exclusivamente a ella! A mí no me impliquéis en este asunto. No me avergoncéis, puesto que, en todo caso, yo no soy más que un instrumento indigno del poder formidable de la Reina del cielo.»

Entre los oyentes se halla un caballero. Es un hombre apuesto y elegante, de porte distinguido y orador fácil. Es, además, un excelente católico. En aquel momento se pone de pie entre la curiosidad de la multitud que abarrota el templo y comienza a hablar con voz emocionada.

«—Yo conozco a un padre de familia —dice— cuya esposa estaba enferma desde hacía tres años. Ese padre infortunado tenía, además, un hijo también él enfermo de tanta gravedad que ya había recibido los últimos sacramentos. Mas ocurrió que este hombre que ahora tenemos delante, este sacerdote según el corazón de Dios; este apóstol de la juventud desvalida, acudió al hogar del infeliz padre para bendecir a su esposa y a su hijo. Pues bien, el efecto de aquella bendición fue instantáneo. ¡Ambos recuperaron la salud de repente! Ambos acudían el día siguiente a prostrarse a los pies de la Santísima Virgen para darle gracias por el doble milagro.»

El santo escuchaba aquella narración profundamente emocionado, pero, a la vez, tranquilo, como si nada tuviera que ver con él, aunque el dedo del orador le señalaba directamente y era asaeteado por las miradas de centenares de ojos que se dirigían a él llenos de asombro y de curiosidad. Se limitaba a admirar íntimamente la bondad maternal de la Santísima Virgen que tan generosa se mostraba con sus hijos desventurados y aquejados de extrañas dolencias.

El caballero, no obstante, prosiguió su narración, cada vez más conmovido. Y llegó a un punto en que fue incapaz de retener las lágrimas. Entonces exclamó:

«—¿Sabéis quién es ese hombre afortunado?... ¡Soy yo mismo! ¿Deseáis conocer mi nombre?... ¡Soy Portalís, diputado en el Parlamento!»

Un rumor vago de comentarios admirativos se difunde por todo el ámbito del templo. Don Bosco sigue sumergido en un silencio meditativo. Pero ahora la emoción ha subido hasta su rostro. Y también sus ojos brillan con un reflejo más vivo y unas incipientes lágrimas de ternura hacia la buena Madre del cielo pugnan por brotar de ellos.

Es la ocasión única en que este hombre resulta vulnerable al impacto de los elogios que se tejen en torno de él: cuando se trata de admirar, de enaltecer la bondad de la Reina del Cielo, de agradecer sus favores.

Desciende del púlpito conmovido. Confundido. ¡Ya no es preciso añadir una palabra más! Aquel relato ha resultado más eficaz que todos los razonamientos.

Remembranzas de I Becchi

El humilde sacerdote turinés fue el centro de la atención durante todos los días que pasó en la capital de Francia. En su presencia quedaba oscurecido el brillo de la púrpura y la toga. Uno de los personajes que se honraron con su amistad fue el cardenal Lavigerie, apóstol del Evangelio en tierras del norte de Africa. El purpurado hizo la presentación del sacerdote en Saint-Pierre y concluyó diciendo:

«—...Padre de huérfanos. Vuestro generoso corazón ha empezado ya acudir al remedio de los indigentes de Europa y América. Mas también Africa os ofrece a sus hijos necesitados de socorro. Vuestra alma es lo suficientemente grande como para abrazarlos a todos. Por consiguiente, enviad allá a vuestros salesianos. Los hijos de Cam os esperan.»

Apenas si se prestaba atención a las palabras del ilustre príncipe de la Iglesia por parte del auditorio. Todas las miradas estaban fijas en Don Bosco, el cual se hallaba arrebujaado en un sillón colocado frente al púlpito desde el que peroraba el elocuente orador sagrado. Luego le llegó el turno a él mismo de hablar. Dijo pocas palabras. Pocas y apenas inteligibles en su francés chapurreado, despojado de cualquier intento de galanura. Hasta incorrecto.

No obstante, consiguió el efecto que no habían alcanzado los vuelos retóricos del cardenal. Muchos de los presentes lloraban silenciosamente a la vista de aquella figura mezquina y venerable, a la vez, desbordante de sencillez y de candor.

Dejó la ciudad el 25 de mayo. Como en ocasiones semejantes, su partida se quiso ocultar para evitar manifestaciones ruidosas y multitudinarias. Mas no fue posible conseguirlo del todo. Un buen número de gente acudió a la estación. Algunos penetraron en los andenes y se situaron frente al vagón que él había ocupado. En el momento de lanzar la locomotora el silbido que anunciaba la salida del tren, se descubrieron para recibir su bendición. Algunos, incluso, se arrodillaron allí mismo. Luego prorrumpieron en una salva de aplausos y de gritos de «viva Don Bosco».

El santo permaneció en silencio durante mucho tiempo. ¡Eran demasiado fuertes los sentimientos que henchían su corazón para poder expresarlos con palabras! A su lado, los padres Rúa y Barruel callaban también. Al fin, fue el fundador mismo quien rompió a hablar:

«—¡Cosa singular! —dijo—. ¿Recuerdas, Rúa, el camino que conduce desde Buttigliera a Morialdo? Allí, a la derecha, hay una colina. Y sobre ella una casucha. Desde el pie de la colina hasta el camino se extiende un prado. En aquella casucha vivíamos yo, mi madre y mis hermanos. En aquel prado, cuando yo tenía diez años, apacentaba una vaca. ¡Si todos estos señores hubieran sabido a quién honraban con tanto empeño! ¡A un campesino de I Becchi! ¡A un hombre de origen oscuro, nacido en una aldea sin nombre en los mapas geográficos! ¡Juegos de la divina Providencia!...»

El 31 entraba en el Oratorio después de una ausencia de cuatro meses exactos. Los jóvenes, sus hijos los salesianos, sus amigos, que habían acudido a darle la bienvenida, rebosaban de satisfacción. ¡Allí estaba él de nuevo, el padre bueno, con su sonrisa inalterable de siempre! Con aquella sonrisa que cautivaba los corazones. En sus manos tenía aún el bonete del clero francés. Lo miró por unos instantes. Luego levantó la vista y la extendió sobre el imponente grupo que esperaba con ansia sus primeras palabras.

«—Acaso os parezca —dijo—, que Don Bosco, con este sombrero francés, no es el mismo que cuando partió del Oratorio hace cuatro meses. Pero no lo dudéis. Yo soy siempre el mismo. Soy siempre vuestro amigo cordialísimo y lo seré mientras el Señor me dé un aliento de vida. Tengo muchas cosas que deciros, pero, por ahora, baste con este saludo porque debo ir a celebrar la Santa Misa en el altar de María Auxiliadora, a la que hay que agradecer el favor que nos ha dispensado durante esta prolongada ausencia de nuestro querido Oratorio.»

TODO POR LA INSTITUCION (1883-84)

Satisfacciones íntimas de familia (1883)

Pero el buen padre prefería, por encima de los triunfos y los honores, la vida sencilla, familiar, íntima del Oratorio. Era sólo la necesidad y la exigencia de su vocación apostólica lo que conseguía arrancarle momentáneamente de aquel ambiente en donde tenía puestas sus mayores ilusiones. En él se sentía en su centro, contento y feliz.

El 24 de junio se celebraba su fiesta onomástica, trasladada, porque su patrono era San Juan Evangelista. Mas, para comodidad de todos, especialmente de los de fuera del Oratorio, se había escogido la fecha de la festividad de San Juan Bautista, ya desde el lejano año de 1854 en que había comenzado a participar toda la casa, con asistencia, asimismo, de un número cada vez mayor de antiguos alumnos. Este año, la afluencia de éstos fue inusitada. El habló así en la velada:

«Es cierto que habéis incurrido en la figura retórica que se llama hipérbole, hablando tan elogiosamente de mí y de la obra que hemos llevado a cabo. Sin embargo, es una licencia excusable en los hijos, porque cuando se trata de expresar los sentimientos filiales, cuenta más el sentimiento del corazón que las razones de estricta justicia. Pero tened siempre presente lo que os voy a decir: "Don Bosco no ha sido nunca, ni lo es ahora, otra cosa que un pobre instrumento en las manos de un artista habilísimo. Y, mejor, de un Artista sapientísimo y topoderoso cual es Dios. A El sólo, por consiguiente, se debe atribuir todo el honor, toda la alabanza y toda la gloria".»

La expansión de la obra del santo continuaba con mayor

empuje cada vez. Era como un árbol que, después de haber hundido poderosamente las raíces en el suelo, halla vigor y fuerza expansiva para extender ampliamente sus ramas en todas direcciones. Las peticiones de nuevas fundaciones le llegaban desde todas partes y el número de candidatos que pedían ingresar en la Pía Sociedad Salesiana aumentaba sin cesar y en una proporción cada día mayor.

Por su parte, su propio celo —el del apóstol— no conocía límites ni se concedía reposo siquiera en estos años en los que su fibra se iba debilitando rápidamente. Y continuaba proyectando nuevos viajes en busca de recursos económicos, mientras que visitaba con frecuencia las casas de Italia para animar a sus hijos a la perseverancia y al esfuerzo en el apostolado.

Una visita memorable

El mes de octubre recibió en el Oratorio una visita que había de tener gran transcendencia. Se trataba de un joven sacerdote de la diócesis de Milán, el cual había llegado a Turín para conocer de cerca al santo y su Institución. El fundador le acogió con su habitual amabilidad y quiso que durante los días que iba a permanecer en la ciudad del Po fuera huésped del Oratorio. El, por su parte, se sintió satisfecho por esta deferencia y participó con gusto en la frugal mesa de Don Bosco; visitó detenidamente los talleres y las aulas, acompañado por el hombre de Dios mismo y consiguió amplia información de todo. Llamó su atención, sobre todo, la escuela de tipografía provista de varias máquinas de los últimos modelos aparecidos en el mercado internacional. Al expresar su admiración por este detalle, oyó decir al fundador:

«—Es que en cuanto se relaciona con la difusión de la fe católica y el progreso, Don Bosco quiere marchar siempre en vanguardia.»

En el punto de despedirse, quiso dar las gracias al siervo de Dios por las atenciones de que le había hecho objeto.

«—¡Oh, no! ¡No es usted quien debe dar las gracias a Don Bosco; es él quien debe dárselas a usted, y bien

cumplidas, por cuanto en su favor y en el de su Institución ha de hacer andando el tiempo!»

El joven sacerdote en cuestión era Aquiles Ratti, el cual, algunos años más tarde, escalaría la cima de la dignidad eclesiástica al ser elegido Papa con el nombre de Pío XI. Don Aquiles Ratti nunca olvidó los detalles de aquel encuentro con el apóstol de Turín. Más tarde, en 1929, había de decretar su «beatificación». Y cuatro años más tarde, en 1933, su solemne «canonización», por la que era elevado al honor de los altares en el ámbito de toda la Iglesia. El acontecimiento tuvo lugar el día de Pascua, XIX Centenario de la Redención obrada por Jesucristo.

Antes de acabar el año, quiso el Señor premiar al fundador con un preciadísimo regalo: el de la elevación a la silla episcopal de Turín del cardenal Cayetano Alimonda, sincero y cordialísimo amigo suyo. Monseñor Lorenzo Gastaldi había pasado a mejor vida el 25 de marzo del mismo año, manteniendo tercamente su actitud adversa hasta el último momento hacia el apóstol de Valdocco y su Institución.

La preocupación por el porvenir

Hemos hecho referencia al tema de la demanda continua de apertura de nuevas casas no sólo en Italia, sino también en un número siempre creciente de naciones extranjeras. Desde todas partes se acudía al apóstol para tratar de conseguir arrancarle la promesa de una fundación salesiana. E, incluso, algunos obispos estaban empeñados en confiar a los salesianos la dirección de los propios seminarios diocesanos, seguros de que haría florecer las vocaciones eclesiásticas de manera sorprendente, pues en todo cuanto él ponía su mano parecía alcanzar un éxito pleno.

Sin embargo, la mayor preocupación del santo la constituía precisamente el extraordinario aumento de socios de la Congregación, ya que estimaba, con razón, que el porvenir de la misma radicaba en la buena formación de cada uno.

Y no era, ciertamente, que hasta entonces hubiera él descuidado este aspecto fundamental. ¡Oh, no! Por el contrario, había sido siempre ésta su máxima preocupación. Pero ahora temía que al aumentar tan considerablemente, y ante la necesidad de

tener que vivir la mayor parte de ellos alejados de su influjo directo, pudiera sufrir algún detrimento la Institución. Que pudiera llegar a resentirse la fuerza cohesiva que hasta ahora había mantenido a todos ligados al padre bajo la impresión de que, dondequiera que se hallaran, ellos eran los «hijos del Oratorio», que trabajaban accidentalmente en cualquier otro lugar. Porque, necesariamente, la fuerza de seducción que él ejercía de cerca a causa de su santidad tenía que resultar atenuada de lejos. Sin embargo, el remedio se le había dado a conocer algo antes en un «sueño».

Un personaje misterioso, el de siempre, le había hecho ver la expansión que estaba reservada a su Congregación. Nutridísimos grupos de personas de toda raza, de toda condición, de todos los idiomas, eran acaudillados por sus hijos, esparcidos por toda la vastedad de la tierra. El guía le había dicho:

«—Lo que acabas de ver significa que tus hijos, los salesianos, trabajarán no sólo en este siglo, sino en el próximo y en los siguientes, pero a condición de que cumplan ciertas exigencias. Presta, pues, atención y graba bien en tu memoria estas palabras, que has de transmitir a tus hijos “porque ellas habrán de ser el programa y la consigna perpetua que les dejas”: “El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana”. Tú mismo las has de explicar. Has de insistir en ellas. Has de cuidar de que sean explicadas en los manuales... No te canses de insistir para que todos entiendan que “el trabajo y la templanza son la herencia que dejas a la Congregación”. Y que serán, asimismo, su gloria.»

Por su parte, el Pontífice Romano, en la audiencia que le había concedido el 2 de enero de 1877, hablando del porvenir de su Institución, le había dicho:

«—Creo revelaros un secreto. Estoy seguro de que la Divina Providencia ha suscitado vuestra Congregación para poner de relieve el poder de Dios. El Señor ha querido tener oculto hasta ahora un importante designio. Designio desconocido durante muchos siglos

por las Ordenes que han existido hasta ahora. Vuestra Congregación es nueva en la Iglesia. Ha surgido en estos tiempos, también ellos nuevos, para que pueda ser, a la vez, Orden religiosa y secular; tener voto de pobreza y poseer, participar del claustro y del mundo, hacer de cada uno de sus miembros un verdadero religioso y un perfecto ciudadano de la patria libre... Os lo digo a vos y vos debéis decírselo así a vuestros salesianos: "La Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente, perdurará a lo largo de los siglos venideros; encontrará siempre cooperadores y cooperatoras mientras ponga su empeño en promover el espíritu de piedad y de religión y, especialmente, de castidad y moralidad".»

Cambio de víctima (1884)

El 1884 comenzaba mal para la salud del padre. A mediados del mes de enero se había trasladado a San Benigno Canavese para pasar algunos días en compañía de los novicios, esperando hallar un poco de reposo en el incesante ajetreo a que le obligaban sus compromisos en Turín. Se hallaba completamente agotado y sus dolencias se habían agravado de tal modo que su vida estaba en peligro.

La causa principal era la bronquitis, mal ya endémico suyo desde hacía muchísimos años. La fiebre se mantenía alta sin remitir para nada. Las piernas, cuyo estado era ya para entonces deplorable a causa de las varices, le causaban una tortura continua casi insoportable y se le habían hinchado enormemente.

Como remedio el más eficaz para su organismo, tan envejecido y gastado, no se halló otro, en esta ocasión, que el recurso a las oraciones y los sacrificios ofrecidos a Dios, como había ocurrido ya en otras circunstancias semejantes. Y tampoco faltaron ahora quienes se ofrecieron al Señor como «víctimas» en lugar del padre. Y Dios aceptó la sustitución, si es lícito interpretar así los hechos y juzgar por las apariencias. En su lugar se fue para la eternidad feliz el estudiante de sagrada teología Luis Gamero, de veinticuatro años, sujeto de una constitución somática robusta.

tísima. Cayó enfermo repentinamente en la noche del 1 al 2 de febrero y expiraba el día siguiente en la paz del Señor.

El mismo dijo haber tenido la sensación de que Dios había aceptado su ofrecimiento desde el primer instante. Y, por su parte, también Don Bosco dio al caso una interpretación de igual sentido. Al serle comunicada la noticia con todas las circunstancias, quedó profundamente impresionado, permaneció un rato en silencio y luego dijo:

«—¡No hay derecho! ¡Esta es una injusticia que se me hace! ¡Me correspondía a mí ir a recibir el premio del Señor después de tantos años de trabajo y toda suerte de sufrimientos y, en cambio, se nos van los que aún no han empezado a trabajar!»

La teología actual no está de acuerdo con un concepto semejante de «providencia» ni acepta ver en Dios, Padre común y amantísimo de todos los hombres, a un Ser que se satisface con ofrecimientos de esta naturaleza. Sin embargo, no es menos cierto que, a lo largo de toda la historia religiosa, se constata que el Señor acostumbra a tener en cuenta no tanto el acierto del hombre en la interpretación objetiva de los problemas que le plantea su fe; sino, con preferencia, la rectitud y sinceridad con que procede. Por eso puede decirse que la religión, aun estando fundada sobre la base de unos principios de absoluta conformidad con la razón, es también «cuestión de antropología» por lo que su aplicación se conforma a la manera de ser del hombre de cada época. Es por ello por lo que suele presentar formas de expresión distintas en cada generación o fase cultural del ser humano.

Sin embargo, la interpretación dada por Don Bosco al extraño caso no choca si se tiene en cuenta la doctrina católica según la cual la reconciliación del hombre con Dios ha exigido» la inmolación sangrienta de su propio Hijo en calidad de víctima expiatoria en favor de sus hermanos, los seres humanos.

El fundador volvió a recobrar la salud. Una recuperación, ya se entiende, muy relativa, pero lo suficiente como para poder continuar en la brecha por entonces. Con cuánto trabajo y sufrimiento, Dios lo sabe.

Una actitud temeraria

Entonces se le ocurrió una idea que pareció temeraria y disparatada a todo el mundo. Un desafío a la prudencia humana. ¡Emprender un nuevo viaje a Francia!

Y la verdad era que no se hallaba, en absoluto, para aquellos trotes. Pero los trabajos del templo del Sagrado Corazón de Jesús, en Roma, acababan de interrumpirse por falta de recursos económicos. Y sólo podía hallarlos él. Y sólo en Francia.

Sus hijos trataban de disuadirle a toda costa. El padre Cagliero, que había regresado de América para una breve visita a Europa, le habló en estos términos.

«—¡No debe ir! Su vida vale más para nosotros y para la Iglesia que todos los tesoros del mundo. No tiene derecho a exponerla en un viaje tan costoso y tan arriesgado. Son, en realidad, muy pocas las posibilidades de que usted sobreviva a la fatiga. ¡No debe usted ir en absoluto!

—El pobre Don Bosco —replicó él— no emprende este viaje por su gusto, sino para pagar las deudas. Ha sido Dios mismo quien me ha sugerido la idea de ir a Francia y debo ir...»

Y también el cardenal de Turín, su entrañable amigo, trataba de disuadirle. Su interés y su acendrado cariño hacia el buen anciano constituyen un motivo de gratitud perenne para sus hijos. El consoló al padre en los últimos años de su vida. Y fue como una compensación a los sinsabores y disgustos apurados hasta las heces durante el decenio de su predecesor.

«—Escúcheme, Don Bosco —le decía el buen prelado, después de haber intentado en vano conseguir que renunciara a aquel viaje—. Parta en buena hora, puesto que se empeña. Pero, al menos, deme su palabra de que, si al llegar a Alassio se encuentra peor, regresará a Turín.»

Por su parte, el doctor Albertotti, médico de cabecera de Don Bosco, le decía:

«—¡Si usted consigue llegar hasta Niza, será un milagro!

—Si no vuelvo, paciencia —acabó por decir él—. Dejaré arreglados todos mis asuntos antes de mi partida. Luego, ¡sea lo que Dios quiera!»

Efectivamente, hizo llamar al notario y, en presencia de testigos, dictó su testamento. Luego, llamó a su presencia a los padres Rúa y Cagliero, y les dijo:

«—¡Aquí tenéis mi testamento! Os nombro a ambos herederos de cuanto poseo. Sí, como dice el médico, no vuelvo, ya sabéis en qué estado se hallan nuestras cosas.»

El padre Rúa no pudo resistir la emoción y salió de la estancia. Con el fundador se quedó el padre Cagliero:

«—Luego, ¿está absolutamente resuelto a partir en ese estado? —le preguntó.

—¿Y qué quieres que hagamos, hijo? ¿No ves que nos faltan los medios para seguir adelante? Si no voy a Francia, no sabría dónde volverme para proporcionar el pan a nuestros jovencitos. Sólo de Francia puedo esperar esta ayuda.

—¡Está bien! —acabó por decir profundamente conmovido el hijo—. Hemos ido hasta ahora adelante a fuerza de milagros. ¡Esperemos, por consiguiente, que el Señor quiera realizar también éste! Parta. Nosotros nos quedaremos rezando.»

Antes de separarse, el fundador le entregó una cajita.

«—¡Toma! —le dijo sencillamente—. ¡Es un regalo para ti!»

El P. Cagliero se la echó al bolsillo y no quiso abrirla deliberadamente hasta algunos meses más tarde, esto es, hasta el regreso del viaje que ahora estaba para iniciar el buen padre. Entonces la abrió y vio que contenía un anillo de oro. ¡Era el anuncio de su próxima elevación al orden episcopal!

Con la cruz a cuestas

La partida del fundador tuvo lugar el 1 de marzo. Le acompañaba, en calidad de secretario, el padre Barberis. Al llegar a Alassio experimentó un fuerte dolor de cabeza y una opresión terrible de estómago. ¿Sería el caso de volverse, conforme a la palabra dada al prelado turinés? ¿No sería un aviso del Cielo de que no estaba conforme con aquel viaje tan temerariamente emprendido contra las previsiones de todos y lo que parecía aconsejar la prudencia humana?...

¡Bah, eran los achaques de siempre! En realidad, de haber sido él un hombre melindroso, excesivamente preocupado por su salud, no habría hecho prácticamente nada, porque desde hacía mucho, mucho tiempo, su salud se hallaba gravemente deteriorada. Por consiguiente, optó por echar adelante confiado en la Providencia divina, que no le había defraudado una sola vez.

La segunda etapa le llevó hasta Niza Marítima. Aquí llegó agotado. Al abandonar el lecho tras la primera noche escupía sangre. Debíó volver a meterse en cama. Fue llamado el doctor Espiney, el cual constató que el enfermo tenía el pecho enormemente hinchado como consecuencia de una dilatación del hígado. Le prescribió un riguroso tratamiento y trató de imponerle un reposo absoluto durante muchos días.

¡Reposar!... Era, sí, lo que estaba necesitando por encima de todo desde hacía mucho tiempo. Pero ¿cómo hacerlo cuando precisamente iba a trabajar duramente compelido por una necesidad extrema? No. No podía aceptar aquella clase de remedio ni siquiera por breves días. Y comenzó de inmediato a ocuparse en los trabajos de siempre: las extenuantes jornadas durante las que un número grandísimo de personas de toda suerte desfilaban por su despacho para tratar con él los propios problemas de cada una.

Y lo hizo con las mismas disposiciones de amabilidad de siempre. Olvidándose de sí mismo. Acogía a todo el que tenía una palabra que decirle; a todo el que estaba necesitado de aliento o de consuelo. Muchas personas acudían también a hacerle relación de las gracias conseguidas anteriormente. Otras, a pedir las ahora. Y no se iban sin haberlas conseguido o sin la esperanza de conseguirlas en breve. Los prodigios se multiplica-

ban. El santo los tenía en sus manos y los derramaba con profusión.

Una de las escalas de este viaje fue Tolón. El fundador había pedido 100.000 francos al conde Colle. El, generoso, le dio 150.000. Luego pasó a Marsella. Aquí empeoró su estado de salud presentándose síntomas aún más alarmantes. Y mientras que conseguía del Cielo gracias curativas para otras personas, no las pedía para sí. Por entonces curó a una niña que se hallaba en una condición semejante a la suya en relación con la vista, que era, como sabemos, uno de los principales tormentos que debía sufrir continuamente, pues ya, para ahora, le dañaba la luz y le hacía sufrir terriblemente.

Sus hijos de Marsella creyeron que era el caso de buscarle un buen médico especialista y recurrieron al doctor Combal, auténtica celebridad, profesor en la Universidad de Montpellier. El padre Albera, que se les había juntado, le escribió rogándole quisiera acudir a visitarle.

El doctor, cuya fama había rebasado ampliamente los límites del país galo, se puso en camino apenas recibida la comunicación. Viajó durante la noche y llegó al amanecer a Marsella. Y puesto que era un católico practicante, su primer acto en esta ciudad fue el de acudir a una iglesia para oír misa y recibir la sagrada comunión. Luego se presentó en el oratorio de San León y, cuando se halló en la presencia del santo, se le echó a los pies y le pidió la bendición. El buen padre le confundió con alguno de sus ayudantes a causa de su modestia y el modo sencillo de vestir.

«—¡Levántese, mi buen amigo! —le dijo— ¿Cómo está el doctor Combal?

—Combal soy yo.

—Pero... ¿por qué presentarse de esta manera, señor doctor?...»

El especialista le estuvo reconociendo durante más de una hora. Al fin, emitió un dictamen de este tenor:

«—Usted, querido Don Bosco, ha gastado su vida en un trabajo excesivo. Ahora ya es un traje viejo y deteriorado por haber sido usado los días de fiesta y los de diario. Creo que no es posible reparar los des-

perfectos. El único medio de hacerlo durar algo más sería el de arrumbarlo en el guardarropas. Quiero decir que la única medicina eficaz para usted sería el cese completo en el trabajo.

—¡Pues es, cabalmente, el remedio que yo no puedo utilizar, doctor! ¿Cómo sería posible descansar cuando son tantas las cosas por hacer?...

—Comprendo —dijo el doctor—. Pero, al menos, deje usted una parte del trabajo a los demás y límitese a lo indispensable. Descanse cuanto le sea posible. Por mi parte, no sabría recomendarle otra cosa aparte de esto. En realidad, usted no tiene ninguna lesión orgánica de carácter grave. Pero todo su organismo está muy deteriorado.»

Acabó prescribiéndole un régimen terapéutico. Luego, hablaron familiarmente durante un buen espacio de tiempo. Combal no sólo no quiso aceptar ninguna suerte de honorarios, sino que hizo entrega al hombre de Dios de una buena limosna con destino a sus obras.

Concesión de los Privilegios (1884)

Don Bosco dejó Francia el día 1 de abril, mas no fue para regresar a Turín, sino que continuó visitando algunas ciudades italianas de la Riviera y llegó a Roma el 14 del mismo mes.

Dos asuntos de gran importancia llevaban al fundador nuevamente a la Ciudad Eterna: la súplica al Gobierno para celebrar una gran lotería y el intento de conseguir los Privilegios para su Congregación. Asunto este último en el que estaba empeñado desde hacía diez años. ¡Diez interminables años de tensa porfía, de trabajo abrumador, de desengaños y sinsabores!

Y tampoco ahora parecían resultarle favorables las perspectivas, según todas las apariencias. Y, ante todo, se le exigía, como medida previa, la de reunir la suma de todos los que solicitaba, con la aportación de los datos de carácter histórico y la ocasión en que los Papas los habían otorgado por primera vez a las Ordenes y Congregaciones favorecidas con ellos. Era, en verdad, un trabajo ímprobo, superior a sus fuerzas.

«—«Mi cabeza no puede más —andaba diciendo—. Habré de renunciar a ellos. Me limitaré a pedir algunos, los más importantes, y luego me volveré a Turín. Si me los quieren conceder, bien. De lo contrario, paciencia. Seguiremos adelante como lo hemos hecho hasta ahora.»

Fue recibido por el Papa el 9 de mayo. La audiencia constituyó un momento de gran emotividad. Es una página de la vida del fundador que rezuma ternura. El Vicario de Cristo le acogió con exquisita amabilidad y le colmó de atenciones y delicadezas. Se daba cuenta de que tenía ante sí a un anciano venerable, campeón de los derechos de Dios y de su Iglesia y grandemente benemérito de la Sociedad.

«—¡Oh, Don Bosco! —resonó la voz del Pontífice, al acercarse él a su presencia—. ¿Cómo está? ¿Cómo anda su vista? Oigo decir que no está bien.»

El santo quiso arrodillarse para besarle el sagrado pie, como lo había hecho siempre, pero León XIII no se lo permitió. Ni le permitió estar de pie, sino que le quiso tener cómodamente sentado en un sillón.

«—Es necesario que se cuide mucho —continuó diciendo el Papa—. Evite desgastarse con el exceso de trabajo. Su vida no le pertenece. Es de la Iglesia y de su Congregación y el Papa quiere absolutamente que se cuide. El Vicario de Cristo le necesita. Necesita de vuestro consejo, de vuestra palabra. Si el Papa estuviera enfermo, usted haría lo imposible para devolverle la salud. Pues bien, también yo quiero que usted la conserve.

—Padre Santo, es un exceso de bondad la vuestra compararme con V. S. Tanto honor me confunde. Trataré de hacer cuanto me dice.

—Bien, bien. Y ahora, ¿qué es lo que tiene que pedirme? Pida, porque el Papa está dispuesto a concedérselo todo.

—Padre Santo, suplico se digne otorgar a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales los Privilegios a

fin de que quede completada. Sin ellos estimo que está constituida sólo a medias. Hay en la Iglesia congregaciones cuyos miembros se pueden contar con los dedos de la mano y poseen los Privilegios. En cambio, la nuestra, que ya es tan numerosa, no los ha conseguido aún.

—Os concedemos todo lo que deseáis. Decid a monseñor Massotti, Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, que extienda el documento sin más, ¡Oh, ahora ya no existe vuestro principal adversario! El pobre ha pasado a mejor vida. Era él quien creaba obstáculo tras obstáculo; quien se oponía resueltamente. No. La Santa Sede no es contraria a concederos los Privilegios. Vos creíais que se hostilizaba a vuestra Congregación, pero no. Es que no siempre se puede hacer lo que se desea. ¡Yo soy todo para los salesianos! Soy el primero de entre los cooperadores. El que es enemigo vuestro, lo es también mío. Y lo es de Dios. Yo tendría miedo de ir contra vos. Vos que con medios insignificantes habéis realizado obras colosales. ¡Ni siquiera vos comprendéis el alcance de vuestra misión y el bien que ella ha de aportar a la Iglesia! Tenéis como incumbencia la de hacer ver al mundo que se puede ser un buen católico y, a la vez, un excelente ciudadano; que se puede ayudar a la juventud pobre en estos tiempos modernos sin ir contra la política. El Papa, la Iglesia, el mundo entero, tienen los ojos puestos en vos, en vuestra Congregación y os admiran.

No sois vos quien ha realizado vuestra obra, sino Dios a través de vuestra Congregación. Decídselo así a vuestros hijos. Sus admirables progresos, el bien que hace, no tienen fundamento suficiente en las causas meramente humanas. Es Dios mismo quien la sostiene y la guía. Este es el secreto que explica el hecho de que hayáis podido vencer tantos obstáculos.

—Padre Santo, no tengo palabras para expresar toda la gratitud que experimento hacia Vos. Os aseguro que siempre hemos hecho lo posible para promover entre nuestros jovencitos el amor y la veneración ha-

cia la Sede Apostólica y hacia el Vicario de Cristo en la tierra, y cuanto hemos realizado lo atribuimos a la bendición del Papa.

—Lo sé, lo sé, amado sacerdote. Sé cuánto amáis a la Santa Sede y a su representante. Por eso, también el Papa os ama y os bendice con todo afecto. Y desea que veáis resueltas todas las dificultades que os han causado graves contratiempos. Y, a propósito, ¿estáis contentos con el nuevo arzobispo? ¡Pensé en vos al ponerlo al frente de la diócesis turinesa, no creáis! Ya lo estáis viendo. El cardenal Alimonda os quiere de verdad. Os ama entrañablemente y ello es para mí un motivo de íntima satisfacción. Ya ha escrito a Roma pidiendo que se os concedan los Privilegios...

—Sí, Padre Santo. Turín os debe inmensa gratitud por haberle dado tal Pastor. Y en cuanto a los salesianos, no podríamos haber pensado en un padre más benévolo.»

La conversación con el Augusto Pontífice continuó desarrollándose en un clima de cordialidad. Preguntó el Papa al fundador cuántos novicios tenía aquel año la Congregación Salesiana.

«—Doscientos ocho, Padre Santo.

—¡Doscientos ocho! ¡Es maravilloso! —comentó el Pontífice—. Formadlos bien. Enseñadles a vencer todas las dificultades. Están llamados a hacer mucho bien.

Luego volvió a insistir en que le pidiera cuanto deseara. Por último, quiso que le diera noticias de las misiones de América Meridional y al oír que ya habían sido bautizados más de 15.000 indios experimentó gran alegría. En el momento de despedirle le acompañó hasta la puerta. Luego ordenó al secretario que le ayudara.

«—¡Qué bueno es el Padre Santo! —exclamaba Don Bosco al abandonar el Vaticano—. ¡Realmente yo estaba necesitando esta inyección de optimismo y de consuelo, porque ya no podía más!»

Como retoños de olivo

El fundador salió de la Ciudad Eterna el 15 de mayo para llegar a Turín el 17. El 23 daba la conferencia acostumbrada a los cooperadores. Su alocución fue en esta ocasión un himno de gratitud a María Auxiliadora.

«—¡Ella lo ha hecho todo! —dijo—. Jamás ha cesado de darnos su ayuda. El campo de nuestras actividades continúa ensanchándose cada vez más. Continuamente se nos pide ayuda desde los más diversos lugares. Se trata de peticiones para que abramos nuevas casas o para que ampliemos las ya existentes porque la mies es siempre más abundante que los obreros. Por otra parte, la relación de las gracias otorgadas por esta Madre es continua.»

Habló durante mucho tiempo. Y lo hizo con una entonación y un vigor desusados. Al descender del púlpito dijo que habría sido capaz de continuar hablando durante horas. La recuperación parecía cosa de milagro. Además, andaba con más agilidad y sus achaques habían desaparecido casi repentinamente. Fue, sin duda, una gracia más de la buena Madre del cielo para con su hijo predilecto.

El 24 de junio se le festejaba como de costumbre. El cardenal en persona quiso llegarse hasta el Oratorio para felicitarle. Y permaneció durante cuatro horas en su compañía. Quiso, incluso, asistir a la velada celebrada en su honor. Y fue él quien cerró aquel homenaje con unas palabras en alabanza del santo. El acto se concluyó sobre las once de la noche.

El 13 de julio le festejaron los antiguos alumnos. Era ya también ésta una costumbre que venía rigiendo desde hacía muchos años. Siempre solían acudir numerosos a rendirle aquel homenaje de gratitud, mas ahora, al constatar cómo el paso de cada año iba dejando impresa una huella cada vez más visible en el deteriorado organismo del santo, habían acudido en mayor número. El les dirigió la palabra al acabar la velada.

«—Es para mí un motivo de gran consuelo —dijo— el hecho de oír por todas partes elogios de vuestro

comportamiento. Sois el honor y la gloria de mis últimos días. Veo que ya muchos de vosotros habéis perdido el cabello de vuestras cabezas y que otros lo tenéis plateado. Y las arrugas surcan ya algunas frentes. Ya no sois aquellos niños, aquellos muchachos de otro tiempo, los jóvenes a quienes yo tanto amaba. Sin embargo, siento que ahora os quiero más, porque con vuestra presencia aquí me estáis asegurando que los principios religiosos que entonces os inculqué se han conservado en vuestros corazones; que os han servido de norma en vuestra vida. Os amo más, porque estáis demostrando que continuáis siendo hijos de Don Bosco.»

La emoción le impidió continuar hablando durante mucho tiempo. Al despedirse, muchos quisieron llegarse hasta él para besarle la mano; también ellos estaban emocionados.

De nuevo, la rabia del Averno (1884)

Nuevos fenómenos de carácter singular tuvieron lugar en julio de este año cuando, finalmente, se concedió el Decreto de la concesión de los Privilegios.

Era el 9 del mes. Hacia las seis de la tarde una horrorosa tormenta se abatió sobre el Oratorio. En un espacio brevísimo de tiempo cuatro violentísimos rayos cayeron sobre el edificio. El ruido de los truenos era de tal magnitud que semejaba a un fuerte terremoto. Toda la casa retemblaba y el suelo rugía bajo los pies.

Los rayos cayeron sobre la cúpula de la basílica de María Auxiliadora. El último trueno causó en todos una sensación de indescriptible terror. El padre Bonetti, que se hallaba enfermo en cama, llamó al padre Lemoyne y le dijo:

«—¡Escucha qué fragor! Mi impresión es de que no se trata de un fenómeno puramente natural. Es el diablo que debe de estar rabioso, tal vez, por algún triunfo conseguido por nuestra Pía Sociedad Salesiana. ¡Apostaría a que en este instante el cardenal Ferra-

ri acaba de estampar su firma en el Decreto de la concesión de los Privilegios!»

El padre Lemoyne acudió a ver al secretario particular de Don Bosco, padre Viglietti, que estaba en su habitación. Pero le fue preciso llamar repetidas veces antes de que le abriera la puerta. Y cuando lo hizo, salió malhumorado por haber sido interrumpido en una ocupación de urgencia y de gran interés.

«—¿Qué ocurre? —se le oyó exclamar contrariado—. ¿Quién llama a estas horas y qué es lo que desea?»

El padre Lemoyne entró.

«—¡Este tiempo endiablado no me permite leer el Decreto! —exclamó él.

—¿Qué Decreto?

—¡El de la Comunicación de los Privilegios!

—Pero ¿cuándo ha llegado?

—Hace unos momentos. Ponerlo en las manos de Don Bosco y estallar la tormenta ha sido lo mismo. Don Bosco no ha podido leerlo por su mala vista y la falta de luz. En cambio, los rayos han pasado casi rozándole y ha tenido que cerrar la ventana.

—¡Venga, venga, padre Viglietti —dijo entonces el padre Lemoyne—. Vamos a la habitación del padre Bonetti. Allí descifraremos el Decreto entre los tres.»

El padre Bonetti continuaba en el lecho. Ya los tres en su habitación, el enfermo preguntó al padre Lemoyne:

«—¿Te acuerdas del sueño de los cuatro truenos y de la lluvia de espinas, de capullos, de flores y de rosas? Don Bosco lo tuvo hace ahora exactamente cuatro años. Toma mi cartera y dámela. En ella lo tengo anotado con toda exactitud.»

El padre Lemoyne se la pone en las manos al enfermo. Este se sienta en el lecho y hojea un cuadernillo que utiliza a manera de diario. No tarda en encontrar lo que busca.

«—¡Aquí está! ¡Exactamente! Don Bosco tuvo el

sueño en la noche del 8 al 9 de julio de 1880. La correspondiente a la precedente al día en que estamos.»

Por su parte, también el Cielo se asociaba al común regocijo. Aunque, como es norma en la concesión de los dones divinos, no lo hacía mediante ninguna suerte de manifestación clamorosa y perturbadora, sino íntima y regocijada. También penetró en el corazón del padre un rayo celestial que le colmó de alegría por el triunfo definitivo. Aquel Decreto era la culminación de una lucha de muchos años. Años de vejámenes, de hostilidad más o menos encubierta, de trabajos, de sufrimiento moral... De no haber sido la clase de hombre que era, probablemente hubiera sucumbido al desaliento.

Y no es ésta una suposición gratuita. Al menos en una ocasión, se le había oído exclamar:

«—De haber sabido de antemano cuántos dolores, cuántas fatigas, cuántas oposiciones cuesta fundar una congregación religiosa, es posible que me hubiera faltado el coraje para emprender esta tarea.»

Mas, en fin, todo había acabado bien, y el fundador estaba satisfecho.

OTROS SUCESOS (1884-85)

El primer obispo salesiano (7 de diciembre de 1884)

Un nuevo acontecimiento consolador tenía lugar en el Oratorio poco después de la publicación del Decreto de Concesión de los Privilegios. Era el nombramiento y la consagración para la dignidad episcopal del primero de los hijos de Don Bosco, el padre Juan Cagliero, al que se daba el título de Magida.

¡Caso singular también el de este apóstol de las tierras australes americanas! Don Bosco había dicho muchas veces que uno de sus hijos del Oratorio alcanzaría la dignidad episcopal antes que él bajara a la tumba. «—Uno de entre vosotros —era entonces su manera de expresarse— llegará a ser obispo.» Y si bien es cierto que nunca había citado el nombre, un observador sagaz pudo haber conocido al designado con facilidad por exclusión, pues en todos los casos Juan Cagliero había estado presente en el grupito al que el fundador acostumbraba a hacer esta predicción.

Y en cuanto al mismo interesado, ya hacía muchos años que vivía intrigado por conocer un misterioso secreto que el padre le ocultaba con la promesa de «revelárselo en el momento oportuno». Ese momento había llegado ahora y fue el mismo Cagliero el que preguntó al fundador.

«—Don Bosco, ¿ha llegado ya el momento de revelarme el secreto que me ha venido ocultando desde 1854? ¿Se acuerda?...

—Sí, ha llegado el momento. Te lo descubriré la víspera de tu consagración.»

Y llegó el día señalado, el 6 de diciembre, puesto que la consagración se había de tener el 7. El fundador le habló en estos términos:

«—¿Recuerdas que caíste enfermo de suma gravedad al comienzo de tus estudios? Era el año 1854. Todo hacía presagiar una muerte inminente y a mí se me avisó para que fuera a administrarte los últimos sacramentos. Y fui, en efecto, dispuesto a hacerlo. Pero al poner el pie en el umbral de la habitación en que casi agonizabas me quedé sorprendido ante un extraño fenómeno. Vi revolotear en torno a tu cabecera una paloma de singular belleza y toda la habitación quedó inundada de luz vivísima. La paloma llevaba en el pico un ramito de olivo. Giró volando varias veces en torno al lecho en que tú yacías postrado, se acercó a ti, rozó con su pico tus labios y dejó caer el ramo de olivo sobre tu cabeza. Luego emprendió nuevamente el vuelo y desapareció. Entonces comprendí que tú no morirías. Que Dios te reservaba para que realizaras una gran misión.

Aquella visión duró un instante sólo. Y nadie, ni siquiera tú mismo, se dio cuenta de nada. Luego, yo me acerqué a tu lecho y tú me preguntaste:

«—Don Bosco, ¿es ésta mi última hora? ¡Dígamelo porque estoy preparado para todo!

—¿Qué preferirías: irte al cielo ahora o quedarte a trabajar todavía durante mucho tiempo en la tierra? —te pregunté yo.

—Yo deseo lo que sea más conveniente para mí —dijiste tú.

—Para ti sería mejor irte al cielo ahora mismo. Pero no es aún tiempo. El Señor no quiere que tú mueras ahora. Te restan muchas cosas por hacer. Curarás y, según ha sido siempre tu ardiente deseo, vestirás el hábito talar, serás sacerdote y después...»

Don Bosco había permanecido abismado en su propio pensamiento durante algunos momentos. Luego, había proseguido:

«—Después harás largos viajes con el breviario bajo el brazo, lo rezarás durante muchos años en las llanuras inhóspitas e interminables, al pie de las cordilleras, junto a las corrientes impetuosas de los ríos...

Y harás que también otros lo recen. Indudablemente, te quedan muchas cosas por hacer antes de tu muerte.

—Si es así —dijiste tú— dejaré la confesión para cuando me haya levantado.

—Sí, déjala para entonces. Puedes esperar tranquilo.

—Yo me fui sin confesarte y sin administrarte, por supuesto, la Unción de los Enfermos. Tu buena madre se hallaba junto a tu lecho y tenía la convicción de que no sobrevivirías. Sin embargo, ¡ya lo estás viendo!... Te recuperaste tras una larga convalecencia y hoy una buena parte del programa que yo te presagí entonces está ya realizada. Pero aún te resta lo más importante.»

El día siguiente, la iglesia de María Auxiliadora estaba de fiesta. Las campanas lanzadas al vuelo entonaban una armoniosa, dulce canción, con sus lenguas de bronce. El altar rebosaba de flores y luces. El gentío era inmenso. El buen padre ocupaba un lugar de preferencia en el presbiterio. A su lado asistía un obispo americano, el de Paraná, en el Brasil, el cual había llegado a Valdocco pocos días antes con el fin de suplicar al santo le enviara misioneros. También la madre del ordenando asistía en un lugar de honor como figura destacada. Tenía ochenta y ocho años. Y lloraba. Lloraba de emoción; de satisfacción...

La consagración la realizó el prelado turinés asistido de los obispos Manacorda y Bertagna. Al acabar la solemne ceremonia la gente se precipitó hacia la sacristía para esperar a que entrara el nuevo sucesor de los Apóstoles y besarle el anillo pastoral. El se dirigió a su madre, en primer lugar; la estrechó efusivamente entre sus brazos y la besó en la frente.

Luego dirigió sus pasos hacia Don Bosco. El santo anciano le esperaba en una actitud humilde y reverente. Se había descubierto la cabeza y tenía en sus manos, cruzadas ante el pecho, el bonete. El saludo fue emocionante. Al fundador se le saltaron las lágrimas. Quiso besar la mano del hijo dignificado... El, empero, le echó los brazos al cuello; le estrechó amorosamente...

¡Aquel era el momento del triunfo de uno de sus hijos predilectos! El le había hecho auténticamente las veces de padre

durante muchos años: desde que le había recogido a la edad de los trece o catorce años, cuando, a causa de la extraordinaria vivacidad de su carácter y la energía de su temperamento, corría grave riesgo de torcerse en el camino de la vida que estaba comenzando a vivir con plenitud.

El nuevo obispo le ofreció el anillo. Deliberadamente había mantenido las manos ocultas hasta aquel momento con el fin de concederle el honor de ser el primero en estampar en él un beso reverente y efusivo. Honor que no había otorgado ni aun a su propia madre.

Separación dolorosa

Unas semanas más tarde tenía lugar la partida del nuevo sucesor de los Apóstoles a las tierras de misión. Con él iba una nueva expedición de misioneros, realidad que constituía siempre para el buen padre un motivo de la más viva satisfacción.

En verdad, a la lluvia densísima de espinas del sueño simbólico había seguido otra no menos densa de rosas. Aunque tampoco ahora faltaban los contratiempos. El 24 de enero (1885) se había declarado un incendio en la encuadernación. Y a pesar de la presencia activa de bomberos, guardias y un piquete de soldados, no se pudo evitar que los daños fueran muy elevados. ¡En no menos de 100.000 liras se cifraron las pérdidas!

La despedida de aquellos hijos que partían para lejanas tierras, siempre altamente emotiva para el fundador, lo fue singularmente en esta ocasión. No pudo bajar a la iglesia para darles la bendición y los «recuerdos», como lo había venido haciendo hasta ahora. Fueron ellos los que subieron a su habitación para darle el último adiós.

«—¿De manera que ya os marcháis? —dijo con la voz quebrada por la ternura paternal, mientras también los ojos de los misioneros se llenaban de lágrimas—. Nuestros corazones se conmueven. Nos damos cuenta de que nos queremos de verdad en Nuestro Señor Jesucristo. Y, sin embargo, ni vosotros ni yo nos arrepentimos de la decisión tomada y aceptamos con gusto el sacrificio que nos toca hacer ¡Es Dios

quien lo quiere! Y nuestra voluntad está dispuesta cumplir la suya adorable.»

Y los bendijo.

En la iglesia los despidió el cardenal turinés. Luego, emprendieron el viaje hacia Roma para recibir la bendición del Vicario de Jesucristo. El nuevo obispo, monseñor Cagliero, volvió a subir a la habitación del padre. ¡Cómo le estaba costando arrancarse de su lado! Especialmente porque pensaba que ya no volvería a verle en esta tierra. Entró en la estancia y se quedó junto a él. Ambos permanecieron en silencio durante algunos instantes, sin duda, por no traicionarse a sí mismos con la emoción que anudaba sus gargantas. Al fin, habló el santo.

«—¿Ya han partido tus compañeros? Me parece que se han ido un poco preocupados por mi salud. Diles que estén tranquilos. No estoy tan mal. Ha sido la emoción de la despedida lo que me ha hecho aparecer tan abatido. ¡Pobrecillos! ¡Se veía que sufrían por mi causa!... Y tú, ¿cuándo te marchas?

—Mañana debo estar en Sampierdarena...»

Rumores acerca de la muerte del fundador (1885).

Al llegar la noche, el padre se agravó. En realidad, debía haber guardado cama durante aquellos días. Pero él había querido hacer un esfuerzo para no causar mayor pesadumbre a los misioneros. Monseñor Cagliero subió a verle aun después de la cena. La definitiva separación afligía tanto al padre como al hijo. Ninguno de los dos acertaba a consolarse. Mas el deber era inexorable y las horas se deslizaban raudas. Era preciso partir y lo hizo el día siguiente con la bendición del Augusto Patriarca.

La enfermedad del fundador progresaba de un modo alarmante, y amenazaba con degenerar en una pulmonía de efectos devastadores. La prensa de todo el mundo se hacía eco del caso. Los diarios más importantes de todos los países hablaban de la enfermedad del apóstol de Valdocco. Los más sensacionalistas llegaron a anunciar su muerte. El estaba al corriente de todas aquellas noticias y las comentaba con su habitual gracejo. Y

también en Turín se llegó a publicar la noticia de su defunción. En las calles se anunciaba a voz en grito:

«—*Il Corriere della Sera* con la noticia de la muerte de Don Bosco!»

Naturalmente, fueron muchos los que se lo creyeron. Y muchos también los que acudieron al Oratorio a comprobar la verdad o a dar el pésame por aquella desgracia. El, por su parte, comentaba con excelente humor.

«—Algunos diarios me han hecho morir en Buenos Aires. Otros, en Marsella. Ayer publicaron mi defunción los de Pavía. Esta mañana, según otros, he muerto en Turín. ¡Pero yo, entre tanto, me voy tranquilamente de paseo!...

—¡Bueno, mientras uno oiga publicar su muerte, menos mal!...»

Otra vez en Francia (1886)

Pero si la salud del fundador experimentaba aquellos durísimos embates con excesiva frecuencia, en cambio sus energías espirituales se mantenían constantemente en pleno vigor. El 24 de marzo de 1886, cumplidos ampliamente los setenta años de edad, salía de nuevo para Francia. Y lo hacía —ya se entiende— desafiando todos los pronósticos y contra el parecer de los suyos y de los que le querían de verdad. El santo había hecho famosa esta frase:

«—La necesidad que obliga al lobo a salir de su madriguera, me obliga también a mí a dejar mi casa.»

El viaje —ni que decir tiene— fue, una vez más, el remedo de la vía dolorosa del Maestro. Empero, los milagros volvieron a florecer a su paso en la misma profusión de siempre. Y las ofertas fueron tan generosas como de costumbre. Sólo el conde Colle le entregó durante el año 1885 la bonita suma de 250.000 francos. Regresó a Turín al cabo de un mes.

El foco de espiritualidad de Valdocco

Entre tanto, el Oratorio durante su permanencia en él se

convertía, cada día más, en un auténtico foco de irradiación espiritual que atraía a personas de todas las categorías sociales: arzobispos y obispos de Italia y del extranjero, príncipes y nobles, títulos..., acudían a consultarle y a pedirle consejo en asuntos delicados o a tratar de conseguir alguna fundación salesiana. Y más numerosas eran aún las audiencias otorgadas a otras personas de menor rango social. El recibía a todos con las mismas disposiciones de ánimo y con igual interés. Y de todos recibía igualmente ayuda para sus obras, pues si bien es verdad que necesitaba absolutamente del dinero de los ricos, no por ello desdeñaba las pequeñas aportaciones que le daban los pobres para, a su vez, dárselo a otros aún más necesitados.

Entre otros, le visitaron en este tiempo: el cardenal Lavigerie y los duques de Norfolk. Estos para pedirle devolviera la vista y las facultades mentales a un hijito suyo, heredero del título de nobleza de una de las más ilustres familias inglesas. Uno de los «grandes del mundo», presunto heredero de la corona de Polonia, el príncipe Augusto Czartorysky, consiguió, tras duro forcejeo, ser admitido como novicio salesiano. Profesó más tarde y ascendió las gradas del altar. No vivió sino pocas semanas después de este acontecimiento, mas la ejemplaridad de su vida durante los años que pasó en la Congregación Salesiana motivaron que su causa de beatificación y canonización fuera llevada a Roma. Y hoy se encuentra en curso avanzado. Su ejemplo promovió un maravilloso florecimiento de vocaciones salesianas polacas y un desarrollo sorprendente de la obra de Don Bosco en este país.

La salud del padre volvió a experimentar pronto otro colapso. A los males habituales había que añadir ahora el reblandecimiento de la médula dorsal, dolencia que le obligaba a doblarse hacia adelante hasta el punto de que le resultaba costosísimo mantenerse en pie. Entonces comenzó a tener necesidad de apoyarse en los brazos de alguien que caminara a su lado. Pero no omitió tratar en conferencias, y por todos los medios posibles, de inducir a los jovencitos, así como a los salesianos, a corresponder a la vocación a que cada cual había sido llamado por el Señor.

El tema de las vocaciones eclesiásticas y religiosas seguía siendo la preocupación fundamental del hombre de Dios. Tenía la convicción de que su Congregación había sido suscitada principalmente para este fin. Pero estaba igualmente convencido de

que, en términos generales, la elección de estado era un problema capital al que se debía prestar la mayor atención. Opinaba que de la acertada o desacertada resolución que se adoptara a este respecto desde el principio dependía, en buena parte, la consecución o no del destino ultraterreno. Con esta temática guardan relación un par de prodigiosos acontecimientos acaecidos por entonces.

Era el 3 de enero de 1886. El santo acababa de dar una conferencia a los alumnos de los cursos superiores del Oratorio, a los que luego quiso obsequiar con avellanas. Con este fin se hizo llevar al estudio un saquito a medio llenar.

El buen padre comenzó a distribuir con generosidad. El clérigo que tenía al lado le advirtió que, de continuar dando tantas a los primeros, los últimos se quedarían sin ellas. El no pareció tener en cuenta la advertencia. Más bien lo que hizo fue aumentar la ración, porque habiendo comenzado a dar un puñado a cada uno, continuó luego llenándoles ambas manos. ¡Y sin embargo, el saquito no disminuía! Todos estaban pasmados a la vista de aquel fenómeno singular. Los alumnos eran en total 64. Después de haber desfilado hasta el último por delante del taurmaturgo para recibir la correspondiente ración, el saquito estaba igual que al principio.

Le preguntaron qué era lo que había ocurrido. Cómo se las había arreglado para conseguir aquel resultado.

«—¡No lo sé! —dijo él con sencillez—. Pero a vosotros, que sois mis amigos, os voy a decir una cosa. Allá, en años ya idos, ocurrió igual con un saco de castañas. Y también las sagradas formas se multiplicaron varias veces en mis manos durante la comunión en la Santa Misa.»

Refieren las crónicas que el prodigio se repitió el 31 del mismo mes. Los testigos fueron esta vez los mismos alumnos, pero estaban presentes, además, los clérigos Festa y Viglietti. Este último adscrito a la persona del fundador en calidad de secretario y ayudante personal desde hacía algún tiempo. Don Bosco utilizó el mismo medio saco de la otra vez.

«—Un tanto mermado —observa el cronista— por

alguna mano piadosa durante las semanas que habían transcurrido desde la primera distribución.

Sin embargo, el saco esta vez se vaciaba de verdad a medida que se acercaban los últimos a recibir su ración. Un joven, Grassino, sostenía el saquito por los bordes para que el padre pudiera introducir la mano con comodidad. El llamó la atención de Don Bosco.

«—¡Don Bosco, el saco se vacía esta vez! ¡No va a haber para todos!

—¡Estate tranquilo! ¡Habrá para todos y sobrarán aún!»

Al acabar de pasar los jóvenes, dijo a Grassino.

«—¡Bien, a ti te toca quedarte sin tu parte!»

Luego, añadió sonriendo, mientras rebuscaba en el fondo del saquito.

«—¡Mira! ¡Aún queda una!»

Y sacó un puñado con un cierto aire misterioso.

«—¡Guárdalas bien! —añadió al entregárselas.»

Introdujo otras varias veces la mano y sacó otros tantos puñados para los padres Trione y Durando y para otros jóvenes salesianos que se hallaban presentes. El estupor se reflejaba en todos los rostros. Finalmente, introdujo la mano una vez más. Sacó cinco avellanas. Se quedó mirándolas con un cierto aire de tristeza, y al cabo dijo:

«—¡Lo siento! ¡No todos los alumnos han venido a la conferencia!»

Era cierto. Ninguno de los superiores había reparado en aquel detalle. Pero faltaban, en efecto, cinco alumnos. Tres de ellos habían ido a cantar a Valsálce, otro de los centros salesianos existentes en la ciudad. Los otros dos habían optado por quedarse en el estudio por motivos particulares.

EL FUNDADOR EN ESPAÑA (1886)

Una visita misteriosa (1885)

Los salesianos se habían establecido en España el año 1883 por primera vez. Y, concretamente, en la ciudad de Utrera, cerca de Sevilla. La segunda casa abierta por ellos había sido la de Sarriá, a la sazón un pueblecito aledaño de Barcelona. Se trataba de dos obras que echaron desde sus comienzos sólidas raíces, y cuya pujanza posterior, hasta hoy mismo, resulta maravillosa. De manera especial, Sarriá.

Ocurrió que los Cooperadores Salesianos de Barcelona, los alumnos de este colegio, los amigos y simpatizantes de la obra del Santo y los salesianos de la casa, venían pidiendo al fundador con insistencia que les hiciera una visita. Y el santo cumplió con creces su deseo. Visitó la casa no una, sino dos veces. Pero esto requiere una explicación.

Era la noche del 5 al 6 de febrero de 1886. Director de la casa de Sarriá era el padre Branda. Esa noche el fundador le hizo una visita misteriosa. Le visitó mediante el fenómeno que la teología y la parapsicología conocen con la denominación de «bilocación», esto es, una especie de desdoblamiento de la persona en fuerza del cual un individuo puede estar en dos sitios a la vez. En estos casos, el «doble» es una apariencia en todo semejante a la realidad y como tal se manifiesta y actúa. Los hechos ocurrieron así:

El padre Branda se hallaba ya acostado, puesto que eran las primeras horas del día. Más de medianoche. De su sueño profundo, vino a sacarle la voz clara y distinta de Don Bosco, tan conocida por él. El fundador le llamaba por su nombre:

«—¡Don Branda, levántate! ¡No duermas!

—¡Lo hago al punto, Don Bosco! —contestó él en la persuasión de hallarse en la presencia del hombre

de Dios, cuya silueta veía distintamente a través del cortinaje que aislaba la alcoba del resto de la habitación.

—Debo decirte algo muy importante —prosigió el santo—. En términos generales, tu casa marcha bastante bien. Pero hay algo que ni siquiera sospechas y que es necesario arrancar de todo punto. Tienes entre tus jovencitos algunos cuya vida no es precisamente ejemplar, sino que hacen el oficio de lobos entre sus compañeros para inducirlos al mal. ¡Debes echarlos sin contemplaciones!»

El Director no había acertado a decir una sola palabra. El fundador le había invitado a seguirle a través de los pasillos que conducían al dormitorio de los alumnos. Tenía la sensación de que ni Don Bosco ni él mismo empujaban las puertas para abrirlas. Y, no obstante, ambos pasaban sin hallar obstáculo alguno.

Ya en el dormitorio, el fundador le había ido señalando a cuatro alumnos. Los culpables. Los rostros de todos ellos, en el momento de observarlos, aparecían deformes y grotescos, en fuerte contraste con los serenos de sus compañeros, en los que parecía reflejarse la virtud del alma a través de una serenidad envidiable.

«—Uno de los oficiales que tú has admitido en casa —prosiguió el santo— les ha abierto los ojos para que vean el mal prematuramente. Les ha enseñado a degustar el fruto envenenado del pecado que mata las almas. Pero no es sólo eso: Ya ellos mismos no se recatan de enseñar lo mismo a sus propios compañeros y causan estragos entre ellos. Es éste un mal que sólo se consigue atajar cercenando las ramas infectadas. Por tanto, ten con ellos los debidos miramientos, pero échalos de casa!»

El fundador mostraba un disgusto profundo y su actitud era muy enérgica. A tono con la determinación que exigía. Daba la impresión de tener el rostro iluminado por un rayo de indignación, de disgusto y pena a la vez. Como siempre que se trataba

de tener que poner remedio a los estragos causados por el pecado entre los jóvenes, la porción predilecta del Señor.

En años ya bien pasados se le había visto denunciar, ante la presencia de todos los moradores del Oratorio, alumnos y superiores, a otro grupito de jovencitos que, como éstos, se habían también troncado en piedra de escándalo para sus compañeros.

Aquella había sido una escena apocalíptica. Uno tras otro habían ido saltando, en medio de una atmósfera de expectación y de terror, los nombres de los culpables, que no habían querido tener en cuenta las amables reconvenciones y los saludables avisos del Padre.

El padre Branda volvió a ser acompañado por el fundador hasta el despacho. Entonces desapareció el santo. El director no sabía si lo que le había ocurrido había sido dormido o en plena vigilia. Y quiso persuadirse a sí mismo de que todo no había sido más que efecto de una pesadilla. La hora misma que señalaba el reloj parecía abonar esta opinión. Eran las tres y media de la madrugada. Por consiguiente, intentó conciliar el sueño de nuevo, pero no lo logró. Tomó el breviario y comenzó a rezar el oficio del día en espera de que llegara el amanecer. La impresión recibida era tan fuerte que le tenía absorbida por completo la atención. El rezo le resultó prácticamente imposible.

El problema presentado por el santo resultaba realmente espinoso. Aun cuando el padre Branda hubiera estado persuadido de que los jovencitos indicados eran verdaderamente culpables, él no tenía pruebas contra ellos. Y, por lo mismo, le resultaba muy violento abordarlos, así, de improviso, para tratar un asunto tan escabroso como aquél. Por lo mismo, trató de echarlo en olvido persuadiéndose a sí mismo de que todo debía ser producto de la fantasía.

Pero no. El santo no estaba dispuesto a dejar pasar aquel asunto. No habían transcurrido más de dos o tres días cuando el director recibe una carta de Turín. Se la escribe el padre Rúa, el cual, tras los primeros saludos, y luego de darle la solución de algunos problemas que le había consultado, el *alter ego* de Don Bosco añadía una postdata que decía:

«Acabo de acompañar a Don Bosco durante algunos minutos por los pórticos. Me ha dicho que te ha

hecho una visita. Y me encarga te repita que cumplas, sin excusas, la orden que te dio.»

¡Ya puede suponerse de qué manera se le renovarían al director los amargos sentimientos que pretendía adormecer en el fondo de la conciencia! Y, no obstante, pretendió aún echar tierra sobre el enojosísimo asunto, bajo la excusa de siempre: la de no poder aducir ninguna razón para probar aquellos hechos.

Entonces se resolvió a dejar pasar algún tiempo con la esperanza de que alguna precisa circunstancia lo aclarara todo, puesto que se proponía, a la vez, observar con particular atención el comportamiento de aquellos alumnos a partir de entonces. Mas uno de aquellos días fue a celebrar la misa en el oratorio privado de la insigne cooperadora barcelonesa, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, llamada familiarmente por los salesianos españoles «la mamá». Apenas puso el pie en aquella casa, ella le saludó y le dijo:

«—Padre Branda, esta noche he soñado con Don Bosco!

—¡Mire, señora! —replicó el director—. Hoy tengo mucha prisa y desearía celebrar en seguida la misa para volverme a mi trabajo. Ya hablaremos de eso otro día.»

Comienza la misa. Al ascender al altar para besar el ara sacra que guarda las reliquias, oye clara y distintamente de nuevo la voz de Don Bosco. Es una intimación tremenda por el contenido y por la energía que el santo pone en su tono:

«—¡Si no ejecutas pronto lo que se te ha ordenado, no volverás a subir al altar!»

¡Qué remedio! ¡Eran ya demasiadas las señales y demasiado claras! Por consiguiente, se resuelve a ingadar. Y lo hace por medio del ecónomo de la casa, padre Aime. Todos los culpables confiesan sin dificultad. Y ¡cosa singular! Cada uno de ellos adopta en aquel momento, exactamente, la misma actitud que se le había mostrado al padre Branda durante la visita realizada a los dormitorios en compañía del fundador!

Hacia la Ciudad Condal (1886)

Barcelona, ya en el último cuarto del siglo pasado, el de la poderosa industrialización, era emporio de riqueza y se reputaba por una de las ciudades más cultas y de mayor movimiento de todo orden de Europa. Era, además, una ciudad de gran tradición católica, en la que florecía un gran número de instituciones benéficas de todo género, tanto de carácter público como debidas a la caridad generosa de muchísimas personas privadas. Eran, pues, las condiciones óptimas para que un apóstol como Don Bosco se hallara en su centro. Y fue así. El fundador aceptó con gran satisfacción la invitación de los suyos.

Dejó Turín el 12 de marzo, hizo noche en Sampierdarena y llegó el día siguiente a Génova. En todas partes se agolpaban las multitudes para verle y oírle. Pero no siempre le era dado poder dirigir la palabra a todos los que lo deseaban a causa de la debilidad extrema de su voz, que resultaba ya incapaz de hacerse oír a algunos metros. Con frecuencia se limitaba a sentarse en algún lugar accesible y contemplar desde allí el desfile de sus admiradores por delante de él. En tales casos solía repartir medallas de María Auxiliadora.

Y a este respecto, en esta misma ciudad de Génova, refieren las crónicas, le ocurrió un fenómeno semejante al ya narrado de las avellanas. Con sólo unas 40 de que había podido disponer, habría dejado contentas a más de un millar de personas que habían desfilado delante de él.

El 16 se hallaba en Varazze, en donde fue objeto de un recibimiento apoteósico. No se halló en condiciones de dirigir la palabra al numerosísimo gentío que se había congregado no sólo de aquella población, sino de las vecinas, para oírle. No obstante, les bastaba con poderle mirar, arrebujadito en un sillón colocado en el presbiterio o en la sacristía por donde desfilaban para admirar su sonrisa y su gesto de aliento.

El 17 llegó a Alassio. El 20 a Niza, siempre con las mismas demostraciones de enfervorizado entusiasmo de parte de la gente. De Niza pasó a Cannes, en donde, entre otros prodigios, hizo levantarse de la camilla en que yacía a una jovencita que le había sido presentada por sus padres. La curación fue instantá-

nea. El santo se limitó a recomendar a la paralítica que «diera gracias a la Virgen y acompañara a sus padres a casa».

Este suceso tuvo amplia difusión y comenzaron a acudir a él desde todas partes portando sus enfermos y dolientes. El hombre de Dios bendecía y se curaban. El entusiasmo popular crecía de forma alarmante. Entonces, él mismo quedó impresionado de su propia obra y exclamó:

«—¡Esto no puede ser! ¡Hay que detenerse!»

Y desde entonces comenzó a poner por condición para el logro de las gracias la de hacer una novena a la Santísima Virgen, a fin de que les otorgara el favor pedido. Así lo retrasaba para dentro de algunos días y el «escándalo» no era tan grande.

De Cannes pasó a Marsella después de haber hecho un alto en Tolón, en donde visitó a sus amigos los condes Colle. En Marsella despertó igualmente un entusiasmo delirante. Se detuvo a descansar hasta el 7 de abril, en que emprendió el viaje hacia la frontera española. A esperarlo en Port Bou se había adelantado el padre Branda, el cual, después de saludarle, quiso saber de sus propios labios lo relativo a la «visita» ya mencionada. El fundador se limitó a decirle:

«—¡Vaya, vaya! ¡Bien sabes tú lo que pasó!»

Junto con el director de las Escuelas Profesionales de Sarriá habían acudido también otros señores entusiastas de las obras salesianas y del fundador. Estos le acompañaron hasta la Ciudad Condal proporcionándole cuantas comodidades les fue posible después de un viaje que duraba ya once horas desde su salida de Marsella.

La llegada a Barcelona resultó espectacular. Ya se conocía de antemano y se había preparado de forma adecuada a la fama de que llegaba precedido. En la estación, además de un numeroso público, se hallaban muchas altas personalidades. Incluso la Reina Regente, doña María Cristina, quiso hacerse representar por el gobernador civil de la Ciudad Condal. El prelado diocesano se halló representado por el vicario general, por no haber podido él acudir en persona. Canónigos, curas párrocos, el presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl, el de las Asociaciones Católicas, el rector de la Universidad, el del Semi-

nario Conciliar, directores de colegios... Fue, en fin, un recibimiento más propio de un príncipe que de un humilde sacerdote extranjero.

Resultó excepcionalmente emotivo el encuentro con doña Dorotea de Chopitea. La ilustre dama se presentó a recibirle acompañada de otras señoras de la mejor sociedad barcelonesa, todas ellas eximias figuras de la caridad activa, tal como la prescribe la doctrina evangélica.

«—¡Oh, doña Dorotea! —exclamó el fundador—. ¡He venido pidiendo a diario al Señor, desde hace mucho tiempo, que no me dejara morir sin conocerla! ¡Ahora me cumple este deseo y le doy gracias!»

Y de entre el medio centenar de lujosos carruajes que le esperaban en la estación, el santo prefirió el de la insigne cooperatora salesiana.

Lluvia de gracias y prodigios

Don Bosco llegó a Sarriá el 8 de abril. El recibimiento dispensado por aquellos hijos al padre bueno fue en extremo cordial. Y él se halló feliz entre ellos desde el primer momento. Aquella misma tarde se entretuvo en su compañía antes de retirarse a descansar, aunque experimentaba una necesidad vital de reposo. Les dio la bendición «milagrosa», la de la Auxiliadora, en cuyo nombre se aprestaba a realizar aquí también no menos prodigios que los que se sucedían en todas partes a su paso.

El día siguiente comenzó para él el trabajo habitual en estas ocasiones: las audiencias largas e ininterrumpidas, las visitas incesantes, los desfiles interminables, las conferencias y las visitas a domicilio, a los establecimientos benéficos, a los institutos y centros educativos y de caridad, a las iglesias... Así, prácticamente, todos los días. Las Escuelas de Sarriá se convirtieron en meta de un afluir continuo de gentes que llegaban desde todas las partes de la ciudad y la comarca. Todos querían verle y, si pudiese ser, hablarle. Dirigirle una palabra. Y para ello, esperaban horas y horas, e, incluso, comían en la calle y se pasaban la noche allí. Son datos de la historia y en ellos no hay exageración.

Y también aquí podríamos citar un número grande de prodigios como en otros lugares. Porque aquí residía la razón de sus éxitos, incluidos los de orden económico. Bástenos, para no incurrir en repeticiones, aunque en buena parte resulta inevitable, aducir un caso:

Le es presentada una jovencita cuya mano y pierna izquierda se hallan paralizadas desde hace mucho tiempo. El buen padre le da la bendición y le pregunta:

«—¿En dónde tienes el mal?»

«—Aquí. En la mano. ¡No la puedo mover! —Y mientras así dice, la mueve con naturalidad—. Y también tengo paralítica la pierna.

—Es posible que ahora puedas andar. ¡Inténtalo!»

La jovencita abandona la camilla y se pone a andar por la habitación. La alegría de los padres y la admiración de todos los presentes son inenarrables. Don Bosco exhorta a la agraciada, de unos trece años, y a sus padres, a que durante cierto tiempo den gracias a la Santísima Virgen por el favor conseguido.

No eran las curaciones instantáneas, la devolución de la salud del cuerpo, lo que conseguía preferentemente la bendición del santo. Eran aún más numerosas las gracias de orden espiritual otorgadas por ella, que, al fin, éste era el objetivo fundamental buscado por el taumaturgo. La lista de personas que salieron de su presencia con el alma aligerada de sus culpas y el espíritu aliviado de sus hondas preocupaciones sería muy larga.

Uno de sus carismas más destacados, lo hemos dicho, fue siempre su clara visión del futuro. Comenzó a ejercerlo en los primeros años de su vida y continuó gozando de esta prerrogativa hasta los últimos momentos de su existencia. Y también durante su permanencia en la Ciudad Condal hizo uso del mismo. Un caso:

Se presenta a él la familia Dalmau. Son varios hijos en torno a los afortunados padres que han acudido al santo simplemente a pedirle la bendición para sus hijos. Para que se conserven excelentes cristianos durante toda su vida. A Don Bosco le satisface plenamente este desinterés y les expresa su admiración por tanta generosidad y nobleza.

«—Sí, sí —dice—. A estos niños los haremos religiosos.»

Se refiere a los que están en torno a sus progenitores. Pero la madre tiene en sus brazos al más pequeño. Un niño que cuenta escasamente un año y medio.

«—En cuanto a éste, ¡lo dejaremos para Don Bosco!»

Por un sentimiento de delicadeza y de respeto a la libertad, los padres nunca mencionaron delante de aquel niño la predicción del taumaturgo. A pesar de ello, actuando con plena espontaneidad, el hijo menor de los señores Dalmau ingresó en la Congregación Salesiana en la que vivió durante muchos años, hasta su muerte, en calidad de salesiano coadjutor.

A este mismo signo carismático pertenece un sueño que el Santo tuvo por aquellos días. Fue la visión esplendente de un porvenir rosado para su Congregación. Desde una meseta de excepcional elevación, su vista se dilata a través de cadenas de montañas, de llanuras interminables, de amplísimos valles y de mares sin confín. En lontananza ve surgir los futuros centros de misión, los colegios, las casas de formación del personal... Valparaíso, Santiago, en Chile; ciudades de la China, de Formosa, del Congo, de Madagascar... ¡Todo un cinturón que rodea al planeta a distancias más o menos grandes de irradiación salesiana! Turbas inacabables de niños y de jovencitos que acuden a sus hijos con el nombre del padre en sus labios, suplicándoles que acudan en su auxilio.

Habla a los católicos de Barcelona

El día 14 de abril fue de gran relieve entre las jornadas del padre. Fue festejado por la Asociación de Católicos, en cuyo seno figuraban las más representativas personalidades barcelonesas. Con tal ocasión, la mencionada Asociación inauguró un nuevo local para sus juntas y reuniones. Y quisieron que el humilde sacerdote extranjero fuera «invitado de honor». Y en calidad de miembro de singular aprecio le concedieron el título de «socio honorario» y le impusieron una medalla de oro. El pronunció en

esta ocasión palabras dignas de ser meditadas con atención.

«—Sólo a Dios se ha de dar el honor y la gloria —comenzó diciendo, con el intento de apartar de su persona la atención y las demostraciones de estima de que se le venía haciendo objeto.

Nuestra obra —añadió— pretende despoblar las calles de ladronzuelos, de golfillos y de jovencitos que se encaminan por la senda del mal. El resultado de lo hasta aquí realizado está a la vista. Muchos que eran así son ahora el consuelo de sus familias y ciudadanos estimables. Por otra parte, de no realizar esta obra de regeneración de la juventud por medio de vuestra caridad, un día no lejano os arrebatarían cuanto ahora no les déis y os despojarían de cuanto os pertenece. Y lo harían con la pistola en la mano. En cambio, vuestros bienes se salvarán si ellos son enseñados a respetar lo que no les pertenece.»

Luego, tejió un bello elogio a la fe viva de la ciudad de Barcelona ante el asombro de lo que estaba contemplando con sus propios ojos durante aquellos días.

«¡Bendita y afortunada Barcelona! —dijo—. ¡Yo hablaré de ti y de tus virtudes en Italia y referiré al Papa cuánto se le venera y se le quiere aquí! ¡Afortunada y bendita Barcelona, que te conservas tan fiel a la fe y a las costumbres de tus mayores!...»

La Semana Santa, que caía por aquellos días, le proporcionó un poco de alivio en el incesante abrumador trabajo de todas las horas. Mas el Sábado Santo reemprendió de nuevo la febril actividad. El 30 dio una conferencia a los cooperadores en la iglesia de Nuestra Señora de Belén.

El templo se vio colmado desde mucho antes de la hora señalada para el acto. Pero aún fueron muchos más los que no pudieron entrar. Las calles adyacentes estaban atestadas de público y de los árboles mismos pendían arracimados grupos de personas para poderle ver siquiera a su paso. En un cierto punto, las turbas se lanzaron contra las puertas y las arrancaron de sus

goznes y pugnaban por entrar en el sagrado recinto, incapaz de contener a una sola persona más.

La familia Martí-Codolar

El 3 de mayo realizó otra visita de gran trascendencia para el futuro de la obra salesiana en España. Se trasladó a la finca de los señores Martí-Codolar en las afueras de la Ciudad Condal.

La finca era una espléndida posesión de don Luis Martí-Codolar. Una finca de recreo, parque zoológico y jardín botánico a la vez, en donde podían admirarse gran variedad de árboles y plantas exóticas traídas de América Meridional y de Africa. Era un lugar de auténtico solaz para los sentidos y de sosiego para los espíritus.

El fundador fue acogido con gran cordialidad y entusiasmo por la ilustre familia, por sus amigos, por los niños y superiores de la casa de Sarriá que le habían precedido, y por muchos admiradores, invitados por los dueños de la finca para esta ocasión. De aquella visita se conserva una de las mejores fotografías que se sacaron al santo a lo largo de su vida.

Los señores de Martí-Codolar han continuado estrechamente vinculados a la obra y familia salesiana hasta el presente, ayudándola generosamente con sus aportaciones pecuniarias y de otras maneras. Hoy, en aquella finca, desinteresadamente donada por los últimos descendientes directos de don Luis Martí-Codolar, don Javier y Doña Angeles, existe un Centro de Estudios Superiores de Teología y Formación Salesiana, abierto a las inquietudes de los tiempos.

El templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo

Entre tanto, había llegado el momento de abandonar la Ciudad Condal. La partida se había fijado para el 6 de mayo. El 5 quiso el fundador despedirse de la Patrona de la Ciudad, Nuestra Señora de la Merced, con el fin de agradecerle los favores que le había dispensado durante los días de su permanencia en España. Y también para dar una muestra de reconocimiento a los barceloneses, que se sintieron especialmente halagados por aquel gesto.

Su paso, camino del centro de la ciudad, se vio, una vez más, señalado por el entusiasmo de las multitudes. Al llegar al Santuario se entonó la Salve. Luego vinieron los discursos de despedida. Hacia el final se adelanta hacia el presbiterio en donde el apóstol ocupa un sitio de honor el Presidente de la Asociación de San Vicente de Paúl con otros señores de la misma. En su mano lleva un pergamino.

«—Para perpetuar el recuerdo de vuestra visita a esta ciudad —le dice—, la Corporación que me honro de presidir quiere haceros entrega del título de propiedad de la cumbre del monte Tibidabo, con el ruego de que en su cima levantéis una capilla al Sagrado Corazón de Jesús antes de que dicho lugar se convierta en un foco de inmoralidad.»

Don Bosco se queda perplejo al oír el nombre del monte cuya cima se le ofrece: «Tibidabo». Y piensa: «¡Qué misteriosos están resultando los caminos de la Providencia!» ¡Verdaderamente hay para quedar abrumados por tantas demostraciones de excepcional predilección!

«—Estoy conmovido —dice— por la nueva demostración de piedad y religiosidad que me dais en este momento. Os lo agradezco con toda sinceridad. Y os diré que en este instante estáis siendo instrumentos de la divina Providencia. Cuando yo estaba a punto de emprender este viaje me decía a mí mismo: «Ya está a punto de concluir el templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. ¿Qué otra empresa podría yo asumir para extender esta nobilísima devoción?» Entonces comenzó a resonar en mí una voz interior que me decía: «¡Tibi dabo! ¡Tibi-dabo!»

Eran palabras que me resultaban totalmente enigmáticas. Ahora, no obstante, veo claro el misterio. El Señor me estaba ofreciendo por vuestro medio ese monte que acabáis de cederme. ¡Sí, señores! ¡Les aseguro que en esa cumbre surgirá un hermoso templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús para que todos los habitantes de esta querida ciudad hallen facilidad

de recibir los santos sacramentos allá arriba. Para que sea como un faro que irradie su luz potente en todo el ámbito de la nación española.»

Hoy el Templo Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo es una gozosa realidad. Barcelona puede justamente enorgullecerse de poseer este faro esplendente de luz espiritual. En este bello santuario recibe el Sagrado Corazón de Jesús un piadoso culto de adoración constante de los mejores ciudadanos de la ciudad y de España entera. El Tibidabo, con su majestuosa estatua de bronce en la altura, expande una luz develadora de las tinieblas del espíritu hasta más allá del ámbito de Barcelona y de España misma.

La salida del apóstol se procuró, una vez más, tener oculta a las multitudes, a fin de evitar entorpecimientos y retrasos. Las últimas horas fueron reservadas al personal del ferrocarril que unía el pueblecito de Sarriá con la gran urbe.

¡Y bien que se lo habían merecido por el recargo de trabajo que les había supuesto la permanencia del santo apóstol en aquella población! No había sido sólo el hecho de que la afluencia de personas en los trenes se hubiera multiplicado hasta el límite de su capacidad. Había sido también que, casi a diario, se habían visto en la necesidad de establecer viajes suplementarios para dar satisfacción a los visitantes del ilustre huésped.

El santo bendijo a la afortunada ciudad antes de dejarla definitivamente. Luego continuó viaje hacia la frontera. Algunos insignes bienhechores quisieron acompañarle hasta Port Bou también esta vez. Pero antes de llegar hizo una breve escala en Gerona. Ya en tierra francesa, se detuvo brevemente en algunas poblaciones de la costa. Y lo mismo hizo en la Riviera italiana. La tarde del 15 entraba en Valdocco.

SEÑALES PRECURSORAS DE UN OCASO (1887)

Luz de atardecer (1886)

Durante los restantes meses del año 1886, el buen Padre conservó aún fuerzas para mantener el ritmo de actividad de los últimos tiempos. Pero su salud continuaba deteriorándose. Era ya un hombre que inspiraba compasión a cuantos le contemplaban. Andaba cada vez más encorvado y los achaques eran progresivamente más graves y más patentes. Era un edificio que se desmoronaba de puro viejo; aunque más por los achaques que por los años.

A pesar de todo, permanecía en él inalterable su sonrisa y la gratisima expresión de su rostro, cada día más dulcificado, hasta parecer un trasunto de la belleza de su alma. ¡Cuán lejos estaba de cualquier semejanza con la expresión cansina, agotada, inexpresiva, de tantos ancianos de su edad! En él ningún síntoma de decrepitud, ninguno de degeneración se advertía! Todo era nobleza. Todo luz de ocaso, a la vez que de amanecer. Era la suya una expresión de serenidad semejante a la del mar encalmado en las horas del crepúsculo vespertino. Porque, aunque se acababa, lo hacía como la luz de una vela que se extingue pero brillando con toda intensidad.

«—¡Es un santo! ¡Un gran santo!» —era el único comentario que se oía a su paso.

El, por su parte, estaba persuadido de que ya estaba alcanzando la ribera de la eternidad. Y, a veces, este pensamiento le ponía triste. Pero no era porque le pesara abandonar la vida, puesto que nada deseaba más que eso ya para ahora. Hablando con propiedad, nunca había estado realmente apegado a ella porque toda la ilusión la había tenido siempre cifrada en cumplir la voluntad de Dios. Por eso, tampoco se había apegado nunca a

nninguna suerte de excesos o aficiones intemperantes hacia nada que pudiera representar una atadura capaz de retenerlo acá abajo. Le impresionaba la muerte simplemente por el pensamiento de la cuenta que había de dar a Dios por la serie excepcional de favores que de El había recibido. Y le pesaba igualmente porque veía cuán dilatado era el panorama del bien por hacer que quedaba reservado a sus hijos a los que él ya, al menos desde la tierra, no podría ayudar como hasta ahora.

De nuevo a Roma (1877)

La obra del Sagrado Corazón de Jesús de Roma iba ya muy adelantada. No obstante, el fundador sentía la urgencia de acabarla cuanto antes, temeroso de no verla inaugurada antes de su muerte. Por ello, a fines de enero del 1877, dio encargo al Ecónomo de la Pía Sociedad de trasladarse a la Ciudad Eterna con este objeto.

«—Ve a Roma —le dijo— y procura que para mayo se pueda inaugurar el templo del Sagrado Corazón de Jesús. Contrata a cuantos obreros sea necesario. Págales lo que pidan. Si es necesario, dobla el jornal, pero que en el mes de mayo se pueda abrir al culto.»

Por primera vez, después de muchos años, se vio obligado a renunciar a recorrer la parte meridional de Francia, al llegar la primavera. La postración a que había llegado no le permitía ya asumir aquel trabajo. Pero el 20 de abril salía para Roma con el fin de visitar por última vez al Papa y asistir a la consagración del templo del Sagrado Corazón de Jesús.

Como era habitual en él, el viaje lo realizó por etapas, visitando las casas salesianas situadas en la ruta y descansando por algunos días u horas. Los centros que se hallaban en aquel camino eran: Sampierdarena, Génova, La Spezia, Florencia. En Arezzo se vio obligado a detenerse durante un par de días. Y por deferencia del obispo de aquella ciudad, se hospedó en el palacio episcopal, en donde se le asignó la misma habitación que había ocupado el Papa Pío VII al quedar libre del cautiverio napoleónico, estando de retorno a la Ciudad Eterna. Llegaba a Roma el 30 de abril.

Eran con ésta, «veinte» las veces que había visitado Roma. En esta ocasión se alojó en el colegio salesiano anejo al templo que se iba a inaugurar. Y allí comenzó a recibir las acostumbradas visitas. Entre ellas, las de algunos eminentísimos príncipes de la Iglesia.

El Vicario de Cristo le recibió la tarde del 13 de mayo. Al llegar al Vaticano, la guardia suiza le rindió honores. El Papa le salió al encuentro ya dentro de las habitaciones privadas de palacio. No le permitió arrodillarse ante él y ordenó al Secretario, monseñor Della Volpe, que le acercara un sillón. Luego dio comienzo a aquella audiencia de carácter familiar.

«—¡Oh, Don Bosco! ¿Cómo está?... Pero... ¡debe de tener frío!»

El Pontífice se dirigió a su alcoba, descorrió las cortinas y tomó de encima de la cama un edredón que puso sobre las rodillas de Don Bosco, mientras decía:

«—¡Mire! Es un hermoso cubrecamas de armiño que han regalado al Papa. Yo quiero que sea usted el primero en estrenarlo.»

El apóstol había permanecido en silencio hasta aquel momento a causa de la emoción que experimentaba por tantas demostraciones de afecto paternal del Vicario de Cristo. Al fin, rompió el silencio:

«—¡Ya soy viejo, Padre Santo! ¡Tengo setenta y dos años! Este es mi último viaje a Roma. Es el fin de todas mis cosas y mis empresas. Pero deseaba ver una vez más a V. S. antes de morir. He venido para recibir vuestra bendición. Se me ha cumplido cuanto había deseado. Ahora no me resta sino entonar el *Nunc dimittis*. Soy feliz cuanto se puede ser en la tierra por haber visto de nuevo el rostro del Ungido del Señor, su representante, la “luz otorgada a todos los pueblos”, la gloria de Israel. Por haberos visto a Vos, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo!

—Yo tengo seis años más que usted —observó el Padre Santo—. Por tanto, puede estar de enhorabuena

y abrigar la esperanza de vivir aún algunos años más. Hasta que no oiga decir que León XIII ha muerto, esté tranquilo.

—Padre Santo, vuestra palabra es infalible en algunas ocasiones y yo desearía aceptar vuestro augurio. Pero, crea que estoy al fin de mis días.»

El Papa quiso enterarse de la marcha de la Familia Salesiana. Y recibió gran alegría con la noticia de la inminente inauguración del templo del Sagrado Corazón de Jesús. Luego dio al fundador algunos consejos que —dijo— debían ser tenidos en cuenta para garantizar la continuidad de la Sociedad de San Francisco de Sales.

«—Recomendad a vuestros salesianos, le dijo, de modo especial, la “obediencia”. Decidles que conserven vuestras máximas y tradiciones. Sé que habéis conseguido excelentes frutos mediante la aplicación de vuestro Sistema Preventivo entre los adolescentes. Continúa con este método y exhorta a vuestros hijos a continuarlo.

Pero lo que más me apremia deciros a vos y a vuestro vicario es que no tengáis excesiva prisa por acrecentar el número de salesianos. Atended, con preferencia, a la santidad de los que ya tenéis. No es el número lo que da gloria a Dios, sino la virtud, la santidad. Por eso, sed muy cautos y rigurosos al aceptar a nuevos miembros en vuestro Instituto. Cuidad, especialmente, de que sean de una moralidad a toda prueba.»

Al llegar a este punto, le tomó cariñosamente de la mano y le preguntó confidencialmente cuáles eran los acontecimientos de más importancia que debía vivir la Iglesia en un futuro inmediato. Don Bosco quiso excusarse.

«—Santidad —dijo—. Vos sabéis mucho mejor que yo cómo están los asuntos de la Iglesia.

—No os pregunto por la situación presente, que ésta ciertamente la conozco. Os pregunto por el porvenir.

—¡Yo no soy profeta, Padre Santo! —protestó el venerable anciano.»

Más no pudo excusarse ante la insistencia del Vicario de Cristo y le manifestó, según se expresó luego él mismo, «cuanto sabía».

Antes de dar por terminada aquella memorable audiencia, León XIII mandó que entrara a su presencia el P. Miguel Rúa, ya designado por el Papa Vicario del fundador, con el fin de hacerle también a él algunas recomendaciones. Después continuó conversando familiarmente con ambos y el secretario de Don Bosco, padre Viglietti. Al salir del Vaticano, de nuevo la Guardia Suiza de servicio a aquella hora, le presentó armas.

«—¡Pero si yo no soy rey! —dijo él, confundido por aquel honor—. ¡No soy más que un pobre sacerdote achacoso que no vale para nada! ¡Deponed esa actitud!

Ellos bajaron las armas, se le acercaron y le besaron efusivamente la mano.

La consagración del templo del Sagrado Corazón (1887, 14 de mayo)

El día 14 de mayo se llevó a efecto la consagración del nuevo templo. Realizó el sagrado rito el cardenal Vicario de Roma. Concurrieron muchas personas de distinción. El nuevo templo era espacioso y cómodo y causó impresión muy agradable a cuantos no lo conocían.

Para dar mayor realce a las funciones sagradas se había trasladado desde Valdocco a la Ciudad Eterna un buen grupo de cantores. Los días siguientes se continuaron las solemnidades litúrgicas con gran esplendor. Los oficiantes de turno eran siempre eminentísimos Príncipes de la Iglesia y Obispos. Se tuvieron, asimismo, conferencias en italiano, francés, español, alemán e inglés. La razón era que de todos estos países se había contribuido a la erección de aquel monumento de la catolicidad.

Don Bosco celebró la santa misa el día 16. Quiso hacerlo en el altar de María Auxiliadora. Logró dar fin al sagrado sacrificio

con gran dificultad. ¡Más de 15 veces se vio obligado a interrumpirlo a causa de las lágrimas! Lágrimas del más profundo agradeciendo y ternura hacia la Madre buena que le había conducido, como de la mano, a través de tantos azares hasta aquellos días de triunfo. Le asistía el padre Viglietti. Los asistentes al sacrificio divino estaban, a su vez, profundamente emocionados al ver aquella actitud devotísima. Al acabar se avalanzaron a besarle las manos, los ornamentos sagrados. Ya en la sacristía, le pidieron la bendición.

«—¡Sí, bendigo, bendigo!... —logró decier a duras penas, con voz quebrada por la emoción.

Luego estalló en un llanto deshecho y se cubrió el rostro con las manos. Fue preciso retirarle de aquel lugar.

Tenía presente ante mis ojos —dijo él más tarde—, durante la celebración de aquella misa, la escena del sueño de los nueve años. Veía a mi madre y oía distintamente su voz y la de mis hermanos...

—¡A su tiempo lo comprenderás todo.» —se le había dicho en aquella ocasión.

¡Aquel momento había llegado! Ahora ya no existía ninguna dificultad que impidiera ver la consoladora realidad. Todos los enigmas estaban desvelados. Los pasos a través de los cuales la amorosa Providencia le había guiado hasta la realización de su obra, resultaban ahora asombrosamente claros.

Acogida triunfal.

El Santo dejó Roma el 18 del mismo mes para llegar a Turín el 20. Cuatro días más tarde se celebraba la fiesta de María Auxiliadora con mayor esplendor que en años anteriores, tras el fausto acontecimiento de la Ciudad Eterna. Y también este año derramó la buena Madre sobre sus hijos gracias de curaciones y favores de orden espiritual.

Más, como si aquella frágil existencia hubiese sido prolongada sólo para ver la apoteosis de aquellos días, luego de pasadas

estas solemnidades, la salud del ilustre anciano decayó rápidamente y su fin se columbró muy próximo.

A fines de junio dejó el Oratorio y se trasladó a Valsálce para respirar aire más oxigenado, pero su permanencia allí fue de pocos días porque no experimentó el alivio que había esperado. La víspera de su fiesta regresó a Valdocco para hallarse en medio de sus hijos en aquella efemérides. Se le recibió a los acordes de un himno que había comenzado a cantarse en su honor por primera vez el año 1848:

«Andiamo, compagni/Don Bosco ci aspetta/la gioia perfetta/si desta nel cuor» (Acudamos, compañeros/Don Bosco nos espera/el gozo perfecto/se despierta en el corazón).

El 4 de julio fue llevado a Lanzo por consejo de los médicos. Allí, el 11 de agosto experimentó uno de los más profundos consuelos a los que tan sensible era su corazón generoso. Una comisión de Antiguos Alumnos de los primeros tiempos fue a saludarle. El los recibió en un prado contiguo a la casa. Y allí quiso darles una conferencia. ¡Así recordaba mejor los tiempos de la transhumancia del Oratorio en los difíciles días de sus comienzos!

El coloquio con ellos fue tierno y lleno de amable cordialidad. Quiso recordar uno a uno a los que habían acudido llevando la representación de miles y miles. Se habló de aquellos tiempos lejanos... En el punto de despedirse, le pidieron la bendición. El se la dio y los ojos se le arrasaron de lágrimas...

Preparando la tumba

Dejó Lanzo el 19 del mismo mes para regresar a Turín. Luego pasó a Valsálce en donde un grupo de salesianos hacía los ejercicios espirituales. Al llegar allá, se le comunicó que en Alasio había un joven sacerdote salesiano moribundo. El se recogió y oró durante un breve espacio de tiempo. Luego le envió una bendición desde allí mismo. El enfermo comenzó al punto a recuperarse y al cabo de poco se hallaba perfectamente bien.

Permaneció en Valsálce durante todo el mes de septiembre. El colegio estaba destinado a alojar alumnos de clase media que

cursaban los estudios de la Segunda Enseñanza. Pero el Consejo Superior de la Pía Sociedad, de conformidad con una línea más en consonancia con la práctica seguida por el fundador, andaba pensando en eliminar aquella clase de alumnos «ricos» y destinar el edificio a noviciado y a estudiantado de filosofía de los jóvenes salesianos. Y con este fin, se habían realizado ya algunas reformas. El padre Barberis, maestro de novicios y director del nuevo estudiantado, dijo al fundador:

«—Don Bosco, desde ahora vendrá usted con más frecuencia a visitar a estos sus hijos, puesto que los va a tener cerca.

—Así es —contestó él. Y añadió con un cierto aire de misterio en sus palabras— ¡Vendré a esta casa y me quedaré para guardarla!»

Mientras así conversaban, se habían ido aproximando a un rellano que había debajo de una ventana. Allí había una escalera que ponía en comunicación un jardín con un patio a diferente nivel. El Santo se quedó mirando durante un buen rato, pensativo, el hueco que quedaba debajo de la escalera. Luego, se volvió a su acompañante y le hizo una insinuación cuyo sentido cabal no logró él captar por entonces.

«—¡Date prisa en realizar las reformas —le dijo— porque, de lo contrario, yo haré que me lleven a tu habitación particular y entonces sí que te apresurarás a terminirlas!»

Cuatro meses más tarde ocurría la muerte del fundador. Conseguido el permiso de las autoridades civiles, sus restos mortales fueron inhumados en el colegio de Valsálce. El lugar preciso designado para depositarlos fue el vano de la escalera de referencia. Entonces comprendió el padre Barberis las palabras del Santo.

La juventud, su obsesión hasta el fin

Dejó Valsálce el 2 de octubre. Cuando los centenares de jovencitos que se divertían ruidosamente en los patios del Oratorio le vieron aparecer apoyado en la balaustrada de su balcón,

interrumpieron espontáneamente sus juegos y acudieron a agruparse al pie. Y de todas las gargantas brotó vibrante el himno mencionado: «Andiamo, compagni...».

El los miró con profundo cariño. Hizo un gesto de saludo con la mano y les dirigió unas breves palabras.

¡Qué emociones! ¡Qué recuerdos surgieron en aquel punto en su mente...! ¡Ahora estaba ya de despedida! ¡Había llegado la hora del adiós definitivo! Eran como viajeros de un mismo tren, pero cuyas estaciones de llegada eran distintas. El uno estaba ya a punto de rendir viaje definitivo. Los otros, llenos de vitalidad, continuaban en el convoy, rebosantes de optimismo para recorrer la vida.

Allí, a sus pies, estaban aquellos centenares de niños y de jóvenes que no eran precisamente los primeros ni siquiera los de en medio. Que eran los últimos llegados. Pero que ostentaban la representación de cuantos les había precedido a lo largo de tantos años.

El 29 de octubre salió por última vez de Turín a Foglizzo Canavese para imponer la sotana a 94 novicios. Al terminar aquella ceremonia dijo al padre Rúa:

«—¡Otro año vendrás tú a cumplir esta ceremonia porque yo ya no viviré!»

Desde este momento, su campo de acción queda reducido a los límites del querido Oratorio. Pero él continuará trabajando hasta caer exánime en la brecha. Únicamente abandonó el recinto de Valdocco un par de veces que fue sacado a pasear en coche por las avenidas de Turín. Ya la suya es una vida que se extingue como una lámpara a la que va faltando el aceite, pero que no dejará de dar luz hasta el último momento.

«—¡Mientras me quede un aliento de vida lo consagraré por entero a procurar el bien espiritual y temporal de los jóvenes!» —dijo uno de aquellos días al padre Joaquín Berto.

Los jóvenes, lo hemos visto, habían constituido siempre su obsesión. Con ellos soñaba en este avanzado atardecer de su vida, como había soñado en los risueños albores de su niñez y en los inundados de luz zenital del mediodía de su existencia. En

os había pensado constantemente. Por ellos parecía olvidarse de sí mismo, de sus achaques, de sus terribles sufrimientos...

El retorno del hijo querido

El pensamiento de la muerte era en él ahora obsesivo, pero no por el temor que aquel paso le ocasionara. Por el contrario, eran vehementes los deseos que tenía de romper las ligaduras corporales para volar al seno de Dios. Y la razón de esta actitud estaba precisamente en la certeza que el Señor le había dado de que el día ansiado estaba ya a la vista.

Entre tanto, sus hijos se ilusionaban con verle llegar al jubileo sacerdotal; sus «cincuenta años de sacerdocio» que se cumplían en 1891. El, por no desilusionarlos, dejaba que trazaran proyectos y les llevaba la corriente. Mas cuando se hablaba en serio, expresaba con toda firmeza el convencimiento de que tal día no llegaría.

«—¡No levantéis castillos en el aire!» —les decía.

Sus fuerzas habían disminuido visiblemente. Ya le costaba una fatiga sobrehumana celebrar la misa. Su voz era apenas perceptible. No podía girarse en el altar para el *Dominus vobiscum* y tenía necesidad de un sacerdote asistente a su lado. Celebró por última vez el 4 de diciembre.

El 6 bajó aún a la basílica de María Auxiliadora a despedir a un grupo de misioneros que partían para el Ecuador. Ya no era capaz de sostenerse por sí mismo y apenas podía hacerlo apoyado en los brazos de otro. Experimentaba grandísima dificultad para andar. Muchos ojos vertieron lágrimas al verle en aquel estado. A su vuelta a la habitación atravesó el patio. Los jóvenes interrumpieron sus juegos y le aplaudieron con frensí. El llegó a su estancia fatigadísimo.

Entonces, un gozoso acontecimiento vino a levantar un tanto su ánimo: el regreso desde la lejana América de su hijo predilecto, monseñor Cagliero. El ilustre misionero se había despedido del padre casi tres años antes, temeroso de no volver a verle en esta tierra. Don Bosco, empero, le había asegurado que se hallaría presente en sus últimos momentos.

Y, sin embargo, pocos meses antes, en plena cordillera andina, el obispo había sufrido un accidente que debió haberle costado la vida. En un paso difícilísimo, flanqueado de horribles precipicios, se le había desbocado el caballo que montaba. El animal había comenzado una alocada carrera por entre riscos y obstáculos. El jinete se había sentido desde el primer momento totalmente incapaz de dominarlo. Entonces había tratado de poner a salvo la propia vida arrojándose del caballo en plena marcha, cuando ya el animal iba directo como una flecha a lanzarse al fondo del barranco. Había sido cuestión de segundos. Había logrado saltar del lomo de la bestia en el preciso momento en que el bruto se precipitaba en el fondo de la sima y parecía deshecho entre las agudas aristas de los peñascos.

Mas tampoco el jinete había resultado ileso. Había caído, a su vez, sobre unas piedras, se había quebrado varias costillas y había resultado completamente magullado. Había sido recogido en un estado lametable. Estaba inconsciente y arrojaba sangre por la boca. Se le había dado por muerto y no sin razón, porque, aun en el caso de que le quedara alguna esperanza de vida, ¿cómo sería posible sacarle en aquel estado de aquel lugar, alejado varias decenas de kilómetros de la vivienda de cualquier civilizado?

Pero se había realizado el milagro. La constitución excepcionalmente fuerte de aquel héroe había resistido la terrible prueba. Colocado sobre unas angarillas, había sido llevado, entre torturas indecibles, adonde se le pudieron prestar los primeros auxilios. Luego, ya todo había sido más fácil. Y ahora, recuperado, dijo haber oído una voz interior que le advertía:

«—¡Marcha a Turín, a asistir al Padre en los últimos momentos de su vida!»

El encuentro con el fundador fue conmovedor. Cuando el venerable anciano le tuvo delante, exclamó:

—«¡Oh, hijo! ¿Cómo estás...?»

El le abrazó repetidamente y le estrechó contra su pecho. Acrecentó la alegría del Santo la presencia de una niña indígena de la Patagonia. Una niña salvaje de doce años, flor exótica que se trasplantaba de las lejanas tierras australes del continen-

te americano hasta Europa. La niña se arrodilló ante él en señal de reverencia, y le dijo en un italiano barbarizado:

«—Le agradezco, querido padre, que haya enviado a sus hijos a salvarnos a mí y a los hombres de mi raza. Ellos nos han llevado el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo con cuyo bautismo hemos sido regenerados y se nos han abierto las puertas del cielo.»

EL FINAL (31 enero 1888)

El bien vivir y el bien morir (1887).

El día 16 de diciembre Don Bosco fue aún sacado a dar un paseo en carroza. Le acompañaban los padres Rúa y Viglietti. Durante el recorrido por la ciudad se encontraron con el cardenal-arzobispo de la archidiócesis. El purpurado detuvo su propia carroza, descendió de ella y abrazó y besó al fundador. Cuantos presenciaron la escena se sintieron conmovidos.

El día siguiente, los alumnos de la clase superior, unos treinta, suplicaron se les permitiera confesarse con él por última vez. Se les quiso hacer ver que no se hallaba en condiciones de afrontar un trabajo como aquél. Mas él tuvo conocimiento del deseo de los jóvenes, los mandó llamar y se dispuso a escuchar las confesiones.

«—¡Es la última vez que puedo hacerlo!» —dijo.

El día 20 experimentó una mejoría inexplicable. Después de haber recibido la sagrada comunión en el lecho, se levantó y despachó algunos asuntos concernientes a la Pía Sociedad. ¡Parecía haber vuelto a sus cuarenta años!

Fue invitado a escribir algunos pensamientos en estampas de María Auxiliadora que se le iban poniendo delante. Todos ellos llevaban resonancias ultraterrenas. La temática común era el pensamiento de la muerte. Se le rogó que escribiera «algo más alegre». El contestó al que le hacía la recomendación:

«—¡Qué niño eres!»

Cambió el tema, pero al cabo de poco, retornó a lo mismo.

Aquel mismo día volvió a salir a pasear en carroza. Al regresar a casa se hallaba de nuevo muy fatigado. El médico, que le

visitaba todos los días, le encontró muy agravado y le obligó a meterse en cama. El dijo:

«—¡Ya no me resta sino tener un buen fin!»

Los días siguientes continuó empeorando. Sus hijos comenzaron a establecer una serie de turnos para rezar por él ininterrumpidamente ante el Sagrario.

«—¡Rezad, rezad por mí! —decía él—. Rezad a fin de que muera en gracia de Dios. Ya no deseo otra cosa.»

Por la tarde le visitó el cardenal que le abrazó y besó. El se descubrió la cabeza que tenía tocada con un gorrito de dormir y dijo al purpurado:

«—Eminencia, le ruego que pida por mí para que pueda salvar mi alma! Le recomiendo también mi Congregación.»

El prelado le recordó que había trabajado siempre sólo por el bien de las almas y que no debía temer por la suya.

«—¡He hecho siempre cuanto he podido! —dijo él conmovido. Y añadió— Ahora que se cumpla la voluntad de Dios —Y continuó— “¡Tiempos difíciles, eminencia, tiempos difíciles los que hemos debido pasar!” Más, ¡la autoridad del Papa! Se lo he dicho a monseñor Cagliero, aquí presente, para que se lo comunique así al Padre Santo: “Los salesianos están para defender la autoridad del Papa dondequiera que trabajen; en dondequiera que estén!”»

Luego, volvió a insistir en que le ayudaran a bien morir. Se le recordó que él mismo había preparado a muchos para aquel paso. El contestó:

«—Es cierto. Pero ahora tengo necesidad de que me preparen a mí.»

Ido el cardenal, el enfermo se quedó a solas por un breve tiempo con Don Giacomelli, su confesor.

Dos años antes, este dignísimo sacerdote, compañero del San-

to desde los lejanos tiempos del seminario, había caído gravemente enfermo y se temía por su vida. Entonces Don Bosco le había dicho:

«—¡Estate tranquilo! Tú no morirás ahora. ¿No sabes que te tocará asistir a los últimos momentos de Don Bosco?»

El día 24, vigilia de Navidad, le fue llevado el Santo Viático. La escena resultó de una emotividad inenarrable. Ministro de la ceremonia era monseñor Cagliero. Un largo cortejo de sacerdotes y clérigos revestidos de sobrepelliz, seguían la cruz.

«—¡Ayudadme, ayudadme a recibir bien al buen Jesús! ¡Yo estoy confundido! *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!*» —repetía él.

El 28 experimentó una ligera mejoría certificada por el médico. Y continuó acentuándose los días siguientes hasta el punto de que el 16 de enero, el médico de cabecera ordenó que se le tuviera preparado un sillón para el caso, nada improbable, de que pudiera abandonar el lecho siquiera por algunas horas. Los corazones de sus hijos exultaban de gozo. ¡Ya les parecía que iba a repetirse el milagro de tantas veces! El, no obstante, insistía en que no se hicieran ilusiones. Había subido al lecho por última vez y ya no volvería a bajar de él.

Sin embargo, llegó a ponerse en condiciones de recibir algunas visitas, entre otras, la del arzobispo de Malinas, la del de Tréveris y la del obispo de Colonia.

La mejoría se detuvo el día 20. Y el 25 ya se hallaba de nuevo en la angustiosa situación de un mes antes. El bromeaba acerca de su estado a fin de aliviar la tensión de los que le rodeaban.

«—¡Tendría necesidad de unos fuelles para reparar mis pulmones que ya se niegan a seguir trabajando! —decía—. ¿Sabéis vosotros de alguna fábrica...?»

El 29 se celebraba la fiesta de San Francisco de Sales, patrono de la Sociedad. Exteriormente podía apreciarse un ambiente de solemnidad en la casa, pero en lo interior de los corazones predominaba un sentimiento de tristeza y de profundo abatimiento que se reflejaba claramente en los rostros. El buen Padre

recibió la sagrada comunión y permaneció durante mucho tiempo abismado en un recogimiento devoto. Horas más tarde entró en un estado de sopor que se interrumpía sólo a intervalos por poco tiempo.

El último combate

El día 30 monseñor Cagliero le leyó las letanías de los agonizantes ante la presencia de muchos salesianos. El dictamen médico era totalmente pesimista. Para aquella misma noche, a más tardar, le asignaba el fin.

La noticia corrió por el Oratorio como el fuego por un cañaveral. El dolor se acrecentó en todos los corazones. Los buenos hijos pidieron se les permitiera verle por última vez. El padre Rúa accedió. Y desfilaron a besarle la mano en silencio. Casi de puntillas.

¡Cuántas lágrimas abrasadoras cayeron entonces sobre aquella mano bendita que tantas veces se había levantado para bendecir, para absolver, para derramar con profusión los favores del Señor, para proporcionar el pan a tantos y tantos desvalidos!... ¡Y ahora yacía inerte sobre el lecho, con la blancura característica de los agonizantes!

Un telegrama anuncia la feliz llegada de los misioneros a Guayaquil. El vicario, padre Rúa, comunica la nueva al moribundo que ya no tiene fuerzas para contestar. Sólo sus ojos se entornan ligeramente hacia el cielo en un gesto con que agradece la innumerable serie de favores que de él ha recibido a lo largo de toda su existencia.

La noche le resulta trabajosa. Respira con dificultad. Es una agonía lenta, dolorosa. Como la del Maestro. Como todas las agonías, que son la última resistencia, el último combate por mantener anudados los vínculos que unen el alma al cuerpo para formar la unidad sustancial que es el ser humano. Para impedir que la violencia los destruya. El alma de Don Bosco parece no querer abandonar al que ha sido aliado óptimo en las obras de celo por la gloria de Dios.

Luego, entra en una fase aguda. La noticia se difunde rápidamente por todas partes, llevada en alas del viento, como un

susurro tenue, hasta límites increíbles en aquellas horas de la noche avanzada.

Acuden muchos de los que, no estimando tan próximo el fin, se habían retirado a descansar. En un momento, la estancia se llena de hijos que elevan sus más fervientes plegarias por el Padre del alma.

El vicario recomienza la recitación de las oraciones de los agonizantes. Todos están de rodillas. Llega también monseñor Cagliero. El P. Rua le cede la estola para pasar a la derecha del moribundo, se inclina a su oído y le sugiere, con voz sofocada por el dolor.

«—¡Don Bosco, aquí estamos sus hijos! Le pedimos perdón por todos los disgustos que le hayamos podido dar durante nuestra vida. Como señal de perdón, denos, una vez más su bendición. Yo le guiaré la mano y pronunciaré las palabras de la fórmula.»

La escena alcanza en este punto el grado más alto de emotividad. Las frentes se inclinan hacia el suelo. Los corazones se rompen por el dolor. Las gargantas se anudan por la congoja. Los ojos se hinchen de lágrimas...

El vicario saca aún fuerzas de flaqueza y consigue, con dificultad, articular las palabras de la bendición a la par que alza la diestra ya paralizada del fundador. Poco después, llega de Roma un despacho con la Bendición Apostólica para el ilustre agonizante.

Son las cuatro y media del amanecer del 31 de enero del 1888. La respiración, afanosa, sibilante, que se ha venido oyendo desde hace más de una hora y media, cesa. Y con ella, también el tormento de los hijos que experimentan una profunda compasión por el Padre, puesto en tan agudo trance.

«—¡Don Bosco se muere!» —exclama el padre Belmonte.

¡Sí, se muere! ¡Esta vez es definitivo el adiós a sus hijos! Su alma benditísima está ya en los umbrales de la eternidad. Ya no retrocederá, como lo ha hecho tantas veces, llamado por las voces de angustia de los huérfanos y desvalidos que acá abajo dejaba. El campeón está a punto de pisar la meta, tras de lo cual

va a recibir el generoso premio que el Juez le tiene asignado por su brillante carrera. Va a ser elevado al podium honorífico de los campeones.

A breves, muy breves intervalos, lanza tres hondos suspiros, seguidos de silencios de muerte. Luego... ¡ya nada! ¡Ha quedado inmóvil! Inerte. Su alma ha volado rauda a la región de la luz inaccesible en la que habita Dios. El Dios de las misericordias. El Padre de todos los humanos.

Don Bosco ya no es de este mundo. Es ya «un santo». Un ser elegido que tiene su sitio de preferencia entre las pléyades de bienaventurados que glorifican a Dios entre los coros de los ángeles. Ya está sumergido en el océano de luz sobrenatural en que habita la Divinidad. En el disfrute de aquel goce que tantas veces había intuido estando en la tierra. Por el que siempre había suspirado. Tenía setenta y dos años, cinco meses y quince días.

Venida la mañana, se propaga rápidamente la noticia y comienza el interminable desfile. Por allí pasan centenares, millares de hijos suyos del Oratorio y de todos los centros salesianos de la ciudad y otros que han acudido desde más lejos. Y luego, un número interminable de otras personas simpatizantes de su obra y administradoras suyas.

¡Allí está el adalid de las causas de Dios, con el rostro acera-do, cerrados los ojos, las manos extendidas sobre la colcha!... Sobre su pecho yace el crucifijo. A sus pies, la estola blanca, insignia y símbolo del sacerdocio católico.

Ha comenzado a ganar una nueva victoria: la de su influencia poderosa ante el acatamiento divino. El es ya un intercesor de la Iglesia triunfante para con los que aún peregrinan en este «valle de lágrimas».

DON BOSCO EN EL MUNDO

El porvenir de la Obra Salesiana

«—Don Bosco, funde una Congregación Religiosa para que su obra no muera con usted.»

Tal había sido el consejo y la sugerencia de cuantos estaban interesados en la continuidad de la obra del gran apóstol de Valdocco, ya apóstol también de la «juventud necesitada de todo el mundo». Pero, ¿no eran excesivas estas pretensiones? ¿Podía ilusionarse el humilde sacerdote de Morialdo que su influjo podría perdurar más allá de su muerte?

Muchos opinaban que no. Eran los que carecían de fe en el destino providencial que Dios ejerce sobre sus hijos, aun los más humildes. Otros, por el contrario, sí tenían fe en este destino. Y fueron los que prevalecieron. Unas pocas voces autorizadas de hombres llenos de Dios que adivinaban en lontananza, la fuerza creadora del Espíritu que reposaba sobre aquel predilecto suyo.

«Don Bosco será, sin tardar demasiado, la maravilla del mundo por la energía de su Congregación. Ninguna fuerza en el mundo será capaz de destruir o impedir el desarrollo de su obra» —había dicho el santo prelado turinés, monseñor Luis Franson, apoyo principal de aquella obra en sus comienzos.

Y también el Vicario de Cristo, el Papa León XIII, le había dicho a él mismo:

«—Creo revelaros un secreto en nombre de Dios. Estoy cierto de que vuestra Congregación ha sido suscitada en estos tiempos por la divina Providencia para hacer ostentación del poder divino.»

Estas eran personas dotadas del carisma de la revelación del

futuro, del carisma profético. O, al menos, de una especial disposición para interpretar la acción de Dios en el mundo de los seres humanos.

Y también él, el «hombre de Dios», desde la misma actitud «carismática», conocía perfectamente el porvenir referente a su Obra, que era inspirada desde lo alto. Y ¿por qué no decirlo? todos ellos eran hombres sagaces, capaces de llegar a la misma conclusión desde el análisis de las realidades mundanas, como lo había hecho el mismo Ratazzi o Cavour, eminentes conocedores de las situaciones políticas y de las formas de reaccionar de los hombres. El santo fundador había hablado así a sus hijos:

«—Si hemos de juzgar el porvenir por el pasado, sólo hay motivos para el optimismo. Dios bendice visiblemente nuestra obra. El bien que se realiza es mucho y ha sido obra de casi uno solo. ¿Qué será, por consiguiente, cuando sea todo un ejército de socios los que se apliquen a trabajar en esta obra? Porque tal parece ser el camino que llevamos, ya que las peticiones de ingreso de nuevos candidatos aumentan de día en día; se observan las Reglas, reina el espíritu de familia, la piedad se cultiva con esmero y lo mismo la moralidad... Dios quiere nuestra Congregación y ella perdurará mientras los salesianos le seamos fieles.»

En consecuencia, el fundador en el punto de cerrar los ojos a este mundo para abrirlos a la dichosa eternidad, había considerado que existían sólidas garantías de pervivencia para su Institución.

Un momento crítico

Pero la Congregación continuaba teniendo sus «enemigos». El Vicario de Jesucristo, León XIII, se lo había advertido al fundador en una de sus últimas audiencias. Le había dicho:

«—Tenéis enemigos y es preciso que andéis con pies de plomo, porque en Roma se ven como realidad, incluso, las imaginaciones.»

No era, pues, bastante el haber recibido el refrendo de la autoridad suprema romana para permitirle continuar pacíficamente su marcha por el camino que llevaba, avalado por tan halagüeños resultados. Los enemigos de su Institución no eran despreciables por su influencia o, incluso, por su autoridad.

Uno de los más señalados ahora era el cardenal Ferrieri, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el cual parecía haber heredado el espíritu de aquel otro prelado turinés que se había empeñado en luchar con tesón hasta la muerte para testar de

En segundo lugar, porque —decían— «el personal formado por Don Bosco carecía de la base ascética», necesaria de todo punto, para llevar adelante una obra de la naturaleza de aquélla. Porque: ¿qué clase de noviciado habían hecho los clérigos y los ya ordenados sacerdotes del apóstol de Valdocco? Un noviciado irregular; distinto de los de cualquier otra Institución del carácter de aquélla. Un noviciado durante el cual los comprometidos se habían aplicado a la docencia de las ciencias profanas o a las ocupaciones ajenas a aquel objeto, en lugar de aplicarse sólidamente a asimilar los principios de la ascética cristiana según las

el mismo Don Bosco ya «...»
«misteriosamente» la situación cambió en poco tiempo y el
Padre pagó las deudas de sus hijos porque seguía estando con
ellos. A su lado.

¿Qué pretendían estos «enemigos»? Algo muy sencillo y muy
difícil a la vez. Que la Institución Salesiana se fundiera con otra
similar ya existente en la Iglesia. Y el proyecto fue llevado tan
adelante, que ya el mismísimo Vicario de Cristo había sido
ganado a esta causa. Lo evitó la decidida actitud del cardenal
protector de la Congregación Salesiana, Lorenzo Mina.

Continuando la singladura

Los enjuiciamientos de todos éstos eran erróneos por estribar
sobre bases falsas. Pocas semanas antes de morir, había declara-
do el fundador:

«—La Congregación no tiene nada que temer. Tie-
ne hombres bien formados.»

Y ésta era la realidad, como no tardaría en echarse de ver.

No era, pues, bastante el haber recibido el refrendo de la autoridad suprema romana para permitirle continuar pacíficamente su marcha por el camino que llevaba, avalado por tan halagüeños resultados. Los enemigos de su Institución no eran despreciables por su influencia o, incluso, por su autoridad.

Uno de los más señalados ahora era el cardenal Ferrieri, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el cual parecía haber heredado el espíritu de aquel otro prelado turinés que se había empeñado en luchar con tesón hasta la muerte para tratar de hacer fracasar aquella obra de Dios. Y ahora no estaba ya en el mundo el taumaturgo con su poder asombroso para destruir los obstáculos con la bendición de la Auxiliadora.

Los ataques, es cierto, no eran tan brutales, tan insensatos en la forma. Pero, en el fondo, eran lo mismo. Aquel cardenal tenía un mal concepto del fundador y de su Obra. Del primero, porque pensaba que Don Bosco «había sido un hombre falaz, testarudo e incapaz». De su Obra, porque pensaba que se trataba de una Institución «inconsistente y provisional de personas», creada a la medida del fundador, sin una base sólida, destinada a perecer junto con él. ¿Motivos?

A su juicio, que coincidía con el de otras personalidades eclesiales, eran tres las razones principales: En primer lugar, porque estimaban que toda aquella estructura era sólo un montaje realizado por uno solo a favor del efímero prestigio de que había gozado, sostenido por el poder mágico que había aleteado en vida, en torno a la cabeza aureolada de aquel hombre singular y enigmático. Desaparecido él del mundo, todo se vendría abajo en pocos días.

En segundo lugar, porque —decían— «el personal formado por Don Bosco carecía de la base ascética», necesaria de todo punto, para llevar adelante una obra de la naturaleza de aquélla. Porque: ¿qué clase de noviciado habían hecho los clérigos y los ya ordenados sacerdotes del apóstol de Valdocco? Un noviciado irregular, distinto de los de cualquier otra Institución del carácter de aquélla. Un noviciado durante el cual los comprometidos se habían aplicado a la docencia de las ciencias profanas o a las ocupaciones ajenas a aquel objeto, en lugar de aplicarse sólidamente a asimilar los principios de la ascética cristiana según las

normas clásicas. Y además, lo habían hecho «conscientemente». Porque tal había sido la persuasión y el propósito deliberado del fundador, el cual había declarado:

«—Un noviciado en el que los “adscritos” no hagan otra cosa que dedicarse a la ascética teórica o práctica, no es para nosotros, porque ni es cosa de estos tiempos ni del cambio de mentalidad alcanzado en nuestros países. Hoy no lo toleraría ningún Gobierno como el nuestro. Y, por otra parte, tampoco se adaptaría al espíritu de nuestras Reglas que tienen como base la vida activa.»

En tercer lugar —y era el que se acercaba más a la realidad—, la situación económica de la Congregación Salesiana era tal, tan desastrosa a la muerte del fundador, que parecía iba a resultar prácticamente imposible a sus sucesores sacarla de aquel bache. Pero los que así pensaban se olvidaban del poder de intercesión de que los «santos» disfrutaban en el Cielo, como lo puso de relieve el mismo Don Bosco ya «bienaventurado». La realidad fue que «misteriosamente» la situación cambió en poco tiempo y el buen Padre pagó las deudas de sus hijos porque seguía estando con ellos. A su lado.

¿Qué pretendían estos «enemigos»? Algo muy sencillo y muy difícil a la vez. Que la Institución Salesiana se fundiera con otra similar ya existente en la Iglesia. Y el proyecto fue llevado tan adelante, que ya el mismísimo Vicario de Cristo había sido ganado a esta causa. Lo evitó la decidida actitud del cardenal protector de la Congregación Salesiana, Lorenzo Mina.

Continuando la singladura

Los enjuiciamientos de todos éstos eran erróneos por estribar sobre bases falsas. Pocas semanas antes de morir, había declarado el fundador:

«—La Congregación no tiene nada que temer. Tiene hombres bien formados.»

Y ésta era la realidad, como no tardaría en echarse de ver.

Aquella Institución estaba perfectamente dotada de todos los elementos necesarios para continuar su singladura histórica. Y, en primer lugar, contaba con un «timonel» muy capaz de continuar dirigiendo el rumbo de la nave hacia su destino. Este hombre era Don Rúa, el llamado *alter ego* del Padre. El, con la colaboración de sus hermanos de religión, no sólo no caerían en el desaliento a la muerte del fundador, sino que comunicaría nuevo vigor a la Institución.

Don Rúa, conforme a la predicción hecha acerca de él por Don Bosco en los lejanos años «cuarenta», había llegado a ser el más destacado de entre los miembros de la Pía Sociedad Salesiana ya desde sus comienzos, pues había estado junto al Padre prácticamente desde la edad de los ocho o nueve años. Pero de manera especial, una vez ordenado de sacerdote (29 de julio de 1860), había visto acumularse sobre sí una cantidad ingente de trabajo y una multiplicidad de ocupaciones de gran responsabilidad. De esta manera le había comenzado a preparar el Santo para el aún lejano día en que heredara de él la máxima responsabilidad en el gobierno de su Institución.

Y ya a partir de 1872, Don Bosco había comenzado a hacerse sustituir por él en menesteres que parecían de la exclusividad del Superior General. Tales, entre otros: la distribución del personal de las casas, el estudio relativo a nuevas fundaciones, la visita a los hermanos que trabajan en los centros, la información total y completa de todos los secretos referentes a la Pía Sociedad. Así se había llegado a convertir en la «verdadera sombra de Don Bosco» para suplirle luego de manera natural y eficaz en la realidad.

Y se había llegado al año 1884. El Vicario de Jesucristo había sugerido a Don Bosco, cuya salud decaía rápidamente, que designara un sucesor. El fundador había sometido la propuesta del Pontífice Sumo a la deliberación del Consejo Superior de la Congregación Salesiana. Este supremo organismo rector había hecho abdicación de los derechos que le otorgaban las Constituciones de elegir por votación al vicario, en favor del mismo Don Bosco, el cual había designado al padre Rúa por estas tres razones expresamente declaradas por él:

«Porque es uno de los primeros, incluso en el tiem-

po dentro de la Congregación. Porque ya desde hace años viene ejerciendo este cargo. Porque este nombramiento es del agrado de todos "los socios".»

Y, efectivamente. Hecha pública la designación en Carta Circular dirigida a todos los Socios el 8 de diciembre de 1885, la noticia fue acogida con gran satisfacción y celebrada unánimemente.

En fin, él mismo, tras la muerte del fundador, se dirige al Padre Santo para que confirme la designación de Don Bosco, sin tener en cuenta la anterior confirmación del Vicario de Jesucristo, tal vez, porque el Documento entonces publicado no había sido hallado. Roma ratifica aquella designación por Decreto publicado el 11 de febrero de este mismo año de 1888, fijando la duración en aquel cargo por un período de doce años.

El desarrollo de la Congregación

Con ánimo varonil se supera el angustioso momento de la orfandad de tan maravilloso Padre como había sido Don Bosco para todos sus hijos. Y se vuelve a fijar la mirada en el futuro, que promete ser fecundo como lo ha sido el pasado. Y la realidad confirma generosamente estas esperanzas que permiten confirmar los resultados siguientes:

Don Bosco había dejado a su muerte 774 salesianos trabajando en 54 centros esparcidos por Europa y América. Centros de actividad multiforme muchos de ellos, hervideros de acción, llenos de vitalidad que se mantiene durante el gobierno de sus sucesores. ¿El resultado?

La cumbre parece haberse alcanzado, por ahora, hacia los años «sesenta» del presente siglo. Entonces la cifra de «salesianos profesos» llegó a ser del orden de los 22.560, en 72 «inspectorías» (provincias eclesiásticas salesianas). Los directores de los «centros» eran —año 1965— 1.378. Los «cooperadores» alcanzaban la bonita cifra de los 300.000. El número de alumnos de los citados «centros» era de varios centenares de miles y los «antiguos alumnos» superaban ampliamente a éstos. Y lo mismo ocurría con las Hijas de María Auxiliadora que quedaban ligeramente por debajo de sus «hermanos en religión».

Hoy, como consecuencia del impacto que el cambio de vida ha producido y que afecta directamente al planteamiento de las ideas sociorreligiosas, también la Institución creada por Don Bosco ha experimentado sus consecuencias, más o menos graves según los lugares.

Estas consecuencias han afectado no sólo al número de socios, que ha sufrido una merma considerable; sino también a las estructuras mismas de la congregación, en el intento de dotarla de una «faz más en consonancia con los tiempos».

Sin embargo, es de esperar que el vigor espiritual que proporciona al cuerpo de este organismo el espíritu de su fundador, que vive en él, conduzca a la superación de una crisis que, por otra parte, es general en la Iglesia y que ha afectado igualmente, de un modo práctico, a todas las instituciones de esta naturaleza.

Como resumen, podemos decir que «no fue mala» la semilla echado por San Juan Bosco en la labranza del Señor. Tanto más cuanto que los «datos positivos» no se reducen únicamente a la labor que podría calificarse de «específica» de los hijos del gran apóstol de la juventud moderna: la «docencia» en virtud de la cual se ha formado a millares y millares de jóvenes para que sean «útiles en su condición de ciudadanos de la patria terrena y futuros candidatos de la celeste», según la clásica expresión del fundador mismo.

No. No es eso sólo. El «espíritu salesiano» ha calado profundamente en grandes sectores del mundo cristiano. Lo ha hecho hasta el punto de que hoy puede hablarse de la existencia de una «espiritualidad salesiana». Pero ahora ya el apelativo no arranca directamente del nombre del glorioso obispo de Ginebra, autor de libros de ascesis y promotor de una espiritualidad muy característica, la misma que sedujo a Don Bosco y trató de imitar con éxito completo en el ejercicio de su apostolado. Hoy ocurre que se conoce al apóstol del Chablais principalmente a través de este otro apóstol de nuestros días, el santo sacerdote de Valdocco. Y «lo salesiano» ya no hace referencia directa a San Francisco de «Sales», sino a Don Bosco y a su gran Familia: «Salesianos», Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores, Antiguos Alumnos, etc.

De un modo más concreto podría hacerse referencia a muchas iniciativas propias y peculiares del apóstol de Valdocco,

cuya descripción llenaría muchos centenares de páginas, pues podría hablarse de su «Sistema Preventivo» como método específico de educación; del sentido de «vida de familia» en los centros educativos, con la dignificación del niño y el adolescente alumno; de la valoración de la «alegría» como efecto del aprecio de la gracia divina y su capacidad de salvación trascendente; del «optimismo» en el enfoque de la vida, como don divino en orden a la consumación eternamente feliz del ser humano; del «sentido de lo social», desde el aprecio del hombre en su condición de hijo de Dios...

Pongamos aquí fin a esta biografía de San Juan Bosco con la alabanza que la Sagrada Escritura hace de los «santos», vencedores con Cristo en la gran tribulación de este mundo: «Aunque muerto, continúa hablando» a los hombres de otras generaciones y su gloria será eterna.

Este libro se acabó de imprimir, en la
Escuela Gráfica Salesiana de Madrid-Atocha,
el día 19 de marzo de 1979,
festividad de San José.

EVANGELIZATION IN INDIA

STUDY SESSION FOR THE SALESIAN FAMILY
ON EVANGELIZATION IN TRIBAL AREAS OF INDIA



SHILLONG - PASTORAL CENTRE

October 25-30 1987

ROMA - SALESIANI - DICASTERO PER LE MISSIONI

EVANGELIZATION IN INDIA

STUDY SESSION FOR THE SALESIAN FAMILY
ON EVANGELIZATION IN TRIBAL AREAS OF INDIA



SHILLONG - PASTORAL CENTRE

October 25-30 1987

ROMA - SALESIANI - DICASTERO PER LE MISSIONI

Salesian Missions



INDIA



1987

EVANGELIZATION IN INDIA

C O N T E N T S

1. PRESENTATION	Fr. Luc Van Looy, SDB.		1
2. List of the PARTICIPANTS			3
3. Map of INDIA			9
4. CULTURE AND EVANGELIZATION			11
Bishop Thomas Menampampil			
5. I. WORKSHOP and GENERAL DISCUSSIONS			21
Culture and Evangelization			
6. An Introduction to EVANGELII NUNTIANDI			27
Fr. Paul Vadakumpadan, SDB.			
7. II. WORKSHOP and GENERAL DISCUSSIONS			51
"Evangelii Nuntiandi"			
8. EVANGELIZATION of the HARIJANS			57
9. III. GENERAL DISCUSSIONS			59
Evangelization of the Harijans			
10. METHODS OF EVANGELIZATION			61
Fr. Jose Thiruthanathy, SDB.			
11. IV. WORKSHOP and GENERAL DISCUSSIONS			79
Methods of Evangelization			
12. SALESIAN MISSIONARY SPIRITUALITY (I)			83
Fr. Mathew Vadakel, SDB.			
13. V. GENERAL DISCUSSIONS			91
Salesian Missionary Spirituality			
14. SALESIAN MISSIONARY SPIRITUALITY (II)			93
Fr. Luc Van Looy, SDB.			
15. EVANGELIZATION AND DEVELOPMENT			107
Fr. Byron D'Silva, SDB.			
16. RECOMMENDATIONS and ORIENTATIONS			119

P R E S E N T A T I O N

In various parts of India the Salesian Family works for the evangelization of Tribals who have their own culture and religious expression. In North-East India, in particular, the Salesian presence is very significant and the work of direct evangelization is very successful.

The "National Consultation on Salesian Missions" held in the Pastoral Centre at Shillong has manifested the dynamism in these areas of India and has expressed the necessity to pass this pastoral enthusiasm on to every other area or type of work in India. The aspect of evangelization is seen as the first priority in each and every Salesian House or Institution, whether taking care of Christians, "non-Christians", "non-believers" or members of other organized religions, of caste-people, Adivasis, tribals or Harijans, etc. It was made clear that credibility as a Christian and as a religious is a requirement for the missionary and the community.

The meeting was marked by the presence of the six Salesian Bishops of the North-East of India, as well as by the presence of the Salesian Sisters, the Missionary Sisters of Mary Help of Christians, and the Sister of Mary Immaculate.

The sudden and unexpected death of Fr. Joseph Armiñana during the seminar made all of us reflect upon the urgency of the work, and his funeral was a witness of the great importance and esteem given by the people to the evangelizer!

India has a message for the whole Salesian Family in the line of evangelization. I hope therefore that this volume may not only serve the reflection of the members of the Salesian Family in India, but also be a source of learning for many other missionaries.

Fr. Luc Van Looy, SDB.

Councillor for the Missions

NAMES AND ADDRESSES OF THE PARTICIPANTS

PRESIDENT:

1. Fr. Luc Van Looy

Direzione Generale Opere D.B.
Via Della Pisana 1111, C.P.9092
00163 Roma - Aurelio - ITALY

CO-ORDINATOR:

2. Fr. John Kalapura

Provincial Office
Don Bosco
Guwahati 781 001

LIAISON:

3. Fr. Joseph Thelekkatt

Provincial Office
Don Bosco
Guwahati 781 001

SECRETARIES:

4. Fr. Lukose Cheruvalel

Provincial Office
Don Bosco
Guwahati 781 001

5. Fr. George Plathottam

Sacred Heart Th. College
Shillong 973 008

6. Fr. Francis Thottathimyalil

Sacred Heart Th. College
Shillong 973 008

7. Fr. Jose Anikuzhikattil

Sacred Heart Th. College
Shillong 973 008

BISHOPS:

8. Most Rev. Hubert
D'Rosario, D.D.

Archbishop's House
Shillong 793 003

9. Rt. Rev. Orestes
Marengo, D.D.

St. Dominic Savio's
Garobadha 794 105

10. Rt. Rev. Abraham
Alangimattathil, D.D.

Bishop's House
Dimapur 797 112

11. Rt. Rev. Robert
Kerketta, D.D.

Bishop's House
Tezpur 784 001

12. Rt. Rev. Thomas
Menampampil, D.D.

Bishop's House
Dibrugarh 786 001

13. Rt. Rev. Mathai
Kochupampil

Bishop's House
Diphu 782 460

SPECIAL INVITEES:

14. Fr. Paviotti Orestes	Sacred Heart Th. College Shillong 973 008
15. Fr. Sebastian Karotemprel	Sacred Heart Th. College Shillong 973 008
16. Fr. Sylvanus Lyngdoh	Sacred Heart Th. College Shillong 973 008
17. Fr. Tarcisius Resto	Archbishop's House Shillong 793 003
18. Fr. Joseph Puthenpurackal	Bishop's House Dimapur 797 112
19. Fr. Joseph Cilia	Don Bosco Youth Centre Shillong 793 003

PARTICIPANTS:**SALESIANS****Province of Bangalore**

20. Fr. Sebastian Muthalakuzhiyil	Don Bosco Mission Ravulapalem 533 238
21. Fr. Chacko Thattil	St. Theresa's Church Sanathnagar Hyderabad 500 018
22. Fr. Jacob Malayatty	Don Bosco Junior College Chandur 508 255
23. Fr. Abraham Panampara	Don Bosco P.T. Parru Ponnur, Guntur 522 316
24. Fr. Mathew Vadakel	Bosco Yuvakendra D-23 1st Cross, Magadi Road, Bangalore 560 023

Province of Bombay

25. Fr. Michael Fernandes	Catholic Church Dakor - Gujarat 388 225
26. Fr. Byron Anthony D'Silva	Catholic Church Chhota Udepur Khos Baroda 391 165
27. Fr. Avil Rodrigues	Bosco Udyogshla Pinguli P.O. Kudal, Simdhurg 416 528

28. Fr. Stanny Fereira	Kawant Education Society Don Bosco Farm (Near New Bridge) Kawant - Baroda 391 165
29. Fr. William Falcao	St. John's Church Bhingar-Ahmednagar 414 002
Province of Calcutta	
30. Fr. George Xalxo	Catholic Ashram Jokbahla, Raigarh 196 225
31. Bro. Susanto Biswas	Catholic Church Berhampore Murshidabad 742 101
32. Fr. V.D. Mathew	Catholic Church, Kalyani Sanguna, Madanpur Nadia 741 245
33. Fr. John Vaikath	Catholic Church Monigram P.O. Murshidabad 742 122
Province of Dimapur	
34. Fr. Mathew Pulingathil (Provincial)	Salesian Provincial Office Don Bosco, Post Bag 40 Dimapur 797 112
35. Fr. Joseph Puthenpurackal	Bishop's House Dimapur 797 112
36. Fr. John Med	Don Bosco Senapati 795 106
37. Fr. Mathew Tharakan	Don Bosco Tamenglong 795 141
38. Fr. Sebastian Manianchira	Don Bosco Wokha 797 111
39. Fr. Joseph Edakudan	Catholic Church Tseminyu 797 109
40. Fr. D.S. Anand	Catholic Church Margherita 786 181
41. Fr. Joseph Chemparathy	Catholic Church Harmutty, Merbil P.O. N. Lakhimpur 784 160

Province of Madras

- | | |
|---------------------------------|---|
| 42. Fr. Mathew Orathel | Don Bosco Shrine
Ayanavaram 600 023 |
| 43. Fr. Expedit Joseph | Our Lady of Lourdes Shrine
Perambur 600 011 |
| 44. Fr. Cinnappan Gnanapragasam | Infant Jesus Parish
Thenimalai
Thiruvannamalai 606 603 |
| 45. Fr. A. Lourdunathan | Don Bosco Boys' Home
Thattanchavadi
Pondicherry 605 009 |
| 46. Fr. Peter Mathew | Mary Help of Christians Church
Manakkal Lalgudi 631 601 |
| 47. Fr. Joseph Vettom | Don Bosco
Navalur Kuttappattu 620 009
Tiruchirappally |

Province of Guwahati

- | | |
|------------------------------|--|
| 48. Fr. Joseph Zubizaretta | Catholic Mission
Bengtol 783 381 |
| 49. Fr. Edward D'Souza | Catholic Church
Borshijhora, Dotma |
| 50. Fr. Paul Panachikal | St. Dominic Savio Church
Garobadha 794 105 |
| 51. Fr. Elias Kerketta | Don Bosco
Guwahati 781 001 |
| 52. Fr. Bosco Minj | Catholic Church
Sonaiguki, Sawkuchi
Guwahati 781 018 |
| 53. Fr. Michael Balawan | Catholic Church
Naya Bunglow
Umsning 793 105 |
| 54. Fr. George Vanni | Catholic Church
Pyndengrei, Nongstoin 793 119 |
| 55. Fr. John Baptist Busolin | Catholic Church
Rongjeng, 794 110 |
| 56. Fr. Justin Lyngdoh | Catholic Church
Nongthymmai, Shillong 793 014 |

57. Fr. Albano D'Mello	Catholic Church Dongkamokam, 782 485 Karbi Anglong
58. Fr. Nicholas Tuligi	Catholic Church Sonapahar, Nongstoin 793 119
59. Fr. Anthony Bucceri	Sacred Heart Church L. Chandmari, Tura 794 002
60. Fr. Paul Vadakkumpadan	Sacred Heart Th. College Shillong 793 008
61 Fr. Jose Thiruthanathy	Catholic Church Doomni 781 373
SALESIAN SISTERS	
Province of Bombay	
62. Sr. Judy Aranha	Auxilium Convent Caranzalem Goa 403 002
63. Sr. Caroline Fernandes	Maria Kripa Girls' Centre Madanthyar Dakshina Kannada 574 224
Province of Calcutta	
64. Sr. Mary Sarkar	Auxilium Convent 8-A Mahendra Roy Lane Calcutta 700 046
65. Sr. Teresa Adampakallel	Auxilium Convent New Champta Siliguri 734 401
Province of Madras	
66. Sr. Margaret Yedanapalli	Auxilium Centre Lic Colony Stambalagaruvu Guntur 522 006
67. Sr. Rosa Challamkathil	Don Bosco Wellington 643 231
Province of Shillong	
68. Sr. Ivy D'Souza	Auxilium Convent Nongthymmai, Shillong 793 014
69. Sr. Mariana Kujur	Auxilium Convent Tangla 784 521
70. Sr. Philomena Prabhalanathan	Auxilium Convent Nongthymmai, Shillong Meghalaya 793 014

MISSIONARY SISTERS OF MARY HELP OF CHRISTIANS (MSMHC)

- | | |
|----------------------------|--|
| 71. Sr. Elizabeth Pakumala | St. Margaret's Convent
Peachlands
Laitumkhrah 793 003 |
| 72. Sr. Philip Plathottam | St. Margaret's Convent
Peachlands
Laitumkhrah 793 003 |
| 73. Sr. Sabina Marak | St. Mary's Convent
C/o Catholic Pub. Centre
Kohima 797 001 |

SISTERS OF MARY IMMACULATE (SMI)

- | | |
|-------------------|---|
| 74. Sr. Elizabeth | Sisters of Mary Immaculate
Chapua, Bangalijli P.O.
Nadia Dt. 741 123 |
| 75. Sr. Dorothy | Bishop Morrow Centre
Krishnagar
Nadia Dt. 711 101 |
| 76. Sr. Capila | Sisters of Mary Immaculate
Philobari P.O.
Doom Dooma Via
Dibrugarh 780 151 |



CULTURES AND EVANGELIZATION

Bishop Thomas Menamparampil
Shillong: 26/10/87

1. DEFINITION

The bearer of the Good News in the course of carrying out his mission, comes across one of the most significant of all realities: CULTURE. The word "Culture" can have various connotations. It includes customs characterizing a social group; social heredity of a particular community; meanings, values, norms, their actions and relationships; beliefs, laws, traditions and institutions of a society; religion, ritual, language, song, dance feast, living habits, arts, crafts, equipment, etc. of a social group.

My definition of the word "Culture" draws something from all the above definitions. I would like to use the word "Culture" in the present text primarily to refer to the character traits, as it were, of a community, or, values and traditions through which the soul or the inner genius of a people expresses itself.

2. THE MISSIONARY TASK

If the task of the missionary is to bring individuals and communities into intimate relationship with Christ, he should be sufficiently acquainted with the inner selves of those persons and groups. When Christ touches the inner selves of a community, its soul awakens, as it were, and an internal transformation takes place by which its original genius is stimulated and made to flower. Christ does no violence to nature, to the deeper identity of any social group. He is not an external agent imposing strange norms from without. He is an inner force stirring into life the dormant potentialities of a given society.

If this is true, the missionary too must follow the same style of operation: stimulate the inner genius of a community from within. He must offer opportunities for the growth of the hidden potentialities of a people.

While the missionary will take keen interest in the traditions and customs of the group to whom he is dedicated, he will even with greater eagerness search for its deeper identity, its main character traits, its strong points and weak points, its unrevealed potentialities. As persons have their likes and

dislikes, so too, communities have their basic orientations and "what goes against their grain", as it were. Good for a missionary if he is a perceptive person and is able to notice such differences! If thoughtlessly he goes against the grain of the people, he is heading for sure trouble and is going to waste his time and energy in fruitless labour, or, as it often happens, he is undermining the effectiveness of his even heroic deeds and superhuman performances with his injudicious actions.

3. SOUL OF A COMMUNITY

How can we get close to the soul of a community? How can we identify its inner self? The soul of a people is revealed primarily in the values they cherish. It is true that basic human values are the same in all human societies. At the same time, it is equally true that, as persons have their preferences and their prejudices, even so, communities too have their collective priorities, orientations, interests, fears, ambitions and aversions.

Working as I do in the North-East India, it is the tribal culture and its main characteristics that I would like to present you today in the context of evangelization.

4. CULTURAL DIFFERENCE

When we deal with tribal cultures, we are inclined to think that they are perfectly identical wherever they are to be found. There could not be a bigger mistake. One tribal culture differs from another, as one civilization differs from another. Cultures are greatly influenced by different geographical settings within which communities find themselves, their historical experiences, their relationships with surrounding communities and many other social forces.

Thus the culture of a patriarchal society will differ from that of a matriarchal one. Even the personal character of individuals will greatly be conditioned by such differing social structures.

Certain tribes in our region are highly democratic; certain others, on the contrary, assign a significant role to their chiefs. As we move northward in Nagaland, we come across tribes in which the chiefs enjoy greater and greater privileges (e.g. among the Konyaks). By the time we enter Tirap (A.P.), the chiefs have already become kings (among the Wanchos and Noctes). The Khasis had their Syiems, the Garos their Nokmas and the Mizos their chiefs, with varying privileges.

A section of certain tribal groups like the Semas, the Kukis and the Garos show a tendency toward a nomadic form of life. Such communities, therefore, cannot give the same importance to village life and social institutions that depend on village

stability, as other communities do.

Those tribes that have lived in relative isolation, (eg. Upper Wanchos, Upper Noctes, Mishmis, etc.) have preserved more of their original identity (with all its weaknesses and strengths) compared with those others which were constantly exposed to outside influences. If the outside world to which a tribe has been exposed is Hindu, it may very well be, it is already in the process of being Hinduized (Sanskritized). Many tribes of the plains of Assam, Tripura and Manipur have been going through this process of Sanskritization till very recent years. The Bodos, Rabhas, Lalungs, Mishings, Koches, Hajongs, Deb Barmas, Jamatias, Riangs -- have all reached various stages of Sanskritization. Of late, this process is slowing down generally; in many places it has come to a complete halt; and at times, the process is even being reversed. It is a new trend to take note of.

From what we have said above, we understand how greatly one tribal culture can differ from another. However, even admitting this fact, we cannot deny that tribal cultures have a great deal in common. We shall study some of these common characteristics at some length.

5. COMMUNITY-CENTREDNESS

In tribal society everything is done in community. Plans are made in general village gatherings, everything is discussed, decisions are arrived at with the consent of all. Whether the matter under discussion is clearing the forests, sowing, or harvesting, hunting or feasting, imposing of fines or declaring of taboos, everyone has the right to express his mind.

Some of these village gatherings are village parliaments. Through open sharing, the community is able to think together, search together, and arrive at solutions together. Consequently, community decisions have certain strength and validity that a dissenting person, even an outsider cannot make light of. If a missionary, therefore, feels that a certain decision has not been correct or has been one-sided, he will do well to appeal to another gathering of the community rather than disregard it altogether. In like manner, if he wishes to get the enthusiastic support of all for a particular programme, he should try to put it to the people and get it accepted in a common gathering. Once accepted in community, a programme cannot fail. On the contrary, a sudden announcement of a decision will meet with cold response and even resistance.

Their basic community-orientation makes tribal people show their evident preference for communitarian forms of religious expressions. A Jingiaseng or a Sahba will win greater interest than an hour of personal meditation. Conventions, congresses and jubilees will be popular. Festivity and solemnity will be great attractions. It will be easy enough to organize camps,

conferences, associations and prayer-groups. But additional effort will be required to inculcate the habit of personal and family prayer, to impress upon one the necessity of seeking personal spiritual guidance and the importance of forming personal convictions. It is the task of the missionary to take advantage of the communitarian slant of the tribal society and to strengthen the tribe in areas where it is weak.

6. SOCIAL DIMENSION OF PRIVATE PROPERTY

Tribal society recognizes the right to private property. But this right is not absolute. For example, the community has certain rights over a piece of land owned by an individual or family. Such rights vary from tribe to tribe: may be the right of passage, the right to draw water, to cut bamboos, to pluck an odd fruit, or even the right to use it partially if it remains unutilized. We read in the Gospel that the apostles plucked ears of corn, and rubbing the grains in their hands ate them. Israel was not totally detribalized.

An owner's absolute claims over a piece of property indicated by inscriptions like "Trespassers will be prosecuted", "Dogs loose", or "Entry forbidden" do not make much meaning in tribal society. Assertion of such rights would look like an anti-community attitude. This explains why a new mission set-up may meet with some resistance when fences suddenly come up, or footpaths are closed. It is true that tribal society itself is changing, and a new situation calls for new ways of relating. However, certain basic attitudes remain, and probably, the tribal understanding of private property is closer to what nature intended (and what the Lord wants!).

The most beautiful tribal virtue is an eagerness to share. Whatever can be spared, is to be shared. In traditional tribal society, the season of abundance is the season after the harvest. There is no shortage of generosity during this period. The feasts and celebrations of this season are indicative of the eagerness of the individual to share with the community whatever he has in surplus, or, whatever he thinks he has in surplus. In this respect he can even go to the point of improvidence.

A tribal person's eagerness to share makes him very hospitable, and at the same time, makes it difficult for him to be successful.

An important law of sharing is: the man in real need has a privileged right which must be respected. In Israelite (tribal) society the widow, the orphan and the stranger could look forward to what was left over of the harvest. So in tribal society, the person in dire need has a special claim for assistance. A loan would be given in such circumstances, not necessarily with the expectation that the money would come back, but because the seeker was in real need of help. There was a certain amount of detachment in the giver except, perhaps, for the hope that he

himself could seek help if one day he was in pressing need.

As we said earlier, a person's ownership over land was never complete, nor was his ability to part with land ever unconditional. So many others of his kith and kin had varying measures of claim over his land. So it happens that land alienation is never total. The buyer can have on-going obligations to the seller and to his relations, and there seems to be no end to harassing claims. Such norms developed in tribal society for the protection of the weak and the impoverished. The rich and the powerful could never accumulate excessive amounts of land in their hands as it happens in non-tribal society nor did the weak stand in danger of losing everything they owned.

Israel had the device of the Jubilee year to return the land to the original owner. The ancestral property was so sacred, how could it be sold off permanently to an adventitious intruder, or to anyone else for that matter? We have the story of Ahab and Naboth in which the tribal and non-tribal attitudes to landed property become clear: Naboth's unwillingness to sell; Ahab's helplessness, even being a king, to take possession of the vineyard; Jezebel's (a non-tribal woman from Tyre) unscrupulous and heartless way of solving the problem (cf. 1-Kings 21: 1-28). Would that we tread with the sense of the sacred on tribal land!

7. A SENSE OF EQUALITY

We have already seen earlier that tribal societies greatly differ among themselves, some following absolute democracy and others verging on the monarchic. But there is no doubt that democratic values dominate tribal life as a whole.

In community discussions, everyone has the right to express his opinion and everyone's opinion is important. There is general recognition of the dignity of a person, whether he is rich or poor, specially gifted or mentally retarded or physically handicapped. Women are considered equal, and are respected. Children are dealt with like little adults to be persuaded and guided rather than scolded and disciplined.

No one is treated as a non-entity, as it often happens in sophisticated societies, or marginalized or ignored. A tribe is truly a larger family. In a well-organized tribe, a person receives all the attention and care he receives in a family. In such an atmosphere, one acquires a sense of self-respect, and even the illiterate farmer bears himself with dignity. He is not afraid to approach anyone, and speak up without embarrassment. In the same way tribal leaders remain easily available to everyone. They move among the ordinary people with great ease and familiarity.

The earlier tribal society did not allow accumulation of wealth in the hands of a few. If anyone grew rich, he sought to win special recognition by celebrating certain traditional feasts

at a great cost (e.g. feeding the whole village), which won him additional respect, but which made him as poor as the others. This generally prevented the development of dominant and depressed classes in tribal society, and consequently, of superiority and inferiority complexes. In modern times, this situation has been rapidly changing.

8. HONESTY

Honesty is an absolute value in tribal society. In traditional tribal society the houses remained unlocked and doors unbarred with no fear of stealth. The granaries that often used to be located outside the village for fear of fire, would be untouched. The property of another was sacred. If a person cut bamboo and kept it on the roadside to be taken away later, it would remain where it was until the one who cut it came to carry it away.

This sense of honesty of tribal people cost them dearly when they came into contact with outside society. They could never see why anyone needed to cheat anyone else. Coming down from the hills to the markets in the plains, they would readily pay the price that was quoted to them, and suddenly discover that they had been cheated, or, their money or their bag was stolen. Such a situation would lead to quarrels, and win them a bad name for being wild and quarrelsome.

Accusations of being dishonest was the worst possible insult to offer a tribal person. Dishonesty more than anything else exposed a person as anti-social and made him unfit for heaven. Probably this vice was the greatest threat to the security of a tribal community, and hence, the near intolerant attitude of a tribal community toward the dishonest person and anyone who attempted to protect him.

Dishonesty did not mean only telling lies or stealing. It also meant not keeping promises. When a missionary in his over enthusiasm makes a generous promise of opening a school, which he knows he cannot fulfill, he is taking serious risk of losing his image as an honest person. Even vague and veiled promises can lead to serious misunderstanding. The Gospel style of "yes, yes" and "no, no" is the right style in tribal society.

9. DIGNITY OF LABOUR

The main concern of a tribal community is 'work', usually work in the fields. Unlike caste ridden societies, there is no class set aside for work. Every person is a worker, and no work is below one's dignity. No one is afraid to soil his hands. Working together is a pleasure.

The entire tribal life is built around the rhythm of seasonal work. There is no idle man in the village during sowing

or reaping season. Among certain tribes, even university students and political leaders will readily go out to help in the fields if they happened to be in the village in the working season.

Unfortunately, the situation is beginning to change. Class is entering a classless society. A search for white collar jobs and an aversion to manual labour begin to plague tribal communities too. A part of our missionary task is to work hard for the preservation of genuine values in tribal tradition.

10. LOVE OF PARENTS FOR CHILDREN

Tribal parents deal with their children as young adults. They reason with them and coax them and never force them against their will. They give reason to convince and not impose sanctions to compel. This may look a weak approach to a non-tribal person. But it may be more pedagogical and more christian than other methods. Love's persuasive power should not be underestimated. Even in a manner that is most enviable and get most things done as they wish.

With the disappearance of sanction-imposing institutions like the bachelors' dormitory, tribal youths in some places are facing a crisis. Who is to discipline young people in today's society? The society itself? Can the missionary do it? Can he discipline young men and still remain a father? Will our hostels (boarding houses) take the place of the bachelors' dormitory, educating young people in their social responsibilities?

11. RESPECT FOR ELDERS

The supreme norm in tribal society is the wisdom of the elders. Older people are respected and their opinions are held in high regard. When all personal persuasion fails, one can appeal to the wisdom of the elders, and call upon the older members of the community to help. And it may work like magic.

12. DETRIBALIZATION PROCESS

For all the good qualities that characterize tribal communities in their golden era, a rapid process of detribalization is fast eroding them in modern times and threatening the very survival of the tribal soul. What will remain of the cultural heritage of thousands of years is for the future to tell. When government administration and political life entered into tribal areas (with district and subdivisional officers, police force, MLA's and MP's), traditional leadership received a great blow. When the modern educational system was introduced into the tribal homeland, ancient modes of training young people for tribal life went out of fashion. Trade and commerce, money-economy, industrialization, developmental activities, medical

services... all these are helping the break-up of the social fabric that held the tribal community together.

Many tribal persons have accumulated wealth and thus a dominant class has been arising in a classless society. Social distances between the rich and the poor have been growing. Mental attitudes seem to be moving away from generosity to selfishness, from social commitment to individualism. There is less of honesty than there used to be, greater love for ease and easy money, a fear of manual labour. Tribal youth seem to be facing a crisis for want of adequate guidance and sanctions.

13. ROLE OF THE MISSIONARY

In a changing society, changes must surely come into tribal life. But in that process, must all that is precious be thrown over-board with what is old and out-fashioned? Who will come to the rescue of the tribal soul? Who can salvage at least all that is left of once glorious traditions? If the preservation of song, story, dance and festivities is important, the survival of genuine tribal values is even more important. If the missionary's task is to bring the tribal soul in relationship to Christ so that the entire tribal life may be Christian, he must work hard so that genuine tribal values that are permanently valid may only be further strengthened in the process of evangelization.

When the missionary's work has not been successful in winning a number of individual converts, but with Christ's inner stimulus has transformed the tribe from within and its soul has been reborn in Him, he has done the greatest service to the tribe and to the Church. He has placed the tribe on the path to a great destiny. He has firmly planted the Church into the heart of the tribe. An absolute confidence in the ultimate destiny of one's own people is the greatest strength to those whom we evangelize.

In treating of the subject "Cultures and Evangelization", I have not sufficiently touched upon the weakness of tribal cultures and how to bring the healing touch of Christ to them.

I have not adequately studied the social structures and traditions that are not in keeping with the norms of the Gospel. I have not gone into the details of tribal creeds and explored ways of presenting the Christian teaching, making use of categories that they provide. I have not entered into the whole question of tribal art forms and means of communication for passing on the message. I have not referred to the feasts and celebrations that could be adopted, giving them a Christian significance. I have not drawn up a list of tribal religious practices that could be Christianized. These are all topics that deserve exhaustive full length treatment on their own right.

I have limited myself to the study of the Evangelizer's responsibility of doing his work in a manner keeping with the original genius of the tribal people and his duty to preserve, strengthen and Christianize genuine tribal values that have a permanent validity. For, when you have saved its soul, you have saved everything.

When a tribe is evangelized from within, every level and aspect of its culture is evangelized. When it sings a song, it bursts into a hymn of praise to the Lord. Its art and art forms will reflect the glory of the Lord. Its social structures and relationships (at family and community levels) will be worthy of the family of God. Its laws, traditions and practices will incarnate the values of the Gospel. Its attitudes, interests and priorities will be those of Christ Himself.

Such a manner of evangelization inaugurates the day when the prophecy of Prophet Jeremiah is fulfilled: "The new covenant that I will make with the people of Israel will be this: I will put my law within them and write it on their hearts. I will be their God, and they will be my people. None of them will have to teach his fellow countryman to know the Lord, because all will know me, from the least to the greatest. I will forgive their sins and I will no longer remember their wrongs, I, the Lord, have spoken (Jer 31: 33-34).

+
+++
+

*

I. WORKSHOP AND GENERAL DISCUSSIONS

CULTURE AND EVANGELIZATION 26/10/87

Question 1. What do you think is the missionary's duty of helping to preserving the culture of the people among whom he works? Refer to various areas of possible services in this regard.

WORKSHOP REPORT

The missionary must know and appreciate the cultural values, customs and mores of the people among whom he works, in order to christianize them.

Areas where the missionary can help to preserve the culture of the people are music, dance, dress, marriage customs, village administrative systems and the tribal sense of hospitality.

In educating the tribals, care should be taken to preserve the positive values and avoid inculcating negative values like unhealthy competition and oppressive systems. Above all the education process should make them aware of the beauty of their culture and appreciate it.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Some important ideas that emerged during the discussion that followed the reading of the report were:

1. Motivated by genuine Christian love we must study cultures in depth and capture the perennial values contained in them. A deep knowledge of the history of the people and their language is a must for the missionary.
2. Christianity is the only religion that is distinct from culture. It can be incarnated in any culture. Evangelization of culture and inculturation are complementary. The Gospel challenges the negative values in it and finds a home in the positive values.
3. In order to arrive at the inner spirit of the people, the missionary must have the power of keen observation, reflection and interpretation of the reactions of the people to various situations and movements in which they are caught up.

4. As Salesians, we are committed to the cultures of the people. We must "evangelize - giving Christ - to preserve the culture".

Question 2. Do you think a missionary can make a negative contribution to the work of evangelization by not giving his activities (education, social, religious) an orientation in keeping with the genius of the people? Point out possible dangers and suggest remedies.

WORKSHOP REPORT

A deep study of the values, traditions and languages of the people will help in avoiding pitfalls in the work of evangelization.

The missionary who tries to evangelize without taking into account the genuine values and traditions found in a social group, run the risk of making a negative contribution to the spread of the Gospel, arousing a sense of suspicion and alienation among the group.

One way of going against the genius of a people, especially the tribals, is to deny adequate role to the laity in the Church.

GENERAL DISCUSSION REPORT

It was pointed out that pitfalls and negative contributions are created by missionaries in their work of evangelization when they do things without taking the people into confidence, when the views of the Church authorities or the clergy are imposed on them. The tribals and peoples who appreciate their languages also want English education as this offers opportunities for jobs. If the missionary promotes English education to the detriment of education in local languages, it becomes a negative contribution to the work of evangelization. The danger consists in the non-critical approach to English education.

When our education alienates the youth from their cultural values and inculcates unfair competition, our contribution is negative.

Introduction of music which is foreign to a particular culture can become a negative contribution. However, in certain tribes western music has been accepted.

Question 3. Nearly all local cultures are undergoing transformations (detribalization, modernization, urbanization, westernization). In this process what can we do to preserve genuine values of the old, while accepting what is valid in the new? Discuss possible dangers in this regard and suggest remedies.

WORKSHOP REPORT

Our educational institutions, while being agents of transformation of cultures, have failed to a certain extent to preserve genuine values enshrined in them.

The old value of "community-centredness" found among the tribals must be preserved while trying to incorporate into their cultures the modern idea of the value of the individual.

We must follow a more democratic style of functioning in our institutions, foster community forms of piety, and at the same time slowly and gradually introduce personal and family prayer. Other genuine values that we must preserve are the social aspect of private property, sense of equality, honesty, dignity of labour, love of parents for children and generosity.

GENERAL DISCUSSION REPORT

It was observed that not all cultural transformations are to be considered negative, since every culture is looking forward to progress.

In general, the culture of India, it was pointed out is dominated by casteism and the transformation of the culture that is most urgent is liberation of the emarginated and the exploited. The Church and congregation have yet to take a bold step in this direction.

Our institutions must play a key role in preserving the culture values.

Don Bosco's method of working is attuned to tribal mentality. It works more effectively with the poor and the down-trodden

Question 4. How can we make the values of the Gospel penetrate every level of human culture?

WORKSHOP REPORT

Though the tribal society is basically communitarian, the Gospel values must reach the personal level. For this, personal

reading of the Bible, spontaneous prayer and 'sacred silence' are to be encouraged at the personal level.

Genuine Christian love, the love of Christ crucified must be stressed so that the old, the sick, and the incapacitated members of the family are cared for.

A continual insistence on the Gospel values at social and public forums, witness of life and animation and collaboration are ways of instilling Gospel values at the social and political level.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Values, like sharing and concern for the needy were tasks of the community as a whole, in the past. Today this has come to be the work of priests and religious. Human solidarity is a value to be fostered.

Youth to whom our mission is directed are agents of change. We must speak the language of the young and impart to them the Gospel values by which they become better agents of change.

As Salesians, our mission is primarily to the young. Hence we must impart the Gospel values through our various works and organizations for the youth in colleges, hostels and schools.

Since the youth situation has changed from the time of Don Bosco and has taken a political dimension in most cases, we cannot identify ourselves with youth movements that have political overtones. It is in the parishes that we can give expression to our youth apostolate.

The Gospel values can be brought to the young by means of mass media as well.

Question 5. What are we doing in the field of formation to enable our younger members to get ready for the communities for whom they will have to work?

WORKSHOP REPORT

From the very early stages of formation the younger members are given opportunities for field experience in our mission centres. Realizing the importance of the local languages for the work of evangelization, the younger members are encouraged to learn local languages. The group also put forward certain suggestions for the formation of the young for the apostolate among cultural groups like the study of anthropology, seminars and specific training to support the legitimate aspirations of the various cultural groups.

GENERAL DISCUSSION REPORT

One of the drawbacks with regard to formation is our lack of proper orientation. Our basic formation should be oriented towards our apostolate. Catechetical formation using the anthropological and incarnational method need to be stressed and understood at all levels of formation.

Persons in formation could be encouraged to develop a special love for a particular cultural group -- their language and customs -- at an early stage of their formation.

Our formation, in order to be more helpful, should be less theoretical and more experiential.

In our formation, the unifying element must be the realization that the Church is missionary by her very nature (AG).

Question 6. Assess our contribution to Inculturation.

WORKSHOP REPORT

Our contribution to inculturation has been positive. Early missionaries identified themselves with their tribal converts, learning their languages, studying their customs, and living very close to them.

Signs of inculturation is evident in the field of music and dance which have been introduced into the liturgy. In certain areas cultural festivals have been accepted and adopted by the Church.

The Church has contributed much to various languages by bringing our books and in some cases, even by giving scripts to certain languages. The rites of administration of sacraments have been inculturated also in certain areas to a certain extent. Efforts have been made in various fields. But there has been no concerted effort by the local Churches with regard to inculturation, which is deeper than adapting mere externals.

NO GENERAL DISCUSSION REPORT

+
+++
+

*

An Introduction to
" E V A N G E L I I N U N T I A N D I "

Fr. Paul Vadakumpadan
Shillong: 27/10/87

OUTLINE

INTRODUCTION

I. EVANGELII NUNTIANDI, A FRUIT OF THE 1974 SYNOD OF BISHOPS

- A. EN and Synod 1974
- B. Pre-eminent themes of the Apostolic Exhortation

II. THE GLOBAL UNDERSTANDING OF EVANGELIZATION

- A. The En Concept of Evangelization
- B. The various elements in the global concept Evangelization
- C. Types of Evangelization
 - 1. First Evangelization
 - 2. Pastoral Evangelization
 - 3. Renewed Evangelization

III. MISSIONARY EVANGELIZATION

- A. To what extent is EN a Missionary Document?
- B. Post-EN Mission Day Messages

IV. EVANGELIZATION AS THE MISSION OF THE CHURCH

V. THE RELEVANCE OF THE APOSTOLIC EXHORTATION

VI. EVANGELIZATION AND MISSIONARY ACTIVITY

CONCLUSION

NOTES

BIBLIOGRAPHY

EN : EVANGELII NUNTIANDI

INTRODUCTION

The term "evangelization" is a key word in today's theological and pastoral language. It has become very common in popular and academic usage. Pastors and professors use it frequently. It appears again and again in Christian literature, in elementary manuals of catechism as well as in books of advanced research. The rapidity with which the term has gained popularity is amazing. In fact, some theological dictionaries, published not many years ago, did not even contain the entry "evangelization".

Along with this wide popularity of the term, there has also developed a significant enlargement of the old word "apostolate". The mission of the Church is presented simply as evangelization. Thus what was a couple of decades ago, a term with a very restricted meaning has now come to denote a rather complex reality. This transformation began to appear in the third general assembly of the Synod of Bishops, held in Rome in 1974.

Synod 1974 stands out as specially significant in the brief history of such synods. It was convoked by Pope Paul VI to study the theme "Evangelization of the modern world". Participation by Bishops of Latin America, Africa and Asia was especially evident in the synodal deliberations. The broad theme provided the delegates with an opportunity for a profound analysis of the mission of the Church and of how she carries it out in the modern world. The representatives of the universal Church while describing the state of evangelization in their respective regions, used the same word without however, signifying the same reality. Synod members from non-Christian countries spoke of the need for missionary proclamation. Others from traditionally Christian lands pointed out that due to large-scale dechristianisation, a renewed evangelization was called for. While some participants stressed the need for involvement in creating a more just society, others pointed out the necessity of inculturating the Gospel so that it may find itself at home in various cultures. However, the participants could not agree on a final synthesis. Instead they handed over to the Pope all the documentation concerning their deliberations. Paul VI, basing himself on this rich source and adding his own reflections, gave to the Church his apostolic exhortation, Evangelii Nuntiandi.

The papal document has been considered a most significant one and is, probably, the most important one after the second Vatican Council. Pastoral and theological at once, it is a remarkable presentation of the way the Church understands and carries out her mission today. If the question were put, "What is the Church for?" Evangelii Nuntiandi would be the right place to look for a satisfactory answer. Paul VI, the Pope of the Council, the faithful successor to John XXIII who initiated the transition of the Church to the changed situation of the day, gives us many answers in the one expression, evangelization.

The need for this study arises precisely from the present day tendency to use the word "evangelization" indiscriminately. There are also widely divergent interpretations of the concept of "evangelization". We have in this case the distinct possibility of using identical language with varying signification. This terminological difficulty gives rise to a variety of interpretations, even some contradictory ones. Only a serious study of the whole question can provide us a way out of this confusing situation. And I see Evangelii Nuntiandi as a beacon in this process.

I. EVANGELII NUNTIANDI, A FRUIT OF THE 1974 SYNOD OF BISHOPS

On 8 December 1975 Pope Paul VI issued his apostolic exhortation Evangelii Nuntiandi, dealing with the theme of evangelization in the modern world.[1] It was released on the occasion of three remarkable events, namely the end of the holy year, the tenth anniversary of the closing of the second Vatican Council and one year of the synod of Bishops on evangelization.[2]

A. EN and Synod 1974

The Pope himself underlines how closely this apostolic exhortation is related to the synod: "We do so all the more willingly because it has been asked of us by the synod Fathers themselves. In fact at the end of that memorable Assembly, the Fathers decided to remit to the Pastor of the universal Church, with great trust and simplicity, the fruits of all their labours, stating that they awaited from him a fresh forward impulse, capable of creating within the Church still more firmly rooted in the undying power and strength of Pentecost a new period of evangelization".[3] We can fittingly call EN a fruit of the synod. The Pontiff explicitly refers to the synod more than 15 times.[4] The concept of evangelization that the papal document presents is in turn greatly influenced by the interventions of bishops in the synod. He accepts the concept of evangelization in its global sense as found in the synodal documents. In the introduction the Pope states that the effort to proclaim the Gospel is a service rendered to the Christian community and also to the whole of humanity.[5] He wants to strengthen his brethren in their mission of evangelizing especially in this time of uncertainty and confusion. The theme itself has been very much emphasized throughout his Pontificate by Paul VI. Proclamation of the Gospel is an obligation of the Church and the present exhortation is meant to be truly an invitation to meditate on this all important responsibility.

It must be noted right at the beginning that EN is something more than a papal document.[6] In it we have the view of the Pope as well as of the synod. In this sense, it is nearer to Council documents than the ordinary magisterium of the Church. We could call it a collegial document. In fact through the mediation and responsibility of the Pope, EN reflects the thought of the bishops expressed in the synod. It would be somewhere

between an encyclical and a conciliar decree or constitution. This manifestation of collegiality bestows upon it a special significance. A look at the outline of the document shows the intimate link between the themes treated at the synod and EN.

B. The pre-eminent themes of EN

The following appear as the pre-eminent themes of EN: Christian witness, Gospel proclamation, celebration of the sacraments, Gospel and culture, and Gospel and liberation. We could divide the entire apostolic exhortation along these themes:

Christian witness: EN articles 13,18,19,26,28,41,42,69, 75-80,82.

- role of the Spirit
- fidelity
- renewal

Gospel proclamation: EN 6-12,22,27,43-46,48,51-57.

- Jesus proclaims the Kingdom
- Centrality of Christ in proclamation
- Methods of proclamation

Celebration of the sacraments by the believing community, the Church: EN 14-16,23,47,58-61.

Gospel and culture: EN 18-20,25,61-65,73,78.

- role of the Particular Church
- role of the Universal Church

Gospel and liberation: EN 29-39

- integral salvation

EN does a lot of synthesization and coordination.[7] In the synodal discussion, many considerations were juxtaposed or even opposed. Evangelization is presented by the Pope both as the work of Christ and of the Church. The Church is universal and particular. Both the Pope as well as Bishops have a special role in evangelization. Evangelization contains various elements and dimensions of varying importance and all of them are seen by EN as forming a comprehensive whole.

One point of difference between EN and the synod is the methodology employed.[8] The synod's first part was devoted to a communication of experiences and the second to theological reflections. Thus it was through reflection on concrete reality that the Fathers wanted to arrive at theological conclusions. Paul VI in EN begins with the New Testament data on the evangelizing mission of Jesus. The approach is deductive. The Pontiff reflects on the proclamation of the Kingdom by Jesus and the believing community born of that proclamation, which continues in the world today the same evangelizing mission. Thus from theological principles he comes down to the reality of today's world.

II. THE GLOBAL UNDERSTANDING OF EVANGELIZATION

In this section we shall examine how EN understands evangelization. We shall also point out the various types of evangelization that the apostolic exhortation presents.

A. The EN concept of Evangelization

The concept of evangelization has constantly been widening. In fact the process had been underway ever since the Council. In EN we can speak of a climax of its semantic and theological evolution.[9] Paul VI accepts the global concept of evangelization as proposed by the synod. He underlines its complexity and warns against any one-sidedness. Thus we read in the following two articles:

EN 17: Any partial and fragmentary definition which attempts to render the reality of evangelization in all its richness, complexity and dynamism does so only at the risk of impoverishing it even of distorting it. It is impossible to grasp the concept of evangelization unless one tries to keep in view all its essential elements.

EN 24: Evangelization as we have said, is a complex process, made up of varied elements: the renewal of humanity, witness, explicit proclamation, inner adherence, entry into the community, acceptance of signs, apostolic initiative. These elements may appear to be contradictory, indeed mutually exclusive. In fact, they are complementary and mutually enriching. Each one must always be seen in relationship with the others. The value of the last synod was to have constantly invited us to relate these elements rather than to place them in opposition one to the other, in order to reach a full understanding of the Church's evangelizing activity. It is this global vision which we now wish to outline...

There is only one mission of the Church in the world.[10] It is the mission that she receives from the Father through the Son. The Father sends the Son with the mission of redemption. Thus God enters salvation history in a new and definitive form. The divine second Person of the Trinity comes among men as the Father's Missionary. The Church continues in today's world this mission of Jesus. This demands of the Church absolute fidelity in transmitting his salvific message. The Holy Spirit too is sent by the Father. Strengthened by the Spirit and constantly guided by Him, the Church continues to fulfill day by day the mission entrusted to her by Jesus. She is in a state of mission.[11] It is this single mission that the Church must realize in the spiritual, social, cultural and other spheres.[12] This process is called evangelization.

The underlying concept is evidently one of integral salvation, a spiritual theocentric dimension as well as a secular social dimension.[13] It is integral salvation that modern man needs. Suffering from an alienation on various levels but especially psychological, modern man needs to liberate himself by interior change which is brought about by the love proclaimed by the Gospel message.[14] Thus in the understanding of EN any activity that "aims at producing, supporting and developing faith in Jesus Christ and the service of God"[15] would be evangelization. Only Christ can liberate from evil. The thought is echoed by the present Pontiff, "To evangelize is to proclaim the Gospel and the Gospel is summed up in Jesus Christ, in his words and deeds, the personal significance that he has for us as radical liberation from every form of evil." [16]

The globality of evangelization is seen also in the fact that it is addressed to all men. The Pope distinguishes between the evangelization of non-Christians from pastoral action for Christians, but does not separate them [17]. "...Both aspects are understood as the essential components of the same evangelizing activity of the Church...". The effect of the synod on the Pope here becomes very evident. Bishops coming from all over the world had presented the situation of their Churches with regard to evangelization. And the Pope could not but see in them all the crying need for an effective and urgent proclamation of the Gospel message, which alone can totally liberate man from every evil. The words of Jesus, "I must proclaim the Good News of the Kingdom of God" are quoted [18] again and again, to stress the urgent need of this proclamation which must be made available to all men.

Evangelization to be genuine must be faithful to the message it proclaims as well as to the person to whom the proclamation is addressed. EN shows full awareness of the context in which the Gospel is to be proclaimed, a context that was well pictured in the first part of the synod. Secularism, staggering rich poor differences and cultural and religious pluralism have affected the way EN understands the very concept evangelization. Thus inculturation as well as liberation are seen as pertaining to the reality of evangelization.

B. The various elements in the global concept of evangelization

While the Pope does not define evangelization as such, he points out that it consists of various elements.[19] These various elements must be taken into account in describing evangelization. Stressing one at the expense of the others gives a distorted vision. The Pope examines the complexity of evangelizing action and in fact devotes to it an entire section of EN. [20] The various elements are complementary and mutually enriching and form an articulated reality.[21]

The Church must bring the Gospel message to man taken individually and collectively, and into all spheres of human

existence. This is aimed at interior change or conversion, symbolized by Baptism and lived in fidelity to the Gospel message.[22] This message has a decisive role in determining man's values and judgements, thoughts and actions, in short his very life.[23] As a result the Gospel permeates human culture to its very roots, and in all its variety.[24] We may now sum up the various elements that go to make the Pontiff's understanding of evangelization:

1. Christian witness which makes present the incipient kingdom and constitutes a silent but powerful and effective proclamation of the Gospel.[25]
2. A clear, unequivocal and explicit proclamation of the Lord Jesus.[26]
3. This proclamation reaches its full development when it is accepted and adhered to by the listener, in its individual and community dimension. Thus he enters the community of believers, the Church, and lives her life fully, especially through the sacraments and himself becomes an evangelizer.[27] This implies the establishment of the Church.
4. The Gospel offers integral salvation which is liberation from sin as well as other evils so conspicuous in society today, namely, misery, exploitation and injustice of every kind.[28]
5. The Gospel permeates human culture and should be at home in every culture. Evangelization thus is not complete without inculturation.[29] Strictly speaking, inculturation is not an element as such, but a modality of realizing the above elements.

The first element in the new enlarged concept of evangelization is the witness of Christian life, understood as a living adherence to the Gospel. This is not merely a means of proclaiming the Gospel but is already a proclamation in itself. Its role is crucial especially in today's secularized world. Such witness is the result of a profound experience of Christ. It is manifested in various ways in the individual as well as in the community. Prayer is essential to witness and the cross of Christ is an ever present reality in it.

The central element of evangelization is the explicit proclamation of the Good News. The example of life and verbal proclamation complement each other. This proclamation is neither optional nor superfluous. The missionary mandate of the risen Christ and the continuous tradition of the Church, right from her infancy, point to its universality. The essence of the Gospel, thus proclaimed, is that the Kingdom of God has come in the person of Jesus Christ.

The witness of Christian life and the explicit proclamation of Jesus have their origin and their culmination in the celebration of the sacraments. The Church, the universal sacrament of salvation, realizes her sacramentality in a special manner through the seven sacraments. The word of salvation is not only proclaimed but actualized hic et nunc in the sacraments. He who accepts the word logically expressed that acceptance in sacramental celebration. This is the result of conversion. There ought to be no contrast between evangelization and sacramentalization. However, if the sacraments deprived of relevant catechesis are reduced to mere external and near magical rites, their effectiveness is questionable.

Commitment to justice and involvement in creating a better world are also part of the evangelizing mission of the Church. Oppression of man by man is an obvious fact of modern society. Her very mission demands of the Church to dedicate herself to human liberation. Such liberation is an evangelical principle and is not borrowed from prevalent ideologies. Man needs integral liberation. He must be freed from the various forms of oppression. And at the root of all oppression lies sin.

Another matter of great importance dealt with by Pope Paul VI in Evangelii Nuntiandi, while describing evangelization, is the Gospel-culture encounter. Culture is a way of life. All cultures contain positive and negative factors. On the one hand, the Gospel is a challenge to every culture, and on the other, the Gospel itself ought to be at home in any given culture and there strike root. The former may be called "evangelization of cultures", the latter "inculturation".

Probably the greatest merit of EN is precisely in the way it understands evangelization as a multi-dimensional reality.[30] Such an understanding makes the evangelizing mission of the Church most relevant to modern society. It is the Church's vocation and she exists in order to evangelize.[31] This also explains partly why the term is so popular today. It expresses convincingly and without bias the essential mission of the Church. The newness that it brings about does not in any way disown considerations traditionally employed in describing the Church's mission. Instead, it describes it more comprehensively and is thus better understood and more easily accepted.

C. Types of Evangelization in EN

The Pope does not make sharp distinctions in EN. [32] However, that does not prevent us from pointing out the various types of evangelization that emerge from the document. It will help bring into focus the richness of the papal understanding of evangelization. Paul VI sees three groups of people to whom the Gospel must be proclaimed: [33] those who are not yet Christians, Christians who need greater help today to preserve their faith because of the difficult situation we are living in, and those who are no more Christians. The three groups are evidently

sociological but a territorial element may come in as a matter of fact.[34]

1. First Evangelization

It was mainly African and Asian bishops who drew the attention of the synod to the question of first evangelization. These two continents which contain about two-thirds of humanity include millions who have not yet come into contact with the Gospel message in any substantial way. The report on the state of evangelization in Africa made clear distinction between first evangelization and pastoral evangelization. Someone even warned against considering first evangelization as the vestige of an outdated ecclesiology or missiology.

First evangelization does receive consideration especially in EN 50, 51, and 53. In this connection the Pope speaks of missionary spirit and missionary activity. He frowns upon those who say that the time of missions is past.[36] The temptation to sacrifice first evangelization in order to evangelize a de-christianized world is very real. However, the problem is not new.[37] The different types of evangelization are actually interconnected and enrich each other.

2. Pastoral Evangelization

The modern secular age poses problems as well as possibilities to the Christian faith. Devoid of many a cultural prop, the Christian faith today has to be made personal by the individual. Christians are today exposed more than ever before to a weakening of or even a total loss of faith. Here comes in the role of pastoral evangelization. Once, the so called Christian culture, to a certain extent, safeguarded the faith of the community and of the individual. The situation has changed today especially in countries that are economically more advanced. Hence the real need of constant evangelization. Evangelization could be considered as a process,[38] an on going one whereby individuals and groups are brought into ever closer harmony with the Gospel. The Church through its constant pastoral evangelization "seeks to deepen, consolidate, nourish and make ever more mature the faith of those who are already called the faithful or believers in order that they may be so still more".[39]

This process is similar to what is called catechesis. The Pope employs also the term "catechesis" in the above cited article of EN. However, we prefer to use the term "pastoral evangelization" to underline the kerygmatic element in it, again necessitated by secularism and large scale atheism. Proclamation of the Gospel always retains certain newness about it and is done in a missionary spirit. Pastoral evangelization might be called a blend of what used to be called kerygma and catechesis.

3. Renewed Evangelization

While the challenges offered by secularism could make for a more convinced and personal faith, the perils created by it have as a matter of fact resulted in de-christianization. This phenomenon, though not new, has become more widespread and is alarming. Generally it is seen in the non-practice of the faith. Formal abandoning of the faith in countries of ancient Christian tradition is not rare. This creates a situation which could be called "missionary".[40] Since the term "missionary" has a very particular connotation in traditional missiology, we prefer the expression "renewed evangelization" which evidently is based on EN. [41]

The Pope sees non-practice as the result of a profound inconsistency which man bears deep within himself and as such it is an old problem. But today, it is closely linked with the other factors that militate against the Gospel. Thus for example, non-practice is justified by some in the name of interior religion and as a symbol of protest against institutionalism. Renewed evangelization poses particular difficulties. The person to be evangelized thus has to a certain extent made a decision more or less deliberately against what the Church proclaims. It is not a mere question of ignorance of the Gospel due to lack of opportunity. Hence the evangelizer meets with "inertia and the slightly hostile attitude of the person who feels that he is one of the family, who claims to know it all and to have tried it all and who no longer believes it.[42]

III. MISSIONARY EVANGELIZATION IN EN

In this section I would like to study the missionary significance of EN. The first question to be answered is to what extent EN is a missionary document. To help answer it, we shall compare EN to the conciliar decree Ad Gentes and to the recent papal messages for World Mission Day.

A. To what extent is EN a missionary document?

To answer our question whether EN is a missionary document and if so to what extent, some analysis of the text is useful.[43] The word "missionary" in its noun form is used only once in EN in the sense of one who proclaims the Gospel to non-Christians.[44] "Mission" is used generally for the state of being sent and not for a definite activity in fulfillment of this sending.[45] Thus the Pope speaks of the sending of Christ, the sending of the Holy Spirit, the sending of the Apostles, and the sending of the Church. "Mission" probably in the territorial sense is used twice.[46] The adjective "missionary" is used a few times and always in the traditional sense.[47] The expression "first proclamation" is used in the Pauline sense of kerygma.[48]

It is clear that missionary activity, understood in the Ad Gentes sense of the second Vatican Council is not the primary consideration of EN. But it does have a place in the apostolic exhortation. It is presented as one of the many aspects of the evangelizing activities of the Church. The concepts covered by the terms "missions" and "missionary" are "situated more clearly and more forcefully within the single comprehensive mission of the Church, which is entitled evangelization".[49] Hence we can conclude with fairness that EN is not primarily a missionary document, and is not to be considered to be of the same nature as Ad Gentes or the great missionary encyclicals. A. Seumoïs comments that in EN "Evangelization is taken, in a very broad sense, namely, the work of Christianization so as to accomodate the wide range of interventions at the bishops' synod of 1974".[50] Seumoïs himself understands evangelization as proclamation of the kerygma, that is the first announcement of the person of Christ and his salvific message.[51] This is the apostolic activity with the aim of conversion to Christ and open incorporation into the Church. The EN concept of evangelization is evidently much more comprehensive than this.

In Ad Gentes, "evangelization and the implanting of the Church among peoples or groups in which it has not yet taken root"[52] is the special end of missionary activity. We now have a curious inversion. While in Ad Gentes, evangelization is part of missionary activity, in EN missionary activity is part of evangelization. The definition of missions and of missionary activity brooks no ambiguity in the Council document: "The special undertakings in which preachers of the Gospel sent by the Church and going into the whole world, carry out the work of preaching the Gospel and implanting the Church among peoples who do not yet believe in Christ, are generally called 'missions'. Such undertakings are accomplished by missionary activity and are, for the most part, carried out in defined territories recognized by the Holy See".[53] In other words, evangelization in Ad Gentes is "the proclamation to non-Christians until new Churches are for all practical purposes established".[54]

EN is concerned about the proclamation of the Gospel to the men of today. Great attention is paid to the situation we find ourselves in at this moment of history all over the world, with its challenges and opportunities. Paul VI towards the end of his life repeats in telling language his conviction that the Gospel message, with its perennial freshness has something very definite to offer our world which finds itself confronted with multifarious problems. So he exhorts the Church to an ever renewed and committed and fervent proclamation of the Gospel. His gaze extends to Christians as well as non-Christians, believers and un-believers, practicing Catholics and nominal ones. This broad concept of evangelization in EN does not in any way mean that evangelization in the traditional sense or missionary activity as delineated in AG 6 has been transcended or abandoned. These maintain their validity. EN may be compared to the Council document Lumen Gentium which deals with the universal and missionary nature of the Church rather than to AG which considers

the missionary nature of the Church as well as the missionary activity that flows from it.

B. Post-EN Mission Day Messages

The purpose of studying these messages from 1976 to 1984 is to see whether the Pope uses "evangelization" in the AG or in the EN sense of the term.

1976: The salvific mission of Christ must constitute the dynamic centre of all pastoral action.

In this message Paul VI emphasizes the missionary universalism of the Church. Evangelization is seen as proclaiming Christ to elicit faith in Him. It appears from the message that this preaching is directed to non-Christians.

1977: Urgency of Missionary formation.

The Pope sees mission "ad gentes" as the essential aspect of the mission of the Church. AG teaching that the specific end of missionary activity is the evangelization and establishment of the Church among peoples or groups where it does not exist is strongly restated. The word "evangelization" is used synonymously with missionary activity in the above sense. In this context the Pope stresses the importance of missionary formation.

1978: Fraternal cooperation in the proclamation of the Gospel.

Evangelization is understood as first evangelization whereby in every human community, the permanent signs of the salvific presence of Jesus Christ through the Church, the universal sacrament of salvation, are rendered present. AG teaching on the specific end of missionary activity is repeated.

1979: Concerted missionary endeavor in creating a new civilization.

In this his first Mission Sunday message, Pope John Paul II refers to the millions of our brethren to whom the Good News has not yet been announced. While evangelization itself is understood as missionary activity, like in mission day messages of Paul VI, considerable attention is devoted to a fundamental theme appearing in EN, namely Gospel and culture. Mission never destroys but assumes and elevates existing values. The Pope also speaks of how evangelization results in human promotion, another principle theme of EN.

1980: The Church, mission incarnate, forms the new man.

John Paul II observes that even after 2000 years the Gospel in its entirety is far from known and communicated to all men. He speaks of evangelization as missionary activity but does not seem to limit it to missionary activity alone. The missions are seen as necessary in expanding the Kingdom to all parts of the earth.

1981: The responsibility of Christians in the proclamation of the Gospel.

All particular churches, young and old must be missionary. A Church closed in on herself with no missionary opening is incomplete and sick. Evangelization is understood as in the missionary encyclicals and AG. The Pope emphasizes the role of the family in evangelization.

1982: The mission is a gift to every Church and the condition for renewal.

The message is inspired by the encyclical letter Fidei Donum of Pius XII issued exactly twenty-five years earlier. Evangelization is seen as proclaiming and propagating the Good News to the boundries of the earth and is used synonymously with missionary activity. The bishops are primarily responsible for the evangelization of the world. The Pope makes an appeal to dioceses to send some of their priests to the missions, as the shortage of apostles is a grave problem. This would also help communion among Churches and an exchange of values and experiences. Missionary cooperation is not to be seen any more as one-way. Fraternal communion among Churches makes them all give and receive. Thus mission becomes a gift of every Church.

1983: The spirit of the jubilee year and missionary spirit.

The jubilee of the redemption is a pressing reminder of the need to evangelize millions of our fellow-men who have not yet had the opportunity to hear of the salvific message of Jesus Christ. The grace of redemption we have received impels us to share it with others. Such missionary service is the greatest service we can render to man. Evangelization and missionary activity are synonymously used.

1984: The values of suffering in evangelization.

After the example of the Lord, history gives us many examples of men and women who witnessed to the Christian message with the supreme testimony of their life. And their sacrifice has given rise to numerous Churches in various parts of the world. Suffering can have a profoundly missionary sense when it is united with the sacrifices of Christ on Calvary.

From the above brief study of the post-EN mission day messages the following conclusion emerges very clearly. The messages deal with the missionary activity of the Church, understood in the traditional sense. They can be considered a true heir to the missionary encyclicals and AG. But EN cannot be uncritically classed in the same group. The mission day messages use evangelization as a synonym for missionary activity, as did the missionary documents. For Popes Paul VI and John Paul II the geographical or territorial expansion of the Church is a legitimate and necessary element in fulfilling the Church's mission. Thus the word "mission" is used in the territorial sense in every message, though it appears very seldom in EN. There is a gradual shift to unite mission and development.[56] Former missions become local Churches. Mission is no more one-way but mutual sharing among younger and older Churches. However, the validity and relevance of missionary activity are always vigorously defended.

IV. EVANGELIZATION AS THE MISSION OF THE CHURCH

The understanding of evangelization as a global and comprehensive reality and its implications are of considerable relevance to the way the Church carries out her mission today. EN has marked a notable advance in the way 'evangelization' is grasped today. The term is being used by the supreme magisterium of the Church now in a much wider sense than before.

In this broad notion it indicates the very mission of the Church, with the accent, however, constantly on the communication of the Good News.[57] The mission of the Church is to evangelize. She finds her very identity in it. She has only one mission, given her by Christ Himself. It is realized in a variety of ways and among all men, whether they are non-Christian, post-Christians, believers whose faith needs to be supported, non-believers or non-practicing.[58] Old Churches as well as young Churches face this situation. Thus while the problem of non-practice and even a certain dechristianization are not absent in young Churches, the presence of large numbers of non-Christians demand that some older Churches attend also to missionary evangelization within their own borders. Whatever the Church does to fulfill this one mission is called 'evangelization'. It has thus become synonymous with Christianization.

Another aspect of this wide notion of evangelization is its complex nature. It consists of varied elements and cannot be reduced to any one of them. EN in describing evangelization is taken up with the importance of Christian witness, explicit proclamation of the Good News, celebration of the sacraments, integral liberation of man and the Gospel-culture encounter. The last mentioned, understood as inculturation, becomes a specific modality of realizing the various elements of evangelization. The widening of meaning does not mean a break with tradition. The traditional understanding is retained as part of the comprehensive concept of evangelization. Thus Christian witness,

explicit proclamation of the Gospel and celebration of the sacraments are duly accented, but they are not considered as the only elements of evangelization. However, they occupy the central place. Moreover, it is the one reality of evangelization that is realized in these various elements. Hence we have called them dimensions.

Given the complex and comprehensive concept of evangelization, differences can arise in carrying out this mission. In a particular situation, one element may be preferred to another. Thus in certain muslim countries where explicit proclamation is virtually forbidden, Christian witness may be the ideal and perhaps the only form of evangelizing. Elsewhere in a situation of stark poverty and cruel oppression, commitment to human liberation will have a certain practical priority. And in highly secularized societies, the need for Christian proclamation is dominant. These choices are influenced largely by circumstances which themselves change. And it is up to the local Church to decide on what particular element of evangelization needs to be emphasized in its actual situation. The ideal, however, would be when all the elements can be realized. But the discussion on whether something is more evangelizing or less evangelizing and the like appears to me an idle one. We are not, after all, dealing with readily measurable quantities. Besides, emphasis on one element does not mean the total negligence of all the others. It is a question of immediate practical priorities. Moreover, since evangelization is a community task, there is also room for a legitimate variety among the members of the community itself in carrying it out, in accordance with each one's charism. However, it will always be within the context of a basic over-all plan, for which the bishop is primarily responsible.

Missionary preaching in the traditional sense of the term is part of the EN understanding of evangelization. It has by no means been superseded and remains a constant challenge for the Church. Now that particular Churches exist practically all over the world, it is the responsibility of these Churches to undertake the first proclamation of Christ to millions of their fellow men who have not heard of Christ, with a view to their conversion. Thus the Church grows numerically too. They will be assisted by the other Churches in this task. Even particular Churches in traditionally Christian countries must be interested in strict missionary activity in various parts of the world. In this sense, there is nothing wrong in retaining terms like 'mission countries', 'missionary diocese', etc.[59]

V. THE RELEVANCE OF EN

EN has had considerable influence on the thinking and activity of the Church during this past decade since its proclamation. Local Churches have held assemblies to reflect on the papal document and to apply it to their particular situations. By way of example, one could think of the third general conference of Latin American bishops held at Puebla in

1979 which dealt with the theme of "evangelization at the present and in the future of Latin America".[60] The international conference on Mission in Manila in 1979 was also greatly inspired by EN. Religious orders too have conducted special study sessions to apply the apostolic exhortation to their life. The Salesians of Don Bosco conducted a general chapter in 1977-1978 in which they reflected on EN in their context. The Ignatian centre of spirituality, Rome, organized a series of conferences in 1978 to study the meaning of EN for the Society of Jesus.[61]

The papal document still commands much interest and maintains an inviting freshness. It rises above controversy and is of universal appeal. Paul VI understands the situation in which we find ourselves today in Christian as well as non-Christian countries. Growing secularism and large scale dechristianization have created a preoccupying situation in traditionally Christian countries. In Africa the Church is growing rapidly, but has to face the serious questions raised by the Gospel-culture encounter. In Latin America, despite centuries of Christianity, cruel oppression and rampant injustice have raised questions on the effectiveness of evangelization in a changing society.[62] The modern world has witnessed fantastic progress in science and technology. The rhythm of change has assumed unthinkable proportions. But not everything is sound with the world. The chasm between rich and poor, among individuals as well as nations is widening daily. The possibility of a nuclear holocaust is not merely theoretical any more. The Church continuing the mission of Christ in today's world has a decisive contribution to make to the building of an ever better and more human society. And she does it through evangelization, by proclaiming the Kingdom of God and by helping to bring it about.

EN sees in the Gospel of Christ an answer to the 'sense of emptiness or nostalgia' of our world. Enabling men to participate in its richness is the essence of evangelization. The Church is not a fortress or a refuge to take shelter from the world.[63] She is a leaven to permeate society through her witness of the Gospel message and its proclamation as well as its celebration. This is to be done in geographical areas, in all spheres of human life and activity and in every stratum of society. The traditional distinction between evangelization as kerygmatic preaching and catechesis, homily, etc., should not be considered absolute or watertight. The reason is not that in themselves such distinctions are meaningless, but that their usefulness and relevance to the actual state of things are very limited. Instead, the global concept of evangelization as presented by the Pontiff in EN has a modern ring about it and suits the present day. EN has, in fact, been called the magna charta of the evangelizing activity of the Church today.[64] The very title of the exhortation is significant in this regard. Evangelization is considered precisely in the context of our times, 'in the modern world' as the English translation puts it. Some have even seen in EN a synthesis of LG and GS, a synthesis which shows that the Church, while fulfilling her salvific mission is not separated from but integrated into the world of

today.[65] However, in all this Paul VI is ever solicitous to maintain absolute fidelity to God and man.

The global concept of evangelization has also enriched traditional missionary thinking. On the one hand it includes missionary proclamation. On the other, the terminology itself has now become more pleasant. Due to certain unfortunate developments, terms like 'mission' and missionary', so rich in content and biblical basis, have taken on somewhat unsavoury connotations in some non-Christian countries. There is the danger that ignorant or biased people could interpret missionary preaching or activity as a continuing form of colonialism under a spiritual garb. The tendency is somewhat marked in a country like India. Given this situation, Pope Paul's global concept of evangelization has a liberating flavour. While the content had to remain substantially unchanged, the outlook needed change. And this is precisely what EN has done.

VI. EVANGELIZATION AND MISSIONARY ACTIVITY

Evangelization understood in the global sense does not make missionary activity outdated. The latter is intimately linked to evangelization but naive identification of the two is inadvisable. Otherwise there is the danger of impoverishing missionary activity proper, that is proclamation of Christ to those who do not know Him, aimed at their conversion and the subsequent establishment of the Church. The recent unhappy history in some parts of the world of terms like "missionary" does not justify the watering down of what it really means. The new code of canon law, following AG 6, affirms that "missionary activity properly so called, whereby the Church is founded amongst peoples or groups where it has not taken root before, is performed principally by the Church sending heralds of the Gospel, until such time as the new Churches are fully constituted, that is, have their own resources and sufficient means, so that they themselves can carry on the work of evangelization".[66] Missiologists today are familiar with expressions like 'mission on six continents' and 'mission yes, missions no!' These certainly are very rich in meaning. However, they cannot be taken to imply that missionary activity in the traditional sense has been superseded. The special end of missionary activity is evangelization and the implantation of the Church where it has not yet taken root. While the geographical criterion is not the only one in undertaking missionary activity, it is by no means to be ignored. As a matter of fact, in several countries there are still large sections of people to whom the Christian message has not yet been proclaimed even once.[67]

Again in the realm of terminology, abandoning the term 'missionary activity' in favour of 'evangelization' is not always helpful. Tradition has hallowed it and in popular Christian terminology there is no doubt what missionary activity is and who a missionary is. The fact that these terms were, so to speak, discredited and that too, in some areas only, does not justify

their abandonment altogether.

Moreover, in first evangelization, too, a distinction is advisable. It is true that even a baptized person in a traditionally Christian country may be ignorant of the Gospel as a non-Christian in a non-Christian country. That consideration alone does not make everything equal. When the Good News is available to an individual, thanks also to a certain structure, and yet it has not found a home in him, it may be because he has turned a deaf ear to it. Such a situation of indifference, wilful neglect or outright rejection is not to be equated with the situation where millions of men just do not have even the possibility of hearing the Gospel of Christ. There is need of first evangelization in both cases. However, in one it is part of missionary activity and has its own exigencies, in the other pastoral exigencies must be attended to.

The global concept of evangelization, taken superficially could have a slight dampening effect on missionary activity. Paul VI seems to have this in mind while stressing the specificity of first evangelization in his last World Mission Day message. Referring to the question of aid in the context of missionary cooperation, the Pontiff exhorts that it be directed first of all "to evangelization, true and proper, to the so called first evangelization, in order that in every human community, the permanent signs of the salvific presence of Christ by means of the Church which is the universal sacrament of salvation, may be made present and visible".[68] He goes on to cite AG 6 on the specific end of missionary activity. If once missionary activity was considered so much out of the rhythm of the Christian community, today it runs the risk of being absorbed in such a manner as to lose its specific characteristic.[69] Even the idea of 'foreign missions' is not all that outdated as it may appear.[70] It is true that particular Churches have been established with local bishops, in most areas under the jurisdiction of the Sacred Congregation for the Evangelization of peoples. However, this is in some measure a juridical consideration. Hindered by shortage of personnel and means, several such Churches find it extremely difficult to continue the work of first evangelization. They require the cooperation of older Churches. Such cooperation will always be within the context of the particular Church which already exists and shoulders the primary responsibility. Hence it is not a relationship of 'sending Churches' and 'receiving Churches' but one of cooperation among sister Churches.

CONCLUSION

A little over twenty years have passed since the conciliar decree Ad Gentes (7th December 1965). Similarly, it is just about a decade after Evangelii Nuntiandi (8th December 1975). These are the two milestones in the modern missionary thinking of the Church.

Paul VI, in EN, is not concerned primarily to write a theological treatise. He is writing precisely an exhortation, as the document is called. And his purpose is to help find an answer to the questions posed by him right at the beginning: "after the Council and thanks to the Council, which was a time given by her by God, at this turning point of history, does the Church or does she not find herself better equipped to proclaim the Gospel and to put it into people's hearts with conviction, freedom of spirit and effectiveness?"[71]

He calls it a "meditation on evangelization", an "encounter with our beloved brethren and sons and daughters", "our heartfelt plea".[72] Here then we have a pastor speaking to his flock. It is simple and frank, breathing joy and optimism. Each local Church ought to understand the papal teaching and apply it to its particular context, thus assuring fidelity as well as relevance.

N O T E S

- [1] PAULUS PP.VI, Adhortatio apostolica Evangelii nuntiandi de evangelizatione in mundo huius temporis, 8 decembris 1975. AAS 68 (1976) 8-76. In this paper we shall be constantly using the abbreviated form: EN, with the number of the article referred to. It is curious to note that while the theme of the synod was "evangelization in the modern of the modern world" that of EN was "evangelization in the modern world".
- [2] Cf. EN 2.
- [3] EN 2. EN passages, cited in the text are taken from the official Vatican translation.
- [4] Cf. EN 2, 3, 4, 5, 6, 7, 14, 15, 17 etc.
- [5] Cf. EN 1-5.
- [6] Cf. G. CONCETTI, Evangelizzazione e catechesi. Commenti e testi del Direttorio Catechistico generale, delle esortazioni apostoliche Evangelii Nuntiandi e Catechesi tradendae e del Messaggio al popolo di Dio del sinodo dei vescovi del 1979 (Milano 1980), 213.
- [7] Cf. Ph. DELHAYE, L'evangélisation chretienne aujourd'hui. Une relecture du synode de 1974 par SS. Paul VI. Exhortation apostolique 'EN', in Esprit et Vie 86 (1976) 65-71

- [8] Cf. D. BOHR, Evangelization in America, (New York 1977) 76-77.
- [9] Cf. G. DE ROSA, Significato e contenuto de evangelizzazione, in La Civiltà Cattolica 128 I (1977) 330-333.
- [10] Cf. J. LOPEZ-GAY, Trinitarian, Christological and pneumatological dimensions of mission, in AA.VV., Fundamental correspondence course for mission animators (Rome, n.d.) 12-25.
- [11] Cf. D. VALENTINI, Evangelizzazione, in G. BARBAGLIO and S. DIANICH, Nuovo Dizionario di Teologia (Rome 1982) 470-471.
- [12] Cf. J. SALDANHA, A Fresh impulse for evangelization in our times, in Indian Missiological Review 1 (1979) 23-43.
- [13] Cf. J. ANSTUTZ, Auftrag de Kirche: Evangelization und Befreiung, in NZM 32 (1976) 255-279.
- [14] Cf. J. MASSON, La missione continua (Bologna 1975) 333-346.
- [15] IDEM, Evangelii Nuntiandi and Missionary cooperation, in O.T., XI (1976-77) 241.
- [16] Insegnamenti di Giovanni Paulo II, Vol. II (Vaticano 1979) 401.
- [17] C. BONIVENTO, The nature of evangelization according to Evangelii Nuntiandi, in O.T., 14 (1980) 254.
- [18] Lk 4:43.
- [19] Cf. B. MCGREGOR, Commentary on Evangelii Nuntiandi, in Doctrine and Life (March-April 1977) 53-97.
- [20] EN 17-24.
- [21] EN 24.
- [22] Cf. EN 18.
- [23] Cf. EN 19.
- [24] Cf. EN 20.
- [25] Cf. EN 21.
- [26] Cf. EN 22.
- [27] Cf. EN 23, 24.
- [28] Cf. EN 30-38.
- [29] Cf. EN 20, 62, 63, 64, 65.

- [30] Unfortunately this has not been fully appreciated and in some cases not even understood. Some have misread EN and criticized it for what it is not. Thus the editorial in Concilium 114 (1978), presupposing that the apostolic exhortation identifies evangelization with missionary activity, comments "This Concilium should show ... how unconvincing the apostolic exhortation Evangelii Nuntiandi of Paul VI (1975) has proved to be". Concilium 114 (1978) VIII.
- [31] Cf. EN 14.
- [32] Cf. J. SNIJDERS, EN: The movement of minds in The Clergy Review 62 1977 172.
- [33] Cf. W. BÜHLMANN, Die Entwicklung der Evangelisation seit dem II. Vatikanum. Schwerpunkte - Problemfelder - perspektiven in L. BERTSCH and F. SCHLOSSER (ed.), Evangelization in der dritten Welt (Freiburg 1981) 11-29.
- [34] Today people of all religions or of no religion, Christians, non-Christians and post-Christians can be found in just about any part of the world. However, the point should not be pressed too far. While statistics do not say everything, they are not to be ignored. We still have in the world areas (and I mean geographical or territorial ones) where the majority of people have not yet heard about the Gospel of Christ.
- [35] Cf. The moving intervention of Mons. Kalilombe, Bishop of Lilongwe (Malawi) speaking on behalf of the episcopal conferences of East Africa. G. BUTTURINI (ed.) Le nuove vie del vangelo, (Bologna 1975) 123-126.
- [36] Cf. EN 53.
- [37] Writing in 1972 William Carey had observed, "It has been objected that ... we have work enough at home, without going into other countries. That there are thousands in our own land as far from God as possible, I readily grant, and that this ought to excite us to a ten-fold diligence in our work, and in attempts to spread divine knowledge amongst them is a certain fact: but that it ought to supercede all attempts to spread the Gospel in foreign parts seems to want proof". W. CAREY, An Enquiry into the obligation of Christians to use means for the conversion of the heathen (facsimile of the original edition issued in 1972, London 1961).
- [38] Cf. B. HENDRICKS, What is evangelization? in Missiology 6 (1978) 409-424.
- [39] EN 54.
- [40] Cf. W. BÜHLMANN, Mission Today, in P. FLANAGAN (ed.), A new Missionary Era, 61-68.

- [41] Cf. EN 52, 56.
- [42] EN 56.
- [43] Cf. J. SALDANHA, Op.cit., See also Verbum SVD 26 (1985).
- [44] EN 53.
- [45] Cf. F KOLLBRUNNER, Missionstheoretische Überlegungen zu Evangelii Nuntiandi, in NZM 32 (1976) 242-254.
- [46] EN 73.
- [47] EN 51, 69, 53, 58.
- [48] EN 51, 52, 53.
- [49] J. SALDANHA, op.cit., 26.
- [50] A. SEUMOIS, Théologie missionnaire II, Théologie de l'implantation ecclésiale (Rome 1980) 148.
- [51] A. SEUMOIS, Op.cit., p.133.
- [52] AG 6.
- [53] [53] IBIDEM.
- [54] J. MASSON, Function of Missionary Evangelization of the 'New Churches', in O.T., LXVIII-4 (1975) 175.
- [55] The yearly Mission Day was instituted by Pope Pius XI in 1926. I am concentrating only on how they understand evangelization and mission.
- [56] Cf. P. DE LETTER, Mission and Evangelization, in IMR I (1979) 221.
- [57] D.GRASSO, Bilancio del IV sinodo dei vescovi, in Rassegna di Teologia 15 (1974) 414-425.

The two terms, evangelization and mission, even tend to be used synonymously. Cf. G.CLAUDE, Theological Reflections on a New Age of Mission. in IMR 284 (1982) 478-492.

A recent document of the secretariat for non-Christians seems to follow this trend. It summarizes the global concept of evangelization or mission thus: "Mission is ... presented in the consciousness of the Church as a single but complex and articulated reality. Its principal elements can be mentioned. Mission is already constituted by the simple presence and living witness of the Christian life, although it must be recognized that 'We bear this treasure in earthen vessels'. Thus the difference between the way the Christian appears existentially and that which he declares himself to be never fully overcome. There is also the concrete

commitment to the service of mankind and all forms of activity for social development and for the struggle against poverty and the structures which produce it. Also, there is liturgical life and that of prayer and contemplation, eloquent testimonies to a living and liberating relationship with the active and true God who calls us to His Kingdom and to his glory. There is, as well, the dialogue in which Christians meet the followers of other religious traditions in order to walk together towards truth and to work together in projects of common concern. Finally, there is announcement and catechesis in which the Good News of the Gospel is proclaimed and its consequences for life and culture are analysed. The totality of Christian mission embraces all these elements". Secretariatus pro non-Christianis, The Attitude of the Church towards the Followers of other Religions (Vatican 1984) No. 13.

- [58] Cf. J. SALDANHA, A Fresh Impulse for Evangelization in our Times, in IMR 1 (1979) 26.
- [59] The review, Verbum SVD, has published a number of interesting papers on missionary evangelization. See Verbum SVD 26 (1985).
- [60] Cf. Third General Conference of Latin American Bishops, Puebla. Evangelization at Present and in the Future of Latin America, official English edition (Washington, 1979).
- [61] Cf. S. DECLOUX et al., Evangelii Nuntiandi e la compagnia di Gesù - Quaderni CIS 10 (Roma 1978).
- [62] And to complete the picture, in Asia, the great oriental religions are a living reality which poses delicate questions to certain aspects of the Church's missionary activity.
- [63] Cf. P. ARRUPE, The Contemporary World: Its Challenges to the Missionary Church, in O.T., LV-4 (1973) 29-40.
- [64] Cf. D. VALENTINI, Dimensione ecclesiale e sacramentale dell'annuncio ai non cristiani in Fede e Civiltà 74 (1977) 23. EN has aroused interest even in non-Catholic circles. For example, see H. BUERKLE, Evangelii Nuntiandi - aus evangelischer sicht, in NZM 33 (1977) 241-246. Exhortation apostolique sur l'évangélisation, in Le Christ au Monde XXI (1976) 2.
- [65] Cf. Ph. DELHAYE, Esprit et Vie 86 (1976) 65, 120.
- [66] CIC 786. It is interesting to note that whereas the old canon law had virtually only one article on missionary activity, the present one has several. Cf. CIC 781-792.

- [67] In this connection, see especially the report on evangelization in Africa, presented at the beginning of the Synod by Mons. Sangu.
- [68] Insegnamenti di Paolo VI, vol. XVI (1978) 366.
See also A. SEUMOIS, Théologie Missionnaire, II. Théologie de l'implantation ecclésiale, (Rome 1980) 148.
- [69] Cf. J. MASSON, La missione continua (Bologna 1975) 96-98.
V. BONSIGNORE, La missione dopo il Vaticano II, in Africa 5 (1976) 30.
- [70] Cf. J. SNIJDERS, Evangelii Nuntiandi: the Movement of Minds, in The Clergy Review 62 (1977) 170-175.
Cf. W. BÜHLMANN, God's Chosen Peoples (New York 1892) 249-250.
- [71] EN 4.
- 72] EN 5, 74, 81.

+
+++
+

*

II. WORKSHOP AND GENERAL DISCUSSIONS

EVANGELII NUNTIANDI

27/10/87

Question 1. How do we rate our commitment to missionary evangelization? Strong, satisfactory, slackening.

WORKSHOP REPORT

Bangalore Region

The commitment to missionary evangelization is poor. Priority is not given to missionary endeavours; men and means are not invested in the establishment of mission stations as much as in the development of institutions. There is a feeling that only confreres without qualification are sent to the missions.

Bombay Region

The commitment to missionary evangelization is awakening. Due to group exposure to missionary activity, there is a new awareness of the missions. There is a shift of emphasis from the urban institutions to rural areas. In 8 years the Salesians have opened 6 mission centres. Further, many younger members are opting for the missions and sisters (FMA) are being trained for the missions.

Madras Region

Commitment to missionary evangelization in Madras region is slackening. Many of the flourishing mission centres have been handed over to the diocese, leaving only one or two centres to the Salesians. Madras province has been styled as a non-missionary province in contrast to the North-Eastern provinces. Youth centres were scenes of conversion in earlier times but today that missionary orientation is absent. The province runs about 16 urban parishes, where only pastoral mission work can be done.

Calcutta Region

Commitment to missionary evangelization is strong and enthusiastic. Lay people, have a great role in this. The commitment is strongly felt among tribal groups like Santals, Oraons, Kharias, Mundas etc., while pastoral evangelization is continuing in a satisfactory manner among the Bangalis.

Guwahati Province

In the hills, commitment to missionary evangelization is strong and enthusiastic. Lay people, especially youth have been animated to a great extent in this regard. In the plains, though personal commitment to missionary evangelization is satisfactory, commitment to evangelization is slackening, as it is evident from fewer visits from superiors, lack of encouragement and financial assistance.

Dimapur Province

Commitment to missionary evangelization is satisfactory in the parishes. However, in the institutional level, especially in hostels and boardings, the missionary commitment is slackening. To remedy this situation, missionary animation is to be offered to all those in educational institutions. Further, priests soon after their ordination should be given the possibility of working in the missions

DISCUSSION ON THE REPORT

We must go for direct evangelization before it is too late. In a matter like evangelization we cannot afford to wait. The presence of all the provincials in this national conference was desirable as they are the ones who ultimately take the decisions. We must open centres meant for direct missionary evangelization. This will in turn create missionary enthusiasm.

Question 2. How can missionary enthusiasm be fostered in our congregation.

WORKSHOP REPORT

Missionary enthusiasm can be fostered by proper motivation, in local training and exposure to mission work. Periodical get-togethers for missionaries should be organized.

Missionary enthusiasm can be fostered by sending young confreres to visit missions, by insisting on the learning of vernaculars, by conducting vocation camps in the mission areas. Missionaries can go to formation houses and speak to the young about the missions. News letters must have more of news about the missions. Leaflets, slide programmes, video cassettes etc., on the missions can be prepared and circulated.

Some other means of fostering missionary enthusiasm are, organization of missionary congresses at provincial level and inclusion of the missionary aspect in vocation drives.

Missionary enthusiasm can be kept alive by opening apostolic works for direct evangelization among responsive groups. Superiors and formation personnel with missionary experience can help foster missionary enthusiasm.

Missionary orientation at every stage of formation and deep

study of theology, especially the Bible, are all helpful in fostering missionary enthusiasm.

DISCUSSION REPORT

People involved in various activities must form one single missionary team. Frequent exchange of ideas in seminars and courses help generate missionary enthusiasm.

Church is for mission and not mission for the Church. Our enthusiasm for mission is to be measured by our enthusiasm for the Church.

Anti-evangelic theologies and ideologies in certain formation houses dampen the missionary enthusiasm.

Question 3. Are there courses in Missiology in our formation houses?

WORKSHOP REPORT

Courses in missiology are given to our confreres in formation during their theological studies. Certain provinces have introduced missiological courses at the novitiate and philosophical level.

DISCUSSION REPORT

It was observed that the number of courses on missiology in both our theologates have been reduced considerably. However, such reduction was necessitated by the demands of other treatises. When the usefulness of missiological formation was questioned, it was observed that the knowledge of the missions and the systematic study of the missionary activity of the Church is as important as the training of one to be a missionary.

Question 4. Are opportunities offered to the members for updating in theology as well as in methodology of evangelization? Do they feel the need for it?

WORKSHOP REPORT

On the whole, it was felt that more opportunities could be given for updating in theology as well as in methodology of evangelization. In Bangalore and Madras provinces hardly any such opportunities exist though they feel the need for it.

And in those provinces where such opportunities are available, pastoral constraints prevent them from making the best use of them.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Over-activism kills the desire for intellectual pursuits. An important means for theological updating is reading of relevant books, reviews and periodicals.

Question 5. Which are the areas/groups in India that are most responsive to the Gospel?

WORKSHOP REPORT

The most responsive area in India is the North-East. To be specific, the tribes of Arunachal, Garos, Adivasis, Rabhas, Boros, Tripuris, Khasis, Lalungs, and Karbis are responsive.

Within the Calcutta province, the Santals, Oraons, Kharias and Mundas are open to the Gospel message.

In the Bangalore province, the coastal and tribal areas of Andhra Pradesh are receptive to the Good News.

In the Madras province, the Harijans of North Arcot are open to the Gospel of Christ.

The Adivasis of Gujarat, Bombay province, especially the Ratwa tribe and the Harijans accept Christ more willingly.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Regional co-operation within the Salesian family in various ways is to be encouraged to meet the urgent needs of responsive areas. Answering the question why the above groups are responsive, it was pointed out that most of these groups are animists; and animistic beliefs have some affinities to basic Christian beliefs. They have no systematic philosophy of religion. Hence, they can leave their own traditional faith to embrace Christianity more easily. Some of these groups consider Christianity as the fulfillment of their religious beliefs. Christianity opens to them the doors of progress, and liberation. These groups are not caste-ridden. The idea of sacrifice, respect for the dead is appealing to them. Finally, it was pointed out that responsiveness is the movement of the Spirit.

Question 6. What can we do, as members of the Salesian Family to foster missionary dynamism in the Indian Church today?

WORKSHOP REPORT

To foster missionary dynamism in the Indian Church today, we, as Salesian Family, must get the youth interested in mission work. An all Indian consultation on missions can be organized.

Use of mass-media in order to serve the cause of the

missions. Involvement of youth in movements like Charismatic renewal, Neo-catechumens, basic Christian communities, etc., will foster missionary dynamism in the Indian Church.

Create awareness among the laity of their missionary responsibility. We should make a scientific study of what our great missionaries have done and the methodology they used, and present it to the rest of the country.

GENERAL DISCUSSION REPORT

To stress the role of women in evangelization in India, we must involve our lay women in the apostolic activity. Imparting a deep knowledge of the Scriptures to the youth will make them missionaries as they will know more what to speak about to others.

CONCLUDING REMARKS BY FR. LUC VAN LOOY

Mission is an essential element of our Salesian vocation as our constitutions point out. A Salesian is a Salesian only if he is a missionary. He may be in a school, a mission or another institution. Being a missionary is a vocation. To keep our missionary enthusiasm alive, it must be animated and organized better. Our missionary work must result in the making of saints.

The best way of preparing a missionary is the study of Scriptures. The basic orientation in our theological studies must be towards the missions. Sound theological formation is the best preparation for the missions.

Quoting the practical conclusions of the European Salesian missionary consultation, he exhorted the Salesian Family to inform the young about the missions by quick dissemination of information. There must be a network of people for missionary animation, in every province, he added. We could also restart the Salesian Mission Sunday, at a Salesian Family level.

+
+++
+

*

EVANGELIZATION OF THE HARIJANS

The topic of the Harijans was introduced by Fr. Abraham Panampara, dealing with its history and the social problems that these people meet, as well as the urgency for the Church to care for them.

The Encyclopedia Britannica gives the following description of "Untouchables":

UNTOUCHABLES, members of certain Indian castes which, though reckoned as Hindus, were excluded from the ordinary social and religious privileges of Hinduism. Under the constitution adopted by the Indian constituent assembly Nov. 26, 1949, "untouchability" was outlawed and persecution of untouchables made punishable by law. In Pakistan the constituent assembly accepted a similiar statement in 1950.

How this caste came to be pushed out of, or never admitted within, the pale is obscure. Probably in the main they represented Dravidians of the lower orders, regulated to menial or unsavoury occupations; they must not be confused with the non-Hindu animists, the wandering and criminal tribes and the pre-Dravidians of the hills and forests. A mistaken aggregation with these latter sometimes led to their numbers being taken at 60,000,000. The population of untouchables proper seems to have been nearer 40,000,000. They are best defined as Hindus who were not allowed to enter ordinary Hindu temples and who supposedly caused pollution to ordinary Hindus either by touch or by proximity. The Brahman would not officiate at the events in life at which, in the case of other castes, his attendance was essential. The untouchables were compelled to live either in hamlets or wards of their own or in separate quarters, generally the unsanitary outskirts of the village. They could not use the village well, and there was always opposition to their children attending the village school. The indignities they suffered varied in different parts of India, being the worst in the south, where a fantastic code regulated the distance an untouchable must maintain from a high-caste Hindu on the public roads and the warning he must give of his approach. During their persecution, large numbers of untouchables adopted the religion of Islam or Christianity. (Me.;X)

PROBLEMS

Harijans are economically landless; though tillers of the land, they have no land, no shelter. Socially they are low-caste and no mixed marriages are allowed. They have the last place in the villages. They cannot draw water from the village well. Their children cannot play with other caste children. Their education is very low or even nil. With regard to religion, they are not allowed to worship in the same church with others.

+
+++
+

*

III. GENERAL DISCUSSIONS

EVANGELIZATION OF THE HARIJANS 27/17/87

GENERAL DISCUSSION REPORT

To evolve a plan of action for the evangelization of the Harijans, the following suggestions were made:

1. Discriminations based on caste, which unfortunately have crept into certain ecclesiastical institutions must be removed. In some places Harijans and low caste Christians are barred from participating in liturgical celebrations and feasts along with the others. To combat this the leaders of the Church must first of all free themselves from all caste feelings. They must identify themselves with them, making the problems and concerns of the Harijans and backward classes their own.
2. Lack of leaders among the Harijans is a serious drawback; the Church must supply for this want. The Church leaders must take the risk and organize the oppressed Harijans -- for a non-violent struggle to demand their rights. Working towards necessary changes in legislation so that they are on a par with their Hindu brethren before the law. (cfr. Saldanha, Julian: Conversion and Indian Civil Law, TPI, Bangalore, 1981).
3. The role of the Salesian in this regard in the concerned areas is spelled out in the Provincial Directory of the Bangalore province (cfr. No. 1.1).

1.1 Evangelization

"This society had its beginning in a simple catechism lesson. For us too, evangelization and catechizing are the fundamental characteristics of our mission". (Con. 33)

Since we are working with the poorer section of youth, who are victims of exploitation and injustice, social action and political conscientization form an essential part of our involvement today. (cfr. Con. 33)

The youth are very much alive to these problems and long to contribute to the transforma-

tion of society. Hence we will be failing in our service to youth, if we do not rise up to this challenge.

In order to achieve this objective, we propose the following:

To organize the young to challenge all forms of injustice, inequality, exploitation and suppression of human rights etc.

4. Harijan Christians could practice their faith secretly as a cryptic Church.
5. Recognizing the importance of education in the process of liberation, we must invest more men and money in rural areas where Harijans are found. Further, our existing educational institutions could offer more facilities for the education of the Harijans.

CONCLUDING REMARKS BY FR. LUC VAN LOOY

Our Regulations, article 1 calls us to study the reality in each situation. As Christians we must be credible. We can do this only if we identify ourselves with the poor. We cannot live Christianity without identifying with the poor. Our community or mission must be present in the midst of the people.

Don Bosco's method of Oratory is a powerful way of being with the young. The oratory is the answer of Salesians to the social problems. The oratory is a flexible way of being with the young. We cannot get rid of our big institutions. We need not do it. We must rather see whether we are using Don Bosco's way in these institutions.

+
+++
+

*

METHODS OF EVANGELIZATION

Fr. Jose Thiruthanathy
Shillong: 28/10/87

I. INTRODUCTION: NECESSITY OF METHODS

Evangelization is a divine-human activity.[1] God is the author of it. The Spirit permeates it and makes it fruitful. The human element, however, must not be undervalued. The Lord called his apostles branches of the vine. Without the vine the branches do not exist. At the same time without the branches the vine does not fructify. Human cooperation in the work of evangelization is willed by God and as such it is necessary.

Evangelization and Church-planting are a slow and painstaking work. To reach the desired goal the evangelizer needs to use effective methods. The accent is on "effective". In any case we are using methods. Thus not paying attention to effectiveness simply means that we are in fact using the wrong methods. The question of a "methodless" evangelization is just absurd.

Methods have no absolute value. Effectiveness, fidelity to the message and respect for persons are the only criteria in judging them. Effectiveness cannot be summarily evaluated. Moreover, methods that have come down to us as part of a rich tradition can be presumed to have certain value. Caution is required in judging them.

Some modern Christian sects, especially in America, concentrate almost exclusively on propaganda and proselytism. This occasionally creates a negative image of missionary activity.

But one cannot ignore the fact that they do have a definite methodology, however criticized it may be, particularly elements like street preaching and the employment of business techniques. We need not exactly imitate them. But their zeal and eagerness in using methods they consider effective are truly laudable. Here there is something every evangelizer could learn from.

There are methods handed down to us by our predecessors. Some of them are characteristic of missionary praxis down the ages. The impressive growth of the Church in most parts of the world is itself proof that many such methods have indeed been effective. Even today, we are experiencing a phenomenal growth

of the Church in Africa, South Korea, parts of India etc. While methods are always relative to time and place, there is always the possibility of learning from one another.

The word "success" used to indicate numerical growth is frowned upon by some. However, it is revealing that this negative attitude prevails precisely in those areas where there is no such growth. By judging the effectiveness of a method in terms of success, I am not suggesting that only numerical growth matters. But I do mean to state emphatically that numerical growth does count and it is a valid criterion in evaluating the effectiveness of missionary methods.

In this paper, we shall first reflect on what the Church teaches in this regard. We shall then turn our gaze to the great missionaries of the past, beginning with the greatest of them all, St. Paul. The paper deals somewhat in detail with the methods used by Salesian missionaries in North-East India. In conclusions we shall make some suggestions in view of planning for the future.

II. TEACHING OF THE CHURCH

A. Vatican II: Ad Gentes

The conciliar decree, "Ad Gentes", reminds us that the missionary Church is endowed with some sacred means in making herself present among a people, namely the example or Christian life, preaching, sacraments and other channels of grace.[2] In mission the Church continues the work of Christ and the method she ought to use in His method. She "must walk the road Christ himself walked, a way of poverty and obedience, of service and self-sacrifice even to death, a death from which he emerged victorious by his resurrection.[3] Thus a life of poverty becomes a means of manifesting the abounding richness of the heart of Christ whom we proclaim and who enriches us. So do obedience and self-sacrifice. It is revealing that the Council presents the cross of Christ as the first missionary method.[4] For the cross was the divine methodology of salvation.

The Council further reminds us that Christian charity is an essential element of our witness. "It is extended to all without distinction of race, social condition or religion and seeks neither gain nor gratitude."[5] It is not a gimmick for achieving conversions. Instead it is a proclamation of the Good News in deed. While the Church verbally preaches the love of God, the same proclamation is made visible in deed through works of charity.

B. Evangelii Nuntiandi

A whole section in the Apostolic exhortation, Evangelii Nuntiandi of Pope Paul VI, deals with methods of evangelization.[6] Granted that change is perhaps, the most

striking characteristic of our age, it is only logical that time and attention be devoted to finding the right means of evangelizing. Verbal proclamation has a certain primacy and can never be considered out of date. "Faith comes from what is heard and what is heard comes by the preaching of Christ." [7] In language noted for its simplicity, the Pope tells us that because there is so much of empty talk in today's world, we should not lose confidence in verbal proclamation. [8] The homily deserves particular mention in this regard. The ministry of the word, evidently, calls for adequate preparation, even technical. When it is truly rich in gospel content and suitable in language and style, it is a powerful means of evangelization.

Personal contact is another potent means of evangelization. [9] A message handed on from person to person has a unique efficacy. It shows individual conviction and has an attractive power difficult to match. Personalism is a treasured and highly desired value in our age and as such this means of evangelization is most relevant. Just as ambiguity and alienation tend to spread in the modern world, the more valuable becomes the person to person approach. A renowned missiologist observes that individual witness to individual is the natural method of Church growth in a non-Christian country. [10] This has given birth to mass movements. This form of evangelization is possible under all circumstances.

Along with these traditional means, the modern technological revolution offers an immense possibility never witnessed to before. [11] The modern image culture and means of social communication must be fully exploited in spreading God's Word. It is an obligation and a responsibility to employ such means to reach an ever larger audience, in an ever more attractive way. It would be sad, when these avenues are so remarkably used by others, evangelizers alone should be deprived of them. Particularly in the case of today's young people, the audio-visual language is their mother tongue. [12] Without speaking this language, there is very little possibility of communicating with them or of presenting them the Good News of salvation.

Above all Gospel proclamation is done by the witness of Christian life. [13] Our age has witnessed the birth of numerous ideologies. Many of them cease to be challenging after a while. Then they either die or turn into oppressive structures. But the promise they make to satisfy the heart of man remains empty. We notice today an amazing paradox. While secular humanism and materialism keep spreading, there is also a perceptible growth in the search for religious experience. Large numbers of young people from Western Europe are flocking to religious centres in the East especially in India, looking for something which astounding material progress has not succeeded in giving them. [14] This situation challenges the followers of Christ to manifest their genuine Christian experience. On seeing these values incarnated in Christian witness, modern man is impressed and drawn. It stirs up, as the Pope says, "irresistible questions". [15]

The life of the early Christian community is a telling example. The author of the Acts, in fact, puts this witness and the numerical increase of the community together showing us thereby its great evangelizing value. Luke says, "And all who believed were together and had all things in common... And day by day attending the temple together and breaking bread in their homes, they partook of food with glad and generous hearts, praising God and having favour with all the people. And the Lord added to their number..."[16] In the sub-apostolic period it would appear that entry into the Church demanded the fulfilment of strict conditions. Yet vast numbers of people in the Roman empire accepted the Christian faith. It must have been the compelling force of Christian witness that made for such a phenomenal growth.[17] Today, "the witness of life has become more than ever an essential condition for real effectiveness in preaching" as the modern world thirsts for authenticity.[18] Indeed, the genuine witness of Christian life always had immense power of attraction. St. Paul understood that well.. Let us turn our gaze now to this greatest missionary of all times.

III. THE MISSIONARY METHODOLOGY OF ST. PAUL

Paul met the risen Lord on the way to Damascus. That encounter with Christ transformed him. From being a persecutor of the Church, he became her most dynamic apostle. Having had a profound experience of the Lord, his life had only one purpose left, to proclaim the same Lord to as many people as possible. He was "obsessed" with that idea. "Woe to me if I do not preach the Gospel".[19] "The love of Christ overwhelms us..."[20] He considered it a bounden duty as well as noble privilege. He used every available opportunity to proclaim his Lord, in public and in private, in villages and in towns, in synagogues, in shops, in houses, in gardens and even in prison. He preached to the rich and the poor, to Jew and gentile.

Paul was convinced that Christ was speaking through him. So he had no doubts whatsoever about the authenticity of his proclamation. He knew that once he had done his part, the Master, whom he served so devotedly, would do the rest. He relied on the Spirit to build up his communities.[21]

The great missionary also trusted his converts. He therefore set up Churches without delay.[22] And these Churches effectively managed their own affairs, spiritual and material, under his guidance. Paul formed local leaders and entrusted them with responsibility. He worked in a team.[23] All this contributed to making his communities dynamic. They were equipped to grow. Vigour and vitality were preserved and fructified in the growth of the Church.

Paul was the champion of universalism. The Spirit used his genius to enable the Church to break out of the narrow confines of Jewish Palestine. Otherwise the Church would have run the risk of remaining a mere Jewish sect. Nevertheless, wherever he

went, he first approached the Jews, hoping to find a more ready soil. Reaching a city he would go to the synagogue, "as his custom was".[24] His universalism also enabled him to present the "kerygma" in a way adapted to his audience, Jew or gentile. His role was in fact crucial in solving some early problems of inculturation in the Church.[25] The great missionary saw the Gospel as the Gospel of freedom, not as a set of laws. The power of the Gospel freed one from the shackles of the law and tradition. Not even circumcision was now necessary.

There were several practical aspects in his methodology which are of interest to us. He chose his mission centres carefully. They were centres of influence or administration or on trade routes.[26] Paul earned his daily bread with the sweat of his brow. He did not depend on his converts.[27]

Finally the apostle suffered for the Gospel. The crucified Christ whom he proclaimed was reflected in his own life of suffering. He bore that cross with joy and thus contributed to the success of his mission. He invites Timothy to "bear the hardships for the sake of the Good News" with him.[28] His glorious missionary career climaxed in martyrdom, ushering him into the eternal company of his divine Master.

IV. LESSONS FROM HISTORY

History is *magistra vitae*. While reflecting on methods of evangelization, it is enlightening to look at the long and rich experience of the Church. We do this not so much to repeat parrot-fashion what was done in the past, but to see how and why some methods succeeded while others failed. Good pedagogy includes the lessons of history.

St. Boniface (675-754) was the apostle of the Germanic peoples. He followed a definitive methodology of missionary action.[29] He not only instructed his converts in the faith, but worked for their all round progress. His monks imparted training in agriculture and domestic arts. He brought religious women from England to help in his work. This practice was lost after Boniface and was revived only in the last century. He chose men from his converts whom he trained as clerics and monks. The Church in his native country sent him personnel, money and supplies.

Raymond Lull (1235-1316), considered the first great missiologist, raised the issue of universal cooperation in mission. He wanted missionaries to be trained in colleges, specially set up for the purpose. He suggested that ten percent of the wealth of the clergy be utilized for the missions. To bring about peace, Lull came up with the idea of an international confederation, a kind of United Nations, with the Pope, Christian Kings, Muslim and Jewish leaders. He pointed out the urgency of converting the Mongols before they became Muslims. The missionary ought to have mastery over the language of the people.

At this insistence, Arabic, Hebrew and Chaldean began to be taught in the Universities of Rome, Paris, Oxford, Bologna and Salamanca.

St. Francis Xavier, going through the streets of Goa, attracted the young. He instructed them and made them instruct others. Already in those days he perceived the importance of education. He went in search of people and he got them in big numbers. We need not be surprised at the fact that in theology he was a child of his time.

The early efforts at inculturating the faith by Ricci in China and De Nobili in India are well known. Moreover, the Jesuits gained prestige and influence as scholars in mathematics, astronomy and in other fields.[30] They introduced Western learning in China, cultivated friendship with influential persons and tried to communicate the faith to them.

The only Christian country in Asia, the Philippines, was converted in about fifty years. The missionaries used the local language and created a local Christian literature. Religious symbols like medals, rosaries and statues were common. External rites were popular. Processions, music, dance, solemn funerals etc. were all part of the missionary methodology. Education as well as means of material progress were given due importance.

In Japan the missionaries, feeling the great need for catechists, founded a kind of secular institute. Its members, called "Dojuku" after the Buddhist fashion, were men of strict discipline, high learning and of deep spirituality. They preached, baptized, buried the dead and rendered numerous other services to the Church. They took the vow of celibacy and of service to the Church. They received no pay and lived a common life.

During the colonial age wherever mission became a function of government, unhappy developments were not rare. At the same time there were genuine missionaries who defended the local people from exploitation.[31] Moreover, the situation was not the same all over. Thus for example, the indigenous civilization in Canada was not quite touched by French colonialists. The missionaries lived with people in villages. They adapted themselves as well as they could and tried to preserve Indian identity. In the area now called Vietnam, missionaries had to suffer much persecution. Many were expelled. So Alexander of Rhodes got the help of the local people in evangelization. These men were trained and carried out their work with remarkable success.

Having pointed out some of the missionary methods of the past, we now come to a study of the methodology used in one of the most flourishing missionary fields of the present age.

V. SALESIAN MISSIONARY METHODS IN NORTH-EAST INDIA

N.E. India is one of the most charming areas of the world.[32] The seven states of the Indian Union that constitute this region are inhabited by a wide variety of peoples, belonging to different cultures and speaking various languages. The tribals, found both in the plains and in the hills, have shown remarkable responsiveness to the Gospel. The Baptists and the Presbyterians were the first to evangelize the North-East and have reaped rich harvests. The Catholic missionaries arrived rather late.[33] In the forefront of this missionary thrust of the Church were the Salvatorians and then the Salesians. Now a growing diocesan clergy is increasingly sharing in the work of evangelization.

The German Salvatorian (Society of the Divine Saviour) were sent to N.E. India by the Holy See in 1890. In fact the Salesian Congregation here is now preparing for two momentous events, together with the rest of the Congregation for the centenary of Don Bosco's death (1898) and together with the rest of the Church in the region for the centenary of the founding of the Church. The two events are not unconnected. The torch of faith which the Salvatorian missionaries brought was further carried on by the Sons of Don Bosco. If today we have two vibrant provinces in N.E. India, trying to realize the mission of Don Bosco, it is thanks to those first Salesians who arrived here in response to the Church's call to spread the Good News of Christ. And conversely, the phenomenal growth of the Church here has been effected by the Holy Spirit using the Sons of Don Bosco who have been working according to the charism of their founder. Pioneers like Frs. Vendrame and Ravalico were eminent Salesians too. Deeply committed to the proclamation of the Gospel "ad gentes" as well to the Salesian charism of youth apostolate, they found no dichotomy in their life and ministry. One enriched the other. In carrying out the one, they fulfilled also the other. Fr. Ricceri said one, "The congregation was born and grew up and has always advanced as a missionary congregation". Perhaps, nowhere is this more true than here.

When the Salesians arrived in 1922, the Catholic community in the North-East counted about five thousand members. But numbers increased rapidly. During the first three years after the arrival of the Salesian, some two thousand baptisms were administered. The growth of the young Church was like the growth of the early Church described in the Acts of the Apostles. Fr. Vendrame, a most zealous apostle and indefatigable worker in the Lord's vineyard, is said to have baptized about 30,000 people. He is known as the apostle of the Khasis who even now remember him with deep love. What Fr. Vendrame did in the hills, Fr. Piasechi did in the plains. His zeal and ardour enabled him to baptize about a thousand converts annually.

The missionary method used by the Son of Don Bosco in North-East India was eminently Salesian. Faithful to Don Bosco's word "In the missions we must take special care of the young,

particularly the poor and abandoned", the missionaries first turned their attention to the young. And the young paved the way to the heart of the adults. The young Salesians in formation ran many a festive oratory in the villages. They gathered the young, entertained them, instructed them, and led them in prayer. Many entered the Church through the doors of these oratories.

Wherever a centre was opened there was always a school-cum-hostel for boys. Similar facilities were provided for the education of girls under the care of Sisters. These initiatives were crucial for the progress of the mission. Education in the region was pioneered by the Church. Don Bosco schools are immensely popular in the region. Because of the early growth of the Church in Shillong, numerous educational institutions sprang up in this city.[34] The fact that today there is a large number of degree holders in the Khasi Hills is a result of it. The boarding schools at the mission centres have turned out numerous lay leaders and teachers of religion. The laity have played a major role in evangelizing N.E. India. Many lay catechists devote themselves full time to the proclamation of the Gospel. Most mission centres have a set-up of head catechists and village catechists. Some of them have shown astonishing pioneering ability. They have mostly come from our schools.

The Salesian preference for the young and commitment to their education also endeared the missionary to people, who found in it the proof of this dedication and of the fact that he was interested in their welfare. Fr. Vendrame went to the extent of looking through the baptismal registers to find out children of school age and to bring them to school. Soon after the first missionaries arrived in Shillong, Msgr. Mathias opened a boarding school. That method has been preserved even to this day, with highly encouraging results.

However, new issues have come up. Earlier, schools were, indeed, powerful means of evangelization. This is still true of village schools. Many parishes run several primary schools, a few middle schools and one or two high schools. When government help is not available, the financial burden can be heavy. Yet it is worthwhile. Regarding several other schools there are still some unanswered questions. While education has, indeed, improved the quality of life, it has resulted in rural brain drain.[35] Many educated young people do not return to their villages. So the village not only does not gain, but loses what it had. And it can be extremely difficult to get dedicated teachers for village schools. So, many children do not even attend primary school. Thus while Shillong compares favourably with other major cities of India in 3 educational facilities, not very far from here there are villages where children do not even go to primary school.

It was Alexander Duff who thought that to convert India we must first draw the Brahmis to the faith.[36] He sought to win over Brahmin youth through English language education. The emphasis thus placed on English in missionary schools has

remained with us to the present day. But the original purpose has not been preserved.

Another characteristic of our missionary methodology has been constant mission tours in order to have as much contact as possible with people. Getting to know people and making oneself available for service to them, especially in times of illness and misfortune, have drawn many to the faith. It is this availability that made the Good News they preached appear good and thus credible. Striking up personal contact is necessary to prepare people to receive the Gospel message. Mission tours may be tiring and painstaking. But the missionary is rewarded by the willingness of people to listen to the message of Christ. They also shower on him appreciation and affection. He is a welcome person. This also bestows on him certain prestige which can be admirably used in spreading God's word.

Commenting on Fr. Vendrame's method of evangelizing, someone has interestingly called it the "on foot-stop-and-talk" method.[37] The great apostle of the Khasis usually travelled on foot. Not merely because means of transport were rare and expensive, but because it gave him numerous opportunities to meet people. He is said to have taken a whole day to walk from Mawlai to Laitumkhrach, a distance of four kilometres. He was never in a hurry to reach his destination. In fact, every individual he met on his way, especially if he were a non-Christian, was indeed his destination. Meeting people and visiting their homes to speak about Christ was central to his methodology.

Warm intense personal contact was the secret of the missionary miracles of North-East India. "Those missionaries who were capable of greater warmth or great intensity of human relationships, other qualities not wanting, worked the bigger miracles. Here we are not referring to some superficial etiquette or surface cordiality, but to a deeper level of human ties based on dedication, service and sacrifice, virtues that plunge the missionary into all kinds of activities and undertakings on behalf of the people with whom he has cast his lot and has come to identify himself in his aspirations, ambitions and desires." [38]

The schools and social services run by the mission provide numerous opportunities for personal contact. However, contact alone is a mere beginning. It must lead to impact. The non-Christian through the missionary must come into contact with Christ and his Gospel. Only the Lord can touch hearts and bring about the miracle of conversion. We are called to be useful instruments.

The tribal society is intensely communitarian. The religious field is no exception. The missionaries were fully aware of this fact. Fr. Vendrame hardly ever baptized just one person alone. His endeavour was to bring to the faith groups of people, the clan, the village community, possibly a whole tribe. The Christian faith, presented in a credible form, easily appeals to

the tribal mind. Moreover, the scourge of India, caste system, is absent among the tribals. Hence the Good News with its message of universal brotherhood and equality, is more easily grasped. Christianity thus becomes attractive. They make the Church a family to which they are deeply attached.

Popular devotions and practices of piety too were potent means of evangelization and catechesis. The First Friday devotion, monthly recollection for catechists, prayer meetings, annual retreats for various groups, marriage preparation courses, Bible camps, processions, were all found to be effective means in propagating and deepening the faith. Village communities gathered regularly for prayer meetings led by the local Church leaders. Groups of villages came together several times a year when they were offered the possibility of receiving the sacraments. It is thus the Christian faith is celebrated. Moreover, they have also provided an excellent opportunity to proclaim the Good News to non-Christians. The "jingiaseng" (prayer meeting) is particularly popular in the Khasi Hills. Often they are held in the homes of Christians. Friends and neighbours participate in them. Such prayer meetings are also excellent means of catechetical instruction.

From the earliest days missionaries used audio-visual aids like magic lantern, "filmine", and cinema for spreading the message of Christ. Cinema shows in those days were rare and so they attracted large crowds. Once Msgr. Mathias had as many as 10,000 people for a single show. Even people hostile to the faith attend such shows, where religious themes were so impressively communicated.[39]

Interest was taken also in spreading Christian literature. Publications in Hindi and Khasi began to appear from the early days.[40] Catechism and prayer books were prepared in local languages. The Don Bosco Press in Shillong did very commendable service in this regard. As the literacy rate in the region is going up, this apostolate becomes considerably more important.

Since the tribals are fond of music, the missionaries provided them with good hymns. The people loved to sing these hymns merrily. The tradition still holds good. Here again hymns were not only prayer, but also catechetical instruction.

The missionaries also appreciated local languages and cultures. They made pioneering efforts for the preservation and development of the former. The names of Fr. H. Elias, Fr. M. Balawan and Msgr. Bars are worthy of special mention. The Salvatorian missionaries suffered from severe shortage of personnel. So they could not fully utilize the opportunities available. The harvest was, indeed, abundant but the labourers were few. Moreover, they were plagued by ill health and disease. Eleven missionaries succumbed to such hostile conditions within a short period.

Fortunately for the Salesians there were more personnel. New missionaries continued to arrive from Europe. The amazing growth of the Congregation itself was the result of the missionary challenge that the region offered to the young. Recruitment of local vocations too was begun. Formation houses where Indians and Europeans lived together were certainly a most effective way of preparing the future missionary team.[41]

The Salesians had also greater access to financial resources than the Salvatorians. The Congregation as well as individual Salesians brought in badly needed funds, that certainly helped the speedy growth of the missions.[42]

Sisters belonging to various religious congregations have also made a substantial contribution to the evangelization of N.E. India. Often it is they who make the first contact and prepare people for baptism. Some religious communities have Sisters specially appointed for mission touring. They impart catechetical instruction and take special care of womenfolk and children. Their particular contribution to mission work is so needed especially in rural areas that Archbishop Hubert D'Rosario of Shillong has recently founded a pious association committed to this apostolate. There are many factors that contribute to making the Sisters' role indispensable in evangelization. In most societies it is the womenfolk that preserve religion and tradition. So if Sisters can help deepen the life of faith in women, there is greater assurance of fervour in Christian communities.[43] Besides, Sisters are more in number, are more used to team work and their initial training is shorter. During day time when men are out working and only women are at home, it is more convenient for sisters than for others to visit families to instruct and to foster contact.

The laity have also played an important role in the evangelization of this region. Often they broke fresh ground. At the beginning their training was minimal. Later training schools were opened. However, frequent contact with the priest was itself a training. Catechists were local men while most missionaries were not. They spoke the dialect of the people and were familiar with their culture. Among tribals it is a fellow tribal who is best suited for spreading the faith.

It is to be stated in conclusion to this section, that though the Salesian missionary methodology of the North-East has many typical characteristics, it is a mistake to think that a uniform methodology is being followed by the missionaries all over the region. The diversity of cultural contexts calls for modification and adaptation from place to place. Above all, the personal charism of the missionary adds a unique dimension to the typical methods followed in the region.

The Salesian missionary is above all a man of prayer. He knows that only God can fructify his work. So we see him praying while moving from village to village. We see him in front of the Blessed Sacrament, sharing with the Lord the apostolic yearnings

of his heart. Herein lies the secret of his strength and success, the core of his missionary methodology.

VI. CONCLUSION: PLANNING FOR THE FUTURE

Our study of the methods of evangelization used in the past and in the present, has only one scope, namely, to devise the right methodology for future missionary action. Improving methods is a constant challenge to our apostolic inventiveness. While the modern world attaches such importance to planning and strategy, the missionaries of Christ cannot lag behind. The following points could be of immediate relevance.

A. Concentrate on responsive groups and areas

The parable of the sower (Lk 8:4-15) shows how seeds sown on poor soil produce no fruit. There was nothing wrong with the sower, the seed or the method.[44] But the soil was not receptive. There are groups of people who are responsive just as there are groups that are not or are outright resistant. Every effort must be made to sow on fertile soil and thus reap a rich harvest for the Lord.

B. At the same time, avoid unnecessary concentration of personnel and resources

Shillong may be mentioned as a case in point. Historical circumstances had much to do with it. Besides we cannot judge yesterday by the standards of today. That again is no argument for maintaining the "status quo". The wisest thing to do may be to effect needed changes without condemning the past. Over-concentration in one area, even a responsive one, while not paying sufficient attention to another which too offers considerable prospects is poor methodology. Periodical meetings of confreres working in the various regions of a province are a useful way of keeping a check and of correcting imbalances. We need to be constantly attentive to the signs of the times.

C. The key personnel[45]

Everyone in the missionary team is important. We may, however, point out the key role of the pioneer and the superior. The pioneer is a charismatic figure and as such a special gift from God. Such gifts are not given in abundance. Hence when we do have such a charismatic person, he must be given ample scope. He can render a service to the Church which many others cannot. The pioneer missionary lives only to proclaim Christ to those who do not believe in Him. He is not deterred by opposition. And he does achieve results. He may be poor at organization and administration. But that is no reason why advantage should not be taken of his pioneering ability.

The superior is crucial in planning and coordinating. He must also supervise and encourage and often enough make vital

decisions. He needs to employ the personnel and resources available, however limited, to the best advantage. Hence the importance of getting the right man to fill this role.

D. Importance of numbers

"Few but good", "Quality not quantity", these are slogans we hear quite often, especially from certain centres of theological thinking in India. Not only are they meaningless but they have had disastrous consequences on missionary activity during the past few decades. The need of the Church is "many and good", "quality and quantity".

E. Priorities

Evangelization is a multifaceted reality. It contains many dimensions and calls for various activities. However, since we are limited in everything, in personnel, resources and time, we have to set priorities according to valid criteria.

F. Education

Education is a must if evangelization is to be effective. But here again, some soul-searching questions need to be asked. The basic question is not whether we should have schools or not, but how should we run them. Does the desire for prestige and efficiency somehow cripple the apostolic relevance of many schools? Is there not a need for greater involvement in primary education and in removing illiteracy? What influence do we have over our teachers? The school after all is the teacher.

G. Lay involvement

Especially in N.E. India the laity have played a commendable role in evangelization. This tradition must be preserved and improved upon. "When you do the work you are only one. When you direct a team to do the work you become legion." [46] Since so many young people pass through our hands in schools, colleges, hostels, we have abundant opportunities for preparing future evangelizers. Moreover, catechesis must stress also the missionary dimension of the Christian vocation. Renewal courses for catechists must be given priority.

H. Inculturation (See paper on "Cultures and Evangelization")

I. Development: (See paper on "Gospel and Development")

J. Less emphasis on money

No one in his senses will deny that money is necessary. But the following observations from an experienced missionary and missiologist are pertinent. He says that to increase our missionary efficiency, there must be "less worrying about money and relying on funds from abroad. The time and energy spent on

gathering funds is not commensurate with their service to the apostolate. Large funds, big buildings, material activity risk to blur the spiritual image of the Church, which appears to many outsiders not as a spiritual force but as a large business corporation. Of a group of religious superiors asked to mention their main preoccupation, ninety-five percent answered: financial resources. Their main concern should be their personnel's holiness, happiness and work, and not: "how shall we pay for his new building or this extension to the school which is badly needed?"[47]

K. The danger of stagnation and the wrong idea of consolidation

Now that the Church in this region is about a hundred years old, we can be tempted to draw the line between Catholic, Protestant and non-Christian and make these lines permanent. A wrong idea of consolidation can also result in such demarcation. The missionary thrust must continue, if we are to be faithful to our vocation at this moment of history. When we get preoccupied with ourselves the first casualty is mission.

L. Universalism

An effect of our missionary dynamism and vitality will be our concern for the universal Church. It is this dynamism that will make us heed the call for missionaries in Africa and elsewhere.

M. Missionary formation

The formation of future missionaries and the ongoing formation of those in the field rank high in our list of priorities. A climate of missionary enthusiasm ought to prevail in our houses. Courses in Missiology are necessary as part of the programme of studies. Contact with missionaries is very helpful to young Salesians. During vacation they can be given opportunities for active mission work. Formation houses could be set up in various regions of the Province.

N. Care for local vocations

The Church is not established unless there is a local clergy to continue her missionary and pastoral ministry. The missionary encyclicals of the Popes have consistently stressed this. So has Vatican II.

O. A deep missionary spirituality

The missionary of today and tomorrow, more than ever before, will have to be a profoundly spiritual man, a man of deep faith and of fervent prayer. The situation of the world demands it. Otherwise we are building on sand. And here we have the core of all missionary methodology. Without it all other methods are futile. In fact, one reason why some frown at the very mention of missionary methods is that this very important aspect tends to

be ignored. All talk of methodology will have to take this seriously into consideration.

N O T E S

1. Evangelization is understood in this paper as direct evangelization. It is synonymous with missionary activity. Cf. AG 6, Evangelii Nuntiandi 51, 53, CIC 786.
2. Cf. AG 10 - 18.
3. AG 5.
4. Cf. J. MASSON, L'attività missionaria della Chiesa, (Torino 1967) 228 -229.
5. AG 12.
6. Cf. EN 40 - 48.
7. Rom 10:17.
8. Cf. EN 42.
9. Cf. EN 46.
10. Cf. S. NEIL et al. (ed.), Concise Dictionary of the Christian Mission (London 1971), 200.
11. Cf. EN 42, 45.
12. Cf. L. METZINGER, Audiovisuals and Evangelization, in Lumen Vitae, 33 (1978) 146.
13. Cf. EN 21.
14. Cf. DINK DVC DAO, Prayer and Evangelization, in AA.VV. My Witness... Missionary Spirituality (Rome 1982) 97 - 117.
15. EN 21.
16. Acts 2:44-47.
17. Cf. D. BOHR, Evangelization -- The Essential and Primary Mission of the Church, in The Jurist 39 (1979), 63.
18. EN 76.
19. I Cor 9:16.
20. II Cor 5:14.

21. Cf. J. GRASSI, A World to Win (New York 1965) 37.
22. Cf. R. ALLEN, Missionary Methods: St. Pauls' or Ours? (Michigan 1962).
23. Cf. J. GRASSI, op.cit., 81.
24. Acts 17:2.
Cf. E. DAYTON and D. FRASER, Strategy in R. WINTER and S. HAWTHORNE (ed.), Perspectives on the World Christian Movement (California 1981) 569.
25. Cf. Acts 15.
26. Cf. R. ALLEN, op.cit.
27. I Th 2:9.
28. II Tim 1:8.
29. Cf. R. BEAVER, The History of Mission Strategy, in R. WINTER and S. HAWTHORNE (ed.), op.cit., 191 ff.
30. IBIDEM.
31. IBIDEM.
32. The North-Eastern region of India is little known to the rest of the country and is almost unknown to the outside world. It presents and unbelievable spectrum of tribes, cultures and languages, breathtaking in variety, astounding in human richness. The scenic beauty of the land is absolutely enchanting. The mighty Brahmaputra, winding its course from east to west, roughly divides it into two halves. To the north rise the great Himalayas in majesty.
33. The German Salvatorians worked in Assam from 1890 to 1915. They had to leave owing to the first world war. The first group of Salesians, eleven in all, under the leadership of Fr. Louis Mathias, reached Shillong on 13 January 1922.
34. Cf. T. MENAMPARAMPIL, Church in Northeast India, (MS) (Shillong 1974) 75.
35. Cf. IDEM, op.cit., 77.
36. Cf. R. BEAVER, op.cit., 199.
37. Cf. S. LYNGDOH, Fr. Vendrame's Effective Method of Evangelization, in Regnum, 56 (1987) 7-9.
38. T. MENAMPARAMPIL, op.cit., 70.
39. G. CASTI, La Missione dell'Assam dall'arrivo dei Padri Salesiani alla sua elevazione a diocesi (MS) (Roma 1975) 231.

40. IDEM, op.cit., 233 ff, 297.
41. Cf. A. PIANAZZI, Dare and Hope. (Madras 1971) 76.
42. Cf. J. ALMEIDA, Missionary Methods in North-East India, (MS) (Shillong 1987) 22ff.
43. Cf. E. LE JOLY, Evangelization, (Calcutta 1986) 113.
44. Cf. C. WAGNER, The Fourth Dimension of Missions: Strategy, in R. WINTER and S. HAWTHORNE (ED.), op.cit., 577.
45. Cf. E. LE JOLY, op.cit., 94.
46. IDEM, op.cit., 108.
47. IDEM, op.cit., 97-98.

+
+++
+

*

IV. WORKSHOP AND GENERAL DISCUSSIONS

"METHODS OF EVANGELIZATION" 28/10/1987

Question 1. Do we have a definite plan of evangelization in our province? If not, what steps are to be taken to chalk out one? If yes, how can we improve on it?

WORKSHOP REPORT

The Bombay Province has a definite plan with priorities for the Ratwa tribes and caste Hindus (Thakors) in Gujarat and Harijans in Maharashtra. The following improvements were suggested on the plan: to have more specific plans for recruiting local vocations, exposure of those in formation to mission areas, language and culture, promotion of mass media, using regional language for theology. The Sisters whose province is newly constituted have begun moving into mission areas.

The Bangalore Province felt that at present there is no definite plan for evangelization in the province. The last provincial chapter had decided to chalk out a plan for the whole province, and each community has been asked to prepare an E.P.P. (Educative Pastoral Plan). Participants from Bangalore province decided to meet together and plan out a definite programme for the province to be presented to the provincial.

Madras Province has a commission for parishes and missions, but the province lacks a definite plan of evangelization. It was proposed that such a plan should be chalked out for evangelization in which all confreres participate. Laity should also be prepared at parish and provincial levels for evangelization.

Calcutta Province has a definite plan of evangelization. The province has been divided into three working areas - Bangali, Santali, Adivasi. It is carried out through parishes, hostels and other centres and through programmes like, Bible study, catechesis etc.

Dimapur Province had made certain plans in 1982, when the province was formed. However, it was not written down. In meetings of Rectors and Parish priests certain specific programmes are drawn up. The pastoral plan of the diocese was also accepted as part of the province's plan for evangelization.

Gauhati Province has a definite plan. The recently drawn up Province Directory and the deliberations of the Provincial Chapter contain definite lines of action regarding this. The regional meetings of confreres of the three regions to which the Bishops of the respective regions are invited, are a help in formulating and implementing definitive policies for evangelization.

GENERAL DISCUSSION REPORT

When it was asked whether a national plan for evangelization exists, the need for and feasibility of such a plan was questioned. What we need more are regional level plans. Further, it was pointed out that the various initiatives of the SPCI, Don Bosco Youth Animation-India, and Project Africa are factors that point towards a national plan for evangelization.

Question 2. How can we make our educational institutions effective means of evangelization? What Salesian methods of evangelization are relevant in this regard?

WORKSHOP REPORT

We can make our educational institutions evangelically effective:

1. by conducting regular moral science and catechism classes, using the Bible in both cases;
2. by conducting camps (Bible, leadership, orientation, etc.) for the students;
3. by the appropriate use of mass media;
4. by making the students themselves agents of evangelization;
5. by the animation of the staff to make them better collaborators with us;
6. by making our educational institutions more available, even after school hours, for social service activity, and for the activities of various associations that promote evangelization directly or indirectly;
7. by having a person in each community to follow up the community's evangelization efforts.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Our educational institutions can be made evangelically more effective if the social service activities of the school, where the children of the well-to-do study, are extended to our out-stations where needy Christians are found.

Question 3. Do the methods of evangelization used in the past have any relevance for us Salesians today?

WORKSHOP REPORT

The traditional methods and means used in the past are relevant even today, though in some cases slight modifications are required. Frequent missionary tours, schools and boardings, congresses and prayer meetings, mass media (films, slides etc) and theatrical arts (drama, music), are all relevant means of evangelization. The training and employment of catechists, approaching adults through the youth, youth apostolate and training of leaders are all ever valid methods of evangelization. Salesian friendly presence, marked by loving kindness, and witnessing through work and prayer are relevant and effective at the present times.

GENERAL DISCUSSION REPORT

Traditional methods of evangelization used by great missionaries like St. Paul are not only relevant but are even indispensable. Touring of villages by Sisters, during which programmes of differing duration are organized, have proved to be a very effective and valid part of the missionary methodology of the North-East.

Blessing of houses, visiting, praying and caring for the sick, well conducted and inculturated liturgical celebrations, and helping the poor in need have always proved to be effective. Associations like Mahila Sangha, sodalities, and vocational training centres are some other effective means at the disposal of the missionary.

CONCLUDING REMARKS of FR. LUC VAN LOOY

In his concluding remarks, Fr. Luc underscored the need for a definite and written plan at the provincial and local levels. "Our planning", he said, "must not only be horizontal (territorial). Our strategy is not only for expansion.... not only "where" but "how". The latter is more important.

In a diocesan set up like ours, our strategy is to offer a specific youth pastoral. A diocesan plan is not equal to a Salesian plan even if the Bishop is a Salesian.

A written plan is necessary so that we can review our plan from time to time; we can hand it down to our successors, thus ensuring continuity. We are basically aiming at a community based on Christian value.

```

      +
     +++
      +
*****
*****
*****
***
*
```

SALESIAN MISSIONARY SPIRITUALITY (I)

Fr. Mathew Vadakel
Shillong: 28/10/87

I. INTRODUCTION

- 1.1 To remember the past to understand the present and to look to the future: Interpretation of the past to understand the present with a vision of the future. (Fr. A. Pianazzi).
- 1.2 Not a comprehensive or detailed approach but a schematic and outline approach is followed.

II. SPIRITUALITY: What it is ?

- 2.1 In the past, the term was originally looked down upon by Christian circles in the context of a situation of an unbridled freedom, (spirit is free): 17th cent. In Christian above all Catholic circles it was known as "ascetical and mystical theology" as an adjunct to moral theology.
- 2.2 There were different schools of spirituality: Spanish, French, Italian and Flemish.
- 2.3 After Vatican II we go back to the Pauline understanding of spirituality; Pneumatikos is the person who lives by the spirit of Christ. Earlier Spirituality followed a structured pattern of asceticism: avoidance of evil, practice of virtue through formation of habits, reaching to perfection (holiness): the purgative, illuminative, unitive ways.
- 2.4 Today we may describe spirituality as follows: It is the sum total of attitudes that are derived from the encounter between man and the spirit of God; this God-man encounter takes place within the context of a world-vision; these attitudes are expressed in actions that indicate a way of living.
- 2.5 For the Christian this vision is based on 4 elements that constitute the world: God, Church, man, world. His attitudes express or are formed by his understanding of the relationship between these four elements.

III. SALESIAN SPIRITUALITY

The specific spirit (attitudes) that initiates and sustains a way of living started by St. John Bosco and continued by his followers.

3.1 DON BOSCO'S SPIRITUALITY

His approach to spirituality, like theology, was post Tridentine and traditionalist; the Italian school of counter-reformation influenced his thinking. Sts. Alphonsus Liguori, Philip Neri and Vincent de Paul to some extent, shaped his theological thinking and spirituality.

3.2 THE TRANSCENDENTAL IN HIS LIFE

God was majestic, yet a loving Father and a Provident one as well; he repeated the Ignatian formula, "ad maiorem Dei gloriam". Even missions to foreign land were also for the glory of God. But He is a severe judge in the next. Fear of the Lord is the beginning of wisdom.

3.21 CHRIST-CENTERED IN THE EUCHARIST

Jesus is a loving persons; hence personal attachment to the eucharistic Lord; He is to be loved and imitated; He is gentle and humble of heart.

3.22 THE BLESSED VIRGIN

MARY, as a mother has taken the pride of place in Don Bosco's spirituality. From his tender age, taught by his own mother, Don Bosco grew up through a filial devotion to Mary. And he attributed all his success to the maternal intercession and intervention of Mary. Today many would consider his Marian devotion as an exaggeration.

3.3 ECCLESIAL

The Church was an institution; "One who does not have the Church as mother cannot have God as Father". St. Cyprian's words were clearly accepted. Therefore outside the Church no salvation". There is need to bring as many as possible into his fold. Implant the Church everywhere. Don Bosco strenuously inculcated the study of the history of the Church.

3.31 THE POPE

The Pope is the centre and symbol of unity in the Church. Hence personal attachment to the person of the Pope. In the context of the movement for Italian unification Don Bosco saw the inevitability of the Pope losing his temporal possessions; yet he upheld the theory that he needed the temporal power in order to sustain his

religious independence.

3.4 POPULAR IN FORM

Don Bosco was not a theoretician, nor a great theologian. He was a practical man; he did not insist on his followers being trained in any special form of prayer or spirituality. In view of training his boys he preferred to inculcate popular devotions; the Salesians were to follow the same devotions as the boys. He wanted to make sanctity available for all. There is an accusation that there is not much depth in Salesian spirituality.

3.5 HUMANISTIC

His anthropology was simple; man is made of body and soul; the body is like a cage that imprisons the soul. Look after the health of the body (mens sana in corpore sano) in order to be able to save the soul. The soul is to be freed through interior mortifications. (of will and affection - obedience, purity) rather than through external penances. The world is full of evil. Hence flee from occasions of sin. Don Bosco did not have the modern view of the person as an integral being (body, soul, spirit).

3.51 OPTIMISTIC AND JOYFUL

In every boy there is something good. Hence each boy is to be loved. Jump and play and do whatever you want, provided you do not sin.

3.52 His great care to train the young to earn a living; the trade, technical schools etc. He sought true human progress. He was a pioneer in trade union movement in Italy.

3.6 SACRAMENTAL

According to the Italian school, Penance and the Eucharist are two complementary sacraments. The sacrament of Penance was instituted by God for the forgiveness of sins committed after Baptism.

3.61 The Eucharist primarily referred to Holy Communion. Opposing Protestantism Don Bosco insisted on the real presence; hence his insistence on devotion to Jesus in the Blessed Sacrament. Don Bosco was not able to integrate the Mass with Holy Communion.

3.7 ESCHATOLOGICAL

Following the counter reformation programme, Don Bosco taught man's life is a pilgrimage; he must keep in view his destination; thus the importance of the last things. The

concept of retribution was very much accepted as a salutary means to a proper Christian education; hence Don Bosco's insistence on the exercise for a happy death, his frequent references to the joys of heaven, punishment in hell etc.

3.8 INDIVIDUALISTIC:

"Save one's soul" was the theme that was paramount in Don Bosco's life; "Let me be your friend, help me to save your soul".

- 3.81 Personal perfection is attained through the practice of virtue; purity (which he called the angelic virtue) and obedience (in the context of holiness for youngsters) were the two virtues Don Bosco insisted upon. The ideal was personal holiness or sanctity.
- 3.82 Personal asceticism (more interior than exterior) was the support for growing in sanctity and for the Salesian "work and temperance" were the two counter forces for the weaknesses of human nature.
- 3.83 Even the practice of charity was for the sake of attaining to perfection and to realize one's own salvation: "salvando salvati".
- 3.84 Personal happiness was the means as well as the expression of one's state of holiness: "Here we make sanctity consist in being happy".
- 3.85 Sanctity was centred on the heart; the heart was considered the centre of a person's being; it is the heart that speaks, understands, listens; it is the source of love. Hence Don Bosco loved each boy personally; his was a personalized love. Was not this the basis for the devotion to the Holy Eucharist and the Sacred Heart?

IV. MISSIONARY

Don Bosco's spirit was essentially a missionary spirit. A missionary is one who is sent by God/Church/community with a message for the world/man; the missionary is the sum total of the attitudes of the person who brings this message from God to the world.

- 4.1 Don Bosco was a man sent by God; the Spirit of God informs, forms and confirms this individual for a mission. (Art. 1)
- 4.11 The specific characteristics of his experience of God:
 - through the education to faith that he received from his mother.
 - the significance of his dream at the age of 9; expresses his basic attitude of having been given a mission; he sees a specific future.
 - it flourishes into his decision to become a priest.

- 4.12 His commitment is in answer to the felt needs of the youngsters:
 - from his own experience of privation
 - from parental love/parish priest
 - from material goods needed for sustenance.
 He meets himself in the street urchins of Turin! He could thus understand the needs of these youngsters.
- 4.13 The dreams he had are also manifestations of his great preoccupations; there were dreams on the missions too.
- 4.14 From his childhood, he is a missionary among his companions: organizes the "Club of Cheerfulness" during his seminary days.
- 4.15 The missionary ambient of the times: At the end of 18th C scarcely 500 missionaries in mission lands. A lot of literature and information about mission lands was available; these created great enthusiasm for the missions; a new mission impulse was generated in the Church. Vatican I had prepared a schema on the Missions. A number of new Congregations were established for missionary work, e.g. Oblates of Mary, SVD's.
- 4.16 Don Bosco studied about the missions, detailed geography of Latin America. Don Bosco received a silver medal from the Geographical Society of Lyons in 1886 for the paper in which he described the geography of Patagonia. He presented it as something he learned in a dream, narrated in 1883.
- 4.17 His compelling motivation was the maxim: "Da mihi animas, coetera tolle". His recommendations to the first missionaries.
- 4.18 His methodology was simple: educate the young and through the young reach the adults.
- 4.19 A specific missionary characteristic was his openness:
 - respect all authority, civil and religious
 - respect other religious congregations
 - love one another - charity in all things.

V. SALESIANS CONTINUED THIS SPIRIT in the missions.

- 5.1 While seeking souls, they made sure of real human progress; worked hard for the betterment of human situations.
- 5.2 Salesian contribution to local culture, through development of languages, art, music, and above all indigenous vocations, has been enormous.

VI. NEW PERSPECTIVES

Post Vatican II missionary perspectives:

- 6.1 The Council has laid the foundation for a different world-vision. God enters the history of man:

Creation	---->	Creator
Exodus	)	Liberator
Incarnation	)	Saviour
Parousia	---->	Judge; a new heaven and earth

6.2 A new ecclesiology

The kingdom of God, Reign of God is based on relationships. It is a community of believers gathered around Christ to praise the Father: sacraments are a celebration of this community. A Holy Communion.

6.3 A new way of understanding Evangelization (missionary work)

The aim of evangelization is transformation of humanity; it is the whole reality of man that is to be saved. "For the Church, evangelizing means bringing the Good News into all strata of humanity, and through its influence transforming humanity from within and making it new... For the Church, it is a question not only of preaching the Gospel in ever wider areas... but also of affecting and, as it were, upsetting, through the power of the Gospel, mankind's criteria of judgement, determining values, points of interest, lines of thought, sources of inspiration and models of life, which are in contrast with the Word of God and the plan of salvation". (E.N. 18-19). Fr. E. Viganò our Rector Major calls the two documents Evangelii Nuntiandi and Catechesi Tradendae, the "deepening and flowering of Vatican II. Today man's main interest are power, pleasure and money. Are these in consonance with the Gospels?

- 6.4 Hence the Evangelizer (missionary) has an evangelical way of God experience: Forgiveness = freedom leads one to love one's neighbour - fellowship. The woman in Simon's house: Lk. 7,36-50. Like Zachaeus, he is transformed: justice to the oppressed and equal share with the poor = fellowship.

- 6.41 The God of the Bible is a God who loves man; He wants him to live in freedom to love others: "I have heard their cry... have come down".(Ec. 3,7-8); God enters the history of man to help him to recognize his brother: Ex 3,7-15; Gen 4,8-10; Gen 18,16-19,14; Mt 25,31-46. The whole law is summed up in one single command; "Love your neighbour as yourself." (Rom 13,8-10) "This is my commandment: love one another as I have loved you". (Jn 15,12) GENUINE GOD EXPERIENCE LEADS TO GOODNESS OF HEART: B O N T A'

- 6.42 This was also the God experience of Don Bosco. Though deprived of everything in life, he was full of the Spirit / love of (from) God. That made him enthusiastic to share that love with others.
- 6.43 Like Don Bosco, the Salesian missionary understands the needs of the poor/those to be evangelized; he incarnates himself in their midst. (Art. 41)
- 6.5 This incarnation implies / demands certain definite attitudes
- 6.51 Appreciation of the people to whom he goes; there is always something good in every child, in every culture, every religion.
- 6.52 He shares in their problems and difficulties - their way of life.
- 6.53 He recognizes their participatory role to accept the message and to build up the Kingdom; Dialogue, collaboration. Hence the need of:
- 6.6 Humility to dialogue, to play a secondary role.
- 6.7 Availability to people, not as a patron or as a middle man, but as servant: enthusiastic, dedicated, suffering...
Is 42,1-7; 49,1-9 and 52,13-53,12; Phil 2,5-11.

VII. THIS IS THE SPIRITUALITY OF THE GOOD SHEPHERD (Jn 10,1-21; Lk 15,4-6). Knowledge, love, dedication/self-offering are the qualities found in the Good Shepherd. Was Don Bosco a Good Shepherd? What does his dream at 9 indicate?

- 7.1 Why did Don Bosco not develop a devotion to the Good Shepherd? He was a man of his times; he took up devotion to the Sacred Heart.
- 7.2 We should be followers of Don Bosco for our times. The Evangelizer endowed with the spirit of the Good Shepherd is ready to lay down his life in order that others may have life. IN THIS PROGRAMME HE IS GOADED ON BY THE HOPE OF A BETTER FUTURE, for oneself and for others.

B I B L I O G R A P H Y

- | | |
|------------------------|---------------------------------------|
| 1. Amalorpavadass D.S. | Indian Christian Spirituality. |
| 2. Amato Angelo | Inculturazione e formazione salesiana |
| 3. Desramaut Francis | Don Bosco and the Spiritual life. |

4. Pope Paul VI

Evangelii Nuntiandi.

5. Stella Pietro

Don Bosco; mentalità, religione
e spiritualità.

6. Scotti Pietro

Missioni Salesiane 1875-1895 edit.

7. Viganò Egidio

Mistero e Storia.

8. AA.VV

Centenario delle Missioni Salesiane
Discorsi commemorativi.

+
+++
+

*

V. GENERAL DISCUSSIONS

SALESIAN MISSIONARY SPIRITUALITY (I) 28/10/87

Treatment of the theme "Salesian Missionary Spirituality" by Fr. Mathew Vadakal consisted of two parts: a written paper and an oral exposition.

Given below are a few points for his oral exposition:

1. The basis of all spirituality is God experience (spirituality).
2. Experience of the liberating love of Christ makes us go out to others (missionary).
3. The goodness of heart (Bontà) which is an essential element of Salesian missionary spirituality is a discreet result of the experience of God and his love.
4. Salesian missionary spirituality is incarnational, namely it is open to the goodness present in man, in others, in cultures. It calls for an attitude of appreciation, sharing and availability (Salesian assistance), acceptance of the participatory role of individuals, humility to play a secondary role, availability like the suffering servant of Yahweh.
5. Salesian missionary spirituality has as its model Jesus, the Good Shepherd. The qualities of the Good Shepherd were truly present in the life of Don Bosco.
6. Salesian missionary spirituality consists in following Don Bosco, not merely copying (imitating) him.

CONCLUDING REMARKS BY FR. LUC VAN LOOY

No perfect description of Salesian missionary spirituality exists. We are trying to describe it in various ways. Two basic elements in the Salesian spirituality are goodness and presence. We have shown keen interest in knowing Don Bosco and the Salesian missionary spirituality. But it will take more time and more prayer to spell out clearly such a spirituality. Don Bosco did not describe his spirituality; he was so full of it. He was working while praying, and praying while working. Jesus too did not describe his spirituality, he lived it.

* * * * *

SALESIAN MISSIONARY SPIRITUALITY (II)

Fr. Luc Van Looy
Councillor General for the Missions
Shillong: 29/10/87

The Salesian Congregation has always had a strong orientation towards the missions, and a simple glance at the history of the congregation makes us aware, that this was the thrust that Don Bosco was giving right to the end of his life. The missionary orientation is a fundamental element of the Salesian Charism. Many missionaries in all the continents in their Salesian way, have directed their attention to the necessity of education, of personal help and of the evangelization of the young and the common people, not forgetting our very meaningful presence among the uneducated tribal people, to help them and bring about a human development, based on the Gospel, ever keeping in mind, that each person is created in the image of God.

OBSERVATION

It is to be noted that we have made a little noise about our missionary endeavours, but we have as a congregation worked much. Some would like us to "blast the trumpet" and make everyone know the reality of our missionary expansion, with a great deal of publicity.

But it is very obvious, that we have corked much, and we can say that we are more men of work, than of words, or even of the written word. Little has been done to pinpoint the typical aspects of our Salesian missionary endeavour. We can ask, how do the missionaries bring about the charism of Don Bosco into their missionary enterprises. How do they bring the Preventive System into the educational environment? What is it that particularizes them, when they present themselves among other missionaries of other congregations and among evangelical workers in the various dioceses, or among the lay people? These questions require that we go deeply into our Salesian constitutions, and see our missionary orientation, as envisaged in both the constitutions and regulations. We do see that there is a "Method" of being present and being involved in the cultures and in the lives of the people whom we are seeking to evangelize. Articles 6, 7, 42, 48, 57, 79, and 100, speak of cultures and our specific mission in view of these cultures. As regards missionary activity, we have articles 30 and 138 of the constitutions and articles 18 and

22 of the regulations, which give us an enlightenment.

Today in the Church we find that collaboration between the Churches is emphasized. This always leads to dialogue with the people, with cultures, with religions, ideologies and political systems. The guiding principle for this, is the participation of the Church in the lives of men, in their hope and anxieties. We do see how the Holy Father in his talks, wants to be involved in all the fields of human life. This makes us realize that in dealing with evangelization we touch MAN who is to be perfect according to the example given to us by Christ Himself. The expression of dialogue takes us back to Don Bosco who insisted with his Salesians that unless there is an involved participation in the life of the young, no real education is possible. Don Bosco lived a life of union with the spirit and lived it fully aware of the profound needs of the young, and was able to combine the concept of God and of man with the will of God for them. His educational style is based on the dynamics of receptivity from the two poles, God the Father on the one side and the young on the other. It was to be an education based on relationship, in the true sense of the word, between the Educator and the Educand, and their own relationship with God. This is the very essence of the educational system of Don Bosco.

The bringing of this charism to a particular Church in other countries and to people not yet evangelized is the very essence of the specific missionary vocation of the Salesian.

The offering of this charism to a Church in a region, helps to make that Church more ecclesial, and enriches the ecclesial reality of the territory and the people. The charism of Don Bosco is in no way limited only to the members of the Church, but it goes beyond them to all the young, and it functions in any culture, religion and ideology, since it is based totally on GOODNESS, a manifestation of love that anyone understands, as an expression of the goodness of the Good Shepherd, a person who cares for others, and this love is never in any way denied to anyone.

THE PREVENTIVE SYSTEM

When we refer to the Preventive System, we think of a method that embodies in itself, the presence of God, a way of true salvation. The fundamental element of Salesian pedagogy and evangelical methodology is essentially Pastoral Charity" which is a concentration of all the various activities and concern of the educator, and in one word it is truly the HEART of the Educational-evangelical system. The young have the right to be loved by the educator, and the educator must make the young aware that we love them.

THE PRINCIPAL CRITERIA OF SALESIAN MISSIONARY ORIENTATION

The constitutions underline the importance of responding "in a Salesian way" to the urgent needs of the peoples to be evangelized (C. 138), and this response expresses the Salesian spirituality lived in the missionary setting. Here we do not enter into a discussion on the question of the concept of the mission, or the shifting in the meaning of this concept as re-evangelization or primary evangelization.

1. Contemplative In Action

WORK

WORK for the Salesian is a strong element of his spirituality. His practice of poverty is linked with his mission with the young; his dedication to the needs of his people makes him give himself totally to his task. At times, even to the detriment of his own reflection or study, the Salesian is dedicated to work. He is termed "tireless" in carrying out his mission. Inspired by the "Da Mihi Animas" the Salesian thrusts himself into his work, fully understanding the implication of his vocation. He starts from the conviction that it is God who has called him, and will not question Him, on the limits of his call.

CONTEMPLATIVE

He has a simple programme of prayer, often with the people, and with the young, hearing confessions, in the Holy Eucharist, in animating the prayers of the young, and in his preparation for preaching the Word. He tries to present it in an easy and understandable way to the young, and he makes a very practical reflection on the word. The Salesian missionary prays with the sermon in his mind; he seeks suitable words for guiding prayer, which he himself has reflected upon. His reading of Holy Scripture is not divorced from his catechizing. The mind of the missionary at prayer, is full of "methods" to present the message. "How can I present this message that the young or my people, may grasp this message?" This is the content of the prayer of the Salesian missionary. This requires from the missionary an ability to enter into the mind of Christ, the Messenger of the Father and to know the receptability of his listeners.

SALESIAN ACTION

The typical action of the Salesian is above all, an availability for all kinds of work, on behalf of the people to whom he has been sent and who are entrusted to his care. There is no limitation to the kind of work. A Salesian missionary can pass from one activity that is essentially religious to that which is cultural or material without difficulty. As Don Bosco could

turn his hand to many tasks, so the Salesian is capable in many fields. Together with this availability there is also a certain simplicity and flexibility. This arises from the fact, that he is convinced that all that he does, is done with the sole motivation of doing good to others, and for this reason he makes himself proficient. Constant activity and the many calls to many necessary tasks brings with it, the true danger of activism and of superficiality. This can only be remedied by the inner force which alimnts, orientates and brings about definite balance in all that he does. A good missionary is able to insert into his routine a slot for prayer, even prolonged prayer, for reflection on his intentions and personal activities. He takes just that little time to reflect on himself, before he turns into bed at night, and also each morning he enters into a profound dialogue with the Lord, telling the Lord about his own personal needs and the problems which are ahead of him. This allows him to remain in His presence in all he does. In the long run, he realizes that the vineyard does not belong to him, even though he pours out his energy in it.

2. Education - Profane and Religious

The Salesian makes himself present in the world of culture, of learning and of education. There is a balance between the main elements of missionary activity, namely education, evangelization and development. In everything, he is essentially an educator, not at all forgetting the elements of evangelization and development. In works of development we lay stress on the educational aspect in this area. A Salesian House, will always be recognized by the all predominating presence of the Young, who have to live a truly human, cultural an Christian life.

PROFANE EDUCATION

With our aim of educating the young and the common people, the scope of our mission reaches to many people. Not only our pupils, but the past-pupils, the parents, the people of the neighbourhood where we are present, are within our educational "lens"; and our attention is directed to them. Not only is our task directed to the school-youth, but with stronger intensity should we direct our attention to the young after school, through groups associations, sporting, activities, etc...

The school presents us an occasion, a possibility to qualify teachers and to raise the standard of life on all levels, cultural, moral human. Collaboration with lay educators, gives us the possibility of an insertion which is very deep in the cultural life of the people. The education of the vast masses is often a very difficult thing, due to distance, the lack of means and often times a "Babel" of languages. The missionary at times finds his way to them through social communication. There is not a corner "unreachable" by radio and there is no language which the radio cannot transmit.

RELIGIOUS EDUCATION

Religious education offers possibilities for us to bear witness to the Gospel values in life, deeply united in all aspects of life. Faith education is not made in an abstract manner. It is a communication of one's convictions, that is an invitation to the young and an inducement by good example of the educator to follow the very life of the educator. Education, whether it is profane or religious requires from the Salesian missionary an in-depth study. The lack of books and the few qualified personnel as educators and even the need to qualify the educators, requires the missionary to take in hand not only his own on-going formation, but also aid the others to get qualified in didactics, and in the content of education... This in one of the precise tasks of the missionary! - to animate and to involve himself in the qualification of the animators of the mission, teachers, catechists and Church leaders. The task of qualifying his educators is perhaps the most important duty but not always the easiest one. We have been called to lay before the Church a pedagogy, a viable "strategy of evangelization".

3. The Oratory - Don Bosco still living with us

One of the characteristics of the people of the "third world" is their spontaneous correlation and that deep feeling of belonging to the family. This correlation runs along the pattern of tribal living, laws and morality. Their attitudes are ordered according to their living tradition. Their closeness to life and the mobility of the necessities of life, makes the structures less rigid and formal, nevertheless clear for all. The sense of time is broad. Value is placed not on efficiency or on realization of a work in terms of time and material considerations - but on correlation or belonging and on being part of a group or an extended family.

Don Bosco provided his young with a home, a place where they felt they were accepted without submitting these boys to a rigid and formalistic structure. Life in the Oratory was founded on the basic formula of good Christian living and personal attachment to Don Bosco and correlation among themselves.

THE PRESENCE

The Oratory found its strength particularly in the presence of the educator as a brother among the young. The teacher-friend relationship that is spontaneous in games and leisure time forms an educative and evangelizing value. In fact a game becomes educative or evangelizing because of the presence of the educator or evangelizer. We find (Cons. 40) that the life of the young is synthesized into the unity of a home, playground, a parish and a school, by the relationship the friendly influence of the educator-evangelizer which raises the life of the young to the level of a true school of Humanity. The Presence of the

Salesian among the young helps the Salesian to know the mind of the young and to lead them to relate to one another up to the point of being able to forgive one another when necessary, and so to participate in the value of salvation.

THE POWERFUL FIGURE OF DON BOSCO

Valdocco as a model and the impressive figure of Don Bosco animate many Salesians, the laity and the young, to a presence that is at once spontaneous and sympathetic among the young who are abandoned and in need of education. The same pastoral love that motivated Don Bosco, becomes for the Salesian Missionary a model, a driving force and a dynamism. It is an important factor to present Don Bosco and make him known by his Salesians, and in this way invite the collaborators and the young to follow this model.

SPONTANEITY

The Oratory as well as the youth centre opens the young to many things that a school finds difficult to offer. Its flexibility, its openness to creativity and initiative, unlimited possibility on the part of the young and adults for all kinds of collaboration, makes the oratory a living reality typical for young people. It is not overburdened by structures, nor does it have a rigid top-heavy overstructure, it is not limited to a building, or a type of official administration or organism. This sense of freedom, which is basic, makes the Salesian an educator and an evangelizer, who is sympathetic to the point of being open to all circumstances and ready for any eventuality. In a very simple way, he adapts himself to the situation and the circumstances and the space, in which he finds himself. In the educative activities, like the theatre, sports, prayer, he finds ways of stirring up the young to corresponsibility.

THE SENSE OF THE FAMILY

Within these informal structures, the correlation between the various elements of organization and structures, develops that deep sense of participation. Not only the young, but even their families participate in the life of the youth centre. The influence within the neighbourhood comes from the fact that the young make known to their families, what is taking place in the Oratory, and also the family participates in the life and the initiatives of the Centre.

POVERTY OF LIFE-STYLE

In the Oratory the Salesian life finds it comparatively easy to come down to the level of the people (A. Caviglia, "La concezione missionaria di Don Bosco" p.13). The Salesian gives his priorities to persons without being drowned with complex structures. The Salesian community therefore ought to have the ability for a humble presence, living in syncopation with the rhythm of life of the people, and having the courage to plan out for evangelization, education and the development of the people, when it is necessary and when it finds it necessary.

THE LOCATION OF THE ORATORY

The character of an oratory demands that it be present in the midst of the people and in thickly populated areas. The free access to the activities of the centre, require for various motives a good presence of educators to welcome and accompany the visitors. In the Salesian oratory, "we encounter the young at their present stage of freedom" (Cons. 38), the young therefore have a decisive roll in the oratory.

4. The community as the fountain of action

Evangelization by its very nature means the creation of a Christian community, which is based on the gift of communication and the initiative taken by God for man. Evangelization strives to perfect not only man, but groups of men. Not only does evangelization seek for conversion of the individual, but of the human community in all its various facets. The incorporation of young people in our work and the formation of good lay collaborators are fundamental aspects for building up a Christian community. The point of contact is not so much the mission as a centre of worship or the school - but the people, the local community. To enter into this the Salesian missionary assumes the values of these people and shares with them their anxieties and hopes (Cons. 30). Don Bosco gives us the key to this formation of a Christian community, a presence among the young, 24 hours a day.

THE MISSION IS PART OF THE PEOPLE AND THE PEOPLE ARE PART OF THE MISSION

The involvement of the missionary and his integration into the world to be evangelized are the elements that form the basic structure of an evangelization which is well done. He accepts as his own the genuine totality of his people. As far as possible the Salesian identifies himself with his people as Don Bosco was able to do, to love what the young were loving. Not only does he speak their language but he understands them from within. He shares their life, he himself becomes a part of their history, and involves himself in what interests them. These are the signs

of his deep belonging to the community of the people. The customs, food, language, etc., of people are also his and he is really at home among his people.

THE ECCLESIAL COMMUNITY

The Salesian makes himself part of the local Church in all its endeavours. His collaboration with pastoral projects of the dioceses, his insertion into the life and activities of the local Church, his unswerving fidelity to the directions given by the Pastors are important elements in the life of the missionary. The Salesian is one who pushes the Catechetical and youth pastoral programme of the diocese, he defends the rights of the needy in the country, he speaks for those who cannot speak for themselves, and stands for the poor and the abandoned young in the performance and the administration of the local Church. This interest that he shows is not self interest, or because of his personal qualifications in one or other sectors, but precisely because he is a member of the Salesian community, and therefore dedicated completely to the benefit of these. For this dedication requires a style of life that is poor and a clear and convincing witness of fraternal life. Only if as a community the Salesians are able to enter into the life of the people, sharing their experience, will they know how to have that capacity to stand for them, and in this way to live their vocation.

A COMMUNITY OF RELIGIOUS

Communities can be seen under three different aspects. The greater community, which is the community at large, the ordinary community which goes under the name of civil community in which the group of evangelizers insert themselves, then there is the community of the Church, in which we have finally the Salesian religious community which is more restricted in itself. The role of the community of religious is that of a life of witness of their fraternal life. Thus every aspect of its life, whether it be a prayer, the community programme, the participation of the community in its own duties and the works of co-responsibility... the community (religious) by its very nature is an inspiration for the life of the larger community in which it operates. The community is a point of reference, a place of support, and a place of reflection and growth, which does not cut it off from the mission to the people. The community grows in intimacy with each other and in intimacy with the Lord, so that they build an apostolic community based on continual union with each other and the grace of God.

In most cases the missionary community is particularly small, and for this reason there is need of a maturity of the members. The community is a place of reflection, of interiorizing values, of study, of sharing the experience and the hopes that the missionary lives out with his people. In a very

special way, the community is important for the "Touring Missionary". He returns to the community as to the fountain of pastoral charity, a place of rest and of human understanding, a place where he can prepare for his next tour. Even though the community may be small, it ought to be deep and accomodating (Cons. 56) to make it possible for the confrere who is tired and lonely, to break out of his solitude, and to share with his confreres the richness he has experienced in being close to God, to nature and to his people. In this fraternal communion, the Salesian "refuels" his own heart and that of his confreres with friendship, that re-animates him and renews his spirit. Here the touring missionary reads, studies and prays, he brings himself up to date with the latest world development, with the news of the Church and the congregation, so that he may return to the villages, and return with a wider and more universal vision.

Around this community of religious there grows a circle of those called to participate in the mission. The Salesian co-operators, the religious institutes which co-operate with us, the past pupils in their own way, especially those who are engaged in the mission, all of these become part of the same educating and evangelizing community. The specific character of the concept of the community that Don Bosco envisaged was that the community should place on the first rung the mission of working for the salvation of the young and of the people. Many lay persons and the young and also religious who appreciate our life-style and mode of work are called for this reason to collaborate in this work. It is a basic element for the Salesian mission to know how to involve the laity in the pastoral action and to make them feel co-responsible in the totality of the mission. The spirituality that the community of religious Salesians lives within itself, will have a direct influence on the collaborators who have made themselves co-responsible collaborators. Together with them and through them, this spirituality has an influence on the young and the people of the area, to make the charism of Don Bosco become the "Property" of the people.

INCULTURATION

When we consider this important aspect of our Salesian missionary vocation and identity, in the first place we distinguish between the two different ways of looking at it. Speaking broadly from an anthropological point of view, there is a tendency to put cultures side by side and compare them. The missionary in this case would leave one culture and insert himself into another culture, accepting the inherent values and living according to these.

In the process of evangelization, the term cultururation means "to present the message of God to a people and culture, in such a way, that the message is understood and accepted by them as their own". In this sense we may use more correctly the term incarnation of the message in the culture.

The anthropologist speaks of parting from one culture and tending towards another with a full understanding and intuition which makes it possible for us to participate in the values of this culture. The evangelist instead starts from God to make known and help the people to live the values of God in the context of the culture and of the people in whose life he is inserting himself. In this way he finds God present in his relationships and in the authentic values of this culture that he lives with his people as the gift of God the creator. This guarantees the union between culture and religion, as the fundamental element of the people in all the facets of their life both social and in the family.

LIFE WITH THE YOUNG

This gives the Salesian a rich opportunity of inserting himself into the culture. By taking part in the life of the young, he cannot but learn from "within", the elements of culture. The requirements of teaching and the sense of spontaneous criticism of the young, demand that a Salesian should have a knowledge of the culture of the young, not only at the level of curiosity, or even of knowledge of the customs of the people, but up to that of understanding what goes on in their mind and of entering their feelings. As an educator he must help the young to understand their culture, and this can be done only if he is truly inserted in their culture. The fact of starting from the Creator in this movement to insert oneself into a culture gives depth and objectivity to the educator of the culture. The missionary is thus able to make a synthesis while helping his people to interiorize the values of their own culture.

THE LANGUAGE

This is really an indispensable element for the missionary. It is extremely difficult for the young people to come to a level of knowledge of deep human values if they have to do it in the language used only in contact with the educator. The dichotomy created by using one language with family and friends, and another with the educator only creates a tremendous barrier for the assimilation of these values of culture and the integration of Christian values into these various cultures. Language as a sign of intimacy between person and person is indeed delicate and indispensable for the educator and the evangelizer. The Salesian will not limit himself to a mere theoretical knowledge of the language, nor to only a simple acquisition of it in order to understand what the people are saying and to make himself understood, rather he will dedicate himself to the study of the practical applications of the language, so that he will be able to think in the language of the people. The Salesian missionary must be a specialist in the colloquial language (Active language) spoken regularly by the people, for the very essence of the mission is that of communication, i.e. of communicating the

message of Goodness of the Father. The Salesian, following in the wake of Don Bosco, willingly remains among the young; and provided he has made the culture and language of the young his own, it will be easier and more natural for him to do so. The condition of being among the young, is a very natural thing for him and in his own spontaneous way, he makes himself one of them, bringing to the scene of education and evangelization, all the elements that they live out among themselves in every situation and every moment. the participation in the mission of salvation becomes a sign of Christ among all peoples.

6. The religious sense

Religion is an integral part of the life of people not yet evangelized, and they do possess certain religious values which are part of their natural religious understanding. The Salesian has a sensitivity towards this, because of the fact that in his vocation as an educator-evangelist, this religious elements is intimately present with an all embracing totality in his life. Being present in an area of the common people, he finds himself in the middle of a movement of popular religiosity. The simplicity of his prayer life and the involvement in the life of the people enables the Salesian to join in with this religious movement, and thus he is given the possibility of unfolding with his people a way of being a Christian.

THE SALESIAN PRAYS WITH HIS PEOPLE

Evangelization pivots on this point. The expression of adherence to God is an important part of the growth of the people and of the individual. The Salesian always considers that the relationship of the people with God and among themselves is something profoundly religious. The reflection that no one can be an individualistic self-centred person, makes one reflect that everything is related to the family and it is the family which binds a person to God. The consequence of this is that when a person addresses himself to God he does it not as an individual but as a member of a family or of a group of concretely existing human persons of which he is very much a part.

RELIGION AS AN EDUCATIVE ELEMENT

The Salesian considers religion an essential element of education; religion is not just limited to the religion classes, but becomes a part of the very life of the people, a part of all the school initiatives, a part of education and a part of the guidance of the young and of the people at large. The Salesian refutes the idea of separating religion from life or from culture or other things that go with life; that is, he considers religion and culture as a unity, and he is dedicated to the realization of the unity where it is possible.

THE FORMATION OF CATECHISTS

The closeness to one and all gives the possibility of discovering the capacity of persons, and apostolic zeal gives the possibility of finding worthwhile collaborators. The formation of collaborators and going along with them in their work, helps to verify the mentality of the collaborators and makes the missionary know their method of teaching religion. It does fall to the task of the Missionary to map out the path of religious-education practices for his collaborators. This duty of following the catechist and accompanying them in their work, is of great importance to awaken and develop correctly the religiousity of the people. To lead people to the person of God, one must be really aware of the many deviations that are possible on the way, of being syncretic, of giving interpretations that are not authentic, of possible exaggerations of one type or another.

7. Called to discipleship

When Don Bosco sent his first missionaries to Patagonia, he advised them to teach the faith to the boys and through the boys reach out to the families. The fact of involving the boys themselves in education was an important element in Valdocco Oratory and in the Preventive System. The sodalities are a real proof of this. The true strength of the education system of Don Bosco was not only his own personal holiness, but also the sanctity that was manifested in his boys. The glaring proof of this is his pupil Dominic Savio.

The life of the Salesian and his personal style of correlation, his enthusiasm and his friendship induce the young to be like him.

THE SALESIAN MISSIONARY EDUCATES TO A MISSIONARY MINDEDNESS

This is done by creating the possibility of involving the young in the mission work, of giving the co-operators responsibility, and of inviting the collaborators to take a co-responsible part in the educational-evangelization. Here we see realized the model of discipleship which St. John shows us in his Gospel. (Jn 1,29-51) It is the witness of the disciple that invited the others to recognize and follow the Lord; and the contact that they had with their Master or with his disciple functions as a personal invitation to follow him. This is how the vocation of dedicated laity, of priests, and of religious is born. Art. 28 of the constitutions places this aspect of the calling of disciples for the service of the Church among the constitutive objectives of our congregation. The vocation of the Salesian missionary does not limit the Salesian to be merely a pastor and missionary, but works contagiously on others affecting them with the same pastoral and missionary desire and vocation.

CARE FOR VOCATIONS

The accompaniment of candidates to a life of self-giving, and their insertion into a religious community forms one of the most profound aspects of concern of the Salesian evangelizer. Aware that his work is not exclusively his, but of the Lord, he is concerned with a continuity of the mission. He is aware that a Church which is among the people will truly be a Church only if the people and their representatives take in hand their own Christian life.

The establishment of their own clergy, therefore, and the effort to help them to assume the charism of Don Bosco, will be one of the goals to insure the endurance and continuity of the mission. The presence of Christ and of the Church in the history of a people is really the goal of the Salesian in his missionary work.

CONCLUSION

The missionary dimension of our vocation is enunciated among the constitutive elements of the Congregation in the Church, as we find it expressed in the Constitutions.

Art. 6 Faithful to the commitments Don Bosco has passed on to us, we are evangelizers of the young and the more so if they are poor; we pay special attention to apostolic vocations; we are educators of the faith for the working classes, particularly by means of social communication; we proclaim the Gospel to those who have not yet received it".

Art. 11 describes the points of interest that are really typical for us.

"Reading the Gospel we become more aware of certain aspects of the figure of the Lord; gratitude to the Father for a gift of a divine vocation offered to all men; predilection for the little ones and the poor; zeal in preaching, healing and saving because of the urgency of the coming of the Kingdom; the pre-occupation of the Good Shepherd who wins hearts by gentleness and self-giving; the desire to gather his disciples into the unity of brotherly communion."

Art. 30 emphasizes our missionary vocation.

"Through our missionary activity we carry out a patient work of evangelization by founding the Church within a group of people. This work mobilizes all the educational and pastoral means proper to our charism. Following the example of the Son of God who made himself in all things like his fellow men, the Salesian missionary makes his own the values of these people and shares their hopes and anxieties."

The Salesian missionary sees himself in these words, and he takes as his model the Good Shepherd especially in these two aspects: as the Good Shepherd who knows his sheep, he is ready to give his life for his sheep... the sheep listen to his voice and they follow Him. (Jn 10,11-27).

St. Luke very beautifully describes the Good Shepherd, who goes in search of his stray sheep and he searches until he finds it. Having found it, he hoists it on to his shoulder, and returns home - filled with JOY. (Lk 15,4-6).

```

      +
     +++
      +
*****
*****
*****
***
*
```

EVANGELIZATION AND DEVELOPMENT

Fr. Byron D'Silva
Shillong: 29/10/87

THE CHRISTIAN CONCEPT OF DEVELOPMENT

Development may mean different things to different people. Here we shall consider a Christian approach to development. What does development really mean to us? Thoughts of buildings like houses, hospital, clinics, schools, churches and other kinds of institutions come to our minds.

While it is true to say that buildings, equipment and money are useful and often necessary for development, nevertheless we must be careful to remind ourselves that development is concerned principally with people and not just things like institutions and projects.

The main reason for development is the development of people. The means we use to help in the development of people is "project".

DEVELOPING THE WHOLE PERSON

In 1967 Pope Paul VI wrote an interesting book on development which is called "The development of Peoples". Pope Paul gave us a very good definition of development. He describes it as the promotion of the good of people, every person and the whole person.

It may be a good idea to look at this definition and examine it in detail. It should be noted that Pope Paul stressed the development of people and not the development of things like buildings and projects. He said that we should be interested in the development of every person; the youth, the elders, the rich, the poor and the middle class. Pope Paul said that development must be concerned with the whole person i.e. spiritual and material progress or what is called the integral development. Gospel and development should go side by side. When we are doing development work we should try to find out what the needs of the people are.

There is a traditional story told in Asia which explains the idea of material and spiritual progress. A fisherman called his son and told him to paddle with one paddle only on the left side of the canoe. His son did so and his canoe, went to the left side, but did not make much progress up the river. He then told his son to paddle the canoe with another paddle... from the right side. Once again there was no progress up the river, the canoe went to the right side.

Then the father told his son to use both paddles and of course when he did so, the canoe went sailing up the river. The father told his son to look at what he had carved out on the right and the left hand side of the canoe.

On one side he had carved spiritual progress and on the other side he had carved material development. He then told his son that when you pay attention to both material and spiritual development then you make progress.

Today the need for development is so great that it raises fears in some ecclesiastical circles for the primacy of evangelization.

We hear tales of missionaries who give higher priority to an agricultural development project than to building a church, and who devote themselves heartily to this kind of enterprise as to suggest that they are neglecting their priestly duties.

An extreme form of this attitude was expressed in a novel about Camillo Torres in which the cardinal says to the journalist, "My duty, signor, consists in taking care of the spiritual growth of those entrusted to me". Life here on earth is a very small matter to that awaiting us in heaven. So the rulers must concern themselves with this life, while I take care of the other life".

Valencia (C. Torres)...says, "I often think that if Christ came back to this world, no one would dare look Him in the eyes."

Among the wealthy classes, one protects the other. The others live without protection, without love, while all the pictures in our churches continue to look down unmoved on the most social injustices of our centuries.

THE ROLE OF ANIMATION BY PRIEST AND RELIGIOUS

The Church must recognize that in external works for development, hers is a subsidiary function. She intervenes where there is need and as long as there is need, where the state is not yet in a position to take the initiative.

True development can only be brought about by good structural changes, social justice, sound industrialization and favourable conditions of world trade.

The subsidiary tasks it performs will still be needed for some time depending on conditions in various countries.

If aspirations towards development have not made such headway today, the real reason for this is that man himself has fallen short, man in his poverty, prisoner of magical religious ideas, tribal man yielding to the temptations of group interest, man who is prey to corruption. In this field can anyone speak more forthrightly and effectively than the Church? Who is better equipped for the task of creating spiritual infrastructure, the will to work, trust and dedication to others than the Church?

President Nyerere continually appeals for the Church to help in this. Once speaking before a Catholic Episcopal Conference he said, "I ask your help. You have influence over the people. Without you, my declaration on socialism will remain in the clouds".

Another time failing to see any priests in a popular assembly, he said, "I would like to see some priests here, since they carry my ideas to the villages, better than government officials". In another conference he turned to the missionaries present and said, "You missionaries can help us in these aspirations. The people of this country listen to you. You priests have great power. Every Sunday you have so many people in Church. Tell them they must pray, but tell them they must educate their children well and work in the fields. I do not think it wrong to speak in Church about working in the fields. If we are made in God's image, must we live in mud huts?"

"We must not stress material development at the expense of spiritual progress. We should try to think about Jesus who helped the people both in a spiritual way and a human way."

He prayed, preached and fasted, but he also helped the people with their human problems.

Development should help us to acquire attitudes of self determination, self-reliance, dignity, achievement, maturity, relationship, sharing, unity and community.

In his book, "Hunger for Justice", Jack A. Nelson says, "There is a growing awareness that real power is with the people and that within each of us there is a source of untapped intelligence and creativity which, if collectively harnessed, is capable of human and social transformation."

Self-reliance is not a glamorous road to development. But it may in fact be the only road if one defines development in terms of meeting basic human needs, including adequate food, clothing, shelter, health care and employment, and if one includes also a diversity of culture and the right to participate in decisions that effect one's life.

Self-reliance involves forsaking certain technologies, luxury consumer items, and other goods and services commonly associated with affluence of the good life in favour of the other values and goals. It begins with a commitment to people and to an economy of necessities. Such an economy is designed to maximize employment by utilizing locally available resources and skills and distribute the benefit of production equitably.

Development projects should come from the community and not be imposed by the bishops, priests, pastor, sister, parish counsellor or co-ordinator of development.

Walbert Bühlmann (The Coming of the Third Church), says that the development cannot be given or imposed but must be sought and achieved by the community in question. It is well known that community development and the sensitizing of the poor which is necessary to this purpose are the two pillars of the process.

Injections of money from abroad are no use, unless they are followed by autonomous development.

It is only when such reflections are put into practice and leaders who are close to the people are able to inspire groups of young people and encourage them not to wait passively for the state to do something, not to wait for miracles or assistance but to roll up their sleeves and build village schools, dig wells, connect electric power etc.

Without this self-help, this self motivated activity, the finest projects remain foreign bodies in the system without development. They come to nothing almost as soon as the investigators, who are usually strangers, have disappeared.

A Word on Theology and Development

Today, theology must be increasingly involved in a critical reflection on the problem of the world and the modern man's place in the world as he works out his salvation and seeks the kingdom of God. As Yves Congar said, "If the Church wishes to deal with the real questions of the modern world and to attempt to respond to them, it must open, as it were, a new chapter of theological pastoral epistimology. It must start with facts and questions derived from history."

There is an integral organic unity to the life of every Christian. In the broadest sense, the committed Christian is, like Christ, the saviour engaged in the creation of a new world and a new man.

As Vat. II puts it, "We are witnesses to the birth of a new humanism, one in which man is defined first by his responsibility towards his brothers and towards history." One could add, and towards history in the making of the new creation. This same constitution begins by saying that the Church today must share

the joys and hopes, the griefs and anxieties of men of this age. The constitution on the Church in the modern world spelled out that we are going to do something about their hopes and anxieties that we are going to be engaged in some new creative and salvific action as Christians. (Creation and salvation are deeply allied in the O.T and N.T)

EVANGELIZATION AND HUMANIZATION

Evangelization and humanization should go side by side. The Gospel is not preached to abstract beings without the limitation of time and space. One evangelizes actual human creatures living at a point in space and time.

Evangelization in the name of Christ in a region like ours aims at humanization in the fullest sense says Herder Camara ("Church and Colonialism"). If we wish to tackle the roots of our social evils, we must help our country to break the vicious circle of under development and misery. Development cannot come from above, it cannot be imposed. It demands awakening the conscience, arousing public opinion, stimulating education, self-improvement and technical planning.

To work to transform this world is to become a man and build the human community it is to save. Likewise, to struggle against misery and exploitation and to build a just society is already to be a part of the saving action, which is moving towards its complete fulfilment. All this is a part of a saving process which enhances the whole of man and all human history.

Salvation enhances all men and the whole man. The liberating action of Christ -- the word made-man -- enhances man in this history and not in a history marginal to the real life of man. His struggle for a just society is in its own right very much part of salvation history.

People say, there seems to be a dichotomy between evangelization and humanization. between the horizontal and the vertical dimensions. But in fact there are different aspects of the one reality of the hope of Christ's Church in the world, of the two dimensions of our Church realized in this world by kerygma and diaconia, preaching and service, worship and social commitment. The same Christian is a member of the Church and of the world.

Christians must play a role in the plan of Divine Providence by showing the world that Christianity is capable of changing a people and a society for the better.

Karl Rahner has some fine things to say about the unity between love of God and our love of our neighbour. Instead of warning us against the spread of horizontalism, he has pointed out its close connection with the critical dimension. The two are found in a real unity. We practice the love of God through

love of our neighbour and vice versa: whenever a person effaces himself in the genuine love of his neighbour, he has taken a step towards God. The indissoluble union between the two relationships constitute Christianity's basic conception of man. So we can do no other than congratulate and encourage the missionaries, lay brothers, sisters and native priests who are deeply committed to the cooperation with the people, hand in hand, shoulder to shoulder with them in creating a better life inspiring a new confidence, establishing a conscience of practical love, making the kingdom of God visible on earth and clearly at the same time bearing witness to our wonderful God who is father of all.

AN OBSTACLE TO DEVELOPMENT

There are many obstacles that prevent people from developing as they ought to. One of these obstacles is paternalism. What is paternalism?

We Christian leaders practice paternalism when we give things for nothing. Parish priest, pastors, sisters, catechists or small Christian communities practice paternalism when they give things freely to people, for example money, food, clothing, medicine, transport or churches. Paternalism is also practiced when we treat adults like children. Often we tend to tell others what they should do and how they should do it.

We act in a paternalistic way, if we as development workers of Christian leaders do not distinguish between illiteracy and lack of intelligence. We must remember that people who are illiterate can be very intelligent. It is paternalistic to ignore the opinion of the people in our community mainly because they may be illiterate. We can practice paternalism when we work for people and not with people and so we can hinder their growth.

Sometimes Church development workers who tend to be paternalistic work at their own speed and not at the speed of their community. The people in the community may want to go fairly slowly and may not want to rush the development work. Development workers who are impatient may often want to have projects completed in a short time. This causes tension and misunderstanding which obstruct progress.

All development must start with friendship. Development is a slow process and if we want the community to be fully involved in projects we must be prepared to go at their speed.

JESUS CHRIST AND PATERNALISM

Jesus is our great leader. We should try to imitate Him. It is interesting to read the Holy Scriptures and to live the way in which Jesus Christ acted. Let us take a few examples from the miracles told in the Bible.

You will see how Christ tried to encourage the people to help themselves, e.g.: at the wedding feast of Cana. Jesus told the people to fill the water jars. They had to do something to help themselves. When they did something to help themselves then Christ helped them by turning water into wine (Jn 2, 1-11)

In St. Luke's Gospel (9, 12-17), we are told that Jesus went to a village to preach. People went in big numbers to listen to him. They stayed a long time and felt hungry. The disciples told Jesus that the people were hungry. Jesus who is God could have given them food freely but instead He asked them what they had themselves. When they presented their local contribution of five loaves and two fishes, He worked a miracle.

In St. John's Gospel (9, 1-7) we read that the blind man asked Jesus to cure him. It is interesting to note that Jesus insisted that the blind man should help himself first. He was told to wash himself in the pool of Siloam. When he had done that then Jesus cured him.

Another example can be seen in St. John's Gospel (21, 21-6): some fisherman had worked all night but had caught nothing. They told their problem to Jesus. He told them to cast out their nets again, and when they had done so, the fisherman caught a great number of fish. They had to make an effort to help themselves before Jesus worked a miracle.

You will notice that very often in the Gospel when Jesus was asked a question, he very often asked the people another question. In this way he helped the people to think and discover the answers to their questions.

Jesus saved us by his death and resurrection. This does not mean that we will go to heaven without any effort on our part. We have to do something before we are saved. In example we have to be humble - "learn of me because I am meek and humble of heart". We have to be forgiving - "Lord, how often shall my brother sin against me and I forgive him... Seventy times seven.

PATERNALISM AND RELIEF

Care should be taken not to confuse paternalism with relief. We are bound by Christian charity to give things to people who are in great need in times of war, drought, famine, or floods, Christian Charity demands that we should help the physically and mentally handicapped who are in poor circumstances.

Care should be taken not to confuse paternalism with hospitality, development - aid to help self-reliance

DEVELOPMENT AND POLITICAL SYSTEM

Development is often affected by economic and political systems like capitalism, socialism, democratic socialism and scientific socialism.

The official position of the Church with regards to these political and economic ideologies or systems was clearly stated by Pope John Paul II when he addressed the bishops of Latin America at Pueblo, "The Church chooses to maintain its freedom with regards to opposing systems in order to opt solely for the human being". That simply means that the Church is not identified with one or other political system provided that the basic rights of the individual are protected. Not one of these systems is perfect.

CHRISTIAN LIFE AND DEVELOPMENT

Let's now consider another question, that is, why should Christians be interested in development? There is a connection between Christianity and development work. Some Christians still think that it is sufficient for a Christian to go to Church, pray, read the Bible and sing hymns. They do not see why they should be involved in development work. God the Father, God the Son and God the Holy Spirit are interested in the human needs of the people.

In the book of Genesis, Chapter One, we read that God the Father created the world. He did not finish the work but invited us to participate with him in that work of creation. He told us to increase and multiply, to cultivate the earth and make progress. When we do development work as Christians, we are accepting God the Father's invitation to participate with Him in the continuation of His creative work. It is a great honour to be invited to do this work.

GOD THE SON AND DEVELOPMENT

Christians should be interested in development because Christ himself did development work. We have seen that Christ was interested in the human needs of the people. He tried to help them to help themselves. Christ gave us an example of how we can respond to God the Father's invitation to make progress in the world.

LIBERATION, JUSTICE AND PEACE

Jesus died for us and rose from the dead. By his death and resurrection he liberated us from the consequences of sin and thus saved us. The spirit of the Lord is upon me because He has appointed me to preach the good news to the poor. He sent me to proclaim relief to the captives and recovering of sight to the

blind, to set at liberty those who are oppressed.

Jesus said, "Father I was born and for this I have come into the world to bear witness to the truth". (Jn 18,37)

We as Christians must try to imitate Christ by liberating ourselves and others from all things which prevent us from making progress. That is why we Christians become involved in the work of education and development-seminars to make the people more aware of the importance of justice in their lives and in their communities, so that they will be liberated from oppression, and fear of witchcraft.

Christians sometimes organize agricultural projects to liberate themselves and others from spiritual hunger. Schools are organized by Christians to help in liberating the people through education. The Sisters organize projects to liberate the people from diseases, sickness, and pain. They do this by organizing medical projects like hospitals and clinics which provide certain medical services for the sick. The Sisters also help the people by instructing them with regards to child care, hygiene, and preventing sickness.

As Christian development workers we must be conscious that the main reason causing poverty in the world is social injustice. Hence we must stress, liberation should be directed to both the privileged rich and the poor in our community. The rich need our help to liberate them from materialism which enslaves some of them and the poor also need our help to liberate them from misery. It should be remembered that while we work for liberation we must be aware that the motive for our action is love, not hate or class warfare.

Christ has said. "Blessed are the peace makers for they shall be called sons of God". It is interesting to note that Jesus did not say "Blessed are the peace lovers". It is not sufficient to love peace, we are expected to make peace and promote it in the world. Pope Paul VI also stressed that the Church must practice what she preaches. The most effective witness the Church can give regarding her concern for justice is in her own life style. Her words must always be matched by its actions.

IS VIOLENCE THE ANSWER TO INJUSTICE ?

When communities suffer from oppressive governments, and the poor constantly suffer from injustice, the temptation to use violence arrives. This is understandable but we must ask the question will it solve the problem ? Do revolutions and war increase violence? Pope John Paul II has repeatedly said, "Violence is not the answer. Martin Luther King of America, Mahatma Gandhi and Mother Teresa in India and Archbishop Camara in Brazil have done more to promote justice than those who promote violence. These non-violent promoters of justice have

realized that the people who suffer most from wars and violence are the innocent poor and the oppressed. The ones to gain from wars are those that supply the ammunition and the weapons of war. The waste of life and the resources in war is shocking. Speaking of waste resources Pope John Paul II has said, "we all know well that areas of hunger and misery on our globe could have been made futile in a short time, if the gigantic investments for armaments in the service of war and destruction had been changed into investment for food and the service of life".

In our struggle for justice we must not encourage the people to hate the oppressors, destroy them, limit their freedom and strip them of their basic human rights. This kind of action only makes the oppressed people act like their oppressors.

As Christians we must stress not only justice but also mercy. The story of the prodigal son (Lk 15, 14-32), gives us a perfect example of how we must practice mercy when faced with injustice. The merciful Father had compassion, ran to meet him, threw his arms around his neck and kissed him (Lk 15:20).

Our efforts to promote justice and liberation must be tempered by mercy. Christ has told us: "Blessed are the merciful for they shall obtain mercy."

GOD THE HOLY SPIRIT AND DEVELOPMENT

God the Holy Spirit was sent by Christ to the world. The Holy Spirit is still with us. He is the great God of love and we Christians do development work out of a spirit of love in order to give people an example of how God loves them.

If the people see that we are interested in them because of love then they can be reminded of God's great love for them. Love is necessary for development of individuals and communities. Without real love it is impossible for any person to develop as a full person. Pope John Paul II in his document called "Redeemer of man" said: "Man cannot live without love. Without love his life is senseless".

The Holy Spirit can give us seven gifts if we ask him for them in prayer. These gifts are wisdom, understanding, counsel, fortitude, knowledge, piety, and respect for the Lord. These gifts can be very useful to us when we are engaged in development.

To be a true follower of Christ we must know about God. We must have faith in Him; we must trust Him and do His will. To do His will we must love our neighbour as ourselves. That involves action. In the epistle of St. James (2,17), we read that "Faith without good work is dead!" Our faith must be growing and if it does not grow, then there is a danger that it may die. One of the good works which we can do is development work.

President Julius Nyerere of Tanzania sums up the relation between our Christian faith and our social action when he says, "Ours is a living faith, if you like a revolutionary faith, for faith without action is sterile and action without faith is meaningless". (Address to Maryknoll Sisters Conference, New York, 1970).

The Christian development worker can receive a great sense of hope from his belief in God as our common Father. This loving Father would not abandon His children in their hour of need. His Son Jesus Christ has told us that He will always be with us. And when we as Christians meet to discuss development work, we can be assured that He is amongst us. "Where two or three are gathered in my name, there I am in their midst".

CONCLUSION

We can conclude that when we do development work with a Christian heart we can come closer to God, and grow in holiness. Development done for good motives is in fact Christianity put into practice. Our Christianity must not begin and end in Church. It should be a way life and influences our whole life. The Gospel message cannot be preached in a vacuum or in an empty space. It has to be preached in our communities and in our societies. When a Christian leader shows concern for the poor or the oppressed, he or she is preaching the Gospel of love. This Gospel of love must be concerned with the welfare of all people, especially the poor, the oppressed, the down-trodden and the under-privileged.

+
+++
+

*

RECOMMENDATIONS and ORIENTATIONS

Direct Evangelization and its URGENCY

1. All the participants strongly feel that we must dedicate ourselves with greater commitment, intent and vigour to direct evangelization or missionary activity (AG 6).
2. The traditional means like village visits, staying as long as possible with the people, warm and intense personal contacts are still irreplaceable in our work as missionaries. Hence we should not give lesser importance to them as we make use of faster means of travel and modern media of communication.
3. Church growth, including numerical growth, is our great concern. Where missionary situation is particularly promising, we should be prepared to go any length and take any trouble to spread the Gospel message. Our missionary work should be carried out in happy collaboration with other apostolic workers in the same field.
4. We should not multiply "prestigious" educational institutions in urban areas. Instead in a concerted and decisive way we should step up our missionary activity in rural areas through simple and functional structures. An all out effort must be made to make existing institutions apostolically more fruitful.

Direct Evangelization and the EVANGELIZER

5. The credibility of the evangelizer is of utmost importance in our missionary work. Whatever be the means we may use in evangelization work, these may not bear fruit unless we are men and women of God. We must show it in our Christian witness, spirit of sacrifice and a life of austerity. We should be consistent with the obligations assumed as members of the Salesian family and avoid ambiguous conduct which could obscure especially our witness to chastity. Experiences show that doubtful behaviour in this regard reduces our witnessing power and our apostolic efficiency.

Direct Evangelization and the THE YOUNG

6. As missionaries of the young we, the members of the Salesian family, should get into the world of youth better prepared and instill into them a more dynamic missionary spirit. To this end missionary orientation courses for the young and their involvement in groups and movements of a missionary nature would be helpful
7. Oratories are for us centres of evangelization. They should become effective in this regard. In place where they do not exist, oratorial types of works should be started without delay.

Direct Evangelization and the BIBLE

8. Missionary spirit in us and in the young cannot be nourished and kept alive without a great familiarity with the Word of God in the Bible. Hence we earnestly recommend that we ourselves should love and make constant use of the Bible and help young people to do the same.

Direct Evangelization and INCULTURATION

9. Inculturation and a systematic study of vernaculars of the people among whom we work are necessary for effective missionary work. The members of the Salesian family from their early years of formation should be given an opportunity to specialize at least in one language and in one culture in view of their future missionary work.

Direct Evangelization and our PAST PUPILS. COOPERATORS and LAY PEOPLE

10. Involvement of the past pupils, cooperators and lay people in the work of evangelization is irreplaceable. Hence ways and means should be found to involve them in direct evangelization.

Direct Evangelization and CATECHISTS

11. Greater emphasis must be laid on the role of catechists both men and women in missionary work. They must be given adequate training and a just remuneration. The work of volunteer evangelists with due guidance can be of great help in missionary activity.

Direct Evangelization and DEVELOPMENT

12. Since the Gospel message is necessarily linked to human advancement, the evangelization work we do should result in the formation of a more just society. This is possible only through the creation of leaders who are imbued with Christian values and who are politically conscious of their rights and ready to take those risks which our hope in Christ demands.

Direct Evangelization and STRUCTURAL CHANGES

13. Interprovincial and regional cooperation within the Salesian family, with regard to personnel and means, is to be undertaken to meet the urgent calls from responsive areas. To ensure this cooperation, the participants recommend the setting up of a national team for missionary activity representing the various groups of the Salesian family under the guidance of a Salesian Provincial.

+
+++
+

*

Compiled

by: Fr. Tomás Tadeo, SDB.
Fr. James Mc Linden, SDB.

at: Mission Office, Rome

in: December, 1987